Relatos de Experiencias MAESTRAS

– Tomo 1 –

CENTRO DE PENSAMIENTO PEDAGÓGICO

SeEduca

GOBERNACIÓN DE ANTIOQUIA

PIENSA EN GRANDE

Corporación Educativa CIEBA

Fácilmente puede plantearse por parte de instancias empresariales o académicos con diferentes conocimientos disciplinares, que se han realizado muchos procesos de capacitación y formación por parte de expertos que viajan desde las grandes urbes a los centros rurales; o de largos procesos de "coaching" mediante los cuales los maestros logran encontrarse "consigo mismo", y que por lo tanto todo comenzará a partir de ese momento a funcionar muy bien; no obstante, esta no ha sido nuestra postura. Siguiendo a Hargreaves y Fullan (2012) "las ganancias casi siempre desaparecen después de que los equipos de intervención se marchan, una vez que los líderes clave, abandonan". Nuestra postura opta entonces, por un camino según el cual se acompaña a los maestros en sus procesos reflexivos, de tal suerte que se les permita confrontar, día a día, los problemas singulares y diversos que se les presenta. Que, en la multiplicidad de situaciones, a través de la reflexión permanente, encuentren campos lógicos que les iluminen el diario trasegar por las aulas. (prologo página 19)

Gustavo Jaramillo Franco
Subsecretario de Planeación Educativa
Antioquia, 2019

Agradecemos a las trece universidades, a las diecisiete escuelas normales superiores, a los maestros de Antioquia y a los catorce municipios que en la primera etapa nos aceptaron el reto de encontrarnos con el rostro humano de nuestros maestros. Además, esperamos que este diálogo no cese y que se nos unan otras universidades e instituciones inquietas por las dinámicas educativas de nuestro país. Que este diálogo continúe hasta que con palabras podamos explicar la apasionante y misteriosa fugacidad del acto educativo; hasta que, entre las "realidades" de nuestros territorios y los "idearios" conceptuales de los círculos académicos, se establezcan puentes que nos permitan decir que, escuchándonos, estamos hablando de lo mismo, sobre lo mismo.

Gustavo Jaramillo Franco
Subsecretario de Planeación Educativa

CENTRO DE PENSAMIENTO PEDAGÓGICO

Relatos de Experiencias MAESTRAS

– Tomo 1 –

"Los eruditos son los que han leído en los libros; los pensadores, los genios, los iluminadores del mundo y protectores del género humano son, en cambio, los que han leído directamente en el libro del mundo"

Arthur Schopenhauer

SeEduca

GOBERNACIÓN DE ANTIOQUIA
PIENSA EN GRANDE

Relatos
de Experiencias
MAESTRAS

Tomo I

Relatos
de Experiencias
MAESTRAS

CENTRO DE PENSAMIENTO
PEDAGÓGICO

SeEduca | GOBERNACIÓN DE ANTIOQUIA
PIENSA EN GRANDE

Corporación Educativa CIEBA

En articulación con:

Distribución gratuita

Esta es una publicación oficial de la Secretaría de Educación del Departamento de Antioquia. Se realiza en cumplimiento de lo dispuesto en el artículo 10 de la Ley 1474 de 2011 -Estatuto Anticorrupción-.

Se prohíbe la reproducción total o fragmentada de su contenido, si autorización escrita de la Secretaría De educación del departamento de Antioquia. Así mismo, se encuentra prohibida la utilización de las características de la publicación, que puedan crear confusión.

El Departamento de Antioquia dispone de marcas registradas, algunas citadas en la presente ubicación con la debida autorización y protección legal. Todas las publicaciones del Departamento de Antioquia son de distribución gratuita.

GOBERNACION DE ANTIOQUIA

LUIS PÉREZ GUTIÉRREZ
Gobernador de Antioquia

NÉSTOR DAVID RESTREPO BONNETT
Secretario de Educación de Antioquia

GUSTAVO ALVEIRO JARAMILLO FRANCO
Subsecretario de Planeación Educativa

Equipo técnico de la Secretaría de Educación Departamental:

Yaneth Peláez Montoya
Profesional Universitaria Subsecretaría de calidad, Dirección Pedagógica
Ana María Palacio Velásquez
Profesional Especializada Subsecretaría de Planeación Educativa
Diana Gallego Madrid
Profesional de la Secretaría de Educación de Antioquia

©2019 Gobernación de Antioquia
Primera edición octubre de 2019
ISBN: 978-958-8955-66-7

Coordinadores de edición:
Alexander Hincapié García
Carlos Arturo Ospina Cruz

Contenido

PREFACIO /13

PRÓLOGO /16

BAJO CAUCA /20

SOBRE LA VOZ Y EL DECIR DEL MAESTRO.
Federico Agudelo Torres y Marlon Vanegas Rojas. Universidad Católica Luis Amigó. /21

ENCUENTRO DE ENAMORADOS… MI PRIMER AMOR SOY YO. María Eugenia Gómez Peña. /23

EL CAMINO ES LARGO Y CULEBRERO. Alberto José Polanco Alvarado. /26

EN LOS ZAPATOS DEL MAESTRO RURAL EN COLOMBIA. Wilmer E. Cardona Atencio. /29

LA ESCUELA ELECTRA. Juan Rangel. /34

EL PROBLEMA DE YEISON. Fredys Flórez Causil. /38

LA SILLA ROTA. María Enoedith Pérez de Mercado. /40

DOCENTE Y MADRE. María Alejandra Polanco Sánchez. /42

SE ARRANCÓ LA TIERRA. Kellys Viviana Arteaga Rangel. /44

EL PLACER DE SER DOCENTE DE PRIMARIA. Fadua Pérez. /47

UN CHALECO EDUCATIVO AMBIENTAL ANTIBALAS. Manuel Francisco Rangel Rojas. /49

VIAJES DE LECTURA, ESCRITURA Y ARTE. Jeison Perea. /52

¿QUÉ MÁS PUDE HABER HECHO? Emi Johanna Mendoza. /54

SER MAESTRO INVESTIGADOR. Luis Ferney Hernández Arrieta. /56

EL NIÑO Y EL MAR. Oscar Luis Tatis. /63

MAGDALENA MEDIO. /67

¿CÓMO SURGIÓ MI DESEO DE SER DOCENTE? Alejandrina Sosa Gallego. /69

SER MAESTRA. Amelia Lucía Coy Galvis. /73

UNA CALEÑA CON SANGRE AVENTURERA, FORMADORA DE ILUSIONES. Andrea Orozco Arias. /83

UN DESTINO TRAZADO. Edgar Andrés Medina Beltrán. /91

VIVENCIAS, CONSTRUCCIONES Y DE-CONSTRUCCIONES DE UN MAESTRO. Jaime Humberto Mejía Díez. /96

VIAJANDO EN EL CRUCERO DE LA PEDAGOGÍA. María Josefa Soto C. /107

CONSTRUYENDO VIDA, FORMANDO CAMINOS. Juliana Marcela Grajales Fernández. /116

Y ASÍ SE HIZO MAESTRA. Kelly Edith Aguirre Guerra. /123

UN NUEVO RETO. Liliana Katherine Duarte Pérez. /128

DESPUÉS DE LA TEMPESTAD SIEMPRE LLEGA LA CALMA […] Lina Marcela Saldarriaga Gutiérrez. /134

EXPERIENCIAS REALES PARA DOCENTES CON CONVICCIÓN. Luisa Fernanda Pino Osorio. /142

¡QUIERO SER MAESTRA! Olga Elena Palacios Correa. /151

NORDESTE /156

COMPARTIENDO SABERES Y SIGNIFICADOS PEDAGÓGICOS. Olga Patricia Ramírez Otálvaro. Tecnológico de Antioquia – Institución Universitaria. /157

ABRIENDO CAMINOS. Berenice Franco Giraldo. /159

CRÓNICAS DE UN MAESTRO QUE BUSCA LA FELICIDAD. Julián Alexis Cataño Duque. /168

HUELLAS EN MI VIDA PROFESIONAL. Daniela Quiroz Builes. /175

NO NACÍ MAESTRA. Martha Alba Valencia Cataño. /184

DEICIOCHO AÑOS DE APRENDIZAJES EN LA EDUCACIÓN. Esnelia Sosa Gallego. /191

LA DOCENCIA. Jaime Alberto Toro Tamayo. /198

RECUERDOS MEMORABLES QUE DEJAN HUELLAS PARA SIEMPRE EN UN ALMA SENCILLA Y SENSIBLE. Viviana Marcela Duque Duque. /206

RELATO DE MI VIDA PROFESIONAL. Elvys Eleane Lechuga Rueda. /215

VIAJANDO A TRAVÉS DE MI. Beatriz Elena Cortés Arango. /218

LA EXTRAORDINARIA VIDA DE UN MAESTRO […] Diego Alexander Flórez Mesa. /227

MI VIDA COMO DOCENTE. Mariana Graciana Montaño Hincapié. /231

LAS LIMITACIONES. Luz Angélica Franco Acevedo. /235

APRENDIENDO A SER MAESTRA. Alba Nidia Sánchez Monsalve. /242

EL EJEMPLO DE VIDA. Jimmy Francisco Salamanca Vanegas. /249

UN CAMINO POR RECORRER, UNA EXPERIENCIA POR CONTAR. Luz Mery Querubín. /257

NARRATIVA PEDAGÓGICA, UNA FORMA DE CONTAR MI HISTORIA. Eugenia Amparo Sepúlveda Jiménez. /265

SER MAESTRA. Sindy Yuriena Bolívar Urrego. /275

ENCANTOS Y DESENCANTOS DEL QUEHACER PEDAGÓGICO. Carmen Viana Arango. /281

NARRATIVA DE MI PRÁCTICA DOCENTE. Robinson Zapata Acevedo. /290

VIVENCIAS DOCENTES. Wilson Ramírez Salazar. /295

HABÍA UNA VEZ UNA MAESTRA EN FORMACIÓN. María Fernanda García /300

CONFIANDO EN MI LABOR. Piedad Franco Cataño. /303

EXPERIENCIA EDUCATIVA Y PEDAGÓGICA. Luz Neira Vergara. /309

RETROSPECTIVA DE MI PROFESIÓN. Diego Mauricio López. /311

DOCENTE NO LICENCIADO EN PERÍODO DE PRUEBA. Gina Marcela Roa Córdoba. /314

NORTE /316

CULTURA ESCOLAR Y PROFESIONALIDAD PEDAGÓGICA EN LA SUBREGIÓN NORTE DE ANTIOQUIA. Alba Mery Blandón Giraldo y Mariana Gómez Giraldo. Universidad de San Buenaventura. /317

UN, DOS, TRES POR MI. Natalia Andrea Quiñones Idárraga. /320

ES HORA DE CONTAR LA VERDAD. Homer Alonso Hincapié Ruiz. /324

CORRE MAESTRO, CORRE […] Luz Ángela Hernández Castrillón. /333

SER PROFESOR. María Cristina Castillo Mejía. /337

¿LA NOCHE DE LOS MEJORES? Andrés Felipe Roldán Posada. /340

ENTRERRÍOS ENTRA EN ESCENA. Elizabeth Isaza Isaza. /344

UN PARTO LENTO Y DOLOROSO. Mauricio Alejandro Agudelo Villegas. /347

EL ACOMPAÑAMIENTO Y LA ESCUCHA. Johana Andrea Córdoba Mira. /351

ILUSIONES Y DESILUSIONES. Marta Cecilia Rodríguez Múnera. /354

¡QUIÉN DIJO UN MAESTRO! Jader Arbey Ospina Vanegas. /362

YO DECIDÍ SER MAESTRO. Henry David Uribe Londoño. /367

DE LA CIUDAD AL PUEBLO. José Gregorio Echavarría. /371

¿QUÉ SITUACIONES RESOLVERÉ HOY? Carmen Cecilia Angarita. /373

RECORRIDOS, TIEMPOS Y MIEDOS. Duglar Diego Patiño Salazar. /376

YO NO PIENSO IR POR ALLÁ. Arcadio Ocampo Flórez. /379

PREFACIO

Néstor David Restrepo Bonnet
Secretario de Educación
Gobernación de Antioquia

La diversidad de un departamento como Antioquia en cuanto a su topografía, su conectividad, sus municipios, sus culturas, su economía e inclusive sus distancias hacen que los Maestros se conviertan en protagonistas reales de las regiones. A tal punto llega la situación que existen, no pocas, veredas cuya única presencia del Estado es la que está representada en la Escuela (IE, Centro Educativo, Escuela Nueva).

Las narraciones que nos comparten los maestros, y que son publicadas en este libro de “Relatos de Experiencias Maestras”, permiten leer desde la entrega en las aulas historias particulares in situ que llenan de sentido la experiencia colectiva. Por lo que el hablar, liberar el cuerpo de lo vivido, para reconfigurar nuevos caminos toma importancia; ya no como espectadores o testigos sino como protagonistas de la historia, autores y dueños; aquí, la narración de historias concede sentido a la existencia puesto que dota de significado la realidad, y propicia nuevas comprensiones de las experiencias que se han silenciado.

Adicionalmente, el acto de narrar otorga un eco a la gran responsabilidad que tiene el maestro en la sociedad y el papel relevante que juega su subjetividad en el marco de la política y de lo político, como constructor de referentes de pensamientos sociales (tipo de sociedad); a esto se suma también que, a partir, de su quehacer docente, dinamiza a sus estudiantes en la configuración de su mundo de forma más consciente, reflexiva y crítica, pues al ir reelaborando conceptualmente su universo geográfico y pedagógico, pone en acción las competencias comunicativas y simbólicas y va cimentando un tipo de ser humano capaz de responder a las necesidades propias de su entorno.

Las narraciones de experiencia vividas por nuestros maestros se convierten en la mejor forma de conocer saberes, sabores y esperanzas procedentes de diversas raíces o fuentes; tenemos aquí, un cumulo de trabajos de nunca acabar fundamentales en la comprensión de ese maestro entendido como sujeto histórico, tan necesario para sacar del anonimato las prácticas cotidianas. Esas mismas praxis que realizan “los profes” en las aulas, las cuales terminan siendo el eje fundamental en los procesos pedagógicos.

Por todo ello, dar cuenta de lo que se hace, cómo se hace y para qué se hace, en las narraciones de los actores principales de ese devenir educativo permite construir y deconstruir el entramado de la educación en una sociedad como la nuestra que exige espacios de encuentros y, por qué no, de desencuentros, pensados desde la dialéctica del discurso, reunidos con el fin de trabajar transformaciones pedagógicas de la mano del saber experiencial y el saber disciplinarlos.

Valoramos, entonces, a los maestros no solo como escritores sino, y sobre todo, como lectores avezados de los signos de los tiempos y constructores de

saberes, críticos y participativos; obligación ineludible para pensar una escuela más allá de lo formal, de lo que se cree y se vive a diario; para valorarla no solo como el lugar de circulación de los conceptos y de entrega de titulaciones, pues ella está involucrada en algo más profundo y esencial para la sociedad: la de seguir aportando con sujetos -maestros- constructores *per se* de humanidad.

Por lo tanto, estas narraciones, que no son fruto de la imaginación de unos maestros, sino que son los bocetos, los dibujos y las cartografías de sus realidades cotidianas, aquello que los ha impactado, nos describen una escuela que atiende, o hace esfuerzos para atender, las necesidades educativas de su territorio; que aporta a la configuración de la identidad cultural, lo cual a su vez define las responsabilidades y compromisos de los sujetos con sus comunidades, marcados históricamente por diversas problemáticas que siguen haciendo estragos en las nuevas generaciones y que el Estado aún no ha podido resolver. Se deduce, para empezar, que se vienen haciendo importantes esfuerzos para empoderar de su naturaleza social y política a los estudiantes y a las comunidades educativas, así como de sus realidades, para que se movilicen en busca del bien común y de la calidad de vida de sus regiones. Y estos ejercicios de introspección de los maestros son un importante aporte en tal dirección.

Estas vivencias singulares de nuestros maestros de Antioquia, si bien es cierto llevan el nombre de sus protagonistas, reflejan el día a día de unas mayorías situadas. Desde la lectura y escritura sentidas están permanentemente narrando y escribiendo la cotidianidad del aula, de los procesos pedagógicos, de los estudiantes, dando como resultado un compilado experiencial que no es ajeno a las políticas y problemáticas sociales, ni a las emociones que éstas suscitan ya que afectan directamente la vida de las personas y, por ende, de las comunidades.

Estas historias, estas narraciones, estas voces que emergen de la geografía antioqueña nos demuestran que todo inicia y todo lleva allí: a la Escuela; lugar de reflexión, por excelencia, donde en muchas ocasiones faltan, inclusive, los elementos mínimos necesarios para dar o recibir clase, pero donde siempre hay un maestro o una maestra (pensando-se) con sus estudiantes haciendo hasta lo imposible por no desistir; a pesar de todo, apostándole a la vida, a las oportunidades, al conocimiento y reconocimiento de sus realidades, de sus historias, de lo que son y, aún mejor, de lo que pueden llegar a ser.

La pasión pedagógica expresada en estas páginas nos devuelve la esperanza de ver la escuela como ese espacio que permita la experiencia social, fomentando todo tipo de prácticas democráticas que conlleven a principios y valores en pro de la participación y organización ciudadana. Modos de organización que no son sustentables solo por la ley, por las normas, sino que además exigen de la ética. Entendida, esta última, como una diminuta línea que se da entre la palabra y el silencio, el movimiento o la quietud, la creación o la destrucción; es la propia experiencia la que va definiendo en qué momento va uno u otro; entonces las vivencias van determinando la forma de ser y cómo hacer nuestro entorno, ya que la norma por sí sola no funciona, sino se educa al sujeto desde una perspectiva ética, democrática y social.

Estos “Relatos de Experiencias Maestras” nos devuelven la esperanza en ese maestro que más que números y letras, es la vivencia constante de la libertad, el que transita el camino de la razón, el que resiste con sus argumentos y al igual

que el cuerpo (sociedad) y sus derivadas funciones (instituciones) está pidiendo a gritos formas de tratamiento más nobles y significativas; usos que nos permitan vivir en comunidad y no en tumulto; donde las manos construyan, vuelvan a la caricia; donde las palabras alienten y desahoguen el alma cuando la frustración la invada y donde la guerra no se suscite, inevitablemente, por cada perturbación que nos presente la existencia.

Tenemos en nuestras manos, un libro donde los maestros nos recuerdan, con toda la autoridad de sus trayectos biográfico profesionales que lo importante de vivir no es solo la obtención de cosas, sino disfrutar el recorrido, valorar los instantes que compartimos con los demás, momentos que no podemos comprar, que harán de nuestro futuro mental un mundo de sensaciones gratificantes y satisfactorias para revivirlas al narrarlas.

Es un privilegio, hacer parte de estas narraciones desde la lectura, ejercicio que nos hace también protagonistas de lo vivido, que nos lleva a cada Escuela, a cada momento y nos invita a ingresar a sus instalaciones para vivir la sensación de ser como caminantes de las caprichosas formas de las montañas andinas de Antioquia, subes y desciendes de un lugar a otro, desde los pasillos de las aulas divisas los copos de los árboles, el vuelo de las aves se contrasta con los aires de libertad y fomento de saberes que se respiran; la brisa recorre libremente por los pasillos y aulas, un vaivén constante al que en varias ocasiones se le unan las hojas de los cuadernos, el silbido del viento contra las ventanas o los cabellos despeinados como símbolos de lo caótico y refrescante que es aprender.

PRÓLOGO

Gustavo Jaramillo Franco
Subsecretario de Planeación Educativa
Antioquia

Pensar la escuela, en su contexto; del lado de los protagonistas que tienen como misión, ***"señalar el camino",*** el de los maestros, sin desconocer sus condiciones de vida: temores, deseos, emociones y, en general, de sus experiencias; este fue uno de los aspectos fundamentales que motivó la creación del ***Centro de Pensamiento Pedagógico.*** Ahora bien, para ***pensar*** desde los territorios, no sólo es fundamental estar en ellos, habitarlos, y palpar la realidad con el fin de comprender mejor las acciones de cada uno de sus actores. También es importante, además de este componente empírico, tener por compañía los ojos de la rigurosidad académica y una estructura conceptual; de esta forma, al movernos en torno a estos dos mundos, el conceptual y el empírico, podremos analizar con mejor detalle las condiciones causales en las cuales se desenvuelve la vida escolar, mismas que, sin duda, son muy distintas a las que se habían imaginado cuando estaban cursando su licenciatura en la universidad.

Quizás los que llegamos a los cargos, por la generosidad de un mandatario, no estemos legitimados, o no seamos los más idóneos para orientar tales reflexiones; y no se trata de que no se tengan las capacidades intelectuales o que se hubiese llegado con la profesión equivocada o por la simple necesidad de un empleo; se trata de que la forma como están concebidos los cargos públicos, implica que se solucionen tantas situaciones individualizadas, día a día, que prácticamente se hace imposible el que se tengan procesos reflexivos, que permitan la comprensión real y necesaria de las problemáticas escolares. En este sentido, se optó por buscar quién nos apoyara en este proceso, de eso que se denomina "pensamiento".

Trece universidades manifestaron su interés en acompañarnos, y más que esas trece universidades, resaltamos el deseo que afloró en investigadores de carne y hueso, manifestando querer pensar desde la región, con los actores directos; con los que padecen unas veces y gozan otras tantas, los avatares de las condiciones de los territorios. Esto, sin importar si la universidad hacía o no la descarga de horas respectivas, sin importar si para cumplir tal fin, era necesario sentarse mucho más tiempo de ese que el servidor de la administración había planteado que era el que se requería.

Así, el ***Centro de Pensamiento Pedagógico*** es más que la propuesta de una administración de turno; es la suma de voluntades de investigadores de trece universidades y de maestros de las nueve subregiones de Antioquia, en la búsqueda de espacios reflexivos que les permitan pensar, de una forma crítica y sistemática, su diario vivir en la escuela.

Es fácil pontificar a la distancia; es fácil dar directrices desde altas instancias sobre lo que la razón y su lógica nos dice que se debe hacer; pero esa combinación de tiempo, espacio y causalidad, que nos coloca a todos en distintas circunstancias,

en experiencias de vida individualizadas y sin igual, hacen que modificar condiciones partiendo desde quién lo dice, hasta quién le compete hacerlo en la realidad, sea querer aplicar el mismo motivo en dos mundos radicalmente diferentes; es este uno de los aspectos que dificultan significativamente los propósitos de la educación.

No desconocer la experiencia; tener en cuenta la multiplicidad de condiciones espacio-temporales, son orientaciones que se nos han dado siempre. Ejemplos concretos los encontramos en autores como Jhon Dewey (1939) quien en su obra ***"Experiencia y Educación",*** manifiesta a su manera que: ***"Nadie dudará que el niño de una casa de barrio bajo tiene una experiencia diferente que el niño de un hogar culto; que el campo tiene un género diferente de experiencia que el de la ciudad; o que el muchacho de la costa tiene una diferente que el chico que se ha criado en los campos del interior";*** y ese **"nadie dudará"** con el que inicia esta cita**,** es tan sólo el punto de partida de lo que puede ser, o un tortuoso viacrucis, o una hermosa novela, dependiendo de las condiciones encontradas y de la forma de asumirlas por parte de los maestros. Estas particularidades, esa riqueza y variedad de experiencias de vida, son elementos fundamentales y muy bien plasmados en las narrativas presentadas en estos dos volúmenes.

Fácilmente, puede plantearse por parte de instancias empresariales o académicos con diferentes conocimientos disciplinares, que ya se han realizado muchos procesos de capacitación y formación por parte de expertos que viajan desde la ciudad; o de largos procesos de ***"coaching"*** mediante los cuales los maestros logran encontrarse "consigo mismo" y que, por lo tanto, todo comenzará a partir de ese momento a funcionar muy bien. No obstante, esta no ha sido nuestra postura. Siguiendo a Hargreaves y Fullan (2012) ***"las ganancias casi siempre desaparecen después de que los equipos de intervención se marchan, una vez que los líderes clave, abandonan".*** Nuestra postura opta, entonces, por un camino según el cual se acompaña a los maestros en sus procesos reflexivos, que les permita confrontar, día a día, los problemas singulares y diversos que se les presentan.

Se trabajó para que se generaran las condiciones necesarias, de tal suerte que sus reflexiones fueran atrapadas por medio de palabras y conceptos en sus narrativas. Así, cuando sus ***"compañeros de pensamiento"*** tuviesen que volver a los centros de investigación en las universidades, pudieran ver sus experiencias reflejadas en sus escritos, y fuese entonces el punto de partida para, en primer lugar, transformar su quehacer en el aula, haciendo los ajustes necesarios en la medida en que se los demande la misma práctica. En segundo lugar, para que sirvan como motor de autorreconocimiento que los lleve, gradualmente, a su consolidación como profesionales, para que ello les permita tomar decisiones pertinentes y acordes a los contextos. Al quedar sus historias de vida plasmadas en el texto escrito, podrán volver sobre lo actuado, de tal suerte que puedan comprender en otros momentos, sus propias acciones.

Para quienes, como agentes externos a la escuela, estemos decidiendo sobre ella, es fundamental comprender claramente que, en todo momento, la práctica en el aula está mediada por los maestros que la llevan a cabo, los cuales le imprimen sus temores, principios, creencias o conocimientos. A su vez, nos permite comprender cómo los maestros viven sus mundos, los cuales más que el reflejo de

una realidad unívoca, son sus propias construcciones que, a su vez, generan múltiples realidades.

Entonces son éstas, las realidades visibles en las narrativas que los lectores encontrarán en estos dos volúmenes: **Las experiencias de vida de los maestros del Centro de Pensamiento Pedagógico. Relatos de experiencias MAESTRAS.**

BAJO CAUCA

SOBRE LA VOZ Y EL DECIR DEL MAESTRO

Federico Agudelo Torres
Marlon Vanegas Rojas
Universidad Católica Luis Amigó

La voz y el decir del maestro se configuran, una y otra vez, en la voz y el decir de una comunidad, de una tradición y de un contexto. No existe un discurso desinteresado, no hay un sujeto cuyo interés no se advierta reflejado en sus palabras, en sus afonías o en sus innumerables deseos de decir. Somos, a la manera expresada por Mélich (2012), un *homo narrans*; somos criaturas necesitadas de la palabra, somos seres que buscan, diseñan y construyen escenarios para decir el mundo de la vida en tanto procuramos decirnos, a través de la palabra, en dicho mundo.

Las palabras y los decires del maestro, así como la narración que éste hace de los insumos que le obsequia la realidad y la vida misma, se configuran en identidad, en herencia y, en términos de Duch (2011), en escenarios de acogida. De ahí la enorme importancia de re-semantizar continuamente cuestiones como: ¿qué discursos y prácticas se están compartiendo y propagando en el ejercicio profesional de los maestros? ¿Qué herencias subsisten en el quehacer de la vida de los educadores y qué elementos nuevos se enmarcan en ese ejercicio, de manera que se puedan develar algunos elementos consustanciales a la denominada cultura escolar?

El maestro, sus relatos y sus narrativas son, a la manera expresada por (Bolívar, Domingo y Fernández, 2001), tramas incitadoras, urdimbres siempre inconclusas, historias necesitadas de continuidad. A los maestros del Bajo Cauca antioqueño se les exhortó a volver a recorrer, mediante un trayecto biográfico-narrativo, por aquellas sendas que se transitan en la cotidianidad, por aquellos territorios cercanos al día a día y por aquellos escenarios en el que se despliega el quehacer mismo de su ejercicio docente.

Las narraciones que se presentan a continuación dan cuenta de un millar de realidades que, en no pocas ocasiones, desbordan los límites de la escuela y del accionar mismo del maestro. Las voces de sus protagonistas son también las voces de aquellos quienes creen que la escuela es un lugar político para transformar, en tanto se es transformado por la realidad que allí se erige. Los elementos recogidos en estas narrativas invitan a conocer esos elementos culturales, sociales y políticos en los cuales se desarrolla el ejercicio profesional docente.

Se hace entonces menester agradecer la apertura con la cual los maestros del Bajo Cauca antioqueño dejaron oír su voz, su sentir y su palabra a través de las narraciones en las que plasmaron su sentir, sus móviles y complejos recorridos, así como ese devenir transformador que le es propio a toda actividad humana que se cuestiona por su sentido mismo de humanidad. La reflexión sobre el quehacer de cada maestro y su ejercicio profesional pensado en primera persona y las discusiones sobre la cultura escolar, dieron origen a los relatos que se presentan en este capítulo.

Narraciones que recuerdan que la actividad profesional del maestro, sus prácticas escolares y el trayecto de las mismas son, además, una apuesta y un

apostarse por el cultivo de aquella humanidad que crece en diversas y lejanas geografías, un desafío y un aventurar-se por la formación de sujetos, móviles y movilizadores, que heredan y co-construyen novedosas visiones de mundo. Así, el ejercicio escritural de los maestros no propende por decir la cotidianidad, sino por resignificar aquellos asuntos que trascienden dicho hacer diario, es decir, la escritura biográfico-narrativa invita a re-semantizar aquellos asuntos que se quedan, que se instauran como memoria, como anhelo y sobretodo, como esperanza transformadora.

Referencias

Bolívar, A., Domingo, J y Fernandez, M. (2001). *La investigación biográfico-narrativa en educación*. Madrid, España: La Muralla1

Duch, L. (2011). *Empalabrar el mundo*. Barcelona, España: Fragmenta

Mélich, J. (2012). *Filosofía de la finitud*. Barcelona, España: Herder

ENCUENTRO DE ENAMORADOS… MI PRIMER AMOR SOY YO.

María Eugenia Gómez Peña

Todavía zumban en mis oídos las palabras de doña Cástula, una señora del pueblo que, con sus más de cien años de vida, siempre hablaba con la sabiduría que da la edad: - “Hay que ponerle amor a todo”-, concluía esta matrona de Caucasia. Y eso es cierto. El Proyecto “Encuentro de Enamorados” es desde sus inicios, la fuerza de amor que ha hecho posible la construcción de este plan, en una cultura tan fuerte del morbo y de muchos tabúes sobre el sexo y el amor.

Hablar de enamorados en Caucasia y en esta zona de influencia caribeña, paisa, indígena y chocoana, era referirnos con morbo a la parte coital, al cuchi picheo, al sexo, a hacer el amor y a no sé de qué tantas otras cosas más, que siempre, aún en estos tiempos de vientos de cambio, todavía tiene la gente de referencia en su cabeza por eso, la lucha es constante buscando el posicionamiento del proyecto en nuestra comunidad.

“El Encuentro de enamorados” es un proyecto de aula del área de filosofía que busca que los estudiantes, en especial los de grados décimo y once, tengan el espacio y la libertad para que hablen de sexualidad, de responsabilidad, de su cuidado, de amarse, de no quedar “embarazados”, en una región como el Bajo Cauca Antioqueño y en especial el municipio de Caucasia en donde el índice de embarazo en adolescentes y preadolescentes va en aumento día a día, sin tener una entidad oficial u otro tipo de organización que trate de buscar otras formas de prevención y de sexualidad responsable.

Esto ha llevado que con tantos años de ejecución de este proyecto se generen no sólo miles de ejercicios y anécdotas ocurridas, sino también muchos los momentos de lucha en su proceso de crecimiento, en especial al considerado por muchos como algo vulgar, morboso y peligroso para ser tratado con libertad por parte de los jóvenes. ¿Es que acaso estar enamorados se hace referencia solamente a la parte coital?, por ese pensamiento ha habido mucha reticencia en los primeros años por parte de la comunidad. Es así como la rectora del colegio, no apoyaba el “Encuentro de Enamorados” y mucho menos le gustaba el nombre del mismo, así mismo sucedió con padres de familia y miembros de la comunidad, quienes no veían con agrado el proyecto.

Por eso, tocó ser reiterativa en la explicación del mismo, defenderlo con argumentos y luchar día a día para que el proyecto continuara, no solo con sus objetivos intactos, sino también con su nombre original.

Son tantas las anécdotas de los primeros años de lucha del proyecto, que un día una madre de familia decidió indicar su descontento, sacando a su hija del proyecto. – Profe., mi hija no va para ese encuentro de enamorados porque me preocupan

que va a hacer allá-. Yo le conteste - ¡Por Dios! ..., no se preocupe, no la mande y listo-, yo me la quedo mirando y le preguntó- y dígame ¿dónde está la niña entonces en estos momentos? – a lo que la señora respondió: - la dejé sola con el novio. Él me la está cuidando. La cuida mejor en mi casa- indicó la mujer, sin percatarse que la casa estaba sola y ellos dos, dos jóvenes completamente solos y enamorados.

Bueno, de esto se puede concluir que hay dos niños solos, pero posiblemente dentro de poco una madre adolescente, bajo la responsabilidad de su madre, una mujer adulta y responsable de ella. Por eso, nos tocó mirar con paciencia, las situaciones de ignorancia que aparecían en el camino del proyecto, y que todavía se presentan en donde estar enamorados es solamente un proceso coital.

“Encuentro de Enamorados” es un proyecto de valores que busca el fortalecimiento del ser a través de diferentes actividades basadas en el respeto de sí mismo y los demás, aprender a amarse a sí mismos y en especial saber tomar decisiones en donde el valor del respeto sea el protagonista.

Cuando un adolescente se respeta a sí mismo y a su cuerpo, se hace merecedor del respeto de los demás y tener la capacidad de respetar a los otros, a sus opiniones, expresiones y orientaciones sexuales, logrando así tener la capacidad de interactuar y convivir en nuestra sociedad actual totalmente globalizada.

El proyecto cuenta con varias etapas y actividades, pero hay una en especial en donde los estudiantes disfrutan mucho más de lo que se pensaba al principio. “El Campamento de Enamorados” refleja en su ejecución el principio de construcción y fortalecimiento de los valores, pues además de presentarse una cantidad de roles, como líderes, consejeros, recreadores, enfermeros, guías, entre otros, los estudiantes tienen la posibilidad de gozar, de reír, de llorar y en especial de sentir que están vivos.

En el campamento se presentan situaciones que permite más que el diálogo, la conexión a través de un abrazo, de una mirada, de una sonrisa o de una lágrima. Conversar es todo un juego de valores en donde las actividades buscan dicho proceso, es así, que al ubicar a cuatro integrantes de los estudiantes dentro de una carpa se busca que la imaginación empiece a jugar, volver a la niñez en donde este tipo de juegos es pura diversión y amor, donde no hay maldad, solo risas, respeto, compañerismo y buen comportamiento.

La carpa se mueve, este movimiento hace que nuestra imaginación vuele, comenzamos a pensar que algo pasa por dentro, sin imaginar que el juego busca que cuatro amigos dentro de la carpa se abracen y se dicen palabras de cómo se van a extrañar, que eres genial, sin ustedes no hubiese sido posible mi vida… El campamento de enamorados, que cada año cambia de lugar y tema, también les permite a los jóvenes participantes, trabajar en equipo con el objetivo de fortalecer mucho su proyecto de vida.

El proyecto trabaja durante todo el año. Es así como se les lleva especialistas de todo tipo para que hablen de temas como la sexualidad, el cuidado de sí mismos, la promulgación de los derechos sexuales y reproductivos, entre otros temas. El proyecto cada año presenta un nuevo tema, es así como el primer año fue “yo me amo, yo me cuido”; después fueron: “MI primer amor soy yo”, lema que se usó en su tiempo para realizar el Primer Festival de Filminutos, o el festival de teatro, entre otros aspectos, los cuales también cuentan con sus propias anécdotas.

EL CAMINO ES LARGO Y CULEBRERO

Alberto José Polanco Alvarado

En aquellos tiempos poder llegar a mi lugar de trabajo era introducirme en una increíble travesía que iniciaba en el municipio de Nechí hasta llegar a la vereda más lejana del Municipio, *Los Planos*. Para llegar hasta allá se necesitaba coger una canoa metálica con motor que atravesaba el río Cauca; recorrer un tramo del río Nechí y luego desviarse por la quebrada La Trinidad sorteando los peligros de los troncos que bajaban por allí. Después de tres horas de viaje hacia el puerto La Trinidad, sin medir distancias, había que seguir un camino de herradura a pie, no había que mirar atrás, porque el camino era largo y culebrero y me tocaba caminar generalmente solo, aunque algunas veces lo hacía con alguna persona que me encontraba o con un compañero que se quedaba a la mitad del camino. Nos tocaba esquivar el peligro de las serpientes venenosas y los grupos al margen de la ley, cruzábamos dos caños y una quebrada más, que cuando crecían no dejaban pasar ni al putas.

Después de esta pequeña odisea, llegaba a Mina Seca que era una pequeña finca ubicada al subir la primera montaña donde me daban alojamiento, pues el sol ya empezaba a ocultarse y no se podía viajar de noche porque se escuchaban historias de animales feroces, como el tigre, el tigrillo y serpientes enormes, que podían tragar a una persona. Además, voces extrañas y fantasmas que asustaban a los viajeros. Al día siguiente y bien temprano, retomaba mi camino por la cordillera subiendo y bajando una y otra loma, muy asustado y con los nervios de punta por las historias que se contaban del camino. Recuerdo que don Víctor siempre me decía: -“El profe viene con *los mojones en cruz*”-, expresión que utilizaba para saludarme.

Al llegar a Los Planos, ¡*de plano solo tenía el lugar donde estaba la escuela*!, la cancha y tres casas era ya un territorio rodeado por montañas. En la primera casa vivía Manuelito, un niño de ocho años que siempre me esperaba para ir conmigo de la mano a la escuela. También estaba doña Patrona, su bisabuela, que muy cariñosamente me ofrecía una taza de tinto. Las casas se encontraban distantes una de la otra y un poco alejadas de *la ramada* que era el lugar donde los niños con tanto amor recibían sus clases. Allí había clavado en dos troncos de madera un tablero verde y los pupitres eran seis bancas largas hechas de tablas.

Vivía lejos de mi lugar de trabajo. Para llegar había que cruzar por un árbol gigante que atravesaba otra quebrada llamada La Concha y así poder llegar a una pequeña finca llamada “La Trampa” porque no había un lugar más cerca para quedarme. Recuerdo que a la señora dueña le decían “La Bruja”. No sé si era sobrenombre o verdad, pero por lo poco que pude observarla con el tabaco en la boca y diciendo algunas oraciones raras, pude sacar mis propias conclusiones sobre ella. Como a los cinco meses, los padres de familia me hicieron un rancho al lado de la escuela y a orillas del camino, en donde a veces no dormía ya que se escuchaban ruidos de animales nocturnos, pasos de personas a toda hora y ¡*qué decir de las pesadillas que me producía la soledad*! Por eso me quedaba leyendo hasta tarde en la noche.

La entrada a clase era a las nueve de la mañana debido a que la mayoría de niños venía de muy lejos. Traían su almuerzo pues la jornada se extendía hasta las

tres o cuatro de la tarde. Algunos estudiantes venían a caballo, otros a pie, pero siempre llegaban. La mayoría de ellos estaban pasados de edad y algunos perdían clase cuando les tocaba irse con los padres a recolectar la cosecha o se los llevaban a barequear. Aún recuerdo al joven Barni que tenía unos catorce años de edad, sus características físicas eran las de un adulto y trabajaba a la par con ellos. Este joven cursaba primero porque su educación no era constante, siempre abandonaba el estudio por algún trabajo.

Barni venía a la escuela con sus cuadernos en una mochila, donde además traía un paquete de tabaco, un porta comida repleto y una cauchera. En la cintura traía su machete o peinilla y, colgando al hombro, una barra y una batea para sacar oro. Todas estas herramientas de trabajo las colgaba en una esquina de la ramada. Claro que como vivía muy lejos de su casa siempre me dio una explicación lógica. Me decía que después de clase tenía que ir afuera a limpiar la cosecha o a sacar los granos de oro, razón por la cual se iba más temprano que los demás.

En Los Planos me tocó vivir experiencias inolvidables. En esta vereda aprendí a amar a esas personas que se volvieron parte de mi ser; para ellos yo era el líder de la vereda, el consejero, la persona a la que tenían mucho respeto y cariño, la persona que gestionaba ante el Alcalde lo que faltaba en la comunidad o en la escuela. Algunas veces, los niños y yo sentíamos dolor de cabeza o alguno se malograba jugando y no había nada a la mano qué darles para curarlos. Ante esta situación me dirigí al Alcalde para que me regalara un botiquín y él me mandó a una farmacia donde el farmaceuta me dio una lista impresionante de pastillas, algunos remedios y materiales de primeros auxilios; todo bien explicado para que sirviera a cada uno. Esto me puso muy contento y desde ese momento me convertí como en una especie de médico, tegua o enfermero porque no había niño o viejo con dolor de cabeza que no fuera a parar donde el profesor para que le diera acetaminofén, aspirina, ibuprofeno o material para curar las heridas del camino.

Como la mayoría de las personas que habitaban la vereda eran evangélicos, los fines de semana me invitaban a las vigilias que hacían en las otras veredas donde me pedían el favor de leerles algún versículo de la biblia. Lo hacía con respeto. Esto era recompensado con un buen tamal y varios vasos de guandolo, bebida tradicional hecha a base de agua de panela y limón, muy propia de la región. Cuando no salía con los evangélicos, trabajaba en compañía de mis estudiantes en la huerta escolar o me iba a pescar con anzuelo o con un toldo a la quebrada “La Concha” con algunos amigos porque la liga a veces escaseaba y había que comer lo que hubiera. En Los Planos aprendí a comer el guiso de tacan, la mayupa frita, la torta de pescado, el mote de palmito, el consomé de mica prieta con arroz cariaco, la guagua, el ñeque, el armadillo, el ponche, el venado danto, el estopiao de moncholo ahumao y el de cola de babilla. De todos estos platos el que más me llamó la atención fue el guiso de lora vieja ¡*A esa pobre ave por más candela que le daban nunca lograban ablandarla*!

En mi trasegar como docente en la vereda Los Planos puedo decir que adquirí un cúmulo de saberes y experiencias inolvidables que me permitieron ser mejor persona, enriquecer mi ser desde el servicio a la gente y despertar ese espíritu poético que dentro mi existía. He aquí una muestra de una de esas bellas composiciones que fueron motivadas por lo que viví en ese lugar que marcó mi vida para siempre.

Mi buen amigo

I
Ahí viene mi buen amigo
Con el morral a cuestas
Profesor de alma entera
Que lo protege su abrigo.

II
No hay aguacero que lo detenga
Para llegar a su destino
Trae barro en una oreja
Y las heridas del camino.

III
Una ramada le espera
El cariño de unos niños
El tinto de mi bisabuela
La compañía que yo le brindo
Porque siempre va conmigo
De la mano a la escuela.

IV
Me han contado los de mi vereda
Que no solo sabe
De matemáticas de español y de ciencias
Que es el cura de la Iglesia
Que es un médico, que es un tegua
Que es enfermero, que es partera
Que alivia un dolor, que arregla un problema
Y educa a los niños
Porque es el padre en la escuela.

V
Es el agricultor,
Que con amor siembra y recoge su cosecha
Siembra yuca, plátano y arroz
Y a mí me enseñó a hacer una huerta.

VI
Me dijo una señora que todo lo cuenta
Que lee bajo la luz de un mechón o de una vela
Que se trasnocha mirando la luna nueva
Y a veces llora; cuando de su familia se acuerda

VII
Es un sabio mi profesor
Todo el mundo lo valora y lo aprecia
Porque es el líder de mi vereda
Y desde el niño hasta el más viejo
Su sabiduría respeta
Todos escuchan su consejo
Y con sus historias todo el mundo se deleita.

EN LOS ZAPATOS DEL MAESTRO RURAL EN COLOMBIA

Más que cuestión de vocación es una cuestión de amor

Wilmer E. Cardona Atencio

En mi etapa de niñez solo pensaba en jugar a la pelota y en hacer travesuras por las calles de Caucasia. En ese tiempo los vecinos iban a nuestra casa molestos a informar de las travesuras que hacíamos y que de una manera u otra los afectaba. Hoy en día por la situación de orden público en esta región ya ni siquiera se puede salir a las calles y disfrutar de esta etapa tan linda porque se teme que suceda un hecho desafortunado y convertirse en una víctima más de este conflicto de nunca acabar y sufrido por muchos habitantes.

En mi infancia miraba la escuela como ese lugar al cual no quería ir, y mi madre, siendo cabeza de hogar, todas las mañanas me levantaba de la cama con la chancleta y con muchos sermones. En medio de lágrimas, recuerdo los múltiples pensamientos negativos que se venían a mi mente con relación a ese horrible lugar para mí en ese momento. Y porque por culpa suya, de lunes a viernes, cada día iniciaba mi tormento. Ya estando en ese lugar toda la mañana veía a los maestros como esas personas casi perfectas y en las cuales teníamos que creer y seguir su ejemplo. Siempre fueron sinónimo de respeto, pero nunca se me pasó por la mente ser maestro y encaminarme por esa hermosa profesión.

Mi infancia estuvo marcada en gran parte por el campo y la ruralidad, ya que mis abuelos maternos vivían en una vereda cerca de Caucasia en medio del Río Cauca y allí pasaba mucha parte de mi tiempo. Por tal motivo vivencié el proceso que llevan a cabo sus habitantes, día tras día, para lograr suplir las necesidades básicas y tener el sustento para vivir. Ese es un proceso muy diferente al que viven los habitantes de la zona urbana.

Por más que me pregunto sin hallar respuesta, al finalizar mis estudios terminé estudiando para ser maestro. Quizás por aquella palabra llamada destino, citada por Brian Weiss en su libro *Muchas vidas, muchos maestros,* donde todos estamos aquí en la tierra por un propósito y nada pasa por casualidad. Hoy, estoy en este maravilloso mundo […] En el año 2009 obtuve el título de Normalista Superior y al año siguiente inicié mi labor como docente. Tuve mi primera experiencia en la zona rural del municipio de Valdivia en el departamento de Antioquia.

Al entrar al magisterio pude vivenciar lo difícil que es ser maestro en nuestra sociedad, sobre todo por las políticas educativas que cada día afectan más la educación en Colombia. En ese entonces los habitantes de la vereda *Puquí* eran muy humildes y vivían de la minería artesanal y de la agricultura, pero con deseo de superarse y sacar adelante a sus familias. Por eso los niños y niñas iban a la escuela con el objetivo de mejorar su futuro y la calidad de vida de sus familias. También intentando huir del conflicto armado que desde hace décadas sufre el país al igual que esta zona.

En ocasiones como maestro me tocó vivir cómo el olvido del Estado frente a la educación rural nos afecta de manera directa, pues en muchos casos, solo existe el nombre de escuela en papeles y la realidad es otra. En muchos casos es un espacio físico organizado por la misma comunidad y los maestros para que los niños y las niñas puedan adquirir nuevos aprendizajes. Esto permite fortalecer el trabajo en equipo de la comunidad educativa, ya que al tener poco apoyo del gobierno hacemos lo que esté a nuestro alcance para lograr sostener la escuela. De este modo maestros y escuela se convierten en el tesoro más importante de la comunidad.

El maestro en la zona rural puede vivenciar el sacrificio que los campesinos tienen que hacer para lograr salir adelante por medio de la educación, pues en algunos casos para llegar a la escuela hay niños y niñas que tienen que salir de su casa siendo las 5:00 a.m., por un camino de herradura y con una lámpara para poder llegar al colegio a cumplir su jornada escolar que inicia a las 7:00 a.m. y culmina a la 1:00 p.m., En ocasiones cuando el invierno alimenta con agua las hermosas montañas del campo, movidos por el deseo de estudiar, los niños y las niñas logran llegar al colegio con un plástico encima y con botas de caucho. Luego de estar allí se cambian para iniciar su jornada escolar y disfrutar del aprendizaje que el maestro rural va orientando con las guías y de todo aquello que adquieren de sus vivencias y de las de sus compañeros.

La escuela es el único medio que estos niños y niñas tienen para salir adelante y ayudar a sus familias. También ven en ella un lugar agradable en el cual juegan, comparten con sus compañeros y aprenden. Todo esto hace que uno se enamore de su profesión y aporte cada día más desde lo personal. En ocasiones se hace necesario tocar puertas económicamente para ayudar a cumplir ese sueño de cientos de niños y verlos reír felices.

En el año 2015 fui trasladado a una vereda del municipio de Cáceres en el mismo departamento de Antioquia llamada *Isla La Amargura*. Para mi fortuna y sorpresa no era otra que la zona rural que mencioné al principio de este escrito

donde vivían mis abuelos maternos y donde pasé buena parte de mi infancia jugando en los potreros, bañándome en el río y haciendo travesuras a los vecinos. Ahora ya tenía otro papel más complejo: ser el maestro, aquel que tiene bastante responsabilidad con la comunidad y que va a dar todo de sí por seguir ayudando a tejer esos sueños de cientos de niños.

Isla La Amargura ya es un contexto diferente a la vereda *Puquí*, pues, como se mencionó anteriormente, queda ubicada en medio del río Cauca en el municipio de Cáceres. Sin embargo, la mentalidad y las necesidades básicas de sus pobladores son similares a cualquier zona rural del Bajo Cauca antioqueño. En este lugar sus habitantes viven de la pesca, la agricultura y la ganadería. En algunos casos, los niños para llegar al colegio y poder realizar sus estudios tienen que pasar el río en canoa, a veces lloviendo, para cumplir su jornada escolar. A la pregunta ¿por qué te expones a pasar el río, así este lloviendo, por venir a la escuela? En el caso de Lorena Castro del grado octavo, quien por ser la mayor tiene que guiar la canoa con un canalete y pasar ella y luego a sus hermanas menores hasta la vereda donde queda ubicada la escuela, responde:

> Y*o paso el río en la canoa con mis hermanitas porque tengo ganas de aprender y salir adelante para ser una enfermera y ayudar a mi papá y mi mamá y darles una mejor vida; ellos se preocupan cuando está lloviendo o cuando el río esta crecido. Y por ellos me vengo en la canoa a estudiar.*

Aquí he podido percibir la actitud y el deseo de los niños y las niñas por salir adelante y ser profesionales para ayudar a sus familias. Esa mentalidad nace en ellos por las necesidades y las situaciones de su diario vivir. Cada día que pasa van utilizando esas situaciones y transformando la materia prima del mismo contexto en oportunidades que los ayuden a cumplir sus sueños.

Ser maestro en el contexto rural y vivenciar lo que tienen que hacer sus habitantes para cumplir sus sueños, me ha llenado de amor por lo que hago y esa pasión y disfrute trato de trasmitirlos a diario a la comunidad educativa en general. Aprendemos del ejemplo, por lo tanto, no podemos esperar que los estudiantes sean dedicados si nosotros no lo somos; que sean creativos si de nosotros solo obtienen los mismos caminos y formas una y otra vez; que sean apasionados en su carrera si nosotros no transmitimos pasión por lo que hacemos; que amen lo que hacen si no les mostramos que amamos nuestra labor docente. Ser maestro implica preparación continua, no solo para la labor dentro del aula, sino porque no puede exigirse a otros lo que no somos capaces de llevar a la práctica.

Ser maestro implica humildad, la de reconocer que nuestros conocimientos son finitos y que equivocarse es parte de nuestra naturaleza. El conocimiento total y la perfección son quimeras. Ser maestro implica paciencia y mucha tolerancia a la frustración, ya que la construcción del conocimiento jamás será instantánea. Ser maestro implica una profunda honestidad con lo que somos y hacemos. Ser maestro implica libertad de pensamiento y aceptación de esta capacidad en nuestros estudiantes. No podemos enseñar libertad si no la practicamos; no se puede enseñar a alguien a llevar las ideas más allá de sus límites conocidos y de su zona de confort si se nos olvidó cómo hacerlo. Ser maestro implica un trabajo de múltiples facetas. No se trata solo de enseñar lo que plantea un programa académico, también se trata de impulsar a aquellos que no saben o que olvidan que hay una fuerza está dentro de ellos; ser maestro es mostrarles que creemos en lo que son y en lo que pueden ser, es retarlos para que sean mejores, es ayudarlos a levantarse de sus fracasos y a descubrir sus fortalezas.

Ser maestro implica nunca olvidar que somos seres humanos falibles y perfectibles. Ser maestro implica ser un *adicto* a la esperanza. Ser maestro es enseñar a otros que la escuela no es solo un lugar, sino la agradecible oportunidad de obtener el más preciado don: el conocimiento. Lo que implica ser maestro no es solo trabajar de maestro: es una elección de vida. Esta profesión significa tener un alto grado de compromiso con uno mismo, con la academia, con la comunidad, con los niños, las niñas y los jóvenes de nuestro país en pro de su calidad de vida y el mejoramiento de la educación colombiana.

LA ESCUELA ELECTRA

Juan Rangel

2:35 de la tarde. 32° de temperatura. A lo lejos, el timbre suena avisando que es hora de salir a descanso. Una ola bulliciosa se levanta y posteriormente un tropel que pocas veces se logra controlar. Así son la mayoría de las tardes en la pequeña Institución Educativa Antonio Roldán.

"Vamos Leidy, esta vez no te puedes quedar dentro del aula", dice el profesor mientras organiza en el escritorio las hojas de los trabajos que ella y sus compañeros acaban de terminar. "¡Ve a descanso! Te aseguro que esta vez no te van a molestar; ya les he advertido". Ella solo se limita a escuchar sin atreverse a mirarlo. Él la mira y suspira mientras deja de lado lo que estaba haciendo y se acerca diciéndole: "Mira, puedes comerte esta galleta que me regalaron". Sonríe. Se dispone a retirarse y ella lo advierte. "¡Profe!", alcanza a decir tímidamente mientras se acerca y extiende su brazo con el puño apenas cerrado y con el encogimiento ya típico de su repetida intención. Esta vez no son solo dibujos, hay una pequeña nota: "Profe te amo con todo mi corazón. Leidy".

Antes de que el profesor reaccionara y pudiera levantar su cara, ya ella había salido disparada hacia el patio de juegos. Él dibujó una cara feliz (una manía que ya tenía) en el extremo de la nota y la dejó sobre el escritorio. Pretendía tomarle una foto y ponerla con una inspiradora frase que evocara el amor sincero y la suerte de ser profesor para luego chicanear en un estado de WhatsApp; de seguro muchos amigos y colegas se sentirían identificados. Ya cuando estuvo en casa y libre del bullicio de la escuela, actualizó su estado. Fue allí cuando todo comenzó.

2

"¡Coman rápido a ver y la Leidy me lava los platos!", dijo la mamá de Leidy, clavándole la mirada mientras se recogía el cabello a lo alto con evidente preocupación más que con enojo. "¡A ver si su papá empieza a preocuparse por la comida de sus hijos!", dice. No paraba de caminar de un lado a otro, estando en el extremo del salón donde convergían sala, habitaciones y cocina. Acosó de nuevo: "¡Hágale pues que los huevos no tienen espinas!", esta vez dirigiéndose a Kevin que levantó los hombros cuando su mamá volteó.

"¡Ay no mija! Pero usted nunca pone al cabezón éste a lavar platos", inquirió la vecina que venía llegando y escuchó todo. "Ah, ¿pero a usted quien la llamó?" Respondió Kevin altanero y con la boca llena. "Hágase el pendejo papito y verá como su papá le acomoda el mascadero por andar de grosero", amenazó la vecina mientras le hacía un gesto que mostraba sus deseos de golpearlo. Durante un momento todos callaron y se miraron.

"Deje a ese niño quieto que si el papá lo ve lavando platos entonces el problema es conmigo; dizque porque ando criando maricas". Intervino la madre. "¡Camine y vamos más bien que ya debe estar que empieza *Yo me llamo*!"

"¡Póngase las pilas mijita! ¡Ya es hora que el Roberto se meta la mano al dril para una cosa diferente que no sea cerveciar! ¿Usted hasta cuándo le va a aguantar maricadas a ese! ¡Noooo mija […]!", decía la vecina mientras se retiraba con Marisol, quien se veía descontenta.

"¡Si ve! Yo le dije que no me tocaba lavar platos", dijo Kevin tirando su plato a una ponchera y limpiándose la boca con el brazo. "¿Dónde me dejó las bolitas

que estaban en el bolso?" Ella solo lo miraba con desprecio. "¡Ah, pero hable a ver! ¡Por eso es que en el colegio le dicen sonsa!". Contestó su hermano mayor airadamente y con ademanes bruscos. No dijo nada. En ese momento alcanzó a distinguir aquellos pasos tambaleantes, el corazón se le quería salir del pecho. Ya había llegado su papá y ella aún con el plato en la mano.

"¡A ver pues! No ha llegado uno y ya se les escuchan los madrazos desde la esquina", exclamó su padre borracho y sin camisa. "¿Y su mamá dónde anda?", preguntó alterado al no ver a la mujer a la que le había advertido que no la quería ver metida en la casa de la vecina que le metía cucarachas en la cabeza. "¡Debe estar buscando macho!", murmuró en voz baja y se respondió así mismo tomando asiento en una silla a la que le faltaban muchas hileras de fibras plásticas. "¡Leidy, deme algo de tragar!" Leidy, quien tenía aún comida en la boca, no se atrevió a mover un hueso.

"¡Leidy!" Gritó furioso e hizo que la niña saltara como si tuviera un resorte adentro. No dijo nada y permanecía con la mirada fija en su papá. De nuevo ese miedo paralizante, pulverizador […]

3

"Profesor, siéntese". Dijo el rector luego de pasarse la mano sobre la cara con evidente intranquilidad. La oficina tenía un aire pesado como la última vez en la que se habían sentado los dos, pero en esta ocasión no para hablar de cómo la escuela se había convertido en un lugar no apto para la vida y para albergar almas libres, crítica que molestó a muchos durante una asamblea general en que el Rangel había quedado tildado como comunista y renombrado "Peter Kropotkin" por otro maestro. Esta discusión ameritó una conversación sobre el tono y lo inoportuno de sus comentarios revolucionarios.

"¿Cómo es eso de que su estudiante ahora no quiere irse con sus papás si no con usted?", preguntó directo atravesándolo con la mirada y sin esperar contestación, inquirió de nuevo. "¿Está intentando usted aprovecharse psicológicamente de su estudiante?".

"¡No! ¡No es eso!, interrumpe. Usted está mal interpretando la situación".

"¿Mal interpretando? Yo no sé por qué discuto esto con usted, en vez de hacer el debido reporte a la policía de infancia y adolescencia y que las autoridades sean quienes se encarguen de todo esto".

"Si me deja usted hablar tal vez logre ver qué fue lo que realmente pasó".

"El padre de familia y los mismos compañeros de la niña dicen que usted le regala cosas y que ella siempre está al pie suyo durante los descansos".

"Está claro señor rector que usted no tiene disposición para escuchar, dijo el profesor Rangel con tono desesperado. El señor le pegó muy fuerte a la niña. Él la maltrata y escasamente viene a la escuela. En lo que va corrido del año solo ha venido dos veces y una de ellas creo que vino medio borracho a traerles plata a esos niños dizque porque no habían alcanzado a almorzar". Tomó una pequeña pausa para respirar y proseguir en su defensa. "Hoy le pregunté a Leidy, la niña, si su papá la había golpeado de nuevo. Esa niña es un mar de lágrimas y un manojo de miedo; siempre es la última en irse. Es obvio que no quiere estar en su casa y si está al pie mío en los descansos, así como usted dice, es precisamente porque no logra confiar en nadie. A esa niña la han acabado".

“¿Usted al menos tiene el reporte escrito de lo que dice?” Interroga inquisidor el rector. “El señor es medio loco, él dice que lo va a denunciar porque usted no permitió que él se llevara a su niña y que usted en su estado de WhatsApp ponía cosas de amor con la niña”.

“¡Que despropósito! ¡Por Dios!” Responde irónico el maestro. “¡Aquí quién va a poner una denuncia a costa de su pellejo soy yo! ¿A ese señor cómo se le ocurre venir a sacar a esa niñita de los pelos y a punta de correa del colegio? ¡Pregúntele al celador y a los otros dos profes que a esa hora de la noche no se habían ido y verá! ¡O veamos las grabaciones de las cámaras! Ahí se debe ver clarito cómo ese señor maltrata a Leidy; cualquier persona con instinto de supervivencia elige estar lejos de ese señor. Yo lo que hice fue evitar que la matara por no quererse ir con él. En cuanto a lo del WhatsApp lo puede ver usted mismo”. Dice haciendo amago de sacar su teléfono del bolsillo, cosa que el rector ve innecesaria advirtiéndole con un gesto y prosigue. “Yo no tengo la culpa que un tipejo de esos se haga odiar y la niña se sienta mejor con quien apenas es amable con ella. También me preocupa e indigna que usted arme supuestos, antes de conocer a ciencia cierta lo sucedido. ¡A mí me respeta, por favor!”, dice finalmente el maestro con indiscutible desesperación y con una valentía que parecía prestada.

4

10:00 de la mañana en la oficina de atención social del Instituto Colombiano de Bienestar Familiar (ICBF). Leidy juega con unas fichas de ajedrez, aunque desconoce las reglas del juego. “¿Quieres hablar de lo sucedido?” Pregunta la psicóloga al tiempo que acomoda las fichas en su lugar al otro extremo del tablero.

Leidy calla, pero asiente. “Mis compañeros me molestan mucho”.

“¿Con qué te molestan?”.

“Ellos dicen que estoy enamorada de mi profe”.

“¿Sí? ¿Por qué crees tú que ellos dicen eso?”

“Porque un día le dije a Samanta que mi profe. era lindo y que le quería regalar una cajita de chicles de bolitas. Entonces ella le dijo a Mateo y ellos empezaron a molestarme”. Dice con tono triste.

“¿Tu papá te pega?”.

Leidy deja caer una ficha al suelo y calla.

5

5:00 de la tarde. Reunión del Consejo Directivo Institución Educativa Antonio Roldán. Sala de sistemas.

“No soy ningún abusador como rumoran y comentan en los pasillos algunas profesoras”. Interviene el profesor Rangel provocando un silencio generalizado y logrando la atención de todos. “Hace una semana ocurrió un hecho que fue desagradable para el buen nombre de la institución, solo quiero dejar una vez más en claro que más que hacer mi trabajo serví a mi conciencia al no permitir que un tipejo agrediera salvajemente a su propia hija”. Dice ya de forma exasperada y con la mirada puesta en el rector.

La maestra de apoyo (psicóloga de profesión) carraspea y anuncia su intervención llamando la atención de los asistentes hacia ella. Después de hablar con la estudiante, con su mamá y luego de haber leído el reporte que nos envía el servicio social del ICBF, se logra constatar que la niña padece de una forma de complejo de Electra, este se puede entender como la contraparte del complejo de

Edipo. Es bastante obvio comprenderlo teniendo en cuenta la disfuncionalidad de la familia en cuestión. Tenemos entonces un caso de complejo de Electra trasferido a la escuela y conferido a la única imagen masculina positiva en su vida, ella transfirió este complejo a su profesor.

EL PROBLEMA DE YEISON

Fredys Flórez Causil

En enero de 2017 llegó un niño de nueve años cumplidos a la institución al grado cuarto. Por su edad se ubicó en 42. Era más alto y fornido que el resto de sus compañeros de grupo. Desde la primera semana de clases empezó a causar problemas. Les pegaba a los otros compañeros y en especial a las niñas más pequeñas y con frecuencia era llevado a coordinación de convivencia. Cuando se le preguntaba por qué lo hacía, no respondía, solo miraba al coordinador Ameth con expresión despectiva y socarrona. Se le llamaba la atención, se le registraba la falta en el libro de disciplina; algunas veces se negaba a firmar. Las quejas eran frecuentes por parte de todos los docentes, a veces dos o tres por semana. Se empezó a llamar a su acudiente, Betty, su mamá; al principio lo defendía y lo justificaba diciendo que los otros compañeros le buscaban problema. Decía, además, que todos los profesores le tenían rabia y que solo veían lo que él hacía y no lo que los otros le hacían a él.

El niño siguió con su comportamiento agresivo y ante esto se volvió a llamar a su mamá, fue convocada a la rectoría de la institución y la rectora le comunicó que su caso se llevaría al Comité de Convivencia y posteriormente sería remitido a Comisaría de Familia, ya que el niño con sus agresiones físicas dirigidas hacia otros estaba generando una situación insostenible y si su comportamiento no cambiaba sería mejor que pensara en un cambio de institución; tal vez con eso cambiaría su actitud. La rectora le comunica que los maestros y los coordinadores le ponían quejas del niño constantemente, que no respetaba ninguna autoridad y que tendría que firmar un acta de compromiso disciplinario. Doña Betty le respondió que no firmaría nada porque siempre miraban solo lo que Yeison hacía.

Después de la reunión del comité de convivencia y de ser remitido a la Comisaría de Familia, se tomó la determinación de pasarlo a cuarentaiséis con los alumnos más grandes, con el ánimo de proteger la integridad de sus compañeros de grupo y la de Yeison mismo; ya que algunas madres y padres de sus compañeros habían manifestado que si ese niño seguía pegando a sus hijos procederían en contra suya.

Se llamó a doña Betty y se le comunicó que el niño se había cambiado de grupo. Se alteró y amenazó con demandar al colegio. Me acerqué y dije: “Controle su rabia, doña Betty. ¿A quién va a demandar? No le están violando el derecho a la educación a Yeison y además es para protegerlo. ¿Usted acaso no sabe que el niño la está metiendo en un grave problema? Me ha tocado calmar a padres y madres de familia de sus compañeros porque su niño les pega a sus hijos”.

Ante esto doña Betty accedió al cambio y reconoció que era lo mejor y que se comprometía a venir más seguido cuando la llamaran y que hablaría con el niño, aconsejándolo que cambiara de actitud. Luego me dijo: “Profe, le voy a dejar mi número de teléfono para que me llame cuando se esté portando mal”. Ya más calmada me dijo, “profe colabóreme con el niño, hable con él, de pronto a usted lo escuche, ya el comisario me está ayudando y lo estoy llevando al psicólogo; tiene algunos traumas por su papá, si usted supiera la historia de él”. Le dije que me explicara. “Profe, ellos son dos, una niña de diez años y Yeison. Cuando ellos estaban de uno y dos añitos el papá aprovechó que yo estaba trabajando y se los

llevó. Teníamos problemas y yo no quería vivir más con él, no volví a saber de mis niños hasta octubre del año pasado cuando me enteré que el Papá, Andrés, se había suicidado en Medellín hacía algunos meses. Él se volvió un drogadicto y yo no sabía qué hacía tiempo que los niños estaban con la abuelita. Por intermedio de Bienestar Familiar logré saber que estaban por Urabá y viajé hasta allá. Se los reclamé a la abuelita. Ella no podía negarse y logré traerme solo a Yeison porque la niña no quiso venirse conmigo. Profe, yo estoy tratando de encarrilarlo, que estudie y no ande la calle; no quiero que mi niño se pierda. Antes de traérmelo averigüé con los vecinos del barrio dónde vivía y me contaron que no le hacía caso a la abuela, que a veces se quedaba en la calle y no la respetaba. Yo sé que él está falto de autoridad, pero él es muy inteligente".

El niño siguió presentando problemas ya no en clases, pero sí en los descansos, les metía zancadillas a sus anteriores compañeros de grupo y se volvió más solapado en sus faltas y siempre retando la autoridad de los maestros y coordinadores. La mayoría de los docentes que le enseñaban optaban por ignorarlo, aunque el niño hacía las tareas y tenía buen rendimiento.

Así trascurrió el resto del año, preguntaba a los maestros de Yeison y me decían que ya no peleaba, no les pegaba a los otros, pero era porque como eran más grandes que él, no se atrevía a pegarles. Llamarle la atención era perder el tiempo porque ni siquiera los escuchaba. El año finalizó y fue promovido a grado quinto.

Al iniciar el año 2018, cuando la mamá lo fue a matricular, la rectora de entrada la llamó para que firmara un acta de compromiso académico-disciplinario y le advirtió que en la primera falta grave le pediría que lo cambiara de institución. Cuando me lo encontraba ocasionalmente trataba de conversar con él, pero su actitud era la misma. Se sonreía y seguía caminando como si no me escuchara. Preguntaba por él a los maestros y me decían que ya no peleaba pero que ahora trabajaba cuando le daba la gana y si le hablaban ni siquiera levantaba la mirada para atenderlos. Si llamaban a doña Betty, esta le decía: "me tienes cansada Yeison". Él no levantaba la mirada, le salían las lágrimas.

A mediados de mayo del año 2018, hablé con doña Betty cuando la llamaron de nuevo para informarle que Yeison iba perdiendo el año porque no trabajaba, no hacía tareas ni evaluaciones, solo se sentaba y les tiraba papeles a los compañeros. Si le llamaban la atención negaba las faltas. Delante de mí la señora le decía: "mijo, estudie, mire que si mejora en vacaciones te llevo donde su abuelita y su hermanita". Yo le dije, "Yeison, escuché a su mamá. Usted es muy inteligente y puede recuperar y ganar el año". No me miró y yo no insistí.

En septiembre de este año dejé de verlo y le pregunté a su maestra de lenguaje: "¿qué pasó con Yeison que no he vuelto a verlo?" Y la profe me respondió "la mamá se cansó y lo retiró, creo que lo mandó donde la abuelita en Urabá". Un mes después me encontré con una prima de la mamá de Yeison y le pregunté por él y me dijo: "ella no fue capaz con él, ya se le escapaba cuando se iba a trabajar. Incluso una vez se iba a volar para Urabá donde la abuela, si no es por un taxista amigo de Betty que lo vio en Caucasia, se hubiera ido. Ella fue y lo recogió, pero se cansó y se lo mandó. Ese pelado no la quería, si él no la reconocía como su mamá".

Hoy no sé de la vida de Yeison, espero que no se pierda en el camino o que repita la historia de suicidio de su papá.

LA SILLA ROTA

María Enoedith Pérez de Mercado

Eran las seis y treinta de la mañana, como de costumbre, y gracias a Dios, me disponía a salir para mi escuela, con la diferencia que ese día mi calzado eran unas botas de caucho a media pierna: de nuevo el río Cauca invadía la escuela. Estas calamidades las vivimos constantemente, no solo por las crecientes del río Cauca, sino por las lluvias que aparecen sorpresivamente en cualquier momento. El patio generalmente se inunda porque su nivel está por debajo del nivel de las calles de la población debido a la constante sedimentación que recibe el río Cauca por todos los desechos que llegan a él, como basuras y toneladas de tierra producidas por la explotación minera.

Los maestros y maestras nos vemos en la necesidad de luchar contra las inclemencias del medio ambiente y nos metemos al agua hasta la cintura y a veces más alto para poder salvar las cosas más importantes de la escuela como silletería, libros, escritorios, computadores, entre otros. Cuando nos encontramos en esta situación de ola invernal intensa, los enseres los trasladamos para una parte más alta de la misma institución, lugar que se levantó un metro sobre el nivel del río para ampararnos un poco de las inclemencias del invierno. Este trabajo que se hizo en este lugar fue a peso de pulmón con los estudiantes más grandes de la institución, maestros y uno que otro padre de familia, con carretilla y sacos arriando tierra para rellenar el espacio.

Cuando nos encontramos en esta situación de ola invernal, para llegar a este lugar, los niños son transportados en canoas corriendo el riesgo de que les pueda pasar algo. Esto sucede en los primeros días de la creciente, porque cuando ya está en su furor, hasta el docente tiene que buscar dónde es que se va a refugiar luego de la jornada escolar. A veces se ven en la obligación de abandonar sus propias casas y buscar refugio en tierras altas, lejos de la escuela. Esto ha llevado a un deterioro de la planta física de la institución, todo se daña por mucho que uno quiera salvar cosas, guardar o alzar. Algunas veces no se puede ya que no hay dónde, el agua alcanza una altura de un metro, a veces hasta un metro y medio.

La sala de cómputo, la biblioteca y la silletería, en general, ¿dónde llevarlas para salvarlas del deterioro? No hay lugar y por eso cada año que esto sucede, la institución se convierte en un lugar deprimente, la silletería empeora con el paso de la corriente. Esto ha llevado a que cada año la deserción sea más notoria, especialmente en los jóvenes, quienes al ver tanta inclemencia se llenan de tristeza porque ninguna entidad de orden municipal, departamental o nacional se preocupa por darle solución al problema. Cansados de esta situación, los padres de familia toman la decisión de enviar a sus hijos a otro lugar. O, en otros casos, a los jóvenes de familias de muy bajos recursos que no tienen para pagar los estudios en otro lugar hasta ahí llegan sus esperanzas. Si hablamos de los niños de transición y básica primaria, si por ellos fuera, la escuela no se acabaría, pues, en su rostro jamás se refleja un mínimo de tristeza, de desesperación, al contrario, ellos son felices metidos en el agua y cuando ésta se va, metidos en el barro, porque para ellos esta situación es algo muy normal y divertido. Tan divertido es que no se

quejan por sentarse en sillas tan carcomidas y deterioradas, al contrario, festejan a quien tiene la silla más dañada o fea. Las sillas están tan deterioradas que una silla no puede con un niño de siete añitos y tan solo quince kilos porque se desbarata. Los niños, en su inocencia, celebran y les sacan sabor a estos incidentes. Lo más triste es que en esas sillas tan deterioradas tratan de ubicar el cuadernito para continuar con sus labores académicas después de cada creciente.

Alguna vez le pregunté al señor rector de la institución: ¿cuál es la solución a este problema? Y él me respondió: levantando y enterrando la planta física o trasladar la planta física para una parte alta. Pero el gobierno dejó de invertirle hace muchos años un peso a nuestra escuela, por estar en zona de alto riesgo; pero tampoco hace nada para trasladarla a un lugar alto. Pero eso sí, los alumnos y los maestros, como buenos guerreros echados para adelante a no dejar decaer su escuela, están ahí respondiendo a las exigencias del Estado, quien pretende que con estas inclemencias los estudiantes estén al mismo nivel de los estudiantes de la ciudad. Quisiera ver a los agentes y grupos de orden externo meterse en el barro, tan siquiera media horita, tratando de ayudar a levantar los enseres de la institución. Algunas veces los vemos en helicópteros tomando fotos, no se sabe por qué o para qué. No hay solución a nuestros problemas, solo nos resta sufrir la indiferencia del Estado y ver a la mayoría de los niños de transición peleando por una silla rota.

DOCENTE Y MADRE

María Alejandra Polanco Sánchez

Ser maestra es una labor gratificante para mí porque estar entre mis estudiantes y poder orientarlos y aportarles conocimiento de ciencia, reforzar sus valores y su cuidado personal, así como enseñarles a soñar con un mañana lleno de oportunidades y a creer en ellos mismos, me hace feliz. Porque puedo insistirles en que sí es posible, que sí se puede y que a pesar de las cosas malas que existen, también en el mundo hay muchas cosas buenas y que para triunfar hay que aprovecharlas. También les muestro el mundo a través de mis ojos y de historias de personas emprendedoras, como nuestro escritor colombiano Gabriel García Márquez que con disciplina y sin ser el estudiante más brillante, logró ser reconocido. Ver cómo se iluminan sus ojos, ver su asombro y sorpresa al contarles situaciones como montar en avión, ver el mundo desde arriba, conocer el amplio y lejano mar y caminar descalzos sobre la arena, es muy grato para mí. Ver esas caras que quieren hablar y ser artífices del mundo que desconocen y les interesa es muy importante porque, de algún modo, todas esas experiencias contadas les ayudan a no dejarse echar cuentos de cualquiera.

Cada semana hay nuevas expectativas con una sonrisa, un saludo alegre y las preguntas que no pueden faltar. Subir la loma de La Lucía, que para mí y mis compañeras es la loma de los suspiros, es rodearme y hacerme sentir, es comenzar una jornada con amor. Eso lo aprendí de mi maestra de primaria Josefa Villadiego, una mujer paciente y amable, a quien respetábamos y le trabajábamos con esmero. Fue un gran ejemplo a seguir y marcó mi vida de manera significativa. No olvido esa forma de actuar: se ponía colorada pero no se salía de casillas, mantenía una voz firme y nunca gritaba. Ella contribuyó en el proyecto de mi vida y en el de otros. Hoy puede decir que hay muchas experiencias y la recompensa de todo ello es ver a nuestros jóvenes, nuestros segundos hijos, cumpliendo sus sueños.

Es allí cuando me cuestiono por la educación de mis hijos. Ellos están teniendo buenos ejemplos que marquen su proyecto de vida porque es triste cuando escucho algunas compañeras que cuentan que su hijo perdió el año, que es rebelde. En su adolescencia se sienten grandes, quieren romper todo vínculo que los lleve a cumplir sus ideales. Como madre los pongo en manos de Dios y lucho por estar con ellos, por compartir al máximo y aunque debo llegar de un arduo camino de tres horas, de manejar en carretera destapada, a veces con pantano o polvo, mis dos pequeños me esperan con un abrazo fuerte que me llena de energía para seguir en pie cumpliendo con este rol de madre: hacer tareas con ellos y organizar sus uniformes, entre otras cosas. Lo mejor es que siempre me cuentan sus experiencias del día y conozco sus amiguitos y sus profesores a través de sus historias.

Luchar por su educación, por enseñarles a ser responsables, a hacer las cosas con amor, a persistir en las situaciones difíciles y corregirlos con amor de madre es lo que vale para mí. A veces pienso que cuando ellos crezcan no necesitarán estos cuidados y esta orientación, pero al analizar historias cercanas me doy cuenta que siempre necesitarán esa figura de madre en sus vidas porque de pequeños hay unos riesgos y de grandes otros diferentes como son los malos

caminos con amistades que no conllevan al bien y sustancias alucinógenas, entre otras cosas.

Hoy termino diciéndoles que este tema siempre me ha inquietado y que me da la certeza de que esa madre amiga presente los podrá orientar y los llevará con sus consejos a volar por las sendas que les prepara la vida de la mano de Dios.

SE ARRANCÓ LA TIERRA

Kellys Viviana Arteaga Rangel

Cuando llegué a mi Vereda la sentí en mi corazón y vi cientos de posibilidades de progreso. De inmediato inicié esa bonita labor que me llena el alma, conociendo cada vida dentro de unos hogares fortalecidos por la unión, el amor y la perseverancia. Todo empezó a prosperar: los proyectos dieron frutos, la sana convivencia empezó a florecer entre los niños y las personas; toda la comunidad motivada y con una excelente actitud de hacer brillar la imagen de la vereda *Santo Domingo*. Aquí emprendí mi sentir como maestra, que no solo es una profesión, sino el sentir de que todos nos volvemos uno y vamos en pro de un futuro mejor para nuestra región, interesados por el bien común.

Esto es la Escuela Nueva: un lugar para construir un pilar entre los educandos, la comunidad educativa y los maestros. Hay un amplio horizonte que marca una misión y una visión próxima a cumplirse. Sin embargo, lo que parece la construcción social y el desarrollo de una población, se va convirtiendo poco a poco en la daga más diestra para desmovilizar y desarraigar familias de su espacio cultural, social y económico ¡Todo debido a la nueva construcción de la autopista nordeste y la doble calzada! Aquí es donde pensé: ¡no quedará nada! En el casco urbano solo se oye decir, ¿cuándo estará terminada esta autopista y luego la doble calzada? ¡Qué bueno, llegaré más rápido a Medellín, será un viaje más corto! ¡Ahora Caucasia se verá con una mayor concentración turística! Pero, hay que preguntarse: ¿qué hay detrás de todo esto?

Déjenme contarles que, por aquí, por mi escuela, pasará la peor de las propuestas hechas para mi vereda, la que nos tocó hasta la fibra más profunda del alma y por la que no podía dejar de escribir, porque es, además, la voz de muchos que escucho en el trayecto a mi escuelita todos los días. Desde que salgo de Caucasia veo que tumban un árbol […] Siento que ya cambió todo el panorama para los habitantes de la vereda *Santo Domingo*: animales, niños, plantas, familias. La tierra del mango, como la llaman, es la que cada día me duele más. Con este corto ensayo busco cómo ayudarla.

En su ir y venir escucho a algunas personas preguntarse qué vamos a hacer *¡Ni a los muertos dejaron descansar en paz!* Entonces reflexiono sobre la intervención del Estado y el impacto que causa desterrar a comunidades arraigadas en sus tierras y venderles la esperanza de que en otro lugar tendrán una mejor oportunidad. Se agota el tiempo y se avecina un huracán de posibilidades de que nuestra escuela pierda su vida; su gente que no fue desplazada antes por la falta de empleo, ni tampoco por la violencia eterna de la época del 2005, ni mucho menos por la sequía y otros factores influyentes en la región, ahora es desplazada por lo que parecía un cambio trascendental de progreso y desarrollo económico que se convirtió, hoy, en la pena de muchos que tienen que resignarse a la pérdida, ya que no es ganancia empezar sin horizonte, sin comunidad y sin sentido social. Yo podría gritar: ¡acabaron con mi vereda!

Sí. Es mi comunidad, mi gente y mis niños los que se van. No vuelven. No tienen nada qué buscar; por más que yo les diga que mi escuelita vale oro, que somos excelentes en el departamento, que yo daré al máximo por mantener los recursos y brindar la mejor educación, no puedo pedirles que se queden, no está en

mis manos. Ya lo decidió el Estado. El desarrollo de un país prima sobre las necesidades culturales de una comunidad, que por más recompensa monetaria que les puedan dar, solo la reciben porque si no lo hacen se quedan sin el pan y sin el queso. Esto se convierte en la deserción más grande y el desplazamiento de familias enteras hacia el municipio. Vienen a mí diciendo: ¡ay, profe ¿ya qué podemos hacer? ¡Nos arrancaron la tierra! ¡La máquina que viene por mi casa ya se comió y me derrumbó todo! Al escuchar, pareciera que fueran mis sueños y mi casa la que se está cayendo, los techos y las paredes que se están llevando. Veo que las iguanas que antes llegaban, veo las flores caer, veo árboles de toda clase, las piñas de corazón de chancleta, de azúcar, de marrano, de pecho paloma, mangos de todos los sabores que los niños vendían en la carretera, porque esta era la tierra del mango. La época más feliz era esta cosecha, todos vendiendo sus mangos de distintos sabores, tamaños y colores. Bien que me decían que este era el tiempo del mango. Ahora todo cambia, escasamente pude contar los mangos de esta última cosecha. Desde este momento mi presentimiento creció, empezaron las reuniones, las promesas, los acuerdos que no se han cumplido, siguen tumbando sin amparo alguno.

Lo que parecía el auge económico se torna en inmensa desolación de la que todos huyen; lo que nos dijeron que es cultura vial es el terror de cientos de accidentes que se han tenido que presenciar. Lo que era una vía principal con máximo tránsito de personas se convertirá en el paso arriesgado de niños, niñas, ancianos y animales; ahora hay mayor riesgo de accidentalidad. ¿A quién se le puede exigir? Un municipio conforme, unas autoridades poco presentes, una empresa constructora cumpliendo con unos tiempos de entrega, desterrando, arrancando, tumbando, abriendo paso, desplazando y pidiendo firmas para poder proceder. La comunidad aguantando y las familias esperando que quizá en el último momento les digan que se pueden quedar aquí en su tierra, donde tienen su vida, su cultura, sus muertos que fueron movidos, desterrados, sacados, profanados: *restos sin nombre.* ¡Ya qué podían hacer! ¿De quién es este? La niña no apareció […] ¿y entonces que pasó? ¿Por qué no dejaron que al menos la memoria del pueblo viva en su cementerio? Por allí también se arrancó la tierra y solo se escucha el lamento y el llanto de quienes lo sienten.

No han tocado mi escuela y ya mi corazón se agita de incertidumbre. La placa deportiva, el lugar más importante para los niños, desaparece. ¿Cuándo y dónde se construirá una igual? La recreación es importante en el desarrollo de los niños, pero hasta esto lo desconocen, hasta esto quieren derribar porque como se dice en el pueblo, todo lo quieren tumbar y nada quieren pagar. Yo sigo con la esperanza viva, con el corazón dispuesto y en pie de lucha haciendo presión para tratar de tener ganancia de la pérdida y generar alternativas viables para el bien de la comunidad educativa.

De todo lo malo ¡algo bueno vendrá! Aunque no nos han cumplido. La viuda se quedó dando tiempo al tiempo, la madre cabeza de hogar vivió hasta el último momento esperando una oportunidad que no llegó y nada le dieron, los campamentos demolidos, las casas afectadas, la escuela de más arriba que se llevará la carretera, los patios con sus frutos donde las familias jugaban. A la capilla que también le toca su parte. El trabajador su vida perdió y nadie sabe nada. De la Junta de Acción Comunal no quedará nada; nada tiene espera, ya los planos están

trazados y medidos y los que llegaron después del censo sin nada quedan. Todo ha sido tocado: hasta las propias esperanzas están maltratadas. Y, aun así, nadie se quiere ir, todos se quieren quedar, los que se van regresan a mirar dónde se pueden ubicar nuevamente. *¡No se les puede desplazar, así nada más, porque las raíces no se pierden y la tierra donde se nació no se olvida!*

EL PLACER DE SER DOCENTE DE PRIMARIA

Fadua Pérez

Ser docente de Primaria siempre me trajo grandes desdenes y dificultades, pero, a la vez, grandes complacencias. Ser educadora de los niños es ser la mamá en la escuela. Allí siempre encontré niños extrovertidos, pero también niños introvertidos, niños alegres, pero también rostros tristes. Encontré abrazos, besos y caricias de esos pequeños que no llevan tu sangre, pero sí casi todo tu corazón. Hay unos que te ven como modelo, mamá, tía. Otros que en ocasiones confunden la palabra profe con la palabra mamá. Siempre encontré ese trato materno afectivo que me enamoraba cada vez más de mis prácticas pedagógicas. En la primaria encuentro la importancia de enseñar valores que lleguen a los niños, más que las matemáticas y el lenguaje, ya que a través de ellos se logran aprendizajes significativos.

Recuerdo una vez cuando le llamaba la atención a Natalia Ortiz, una hermosa niña del grado quinto. Digo hermosa, por su larga cabellera castaño clara, una sonrisa picarona y una capacidad verbal que no la tenía nadie cuando le tocaba argumentar cualquier cosa. Como decía anteriormente, le llamaba la atención a Natalia por no haber cumplido con su tarea escolar. Ella me escuchaba muy atenta y esta vez muy callada porque no tenía justificación por su falta de compromiso. Cuando terminé de hacerle las anotaciones en el observador, Natalia me miró fijamente y con sus ojitos cafés me dijo: ¡“Ay profe”! Acompañado de un fuerte abrazo que solo alcanzaron mis piernas para envolver sus cortos y frágiles brazos por su mediana estatura. Ese día con ese gesto de Natalia, mi corazón se mitigó y entonces le di una segunda oportunidad.

Otra de mis experiencias con mis estudiantes de primaria me la trajo Daniela Silva. Era una niña muy extrovertida; siempre hablaba muchísimo en clase y molestaba a sus compañeros. Algunas veces pasaban muchos días sin que asistiera y cuando llegaba venía bien arreglada, pero toda despistada. Daniela vivía con su abuelita Casilda y la preocupación de ambas era que Daniela debía saber leer cuando llegara al grado tercero, ya que el primer grado lo pasó sin saber leer, en el segundo medio deletreaba algunas palabras y mi reto era que en tercer grado Daniela saliera lista en lectura y operaciones básicas. Entre Casilda y yo empezamos a analizar el comportamiento de la niña en clase y notamos que Daniela trascribía correctamente, tenía buena letra y conocía los números, pero le costaba trabajo concentrarse y retener por mucho tiempo algo aprendido. Además, le costaba mucho el hábito de la lectura. Un día noté que Daniela recordaba cosas fácilmente cuando eran demasiado significativas para ella, por ejemplo, su cumpleaños y la llegada del fin de semana. El fin de semana era muy importante para Daniela porque siempre salía de la vereda a visitar a su madre que vivía en el pueblo, pero la madre solo le dedicaba tiempo para divertirse con ella sacándola al parque; el estudio y los repasos escolares eran trabajo de la abuela Casilda y la profe en la vereda. Entonces, Casilda y yo tuvimos que armar un plan en la escuela para que Daniela avanzara en lo que nos preocupaba a ambas. Ese plan de acción escolar consistía en algunas actividades que fueron claves para que Daniela diera mejores resultados. Le pedí a la niña que realizara una regleta para que se divirtiera más cuando fuera a leer. Otro aspecto era que ella siempre debía escribir las

historias de sus divertidos fines de semana con su mamá y leerlas en clase, compartirlas con sus compañeros para que ellos supieran lo rico que la pasaba con su mamá, incluyendo esas fiestas de cumpleaños que siempre le regalaban. Daniela empezó a tener un cambio tan significativo en sus hábitos de lectura que un día la señora Casilda se acercó y me dijo, ¡Oh profe! ¿Usted ya vio cómo lee Daniela? Y si usted viera, allá en la casa me dice: abuela vamos a leer lo que hice con mi mamá este fin de semana. No puedo negar que en aquel momento me ericé y quise llorar, se me hinchó el corazón al reconocerme como una docente de primaria cuyo trabajo es reconocido porque lo ven, lo palpan, lo agradecen y lo recuerdan.

UN CHALECO EDUCATIVO AMBIENTAL ANTIBALAS

Manuel Francisco Rangel Rojas

"Ese día me sorprendió la noticia de que al profesor Mario, séptimo de izquierda a derecha en la foto, lo habían asesinado en la vereda donde enseñaba. Toda la gente del lugar sabía que lo iban a matar, pero quien hablara se moría con él […] Imagino la angustia de sus estudiantes, de los padres de ellos […] ¡Imagino su agonía! Esa semana llegué a Nechí a seguir cualificando docentes en educación ambiental, solo con mi conocimiento, un chaleco con el escudo de la Normal Superior y la mirada clavada en la silla vacía del profesor Mario".

La cualificación de docentes en educación ambiental direccionada hacia la formulación e implementación de los Proyectos Ambientales Escolares (PRAE) en los establecimientos educativos del Bajo Cauca antioqueño se desarrolló durante los años 2010 y 2013, como un proceso de Extensión de la Institución Educativa Escuela Normal Superior del Bajo Cauca, con el apoyo de CORANTIOQUIA y las administraciones municipales de municipios como Nechí y Tarazá.

Fue un proceso que surgió ante la necesidad de realizar no solo la proyección institucional, sino también la del PRAE normalista, pensado, concebido y ejecutado para el contexto interno de la Normal Superior y para la subregión del Bajo Cauca. En esa época, los procesos diagnósticos realizados por CORANTIOQUIA mostraban el arraigo de la concepción naturista en el pensamiento y el accionar de casi el 100% de los profes de todo el territorio. Era necesario entonces planificar y ejecutar un proceso para generar el cambio conceptual, inicialmente en los docentes y luego en el resto de la comunidad educativa, enfocado hacia la visión sistémica de ambiente y de que los PRAE no estaban hechos únicamente para recoger basura ni para ser liderados exclusivamente por los docentes de ciencias naturales.

La propuesta que estuvo en mi cabeza desde finales de 2008, luego de haber finalizado el proceso de formación en Educación Ambiental convocado por la Secretaría de Educación Departamental, se presentó ante el Concejo Municipal de Caucasia y Mineros S.A., sin obtener respuesta alguna. Faltaba que dos soñadores se encontraran en el escenario universal de la vida; Loresley Sierra y yo. La química

educativo-ambiental fluyó entre los dos y ella, funcionaria de la Corporación Autónoma Regional, se lo propuso y “secó el papayo”. Es la expresión utilizada por Loresley para referirse a su perseverancia cuando quiere alcanzar algo.

De esta manera nació el primer convenio interinstitucional en el que participaron la Institución Educativa Liceo Concejo, CORANTIOQUIA y la Normal, acordando que la Corporación aportaría asesoría técnica y recursos financieros y los dos establecimientos educativos ejecutarían la propuesta. Fue el primer parto que tuve. Luego parí tres módulos a manera de compilación sobre los cuales recayó toda la responsabilidad teórica, conceptual, pedagógica, didáctica e investigativa del proceso.

En este primer momento se cualificaron maestros de los municipios de El Bagre, Cáceres, Valdivia y Caucasia (2010 – 2011); luego la propuesta se replicó en los municipios de Nechí y Tarazá (2012 – 2013). En esta última fase cada municipio realizó aportes económicos para cofinanciar con CORANTIOQUIA el proceso de formación en Educación Ambiental de sus docentes.

Al final del proceso se intervino en noventa establecimientos educativos en la subregión del Bajo Cauca; se formaron doscientos seis docentes de manera directa en lo concerniente a la visión sistémica de ambiente, formulación e implementación de los PRAE y por reflejo mil setecientos ochenta y uno docentes y más de cincuenta mil estudiantes. Los ecos de semejante cruzada educativo-ambiental llegaron hasta los albores de la Secretaría de Educación de Antioquia y un 16 de noviembre de 2012 el sueño hecho realidad fue premiado en la categoría de experiencia significativa.

Fue toda una *cruzada educativo ambiental*, no por tener que luchar con el arraigo de la visión ecológica o naturista de ambiente en la población intervenida, sino por la situación de orden público que para ese entonces se vivía en toda la subregión. El proceso desarrollado no solo involucraba la formación de los docentes mediante los encuentros de formación que se realizaban cada mes en los municipios, sino que también se debían realizar tres visitas de acompañamiento a cada establecimiento para asesorar de manera directa a los docentes en las temáticas referidas anteriormente.

Este último proceso me llevó, junto con el equipo de trabajo, a recorrer parte de la geografía del Bajo Cauca antioqueño, escuela por escuela, leyendo contextos, diferentes realidades y respirar el aire contaminado por el miedo y la desesperanza de la gente, como producto de la “matazón” originada por la lucha entre las bandas o grupos armados que se disputaban los corredores para comercializar el veneno blanco. En esas visitas encontré al profe de la vereda *Villa del Socorro* del municipio de Caucasia, más conocida como *Pueblo Loco*, porque la gente no planificó la construcción de sus casas y las calles quedaron desorganizadas. “Esto quedó solo, me dijo. Después de la última masacre en el billar, la gente se fue. Quedó una señora con su hija. Yo venía a la escuela a cumplir la jornada acompañado del canto de los grillos y de los gritos del silencio de los muertos. Un día la señora llegó con su hija de la mano para decirme ‘profe, yo también me voy’. Me quedé solo. Días después mi rector me dijo que fuera a cumplir la jornada a la sede principal”.

Escuchando ese relato no pude evitar recordar cuando trabajé por aquella zona y en el billar de la última masacre, parábamos los viernes a tomar cerveza cuando veníamos de regreso de la Institución Educativa Margento. Lloré ante él y

frente a mi compañero de la visita, sintiendo la impotencia que sienten millones de buenos, humillados por unos pocos malos.

En otra de las visitas al llegar a abordar el carro que nos trasportaba, contratado para ello, el chofer palidecía porque los agentes clandestinos andaban averiguando quienes habían llegado en ese vehículo y quién era el hombre del chaleco. El chaleco, ese que compré en un almacén que todo lo vende barato pero supuestamente de buena calidad, ese, al que le mandé poner el escudo de la Escuela Normal del Bajo Cauca pequeño en la parte de adelante y lo más grande posible en la parte de atrás para que la gente viera de donde venía, para que supieran los agentes oscuros que soy un maestro trabajando por ahí, que viene de Caucasia y que no se quiere morir.

Así, con ese chaleco anduve por todo el territorio o por lo menos por las escuelas a donde se podía llegar. Es de tela, no tiene placas ni escamas de acero para que rechine el estaño. Costó poco. ¡Ahí viene el hombre del chaleco!, decían los profes de Nechí. Un chaleco de algodón que protegía el alma y el corazón de un hombre que soñó y sueña con una mejor educación ambiental para la el Bajo Cauca antioqueño liderada desde la escuela. Hoy el chaleco reposa en mi escaparate esperando salir nuevamente en correduría, como símbolo de esperanza, de cambio, protegiendo al maestro que a través de la escuela representa a un Estado ausente. Un chaleco de tela, un chaleco sin acero que se volvió antibalas.

VIAJES DE LECTURA, ESCRITURA Y ARTE

Jeison Perea

En el CER 20 de Julio de Caucasia, Antioquia, un grupo de docentes, el tutor del PTA y el director, estando en una reunión para la verificación y el análisis de los resultados obtenidos por los estudiantes del centro en Pruebas SABER, detectamos un sinnúmero de debilidades de comprensión de textos, escritura y aún más de lectura. Preocupados por resolver o ir minimizando ese problema, entre todos empezaron a aportar ideas. Entre ellas surgió una hermosa que gustó a todos. El docente Manuel Castellano, el más viejito, como le decíamos cariñosamente antes de que se pensionara, expresó al grupo de compañeros que sería bueno viajar con los estudiantes a través de centros e ir a cada sede y compartir con los otros estudiantes de todas las sedes del centro 20 de Julio realizando lecturas entre ellos y motivándolos con pequeños incentivos. Todos estuvimos de acuerdo y propusimos mejorar la idea yendo a la sede central para realizar allí lo que sería el primer Viaje de Lectura, nombre que le dimos por primera vez. Este primer viaje se realizó en la Escuela Santa Teresita del CER 20 de Julio. Esta primera experiencia sirvió para contrarrestar bastante los problemas de lectura y así motivar a estudiantes, padres y madres de familia, docentes y toda la comunidad en general a seguir leyendo y mejorar los niveles académicos.

Esto gustó tanto a los niños y padres que decidimos darle continuidad en el 2016 con la segunda versión de los Viajes de Lectura, todos maravillados con participar y ganar. Docentes, estudiantes y padres de familia nos preparábamos con anterioridad en cada sede haciendo actividades de lectura de los géneros literarios como cuentos, fábulas, mitos y leyendas. Cuando llegó el momento del viaje, los niños y niñas muy contentos y llenos de expectativas, decían: este año ganamos. Los docentes murmuraban: este año nos ganamos los Viajes de Lectura. En las pruebas SABER del 2016 nos ganamos el incentivo económico con un mayor puntaje y alcanzando y pasando la meta mínima que exigía el MEN. Fue muy emocionante y gratificante tanto para los estudiantes como para los padres y docentes.

Ya en el marco del 2017 se preparaban nuevamente las sedes con toda la comunidad para la realización del tercer Viaje de Lectura. Esta vez decidimos cambiar el nombre y anexarle algo más para la competencia y mejoramiento académico, que ya el docente tutor Diego León Campo Hincapié había detectado elementos a mejorar gracias a la estrategia de lectura y escritura que venía desarrollando el PTA a través del proceso de caracterización de lectoescritura. Por esta razón en esta ocasión se llamó Viajes de Lectura y Escritura. Se observaba una mejoría en el nivel de lectoescritura de los estudiantes. Además, eran más unidos y había mayor compañerismo entre las sedes. Esto se notaba en las dinámicas y juegos deportivos y todos querían hacer los viajes más significativos y agradables. También se logró la realización de un libro de cuentos elaborado por los niños y las niñas.

Ya en el año 2018, por motivos de conflicto armado, se vio un poco afectada la realización de estos viajes en el mes de mayo, como era habitual hacerlo. Se optó entonces por hacer unos cambios de lugar, de fecha y de estructura del programa con el aporte de la profesora Lucía Medina para que se activara una competencia

más con el fin de compartir esa parte hermosa que tienen todos los niños de expresar sus palabras o acciones por medio del arte. Se propuso entonces cambiarle el nombre de nuevo y se llamó: Viajes de Lectura, Escritura y Arte. Se decidió entre todos y con la comunidad hacerlo en el marco de la Celebración de la Semana de la Cultura e Integración Familiar, fiesta que celebra el CER 20 de Julio todos los años. Gracias a la gestión del director Alfreison Requena y de todos los docentes y la comunidad.

Se prepararon todas las sedes al igual que los años anteriores. Esta vez hubo mucho más tiempo y se dispuso llevar a cabo los Viajes de Lectura, Escritura y Arte en la sede 20 de Julio (sede principal) el 30 de octubre. Actualmente, el CER 20 de Julio cuenta con una comunidad estudiantil muy letrada donde los problemas de lectoescritura parecen nunca haber existido. También se cuenta con un reconocimiento a nivel nacional como experiencia significativa donde la experiencia Viajes de Lectura, Escritura y Arte compite como los treintas mejores del país. Gracias al compromiso por la educación que ha tenido el siguiente grupo de docentes: Alfreison Requena (Director) Diego León Campo Hincapié (Tutor) y los docentes Rosalba López, Yolanda Rentería, Julia Rodelo, Lucía Medina y Jeison Perea Copete, al lado por supuesto, de Manuel Castellano como el precursor de esta idea.

¿QUÉ MÁS PUDE HABER HECHO?

Emi Johanna Mendoza

Era un día de esos en los que se los oye llegar con gran alboroto y, ahí venía ella, de la mano de Sari su hermana menor. Sari me la presentó: profe, esta es mi hermanita, se llama Paula, no sabe hablar, tiene siete años y solo dice “chichi, caga”, pero quiere estudiar. Miré al nuevo personaje a los ojos, algo diminutos, pero brillantes, dejaban al descubierto su felicidad, llevaba puesto un vestidito blanco con bolitas azules, que dejaban ver su delgadísimo cuerpo, muy diminuto como todo en ella, sus pies medio cubiertos por unas sandalias que parecían ir bailando, con poca cabellera, algo corto y sin brillo, una piel morena algo maltratada por el sol. Estreché su manito delgadita con delicadeza y respondiendo a su sonrisa le di una emotiva bienvenida. Ese día ella fue el centro de atracción, todos querían jugar con ella, enseñarle la escuela, llevarla a todas partes y ella accedía a todo, con una cara de felicidad que parecía tatuada.

Yo, por el contrario, estaba atemorizada. ¿Cómo enseñarle a una niña bajo esas condiciones? Me preguntaba, pues no estaba preparada para algo así. En esa semana pude comunicarme con ella, respondía con señas a lo que le pedía, por ejemplo, le decía, muéstrame tus manos, Paula. Ella las mostraba. Un dedito, tu carita. Así fuimos entablando conversaciones. Luego hablé con su tía, quien sería su representante. Me informó que no la habían querido recibir en ninguna otra escuela por sus condiciones, vivía con sus abuelos paternos en una vereda muy lejos de ahí y su abuela la había dejado con su tía, para que estudiara. Indagando por su salud, pude constatar que había estado en dos ocasiones en centros de rehabilitación alimentaria, la madre la dejó muy pequeña al cuidado de sus abuelos.

Sari, su hermana menor, me servía de intérprete y como cursaban el mismo grado, le ayudaba en todo lo que podía, pintaban, coloreaban, cantaban, modelaban, jugaban. Sari le iba diciendo las formas y los colores de las cosas. Pero yo, no estaba satisfecha, sentía que no estaba haciendo lo correcto. Cuando tomaban los alimentos en el restaurante escolar, debía estar a su lado, al menor descuido arrojaba la carne por la ventana, solo se comía el arroz. Estaba muy preocupada por su peso, sentía que las características físicas que presentaba eran de una niña con desnutrición, por ello, pedí al director la presencia de un profesional que la valorara y no solo físicamente, también quería saber su condición en cuanto a problemas de aprendizaje y cómo intervenir, qué estrategias usar en el contexto.

Mientras llegaba el profesional, ella se convirtió en mi reto, quería saber cómo llegar a ella, preguntaba e indagaba por estrategias de aprendizajes para su caso en particular, pero era poco lo que encontraba. En ocasiones, la sentía llegar como un gatito que quiere jugar contigo, me abrazaba y luego volvía a su puesto. Solo cuando comía se le desdibujaba su sonrisa. Yo quería que comiera lo que se preparaba, pues la minuta es planeada por un nutricionista, pero ella solo quería arroz.

El profesional llegó, un representante de ICBF. Ese día, citamos a todos los padres, ella no era el único caso, tenía otros, entre ellos un adolescente de catorce años, que a mi criterio presentaba dislexia, confundía la p con la q, la b con la d, se le dificultaba orientarse, la ubicación de los números, omisión de letras […] Situación

que quería corroborar de la mano con un profesional, pero que venía tratando con algunas estrategias que encontré en la película *Un ángel del cielo en la tierra*.

Ese día, tía y madre se enfrentaron en una discusión de culpabilidad, que en verdad me entristeció. Y sí, la niña presentaba un cuadro de desnutrición leve, que requería atención, se tomaron los datos de los familiares a cargo y todo iba a estar en contacto directo con la familia, para llevar a la niña a una valoración más exhaustiva. Los vi salir más enojados que agradecidos. Lo que yo no esperaba es que nunca más iba a volver a ver a Paula. Sus abuelos se la llevaron de nuevo, bajo el argumento de que el ICBF les quitaría la niña. Se negaron a cualquier contacto. Esa situación me hizo pedazos. Me sentía tan culpable. Siento la necesidad de prepararme ante situaciones como estas, saber incluir y no integrar a estos niños al aula. Pero dos años más tarde me sentiría peor. Me enteré de que su abuelo, con el que vivía la niña, fue puesto en prisión acusado de violación en contra de una menor de edad, su nieta; pero esta no era ella. Esto me llenó la cabeza y el corazón de amarguras. Aún me pregunto si estuvo bien haber hecho lo que hice. Aun no comprendo cómo puedo amar lo que hago, si se me va el alma con cada ser que toca mi esencia.

SER MAESTRO INVESTIGADOR

Una pasión en la historicidad de lo que soy hoy

Luis Ferney Hernández Arrieta

Quiero iniciar esta reflexión recordando las palabras de la profesora Yolanda Ulloa, quien con mucha sutileza dice “El hecho educativo es todo lo que une y no separa. Es respetar la diferencia. Es vida aceptada como regalo cósmico. Es descubrir la fuente y alumbrar caminos de libertad. El hecho educativo es, ante todo, un acto de amor”. Ser docente, en mi opinión, es un acto de amor, es la experiencia más significativa que he tenido en toda mi vida, desde aquellos vestigios de vocación que habían rondado los imaginarios de mi adolescencia.

En este punto quiero resaltar los estímulos recibidos en los ambientes escolares donde cursé el preescolar y la primaria. Tuve maestros muy dedicados, llenos de carácter y temperamento fuerte, pero también seres humanos entregados a su labor, en quienes encontraba siempre apoyo en los momentos difíciles. No todos estos recuerdos son claros, hay situaciones que hoy no lo son del todo, pero sí puedo destacar la admiración por muchos de mis maestros en esta etapa escolar, quienes, además, algunos son mis colegas en la actualidad, porque todavía ejercen la profesión. Recordar a mi maestra de preescolar es describir a una persona con mucho carisma y con enorme capacidad para tener a un grupo numeroso de niños, por cierto, muy inquietos, concentrados en las actividades que nos traía todos los días a la escuela. Diciendo, con voz fuerte: buenos días mis amores, ¿cómo amanecieron? A lo que todos juntos respondíamos, ¡bien! De pronto reinaba el silencio para escuchar a tan maravillosa maestra.

Los lanzamientos de un borrador del profesor de sociales, a todo aquel que veía distraído, o muchas veces dormido, ¡a dormir a la casa! Son recuerdos jocosos de esa época. La mirada intimidante del profesor de matemáticas cuando estábamos en un examen, los gritos fuertes del profe de español y la sonrisa de mis maestras de ciencias naturales, artística y educación física, son con certeza una influencia fuerte, aunque suene increíble, en lo que hoy soy como maestro.

Terminada esta etapa inicié mis estudios de secundaria en el IDEM Caucasia, denominado actualmente Liceo Caucasia. Entré becado por mis buenos desempeños en la básica primaria, con ganas de ver cómo sería estudiar en un colegio tan grande. Aquí mis imaginarios docentes estaban en un periodo de quietud y me concentré en buscar la forma de vincularme a las actividades deportivas y artísticas que eran de mi agrado: la danza y el fútbol. Fue aquí en donde encontré una influencia fuerte en mi vocación docente en la educadora Alicia Mora, docente de educación física y la directora del grupo de danzas del colegio. Su manera de trabajar nos envolvía de una forma agradable, al punto de no querer que se terminara la clase.

Pero su marcada influencia en mi vocación se dio cuando asistí a una convocatoria para el semillero de danzas del colegio. Llegué temprano con mucha motivación y disposición en la búsqueda de un puesto en el grupo de danzas de la institución. Efectivamente ella me llamó y me dijo: Ferney, quédate para que hagas un ensayo con el grupo principal que sigue ahora que termine el semillero. Sin pensarlo dos veces respondí, ¡claro que sí profe! A partir de ahí se inició para mí una experiencia muy importante, la cual todavía hace parte de mi quehacer docente.

La relación con esta excelente maestra se fortaleció con el paso del tiempo, al punto de considerarla como una segunda madre. Los años dedicados a esta expresión artística, me dieron la oportunidad de aprender a manejar grupos, con los cuales compartía ese conocimiento, a buscar estrategias para que ese aprendizaje se diera con mayor facilidad y a consolidar una posición importante en el fortalecimiento de mi vocación docente.

En este punto es importante resaltar otra situación que influyó mucho en la decisión de ser maestro. En la institución se trabajaba un área llamada vocacionales, impartida por las docentes que coordinaban la modalidad pedagógica en el colegio. Cursaba octavo grado cuando la profesora de esta área nos habló de una actividad que realizaríamos en otra institución y en la cual los responsables seríamos nosotros: dar una clase. Escuchar esa expresión me causó alegría y sorpresa porque nunca pensé que tuviéramos la oportunidad de experimentar ese tipo de actividades; estas solo eran asignadas a los estudiantes del Bachillerato Pedagógico de la institución.

La profe dividió el grupo en varios subgrupos y a cada uno le asignó un tema para prepararlo. Hubo una buena orientación para la preparación de la clase, todos estábamos muy emocionados por lo que estaba ocurriendo y llegó el momento que de escoger quien daría la clase. Yo quiero dar la clase profe, me ofrecí antes de que la profesora escogiera. Sonrió y me preguntó, ¿estás seguro? Sí, contesté sin dudar, pero con una sensación de temor por el encuentro con esta experiencia.

Me dieron la oportunidad de desarrollar esta clase en grado cuarto en una institución llamada La Escuela del Centro, por su ubicación en la zona céntrica del municipio. Me presenté vestido de blanco y zapatos muy embetunados de color negro, que me apretaban los pies. Fue una experiencia para no olvidar. Poco a poco se fue disipando ese temor que inicialmente tenía, hasta que, sin darme cuenta, de un momento a otro finalizó la clase. Solo esperaba el momento para contarle a la profesora de vocacionales cómo nos había ido y saber si podíamos tener otra oportunidad como esa.

Después de esta experiencia decidí buscar la manera para poder ingresar al Bachillerato Pedagógico que ofrecía la institución como modalidad. Era la posibilidad que me acercaba más al sueño de ser maestro. Presenté la prueba muy animado, con muchas expectativas y con el firme deseo de estar en el listado de elegibles para el grupo de futuros docentes. A partir de ahí todo era más claro en cuanto al rumbo que tomaba mi formación académica, profesional y personal.

En el ciclo de enseñanza media donde inició mi nueva formación, tuve buenos maestros que se preocuparon por brindarnos una educación integral. Había entonces un ambiente muy agradable entre compañeros y docentes. Se propiciaba el trabajo en equipo, socializaciones, actividades prácticas, ejercicios de observación y análisis del papel del futuro maestro en el contexto en el que vivíamos. Todo esto contribuyó a mi crecimiento personal e intelectual. En este punto de mi “biografía académica” aparece una docente muy influyente en mi carrera como maestro, Elvira Palacios, mi profe de práctica pedagógica, nuestra directora de grupo. Una mujer de cabello blanco, considerada por muchos como una viejita gruñona. Para mí, y el grupo, una maestra para nunca olvidar. Ella nos enseñó el valor de la pedagogía, el valor de un maestro y la tarea tan importante que tiene. Nos mostró, a su manera, que no cualquiera puede desempeñar tan

bonita profesión y que, si queríamos ser algún día reconocidos por esta labor, deberíamos ser disciplinados y organizados. Esta maestra me puso en la órbita correcta en mi formación docente. Solo tengo palabras de agradecimiento para una profe muy particular con una forma de enseñar también particular. No escribas todo con mayúscula cabezón, me decía cuando le presentaba el preparador de clases. A lo que yo contestaba, así se ve más bonito el cuaderno profe. Te voy a dar un coscorrón por terco.

Durante la práctica docente tuve múltiples experiencias, de las cuales quiero resaltar mi primera clase. Un grupo de cuarenta estudiantes de grado cuarto, un tema “fácil”: sinónimos y antónimos. Cuarentaicinco minutos para desarrollar la clase que previamente la maestra cooperadora me revisó y aprobó. Llegué al aula y con sensaciones encontradas de temor y emoción inicié la clase. Al finalizar la maestra me dijo, muy bien Ferney, se nota que preparaste bien el tema, pero dime ¿qué vamos hacer con los treinta minutos que te quedan de la clase? Es uno de esos momentos en los que no sabes qué decir, solo piensas en lo que va a suceder. Gracias a mi maestra cooperadora esa experiencia no fue una total frustración, ella me ayudó a asumir el error como un punto de partida para hacerlo mejor en otra oportunidad.

Después de dos años de formación como alumno maestro, obtuve en el año de 1992 el título de Bachiller Pedagógico que me daba la posibilidad de ejercer inmediatamente como docente. Asunto que se hizo realidad en 1994 cuando tuve mi primer trabajo en una institución privada llamada El Tren de La Alegría, como maestro de primer grado, estudiantes con los que trabajé hasta quinto grado. Hoy la mayoría de ellos organizados personal y profesionalmente. Mis jefes, dos maestras en todo el sentido de la palabra, las cuales he mencionado a lo largo de esta narración como parte esencial en mi formación y consolidación como maestro: mi maestra de danzas, Alicia Mora y mi coordinadora de práctica pedagógica Elvira Palacios. A su lado seguí adquiriendo experiencia, pensando en apostarle todo a la etapa nueva que iniciaba. Es una experiencia especial en esta bonita escuela, con dieciocho años de edad, poco peso y vestido siempre de sudadera y tenis, los padres de familia me confundían siempre con los estudiantes de quinto grado, situación que generaba bromas por parte de mis compañeros.

Estuve allí seis maravillosos años en los cuales alterné el trabajo con mi formación académica. Estaba a pocos meses de obtener mi título de pregrado en Educación Física, formación que valoro con alma, vida y corazón porque gracias a ella, y en particular a algunos de mis maestros, entendí que no somos producto acabado, que día a día hay que buscar la cualificación para crecer como profesionales de la educación y donde tuve mi primer encuentro con la investigación, experiencia que no olvido porque se despertó en mí el gusto por un aspecto académico que traería, posteriormente, frutos significativos.

En una época en la que había pocos computadores, el correo electrónico era para un grupo selecto de académicos y se proyectaba en acetatos, nos adentramos en nuestro primer proyecto de investigación para poder obtener el título de Licenciados en Educación Física. Cuatro compañeros, incluido yo, iniciamos ese duro trabajo: James, Henry, Amado y Ferney, los 4 mosqueteros dispuestos a enfrentar el proceso investigativo en la Universidad de Antioquia.

Desde la primera asesoría quedé muy motivado, a diferencia de mis compañeros quienes avizoraban divorcio en el grupo. Yo creo que voy a pedir cupo en otro grupo, decía Henry. Amado se reía y decía: hay que buscar un salvavidas. Yo más optimista decía que eso no nos va a quedar grande. Y fue así como con la información que me enviaba mi amigo James, en los buses de Coonorte que viajaban para Medellín, me quedé un mes, con un block de rayas y lapicero en mano, terminando el proyecto de investigación. Cada avance lo llevaba al asesor, el profesor Jesús Pinillos, en el Instituto Universitario de Educación Física de la Universidad de Antioquia, quien me decía: ¿oiga hermano, usted está haciendo esto solo? Si profe, estoy aquí en Medellín y es la mejor oportunidad para avanzar en la investigación. Muy bien, decía el profe, dele duro para que todo le salga bien. De un momento a otro, después de tanto escribir, entregué el trabajo y lo pudimos sustentar con éxito. Esta experiencia fue el inicio de un camino que hoy me apasiona recorrer.

En ese mismo año, las circunstancias de la profesión me llevaron a otra institución privada: Centro Educativo Los Sauces. Fui bien recibido por la rectora del colegio quien me brindó su colaboración y apoyo sobre todo en el proceso de inicio del trabajo pues me asignaron el área de sociales, de la cual solo recordaba algunos temas de mi formación escolar. También me concedieron algunas horas, muy pocas, por cierto, de mi área de formación. Con todas estas situaciones acepté el reto, en el cual fue pieza fundamental la rectora Mariela Torres. Ella me ayudó a fortalecer el ejercicio lectoescritural desde las especificidades del área de sociales, al punto de aumentar mi intensidad horaria, teniendo a mi cargo los grados de tercero hasta once con historia, geografía y constitución política. Fue una experiencia difícil, pero al mismo tiempo gratificante. Me enseñó que los retos se deben asumir con valentía, responsabilidad y dedicación, en las palabras de Mariela “hay que ponerle ritmo paisa mijo a eso”.

En esta institución nacieron muy buenos lazos de amistad y excelentes relaciones laborales que actualmente siguen vigentes. Estuve vinculado a esta empresa privada seis años. Trabajé hasta el 2005, año en el que, motivado por los dueños y administradores del colegio, presenté el concurso de méritos para vinculación nacional, instancia en la que no había mostrado mucho interés, pero que agradezco inmensamente a todos aquellos que me convencieron de realizar todo el proceso. Después de un buen concurso y una audiencia cargada de expectativas, solo quedaron sensaciones positivas: una vinculación departamental en la Escuela Normal Superior de mi natal Caucasia […] ¿Qué más le puedo pedir a la vida? Quizás muchas cosas, pero estaba feliz por la forma en que se desarrollaba mi proyecto de vida.

Era enero de 2006 llegué a las instalaciones de la Escuela Normal, escenario en donde mi pasión por la investigación se fortaleció. Aquí me encontré con muchos de los maestros que me educaron en la primaria y en la secundaria, mencionados en algunos de los párrafos anteriores. No era un desconocido en esta institución, muchos, desde la administración hasta gran parte de los docentes, ya me conocían. Este escenario educativo se ha convertido en el punto más álgido de mi carrera docente, llegar a este laboratorio pedagógico con una importante experiencia, me enfrentaba al reto de formar maestros y formarme como maestro investigador.

Solo habían pasado 15 días cuando la rectora de la institución, Doña Fanny Lozano, mi jefe, como le digo, me llamó y me dijo: te voy asignar la responsabilidad de coordinar el núcleo denominado lúdico artístico en el cual se direccionan los aspectos académicos, pedagógicos, didácticos, investigativos y operativos de las áreas de educación física y educación artística (actualmente sigo como coordinador de este núcleo). Sé que lo vas hacer bien. Respondí, gracias jefe por este voto de confianza. Poco a poco fui recibiendo más responsabilidades y en tiempo récord fui asignado como miembro del Consejo Académico y del equipo líder, entes encargados de coordinar el trabajo institucional en pro de una buena visita de acreditación del Ministerio de Educación Nacional al programa del ciclo complementario, actualmente formación complementaria. Esta situación me hizo entender rápidamente que era parte de una institución distinta, con una responsabilidad social de alto nivel, en donde el acto educativo tiene sentido cuando le damos a la sociedad buenos maestros. Ser docente en una Escuela Normal es ir más allá de los horarios y de las simples clases en el aula.

Las evaluaciones de mi desempeño y mi interés por fortalecerme como maestro formador e investigador, me dieron la oportunidad de vincularme a otras comunidades académicas de la institución, tales como el grupo de investigación Ciencia, Investigación y Pedagogía conformado desde el 2009, reconocido y categorizado por COLCIENCIAS. En esta misma línea mi experiencia como asesor de los proyectos de investigación de los estudiantes del programa de formación complementaria me abrió las puertas para trabajar en la Universidad de Antioquia y la Universidad Católica de Oriente como docente de cátedra, específicamente en la práctica pedagógica investigativa.

Laborar en la Escuela Normal es sentir que eres parte de algo especial, tal como me decía mi mentor en la investigación y amigo personal Ricardo Stefens: aquí se hacen cosas distintas, tu eres inquieto, curioso y estoy seguro que ese interés por la investigación te hará un docente más productivo y un excelente académico. Ánimo mi amigo. Solo pude contestar, espero responder con éxito a eso elogios

En las instituciones públicas pocas veces hay presupuesto para las producciones de los maestros, pero en la Escuela Normal, con la buena voluntad de su rectora, promovía la producción académica de los formadores y empezamos a publicar artículos, producto de las experiencias en el aula, en la revista institucional denominada *La lupa pedagógica*. Esto me permitió seguir avanzando en la consolidación de mi amor por la investigación. Como miembro del equipo líder de la Escuela Normal, recibimos el llamado de la rectora quien nos dice con entonado acento: Señores, la Normal debe enviar a varios docentes para capacitación en la ciudad de Medellín para fortalecer la formación en investigación de los maestros de la institución y ustedes son los seleccionados. Nos miramos y con rostros de alegría, respondimos, gracias jefe. Aprovecharemos al máximo esta experiencia. Fue la oportunidad para seguir adquiriendo conocimientos acerca del componente investigativo y que mejor escenario que recibirlo de dos grandes maestros, Gabriel Jaime Murillo y Bernardo Restrepo quienes con su experiencia y sabiduría nos brindaron, a los maestros de las Escuelas Normales, muchas herramientas para formar y formarnos como maestros investigadores en un

escenario educativo distinto a las universidades que es donde hay tiempo y dinero para investigar.

Agradezco en esta etapa de mi profesión docente a la rectora Fanny Lozano quien con su calidad humana y formativa me enseñó que esta tarea es especial, que nuestras acciones deben dar cuenta de lo importante que es ser maestro y que nunca desaprovechemos la oportunidad de crecer en la profesión, en sus palabras jocosas me decía: ponte pilas, tú tienes mucho potencial y si te lo propones vas hacer cosas importantes como maestro, ya yo estoy de salida, pero mientras esté aquí apoyaré todo lo bueno que hagan por ustedes y la Normal. También agradezco a mi colega y amigo, mi mentor como lo dije algunas líneas atrás, Ricardo Stefens Gómez, quien siempre confió en mi capacidad para responder con eficiencia a los retos de esta institución y quien me repetía frecuentemente, en tono barranquillero: mira arbitrario, tu sabes qué es lo que hay que hacer. Asume los retos y hágale mi hermano.

Hoy sigo haciendo parte de ese grupo selecto de maestros de la Escuela Normal, llevo doce años maravillosos entre experiencias buenas, difíciles y significativas, pero quiero estar aquí muchos años más, dando lo mejor de mí como persona y profesional, buscando en todo momento la forma de seguir consolidando mi quehacer pedagógico desde la reflexión de la práctica, la cualificación profesional y la pasión por la investigación y la academia.

En este recorrido por la historicidad de mi vocación docente y mi pasión por la investigación, he puesto en escena a todos y cada uno de los maestros que en cada etapa de mi formación me dieron las herramientas para ser lo que hoy soy. Me disculpo con aquellos a quienes no mencioné, sé que de alguna manera le aportaron a mi formación desde la primaria hasta hoy. Todos han influido en su tiempo y espacio.

El 2014 es un año que llegó con nuevos retos, el más especial para mí, la maestría, una oportunidad soñada y que hoy es una realidad. Una experiencia académica más que significativa en mi vida profesional, ya que me transformó como persona y como maestro. Me enseñó que los títulos solo tienen sentido si eres capaz de transformarte e impactar el contexto en el que todos los días interactúas. Espero responder, con esta cualificación, a las exigencias que demanda tan importante formación y de esa manera ser partícipe en la consolidación de nuestro Laboratorio Pedagógico Subregional.

He sido un docente apasionado por la educación física escolar, la investigación, la pedagogía y la didáctica. Estos valiosos conjuntos de objetos de conocimiento me han permitido tener experiencias importantes con la lectura y la escritura. La primera me ha proporcionado la mirada y la sabiduría de muchos teóricos quienes han puesto en los libros, documentos y otros textos, sus aportes para la transformación del mundo. La segunda me abrió caminos para entender que hay que dejar huellas para aquellos que vienen atrás. A lo largo de mi carrera docente he escrito artículos productos de mi preparación académica y algunas experiencias que la docencia me ha dejado vivir. Pero siempre quise hacer algo más grande escribir un libro que se convirtiera en una producción útil y significativa para el contexto educativo en el cual laboro.

Ese deseo se lo manifesté a mi compañera de trabajo y amiga Ledis Sampayo, quien me dijo: tú tienes todos los insumos necesarios para escribir el

libro, la experiencia investigativa de tu maestría y el trabajo hecho con los maestros en formación, ¡dale bobo, con eso organizas tu libro! Hoy mi logro más significativo está en la publicación de mi primer libro titulado L*a práctica pedagógica y la investigación en la formación de maestros,* producto de la experiencia formativa que he recibido. Es la muestra de que sí se puede estar en una institución educativa pública, con poco presupuesto, poco tiempo, pero con los deseos y las ganas de seguir formando maestros investigadores. Este logro es gracias a mis maestros, a mi hija Valeria, a mi esposa Biviana y a todo lo que se vive siendo maestro. Es el inicio de otros retos académicos que pondré en marcha para seguir consolidando mi pasión por la investigación y así ser cada día un mejor maestro.

Como punto de cierre de esta narración quiero recordar las palabras de Goodson Ivor: *El desempeño magisterial depende en parte de la experiencia inicial de educación escolar y de la emulación de los maestros que lo educaron a uno en la infancia.*

EL NIÑO Y EL MAR

Oscar Luis Tatis

Cierto día que se entregaban las asignaciones académicas para docentes en la Institución Educativa de Guadual, me encontré que, siendo profe de matemáticas, la directora de la institución de ese entonces, me comunicó que debía desarrollar el área de matemáticas y el área de educación física. Durante esa semana gustosamente me dediqué a organizar la planeación del área de matemáticas y de educación física, pues también he estado cercano al deporte. Desarrollando el plan de trabajo, tuve la oportunidad de organizar varios grupos de estudiantes que debían participar en los juegos intercolegiados, primero a nivel zonal y luego a nivel municipal.

En los momentos que trabajaba se dio la oportunidad de conocer el potencial de los estudiantes en las modalidades de atletismo y micro fútbol. Cuando empecé a seleccionar a los estudiantes mediante prácticas en jornada contraria, es decir, por la tarde de 4:00 p.m. a 6:00 p.m., me di cuenta, que fue mucha la emoción de los estudiantes por ir a participar en los juegos que se realizarían en la cabecera municipal, o sea, en Arboletes, claro está, tuve que realizar un trabajo de motivación, mostrándoles que si podíamos ir hasta la cabecera municipal, les conté que, aunque en años anteriores no habían clasificado en las pre eliminatorias con otras instituciones, en esta ocasión, si practicábamos con dedicación y esfuerzo podíamos clasificar.

Es así como empezamos a realizar unos partidos intercursos para seleccionar el equipo que nos representaría como institución en las categorías A y B, en las modalidades de atletismo y micro fútbol. Pues eran los deportes más preferidos por los estudiantes, debido posiblemente a que en la institución no se contaba con otro tipo de implementos deportivos, ni mucho menos los escenarios para desarrollar otro tipo de deporte. Algo que me llamó la atención es que, durante el proceso de seleccionar a los jugadores, había un estudiante llamado Richard que tenía una particularidad, era muy pequeño para la edad que tenía, sin embargo, jugaba muy bien el micro fútbol. Cuando ya tuve los diez jugadores de micro, en la categoría A dos de atletismo, comenzamos a realizar los encuentros con las demás instituciones de la zona, al cual pertenecíamos para la correspondiente eliminatoria. ¿Quién lo pudiera creer? Después de todos los encuentros con las instituciones de la zona pudimos clasificar a los juegos para la etapa municipal.

Como la etapa municipal estaba cerca, acordamos con los muchachos de micro y de atletismo realizar más entrenamientos y buscar nuevas estrategias técnicas que nos ayudaran para poder ganar en los encuentros de la etapa municipal. Durante los entrenamientos previos vi a Richard, el jugador estrella, muy preocupado. Terminado un entrenamiento me le acerqué y le pregunté, Richard ¿qué te está pasando que cada vez que terminamos te quedas pensativo? Me respondió: profe es que yo he estado practicando con el equipo, pero, yo creo que mi mamá no me va a dejar ir a los juegos. ¿Por qué crees que no te dejará ir? Un poco triste y con los ojos llorosos se fue corriendo sin decirme nada. En ese mismo momento se me acercó Manuel, uno de sus compañeros, quien muy comprensivamente me contó lo que le pasaba a Richard: profe, usted no conoce a la mamá de él. ¿A qué te refieres?, pregunté. Lo que pasa es que la mamá tiene

muchos hijos y ella no tiene para llevarlo […] Ah, pero eso no es problema, puesto que a todos ustedes les darán los alimentos y el transporte para trasladarlos hasta la cabeceara municipal.

Al día siguiente y después de la práctica de preparatoria, me acordé lo que me dijo Richard y que por cierto me había llamado la atención, le pregunté, Richard, ¿por qué ayer saliste corriendo después que te hice la pregunta?: profe es que yo quiero conocer el mar y sé que mi mamá no me va a dejar ir. Sollozando me preguntó: profe ¿será que usted habla con mi mamá y la convence para que me deje ir con los compañeros a participar en Arboletes? En ese justo momento me dí cuenta que él tenía grandes deseos de ir a conocer Arboletes, pero su mayor sueño era conocer el mar. Le pregunté, ¿por qué no has ido al mar?, ¿tus hermanos tampoco han ido? Respondió: sí, todos ellos han ido ya, ellos están grandes, pero a mí no me han llevado […] Yo converso con tu mamá y no te preocupes tanto, tu eres uno de los mejores que está seleccionado para ir a los juegos.

Al día siguiente, realice la carta de invitación para una reunión dirigida a los padres de familia, con el fin de organizar los requerimientos que necesitaban, en especial los permisos del viaje. Al momento de la reunión con los padres de familia, se les felicitó y explicó que sus hijos habían clasificado a los juegos para la etapa municipal en las modalidades de atletismo y microfútbol, pues se realizaron unos encuentros con las demás instituciones de la zona, por lo cual, era necesario contar con el permiso de los padres y de dos padres que nos acompañaran. Una mamá pregunta: profe ¿cuántos días van a estar por allá los muchachos? Respondí, padres de familia recuerden que los muchachos estarán entre cuatro y cinco días, además, todos los estudiantes que clasificaron tienen asegurado el medio de transporte de ida y de regreso, la salida de ellos será un día antes de comenzar los juegos y el transporte lo enviarán para recoger a los estudiantes. Luego les pregunte, señores padres de familia, ¿quién de ustedes puede acompañarme a llevar a los muchachos? En efecto, se ofrecieron dos padres para acompañarnos. La mamá de Richard dijo: profe, la verdad es que yo no cuento con plata para que mi hijo vaya por allá […] Inmediatamente les dije a todas las mamás que no se necesitaba plata por parte de los padres, que solo necesitábamos que ellos permitieran que sus hijos participen de una jornada de encuentros deportivos y recreativos, en las cuales la institución daría un aporte. Cuando ya se aclararon las inquietudes de los padres se llegó a los acuerdos y los compromisos de acompañamiento durante la estadía con los estudiantes en los juegos. De esta manera ese día se culminó la reunión con los padres de familia.

Se llegó el día de salida hacia la cabecera municipal. Muy temprano llegaron todos los muchachos y los padres que estaban comprometidos en el viaje. Esa noche anterior llovió toda la noche y el carro estaba listo para la partida, era tanta la emoción que tenían los estudiantes que no veían la hora de partir, en especial Richard no paraba de decir: nos vamos para Arboletes, nos vamos para Arboletes. Le dije, bueno ya se te va a cumplir tu sueño. Estuvimos viajando por un largo rato, pues salimos a eso de las seis de la mañana, debido a esa travesía que nos tocó en la vía llegamos a las doce del día, ya que se pueden imaginar cómo estaba esa carretera por el mal estado que dejan las lluvias por las veredas que había que cruzar. Pero eso no fue obstáculo para desviar el ánimo que llevaban los muchachos. Por eso vale la pena resaltar, cuán importante sería que los

gobernantes se acordaran y le dieran un poco más de ayuda a esas zonas donde existen unas vías de acceso deplorables y en su mayoría en mal estado, es decir que se hiciera algunas mejoras a las vías para que el transporte de personas y de los productos sean las más dignas, pues en temporadas de invierno las vías se convierten en una odisea.

Después de haber llegado, nos asignaron el sitio, o sea, la institución donde debíamos quedarnos, fue tan buena la suerte para alguien del grupo de estudiantes […] ¡La institución asignada quedaba frente al mar! Cuando llegamos a ese colegio, Richard bailaba de la felicidad de tener el mar tan cerca pero tan cerca que no se lo creía. En ese momento me dirigí a ellos y junto con los padres de familia se organizaron algunas reglas de convivencia, de responsabilidades y de obediencia por parte de todos.

En ese mismo lugar se habían instalado otras delegaciones, donde se compartió con nuevos amigos que también venían con las ganas de ganar en los juegos intercolegiados. En ese momento le dije a Richard y a los demás muchachos, que mientras yo asistía al congresillo, es decir, a la reunión previa a los juegos que iniciaban al día siguiente, ellos debían quedarse con los padres de familia que nos acompañaron. Después del congresillo observé que, durante la primera noche, los muchachos se dedicaron a conversar muchas cosas, que el sueño no se les asomaba por ningún lado. Manuel, en una de sus conversaciones preguntó: profe y ¿cuándo nos vamos a meter al mar? A eso respondió Richard: verdad que sí profe, mañana después del partido ¿nos vamos para el mar? Y de forma sonriente les respondí, mis hijos, ustedes están aquí cerca del mar, luego responde Richard: a no profe, pero lo mejor es que nos bañemos mañana después del partido. Muchachos es mejor que descansen y duerman para que estén concentrados en los juegos, dijo Doña Carmenza, quien era una de las madres de familia que nos acompañaban. Así es muchachos, descansen y mañana miramos cómo les va, pero eso si dependiendo de los resultados vemos si salimos un rato y conocemos el pueblo. De pronto, todo quedó en silencio y nos dormimos cada uno en su colchoneta.

A la mañana siguiente, todos despertaron temprano, se organizaron y salimos a desayunar a otro colegio donde se preparaban los alimentos, Richard, a diferencia de los demás se mostraba más contento, pues ya los demás compañeros conocían el pueblo. Mientras caminábamos, Manuel y los demás compañeros le iban mostrando a Richard las cosas y sitios más llamativos para ellos. Durante los encuentros con los demás equipos (tuvimos tres encuentros), ganamos uno, empatamos uno y perdimos uno, en fin, a pesar de no quedar clasificados para las siguientes etapas, se logró que los estudiantes pasaran una bonita experiencia. Como había que esperar que se diera la orden de regreso por parte de los directivos de los juegos, se decidió en compañía de los padres de familia llevar a los muchachos por un rato a darse un chapuzón en el mar. En ese momento todos los muchachos y en especial Richard se divirtieron hasta el cansancio. Esta experiencia para los muchachos pudo despertar en ellos todos aquellos sentimientos de felicidad, pues se sentían contentos de participar y de acompañar a Richard en su deseo de conocer Arboletes. Después de todos los buenos momentos que vivieron los estudiantes se llegó el momento de regresar y entregar las buenas nuevas a los demás compañeros y miembros de la Institución Educativa Guadual.

En lo personal, pude observar que se estaba cumpliendo el sueño de uno de mis muchachos, esto me hacía pensar que hay niños que, a pesar de tener deseos por conocer algunos sitios, siempre detrás de ellos hay un adulto que lo puede hacer sonreír, para salir adelante en su proyecto de vida. Y, además, pude ver que un niño por medio de su valiosa cualidad de deportista pudo ir a conocer el mar.

MAGDALENA MEDIO

¿CÓMO SURGIÓ MI DESEO DE SER DOCENTE?

Alejandrina Sosa Gallego

Era el año de 1978, iniciaba mis estudios de Primaria con la ilusión de mejorar la calidad de vida de mi familia. Siendo apenas una niña llena de ilusiones e inconforme con el estilo de vida que tenía que llevar, vivía en una casa muy humilde carente de los servicios básicos, haciendo tareas a la luz de una vela. Estudiaba en la zona urbana y debía desplazarme diariamente aproximadamente un kilómetro para llegar a la escuela. Este recorrido lo debía hacer cuatro veces al día, por un camino que en tiempo de invierno era intransitable, usando las vergonzantes botas pantaneras con las que debía permanecer durante la jornada escolar y por las que los compañeros se burlaban, pero nada me hacía desistir del sueño de salir adelante y un día ser llamada señorita profesora, porque en aquel tiempo así les decían a las maestras, quienes morían siendo señoritas de acuerdo a la denominación.

Así continué hasta terminar la primaria, destacándome siempre por mantener un buen rendimiento académico, pero esto no bastaba para acceder al bachillerato, aunque era una institución pública, los cupos eran limitados. Para acceder a uno de ellos había que hacer unas filas interminables desde las horas de la madrugada y, como si fuera poco, pagar con anterioridad el valor de la pensión, porque a diferencia de las oportunidades actuales, la educación no era gratuita y si no se tenía con qué pagar no se podía estudiar. Sin embargo, nada me detenía, contaba con el apoyo tímido de mi padre a quien sus amigos le decían que no justificaba dar estudio a las mujeres, pues afirmaban que no terminaban de estudiar y si acaso ocurría, la inversión se perdía beneficiando a otro que nada había aportado y que la sacaría de la casa.

La vida seguía su curso y yo continuaba mi lucha. Ingresé al bachillerato después de muchas madrugadas. No lo podía creer. La emoción llenaba de esperanza mi vida. Cuando terminé el grado sexto me enamoré de mi profesor (practicante de la normal) de quinto grado, de primaria iniciando una relación con él, pero esto no me llenaba. Sentía una necesidad inmensa de fortalecer mi espíritu, así que decido irme al convento de las Misioneras Teresitas, esperaba encontrarme allí un paraíso donde estaba la perfección humana y la oportunidad de ejercer la docencia en un futuro, en los montes colombianos, en lugares vulnerables. Pero no fue como imaginaba, me doy cuenta que me estaba encontrando con una muestra de sociedad, con diversas formas de ser, a pesar de esto me quedo con las misioneras un año y luego regreso a casa a continuar mis estudios y retomo el noviazgo que había iniciado. Sigo el recorrido académico obteniendo las mejores notas y enamorándome cada vez más de la docencia. Ayudaba a mi novio profesor a decorar la escuelita rural y lejana donde él enseñaba, cada cosa que hacía la hacía con pasión, era también mi escuela porque me permitía experimentar en la práctica como era acondicionar un lugar para desempeñar la labor de la enseñanza.

Así, transcurría el tiempo y finalmente alcanzo la graduación, emocionada, feliz porque, además, lo había hecho con honores como mejor bachiller de esa promoción. Llena de expectativas, anhelando la llegada del siguiente año, casi segura que con esa hoja de vida académica el empleo llegaría pronto […] Me di

cuenta que no había servido de nada ser la mejor académicamente, las que habían sido mis compañeras de estudio empezaban a ejercer la docencia y yo seguía esperando, no entendía por qué era tan desafortunada, esperaba la colaboración de mi novio que, para ese entonces, su hermano era el Alcalde del Municipio, en últimas, como se dice coloquialmente, una buena palanca, palanca que giraba en sentido contrario, ya que mi queridísimo novio no quería que yo ejerciera si no que fuera su esposa y ama de casa, pues una de sus afirmaciones era “las mujeres son de la casa y los hombres la sostienen, las mujeres con poder son muy resueltas”.

El universo le da a cada persona lo que se merece y yo no era la excepción y por fin me llegó la oportunidad de ejercer mi profesión. Llega a mi humilde casa la rectora de una escuela ubicada en un municipio cercano ofreciéndome una licencia de cuatro meses surgida por el cáncer que padecía la docente. No dudé e inmediatamente acepté y me desplacé al lugar donde viviría mi primera experiencia en la docencia. Me encontré con 45 niños del grado primero, más afortunada no podía ser, me sentía realizada, pero […]cumplidos los cuatro meses quedé muy triste, con la incertidumbre de lo iba a hacer. Lo que más me extrañaba era la cara de felicidad de mi novio, quien estaba cerca de sacar las cartas que me ayudarían a desenredar la situación.

De regreso a casa, con tristeza, desconcertada y con el interrogante que me asechaba ¿por qué? Al mismo tiempo, pensaba […] ¡todo va a salir bien! Pero me entero del plan de la persona que ese momento amaba más que a mi vida, quien trata de consolarme diciendo: no deseo que trabajes, por eso no te he ayudado a conseguir una vinculación en el magisterio, pero no te preocupes, yo te voy a colaborar con ayuda económica mensual mientras nos casamos. No es eso lo que quiero para mi vida, respondí, no se estudia tantos años para ser ama de casa. Este evento me impulsó a tocar puertas para conseguir empleo en lo que fuera preciso, es en este momento donde me desvío de mis propósitos iniciales dejando de lado el tema de la docencia, sobre todo cuando me empleo como secretaria en una cooperativa, aquí me enamoro de esta profesión y desisto de aquel sueño y mi proyecto de vida da un vuelco total.

Deshecho el pasado cercano, me abro a nuevas amistades y me dedico a trabajar, comienzo otra relación; ocho meses después me caso con una persona diferente a la mencionada en el escrito, laboro como secretaria tesorera por dos años. Posteriormente, llegan mis hijos a quienes me entrego en cuerpo y alma; para estar cerca de ellos se nos da la oportunidad de crear una microempresa en la que nos fue muy bien durante once años, en este tiempo mi esposo, quien admiraba demasiado la profesión de la docencia, me decía que estudiara para que la ejerciera, pero siempre encontraba en mí un no como respuesta. Le decía que no era necesario, pues teníamos un negocio que nos dejaba buenas utilidades y la economía familiar estaba muy bien para invertir en estudios que tal vez nunca pondría en práctica, que nos ocupáramos de brindar una buena educación a los hijos, además, decidí en ese caso apoyar a mi hermano para que se prepara y ejerciera.

Pero el universo me tenía preparada una sorpresa que me llevaría a retomar el sueño inicial, dedicarme a la docencia: ¡lo perdimos todo! Quedamos sin nada, hasta sin ilusiones, lo único real eran tres hijos, dos adolescentes y un bebé especial. ¿Qué hacer? Todo era confusión, la desesperanza de mi esposo, el

desconcierto de los hijos que no entendían nada, por qué de un momento a otro todo había cambiado. De tenerlo todo, más de lo que se necesitaba, ya no se tenía nada, ni lo básico para vivir dignamente, las lágrimas de un papá responsable proveedor que no sabía qué hacer ocultándose de sus retoños, tratando de evitarles el sufrimiento que era evidente para la familia. Tocaba a mamá buscar la oportunidad de trabajar, en lo que consideraba podía hacer bien y que, por otro lado, era su vocación, la docencia.

Estaba tan desactualizada, pues hacía diecisiete años me había graduado como bachiller pedagógico en el año 90, y ya estábamos en el año 2007, para dedicarme a ejercer como docente, que las posibilidades eran escasas. En el año 2008, empiezo trabajando con primera infancia en el programa *Familia a Tu Lado Aprendo*, con una empresa que quebró y solo pudo reconocer un pequeño porcentaje del dinero que debía pagar por mi labor, ahora da risa recordar; después, se me da la oportunidad de trabajar con la misma población por medio de otro operador en el programa PAIPI (Plan de Atención Integral a la Primera Infancia) quien ofrecía contratos de cuatro meses, el más extendido de siete y el último de cinco (del cual sigo esperando el pago ya que me dejó cargada de dificultades económicas y sociales) ¡Fui amenazada! Pero no pasó nada a Dios gracias; la empresa desapareció.

Sin dinero, con el rechazo de la sociedad porque a veces algunos seres humanos miden a los otros de acuerdo a lo que puede ofrecer en términos materiales: cuánto tienes, eso vales. Había en mi corazón una fe genuina y tenía en mi esposo el más ferviente admirador que me impulsaba a estudiar, según él, yo era un talento desperdiciado y que la profesión clamaba por mí. Como del cielo aparece en el municipio una universidad ofertando dos licenciaturas; inmediatamente me postulé, después de todo el proceso comienzo a estudiar en un área que para mí existían varias limitantes que debía vencer, apatía a la informática, no sabía siquiera prender un computador, tampoco contaba con esta herramienta vital para el desarrollo del estudio que era semi presencial donde los trabajos se entregaban virtualmente.

Sin embargo, empecé y a Dios gracias en septiembre del año 2014 terminé. A los seis meses tengo la oportunidad de ejercer mi profesión con un operador que ofrece el bachillerato rural, lo más gracioso de todo es que cuando me llaman me dicen que debo dar todas las áreas. Yo muy valiente, pensando que era primaria, le contesté a la persona que me llamó diciendo que uno debe de estar preparado para todo, que no hay problema. Seguidamente me dice: hay que caminar mucho, ¿es buena para caminar? Sí señor, puede usted estar tranquilo que no tendrá queja de mí. Me solicitan la papelería pertinente para el enganche, la cual envié con prontitud, cuando todo estuvo en orden me presenté a una pequeña inducción, recuerdo tanto que quien iba a ser mi jefe, cuando me ve me mira de arriba para abajo, y pregunta, ¿está segura que es buena para caminar?

Terminada la inducción que duró un día, me da las siguientes orientaciones: el día de mañana debe entrar a una vereda llamada *Pio XII*, el desplazamiento lo debe de hacer quince minutos en moto y el resto del trayecto caminando, las áreas que va a dictar allí son, matemáticas, ciencias naturales y educación física. Al otro día empiezo el recorrido como me lo indicó el jefe, después de bajarme de la moto me estaba esperando la docente de primaria, una mujer regionalista, que de

inmediato subestimó mi capacidad de llegar a la escuela caminando, me dice, usted no es de por aquí por eso no sabe lo lejos de esta vereda, yo siempre viajo a caballo. Estas palabras me llenaron de fuerza o quizás de orgullo y pasé adelante del caballo y empecé a caminar a paso largo sin demostrar cansancio, allí saqué la experiencia que de niña me quedaba, recordé mi infancia y fue así que le dí una lección a esta señora, quien al llegar a la escuela me dice: usted es muy “guapa”, me le quito el sombrero.

El recorrido lo había hecho en hora y media, lo debía repetir en las horas de la tarde, porque al día siguiente me desplazaría a otra vereda más distante de la cabecera, dos horas y media en bus y una hora o más dependiendo del físico del caminante. Al día siguiente, tomé el bus a las 5:00 a.m., llegué a la entrada de la vereda a las 8:00 a.m., ya que se había retardado el bus, pero como yo no conocía y el conductor era la primera vez que escuchaba el nombre de la vereda, tuve que llegar hasta el corregimiento que quedaba diez minutos adelante del lugar, esto ocurre porque el joven que me estaba esperando se escondió al momento de pasar el transporte, pero esto no fue impedimento […] Un señor muy amable residente del lugar me acerca hasta la entrada en moto y allí estaba aún el joven, nos saludamos y la pregunta de rigor: profe ¿usted sí es buena para caminar? Respondí, ¡sí! Pero cual sería mi sorpresa al iniciar el camino, observo que hay que avanzar por un monte de terreno inclinado, carente de viviendas y distante de la escuela. Me preocupé demasiado porque no había desayunado y estaba más lejos de lo que esperaba, aunque era buena para caminar, este terreno para mí se presentaba difícil, pero, había que superar este momento y avancé hasta llegar al lugar donde debía comenzar mi labor.

Allí, en una caseta se encontraban doce estudiantes: tres de séptimo grado, tres de octavo grado y seis de décimo grado, esperando una profesora joven, al verme empezaron a mirarse maliciosamente. No entendía lo que estaba pasando y empecé a sentir incomodidad; sin embargo, inicié con el saludo y la presentación a través de una dinámica, continúe revisando las actividades que tenían por realizar y poco a poco me fui acoplando al sistema de trabajo y a la comunidad. En aquella vereda trabajé dos años y medio como *mono-docente*, lejos de mi familia a la que veía cada dos o tres meses. Un día me llega un correo donde se me notificaba que estaba preseleccionada para ocupar una vacante en un corregimiento del pueblo donde es mi residencia, sentí mucha felicidad y a la vez inseguridad […] ¿Será verdad? ¿Por qué a mí? ¿Cómo ocurrió? ¿Quién me ayudó? Poco a poco estos interrogantes desaparecen cuando de la Secretaría de Educación me envían la documentación que debo diligenciar y la fecha en que debo presentarme para la posesión.

Después de todos los trámites me presento a la institución para el inicio de labores, la señora rectora me entrega la carga académica y dice: por el resto de este año usted va a dar el área de tecnología que es la suya, pero además va trabajar la ética, para ello necesito mucho compromiso de su parte; claro que para el próximo se la asigno a otra profesora que me gusta la forma como la trabaja. Me encontré con una comunidad estudiantil un poco difícil, que le costaba apropiarse de la norma y el respeto por el otro, por eso tuve que hacer gala de mi carácter y me dí a la tarea de enseñar con el ejemplo. Necesitaba que recogieran basuras, yo recogía y les invitaba a que lo hiciéramos juntos, les trataba y los trato con cariño,

aún en los momentos más complejos que se viven dentro de la institución. Como maestra siempre les premio la responsabilidad, abordada desde la aceptación de los errores y la honestidad.

Hoy trabajo en esta institución, lo hago con pasión, me enamoró cada vez más de esta profesión; la rectora nunca me descargó el área de ética, pues afirma que soy la persona idónea para dictarla. *¡Soy una mujer creyente, pienso que lo que estoy viviendo fue una decisión divina, tuve que pasar por muchos desiertos para alcanzar el sueño de ser docente!*

SER MAESTRA

Un destino […] una vida

Amelia Lucía Coy Galvis

Cada paso que des con el alma,
deja una marca imborrable en la eternidad.

El ser maestra es una vocación, es un llamado de vida. Si en el libro de la vida está escrito que lo serás, así será. He pensado durante muchos años que naces con una misión específica, que siempre estará en tu interior y los aprendizajes del camino te permiten aflorarla. Hay sentires difíciles de ocultar, los cuales tarde o temprano terminan vibrando en lo íntimo y sacudiendo tu entorno; son sentires que fluyen, que absorben, que tocan y que siembran en ti, en tu familia, en tus amistades, en tus colegas, en tus vecinos y en todo ser humano que esté junto a ti o tenga algún contacto por mínimo que sea con tu esencia y presencia.

Cuando yo me encontraba en el grado octavo teníamos una docente de biología, la profe Maritza, quien recitaba una oración que hablaba de que el nombre de uno está escrito en el libro de la vida, ahí ya está plasmado tu recorrido y simplemente venimos a la vida a cumplirlo; desde allí se fortaleció mi idea de que naces con una vocación inscrita en tu piel y en tu vida y cada respirar y suspirar son solo la completud y los pasos hacia ella, por esto no es gratuito que yo sea maestra, no es en vano que las circunstancias me hayan traído a este mundo (el educativo) y que no sienta la necesidad de salir de él, estaba como abeja buscando polen, de flor en flor polinizando, pero llegando a un panal donde me siento libre, me siento yo, donde ejerzo mi vocación y soy maestra porque era mi destino […] mi vida.

Ser maestra implica una calidad y condición de vida rodeada de valores y virtudes que no son ajenos a tu naturaleza humana, eres carismática, paciente, amorosa, altruista, dedicada, colaboradora, servicial, responsable, atenta […] y una serie de características que se supone te hacen docente o en el común social estas son las características que debes tener. Sin embargo, la práctica te muestra que no es del todo cierta estas afirmaciones y que eres un humano más, con una capa de súper poderes para amparar a otros y que tienes grandes debilidades que te hacen mortal, tienes que lograr que otros entiendan que te enojas, a veces gritas y eres grosera, sales con amigos a fiestas y paseos, tienes relaciones amorosas, conformas una familia, amaneces indispuesta, te enfermas y te incapacitan, no tienes deseos de laborar, haces marchas y protestas, en fin que tienes una vida fuera de la escuela, fuera del sistema ¡No es nada fácil! Constantemente estás en el ojo del huracán, cuestionado por tus acciones y tu estilo de vida, criticado por tu esencia, por lo que haces, piensas, sientes y hasta por lo que omites, hacer entender a los otros que soy un ser humano más allá de un ejemplo de vida para otro implica elevar mi ser y reconocerme, aceptarme y valorarme. Soy docente y es una armadura soldada en mí que me acompañará hasta la tumba […] frente a otros sé tú, muestra tu esencia, deja tu huella, marca vidas, pero siempre conserva tu ser y nunca desmientas ser maestro, recuerda que en el libro de la vida está escrito con tinta imborrable. Si los otros no entienden de todas formas es asunto de ellos.

Uno tiende a pensar que la vocación se da desde la infancia y se construye en el camino, aunque su crecimiento sea continuo y a veces solo se redescubre en la adultez y hablo de redescubrir porque desde la infancia, en pequeñas acciones, tu ser descubre su esencia, aunque no seas consciente de eso y no lo sientas como tu vocación. Tengo la fiel creencia de que nacemos con un propósito o intención de vida (que puede traducirse en vocación), cada paso que damos en nuestro crecimiento y existir solo apunta aquello que está escriturado en nosotros, que es nuestra razón de ser.

Infancia, etapa donde intentas concretar de dónde, hacia dónde y hasta dónde quieres ser y llegar. Cuando chica en ningún momento deseé ser docente, expresaba que me gustaría ser odontóloga o modelo; sin embargo, era muy presta a cuidar, jugar y acompañar a niños más pequeños y conformar grupos de interacción con niños mayores, de hecho, me pagaban por cuidar vecinos, pero para mí era puro amor al arte, era una cuestión de ser niña y jugar con otros niños, no percibía todavía la importancia de orientar a otros y las grandes capacidades que tenía para ello.

Dentro de la interacción con pares en la infancia, recuerdo un grato suceso que muestra que estaba llamada a relacionarme con el otro desde el compartir saberes, experiencias y conocimientos. A mis amiguitos les contaba historias fantásticas con un amigo marciano bajo la forma de recuerdo (desde la vivencia de un recuerdo logras sentir la fantasía). Cuando tenía aproximadamente siete años vivía en un conjunto cerrado de apartamentos en la Ciudad de Bogotá, el parque de este era un espacio de compartir con los amiguitos, allí nos encontrábamos con todos los niños; un día, en conversación con ellos, yo empecé a contarles mi historia, una que creé tal vez desde mi imaginación y creatividad para ser más llamativa.

Yo tenía mi amigo Marciano que venía a visitarme a mi hogar y me contaba sucesos de su planeta y de su cultura, todas las noches antes de dormir me acompañaba y hablábamos durante largas horas de su vida, de su planeta, de lo que hacía, de lo que le gustaba y yo le relataba a él lo que me pasaba a mí (creo que era una forma de conocerme y tratar de explicarme y comprender lo que me pasaba, era una niña muy sola y distanciada de la realidad, aunque en apariencia era normal y una niña sociable como cualquier otra), en algún momento la imaginación se volvió fantasía y esta se plasmó real.

En las tarde de encuentro con los amiguitos yo los distraía con cuentos y relatos de mi amigo Marciano, ellos preguntaban cosas sobre lo que mi oralidad manifestaba y yo contestaba con la mayor naturalidad, creyendo totalmente lo que decía, aunque esto solo fuera resultado de mi introspección y conversación con mi ser interior, de la vivacidad que la lectura diversa me había dado, de transcurrir en un mundo de adultos con lenguajes sofisticados y diplomáticos y de los sueños y añoranzas que tenía de un próspero futuro para mí y para el mundo entero.

Desde allí, mi vida descubrió el don de la palabra y la escucha en la interacción con el otro, la capacidad de transformación que la imaginación y la creatividad tienen en el mundo y que lograba conformar grupos de intercambio de saberes y construcción de conocimientos. Esas reuniones de tarde, se convirtieron en tertulias, en espacios de relación, de conocimiento y de construcción, se convirtieron en mi primera aula de clase donde yo era la maestra y orientaba lo que

allí pasaba, ser maestra es mi destino […] Es una vida, la mía y sin pensarlo mucho aún sigo creando historias, aunque ya con bases científicas, conceptuales y teóricas y sigo jugando con el conocimiento en la transformación de mi entorno, en la construcción de camino y vida de mis estudiantes siempre desde la introspección, la escucha, la palabra y el intercambio en grupo.

Tengo muchos recuerdos vividos en los que la vida me mostraba mi vocación docente, al revelar en mí las características propias para ser maestra, como, la paciencia, la capacidad de conciliación, la adaptabilidad, la excelente escucha, la amplitud de perspectiva, el carisma, entre otras; el trayecto y recorrido de mi vida me encauzaba en otros caminos hacia el servicio, el apoyo y la compañía de otros seres con necesidades particulares en entornos distintos al educativo. Ahora lo pienso y esos caminos hacen parte de la labor docente, entonces siempre me he direccionado en mi vocación como maestra, maleándome desde instantes inconscientes y conscientes, intencionados y esporádicos, reales e imaginarios, pero siempre siendo yo. Aunque de formación sea Terapeuta Ocupacional y estoy totalmente complacida y orgullosa con ello, ejerzo mi profesión y mi vida como docente, de allí que pienso que el Ser Maestro no lo da un certificado o título académico, sino una vocación de vida, obviamente requieres de ciertos conocimientos que fundamentan tu quehacer y direccionan el saber, pero la esencia es la que te hace ser y con esto no quiero decir que cualquiera sin academia puede ser docente, sino que no cualquiera lo es.

Mi esencia está en el acompañamiento a mí, a otro y al OTRO, en el dar/ofrecer persistente está la base de mi vida y mi quehacer que no es nada más que trasegar en el mundo dejando huella. Soy Terapeuta Ocupacional egresada de la Universidad Nacional de Colombia, sede Bogotá, desde 2006; aunque mi profesión es del área de la salud, mi primer trabajo fue en el sector educativo, en un centro de formación para niños, niñas, adolescentes y adultos en condición de discapacidad cognitiva llamado OPCIONES, donde casualmente mi rol era “Docente” en el marco de la Educación Especial. Allí duré aproximadamente tres años y estuve a cargo como directora de grupo de varios tipos de estudiantes quienes estaban organizados por niveles según su desempeño y años de formación.

Estaba encargada de realizar el recibimiento diario, revisión de hábitos de higiene, salud y organización, acompañamiento al descanso, planeación de celebraciones especiales, informe y atención a padres, hasta excursiones, entre otras nada ajenas a la función del docente de aula en la educación formal. Era toda una gallinita cuidando sus pollitos hasta el otro día, prestando abrigo a la indiferencia y frustración de la sociedad y alimentando sus espíritus de energía y fortaleza. También me desempeñé como docente de agricultura, alimentos, cuidado personal, orientación vocacional, taller de manualidad, instructora de transporte, independencia en el hogar […] Una serie de cosas en las que no tenía experticia ni habilidad para hacer y para las cuales ni la universidad ni mi profesión me habían instruido, pero que sí conocía y sí las sabía por mis profesores de primaria y secundaria con los cuales picamos un poco de todo en nuestra orientación vocacional y los talleres vocacionales que en los colegios donde estudié se impartían, todos de comunidades religiosas: histórica y culturalmente las primeras comunidades educativas y formadoras de niños y niñas.

Me vi abocada a todo un proceso de reaprendizaje y afianzamiento de rutinas para lograr llegar con la mayor efectividad, calidad y profesionalismo a mis estudiantes. Entre la lucha constante con mi poca habilidad motriz fina, mi aversión a untarme las manos de elementos extraños (distintos al jabón y la crema), a mi poca afinidad con la innovación y creatividad y aparentar una experiencia casi ancestral en aquellas artes que exponía, practicaba y ejemplificaba con ellos, “mis chicos”, para los cuales yo era lo máximo porque todo lo que les daba era nuevo y esperanzador en su proyecto para mejorar autonomía e independencia. Mi práctica les permitía naturalizar su condición en un entorno educativo general en los años de 2006 a 2009 donde la discapacidad no era aceptada y tenía poca incursión en espacios de aparente “normalidad”. Exponernos a aquello no era tan natural; la verdad es que para mí es algo totalmente natural donde existe seres humanos con capacidades diversas y formas distintas de ejecutarlas.

En OPCIONES (todavía existe en Bogotá, por el Sector del Campín) se tiene un plan, una estructura curricular y un horario establecido como cualquier otra institución de educación, fue allí, en ese diario convivir, planear, programar, evaluar, investigar y hasta validar, donde aprendí que la educación y la formación no puede ser unificada y universalizada como un todo para todos, puesto que es necesario que exista flexibilidad y apertura como tantas formas de aprender y enseñar existen. Hay que permitir los ajustes y las particularidades que hacen que los procesos de enseñanza y aprendizaje sean diferentes. Es el docente el llamado a articular, transformar, ajustar organizar y programar en respuesta a las características y necesidades de su grupo. Reconocí la importancia de la formación y educación para la vida y la ciudadanía de los niños, niñas y adolescentes, indiferente a la modalidad educativa, estructura física y académica, lugar, condición personal o posición social, entendiendo que educar y ser docente trasciende a la transmisión elemental de conocimientos y tiene que ver con cambiar mentes, almas, vidas, realidades y destinos de otros seres humanos y brindar todas las oportunidades y alternativas posibles pensables e impensables, factibles o soñadoras con el fin de hacer vibrar la felicidad y la realización, creo que apuntando al Buen Vivir de la humanidad y perfeccionando el propio destino. Por eso mi vida […] La docencia.

Así como recuerdos y experiencias, hay también huellas de grandes ejemplos y aprendizajes, lealmente recuerdo (lo planteo así desde el concepto filosófico de leal: al ser fiel y devoto y nunca dar la espalda en cumplimiento del honor y la gratitud), todo lo que me une y me relaciona con varios de mis maestros de la secundaria y universidad que se cruzaron en mi recorrido y con su oralidad, sonrisa y trato logré reconocer la vitalidad de impactar al otro desde un saber. Ellos impartieron en mí una disciplina y un amor por algo que quería desconocer o no aceptar en mi esencia: el ser maestro. Sus sabias enseñanzas desde su saber y quehacer y ese intenso amor por su labor diaria me inspiraron a acoger cada segundo de mi vida dándole significado, desde allí cada instante lo vivencio como un aprendizaje que me transforma y se transforma y convierte mi plano real en otro.

Uno de los aprendizajes tiene que ver con la importancia del lenguaje y su contextualización, estando en clase de filosofía y cual "Chavo" parlante en conversación con una compañera digo en voz alta “se va apichar” y, por Ley de Murphy que llaman, toda el aula quedó en silencio y Nabito (en el Colegio y en mi vida, pero Nabonazar Cogollo Ayala nombrado de Pila) como profesor Jirafales, muy

parecido por cierto, se voltea del tablero y lanza una mirada decepcionante al grupo preguntando: “¿quién fue?”.

En un acto de honestidad me puse de pie y asumí mi error, pero el llamado de atención no se hizo esperar y mi Nabito querido, un filósofo, filólogo de inglés y francés, escritor, poeta, autodidacta y sobretodo amoroso y cercano maestro, con su carita redondita, medio barbudo, ojos saltones, traje de cuello en v y corbatín y una cálida, pero enfática voz filosofal, dijo: “mi hija linda ese vocabulario es una falta de respeto para el curso, la clase y para mí. Es necesario que reflexiones al respecto y vayas a coordinación de disciplina para tu correctivo”. Nadie quería ir a allí donde la “enana prehistórica” (así le decíamos a la Coordinadora Estela), ya que tenía un mal carácter y gritaba todo el tiempo. Acudí a explicar al docente que no era lo que él pensaba, que apichar significaba que algo se dañaba, por ejemplo “se va apichar la naranja” o “se va apichar el pajarito muerto” y otros ejemplos más acudiendo a mi fama de buena estudiante y lectora.

Un tiempo después conocí que el vocablo Muisca “pquychansuca” le da origen a este concepto utilizado para describir la descomposición por efecto de la fermentación o putrefacción, eso podría haber fundamentado con mayor veracidad mi justificación; sin embargo, mis esfuerzos fueron en vano ya que Nabito me mira y me dice: “Amelia, no me creas bobo que sé que no te referías a eso y no trates de desviar tu responsabilidad y poca urbanidad, sé que tu no usas cotidianamente ese lenguaje y no eres así”.

En el colegio era regla las buenas costumbres de una dama. Colegio femenino establecido en el Municipio de Madrid, Cundinamarca, en ese entonces orientado por la Comunidad de Hermanas Terciarias Capuchinas. Tenía toda la razón, ya que en nuestro contexto juvenil “a pichar” hacía alusión al encuentro sexual íntimo desenfrenado en una pareja y el aula de clase no era el espacio para mencionarlo. Todas mis compañeras se echaron a reír y cabizbaja debí presentarme en coordinación donde después de una cantaleta sobre las buenas costumbres y modales que debe tener una dama y la importancia de manejar palabras de alcurnia y casi indescifrables en nuestro entorno, pero sí aceptadas en la gente de bien y la sociedad del municipio. Mi castigo fue escribir cien veces con mi puño y letra en mí cuaderno para entregar al otro día la frase “No debo decir groserías en clase”. Todo esto me evoca el castigo que en la película Harry Potter y la Orden del Fénix la suma inquisidora de Hogwarts Dolores Umbridge le impone a Harry Potter. Con una pluma mágica, hace escribir a Harry una plana en un papel “I must et tell lies” (no debo decir mentiras). La escritura se veía reflejada en su mano dejándole una herida. También me evoca todas las veces que la maestra Edna Krabappel de Bart Simpson lo hace planillar el tablero con cualquier frase que inicia con un “no debo” como medida de represión por su actitud y rebeldía; mi coordinadora, replicaba, como ellas, la idea de que la letra con sangre entra y que la simple repetición de lo que se debe hacer favorece el aprendizaje.

Realmente aprendí de la corrección de Nabito que el lenguaje es la principal forma de comunicarme, que los términos y significados evocados deben ser con el momento y expresar respeto por el receptor, quien no conoce necesariamente la intención y significado que yo le doy a cada palabra. Pero, sobre todo, me enseñó que para aprender no necesito un castigo físico y tedioso sino un llamado de atención reflexivo y consciente. Nabito me mostró la importancia de que el maestro

conozca el entorno de sus estudiantes y a sus estudiantes y pensé en ese momento que si algún día fuera docente sería como él.

También en secundaria creo que por primera vez dije que quería ser docente y específicamente de ciencias sociales, todo motivado por la actitud y conocimiento de mi docente Edna de noveno grado, quien vio en mi mucha capacidad de aprendizaje, escucha y buenas relaciones en grupo que me permitía ahondar en conocimientos de las ciencias sociales. Constantemente me decía que yo iba a ser grande y sería una excelente maestra. Cuando ella se retiró del colegio porque su estilo no estaba articulado a la misión y visión del Instituto, perdí ese apoyo y motivación y desvié mi interés hacia la Terapia Ocupacional; quizás hubiera sido licenciada en ciencias sociales, solo Dios lo sabe en su libro alternativo de mi vida o lo soy en un mundo paralelo; en ocasiones pasan por mi mente y sueños flash en un aula de clase hablando de la historia y del territorio colombiano.

No puedo quejarme. Un 90% de mis docentes en secundaria fueron o son excelentes en su labor: preparados, dedicados, pacientes, afectuosos, exigentes, responsables y disciplinados y gran parte de eso fue su aporte a mi construcción personal y lo reflejo ahora con mis maestros en formación y los estudiantes que me rodean a diario en la Escuela Normal donde laboro. Pero siento que yo como estudiante no fui totalmente buena, hay una anécdota que refresco constantemente para recordarme lo que nunca se debe hacer, una anécdota que pensándola bien es cruel. Cuando yo era estudiante de décimo, si mal no recuerdo, nuestro salón quedaba al final de un pasillo desde el cual se vislumbraba solo la puerta, teníamos clase de religión después del descanso y esperábamos en el pasillo mientras llegaba la encargada de las llaves, cuando vimos venir a la docente nos hicimos en hileras a lado y lado del pasillo dando la espalda y empezamos a inclinarnos como haciéndole reverencia, mientras ella caminaba desesperadamente intentando llegar a la puerta. Sin verla a los ojos ni hablarle, esperamos que se devolviera gritando que éramos unas groseras y se dirigiera a la coordinación de disciplina (el hábitat de la enana prehistórica, una mujer pequeña y robusta, chapada muy a la antigua y con ínfulas de grandeza que cuestionaba y cantaleteaba todo basado en historias de épocas antiguas); mientras volvía la docente, abrimos la puerta, nos ubicamos, ordenamos el salón y marcamos la fecha en el tablero. Al llegar con la coordinadora, le dijimos: profe, ¿dónde estaba? La estábamos esperando desde que sonó la campana. Aún recuerdo la cara de desconsuelo y extrañeza de la docente intentando explicar la situación, nos miraba, miraba a la coordinadora, se miraba y no se hallaba. La coordinadora solo gritaba pidiendo una explicación, en todo eso terminó la clase.

Fuimos odiosas y crueles con la docente, ya que nos caía un poco mal porque nos acusaba de vagas y revoltosas, y de que no trabajábamos. Al siguiente día nuestra directora de grupo, Anita, habló con nosotras sobre la situación, el irrespeto a la docente y de lo mal que esa situación la había hecho sentir; pudimos expresar lo que sentíamos y reconocer nuestra mala actitud; lo sentí como un espacio en el que empezamos a sentir a la maestra como otro ser humano y le ofrecimos disculpas. La relación mejoró sustancialmente y aunque la docente continuaba cayéndonos mal, aprendimos a respetarla y valorar su labor.

Al llegar a la universidad encontré docentes receptivas y amantes de su profesión y de su papel en la historia de cada estudiante, algo que nunca olvidaré

son los gratos y pertinentes consejos de mi directora de grupo y asesora de tesis Jeanette Méndez, una mujer con un aura de tranquilidad y luz, excelente Terapeuta Ocupacional, con sentido humano y social para ver y sentir al otro como un igual en su simple respirar; quien siempre me inspiró a terminar mi carrera y a desear ser docente de la misma, para poder transmitir a otros el amor por el conocimiento y la profesión. Ella siempre confió en mí y manifestaba que donde fuera tocaría vidas y siento que lo he hecho.

Hace poco un chico graduado de la Normal en mi primer año de ejercicio como docente orientadora, me escribió en el Messenger del Facebook, para agradecerme por todo lo que había hecho por él, yo asombrada porque realmente pensé que la orientación y acompañamiento que le dí eran parte de mi labor, le contesté que realmente había sido poco y él enérgicamente me manifestó que fue mucho y gracias a eso él era en este momento lo que quería ser; decía que todas las noches recordaba los consejos y momentos en los que yo acompañaba su proceso y le hablaba de seguir un camino, plantearse una meta, tener una vocación, ser uno mismo, respetar a otros y eso lo animaba a levantarse diariamente a cumplir sus sueños. Ahora, tiene una micro empresa de perfumes con un compañero, está comprando un apartamento y también trabaja como entrenador deportivo, que siempre fue su interés. Al terminar la conversación por escrito, sentí una profunda alegría, me creí una maravillosa docente (porque uno de los propósitos de la profesión es impactar en el proyecto de vida de niños, niñas y jóvenes), pero también me invadió un profundo temor y frustración de pensar en cuántas veces mi impacto no ha sido positivo o no he logrado revolcar el accionar de otros. Aún me cuestiono sobre esta situación y me esmero constantemente en ser muy cuidadosa, práctica y ejemplarizante en cada acción y atención con y en la comunidad educativa, muy esperanzadoramente me he echado a cuesta la responsabilidad de estrujar y volcar la vida de los otros y diariamente me preparo como docente para hacer lo mejor posible: me inscribo y tomo cuanto curso de formación docente aparece, leo propuestas y narrativas de otros, observo minuciosamente a mis compañeros, cuestiono y critico mi quehacer, no buscando ser la mejor ni perfecta, sino SER UNA BUENA DOCENTE.

La simple y compleja idea de ser una buena docente no solo implica el ejercicio y práctica en el aula, sino todo un proceso de planeación, organización, soporte, evaluación, verificación y seguimiento dentro de un sistema educativo, dentro de una Institución, la cual no siempre va con nuestros intereses, principios, estilo y forma de vida pero que hace parte de ese mundo laboral al que no podemos escapar en la escala de la supervivencia en esta selva de concreto. Somos un suvenir del mundo laboral, pero también este mundo involucra compartir otros espacios y en otros espacios parte de tu ser, de tu vida, de tus cosas y permitir que otros se entretejan con ello y contigo y comprender que en la diversidad está la grandeza de la vida, porque tienes millares de oportunidades de aprender, enseñar y ser feliz. Ser maestro es un destino […] una vida.

Actualmente, soy docente orientadora y estoy involucrada en cuanta acción, proyecto, comité y ruta existente en la Institución, lo cual me implica emanar mi rol docente a los espacios fuera del aula y de la directriz de una clase, para vivir y sobrevivir en esa mini sociedad llamada escuela donde soy la todito y la todoterreno como ejemplo y representante de la sociedad que está fuera y te vigila.

Creo que hay sangre maestra en mí, recorriendo cada vena, cada sentido, cada hueso, mis grandes ejemplos son maestras no profesionales: mi madre y mi hija, quienes descubren y redescubren mi ser en cada suspirar, cada latido de sus corazones me anima a ser mejor y transmitir a mis estudiantes lo que ellas me donan: AMOR. Tengo genes inéditos de docente, mi abuela enseñó a leer y a escribir a todos sus hijos y a su esposo; les enseñó a ser muchas cosas y lo que deseaban en la vida, dice mi madre, reafirmándolo cuando me contempla y verbaliza que me parezco mucho a ella, lo que incluye su sapiencia, ambas hemos sido maestras incansables que luchan por cumplir sus sueños; yo le digo que es solo el reflejo de sus enseñanzas. Mi hija de tres años dice: “mi mamá no es profe, es mamá y se llama Amelia”. Pero ser hija y madre también se asemeja a ser docente y estudiante, hay roles distintos de autoridad sin llegar al autoritarismo, cada una cumple una función dentro del sistema familia y la escuela, se tienen realidades equidistantes, edades intergeneracionales, madre e hija aprenden y enseñan a la vez, son receptoras y receptivas. Como hija soy estudiante de mi madre y como madre soy maestra de mi hija.

Los acercamientos a los ejercicios docentes durante mi vida me han dado la posibilidad de vivenciar mi vocación, recuerdo mucho cuando estaba en cuarto y quinto de primaria que era escogida para acompañar a los grados de preescolar o primero cuando la maestra tenía que realizar otras acciones y yo organizaba con los niños actividades culturales y deportivas. Mi acompañamiento era validado y aceptado, sentía su cariño, acogida y dedicación, mi labor y nuestro esfuerzo era aprobado en el colegio hasta el punto de que en los actos cívicos se incluían las actividades practicadas con los niños; vuelvo a ellas cuando veo a mis compañeros docentes en una actividad institucional, al frente de su grupo, dando indicaciones, animando y festejando por sus triunfos.

Mis prácticas sociales de secundaria fueron en alfabetización a adultos mayores en el Centro del Anciano del municipio y era totalmente gratificante que un abuelo con toda la experiencia en su tez, sus ojos ávidos de conocimientos, su cuerpo cansado y agobiado por el ajetreo de los años y su alma y corazón abierto al amor te dijera: “profesora ¿así lo hice bien? ¿así está bien?”, como validando ese conocimiento adquirido y sobreponiendo toda su vida al resultado de una actividad planeada por una chiquilla empezando a vivir que solo tenía a su favor la lectoescritura y su carisma. Allí aprendí que el conocimiento te debe dar humildad y la humildad te abre al saber y te hace grande.

Ser docente implica dejar toda tu superioridad en la puerta del aula y entrar a un espacio de iguales para des-re-construir saberes, vidas, momentos, sensaciones y realidades. Estando en la Universidad Nacional de Colombia tuve la oportunidad de ser monitora académica de muchas de las asignaturas pertenecientes a mi carrera, trabajar y formular de la mano de mis docentes las variadas metodologías y temáticas para el grupo; claro que llegué allí por ciertas discrepancias con unas docentes y más como castigo para respetar la labor docente. El castigó terminó siendo un vendaval de bendiciones académicas. Había una clase que se llamaba Fundamentos de Terapia Ocupacional orientada por dos docentes y se dictaba en primer semestre, los días miércoles y viernes de 7:00 a.m. a 9:00 a.m. Por cuestiones de la vida quienes la orientaban no eran muy puntuales y con regularidad llegaban tarde, pero si alguien lo hacía, le decían: prevea las

posibles dificultades y madrugue más. En una ocasión ya cansados de estas arbitrariedades, de esperar constantemente a nuestras docentes, aplicamos la norma del cuarto de hora de espera por hora efectiva y después de media hora de ausencia nos retiramos todo el semestre del aula, no sin antes escribir un cartel dirigido a los docentes que decía “La responsabilidad y puntualidad son características fundamentales de un docente y de un terapeuta ocupacional. Atentamente I semestre”; lo pegamos en la puerta de su oficina. A la siguiente semana una de las docentes llegó tarde, nuevamente, entonces yo me levanté ante el grupo y le expresé que me parecía una falta de respeto que ella no fuera considerada con nuestro tiempo y el destinado al ejercicio académico y que merecíamos una explicación al respecto, ella me miró y solo dijo: “A mi hija la dejó la ruta”. Entonces yo le repliqué: profe. algo que hemos aprendido de usted es a prever las posibles dificultades y a madrugar más, es importante que usted lo tenga en cuenta. Todo quedó en un silencio sepulcral. Ella solo se disculpó y empezó la sesión.

A partir de allí se regó el rumor de mi osadía y entonces me nombraban monitora y representante de grupo, de tal forma que una de mis funciones era auxiliar al docente en el grupo y aula cuando no llegara, algo que parecía una lección de vida sobre el no ponerse al nivel del maestro y más el de universidad, me permitió ser una excelente estudiante, profesional y ahora una docente más elocuente y lógica y ser maestra formadora de estudiantes que se están preparando para ser docentes, en mi lógica administrativa, soy docente universitaria en el Programa de Formación Complementaria para Normalistas Superiores; de todas formas en algún momento quiero trabajar ser Docente de mi profesión y en mi Alma Mater.

He luchado inconscientemente casi doce años entre el reconocerme o no como docente o si lo soy o no en el marco del rol que desempeño, también hasta qué punto el otro me identifica o no con el simple hecho de llamarme *profe*. Ingresé a la Escuela Normal Superior del Magdalena Medio como Docente Orientadora en el 2011, por el simple nombramiento ya me incluyen (el sistema, la sociedad, mis colegas) en la categoría Docente. Empecé a sumergirme en el mundo de la educación regular y formal y de una institución educativa, en un mundo de correr de aquí para allá con chicas/chicos diferentes, extrovertidos y abiertos, que te miran al pasar y te llaman *profe*, cuando antes eras denominada por tu nombre Amelia. Te conviertes en una extensión del afecto de un otro que no es parte de ti, pero termina siendo constructor de tu historia. Por eso ser maestra es un destino […] una vida.

Me incomoda un escritorio en el centro de un salón y mi puesto aislado del conjunto de estudiantes, me visiono un aula en círculo y equilibrio en donde, como la mesa de los caballeros de Arturo, somos iguales al identificarnos y reconocernos como Seres Humanos, yo solo soy quien *orienta*, no por ser la *profe*, ni por ser la mayor o con el mejor conocimiento, sino porque esos otros, *mis estudiantes*, me han ubicado en ese lugar desde la sapiencia de su amor por mí y mi labor. Creo que ellos sienten que sé mucho y soy muy buena y no se dan cuenta que crezco y soy mejor gracias a ellos y a su sabiduría y siento que oriento porque soy la maestra.

La escucha se vuelve liberadora cuando se requiere ser y estar, cuando sales del aula con el corazón y la mente a explotar, cuando llegas a casa y gira en ti cualquier situación que ocurre al interior de la escuela, se necesita alguien junto a ti, alguien cercano y afectuoso que tenga dos oídos de elefante (gigantes como el

dicho: ten dos oídos gigantes para oír más, dos ojos grandes para ver mejor y una boca pequeña para hablar poco), para estar ahí ante tu lenguaje no expresivo de que dentro de tu quehacer docente hay mucho que no compartes, que no te gusta, que te hiere y angustia; pero que tal vez no puedas nombrar y debes comer callado y continuar, por ejemplo cuando un compañero te juzga y manifiesta que no haces nada o que tu trabajo no sirve, cuando un chico no presta interés a aquello que propones en el aula, cuando estás desesperanzada porque todo parece inmóvil o porque simplemente el continuar es un agotamiento; pero también como maestra requieres expresar aquello que llena tu existencia de sentido: un saludo y un abrazo desinteresado, un gracias sincero, un aplauso después de una larga jornada, una sonrisa inesperada y hasta una encantadora nota “eres la mejor”, “cambiaste mi vida” o “ te extrañamos”. Parte de la docencia es ayudar a reconstruir una nueva realidad que impacte a la comunidad.

Mi destino y vida en la docencia ha sido entretejer historias entre la pasión y la frustración, entre el amor y el odio, el ocio y el trabajo, el ser y el deber ser, en una ambivalencia y dicotomía constante, entre extremos de mi propia humanidad que me ubican en la escala de la locura; creo que esta labor requiere un poco de desquicio “no podemos estar solamente anclados a la normalidad y a una sola realidad”, estamos en un viaje constante entre mundos, porque ser maestra es un destino […] es una vida. El camino de la libertad nunca acaba, siempre irá acompañado del esfuerzo y la dedicación constante hacia la plenitud y felicidad humana ¡Maestro, que nunca te falte una palabra de ánimo, un corazón de lucha y un alma de guerrero, porque Ser Maestro es un destino […] es una vida! En este mundo en el que elegí ser docente, mi sendero siempre será una loca libertad.

UNA CALEÑA CON SANGRE AVENTURERA, FORMADORA DE ILUSIONES

Andrea Orozco Arias

Hace veintinueve años nació el veintidós de marzo de 1989, una pequeña niña en la ciudad de Cali, quien hoy en día es una docente con muchas expectativas y sueños por cumplir, a pesar de que en un comienzo ese no era su deseo vocacional desde el colegio, debido a que mostraba cualidades y pasión por el diseño de modas, la comunicación social y la filosofía. Los trabajos que hacía, fueran institucionales o no, eran reconocidos entre sus compañeras por ser creativos, impactantes y llamativos. Excepto cuando se hablaba de materias relacionadas con las matemáticas y las manualidades donde sufría a cantidades y por más esfuerzo que hiciera no había ningún docente que lograra cautivar su intelecto. Su madre soñaba con verle alguna producción artística en ese momento y la apoyaba para que le fuera mejor en lo que tanto le causaba dificultad.

Andrea estudió en el colegio Santa Dorotea en Cali, ahí se graduó y cuando los resultados del ICFES salieron a la luz pública, esperaba con ansias comprar el PIN e inscribirse a la carrera de comunicación social en Univalle. Tuvo mucha fe, pero lastimosamente no obtuvo los mejores puntajes para quedar entre las primeras treinta y cinco personas, debido a la cantidad de estudiantes que se presentaban para una carrera tan apetecida en dicha universidad pública. Al no pasar, le dieron como opción la carrera de geografía, pero la rechazó porque no sentía ningún vínculo o agrado hacia ella.

Cuando le contó a su madre lo que había pasado, juntas comenzaron la búsqueda de universidades y carreras, sobre todo que se ajustara al presupuesto que había para ello, que no era mucho. Por dicha razón, un día su madre le entrega unos folletos respectivos de cada universidad y le indica que debe escoger la que realmente le guste y se ajuste a los parámetros monetarios. En ese momento, a Andrea le tomó por sorpresa y parecía que le hubiera caído un baldado de agua helada. Sin embargo, afrontó una de las preguntas más decisorias y definitivas que cualquier ser humano debe enfrentarse en su vida: ¿qué quiero ser y hacer con mi vida?

Bajo esas condiciones debía tomar una decisión radical, puesto que no quería estudiar en cualquier universidad porque, penosamente, en las hojas de vida se observaba en ese entonces dos factores: la edad y la universidad donde la persona se ha preparado, factores que hacen a las personas exitosamente productivas. Elemento importante que llevó a descartar rápidamente varias de las opciones, incluido el diseño de modas, dado que se debe contar con el apoyo de redes sociales suficientes y sólidas. Aspectos que cambiarían a través de la experiencia tiempo después. Así mismo, de manera inmediata fueron descartadas las ingenierías y todo lo relacionado con las matemáticas, hasta que poco a poco fue surgiendo el deseo de ser docente gracias a recuerdos familiares que aparecían en su cabeza: experiencias valiosas y significativas para la vida que le produjeron un giro inesperado y que fueron perfilando lo que quería estudiar.

Por lo tanto, en el folleto de la Universidad San Buenaventura Cali apareció una ráfaga de luz que destellaba como un encuentro divino, lo acogió entre sus manos y visualizó por un rato las diferentes opciones que tenía hasta que tomó una

decisión: Licenciatura en Educación Preescolar. Cuando se acercó a su familia a darle la noticia, su madre y hermanos la apoyaron de inmediato, pero la respuesta de su padre fue la que más le sorprendió; su padre no quería pagarle ninguna carrera debido a que sus tradiciones como antioqueño conservador le habían enseñado que lo mejor era invertir ese dinero en un negocio que ella deseara, no en estudio que no servía para nada porque, así como a él, muchos de sus conocidos habían logrado tener negocios e irles económicamente muy bien con tan solo estudiar hasta tercero de primaria o incluso sin requerir estudio.

Ella ya había tomado una decisión y la tenía entre ceja y ceja por lo que las palabras de su padre le parecían descabelladas. A pesar de eso, decidió embarcarse en ese primer desafío de prepararse como docente a pesar de que sus alrededores parecieran un campo de batalla donde debía luchar contra su padre. Sin embargo, en ese campo de batalla había una luz que no desfallecía y que precisamente era un arma letal contra los pensamientos de aquel padre: la madre de Andrea, quien impulsó a aquella guerrera a terminar la carrera en la universidad contra viento y marea hasta hacer que su padre se contagiara y la apoyara a pesar de todo.

Aunque parezca un poco contradictorio, esa decisión de estudiar Licenciatura en Educación Preescolar nació precisamente por los valores, juegos y forma de amar que tiene su padre con ella, porque gracias a ello fue que se formó no solo siendo una destacada profesional sino una persona con unas grandes virtudes. Lo anterior, la motivó a que con una idea muy ambiciosa quisiera compartir lo aprendido con alguien más y fue justamente aquella población tan específica, los niños y niñas desde la gestación hasta los seis años de edad, que escogió para ayudar a forjar las semillas de distintas clases de flores que sin lugar a dudas logren impulsar sueños, ilusiones y herramientas que los ayuden a seguir adelante.

De esta manera, en el 2006 empezó a estudiar su carrera y a mitad de dicho año se encontró con un obstáculo que la conllevaría a un momento de desilusión, tristeza, desengaño, pero finalmente real. En segundo semestre, una de las docentes que le dejaría grandes moralejas y la llevaría a pensar críticamente la vida de un maestro en Colombia sería Magdalida Murgueitio, quien se atrevió a decir algo que la dejaría sin aliento, un discurso sobre los salarios deprimentes y perversos de los docentes y el rol que ocupan dentro de la sociedad.

Para Andrea fue una verdad que para ese tiempo era un poco oculta, pero una realidad que no se podía tapar. Todavía se tiene que es mejor ser médico que profesor, cuando en realidad son los docentes quienes forman en las demás profesiones. La razón de ser de la docente no era bajarles la autoestima ni mucho menos desanimarlas, sino empoderarlas para que lucharan e hicieran escuchar sus voces y lograran cambiar este paradigma en algún momento de su vida. Además, dentro de la universidad los estudiantes de las otras carreras menospreciaban a las personas que estudiaban cualquier tipo de licenciatura, especialmente la de Educación Preescolar porque se tenía el concepto que habían hecho dicha elección por ser una carrera fácil y donde estudiaban *las pobres*.

Aunque el ego estuviera quebrantándose y las ganas de retirarse para buscar nuevas oportunidades en otros lugares, nuevas carreras o hasta para aceptar la propuesta de su padre, estaban a flor de piel. Andrea continuó en pie, aunque por largos años viviera vibrándole aquellas palabras al punto de producirle algunas

depresiones existenciales al pensar su proyecto de vida como docente. Pero era mejor visualizar ese panorama justo a tiempo que llevarse sorpresas más adelante. Fueron duros y difíciles esos momentos porque es fuerte saber las desigualdades económicas existentes por más esfuerzos que se hagan, por más estudios que se tenga; las múltiples trabas políticas que hay en contra de los docentes y un sin número de desventajas que existen para el docente colombiano, sea del sector público o privado, desalientan constantemente.

Por otro lado, las prácticas pedagógicas de la carrera fueron vivenciadas con pasión e investigación, era feliz conociendo un mundo que para ella era magnifico y enriquecedor, que cada día era acompañado por personas, situaciones y demás que hacían momentos únicos y diferentes, que la hacían motivarse cada día más a medida que indagaba y confrontaba lo sucedido en cada unidad de aprendizaje en la universidad. Conocer diferentes pedagogías como la Waldorf y la Montessori, asistir a todo tipo de contextos para enfrentarse a las realidades de los niños y niñas, como enseñar a estudiantes ciegos o sordos en la Institución Ciegos y Sordos en Cali y hasta practicar en barrios vulnerables, la hacían cada vez más sensible y amorosa.

El jardín infantil Micael fue el que más llamó su atención durante las prácticas por la pedagogía Waldorf, que le enseñó a respetar y apoyar el desarrollo psíquico, espiritual y fisiológico de los niños, porque para conseguir un buen desarrollo intelectual es necesario que exista una base emocional sólida. Ella no sabía cocinar y fue extraño como un niño de tres años la sorprendió al ser capaz de ayudar en la cocina a su maestra, teniendo más técnica que Andrea para manipular elementos y alimentos. Ella quedó perpleja y su maestra le respondía todas las inquietudes que tenía, entre ellas esa a lo que respondió muy gentilmente que debían cuidar mucho la alimentación de los pequeños, pero no solo como una necesidad nutricional, sino también que les interesaba que conocieran de manera sencilla, la elaboración de lo que comían, pues ayudaba a asimilarlo como algo más apetecible y a descubrir el proceso de preparación de la comida desde la propia experiencia. Desde allí, ha crecido con un sueño que espera poder cumplir algún día, porque desea prepararse como toda una maestra Waldorf. Hoy en día frente al objetivo de las prácticas cree que faltaron experiencias rurales, enseñanza de modelos flexibles, conocer la realidad de los docentes de instituciones públicas y privadas, entre otras, es decir, no solo la parte bonita de la historia sino también la que le da los diferentes matices y quita la bisoñada.

A Andrea le encantaba investigar, de hecho se ganó entre sus compañeras dos apodos: *bolita* por tener un color amarillento en su piel y sus múltiples expresiones con el rostro pareciéndose a una sonrisa y *Sócrates* porque le agradaba participar activamente en clase, dando buenos aportes y por eso continuamente se inscribía en cursos gratuitos del SENA e iba a la biblioteca departamental, de Comfandi y así se arriesgaba a conocer no solo más acerca de un tema sino también a participar de diversas manifestaciones culturales: exposiciones, muestras de arte, cine independiente. Y entre ello no podía faltar uno de sus lugares favoritos: la Universidad del Valle.

Ella disfrutaba desde que entraba hasta que se iba, vivía momentos mágicos y llenos de historias, travesuras, conocía personas, fue realmente revelador y más cuando fue el renacer de una Andrea más arriesgada y con una mente vespertina y

abierta, que no hubiera podido lograr yendo de la universidad a la casa y viceversa. A veces es bueno romper las reglas y más cuando se está en el tránsito entre la adolescencia y la adultez, forjando un proyecto de vida y rompiendo lazos para establecer otros con un mejor sentido, como el hecho de desgarrar, así sea un poco, la sobreprotección de sus padres que le ha dejado grandes miedos y temores.

A veces faltaba a clases y se iba temprano para la Univalle de donde salí muy tarde y donde gozaba sin cesar. Gracias a esa universidad se volvió más perceptiva en relación al ser humano, las diversas problemáticas, movimientos, culturas y demás, que le mostraba dicho lugar sin intención alguna. Era como ver aplicados los distintos temas de una clase en un mismo espacio y tiempo determinados, teniendo en cada visita una clase diferente y yéndose con reflexiones que le fueron dando las bases para entender que el hecho de que los seres humanos sean diferentes no quiere decir que hay que dar lugar al rechazo o a la poca tolerancia. Al contrario, en la variedad estaba el placer y el conocimiento que se apropiaba para el propio ser. Desde una conversación con el señor de oficios generales o un performance con mujeres lesbianas hasta personas que se encontraba en el camino y que requerían de su ayuda por más mínima que fuera, hicieron de Andrea una persona cada vez más sensible y aventurera con una sed insaciable. Dichas experiencias llevaron a que Andrea concluyera que uno de los problemas que existían en la sociedad era precisamente que muchas personas están cerradas mentalmente y poseen poca paciencia con los demás, donde diversas ataduras son las que impiden interpretar la simbología y el lenguaje de los otros y precisamente de ello quería liberar a sus futuros estudiantes y se enamoró de la inteligencia emocional que le permitiría ser una herramienta para lo que deseaba y la han acompañado en cada una de sus prácticas.

Luego de varios años llegó el momento tan esperado, la graduación en el año 2011 que significaba que una puerta se habría y otro peldaño había avanzado, trayendo con ello unas preguntas encaminadas hacia: ¿qué sigue ahora? ¿qué quiero hacer con mi vida? Preguntas que Andrea debía responder rápidamente, ya que solo había tenido experiencia como mesera, acompañante de juego, impulsadora, protocolante, entre otros, pero no como docente mientras estuvo estudiando. Desde los dieciocho años de edad le agradaba trabajar y tenía suerte en la búsqueda porque disfrutaba de cualidades como la simpatía que agradaban a los entrevistadores, era puntual y comprometida con cada una de las cosas que hacía, excepto por un periodo de cuatro meses que duró buscando trabajo y no conseguía.

Pero esta vez tenía una prueba, embarcarse en la aventura de organizar una hoja de vida sin experiencia e ir en búsqueda de un empleo relacionado con su profesión. Siendo su primera experiencia el 10 de enero del 2011, en el Colegio el Hogar de Cali, como docente titular del grado Jardín. Estaba feliz porque con podía aplicar todo lo que había aprendido y tenía muchísimas expectativas. Empezó con pie derecho, pero poco a poco empezaron los padres de familia a manifestar inconvenientes y descontentos ante el personal administrativo por aplicar una pedagogía lúdica y poco tradicional ya que venían acostumbrados a que los estudiantes estuvieran siempre sentados solo escribiendo en el cuaderno y poco juego, cuando lo que estaba haciendo era enseñar mediante el juego y con

proyectos de aula. Tuvo muchos problemas al respecto, por lo que decidió esperar a que se acabara el año escolar y tomarlo como una novatada.

Para ella esa experiencia fue crucial porque ser docente como le habían enseñado en pleno siglo XXI, pero con padres de familia con mentalidad anticuada iba a ser una lucha muy difícil. Así que estuvo reflexionando mucho sobre esa situación y decidió buscar nuevamente en otra institución, pero esta vez con miedo y frustración ya que no quería ser nuevamente docente titular sino solamente auxiliar. Lo consiguió y fue docente de apoyo durante dos años en un barrio muy vulnerable de Cali llamado *Potrero Grande*, donde el panorama era desconcertante: niños semidesnudos, sin camisetas, sin zapatos, otros estaban por ahí, en las calles, sin mucho para hacer, sin un propósito evidente, otros esperando a quién robar o matar, con parlantes gigantes, pero a veces sin un pan para comer, el sonido de balaceras era la música cotidiana. Allí Andrea pudo entender que muchas mujeres se embarazaban y tenían muchos hijos pequeños que le ayudaban a mantener la casa por medio de familias en acción y diversos recursos ofrecidos por el gobierno, para ellas ese era su negocio y no requerían trabajar.

A partir del 2014 volvió a ser responsable y comprometida como docente titular. Esta vez en una modalidad poco conocida en la práctica, pero en la teoría más que trabajada. El destino le dio la oportunidad de trabajar en un Centro de Desarrollo Infantil llamado Villa del Sur donde se debía laborar desde las 7am hasta las 5pm, con veinte estudiantes a quienes podía enseñarles como le habían mostrado en la universidad; debía ocuparse de ellos como si fueran sus hijos ya que le correspondía estar con ellos más tiempo del que sus propios padres pudieran compartir con ellos muchas veces. Mantener actualizado el crecimiento y el desarrollo, las vacunas, preocuparse porque consumieran los distintos alimentos (desayuno, entre día, almuerzo y refrigerio), enseñarles el cepillado, acostarlos para tomar la siesta, entre otros. Un horario extenso y dinámico pero un lugar hermoso, que había sido reconocido por ella desde pequeña por tener piscina, animales, piscina de pelotas, el lugar perfecto.

Al llegar ahí la recibieron con un grupo complejo porque tenía dos estudiantes con necesidades educativas especiales. Uno de ellos llamado Michael fue quien la hizo dudar si ser docente era su vocación o cambiar de profesión, porque diariamente la hacía llorar y perder la esperanza ante cada acercamiento que intentaba hacer diferente para ver con cuál mejoraba el comportamiento; se volvió un ensayo y error para conseguir el método que funcionara, pero con ninguno se logró avances, antes empeoraba más y atacaba tirando piedras desmedidamente hacia el salón , no causó ningún accidente pero la docente vivía con miedo a que se lesionara o lastimara a otros niños. Michael tenía un problema conductual, retraso severo y una dinámica familiar compleja. Finalmente, ni la psicóloga pudo hacer nada por él y se sintió muy triste a pesar de que durante todo el año le hubiera hecho sentir una explosión de sentimientos. Hoy en día, lo extraña y espera que le esté yendo muy bien.

Cada grupo de estudiantes que se recibe cada año lectivo es una nueva experiencia y por ende trae nuevos retos. Como docentes se debe acoger la diversidad de manera amena y en lugar de convertirla en una piedra en el zapato se debe asumir como un placer por conocer y compartir. Aunque al principio sea difícil interiorizar ciertos aspectos, en el camino, gracias a los obstáculos, se va

aprendiendo. Se dio cuenta que falta mucho por trabajar en Colombia en relación a este aspecto, más apoyo por parte del Estado, de las políticas públicas y de una unión de los maestros y los padres de familia para poder ser la voz de los que callan porque, a comparación de otros países, estamos en un proceso de inclusión demasiado lento, no solo en lo educativo sino también en lo social y en cuestiones de salud.

A pesar de las caídas, Andrea no se derrotaba y continuaba parándose una y otra vez, trabajando en su proyecto de vida y así fue conociendo personas que la acercaron para que se presentara a las convocatorias de la CNSC. Se presentó a la entidad territorial de Antioquia debido a dos motivos, el primero porque no había plazas de preescolar en el Valle ni en Cali y el segundo motivo, vivir cerca de Medellín o en un municipio que fuera lleno de flores, campesinos y se sintiera el olor a campo. Se presentó y pasó, fue difícil poder pedir permisos de manera legal en la institución educativa donde laboraba por lo que le tocó mediante distintos medios hacer todas las diligencias concernientes.

Fue un orgullo saber que entre todas las personas presentadas había sido una de las escogidas. Brinco de felicidad y a todo el mundo le contó, incluyendo a su novio que estaba por un lado contento porque estaba logrando cumplir sus metas y debía apoyarla en sus proyectos y por otro pensando en que muchos aspectos en la relación cambiarían. Cuando salió la lista de plazas Andrea la leyó con mucho desconsuelo porque no había nada parecido a lo que deseaba y más por el puesto en el que había quedado para escoger la plaza. Por lo tanto, entre la listica que llevó a la audiencia muchas plazas había tenido que descartar; logró escoger Puerto Berrío porque un tío que la acompañaba se lo había recomendado por ser parecido a Cali en el calor y en que es un municipio acogedor. Cuando Andrea cogió el micrófono para elegir y tomar la decisión, entró en un sollozo descontrolado por todos los cambios que vendrían a partir de ahí.

Son muchas las transiciones y emociones que experimentan los docentes en su quehacer que permean la vida personal de una u otra forma, en este caso, cambio de casa, cambio de costumbres, primera vez que salía de su casa, vivir una relación a distancia con su familia y su novio, un cambio totalmente drástico. El 2 de julio del 2015 llega al municipio de Puerto Berrio, con sentimientos encontrados y con la fortuna de contar con el acompañamiento de su tía, su tío y sus padres que la ayudaron a ubicarse de inmediato en la casa donde viviría y la llevaron a la institución. Cuando tuvo que desprenderse de ellos pareciera que fuera el fin del mundo, pero logró pasar ese reto después de dos años.

Andrea no contaba con la sorpresa de que su novio había llegado meses antes y había gestionado para trabajar en una emisora del municipio. La adaptación para ambos fue difícil, pero Andrés no aguantó la presión y en noviembre decidió regresarse a Cali. A Andrea le quedaban días para volver a Cali por lo que el próximo año entraría nuevamente a adaptación y esta vez totalmente sola. Eso fue doloroso. La invadía la soledad al estar en un municipio donde no conocía a nadie, que le había traído alergias y enfermedades, cambios y más cambios.

Los primeros estudiantes en la Institución Educativa Escuela Normal Superior del Magdalena Medio se convirtieron en su refugio, en su única familia y con los que aprendió muchísimo al ser un grupo de estudiantes muy numeroso que traía nuevos retos. A comparación de las anteriores experiencias esta tenía unas peculiaridades,

pero por fin se sentía plena por el horario, los beneficios que recibía en el magisterio, la oportunidad que le estaba dando la vida que muchos docentes aspiran a tenerla precisamente por lo que se contaba al inicio. El magisterio tiene ventajas y también sus desventajas, pero por lo menos se valora un poco más el hecho de ser docente. Razones que lleva siempre impregnadas en todo su ser cada que le quiere dar una crisis existencial.

En dicha institución no solo se estrenó como docente de grado transición sino como docente del Programa de Formación Complementaria con los estudiantes de II semestre en la unidad de aprendizaje llamada “Articulación Preescolar – Primaria” al año siguiente. Solo fue por un periodo de seis meses, pero se le hizo eterno por querer dar todo y responder a muchas responsabilidades como ser docente de preescolar, docente del PFC y a los múltiples compromisos que existen al ser miembro de una Escuela Normal Superior.

Fue una experiencia que en ese momento le generó estrés, la enfermaba periódicamente, pero finalmente el fruto de ello fue un proyecto que hoy en día hace parte de un proyecto institucional que se basa en hacer un tránsito armonioso con los niños y niñas de preescolar en relación al grado Primero de Básica Primaria. El proyecto se desarrolla mediante la unidad de aprendizaje “Articulación Preescolar-Primero” y pretende dar orientación a los maestros en formación con el fin de enseñarles la verdadera finalidad del grado preescolar y primero, dándoles a comprender la problemática y las consecuencias que influyen en la articulación entre el grado preescolar y primero, definiendo la posición teórica acerca del desarrollo infantil y la influencia de la educación de la cual se parte para poder construir juntos una propuesta que permita hacer agradable y lúdico el paso de preescolar a primero. Por medio de este proyecto se busca reconocer la importancia del tránsito exitoso en la vida escolar de los estudiantes, teniendo en cuenta los lineamientos, las leyes o los decretos, el plan de estudios y el currículo en el proceso formativo. Esto con el fin de identificar estrategias y metodologías pertinentes para realizar un paso adecuado en los estudiantes del grado preescolar a la básica primaria y poder elaborar una propuesta pedagógica que permita que esta transición sea un proceso agradable y favorable para los niños, generando ambientes de aprendizaje propios para alcanzar una transición exitosa. Andrea se sintió orgullosa porque dejó una huella que nunca pensó que se convertiría en algo tan valioso, aprendiendo, además, que hay que creer en uno mismo y arriesgarse sin miedo a nada.

En el 2016 volvió a presentarse al concurso, pero las esperanzas eran pocas, nuevamente no salieron plazas en el Valle ni en Cali por lo que optó por presentarse a otros departamentos más cercanos, pero solo había una vacante en Risaralda y le dio miedo. Más adelante se enteraría que nadie participo en ella precisamente por ese motivo. Por lo que volvió a participar en Antioquia con la fe de encontrar un municipio más cercano y que no quedara a doce horas de la Sucursal del Cielo por vía terrestre. Para su sorpresa pasó, dándole los resultados en el 2017 e hizo todas las investigaciones sobre las plazas, pero ninguna cumplía con los requisitos que ella necesitaba así que por estar realizando una maestría la mejor decisión era cambiarse de institución dentro del mismo municipio, volviendo a empezar en la Institución Educativa América. Hoy en día, solo tiene la esperanza de volver nuevamente a su hogar en Cali sin perder la vinculación, agradece todas las

oportunidades y experiencias que le ha ofrecido la vida porque gracias a ello es la docente que es hoy, soñadora y con muchas metas por cumplir.

UN DESTINO TRAZADO

Edgar Andrés Medina Beltrán

Mi deseo por convertirme en docente empezó desde que yo era muy joven, cuando jugaba con mis primos a la escuela y yo siempre era el maestro. Este era nuestro juego favorito y hoy me doy cuenta porqué todos mis hermanos y la mayoría de mis primos actualmente ejercemos la profesión de la docencia.

Siendo el hijo mayor de tres hombres que tuvo mi mamá, siempre me gustó orientar a mis hermanos y primos. Cuando me sentaba a hablar con ellos les trasmitía ese poco o mucho conocimiento y sentía la piel erizada al ver como ellos me llenaban de preguntas y no despabilaban con cada una de mis respuestas y mis historias.

Cuando tenía apenas ocho años, pasé por un proceso de traslados muy continuos, ya que el trabajo de mi padre así lo demandaba. Me encontraba en la ciudad de Medellín haciendo tercero de primaria cuando debimos trasladarnos a Bogotá, una ciudad tres veces más grande y llena de un caos que para mí era y sigue siendo indescriptible.

Recuerdo que eran las vacaciones de junio y antes de partir hacia Bogotá mi profesor Daniel, quien era mi director de grupo, me dijo que yo tenía muchas capacidades y que siempre me recordaría por mi disposición para ayudar desinteresadamente a los demás y me regaló un diploma por buen rendimiento académico, el cual aún guardo como un tesoro. Al llegar a Bogotá todo dio un giro de 180°, pues ya el colegio no era tan amplio y mi directora de grupo, la profesora Martha, solo se dirigía a nosotros por medio de gritos y para regañarnos en todo momento. Mi autoestima y mi seguridad bajaron mucho, al igual que mi rendimiento académico y por consiguiente mis notas, lo cual generó también inconvenientes en mi casa y fue ahí cuando comprendí todo el poder que tiene un maestro sobre sus estudiantes, pues simplemente con su actitud puede construir o destruir una vida.

Empecé a descubrir mi vocación cuando me encontraba apenas cursando el grado undécimo, ya que los profesores cada vez que realizaban las reuniones de consejo académico o disciplinario nos ponían monitoria para cuidar los grados menores y a mí en especial me asignaron el grado tercero B, que al igual que cualquier otro salón tenía niños juiciosos y otros no tanto. Éramos dos compañeros y yo los encargados de este salón; era tal mi afinidad con estos niños que sin necesidad de gritar o entrar en conflicto con ellos, siempre acataban mis instrucciones y mis recomendaciones.

Ese mismo año, para pagar mis horas sociales, ingresé a una fundación llamada Funlibre, en la cual realicé las vacaciones recreativas de la Alcaldía en dos parques de la ciudad y allí me asombraba y me llenaba de energía al ver que día a día todos los niños que acudían aprendían cosas nuevas por medio del juego; a pesar de las largas jornadas yo siempre salía contento y con ganas de seguir rodeado de la alegría que estos niños me trasmitían. Ya una vez graduado del colegio empecé a buscar volver realidad mis sueños y me presenté a la carrera de Licenciatura en Idiomas en las tres universidades públicas más grandes que tiene Bogotá: la Pedagógica, la Distrital y la Nacional, con tan mala suerte que no lograba pasar a ninguna y al intentarlo por un año y medio consecutivo y no conseguir mi

objetivo, opté por estudiar otra carrera; una ingeniería en sistemas que obviamente abandoné porque no me apasionaba.

Mi padre al ver esto ya decía que no quería estudiar y por cosas de la vida se separó de mi madre y nos quitó el apoyo económico, por lo cual nos tocó a mi hermano y a mí, ponernos a trabajar para ayudar con los gastos de la casa, así que estando mi hermano trabajando me dijo que entrara a estudiar al Sena que él me apoyaba económicamente mientras empezaba mis prácticas. Estudié mesa y bar y realicé mis prácticas en el restaurante de la Universidad Politécnico Grancolobiano, donde me dieron la posibilidad de trabajar medio tiempo, por lo cual se me facilitaba para realizar turnos como mesero en las tardes o las noches en algunos bares y obtener un poco más de dinero y posteriormente dándome la oportunidad de continuar mis estudios y los de mi hermano también, pues ya fui yo quien aportaba económicamente un poco más en la casa y mi hermano pudo entrar a estudiar en el día y buscaba turnos de medio tiempo en las tardes o la noche.

Fue así como me presenté a estudiar la carrera de administración deportiva en la jornada nocturna, que era de las pocas carreras que tenía la Universidad Distrital para esta jornada y que además era la más afín a una licenciatura, que era lo que yo siempre había querido estudiar y ejercer. Logré al fin pasar y empecé a trabajar en el día y estudiar en las noches para sacar mi carrera adelante. Recuerdo que los primeros meses me trasportaba en una bicicleta que me prestó un primo y con el tiempo me compré una motocicleta pequeña de segunda mano, la cual me vendió un amigo a un precio muy favorable y en la cual aprendí a manejar.

Mientras me encontraba estudiando realizaba turnos todos los fines de semana como veedor deportivo en los clubes de la caja de compensación de Colsubsidio, con la esperanza de lograr ubicarme laboralmente allí cuando terminara mis estudios. Para esa época por problemas económicos de la universidad donde me encontraba trabajando me terminaron el contrato, y ya que mi hijo venía en camino empecé a trabajar entre semana en un call center, después pasé a ser bodeguero en un Carrefour que actualmente se conocen como almacenes Jumbo y, finalmente, trabajé en un punto de Servientrega como cajero y posteriormente como administrador, todo esto sin descuidar nunca mis turnos de fin de semana y mucho menos mis estudios.

Logré por fin realizar mis prácticas en el club de La Colina de Colsubsidio y cuando me gradué, presenté la entrevista para quedar contratado de planta, pero no me aceptaron, y para completar me acababa de separar de la mamá de mi hijo, por lo que tomé la decisión de venirme para la ciudad de Medellín a buscar una mejor fortuna. Estando en esta ciudad, y sin un empleo, estable empecé a vender flores artesanales en la esquina del Éxito de San Antonio, las cuales hacíamos con una novia que yo tenía en ese entonces. Igualmente trabajaba como veedor deportivo por turnos, con la caja de compensación familiar Comfama.

Empecé a estudiar actividad física en el Sena y con mi idea cada vez más fuerte de ser docente, a la vez iniciaba el ciclo complementario en la Normal Superior de Antioquia, donde un día, hablando con Julián, mi profesor de didáctica, quien me pregunto cuál era mi proyecto de vida y al darse cuenta que yo ya era profesional me recomendó hacer el diplomado en educación y me dijo que me presentara al concurso docente que estaba próximo a abrirse. Para el examen de admisión al concurso docente le pedí ayuda a mi hermano quien se desempeña

como profesor de matemáticas y, al igual que yo, se presentó al concurso. Los dos estudiamos y logramos pasar al magisterio, cosa que generó en nosotros un gran orgullo, al igual que a mis padres y en especial a mi madre, quien luchó siempre por sacarnos adelante.

Haciéndole caso a mi profesor Julián, empecé a estudiar mi diplomado en la Universidad Autónoma y estando allí conocí a una compañera que trabajaba en un colegio, y ella al ver mis dotes musicales al interpretar la guitarra, me ayudó para empezar a trabajar en aquella institución como docente de iniciación musical con los grupos más pequeños y fue esa mi primera experiencia como docente, la cual al principio fue algo traumática, ya que todos los niños lloraban, gritaban, se levantaban del puesto y yo no sabía qué hacer. Al ver este caos lo primero que se me ocurrió fue tomar mi guitarra y empezar a cantarles para que encontraran en mí, por medio de la música, más que un maestro a un amigo y fue así como día tras día las cosas se fueron tornando cada vez más amenas y divertidas.

La tecnología en actividad física que estudié en el Sena la logré terminar satisfactoriamente y realicé mis prácticas en un gimnasio situado muy cerca al parque de Belén, donde logré adquirir mucho conocimiento y práctica en cuanto a procesos de entrenamiento, manejo y cuidado de la práctica física y deportiva. Igualmente seguía dando mis clases en el colegio por lo que en varias ocasiones se me cruzaban los horarios y tenía que salir de allí y dirigirme rápidamente al gimnasio para cumplir con mis obligaciones en ambos lugares, lo cual era bastante desgastante y agotador, pero como manifesté en un principio, los niños y hacer lo que siempre me apasionó, hacía que todo cobrara un sentido y fuera mucho más fácil.

Después de dos años y medio de espera y tras un largo proceso de selección, por fin me llamaron para escoger mi respectiva plaza para ejercer mi profesión como docente en educación física con el magisterio. Aquel día después de setenta personas que se encontraban antes que yo, me quedó la opción de elegir entre una vacante en Ituango y la otra en el corregimiento *La Sierra*, cerca de Puerto Nare, por lo que le pregunté a un maestro perteneciente al sindicato que se encontraba en el recinto ¿qué lugar me aconseja? Él me dijo, “La Sierra es un lugar muy bueno. Decidí emprender mi camino hacia allá”.

Un mes antes de presentarme a trabajar en la institución salimos con mi padre y mi hermano rumbo a dicho lugar para conocerlo, mirar qué tan grande era el pueblo y sus opciones de entrada y salida, pues ya me habían dicho que tenía que atravesar el río Magdalena, cosa que género en mí algo de zozobra y de pánico, pues nunca había conocido, y mucho menos utilizado, un ferry, una chalupa o una canoa. Al llegar al pueblo y conocer su belleza, la tranquilidad que se sentía y la amabilidad de su gente, mis miedos y prevenciones desparecieron totalmente.

El día de mi partida definitiva hacia *La Sierra*, al subirme al bus, sentía una alegría inmensa pues salía camino a cumplir uno de mis sueños, pero también me llenaba un vacío y una tristeza muy grande al dejar en aquel terminal de Medellín a mi entonces novia, que actualmente es mi esposa, a mis hijos, quienes estaban en un mar de lágrimas y a toda mi familia. Llegué a un hotel ubicado a solo media cuadra de la institución, donde me hospedé en una de las habitaciones más favorables, pues no contaba con mucho dinero y debía guardar para poder tomar un departamento en arriendo, el cual gracias a Dios encontré rápidamente. Con

apenas tres días de haber llegado, me fui a vivir allí con una colchoneta y un ventilador, mientras mi padre me enviaba una cama, una pequeña nevera y unas ollas, las cuales adquirí en Medellín antes de partir hacia *La Sierra*, con la venta del único patrimonio que tenía en ese momento, una moto Bóxer, la cual vendí por dos millones de pesos.

Al presentarme al colegio la mayoría de los estudiantes me recibieron con mucho entusiasmo, pero como todo no puede ser color de rosa algunos estudiantes y uno que otro padre no se encontraba conforme con mí llegada a la institución, pues todo cambio siempre trae consigo algo de resistencia y oposición, pero con el trabajo constante y con el pasar de los días, me fui ganando el afecto y cariño de los muchachos y de la comunidad. Un bonito recuerdo que tengo sucedió el año pasado, y es que como yo siempre he sido alguien curioso, desde que ingresé me han interesado todas las actividades extracurriculares que ofrece la Secretaria de Educación y la Gobernación, por lo que participé con un grupo de tres jóvenes del grado once en un proyecto de reciclaje que presentamos en Innovantioquia. Logró quedar como uno de los diez proyectos ganadores de una dotación para el colegio de aproximadamente cinco millones de pesos y un computador portátil para cada uno de los estudiantes participantes del proyecto.

Pero hay cosas más allá que me llenan de orgullo y muchísima satisfacción y es rescatar a estos muchachos de las malas decisiones que la mayoría de veces toman, ya sea porque las circunstancias muchas veces los empujan o porque su inexperiencia en la vida los lleva a esto, y hablo desde mi experiencia, pues yo también fui joven y en algún momento de mi vida también tomé malas decisiones.

En el año de 1999, estando yo con diecisiete años en mis andanzas, un cierto día por el centro de la ciudad alguien nos vio a mí y a mis amigos, llegando esto a oídos del rector del colegio en el que estudiaba en ese momento, por lo que él la primer decisión que tomó fue la de hacer una reunión general con nuestros padres de familia, cosa que a mí no me pareció y aún no me parece pues cada persona es un mundo con sus problemas y por esto mismo considero que debió hablar primero con cada uno de nosotros para encontrar el problema y no de manera grupal; como éramos varios él pensó que lo podría tratar con todos a la vez. El sentimiento de haber defraudado a mis padres y el de ser un mal ejemplo para mis hermanos me llevó a tomar la decisión de terminar con mi vida, pues cuando se es tan joven la desesperación se apodera de uno y no se ve que, a todo problema, por grave que sea, se le tiene que poner la cara y afrontarlo. Que todo acto tiene una consecuencia, y el error que siempre cometemos es el de no pensar cómo afrontar esas consecuencias si no hasta después de haber cometido los actos y esto acompañado de la cobardía que siempre nos invade en un momento que no se espera; termina por quitarnos los motivos, las ganas de ser fuertes, de luchar y a considerar que la vida ya no vale nada.

Ya con este pensamiento en mi cabeza, aquel día me tomé un veneno y escribí dos cartas, una para mis hermanos y otra para mis padres en las que les pedía perdón y les decía cuanto sentía todo lo que había hecho. Después me fui de mi casa y empecé a caminar sin rumbo fijo y tras unas horas llegué al Parque Nacional y allí me quedé sentado en una banca mirando la gente y totalmente pasmado pues no sabía hacia dónde ir. Transcurridas varias horas y al darme cuenta que ya era demasiado tarde y que el veneno aún no hacía efecto, solo pensé

en caminar hacia un punto lejano, uno en el que a mis padres les quedara más difícil encontrarme, por lo que empecé a caminar hacia los cerros nororientales de Bogotá. Al llegar a la avenida circunvalar algo me detuvo. No sé por qué me devolví y llegué justo a una caseta vacía, donde me metí y allí pasé la noche.

Después de no pegar los ojos, pues no hacía otra cosa que llorar y pensar qué iba a hacer, salí al amanecer hacia el centro de la ciudad y al pasar por un puente peatonal pensé en lanzarme de allí pues sabía que mi intento de quitarme la vida había fallado y ya no tenía otra opción. Estando allí se fue de mí esa idea y solo pensaba que si no había muerto con el veneno era por alguna razón. Tomé un autobús de regreso a mi casa y al llegar con mucho temor timbré y salió mi padre, quien al verme me dio un fuerte abrazo y detrás de él llegaron mi madre y mis hermanos. Nunca antes había sentido tanta felicidad de verlos. Un día, después de todo lo que había ocurrido, mi madre me dijo unas palabras que me han guiado y las he llevado siempre en mi mente, “Aunque no lo parezca, muchas personas desearían ser lo que tus eres, tener lo que tú tienes y vivir lo que tú has vivido”. Estas palabras las he analizado y he llegado a una conclusión: siempre hay personas que están peor o mejor que nosotros, pero en verdad todos estamos igual pues ¿qué vida no tiene problemas? Es por esto que con o sin problemas debemos apreciar todo lo que tenemos, disfrutar la vida cada momento pues de toda experiencia sea buena o mala aprendemos algo que nos hará más fuertes.

Hace poco en el colegio una estudiante se iba a retirar y no pensaba estudiar más, por lo que me acerqué y le pregunté ¿por qué te quieres retirar? Cuéntame qué te pasa. Ella me confesó que su mamá se había dado cuenta que ella había tenido relaciones con su novio y que por eso se iba de la casa para un pueblo cercano a *La Sierra*. Yo me quedé hablando con ella por varias horas, tratando de hacerle entender que no había hecho nada malo y que debía afrontar esa situación de una forma madura. Ella accedió y yo la llevé a la casa. Esa noche ella habló con la madre y fue más el susto, pues la mamá la comprendió y la orientó para que siguiera llevando una vida sexual responsable. Actualmente, ella se encuentra cursando grado décimo y aunque no es de las mejores estudiantes sí es una niña curiosa que se interesa por la lectura y que tiene muchas capacidades de liderazgo. Yo muchas veces me pregunto qué sería de su vida si ese día no hablo con ella, pues otra podría ser su historia y sería otra desertora más, quizá otra madre adolescente, cabeza de hogar y sin terminar su bachillerato.

Estas son cosas que hacen que cada día me enamore más de mi quehacer docente, pues saber que a diario tienes reconocimientos, no monetarios, sino de esos que te llenan el alma y el espíritu, con una sonrisa, con una cara de satisfacción de un estudiante cuando aprende algo nuevo y se da cuenta que sí es capaz de hacer cosas que él no tenía ni idea que podía realizar, son las cosas que valen la pena y por las que día a día doy lo mejor de mí, para formar personas consientes, autosuficientes, críticas y que sean forjadores de un mejor país.

VIVENCIAS, CONSTRUCCIONES Y DE-CONSTRUCCIONES DE UN MAESTRO

Jaime Humberto Mejía Díez

Orden biográfico

Nacido el 10 de junio de 1958, en el municipio de Heliconia (Antioquia). El quinto hijo entre doce hermanos (seis hombres y seis mujeres) del hogar de Roberto José y Rosa Helena. Con un alto recorrido, desde pequeño, por municipios antioqueños, debido al trabajo de mi padre (Rentas Departamentales de Antioquia), quien era trasladado frecuentemente y, posteriormente, por mis estudios y desarrollo profesional. Realicé los estudios de Básica Primaria, hasta el tercer grado, en las escuelas Antonio José Sucre y Enrique Toro Calle del municipio de Sonsón. Ingresé en el municipio de Rionegro al cuarto grado, en la escuela Juan Manuel González Arbeláez, y luego, el quinto grado en la Concentración Liborio Mejía. Posteriormente, hasta cuarto bachillerato, en el Liceo José María Córdoba, de donde pasé a la ciudad de Medellín, terminando el quinto y sexto de bachillerato en el Liceo Municipal Concejo de Medellín. En la Universidad Nacional sede de Medellín estudié un pregrado, graduándome como Zootecnista el 10 de abril de 1989. Después de un trasegar laboral en el campo de la Zootecnia, ingresé a la carrera docente por concurso de méritos, como docente de ciencias naturales y educación ambiental, en la Institución Educativa Nacional Agustín Codazzi, en Agustín Codazzi (Cesar) y terminé una Maestría en Educación en la Universidad Simón Bolívar en el año 2011, en Barranquilla. Me desempeño actualmente como Coordinador en la Institución Educativa Carlos Arturo Duque Ramírez, en el municipio de Puerto Nare y adelanto un Doctorado en Ciencias de la Educación en la Universidad Nacional de La Plata, en Argentina.

Amalgamas para un escenario formativo, laboral y configurativo de un maestro inacabado.

¡Todos los días me siento como un ser en formación e inacabado! Cuando miro hacia atrás, y trato de hilvanar escena a escena para re-conocer mi historia, no visualizo una línea recta como la marcada por el tiempo. No, no veo una recta en la construcción del *Ser* de hoy, y me asalta entonces una cantidad indefinida de líneas, que llegan desde distintas direcciones y que convergen para construir cada nanosegundo del tiempo vivido. Distintas direcciones que representan espacios y ausencias de espacios, objetos y ausencias de objetos, personas y ausencias de personas, *maestros y sus ausencias*, lo definido y lo por definirse, todo en una sola dinámica del recorrido temporal y espacial de este planeta tierra, y ahí estoy y ya no estoy, pero queda mi recuerdo y quedo en el recuerdo de los espacios, de los objetos, de las personas, de los maestros, un recuerdo del que ya no soy […] me transformé en otros nanosegundos de la línea del tiempo.

Re-encuentro con personas que influyeron en mi ingreso a la profesión como docente

Adjudico la responsabilidad de impulsarme a tomar el camino del magisterio, principalmente a mi madre. Ella, Rosa Helena, es para mí una admirable pedagoga pese a tener escasos estudios. Una mujer de extracción campesina, con sensibilidad humana, de quien aprendí valores fundamentales como el respeto, la solidaridad, la responsabilidad, la honestidad, entre otros. Mi madre, una mujer

dedicada al hogar y consagrada al progreso integral de su núcleo familiar, acompañada de su coequipero y esposo Roberto José, siempre repetía "*estudien porque ésa es la única herencia que podemos dejarles"*. Acompañaba todas las noches, a sus hijos escolarizados, orientándolos en sus tareas a la luz de una vela porque no existía energía eléctrica en el pueblo. Nos tenía la paciencia que debe tener un enseñante a un aprendiz.

Considero necesario reconocer y valorar en el recorrido de mi formación, a docentes del ciclo de la Primaria, quienes, con su ejemplo y consagración en su ejercicio de maestro, pusieron su granito de arena desde el punto de vista humanizante. La profesora Luz Marina en primero de escuela, tierna y educadora con el amor. Lejos de la ciudad (el referente como ciudad era la capital: Medellín a cinco o seis horas del pueblo) nos enseñó el movimiento de ésta: con su didáctica a través de dinámicas con el grupo de compañeros, donde aprendimos de la circulación y el tránsito: participaba el trencito, los automóviles y el bus. Se representaba el semáforo y los agentes de tránsito. Era una maravilla su clase. Pintábamos con tiza sobre el patio de la escuela, las flechas del sentido de la circulación. Pero todo no era color de rosa. Por una llegada tarde a la escuela, y las indicaciones de mi hermano Rodrigo, un poco mayor, nos escondimos detrás de las llantas de un camión, mientras el Coordinador de disciplina se entraba para clase. Pero éste nos había visto, y se escondió, esperando nuestro ingreso. Mi hermano huyó, a mí me tomó de un brazo, apretándome fuertemente como para partírmelo (y yo que era flaquito), mientras me ordenaba extender la mano derecha al frente, la que parecía ser tirada en dirección contraria por un fuerte resorte […], la mano tímidamente llegaba al punto solicitado para recibir un reglazo (golpe certero con un tabloncito de madera de unos treinta centímetros de largo, por unos cuatro centímetros de ancho y unos tres centímetros de grueso) […] Sinérgicamente seis resultados en el cuerpo y cerebro infantil a partir del certero golpe: intenso dolor, hinchazón de la palma de la mano, enrojecimiento de la misma, fortuita retracción del brazo, río de lágrimas por las mejillas y llanto a gritos, que fuera acallado por el mismo verdugo con la mordaza del sonido bucal y brutal, al expresar en alto volumen: ¡silencio! […] Se producía entonces el incontenible llanto hacia mi interior y el enmudecimiento total hacia el exterior. Mi bella maestra, espectadora de esta escena y sin dejar de mostrar su dolor e indignación, se lanzó y me rescató halando mi cuerpo, que forzó la soltura de mi brazo a través de su rígida mano. ¡La escuela deja marcas y huellas! Siento el dolor del niño o la niña maltratado(a) verbal o físicamente.

Don Felipe Arango, de quien pareciera que tomé el gen de la nobleza y la paciencia, este sexagenario, me enseñó de la nobleza sin balbucear esta palabra y del amor por el *Otro,* con sus actos. Su paciencia y su avidez para comprender y resolver los conflictos normales y comunes surgidos de los actos infantiles, supuestamente desencajados, significaron para mí un invaluable legado pedagógico. Hacíamos tercero mi hermano y yo, en el mismo grupo. Antes de vacaciones de mitad de año don Felipe se desplazó a Medellín para una cirugía. Durante la jornada, el maestro Alberto Naranjo nos dejaba actividades y se iba a su curso, quedando solos. Ingresó por esos días un compañero procedente de Medellín. Era el más grande de la clase. Mi hermano, en la jerarquía del curso, era poseedor del dominio. Mientras desarrollábamos una actividad se gestó una riña

entre ambos. La algarabía no se dejó esperar y la animación de la mayoría en favor de mi hermano agitaba el ambiente. Con notable capacidad, Rodrigo, mi hermano, lo tenía contra el piso, repitiendo golpe tras golpe contra quien ya demostraba indefensión. La insospechada presencia del maestro Alberto para el grupo puso en situación de huida a Rodrigo. El maestro se dirigió a mi pupitre, donde me encontraba estupefacto, como una estatua. Dirigiendo su mirada acompañada de rabia y terror hacia mí, dijo, ¡le va a llevar una razón a su papá!... Mi respuesta fue inmediata y automática, poniéndome de pie como con un resorte, en medio de mis dos atónitos compañeros de pupitre colectivo: ¡yo no voy a llevar razones! Entonces, soltó su regla sobre el pupitre y tomándome del copete (pedazo de cabello que dejaba el peluquero hacia la frente, después de rapar la cabeza en el famoso *motilado a lo gringo*) me sentó forzadamente. Sin mediar tiempo ni palabras, tomé la regla y se la lancé, de punta, a su pecho. Se quejó del dolor y me sometió a ridiculización, mostrando mi grosería por el colegio. Llamó a las Rentas Departamentales, a mi papá y se quejó. Al llegar a la casa recibí el único castigo de mi vida, por parte de mi papá, con una correa de cuero.

En mi mente, al recordar también la época escolar, en la secundaria, percibo siempre fijados e inamovibles los cuerpos y discursos en escena de quienes fueron maestros ejemplarizantes, y que, con toda seguridad, afianzaron en mí el deseo y la vocación por la *docencia.* Cuando apenas cursaba los grados segundo, tercero y cuarto, en el ciclo del bachillerato: Javier Vallejo y Robinson Hincapié, ambos de ciencias naturales. Excelentes en lo humano y lo disciplinar. Pero la motivación, el reconocimiento y orientación que me brindó el profesor Robinson, en un proyecto que buscaba explicar la transmisión del impulso nervioso, en una Feria de la Ciencia, cuando cursaba el grado tercero de bachillerato (hoy, octavo), fue crucial. A este docente no se le escapaba detalle para incitar el perfeccionamiento de la obra de su aprendiz. Ante él repetía aplicando sus orientaciones una y otra vez, en lo que sería mi discurso oral y corporal: gesticular (me insistía, “mueva las manos”), acentúe la voz, hay que desplazarse sobre un pequeño espacio (no se quede quieto), hay que observar a los espectadores sin fijar la mirada en ninguno (expresaba: “es como verlos borroso”, y recalcaba, “como si fueran bultos”), siempre con la mirada en alto y al frente, no gaguear para no mostrar inseguridad, entre otras recomendaciones. Este maestro era muy paciente, pausado, con una figura mediana de estatura y contextura, una barba corta bien cuidada, de gafas. Siempre vestía un cachaco (pantalón y saco a cuadros, y zapatos negros) que parecía no quitárselo nunca, pues solo se le notaba el cambio de camisa cada dos o tres días, es decir, dos veces en la semana.

Cuando reflexiono sobre mis prácticas de interacción con los demás en el ejercicio magisterial, necesariamente llega a mi mente la imagen del profesor Robinson y me veo en él […] Compruebo lo indeleble de sus recomendaciones y se las agradezco. *Este profesor* hace parte de mi vida, *se quedó acompañándome en mi día a día*. Reconoció mi capacidad, mi trabajo y mi deseo de superación de una manera tal, que no sentí aflicción alguna cuando el jurado en la experiencia de la Feria, en la etapa regional, me calificó en el segundo puesto, que como cualquier competidor buscaba el primero. Creo que tácitamente me obligó a incorporar en mi quehacer un sentido de positividad en el desarrollo de actividades de quienes están como aprendices, en tanto estoy en el de enseñante. Es decir, imprimió en mi *Ser*

el valor y el sentido de un *reconocimiento del Otro*. Él abonó el terreno para la buena germinación de la semilla de *un ser maestro*, sembrada por mi madre.

El profesor Vallejo, con sus procesos de memorización de las características propias de los ejemplares en la clasificación taxonómica, con sus tizas de colores, con sus dinámicas integradoras en el curso (era el Director), juguetón y charlatán, pero exigente y muy noble, me dejó claras pautas para la convivencia. Formaba los equipos para los inter-clase de fútbol y nos animaba en los partidos. Un excelente consejero a quien nunca le conocimos sentimientos o emociones de alteración rabiosa. Aunque risueño todo el tiempo, lograba el control de los brotes de indisciplina en las clases.

Por otra parte, el profesor Álvaro Cárdenas, en sus sesiones de historia, demostrando autoridad en los límites con el autoritarismo, aparentemente agrio, con gran despliegue de energía en cada uno de sus movimientos, con sus consejos y orientaciones, re-direccionó mi sendero de indisciplinado (exceso de energía juvenil) y canalizó mejor mi disciplina metodológica del estudio, ayudándome a construir sueños, aspiraciones, siempre enrostrando el ejemplo de mis hermanos mayores, a quienes no les había impartido clase pero a los cuales reconocía. Recuerdo muy gratamente su imagen con vestido de cachaco y muy eventualmente con traje informal, camiseta a rayas horizontales con colorido fuerte y tenis, que parecieran mimetizar su fuerte carácter. Algunas veces usaba chaquetas de cuero que daban un sello de mediana informalidad, pero que realzaban su ego y un toque de elegancia. En la Sala de Profesores, reunido con su colega y mi exprofesor Francisco Javier Zapata, durante el tiempo de recreo, y ante una sanción de expulsión parcial que me impuso el Rector (don Héctor) por mis desafueros en la disciplina, me aconsejaron, y el precisó: “Mejía, ahora que su familia vive en Medellín, en estas vacaciones póngase a conseguir puesto en un colegio de allá. ¡Mire Mejía!, allá vaya a las bibliotecas de las universidades y se va moviendo en ese ambiente, para que entre a la universidad cuando termine el bachillerato”. Tomé muy en serio esta tarea y me trasladé a Medellín.

Por su parte, don Libardo, hombre bien espigado, de contextura delgada, de cabello hirsuto y negro con algunas sombras blancas, siempre vestido de cachaco, supremamente serio pero amigable, quien caminaba erguido sacando pecho en sus clases de religión, cuando cursaba el grado séptimo, me ofreció el camino de la lectura ante mis interrogantes existencialistas. ¿Quién soy? ¿Qué hago aquí? ¿Para dónde voy? Preguntas que encontró en mi cuaderno en su pasta trasera y sobre las cuáles me indagó y orientó. Nunca me obligó a creer en un dios, ni tampoco a no creer. Su ejercicio fue simple, por primera vez: “llévate este librito y cuando lo termines te prestaré otro”, y agregó: “lee como tus hermanos que son gomosos de la literatura”. Nunca olvido su definición de *pecado*: “es todo aquello que hago en contra de mi voluntad”.

No podría dejar de reconocer en este espacio a mi hermano Roberto Luis (*fallecido*). El segundo de los hijos en el hogar. Era mi profesor en casa y uno de los estudiantes más preciados en el Liceo José María Córdoba. Desde luego no era docente. Destacado en sus estudios, gran lector de literatura y figura en baloncesto, pesas y voleibol. Tenía su grupo de estudio y se reunían diariamente en mi casa. De pronto yo escuchaba un grito: “¡Mono, café!” Era inmediata mi reacción. Iba y preparaba cinco o seis tazas de café, que bien caliente consumían acompañadas

de una fumada de cigarrillo. Mi hermano fumaba mucho, al punto que cargaba la cajetilla y el encendedor o candela de mecha, piedra y gasolina. Uno de esos días, al recibir las tazas de café, y mientras reían y cruzaban algunas palabras, me sorprendió con un pequeño pero interesante libro, bien editado e ilustrado, cuyo título no recuerdo, y me indicó, “Es hora de que vaya leyendo y aprendiendo estos temas que después le explico”. Era un buen ejemplar sobre la sexualidad y, desde luego, a mi edad (catorce años), me senté escondido en mi habitación (era compartida con otros hermanos), pero estaba solo, a devorármelo. La curiosidad era mucha. Rápidamente lo terminé y me pasó otro más grande, mejor ilustrado y que creo se titulaba *El ABC del Sexo y el Amor.* Y así, poco a poco, me fue dotando de lo que dejaría de ser tabú y con muy buena orientación, porque sacaba su tiempo para explicarme mis interrogantes, mientras me ayudaba con otras tareas académicas.

Al paso por la universidad, en mi preparación como Zootecnista compartida con veintiocho compañeros y compañeras, entre 1978 y 1989, en la Universidad Nacional de Colombia, en Medellín, sostenía conversaciones de corte pedagógico en las charlas de “patio o cafetería”, con los docentes Andrés Cuéllar, Luis Fernando Celis, Ángel María Giraldo, Lía Arango, Luis Emilio Trujillo, Juan Guillermo Restrepo, Gloria Lucía Agudelo Giraldo, y compañeros de semestres más avanzados, entre quienes recuerdo muy bien a Juan Camilo Montoya y Carlos Herrera. Este último me explicaba temas que hoy comprendo sobre las inteligencias múltiples y las edades o estados de madurez, los ritmos de aprendizaje. Juan Camilo me recomendó y prestó el libro *Ideología y aparatos ideológicos del Estado*, de Louis Althusser. Con aquellos docentes y estos compañeros, unas veces en común y otras de manera independiente, las tertulias en torno a la pedagogía y la didáctica eran frecuentes, aunque para ese entonces mis conocimientos eran casi nulos en relación al tema, y mi mayor preocupación académica era el conocer las teorías y prácticas del campo de la producción animal.

No puedo olvidar que la veterinaria Gloria Lucía Agudelo Giraldo me decía, “Jaime, usted es una persona con mucho carisma para la gente, usted debería dedicarse a trabajar con comunidades, estoy segura que allí usted encontrará su felicidad”. Fue un certero presagio, porque desde que me dediqué a la labor educativa con grupos de personas de las comunidades, las interacciones me han permitido un muy grato vivir, y en la docencia, mi máxima alegría. Encuentro en este compartido camino de aprendizajes una gran empatía y un creciente deseo del sentir progresar a las demás personas […] A mi cerebro llega esa imagen nítida de mujer tierna, dulce, madura, bondadosa, solidaria, luchadora, clara y honesta, una Gloria llena de sapiencia y de amor […] ¡Una maestra increíble!

Del Profesor Cuéllar vienen a mi memoria varios aspectos, entre los cuales destaco tres como aportes para la formación como docente: uno, cuando afrontó en clase el desarrollo de una práctica, en el hacer, y reconoció el no tener el conocimiento claro. Es decir, la capacidad y honestidad ante sus estudiantes, significando para mí una gran enseñanza, que posteriormente me correspondió poner en práctica. Con seguridad no es fácil decir ante un grupo de estudiantes que no sabe dar respuesta a un interrogante. Pero en el sentido ético, hay que decirlo y, de ser necesario, explicar que no nos sabemos todo, aunque tengamos un cierto dominio disciplinar. Me ocurrió con Hermes García Espinosa, cuando apenas hacía

mis primeros pinitos en la docencia formal. Hablábamos de genética, en términos de haploides y diploides. Este descollante estudiante me preguntó, “profe, ¿qué es *ploide*?”. La verdad, yo no lo tenía claro y se lo manifesté a todo su Grupo de 91, en el Colnal, y propuse al grupo realizar la consulta para socializarla en la clase siguiente. Sin embargo, les mencioné que yo creía que significaba *juego*, y efectivamente así fue el resultado, permitiendo recordar al profesor Cuéllar en su experiencia de no embolatar al estudiante, sino de brindarle la verdad. Se concluyó en la clase que ésta había sido un real intercambio de saberes.

El segundo aspecto relacionado con el profesor Cuéllar fue no perder la disposición para estudiar todos los días. Al respecto, su ejemplo lo complementaba con el porte de su diccionario al lado, como herramienta para una buena lectura. Y el tercer punto, refiriéndose a la educación superior, lo encontraba en el vacío en pedagogía y didáctica en la práctica docente, para la cual pareciera tenerse en cuenta solamente los contenidos programáticos, es decir, lo disciplinar. Situación similar y general que percibo hoy para la docencia en los ciclos de la Básica Primaria y Secundaria, pese a que la mayoría de docentes proceden de formación de normalista o de licenciados, que supone una alta erudición en pedagogía y didáctica.

Los docentes Cuéllar, Juan Guillermo, Lía, Ángel, Jorge Quijano y Luis Emilio contribuyeron como ejemplo en la disciplina para estudiar: la preparación de clases, la responsabilidad, el respeto, la solidaridad, el desarrollo de acuerdos democráticos con los estudiantes, los cuales me parecen indispensables en nuestro ejercicio de la vida diaria, y muy especialmente si tenemos la hermosa labor docente. Es claro que, hasta terminar mi preparación formal como Zootecnista, no incursioné en disciplinas que me formaran, aparentemente, en pedagogía y didáctica. Pero mi deseo latente para enseñar e investigar estaban cotidianamente en mi *Ser.* Un buen ratoncillo de biblioteca, con una intención de ir más allá de lo recibido en clases aunado a temas que, como se decía vulgarmente, consideraba mi encarrete, afianzaron la disciplina, la constancia y la perseverancia en mis estudios. Desde luego, mi pasión por el escudriñar lo desconocido y lo que a mi mente le parecía un misterio, me llevaron a explorar campos como el de la electricidad, la construcción de muebles de madera y la fotografía. En esta última no entendía los procesos de obtención del cuerpo representado en una imagen y replicado a través de la caja captadora de la luz, que reaccionaría con las sales de plata sobre un acetato o un papel fotográfico, que en medio de la oscuridad permitía que la imagen tomase vida. Entonces, capotear el conocimiento en una dispersión temática para comprender el mundo, me sentó largos períodos de tiempo ante los libros, conferencistas y tertulias entre compañeros, vecinos, amigos, profesores y familiares. Esa búsqueda de conocimiento y, por lo tanto, la postura de sentado durante largas jornadas persiste, acompañando una convicción, que expreso diariamente: “estudiaré hasta que la muerte me sorprenda”, pues una maestra no debe abandonar el estudio.

Transitando oficios

Cuando apenas tenía unos cinco años empecé vendiendo cigarrillos por cajetillas, como iniciativa de mi padre, al observar que hacía mandados a vecinas y vecinos para que me pagaran. No tenía noción del valor de las monedas y no sabía sumar ni restar, menos aún multiplicar y dividir. Sin embargo, mi padre me fue enseñando con este ejercicio el “cuento de las cuentas”. Así, vendí pasteles,

helados, dulces, mientras pude iniciar la vida escolar. Cargué mercados, fui citador de teléfonos, cuidé carros, y fui el cargador de la maleta de un vendedor ambulante, don Guillermo, quien contribuyó, con su enseñanza de la matemática, a la responsabilidad y la decencia como marco para el buen desempeño escolar. Me orientó en el manejo y administración del dinero que me pagaba, infundiéndome la solidaridad, especialmente con mi madre. Durante el bachillerato, oficios como fabricación de globos navideños, pintura de casas y locales comerciales, diligencias a terceros, venta de ropa, entre otras eran alternativas que me brindaban dinero mientras estudiaba, sirvieron para sufragar mis deleites gastronómicos, de esparcimiento y recreación con las amistades.

Ingresé a la vida laboral formal, desempeñándome como Monitor de Inseminación Artificial y como contratista en la Universidad Nacional de Colombia, mientras terminaba mi pregrado. Fui contratado, aún sin graduarme como Zootecnista, por la firma JARGO LTDA para administrar una ganadería de carne, en el municipio de Armenia Mantequilla. Después me vinculé con la empresa TECNIAGRO S.A., en explotación de porcinos en los municipios de Angostura y Envigado. De allí pasé a administrar la finca Tierradentro, un hato lechero de ganado Holstein, ubicado en La Ceja. Interesado en una vida laboral independiente y con unos sueños, me radiqué e incursioné en el mundo de los negocios, participando como socio en la explotación del hotel Trisana, en Unguía (Chocó), en donde además continué en el campo de la Zootecnia, con una explotación de ganado de engorde en una pequeña finca que adquirí. Allí serví *ad-honoren*, como tesorero y orientador de una cooperativa de campesinos cacaocultores. Pero a raíz del conflicto armado, padeciendo algunos efectos de los continuos enfrentamientos entre paramilitares, guerrilla y ejército, y ante las desventajas de una zona en decadencia en todos los sentidos, con el irrespeto a la vida y tranquilidad de sus pobladores, me trasladé a la ciudad de Medellín, donde establecí una microempresa para la producción de pulpa de frutas y jugos naturales, la cual vendí a los tres años.

Más adelante me ubiqué en el municipio de Apartadó, laborando en una cooperativa de trabajo asociado, de mujeres, asesorándola en los sistemas de alimentación institucional, brindando servicios a las comercializadoras internacionales de banano (UNIBAN, BANADEX, PROBAN), al hospital de Chigorodó, y la administración de la sede vacacional de FODELSA (Fondo de Empleados y Pensionados del sector Salud de Antioquia) e igualmente, emprendí un negocio particular de comidas con énfasis en la preparación de crepés. Sin embargo, y también debido al conflicto, y ante el famoso evento de “La bomba de La Barra Cervecera”, con nueve muertos a bordo, en Apartadó en el año 2003, me ví obligado a regresar a Medellín, donde fui contratado por la Universidad Pontificia Bolivariana para participar en la gestión y ejecución de proyectos para el programa MANA, y que posteriormente continué desarrollando con CORANTIOQUIA como operador de esta propuesta para la seguridad alimentaria de algunas comunidades urbanas y rurales en Antioquia.

En aquella experiencia con comunidades urbanas y rurales, me ejercité en la educación no formal atendiendo grupos heterogéneos en edad, género, cultura, escolaridad, situación social y económica. Por este tiempo, en el año 2005, y atendiendo una sugerencia de algunos compañeros de trabajo, Marlon Brand y William Guarín, participé en el concurso de méritos para ingresar al magisterio

colombiano, dando paso a mi *sueño de enseñar*. Después de una espera de cerca de tres años en el concurso de mérito para docentes, ingresé en septiembre de 2008 a la Institución Educativa Nacional Agustín Codazzi, del municipio de Codazzi, en el Cesar. Esta institución fue mi gran escuela en la labor magisterial formal, con una muy grata interacción con la comunidad educativa y la población en general. A ella debo mucho de mi profesionalización como docente. En la INEACO o también conocida como el COLNAL, a través del ejercicio cotidiano de compartir saberes y del estudio de una maestría en educación, laboré como docente durante ocho años en el área de ciencias naturales y educación ambiental. Todos mis momentos vividos en esta comunidad han marcado el periodo más grato de mi vida. Sin ningún arrepentimiento por lo hecho y lo dejado por hacer, ya que cada vez más siento ganas de avanzar con propuestas para el progreso de esa comunidad. Pasados tres años de mi traslado, es placentero saber que el vínculo se mantiene vivo, tanto institucionalmente como con la población en general.

Ocho años después de mi estancia en Codazzi, por mis deseos de ingresar a un programa de doctorado, que en esta zona del país no vi factible, concursé para el departamento de Antioquia, como Coordinador, que es mi cargo actual en la Institución Educativa Carlos Arturo Duque Ramírez del municipio de Puerto Nare. Incluyo una pasantía de once meses, como Rector en Encargo en la Institución Educativa Rural La Sierra, del mismo municipio, entre el 2017 y el 2018. En estos últimos tres años gestioné y actualmente curso el doctorado en Ciencias de la Educación en la Universidad Nacional de La Plata, en Argentina, dando continuidad a mi profesionalización desde el punto de vista formal. Desarrollo una investigación sobre la evaluación como instrumento de control y marginación social.

¿Y quién soy como docente?

Hoy extraño el aula, si bien es cierto que me desempeño con agrado como Directivo Docente, el aula es la parte más activa de las reacciones de la química interrelacional de las personas. El aula es el espacio donde hay congregación, atracción, agregación, disociación, evaporación, consenso, disenso, entalpía, entropía y, desde luego, donde reina la incertidumbre. No concibo el aula como el simple sitio de intercambio de “conocimientos” ni como el recinto cerrado, sino más bien, como otro espacio abierto de la vida […] ¡El aula es vida!

Mi experiencia escuetamente relatada da cuenta de un *ser* configurado como maestro. Una configuración que obedece a ese interactuar de un ser vivo de la especie humana con su entorno. *Ser* cuyo interior he ido colmando a partir del relacionamiento que me ha llevado a concluir, al fin de cuentas, que la vida es un conjunto de relaciones dinámicas de energía. Me considero un maestro con insistencia en el reconocimiento del *Otro,* sustentando la sana convivencia, el mejor-estar para cada ser viviente, con valoración de las relaciones democráticas y horizontales en el escenario escolar y en la vida cotidiana, en el principio axiológico del *respeto*, como valor fundamental para una sociedad justa y en equidad. Un maestro que siente que la escuela sigue en deuda, a pesar de sus grandes aportes, para el logro de un mejor mundo. Como maestro creo que es la sensibilidad de la escuela la que deja en ese laboratorio a cada participante humanizado y lleno de sentidos humanizantes e impregnado, por dentro y por fuera, de sensibilidad. Es aquí donde me parece que reside la importancia de ese espacio socializador de vida y para la vida llamado escuela, que debe recoger de la diversidad y garantizar la

conservación de ésta, que debe potenciar esperanzas de vida digna dentro de procesos de inclusión social democráticos y no de exclusión y marginación.

Soy un docente convencido de la opción de una escuela que debe propender por una cultura del AMAR (Matrística), como expresa el profesor Carlos Palacio, capaz de erradicar las prácticas propias de la cultura matriarcal o patriarcal, donde se cultivan vidas con cimientes de la convivencia conflictiva, del individuo egoísta, del consumismo craso respondiente positivamente a políticas mercantilistas. Así, me defino como un *par* del *Otro,* como el amigo acompañante, motivador, solidario, atento de las necesidades del estudiante y al requerimiento cuando de mis necesidades éste pueda allanar. Soy un maestro bien intencionado en el tránsito por la escuela y por la vida, con relaciones que inician en el proceso escolar pero que no terminan por el hecho de la separación de la escuela por una cancelación de matrícula o por el Acto de Graduación del estudiante. Un maestro que con el correr del tiempo ha dado curso a la acumulación de seres humanos, aumentando la membresía del círculo social para gratificar su existencia y la de quienes se han agregado para dar mejor vida a su entorno, dejando de lado la acumulación material como mandato de un capitalismo arrasador. Un maestro que ha fundamentado su profesionalismo en lo aprendido de la familia y de algunos maestros: la humanización, la afectuosidad, la disposición permanente por el saber, la solidaridad, el respeto, la valoración de las actuaciones democráticas, el sentido de la responsabilidad, todo ello contenido en la Ética como precepto de un *Ser* dispuesto vivir junto con los demás. Un maestro con el deseo de aportar y visualizar el progreso del *Otro. Soy un maestro inacabado, producto de una gran amalgama de espacios, objetos, personas, maestros y sus ausencias.*

Otras anécdotas destacadas

De mi proceso como docente, no puedo dejar de relacionar algunas anécdotas que son imborrables.

En mis clases, en el curso de octavo uno, en el COLNAL, era frecuente que yo pronunciara, de manera seguida, uno a uno los apellidos, con cierto tono de voz que denotaba un cambio en la acción discursiva: ¡Camelo!, ¡Bugallo!, ¡De La Hoz!, ¡Fragozo!, ¡Bolívar!... Los estudiantes volvían a concentrarse en la clase después de reír y señalarse entre ellos la responsabilidad de la acción distractora. Un día, Emilio Camelo me respondió, “¡tranquilo profe que cuando yo sea todo un profesional y vaya en mi carro por la calle y usted vaya por allí, le pito y le digo […] súbase!”, “¡y cuando se vaya a subir le digo […]pero súbase al andén para no estriparlo!”. Desde luego, yo exploté en risas al igual que todos sus compañeros. En mi mente proyectaba las imágenes de sus gestos, cuando incluso deslizando el cuerpo sobre el asiento denotando comodidad en su auto, y acompañando con su brazo derecho la acción de manipular un volante hidráulico. Hoy, termina una Ingeniería en la Universidad Popular del Cesar y no hemos dejado de ser buenos amigos […] La risa y el respeto han ido siempre compaginados, permitiendo una grata relación, con el apoyo a bordo cuando este amigo lo ha requerido. Bugallo, en su tercer semestre de Licenciatura en Educación Física, en la Universidad de Pamplona, me escribió por una de las redes sociales, “¡Profe!... ¡yo ya no soy el recochero que era!... imagínese, estoy estudiando para profesor y ahora pienso, ¿será que mis estudiantes se van a desquitar de la recocha que yo hacía?”. Le

expresé que eran etapas que se vivían. Ahora está a punto de graduarse. Igual que con Emilio, con muchos otros estudiantes mantenemos una buena relación.

En el año 2015, daba las clases en el grado séptimo en Codazzi. Cuando salía al término de la jornada matutina, vi sentado en mi moto a un estudiante. Cuando llegué allí con otro docente, le dije, ¡Camelo me hace el favor y se baja! (este estudiante era primo de Emilio), pero muy orondo, mientras se tomaba una bebida helada en un vaso, respondió: "¡Yo de aquí no me bajo y puede llamar al ejército, a la DIJIN, a la policía!". Le volví a pedir el favor de bajarse de la moto, mientras mi compañero decía, "¡Vea el encarte que ahora tiene!". Camelo persistió en que lo llevara a su casa porque hacía mucho calor, vivía muy retirado y no iba a caminar. Su casa era cerca de la mía. Le indiqué sobre mi responsabilidad en caso de algún accidente y sin autorización de sus padres para transportarlo […] pero insistió, y al final lo llevé. Amablemente me ofreció parte de su bebida, pero me negué a su invitación. Al día siguiente estaba nuevamente allí y cuando llegué a la moto, no esperó a que le dijera nada, exhibiendo un pequeño papel roído, que aún conservo y que decía, "lleve a mi hijo a la casa en su moto" y agregaba una imitación de firma. De hecho, inmediatamente se sabía que no provenía de sus padres […] Mi fuerte risa no se dejó esperar y no me permitía hablar. Más bien eran carcajadas. Me subí y lo transporté. Al llegar a su casa, comenté a su mamá, quien, sonrojada, exhibió una sonrisa, ofreció disculpas y aprovechó para decirme que si no me molestaba se lo transportara. Poco rato después, a través del ventanal de mi casa, entró su voz acosada diciendo, "¡Profe! […] ¡profe! […] ¡recíbame! […] ¡me quemo mis deditos!". Abrí apurado la puerta y le recibí una refractaria muy caliente con una deliciosa pasta que suplió mi almuerzo. Camelo, durante algún tiempo, fue un buen acompañante y muy puntual para la ruta al finalizar la jornada escolar. Además, es un estupendo guitarrista. Cuatro veces Rey del Festival de Música Vallenata en Guitarra, en Codazzi Cesar, Tres en Trío categoría Infantil y una en categoría Juvenil, durante los años 2015, 2016, 2017 y 2018. Me invitó a su primera presentación en Tarima, asegurándome que iba a ser el Rey con su Trío. A partir de ese sueño, y promesa cumplida, se fortaleció el tejido de una gran amistad, con la cual cuenta incondicionalmente y a mi alcance, con el apoyo cuando lo precisa, para sus propósitos artísticos y personales.

Felipe Andrés, hacía tercero de primaria en la IECADR, en el 2016. Llegué a su salón de clase, cuando salía el docente. Vi a Felipe llorando y me acerqué, ¿qué te sucede?, le dije. Me respondió, "¡Ese profesor es malo!", "¡No me espera la evaluación!", "¡Me la puso con cuaderno "abierto" pero yo no la entiendo!". Me senté a su lado, se tranquilizó un poco, miré la evaluación, lo orienté y la resolvió. Le indiqué que se la llevara al docente y que le dijera que se la enviaba el Coordinador. ¿Qué sentido tenía no orientarlo y no recibirle la evaluación, cuando predicamos que es un instrumento formativo? […] Esta experiencia, entre otras, me ha forjado serios puntos de reflexión sobre el quehacer magisterial.

Ocampo "el etiquetado". Todo lo negativo que ocurría en tercero uno, en el 2016, en la IECADR, se lo achacaban a Ocampo. Niño con gran desarrollo físico frente a su grupo y muy inteligente. El Rector me envía a la escuela porque lo llaman y le piden que lo expulse porque tumbó y quebró un ventanal. Al ingresar a la escuela, un docente me aborda e inicia su retahíla de acusaciones sobre este joven y pide medidas drásticas. Le solicité calma. Intervine e investigué lo sucedido,

encontrando a Ocampo libre de culpa y defendido por todos sus compañeros, quienes agradecían por haber salvado a una compañera de que el ventanal le hubiese caído encima. Ocampo logró meterse debajo y sostenerlo mientras ella salía y se ponía a salvo. Luego, como nadie le auxiliaba y ya no podía soportar el peso del ventanal que se vino encima, lo soltó y sus vidrios se quebraron […] Los prejuicios infundados del docente también cayeron por su propio peso. Posteriormente Ocampo se convirtió en un buen líder que controlaba una serie de juegos de mesa y tradicionales que llevé para mejorar la convivencia. Algunas docentes me decían que Ocampo se había convertido en un ángel.

Al lector de estas líneas le agradezco por prestar atención e interés en ellas, que constituyen solamente un abrebocas de una extensa historia por contar en una de muchas interpretaciones de mi cotidianidad como maestro.

VIAJANDO EN EL CRUCERO DE LA PEDAGOGÍA

María Josefa Soto Córdoba

Los obstáculos y las dificultades que se nos atraviesan en el camino, del largo viaje que iniciamos desde la niñez, hacia el logro de unos sueños prematuros, no son impedimento para avanzar en el difícil trayecto direccionado al logro de los sueños anhelados. Algunas de estas dificultades para mí fueron dadas por situaciones familiares determinantes para que me alejara de los lugares donde pudiera avanzar en la formación Básica Primaria sin ningún tipo de interrupción.

A pesar de las dificultades y de los temores de mi madre y mi abuela materna, de que alguien abusara de mi integridad, alejada de ellas, por fin llegó el día en el que se me abrían las puertas del conocimiento académico. La insistencia de una docente y un policía, amigos de la familia, para que me matriculara en la escuela de un corregimiento un poco alejado de nuestra vivienda, fue determinante para que mamá accediera a darme tan importante oportunidad, pero en compañía de mi hermano menor, quien se encontraba estudiando en una escuela de religiosos.

Gracias a Dios, a los valores que me inculcaron en el hogar y al sentido de responsabilidad, que adquirí con mi proceso de formación, terminé el nivel de la Básica Primaria en el año de 1974 con excelentes calificaciones. Agradezco a los docentes que tuve por entregarme lo mejor de sí, pues lo aprendido me facilitó la continuidad en la Básica Secundaria y Media sin ningún inconveniente.

En 1975 viajé a la ciudad de Quibdó, en compañía de Misael y Adela, mis hermanos, con el objetivo de buscar cupos en los diferentes colegios y esperar en cuáles de ellos nos admitirían. Él se ubicó en la Normal Superior de Varones, ella en El Carrasquilla. Yo, en cambio, no tenía claridad sobre el tipo de formación secundaria a elegir, pero sí sobre el ferviente deseo de estudiar. Por este importante propósito me inscribí en dos colegios: el Armando Luna Roa y en La Normal Femenina Manuel Cañizales. Presenté y gané el examen de admisión en el primer colegio como segunda opción, en caso de no haber cupo en la Normal. Estudiar en ella me aseguraba una oportunidad laboral mayor, por ello aproveché el cupo que me ofrecieron. Y aunque inicialmente no sentía un deseo ferviente de ser docente, la motivación explícitamente se acentuó en el momento en el que se avanzaba en una asignatura que se llamaba “Ayudas Educativas” y que se fue acrecentando a través de la observación que se hacía en el grado cuarto (actualmente noveno). Estas fueron las cerillas que encendieron el ferviente deseo de la docencia. Allí obtuve el Título de Maestra Bachiller, pero no fue posible vincularme a la docencia en mi departamento, Chocó, puesto que para ello había dos requerimientos; uno, ser referenciado por alguien que estuviera dentro de la maquinaria politiquera o muy cercana a ella. La otra, consistía en acostarse con alguien por un empleo. Afortunadamente ninguna de las dos estaba en mis planes.

Bueno, todo tiene una razón para que las cosas pasen. En 1981 llegó a la ciudad de Quibdó un Supervisor de la Región de Urabá, cuyo nombre era Marcos Rentería, solicitando hojas de vida de normalistas que estuvieran interesados en trabajar en esa zona, así que, sin pensarlo mucho, un grupo de amigas y yo enviamos nuestras hojas de vida a la Secretaría de Educación de Antioquia con él. A finales de marzo 1982 nos llegó una información apresurada; el señor Marcos nos decía que viajáramos a la ciudad de Medellín, que ya todo estaba listo.

Inmediatamente, informé a mi familia la decisión que había tomado de viajar en compañía de algunas compañeras de mi promoción, solo que, como todo en la vida no es color de rosas, resultó que cuando fuimos a la Secretaría de Educación de Antioquia, nos encontramos con la sorpresa de que el nombramiento era una mentira. Lo único cierto, por decir algo, se trataba de la radicación de las hojas de vida en dicha entidad.

A diferencia de mis compañeras, no regresé a Quibdó; aproveché el tiempo para conocer un poco el centro de la *Ciudad de la Eterna Primavera* y al mismo tiempo visitar en SEDUCA al funcionario de Recursos Humanos de turno, el Doctor Oscar Oquendo, en compañía de la tía María Gladys Arias (Q.E.P.D.) quien me ofreció su humilde hogar para que permaneciera allí mientras durara la espera del nombramiento. El señor Oscar fue muy amable en recibirnos y después de exponerle el motivo de nuestra visita, me preguntó para dónde quería irme. En ese tema era una gallina ciega, puesto que no conocía prácticamente nada de Antioquia, por lo cual le respondí que por favor me seleccionara un lugar donde no fuese tan difícil llegar a la escuela. Después de esta petición, volví a SEDUCA en varias ocasiones para averiguar si había salido el decreto de nombramiento, pero, sin ningún resultado positivo. Entonces, decidí esperar unos días más, ya que soy de las que piensan que lo que es para una, nadie se lo quita.

Días después de haberme despreocupado del tema, a finales de julio del mismo año, recibí una llamada de Luis Manuel (Q.E.P.D.), mi primo, quien había tenido la iniciativa de ir a Secretaría de Educación a preguntar que había al respecto. La sorpresa fue grande para él cuando le informaron que el Decreto de Nombramiento estaba listo desde mediados del mes citado. Sentí muchísima alegría ya que mi mayor anhelo era vincularme a la docencia. Posterior a la notificación, realicé los trámites requeridos para la Posesión Departamental y emprender el vuelo hacia el Municipio de Caucasia, Antioquia, en compañía de mi querido primo Luis Manuel. Al llegar a este municipio fui a la Alcaldía local con el propósito de realizar los trámites pertinentes y así continuar el viaje hasta la vereda *La Palmira*, donde se encontraba la Escuela Rural Unitaria Santa Inés, en donde debía iniciar mi labor docente. Este primer día, en un lugar totalmente desconocido para mí, me llenaba de angustia y de incertidumbre, sin embargo, las dificultades y los obstáculos que pudieran presentarse en esta nueva etapa de mi vida, no eran motivo suficiente para echar atrás una decisión tan seria. Por eso me tranquilicé lo necesario, averigüé cómo llegar a la escuela. Ahí vuelve y me acompaña la buena suerte. Para mi tranquilidad, me presentaron con un señor llamado Víctor Arias, una especie de líder de la comunidad de *La Palmira*, quien me puso al tanto de los pormenores.

Ese día, 3 de agosto de 1982, amanecí en Caucasia, sin poder conciliar el sueño, puesto que me hospedé en una residencia y por el poco dinero con el que contaba me ofrecieron una habitación cuya chapa se encontraba en mal estado y se hacía necesario ajustarla con una mesa ¡Esa noche fue fatal! Cuando cerraba los ojos sentía como si alguien estaba entrando a la habitación, producto de la desconfianza que me generaba estar en un pueblo en el que nadie me conocía. Al siguiente día, el señor Arias me condujo a la vereda en la que se encontraba ubicada la escuela. Esa tarde me dejó en casa de la familia Canchila Arias. Dicha familia tenía cuatro hijos, todos en edad escolar; tanto padres como hijos fueron muy

amables y generosos, compartieron la cena conmigo sin ningún reparo. En la noche me ofrecieron una cama cuya superficie era una cubierta de palmas picadas, carecía de un colchón, lo que impedía que aquella armazón estuviera estabilidad. Fue otra noche terrible, cada vez que intentaba cambiar de posición sentía que jugaba al sube y baja, sin embargo, nada de lo que estaba pasando era motivo suficiente para echarme atrás y renunciar a la oportunidad que Dios había puesto en mi camino.

El 5 de agosto del año antes citado, la señora Ursina Arias, me acompañó hasta las instalaciones donde funcionaba la escuela. La verdad, lo que encontré, desdibujaba la idea que tenía de lo que era la estructura física de una institución educativa. En medio de un potrero había una casa de madera con dos salones, en uno de ellos, había unos pocos pupitres bipersonales. Contiguo se encontraba una caseta sin paredes y dos mesas largas fijadas al piso con sus respectivas bancas en cada costado; además, un tablero giratorio para ser usado por ambos lados. El único material didáctico con que contaba la escuela eran unas cuantas cartillas de Escuela Nueva en buen estado.

La vereda *La Palmira* estaba habitada por los hermanos y hermanas Arias con sus esposas, esposos, hijos e hijas, otros familiares y trabajadores de las fincas. Sin mucho tiempo para hacer conciencia de mi situación, en medio de un mundo totalmente desconocido, estaba yo pensando qué hacer para organizar el entorno físico con los padres de familia y los estudiantes, los cuales se encontraban desescolarizados ya que la docente que tenían no se adaptó a las condiciones existentes. Según ellos, no paraba de llorar por lo que fue trasladada a otra vereda. Esa misma semana nos reunimos con el fin de irnos poniendo al día sobre los compromisos y las responsabilidades compartidas. Por estudiantes no hubo problema, ya que cada familia tenía de tres a cinco muchachos en edad escolar y extra edad, los más adelantados cursaban el grado tercero. Eran más de treinta chicos entre hombres y mujeres distribuidos en primer, segundo y tercer grado, con comportamientos normales para su edad.

La semana siguiente, después de recibir un poco de dotación de parte de la Jefe de Núcleo de la Zona, Carmen Rivera, nos dedicamos a limpiar el espacio físico. Con el propósito de apaciguar el polvo, pavimentamos los pisos con boñiga obtenida de las reses que encerraban cerca a la escuela para ser ordeñadas e iniciamos clases de forma regular. Al comienzo se dificultó un poco la comunicación con la comunidad por las diferencias culturales, sin embargo, con los estudiantes se pudo superar rápidamente esta situación favoreciendo los procesos de enseñanza-aprendizaje. Los tres primeros años de experiencia docente en ese exótico lugar fueron muy significativos. Allí aprendí a direccionar los diferentes procesos de la escuela, a orientar el aprendizaje de chicas y chicos ávidos de otros tipos de conocimientos, diferentes a los que les ofrecían las experiencias del entorno inmediato. ¡Cómo olvidar aquellos momentos de éxtasis en los encuentros de disertación cultural en los que todos estábamos adquiriendo nuevos aprendizajes! De ellos aprendí que el maíz se cultiva mediante la siembra directa depositando la semilla en hoyos en un terreno preparado para la siembra, cosa muy diferente se hace en mi tierra en la que se riegan las semillas en una selva y posteriormente, se derriban los árboles sobre éstas y el maíz nace ahí. También me enseñaron detalles sobre las corralejas y yo les compartía aspectos sobre las fiestas de San Francisco

de Asís (San Pacho para nosotros). Sobre los platos típicos, me enseñaron a preparar el *viudo* de pescado o de carne al vapor, lo que nosotros llamamos *tapado*, cocinado en abundante agua. Me enseñaron como preparar el *mute* de pescado o de queso, el arroz con guandule (semillas parecidas al fríjol); yo les explicaba cómo se preparaba la sopa de pastas con queso y otras cosas más.

Durante estos maravillosos años, todo transcurría en completa normalidad. Los estudiantes llegaban a las ocho de la mañana después de realizar los oficios en casa: pilar el arroz, ordeñar las vacas, sacar agua de los pozos, arrancar la yuca, entre otras faenas y se iban a la una. Ellos, desde el más chico hasta el más grande, a pesar de no tener muchas comodidades, disfrutaban al máximo los diferentes momentos en los que se distribuía la jornada escolar. Era asombroso ver cómo los niños, a partir de segundo grado, devoraban las guías de trabajo después de las orientaciones que se les daba, también disfrutaban del refrigerio servido en hojas de bijao, jugaban al fútbol en una pequeña cancha improvisada en medio del excremento de las reses. Algunos fines de semana nos desplazábamos, unos a pie y otros en bestias, a las veredas cercanas en las que se hacían encuentros deportivos. Es indescriptible lo bien que la pasábamos en dichos encuentros y en otras actividades socioculturales que se organizaban en la escuela con la participación de toda la comunidad.

Jamás imaginé que el rumbo del barco cambiara tan abruptamente a finales de 1985. Era un día como cualquier otro, mientras los estudiantes se disponían para irse a sus humildes hogares, después de terminar la jornada escolar, observaron que, por el camino principal, hacia la escuela, caminaban, bajo el sol ardiente, un grupo de hombres y una mujer con camuflados, lo que llamó la atención ya que era la primera vez que esto pasaba. Asustados decían, “seño, seño vienen unos soldados”. Para tranquilizarlos, porque al igual que ellos, estaba muy asustada, les dije, tranquilos, quien nada debe, nada teme. Aún permanecen latentes en mi memoria las expresiones que salieron de sus bocas y la tarea que, en contra de mi voluntad, me asignaron. Ellos se identificaron como un Frente del E.P.L (Ejército Popular de Liberación), del cual no recuerdo su nombre ni el ordinal que los identificaba. “Venimos a controlar la zona”. “Mucho cuidado con mover la lengua”. “No han visto ni escuchado nada”. “Recuerden que los sapos mueren aplastados en la carretera”.

Seguidamente, me exigieron citar a los padres de familia y demás miembros de la comunidad a reunión extraordinaria usando a los niños y a las niñas como mensajeros. Sin darme tiempo para la reflexión y mucho menos para negarme ante tal despropósito. Todo se hizo como estas personas lo pidieron, atrapados en la jaula del terror y la intimidación, aunque se luchara por mostrar una aparente serenidad. Este fue el primer contacto directo con este tipo de personas, aunque tenía conocimiento de su existencia. Después habría muchas más durante el resto de ese año y los cuatro primeros meses del año 1986. La situación se agravó en la zona con la visita de otros grupos representantes de las autoridades, entre ellos el MAS (Muerte a Secuestradores), el ejército y la policía, situándonos en medio de dos fuegos. Estos patrullaban, interrogaban y saqueaban las instalaciones de la Escuela cuando se encontraba sola; el material de trabajo quedaba regado por el piso. A pesar de lo que estaba ocurriendo, el proceso con los estudiantes continuaba sin interrupción.

En abril de 1986, las cosas pasaron de mal a peor. Mientras me encontraba en Medellín aprovechando el receso de Semana Santa, me enteré a través de El Colombiano que en la vereda *La Palmita* habían asesinado a tres guerrilleros. Al seguir leyendo el impacto fue gigante, cuando entre líneas descubrí los nombres de dichos infortunados que correspondían a tres personas de la vereda, padre e hijo y un vecino a quienes después de quitarles la vida, los vistieron con camuflados para justificar su obra. Lo ocurrido trajo consigo el desperdigamiento de algunas familias que huyeron para salvaguardar la vida, el más preciado regalo que Dios nos ha dado.

Al regresar al lugar de trabajo, me enfrenté a otras nuevas realidades. La tragedia había ocurrido a unos cien metros de la escuela, algunas familias se habían desplazado a Caucasia y a otros municipios aledaños, las aulas permanecían vacías debido a que los pocos niños que aún permanecían en los alrededores no venían a clase. Tenían mucho miedo y me preocupaba la seguridad de mi amada hija, Diana Katterine, próxima a cumplir dos años de vida. Necesitaba alejarla del lugar que de ser *remanso de paz*, se transformó en turbulencia. No había mucho tiempo para pensar lo que tenía que hacer. Hablé con Adela, mi hermana, que trabajaba como docente en el IDEM La Sierra, del Corregimiento *La Sierra* del Municipio de Puerto Nare, actualmente Institución Educativa Rural La Sierra. Ella, al enterarse de la grave situación por la que estaba pasando, me orientó para que me fuera inmediatamente a La Secretaría de Educación de Antioquia y hablara con la Doctora Dora Santamaría, Jefe de Personal, con el propósito de solicitarle la colaboración de un traslado con él se cubriría la vacante en la Escuela Urbana Integrada La Sierra. Después de escuchar los pormenores de mi situación, inmediatamente me dio una orden, autorizándome a iniciar labores mientras tramitaban el Acto Administrativo.

Sin pérdida de tiempo volví a Caucasia, entregué informes al Jefe de Núcleo Alfonso Montes, luego fui a la vereda, empaqué algunas cosas necesarias, dejando unos animales que tenía (gallinas, pavos, cerdos) a la familia que vivía más cerca de la escuela. Fue muy duro despedirme de aquellas personas que me acogieron, me trataron como si fuese parte de su familia, cuidaban de mí y de mi pequeña hija, me consentían, compartían conmigo todo cuanto tenían y lo más importante, nos queríamos y nos respetábamos. Fueron tres años y nueve meses en los que aprendí a enfrentar las situaciones difíciles que se nos presentan sobre la marcha del oficio con asertividad. Aprendí que nada es gratuito en esta vida, es necesario trabajar para alcanzar las metas trazadas; que las oportunidades se presentan a nuestro alcance, solo hay que saber cómo y cuándo aprovecharlas; que cuando una puerta se nos cierra, otras se nos abren, por lo que se hace necesario tomar las cosas con calma y evitar el drama y las lamentaciones. Como dice el refrán, “No hay mal que por bien no venga”. Las cosas pasan cuando tienen que pasar, para mal o para bien.

El 28 de mayo emprendí el viaje para el Corregimiento *La Sierra* del Municipio de Puerto Nare. Las cosas se facilitaron porque contaba con la presencia de alguien de mi familia biológica en el nuevo lugar. Por lo pronto, no hubo ningún inconveniente en el desplazamiento a la zona. Los trámites de posesión, la presentación en la escuela. Todos los detalles al respecto, habían sido coordinados vía telefónica. Las cosas empezaban a cambiar en cuanto a calidad de vida. En *La*

Palmira, Caucasia, me comunicaba con los míos cada quince o veinte días cuando salía al pueblo, mediante telegrama, carta y pocas veces hacía una llamada por teléfono fijo. Al día siguiente de haber llegado, recibí el nuevo grupo de estudiantes de primer grado. Estaba conformado por 36 chicos y chicas cuyas edades oscilaban entre seis y ocho años. Eran encantadores, cariñosos, respetuosos; algunos destacaban por su buen desempeño académico, otros, por la indisciplina, sin llegar a los extremos de salirse de control. En ese momento aún la violencia no había llegado al punto máximo, lo que permitió salir a hacer clases a los alrededores para observar la fauna, la flora, humedales y otros, sin ningún tipo de restricción. Recuerdo que también se hacían actividades en la escuela para recolectar fondos y así financiar los gastos de los proyectos culturales-recreativos. En una ocasión nos ganamos la corona con la niña Angélica Álzate, nuestra representante ¡Eso fue fenomenal! Ese año finalizó con un 95% de aprobación, lo cual fue muy satisfactorio para todos (estudiantes, padres de familia, docentes).

El año siguiente me asignaron un grupo tercero con las mismas características socioculturales del grupo anterior, pero con diferentes ritmos de aprendizaje. Entregué al grupo a mediados de septiembre de 1987 cuando me ofrecieron la oportunidad de trabajar en la Básica Secundaria mediante un traslado interno entre las instituciones que funcionaban en la misma planta física, pero en diferentes jornadas (E.U.I. La Sierra e I.D.E.M. La Sierra), con la siguiente asignación académica: lengua castellana en sexto grado, tecnología e informática en séptimo grado y geografía en octavo grado. Como nunca le he temido a los retos, característica que me ha permitido moverme en diferentes direcciones dentro del barco por periodos de tiempo, sin que este vaivén suponga algún traumatismo en mis desempeños, acepté esta nueva experiencia. Estos cambios repentinos, por el contrario, me han exigido estudiar, aprender y cualificarme para compartir con los estudiantes y compañeros de trabajo los nuevos conocimientos.

Trabajando en el bachillerato continuaron las transformaciones importantes que poco a poco han permitido mi fortalecimiento profesional y personal en este largo viaje que inició hace treinta y seis años,

En la década de los 90, inicié el pregrado a distancia para licenciarme en español y literatura, con la Universidad de Antioquia; la que elegí por su responsabilidad en la formación de profesionales de la educación, entre otras profesionalizaciones. La verdad, me costó muchísimos sacrificios debido a los compromisos familiares, laborales, costos de desplazamiento a otros municipios y departamentos para recibir asesorías y entregar trabajos, talleres y presentar evaluaciones y a la ciudad de Medellín para aprovechar los cursos vacacionales. Nada de lo anterior fue en vano puesto que a partir de la fecha fui ubicada en el Área de Humanidades (Lengua castellana), lo cual asumí como la práctica de los contenidos teóricos programados por la Universidad. En 1996 obtuve el título de Licenciada en español y literatura, sueño que había sido frustrado cuando me retiré de la Tecnológica del Chocó en 1981, con miras a enrolarme en la educación, otra de mis metas. En este primer intento, alcancé a terminar el primer semestre de Matemáticas. Continuando con la profesionalización, también hice tres especializaciones: Edumática en 1998, Educación Personalizada en el 2001 y, por último, Informática y Telemática en el 2009. También he sido amiga de diplomados,

foros, talleres, seminarios relacionados con la educación de niños, adolescentes, adultos y de cualificación docente.

Volviendo a retomar la situación de orden público, llegué a *La Sierra* huyendo de los sucesos ocurridos en la vereda *La Palmira* en la que, a los pocos días de haber llegado, asesinaron a otro habitante de la zona; aquí vale citar el refrán "Salí de Guatemala para entrar a Guatepeor". A finales de los años 80 e inicios de la década de los 90, el Magdalena Medio se convirtió en un campo de batalla en el que las autodefensas (MAS) tenían como objetivo principal asesinar a los sindicalistas de la Empresa Cementos del Nare, simpatizantes de La Unión Patriótica, por considerarlos subversivos, pero también aprovecharon para quitarle la vida a muchos inocentes mediante el uso de técnicas crueles y despiadadas, sin importar el lugar, la hora, la edad de sus víctimas. Ante el accionar de estos asesinos, la presencia de la fuerza pública era casi inexistente. A estos atroces crímenes le llamaban "limpieza social". Las víctimas caían cerca al colegio, en el puerto, en los establecimientos públicos, en las calles ¡*La Sierra* se había convertido en un infierno!

A algunos docentes fue necesario sacarlos del pueblo a escondidas, amenazados por ser delegados de ADIDA, otros tenían delirios de persecución, se sentían observados, señalados en el trayecto del establecimiento educativo a sus hogares y otros que tenían sus familias en la ciudad de Medellín, fueron trasladados. Los estudiantes también fueron afectados por la desaparición y muerte de sus padres o familiares. Algunos cayeron acribillados por las balas asesinas de los francotiradores de los grupos paramilitares por el hecho de consumir sustancias psicoactivas. Hasta el colegio ingresaban tratando de sacar estudiantes. Lo más triste de la situación es que mucha gente del pueblo formó parte de estos grupos y aprovecharon para vengarse de sus coterráneos por conflictos pasados de poca importancia.

El monstruo del paramilitarismo ganó tanto terreno en la zona que sus militantes se creyeron el cuento de haber alcanzado la cima del poder ¡Pues en algo tenían razón! Ellos eran la autoridad; ellos decían lo que se hacía, cómo se hacía, a quiénes se lo hacían, en otras palabras, eran los jefes que dictaban sentencia. Como eran la autoridad, algunas personas acudían a ellos, bien fuera para solicitar favores personales o a interceder por familiares y amigos. En este aspecto es necesario aclarar que la injerencia del grupo en mención, en el direccionamiento y desarrollo de los procesos de enseñanza-aprendizaje en las instituciones educativas fue nula. Siempre demostraron respeto por ellas, en particular por las que tenían fortalezas, no solo en lo académico, sino también en el deporte, la cultura y lo social. Se hacían encuentros deportivos a nivel intramural e interinstitucional, concursos de baile, festival de la canción, feria de la ciencia, teatro, entre otros eventos. Todos eran a puertas abiertas para que la comunidad se vinculaba a ellos.

En el 2002 con la iniciativa del presidente Álvaro Uribe Vélez, se inicia el Proceso de Paz con las Autodefensas Unidas de Colombia (AUC) que se concretó con la Ley 975 de 2005 llamada Ley de Justicia y Paz, con la cual se da inició a la Desmovilización de los *paras*, pero, al mismo tiempo, se inician los enfrentamientos entre los que se acogían y los que se oponían a los acuerdos de paz. Después de las transformaciones positivas que sucedieron con la Ley de Justicia y Paz, empezamos a vivir en la gloria, situación que se ha mantenido hasta la fecha, pero

trajo consigo el aumento de la venta y consumo de sustancias alucinógenas, las que están causando estragos en adolescentes y jóvenes.

Ahora, retomo nuevamente mi experiencia docente para enfatizar en algunos aspectos de mi trayectoria. Como docente de aula, he tratado de desaprender para aprender, tanto de los procesos de formación académica concluidos (talleres, licenciaturas, especializaciones y diplomados), pero también de los compañeros docentes que trabajan en mi institución educativa y los de otras instituciones con los que intercambiamos experiencias cada vez que se presenta la oportunidad. De los estudiantes aprendo de temas diversos y también estrategias de enseñanza que llevo a la práctica con sus pares. Con modestia y orgullo puedo decir que soy una de las mejores maestras y también puedo afirmar que he asumido mi labor docente con responsabilidad tratando que los estudiantes se formen integralmente y que se les facilite avanzar en los ciclos propedéuticos de la educación formal a los que debe enfrentarse con las competencias necesarias. Entre las estrategias implementadas es importante resaltar: lectura, análisis y comprensión de diferentes tipos de texto, simultáneo con la producción textual; los centros literarios son otra actividad en las que salen a flote la variedad de talentos que tienen los chicos y chicas para el canto, la actuación, la declamación, el baile y otros, incluso para planear actividades de tipo académico.

La experiencia con el periódico El Colombiano que llegaba diariamente después de pagar la suscripción por un año, sirvió para acercar a los estudiantes a este medio de comunicación escrito ¡Lástima no haber continuado con el proceso porque el rector del momento se negó a colaborar con el proyecto! Otra experiencia que disfrutaban los estudiantes fue la de los valores trabajados desde la aplicación en cuatro contextos (aula, institución, familia, sociedad). Ellos mismos se encargaban de los materiales. La dirección de grupo ha sido una significativa experiencia, además de permitir que los jóvenes se sientan valorados, queridos y respetados, una se convierte en un pilar importante en muchos aspectos de su vida personal y escolar, orientándolos y escuchándolos desde el amor hacia la solución de problemáticas diversas que impiden a un porcentaje mínimo de estudiantes desarrollar las competencias requeridas en algunas áreas del conocimiento. Las actividades socioculturales, recreativas, deportivas institucionales o del grupo a cargo, son importantes ya que permiten acercamiento, unidad, ayuda mutua, solidaridad, crecer y aprender juntos.

En este tema considero necesario resaltar algo muy particular que podría servir a otros docentes. Hace algunos años me asignaron un sexto grado, cuyos integrantes venían de varias instituciones con un nivel académico muy bueno. Los acudientes en su mayoría eran muy responsables. Por tal razón acordamos conformar un comité de padres con el fin de hacerle seguimiento y acompañamiento a los estudiantes en lo académico y también en lo comportamental; estas personas se empoderaron tanto de sus funciones que cada vez que se presentaba alguna dificultad de cualquier tipo, eran convocados para dialogar con los muchachos y se proponían alternativas de solución, las cuales se cumplían a cabalidad. El comité se mantuvo con algunos cambios de integrantes durante los tres años que acompañé a este excelente grupo. En noveno los entregué a la profesora Adela Murillo Córdoba que fue una líder social muy recordada y querida por esta comunidad.

La experiencia como Directiva Docente en la que por cuarta vez me desempeño, ha sido muy enriquecedora: la primera vez la cumplí simultáneamente con la asignación académica, la segunda con descarga de algunas horas de clase, la tercera fui encargada por Decreto de SEDUCA, el 28 de octubre de 2003, aproximadamente por un periodo de tres años y esta cuarta vez que ha sido el periodo más largo, a partir de mayo de 2012. La acepté con gusto debido a que desde esta posición tengo contacto con un mayor número de personas por lo que me esfuerzo por mantener relaciones empáticas, comunicación asertiva de manera pertinente y permanente. En las relaciones con mis semejantes trato de ser lo más prudente posible para no herir la susceptibilidad de mis congéneres de cualquier edad. Quiero aclarar que la postulación para este cargo no ha sido idea propiamente mía, siempre ha surgido de otros docentes o de los rectores. Seguramente han visto en mi alguna cualidad para manejar personas sin caer en el abuso de autoridad. De mi parte ha habido buena disposición para aprovechar todas las oportunidades que llegan a mis manos dentro de unos parámetros de humildad, respeto, tolerancia, solidaridad y de todo aquello que se requiera para participar en la conducción de este barco llamado EDUCACIÓN. En la trayectoria de navegación a través del inmenso mar que un día elegí para realizar el Crucero Pedagógico, también hubo tiempo para talleres de capacitación de madres de familia y la educación de adultos en el Ferrini y en la institución donde trabajo actualmente. El trabajo con la población adulta ha sido otra de las oportunidades que me sirvió para humanizar los procesos de enseñanza, respetando los ritmos de aprendizaje de cada persona.

Sé que aún faltan muchas cosas importantes por contar sobre esta considerable y enriquecedora experiencia, próximamente a desembarcar del gigantesco barco que abordé de manera osada y consciente. Sé que he dejado huella en el proceso de formación de pasadas, presentes y muy probablemente en las futuras generaciones, toda vez que ellas expresan sus sentimientos de agradecimiento, nostalgia y anhelos para que los acompañe en su aventura de aprendizaje en el aula de clase.

Para finalizar, quiero resaltar que desde que llegué a este terruño me he sentido acogida, valorada, respetada, escuchada y querida por la mayoría de sus habitantes, a quienes tengo que agradecer por todos mis logros y metas alcanzadas y con quienes he compartido tristezas, alegrías, triunfos y luchas. Mi más ferviente deseo es poder entregar las banderas de este barco a mis compañeros docentes para que las lleven con honor, valentía, profesionalismo y responsabilidad con el fin que aporten a la transformación del pensamiento de las generaciones actuales y las venideras, para que se conviertan en artífices de su entorno mediato e inmediato, siendo gestoras de su propia calidad de vida y de la convivencia pacífica enmarcada en los principios éticos y morales.

Una persona a la que no puedo olvidar y dejar por fuera de este crucero, es a mi hermana Adela que más que ser una hermana, fue, es y siempre será, mi mentora, la que se ha caracterizado por su coraje, valentía y liderazgo en la familia y en la comunidad con la que comparte. Además de ella, hay una incontable cantidad de tutores y docentes que han contribuido a mi proceso de formación académica, compañeros docentes, directivos docentes y administrativos con los que he aprendido a navegar, a mantener el curso en este largo viaje y me han fortalecido con sus orientaciones y apoyo cuando he estado a punto de desfallecer.

CONSTRUYENDO VIDA, FORMANDO CAMINOS

Juliana Marcela Grajales Fernández

¿Por qué elegí ser maestra?

Al plantearme dicho interrogante vienen a mi cabeza muchas ideas, personajes, sucesos o, simplemente, anécdotas, que, por alguna razón, evocan mis pensamientos, ya que considero que soy maestra por elección y no por coincidencia. Para iniciar, deseo mencionar algo que me parece un poco curioso y es que cuando pienso sobre mi preferencia profesional, vienen a mi mente mis dos maestras de Preescolar que, desde que empecé mi Licenciatura en Pedagogía Infantil, fueron protagonistas de ensayos, relatorías, reseñas, entre otros trabajos acerca de profesores que marcaron mi proceso escolar. Lo que me parece curioso es que actualmente me desempeño como maestra en dicho grado.

Recuerdo con cariño a la profe Reinelda, de tez morena, cabello afro y un marcado acento caribeño, que me acogió con profundo afecto, paciencia y dedicación, al verme insegura y llena de miedos. Comencé mi proceso escolar a la edad de cuatro años, pero ella con su voz dulce y sus muestras de cariño constante, se encargó de hacer más ameno el camino formativo que aún no termina. Por otro lado, estaba la profe Piedad, una señora elegante, con voz rígida y un poco "malgeniada" que, más que respeto, inspiraba temor en la mayoría de mis compañeros y compañeras. De ella recuerdo de manera especial un suceso: al pedirle que me dejara ir al baño se negó, por lo que me oriné en el salón, un evento un poco bochornoso al avergonzarme delante de todo el grupo y ponerme a limpiar lo que había ensuciado.

Como lo había mencionado, me caracterizaba por ser una niña tímida e introvertida, a la que le daba temor hablar en público, además de participar en actividades deportivas o recreativas, por lo que en mis juegos no estaba presente el rol de maestra, por el contrario, me gustaba jugar a la secretaria o al restaurante. Durante mi época escolar, me gustaba mucho estudiar y destacarme en cada labor que realizaba, al ingresar a la secundaria me daría cuenta de que las matemáticas

no iban a ser mi mejor aliada, por el contrario, serían un tremendo dolor de cabeza, por ello tuve claro que no quería estudiar una carrera afín con dicha ciencia.

Por otra parte, en mi adolescencia disfruté mi tiempo libre, participando en grupos juveniles, talleres de artes plásticas, comités ecológicos; además de una actividad que recuerdo con cariño: el desempeñarme como catequista de la Iglesia del pueblo donde nací y pase mis primeros años de vida, ya que considero que fue mi primer peldaño en este quehacer que decidí desempeñar durante una buena parte de mi vida. Aún recuerdo cómo me temblaban las piernas cuando debía dirigirme a los padres de familia, durante las reuniones matutinas para informar sobre el proceso de catequesis de los niños y las niñas; incluso se me quebraba la voz y me ponía roja como un *tomate*, sentía que la cara me ardía y las manos me sudaban, sin embargo el trabajo con mis estudiantes me apasionaba y cada día lo disfrutaba más, incluso percibía que cada vez que un grupo de infantes pasaba por mi formación, me permitía aprender nuevas cosas, sensaciones e incluso empezaba controlar mis emociones e inseguridades cuando debía dirigirme a un grupo de personas adultas.

El tiempo fue pasando y mi formación en la básica secundaria estaba a punto de terminar, se acercaba el momento de decidir qué carrera quería estudiar, aunque existía un grave problema y era el hecho de vivir fuera de la ciudad, en un pueblo con pocas oportunidades y sin universidades para continuar con una formación profesional, teniendo en cuenta que pertenecía a una familia de padres jóvenes con tres hijos para educar. La única opción que me planteó mi familia, era que debía pasar a una universidad pública, un tío me regaló el formulario de inscripción para presentarme a la Universidad de Antioquia. Allí empezaron los consejos y las recomendaciones; especialmente de una tía, que me permitiría alojarme en su casa en caso de ser admitida. Ella sugirió que me inscribiera en primera opción a Derecho y en segunda opción a Licenciatura en Ciencias Sociales, si pasaba a la segunda opción, más adelante me podría cambiar de carrera ya que los pensum tenían materias afines. Además de considerar que ella trabajaba en un Juzgado Laboral en la Alpujarra, desempeñándose como servidora pública y se “movía” en el gremio de abogados, que podrían prestarme libros y permitir que yo realizara las prácticas en sus espacios de trabajo.

Yo no me sentía muy segura de tal elección, sin embargo, tenía miedo de que ella no me aceptara en su casa si yo no seguía su sugerencia. Llené el formulario como ella indicó y lo guardé en un sobre de manila, para enviarlo por encomienda a la ciudad de Medellín. Cuando iban a recoger el sobre, decidí sacar el formulario y borrar la segunda opción Licenciatura en Ciencias Sociales y escribir Licenciatura en Pedagogía Infantil, mientras lo hacía, sentía un nudo en la garganta y un vacío en el estómago, casi como si estuviera cometiendo un delito, al ocultar dicha información a mi familia y mentirles acerca de lo que había escrito en dicho papel.

Tenía claro que quería estudiar una carrera relacionada con la parte social, como sicología, trabajo social o un área en la que pudiera compartir con personas vulnerables. Pero las dos primeras no podían ponerse como segunda opción, así que recordé que uno de mis sueños desde muy pequeña era trabajar en Bienestar Familiar con los niños y niñas que salían en los comerciales de los canales nacionales “los niños buscan su hogar”. Recuerdo que cada vez que presentaban

dicho comercial, mi corazón latía más fuerte y un poco más rápido y ocasionalmente mis ojos se llenaban de lágrimas al ver tantos niños y niñas desamparadas esperando una familia que los llenara de amor y cuidados. Pensaba que cuando fuera adulta debía hacer algo para ayudarlos, llegué a imaginarme trabajando interna en uno de esos lugares, compartiendo momentos y experiencias que hicieran más llevadera la estadía de dichas personas en este lugar.

Es otra anécdota que hizo parte de mis escritos durante mi formación como docente, ya que cuando decidí cambiar la carrera en aquel formulario, pensé que era la más apropiada para cumplir dicho sueño. Ser maestra, otra forma de contribuir en el mejoramiento de la calidad de vida de tantos niños y niñas en situación de vulnerabilidad. Y fue así como el destino se encargó que fuera admitida como estudiante de Licenciatura en Pedagogía Infantil. Allí mi vida daría un giro de 180 grados. Me separaría de mi familia por primera vez y abandonaría mi lugar de nacimiento. Llena de ilusiones, temores y expectativas, viajé a la ciudad de Medellín donde me radiqué para realizar mis estudios profesionales.

Recuerdo que la universidad se convirtió en mi segundo hogar, allí conocí muchas compañeras, algunas con las que entablé una amistad que aún perdura, empecé a amar lo que hacía, lo que aprendía, la universidad, mi formación y a tener la certeza de haber tomado la mejor decisión, gracias a ello, estaba disfrutando cada uno de mis pasos por el Alma Mater.

Cada práctica pedagógica, se convertía en un acercamiento continúo hacia mi profesionalización. Desde diferentes ámbitos y en diversos entornos socio-económicos y culturales, pude experimentar el rol de maestra en fundaciones que operan con poblaciones vulnerables, hogares comunitarios, sector público, sector privado, entre otros, cada uno enriqueciendo mi proceso formativo desde sus características propias.

El tiempo fue pasando rápidamente, logré culminar mi carrera, con esfuerzo y dedicación, trabajando para pagar mis estudios, logré alcanzar uno de mis sueños más preciados. El día de la graduación se acercaba, así que decidí empezar a enviar hojas de vida, buscando un empleo afín con lo que había estudiado. Conté con muy buena suerte, presenté una entrevista de trabajo tres días antes de graduarme, para laborar con Buen Comienzo, un programa de que atiende a la primera infancia en la ciudad de Medellín, con poblaciones vulnerables. Pasé la entrevista y el proceso de admisión para dicho empleo, me gradué un jueves y al siguiente lunes ya tenía empleo como maestra. La felicidad me embargaba por las expectativas y las ganas de poner en práctica todo lo que había estudiado. En aquel lugar trabajé durante tres años y escuché por primera vez la palabra “profe”, estando graduada como Licenciada; recuerdo que mis oídos disfrutaron dicha palabra, como uno de los más bellos halagos que he recibido en mi vida. El tan anhelado día llegó, mi primera experiencia de trabajo, en el barrio Zamora, con niños y niñas de tres años de edad en el grado pre-jardín. Allí fui bien acogida, una coordinadora excepcional, con una inmensa calidad humana y ni hablar de mis compañeras, excelentes profesionales, a quienes les debo muchas de mis estrategias y tics docentes, para llamar la atención de los niños y las niñas y mantener la concentración durante el desarrollo de las actividades.

Aunque no era el espacio que yo esperaba (estructura física) ya que una planta era una Iglesia Cristiana y en la segundo piso una casa, con algunas

adaptaciones para la atención de alrededor de cien niños entre los dos y cinco años de edad, puedo decir que aquel lugar se convirtió en mi segunda universidad, allí aprendí a trabajar a partir de los intereses y necesidades de los niños, las niñas y la comunidad, a desempeñarme sin las comodidades propias de un lugar diseñado para la formación y el aprendizaje. Me disfracé decenas de veces, canté, jugué, dancé, formé y viví múltiples aventuras al lado de mis colegas y pequeños. Realizamos viajes imaginarios por todo el mundo, fuimos al Polo Norte, a Japón, disfrutamos un safari por el África y recorrimos Suramérica, entre risas, chanzas, colores y mucha creatividad mi vida estaba rodeada de abrazos y muestras de cariño.

Durante mi estancia en Buen Comienzo me presenté al concurso de méritos, buscando una vinculación con la Gobernación de Antioquia, recuerdo que mi padre me dijo que fuera vestida con colores vivos, ya que atraían las buenas energías. Le hice caso y me fui con un pantalón aguamarina y una blusa de flores con muchos colores, al llegar al lugar de la prueba, me encontré con personas mayores que yo, a los que se les notaba largos años de experiencia en la docencia. Ello me causó un poco de inseguridad y miedo ya que yo apenas iniciaba mi proceso como maestra y no llevaba ni un año de experiencia laboral. Pero los sueños suelen ser más grandes que los miedos, así que presenté la prueba con la fe intacta, creyendo en mí y en lo que había aprendido durante mis años en la universidad y en los sitios de práctica, dejé todo mi corazón en dicha prueba.

Una vez salieron los resultados, sentí una felicidad inmensa, reí, lloré y hasta grité, me temblaba todo el cuerpo, llamé a mis padres y con la voz entrecortada les di tan esperada noticia, miré varias veces el resultado para cerciorarme que no estuviera equivocada, allí estaba la tan esperada frase “Admitida, continúa en el proceso de selección”. Pero aquella alegría se vería opacada, al perder mi empleo en Buen Comienzo, pues una vez se enteraron que pasé el examen de admisión al magisterio, me terminaron contrato, argumentando que aquella entidad no era *escampadero* para nadie, ya que en cualquier momento iniciaría mi proceso en un nueva Institución. Empecé a buscar otras posibilidades, ya que sabía que la convocatoria aún tenía un proceso que podría demorarse varios meses, tocando puertas recordé que una compañera de la universidad tenía un preescolar privado, decidí mandarle mi hoja de vida y casi de manera inmediata pasé el proceso de selección para trabajar en su Institución. Un preescolar ubicado en el parque de Sabaneta, allí me fue asignado el grado de pre-jardín, para las dos jornadas con dos grupos que oscilaban entre los doce y quince niños y niñas de tres años de edad, mientras que en Buen Comienzo tenía a mi cargo grupos de aproximadamente veinticinco a treinta estudiantes.

Empecé a percibir notables diferencias entre el sector público y el sector privado, no solo por el número de estudiantes por grupo, las locaciones físicas eran bastante diferentes, aquel nuevo lugar estaba dotado no solo de salones, también de biblioteca, casa de muñecas, sala de construcción, cocineta, parque infantil y un patio bastante amplio y cómodo para disfrutar de los descansos, contaba con material tecnológico, televisores, computador, cabina de sonido, profesor de inglés y de baile. De igual forma, la metodología era bastante diferente, el juego pasaba a un segundo plano, en aquel lugar se daba principal importancia a la parte académica, los niños y niñas debían adquirir determinados conocimientos durante

cada trimestre, sin embargo, procuraba que aquellos saberes los obtuvieran de una manera divertida, con material concreto y llamativo, se trata de variar los lugares y no dar las clases siempre dentro del aula.

Es de resaltar que siempre me causó admiración el respeto y compañerismo con que se trataban los estudiantes, pocas veces se escuchaban palabras ofensivas o riñas entre ellos, procuraban mantenerse limpios y acatar las normas establecidas durante su estadía en el preescolar. Los meses fueron pasando y se acercaba el momento de asumir un nuevo reto, trabajar en el sector oficial, esta vez más lejos de mi familia y en un lugar nuevo, del que muy poco había escuchado, pero que las personas al referirse a él casi siempre aludían a su clima inclemente por sus fuertes oleadas de calor. El rector de mi nueva Institución ubicada en el municipio de Puerto Berrio, me consiguió el apartamento donde viviría, mi madre y mi hermana me acompañaron para instalarme en el que sería mi lugar de residencia por los próximos años. Recuerdo que llegué tranquila y muy entusiasmada por el nuevo reto que asumiría. Inmediatamente el calor me causó mucha impresión, no recordaba haber estado en un lugar tan caluroso en ningún otro momento de mi vida.

El mismo día que llegué al municipio (viernes) me presenté a la institución, en horas de la tarde. Me recibió uno de los coordinadores a quien le entregué la papelería requerida para el inicio de mi labor, una vez me dio la bienvenida al lugar me dijo que me presentara el próximo lunes a las 7:00 am, ya que me correspondía laborar en la jornada de la mañana y que él se comunicaría con las familias de los niños de mi grupo, los cuales llevaban varios días sin clase, pues la profesora que se encontraba en provisionalidad, una vez se enteró que su plaza había sido elegida, no regresó a la institución.

Mi familia me ayudó a instalarme y al tercer día decidieron partir, ya que el calor era insoportable. Apenas era domingo y no conocía a nadie en el municipio, llevé a mi madre y a mi hermana a la oficina de transporte público y una vez me devolví para el apartamento, tuve una crisis nerviosa, me llené de angustia, sentí que me había equivocado en la decisión que había tomado, me sentía sola, desamparada, llena de miedos y con un calor que soportaba a medias, entre el llanto, golpeaba las paredes y me abrazaba a mí misma de manera inconsolable. Al siguiente día me presenté a la institución a la hora indicada, con los ojos un poco hinchados, llena de dudas y expectativas por lo que me esperaba, tenía un sinfín de preguntas y curiosidad por lo que me esperaba, en mi trayecto profesional, aún no había sido profesora del grado transición, ni había trabajado en el sector oficial.

Me recibió la coordinadora de la jornada de la mañana, con cara amable y un tono de voz suave, me entregó las llaves del aula de clase, me indicó su ubicación, además de señalarme el grupo de papás y mamás que me esperaban para que sus hijos e hijas retomaran de nuevo las clases. Me presenté a las familias y los estudiantes (alrededor de veinticinco). Las madres y padres se retiraron, me quedé a solas con el grupo en un salón amplio, con baño, aire acondicionado, varios ventiladores, closet, televisor, material de construcción, deportivo, libros infantiles e instrumentos musicales. El lugar era agradable y fresco, en un principio me sentí cómoda, pero para mi sorpresa los niños y niñas empezaron a subirse a las mesas, las estanterías, a jugar con todo lo que había a su paso, sin escucharme, sin que yo ejerciera ningún tipo de norma o autoridad sobre ellos, me llené de angustia y

pensé: ¡Yo dónde me metí, que error tan grande cometí! Poco a poco logré que se ubicaran en sus puestos y al poco tiempo se llegó la hora del descanso.

Al salir me encontré con otra maestra de transición que, al verme con un semblante de angustia, se acercó para darme palabras de aliento. Ella también había pasado por lo mismo, venía de otro departamento y brevemente me contó su historia y proceso de adaptación al municipio, me sentí identificada, sus palabras se convirtieron en mi aliento. A medida que los días fueron pasando, los niños y niñas empezaron a identificarme como maestra, a disfrutar de las clases y de su estadía en el aula. Empecé a crear una rutina de trabajo, una vez llegaban, debían saludar, ubicar sus pertenencias en el lugar correspondiente y tomar asiento, posteriormente se realizaba una calurosa bienvenida, acompañada de cantos, rondas, ubicación en tiempo y espacio y llamado de asistencia, para luego pasar a desayunar al restaurante escolar.

Una de las estrategias implementadas en el aula, fue el trabajo por rincones (construcción, artístico, deportivo, musical y literario), una vez salían del restaurante cada estudiante podía disfrutar del juego en un rincón algunas veces sugerido por mí y otras veces a su libre elección. Empecé a aprovechar este espacio para escuchar conversaciones, juegos de roles e identificar gustos, necesidades e intereses y empezar a implementar el trabajo por proyectos pedagógicos. Luego del juego por rincones, iniciaba el desarrollo de las actividades relacionadas con el tema central del proyecto de aula, actividades de motivación y de aplicación, finalmente se realizaba un cierre de la clase, recordando las temáticas trabajadas durante el día, la despedida y motivación para regresar al día siguiente. Los días fueron pasando rápidamente y por primera vez participe en la ceremonia de graduación del grado transición, siendo directora de grupo. Aquel día me sentí muy feliz y orgullosa, a pesar de no haber estado todo el año lectivo en su proceso de formación, sentía que el tiempo que había estado con ellos había sido suficiente.

Al año siguiente, desafortunadamente las cosas empezaron a complicarse para los estudiantes y maestras del grado transición de la institución educativa, sus salones empezaron a agrietarse y mostrar serios desgastes en sus paredes y techo, debimos ser evacuados. En un principio fuimos ubicados en una sede rural de la misma institución, los niños quienes estudiaban de 7:00 a.m. a 11:30 a.m., tuvieron que cambiar de jornada e ingresar de 12:30 p.m. a 5.00 p.m., en un salón sin aire acondicionado y sin baño dentro del mismo, en una escuela a una distancia considerable, ya que para llegar hasta allí debían utilizar transporte. La deserción escolar fue considerable, las familias aludían a que no tenían tres o cuatro mil pesos diarios para pagar el transporte de los niños, de veinticinco estudiantes llegué a tener dieciocho, así que las familias empezaron a buscar otras opciones, entre ellas la Ciudadela Educativa América, ubicada en el parque principal del Municipio. La Alcaldía accedió a prestar uno de sus salones y es allí donde nos encontramos ubicados actualmente hace más de dos años.

La planta física es diferente, pero la labor continua, aún se sigue implementando el trabajo por rincones y por proyectos pedagógicos, se procura realizar un tránsito armonioso cuando salen de la educación inicial e ingresan a la escuela oficial al grado transición y a final de año se realiza el mismo proceso, pero esta vez para prepararlos para su paso a la educación primaria. A pesar de no ser el espacio más propicio para la formación de los niños, ya que no se cuenta con

espacios recreativos y constantemente ingresan habitantes de la calle, consumidores o viajeros de paso, la Institución Educativa América, en compañía de sus docentes, procura brindarles un espacio de amor, esparcimiento, aprendizajes, juegos y risas, día a día, esperando el tan anhelado regreso a las instalaciones principales del colegio, donde siempre hemos debido estar.

Y ASÍ SE HIZO MAESTRA

Kelly Edith Aguirre Guerra

Empezaré la historia diciendo que *se hizo docente por accidente*. Nunca había pensado en serlo ni cuando estaba pequeña; era común ver a las niñas jugar a ser maestras, ahora los juegos son diferentes. Siempre quiso ser cantante, aunque su voz no fuera bonita, en ese entonces ella se escuchaba bien ¡Su voz era una hermosa melodía!

Sin embargo, sus sueños fueron mutilados por la moda, el desconocimiento y el afán de no quedarse fuera del grupo; el grupo de las *chicas con novio*. Todas tenían menos ella ¡Qué pena! ¡Qué vergüenza! No podía ser la de menos; así que se puso a trabajar en eso como quien busca desesperadamente un empleo para subsistir; su desesperación era no seguir siendo la burla de sus *amigas*. Conseguir novio fue algo difícil o por lo menos para ella lo fue, pero al fin un día cualquiera lo logró […] No era exactamente su príncipe azul, pero tenía novio ¡Que emoción! Tenía un novio, aunque al escondido de sus papás.

Como toda chica inexperta, sin estar en sus planes, diez meses de noviazgo y tuvo su primer hijo, motivo por el cual dejó sus estudios de secundaria. Ahora tenía una vida diferente queriendo ser madre, esposa y estudiante. Nada fácil, pero tenía que hacerlo, sus planes no eran ser ama de casa para toda la vida y sin embargo a escasos tres meses para graduarse del bachillerato, tuvo su segundo hijo, un nuevo motivo para seguir luchando.

Ahora bien, siendo madre soltera de dos hijos su futuro no era muy prometedor […] La vida es un constante cambiar y no todo es malo, ella tuvo la oportunidad de conocer a una inestimable persona que la ayudó económicamente para continuar con sus estudios en el ciclo complementario, aunque a ella no le llamaba para nada la atención, ser docente le aterraba, sentía miedo, no se veía en esas; pero ya no se trataba solo de ella, eran tres y por asegurarle el futuro a sus hijos cualquier sacrificio valía la pena.

Dos años más tarde, y con el peso de saber que sus compañeros se encontraban laborando como docentes, el desempleo de Kelly con sus hijos para mantener era desesperante, se volvió más católica que nunca, prendiéndole vela a cuanto santo conocía hasta que por fin el milagro sucedió: “¿Con la señora Kelly Aguirre?” fue lo primero que escuchó al decir aló. Era la llamada millonaria del municipio de Yondó, el Secretario de Educación, Ramón Emilio Arenas, un hombre bajito, gordo y de anteojos que con voz fuerte continuó, “profesora Kelly, la espero el día lunes para que firme contrato y trabaje con nosotros. Recuerde que deberá alejarse de su pueblo, de su familia y amigos, ¿si está dispuesta?” ¿¡Qué si estaba dispuesta!? Por Dios, estaba esperando ese día como el amante espera a su amada, como aquel que espera y no se cansa de esperar conservando siempre la esperanza de que algún día se dará; creo que ni lo dejó terminar su respuesta de manera automática respondió: “Sí señor, claro que acepto”.

El municipio de Yondó queda cerca a Puerto Berrío, en límites con Barrancabermeja (Santander). *A tan solo* 5 horas de la cabecera municipal, por carretera destapada, que comunica Yondó con Puerto Berrío, queda la vereda *La Congoja*, paradójicamente así se encontraba ella: “acongojada.” Este era un lugar sin agua, sin energía eléctrica y sin unidades sanitarias, pero con una buena planta

física: dos salones, un restaurante escolar y una habitación que parecía ser el dormitorio del docente. Allí sola, en aquel sitio desconocido, con el mismo miedo de siempre y muchas preguntas esperando respuesta, no sabía cómo empezar, qué hacer, lo cierto es que casi se devuelve para su casa; pero al pensar en sus dos motores de vida siguió adelante.

Esa primera experiencia nunca se olvida, como tu primer helado, tu primer beso, tu primer novio […] tu primer hijo, eso se queda contigo para siempre. La escuela tenía el mismo nombre de la vereda. Inició con 30 niños repartidos en todos los grados, tratando de poner en práctica lo que le enseñaron en su Normal, aunque siendo sincera, poco de lo que te enseñan te va a servir en tu vida como docente, de allí el dicho "la práctica hace al maestro", todo lo aprendes cuando estas allí, en el campo, en la situación, es ahí donde verdaderamente te haces. Pues bien, entre una cosa y la otra, con lo bueno y lo malo, con el día a día, se enamoró de lo que hacía, se enamoró de sus estudiantes. Ya era docente y no le quedaba otra cosa que querer lo que hacía y tratar de hacerlo bien.

En *La Congoja* duró seis años como docente provisional. Durante ese tiempo conoció muchas personas, desde dueños de enormes haciendas, hasta el conductor de la buseta que resultó ser su vecino en Puerto Berrio, hoy recuerda aquel lugar y viene a su mente la familia Marín Mora, gente humilde, sencilla y trabajadora, con un gran número de integrantes; la mayoría de estos formaban su escuadrón estudiantil.

Los Marín Mora, fueron tocados por la tragedia en muchas ocasiones, desde haber sido víctimas de violación, hasta la trágica muerte del ser más noble sobre la faz de la tierra Emilia, joven, trabajadora, luchadora, madre de cinco hijos, tocada por la ola del VIH, arrancándole la vida a los treinta años. Emilia era su mano derecha e izquierda, no había nada que le pidieras que ella se negara hacerlo, por más lejos que tuviera que ir siempre iba, con aquella mujer aprendió a cortar leña, a sembrar y arrancar yuca, a caminar sin quejarse durante varias horas seguidas por potreros y montañas, a mojarse bajo la lluvia y empantanarse en cuanto charco se formaba, a hacer las empanadas para vender los domingos que salían los trabajadores al caserío. En fin, Emilia era una *mula* para el trabajo.

Con la aparición de los famosos concursos de vinculación y después de muchos intentos y muchos fueron muchos, logró vincularse con el departamento y trasladarse de municipio y de escuela. A pesar de anhelarlo tanto, sintió tristeza: no era fácil alejarse de aquel lugar, de su nueva familia Marín Mora […] Era una decisión difícil, pero no había nada que pensar, había llegado el momento de decir adiós. Llanto y tristeza se reflejaron en algunos rostros, en otros la felicidad no se ocultaba. Al partir, de nuevo aparecieron sus miedos más grandes que nunca, creo que todo lo nuevo le asustaba; su nueva vida empezaba en Puerto Triunfo, corregimiento *Las Mercedes*, cuna de personajes llenos de magnos poderes. En aquel lugar vivió literalmente cuatro años. La Institución Educativa Rural Hermano Daniel era muy diferente a La Congoja, contaba con todos los servicios básicos agua, energía eléctrica, señal telefónica, internet y veinticinco compañeros docentes, ya no estaba sola.

Experiencias más buenas que malas, pero sí recuerda una en especial, entre pena y risa, Alonso Ciro, el tipo de estudiante que todos deseamos no tener en nuestro salón de clase, joven del grado quinto […] Una tarde calurosa, cuando tan

solo faltaba una hora para terminar la jornada, Alonso logró sacarle el apellido Guerra y se ganó uno de esos gritos que solemos pegar los docentes. En qué estaba pensando no lo sabe, solo era irritante verlo gritar por todo el salón y no atender al llamado de orden que se le hacía, era cuestión de se sienta o se sienta. Alonso se sintió intimidado, a tal punto de ponerse a llorar, quizás por la burla de sus compañeros o simplemente hirió sus sentimientos, esa experiencia casi le cuesta el puesto como docente. Aunque doña Luz Mila, su madre, nunca se lo perdonó por más disculpas que le presentará. Chumila, como la conocían sus amigos, no desaprovechaba cada entrega de calificaciones o reunión de padres de familia para recordarle su error y, mientras tanto, nuestra profe pensaba en cada encuentro con ella. De aquella situación aprendió que no es cuestión de se sienta o se sienta. sino siéntese cuando quiera, cuando usted así lo desee, cuando te des cuenta que tu actitud está afectando el grupo, así de fácil, así de simple. Con Alonso empezó a no querer los grados quintos. Quinto es un grado pesado para una profesora calmada, serena y muy pasiva, la docente Kelly rara vez grita, eso también lo aprendió de Ciro; ella piensa que no hay necesidad de gritar; sin embargo, el estudiante de estos tiempos está lastimosamente acostumbrado a los gritos, de tal modo que si no se le grita no hace caso.

Después de cuatro años en Hermano Daniel, consiguió ser trasladada. Nuevamente la tristeza de la despedida la invadía profundamente. Esta vez ya no era la familia Marín Mora, eran sus dos grandes amigos profesores Jaiver y César, el primero tolimense y el último de Almaguer Cauca, pero con acento a pastuso, amistad como esa poca desde ir al charco “donde Pablo Escobar perdió su argolla”, hasta pasarnos un domingo entero viendo televisión. Jaiver era el más hablador de los tres, siempre le gustaba estar entre mucha gente, charlar y recochar, él era más revolucionario, más estricto, pero menos comprometido con su labor docente, Javier es más bien relajado. César era el más joven, callado, casi no hablaba, pero muy observador y calculador, bueno para las matemáticas, las ciencias naturales y las mujeres; César sí que era descomplicado, su risa su mejor descripción.

Su traslado fue para su pueblo natal Puerto Berrio, vereda *La Carlota*, escuela La Carlota, a tan solo 20 minutos de la cabecera municipal. Más afortunada no podía ser, allí está hace cuatro años como la primera vez, tratando cada día de ser la mejor docente; ya no por sus hijos, por los estudiantes, por cambiar esa mentalidad de facilismo y de pereza. Sus estudiantes no tienen sueños, no tienen metas, no se ilusionan, van a la escuela solo por ir, algunos se la pasan todo el día sentados en la silla sin motivación alguna; unos se enferman diariamente, otros se les pierden los materiales, las excusas para no trabajar están a pedir de boca. Todas esas son razones que la motivaron hacer de su trabajo una importante experiencia, a veces se le escucha decir: “creo que están cansados de la rutina del diario vivir entre guías y guías. Estoy casi segura de que la educación no es solo conocimiento” y termina identificándose con la filosofía japonesa, “la educación debe estar sustentada en tres pilares, conocimiento, moral y cuerpo, cada una complementando la otra”.

En esta escuela conoció a Durani Andrea Moreno Trujillo, una estudiante que está en grado quinto, nuevamente ella y sus quintos. Andrea viene del Departamento de Santander, de una veredita llamada *Las Montoyas*, a sus quince años ha vivido más que su profesora, con indicios de consumir drogas, liberada,

divertida, alocada, desafiante, sin temores ni pena, así es ella. Cuando Durani llega al salón, la profesora descubre que es una niña con problemas de comportamiento, su ficha de observador detalla una a una “todas sus travesuras”, al preguntarle el porqué de su comportamiento se pone a reír y responde “esos profes me tenían en la mala”, sin embargo, le queda un sin sabor, ella sabe que la estudiante tiene problemas para adaptarse al grupo, en especial con las demás niñas, Andrea no tolera la hipocresía, suele decir “somos uno solo, no dos ni tres” para referirse a que debemos ser los mismos siempre.

Para Kelly, Andrea no es una estudiante más, es un ejemplo de vida, solo quiere terminar este año para poder estar de nuevo con su familia; pues vive con su hermano en una finca cerca a la escuela, cuando dice esto llora “sí profe, yo sé que la cagué, si pilla yo sé que soy la única responsable de estar aquí lejos de mi familia, sé que mi comportamiento alocado, el consumo de marihuana y el enamorarme de alguien que ya tenía mujer hizo que mi mamá me mandara para acá, pero todos tenemos derecho a una segunda oportunidad y esta es la mía”, Inmediatamente la profesora cambia el tema, de lo contrario las dos llorarían, Andrea y ella suelen compartir pequeños secretos de sus vidas, la profe se ha ganado la confianza de aquella niña que sabe esperarla todas las mañanas en la puerta de la escuela para decirle “entonces qué mi profe, ¿cómo amaneció?” o despedirse con “todo bien Kelly y que mi Dios me la bendiga”.

Al entrar de vacaciones de mitad de año, Andrea no es la misma. Se nota agresiva, ofensiva y arrogante. Se comenta en los pasillos “le hicieron daño las vacaciones a la estudiante Moreno” y se comprueba que muchas cosas de las que hay escritas en su ficha de observación son ciertas. La profesora sabe qué es lo que le pasa a su amiga “yo me quiero ir, profe” traducido en un “me hace falta mi mamá”. Andrea empieza a sentirse sola, ella no quiere estar más aquí, se aguanta porque su mamá se lo pide, porque su hermano le ofreció una última oportunidad y si ella decide irse lo perderá todo; su estudio, su casa y su familia. Lo último que le dijo su mamá fue “si se viene para *Las Montoyas* no vuelve a estudiar y mire qué va a hacer”. Sin embargo, la convivencia escolar no ha sido la mejor después de las vacaciones, Durani le ha dañado los cuadernos a una compañera vaciando dentro del bolso una gaseosa, insulta a sus compañeros, les hurta sus pertenencias y se las bota a la basura, sin que se den cuenta y en ocasiones no le importa que sepan que fue ella, se burla de ellos y no los tolera, ya nadie quiere acercarse a esta joven.

La docente se encuentra en una situación difícil, por un lado, Andrea es su amiga y no quiere seguir el proceso disciplinario con ella y menos citar a su acudiente (hermano); por otra parte, está la integridad de los demás estudiantes. Cierto día en una reunión que programó la escuela la profesora abordó de manera informal a José su hermano. En medio de su inocencia la docente creyó que Andrea no se enteraría de tal charla. Pasó todo lo contrario hubo necesidad de entablar el conversatorio con ella presente, solo los tres, inició poniendo al tanto a José Trujillo del comportamiento de la niña, la profe se sintió como el ser más chiquito sobre la tierra, Durani lo sabía y se preguntaba ¿qué pasó con la confianza? Su mirada lo dijo todo. Para ella, se había faltado a su confianza, una confianza mal interpretada de parte suya, esta se limitaba a “no diga nada, es la única regla de los amigos” ¿quién le enseñó esto?, sus parceros de *Las Montoyas*. La tarea de la profe ahora

era aún más difícil que al principio, reconstruir una confianza que se sentía traicionada, difícil sí, pero no imposible.

La niña Moreno duró casi un mes sin dirigirle la palabra a su profesora, solo se limitaba a lo estrictamente académico y, sin embargo, la pedagoga no se daba por vencida, a través del diálogo y del buen trato logró lo que ella pensaba nunca volvería a darse. Cierta mañana, mientras se dirigía a su escuela, pensaba en la manera de abordar a la estudiante, de explicarle las razones, que fuera consecuente y entendiera el porqué era necesario que su hermano conociera la situación. Y así fue, ya con un mes de diálogo indiferente y la iniciativa de esa mañana, Andrea lloró, se desahogó, y dijo "¿sabe qué profe?, yo la entiendo y relájese que no ha pasado nada". Afortunadamente, Durani mejoró en su parte académica y disciplinaria, ahora es su mejor estudiante y sigue siendo su amiga. Ella es su mano derecha en la escuela. La docente suele repetirse una y otra vez, lo que no se resuelva hablando no se resuelve con nada; esto es lo que se hace en el salón cada vez que se tienen dificultades, no solo con Durani; con todos, un diálogo basado en el respeto, bien sustentado, donde somos capaces de ser nosotros mismos y a la vez ponernos en el lugar del otro, de este modo se cambia pensamientos, mentalidades y comportamientos.

Historias como esta consiguen que te apasiones con lo que haces, saber que es algo más allá de ti, que eres alguien en el que muchos confían, eres el que está ahí para escuchar, para saber que algo pasa con Alonso que llegó inquieto hoy a clase; para entender a los Marín Mora puesto que el VIH a su mamá les arrebató; que Andrea pese a sus muchos errores quiere una oportunidad más. Eso es precisamente ser docente para mí, ser uno más de la clase, entender que el conocimiento no es solo mío, el conocimiento se hace y lo hacemos todos. Terminaré mi escrito diciendo: "mis miedos me seguirán toda la vida, pero siempre habrá una razón para enfrentarlos y ser mejor".

UN NUEVO RETO

De educando a educador, de enseñar a aprender

Liliana Katherine Duarte Pérez

Esta historia comienza aproximadamente veintidós años atrás, en una escuela urbana de la ciudad de Cúcuta del Departamento de Norte de Santander, cuyo nombre era escuela San Pedro Claver. Tenía algo muy peculiar (que creo muchos no han olvidado), mi lema, “Escuela San Pedro Claver, es mi presente, es mi futuro por eso la quiero, por eso la cuido”. Esta frase se repetía cada mañana antes de iniciar clases […] Retomando la historia, me encontraba cursando segundo grado, mi profesora y titular de grupo se llamaba Nubia Stella Montañez, un nombre muy hermoso, una señora alta de contextura gruesa, cabello liso, siempre bien vestida y maquillada, de un carácter muy fuerte, dura y fría en algunas ocasiones, pero de buen corazón, era considerada una de las mejores de la escuela, una tesa, inteligente y con mucha experiencia, por lo tanto, pocos padres, alumnos, como se les decía en esa época, y también pocos docentes, le llevaban la contraria, más bien la respetaban (fue esa primera persona que me llevó a grabar en mi mente la frase “quiero ser una profesora”).

Y hablando de profesores continuamos unos años más adelante en el grado séptimo, ya entraba en la adolescencia y conocí a alguien más que sin saber reforzaba mi idea de ser docente; una nueva maestra llamada Gloria, una señora de edad avanzada que a primera vista inspiraba miedo y terror, pero, a la vez, a mí me inspiraba la ternura de una abuelita […] ¿quién iba a pensar que esa mujer también era paciente, sencilla y creativa? Ella desbordaba experiencia y su forma de enseñar fue el detonante para que me gustaran las matemáticas. Esa docente vio en mí, una estudiante callada, un poco tímida, responsable y tranquila, a una líder emprendedora, algo que nadie había notado. Para despertar esa capacidad me envió a un curso de liderazgo al que iban cinco estudiantes del colegio y allí logré descubrir “eso” que me llevaría a donde no imaginaría. Al mismo tiempo llegó una docente de biología pasante de la Universidad de Pamplona llamada Tania, su belleza, delicadeza, cariño, inteligencia y didáctica logró enamorar a todos los estudiantes, quedando inmersos en el mundo de las ciencias naturales; cierto es que esa linda muchacha fue una motivación de inteligencia, combinada con amor y belleza.

No diré que todo ha sido color de rosa, ya que en el camino también aparecen personas que hacen que los miedos se transformen en pesadillas. Al llegar a este punto me encuentro en grado décimo en un nuevo colegio. Conocí a la profesora Emérita, titular y maestra de matemáticas que logró con método tradicional, inteligente, pero poco creativa, acabar esas ilusiones, tanto así, que, mi rendimiento académico desmejoró considerablemente. Algo más hay que añadir y son las ganas de estudiar que poco a poco fueron decayendo, aun así, se presentó la oportunidad de poner en práctica lo aprendido con mis mentores, con mi primo de primaria que lo dejaban cuidando en las tardes para que le ayudara con las tareas ¡Ese fue mi primer paso!

En este nuevo colegio conocí a un muchacho que me cautivó y con detalles supo ganarse mi atención y mi cariño. Sin pensar, el colegio al ser tan grande, se

prestó para que nos enamoráramos y empezáramos una relación como pareja. Nos veíamos en los descansos, en lugares ocultos a la vista de los docentes, aprovechábamos los eventos o actos culturales donde no había casi vigilancia, pero más temprano que tarde esa relación trascendió más allá de los muros de esa institución y en encuentros clandestinos a escondidas de mis padres, enamorados, comenzamos a tener una vida sexual activa. Un año después quedo en embarazo, tuve mi bebé cuando juntos terminábamos el bachillerato, una situación a la que era muy difícil darle la espalda, por lo tanto, decidimos salir adelante con cierta madurez y el apoyo de mis padres.

Ahora, ya hecha una bachiller y madre adolescente soltera, mis miedos toman otro rumbo, se ve muy lejos la idea de ser profesional, no obstante ser madre no me impide continuar mis estudios, pero hace el camino un poco difícil. En ese momento cuando todo parecía perdido, salen por medio de la Alcaldía de Cúcuta, una cantidad de becas con diferentes carreras, a las cuales cualquier bachiller puede postularse, siendo así, el primer paso fue postularme y esperar a quedar seleccionada, aspirando a la carrera de Licenciatura en Pedagogía Infantil como primera opción y Licenciatura en Matemáticas e Informática como segunda opción; dicho proceso duró un mes. Finalmente, fui favorecida con una beca para toda la carrera y debía mantenerla con un promedio no menor a 4.5, por lo tanto, había que aprovecharla al máximo.

Es significativa la importancia que tuvo dicho proceso de enseñanza-aprendizaje en el que me preparaba para un nuevo reto “Aprender a enseñar”, dicho de este modo, en cada práctica pedagógica iba adquiriendo experiencias significativas que enriquecían mi proceso de trabajo con niños y para los niños, comprendía la importancia de retroalimentar mis vivencias, de cambiar el modo de vida y la visión propia de cómo iba a ser mi quehacer pedagógico.

Estando en la universidad hubo una materia sobre las TIC`s la cual, al principio, me pareció un poco difícil, pero con el pasar de las clases se tornó muy interesante porque los temas que veía me gustaban, no pensé que las nuevas tecnologías me fueran a llamar tanto la atención y poco a poco aprendí todo perfectamente, le tomé mucho amor a un mundo fascinante por descubrir; solo me imaginaba estar con los niños sentada enseñándoles todas esas cosas que estaba aprendiendo. Cosas divertidas, emocionantes y que hacían que desarrollara mi creatividad e imaginación; tanto fue el gusto que ayudaba a mis compañeros a hacer sus trabajos y mis calificaciones fueron excelentes, todo mi aprendizaje me sirvió para la vida. Una puerta nueva se abre cuando ingreso, aunque un poco tarde, al semillero de investigación de la universidad, orientado a potencializar y reforzar los procesos de investigación en los estudiantes de licenciatura, ya que este hábito lo estaban perdiendo los educandos.

En una de esas prácticas pedagógicas universitarias se dio la oportunidad de hacerlas en un lugar llamado “La ciudadela del niño”, en el cual se albergaban niños entre los diez y dieciocho años aproximadamente, que al parecer llegaban allí por ser “niños problemas”, “pequeños delincuentes”, “los que ya no quiere nadie”, denominaciones que se les daba debido a que entraban a ese lugar por sus malas conductas y transferidos por Bienestar Familiar. Cuando se inició ese proceso de formación pedagógica junto con una compañera, el miedo nos poseía de solo imaginarnos que esos niños nos podían hacer algo malo, pero, como dicen por ahí,

“no juzgues sin conocer”. Efectivamente había niños que por más que se les enseñaran valores u otras formas de ver del mundo y de vivir en él, ellos ya tenían sus formas de vivirlo y manipularlo a su antojo; pero, por otro lado, estaban los que aún tenían una esperanza de cambio, de renovación, de un nuevo comienzo y que, todavía, no paran de soñar, en ellos se vi que el trabajo que haría en ese lugar no estaba del todo perdido.

A pesar de los buenos tratos y la forma de convivir con ellos, algunos aún se mostraban apáticos a recibir las buenas cosas y a ver el lado bueno de lo no tan bueno; todo lo contrario, en algún momento se les llamó la atención y se salieron del salón, en represalia nos esperaron a la salida del centro y nos dijeron que si volvíamos a joderlos iban a enviar a unos amigos “no tan buenos” que tenían afuera. Al siguiente día, como era de esperarse, no queríamos volver, así que le avisamos a la directora del lugar lo que había sucedido, ella, muy tranquila, comenzó a reírse y dijo: “muchachas ellos no les van a hacer nada, solo lo hacen para asustarlas, así que vengan que acá hablamos entre todos”. Así fue, hubo una charla y la situación se solucionó.

Cuando terminé la carrera universitaria, ya siendo “profesional” (teóricamente), tuve muy pocas o nulas oportunidades de trabajo, a causa de la poca experiencia laboral que tenía; al presentar hojas de vida me di cuenta que las empresas actualmente buscan experiencia, al verme sin ella, de poca sabiduría y poco conocimiento, no me creyeron capaz de asumir el cargo profesional y, pensándolo bien, en cierto sentido, había algo de verdad, pero salía muy triste de ver que no me daban ni siquiera una pequeña oportunidad, aunque fuera en un periodo de prueba para conocer qué tantas y tan buenas habilidades tenía, además de muchas expectativas de trabajar y demostrar lo que aprendí para enfrentarme a un mundo tan diferente al que leía en libros de filósofos antiguos.

La realidad que viví fue bastante batallada, ya que tenía mucha competencia y en algunos centros escolares preferían contratar personas auxiliares o técnicas en educación prescolar para no tener que pagar como a las licenciadas. De ese modo siempre sentía que el mejor postor se quedaba con el puesto, es decir, el que más trabaje en tiempo y materialización por menos dinero. No obstante, la idea que tenía era tener un trabajo estable, con un buen sueldo, con la oportunidad de brindarle un mejor futuro a mi hija y de poder ganar dinero para continuar con mis estudios y seguir preparándome. Fue entonces cuando opté por un cargo de docente del magisterio y me postulé a la convocatoria docente con la ilusión de pasar la prueba escrita y, si estaba de suerte o me iba muy bien, podía seguir poco a poco escalando. Me tocó postularse para el departamento de Antioquia, el cual tenía más de ochocientas vacantes, en cambio en mi departamento y municipio había entre cien y treinta vacantes respectivamente. Así fui a parar al lugar en donde ahora me encuentro, en Puerto Nare, pasando de lo urbano a lo rural, de lo tradicional a Escuela Nueva, de lo tecnológico a lo arcaico, de una vida social y familiar activa a un entorno solitario.

Aclaro todo esto porque la clave para superarlo todo está en mi familia, esta fue mi forma de enfrentarme a una nueva vida, dejando por un momento a seres queridos, amigos y demás. Conviene, sin embargo, advertir: cada paso que se da requiere de sacrificios. Inicio mi aventura sin saber para a dónde iba o con quién me encontraría, pero con la certeza de ejercer mi labor docente dando todo de mí.

Empezando mi recorrido, transito por trochas durante largas horas de un viaje a ciegas; me transporto en bus, canoa, chiva o escalera y por último en moto. Mi camino fue el más ansioso, temeroso y solitario, mi destino “la nada”. Al llegar en medio de la selva, montañas y árboles, por un lado, y, por el otro, el cielo tan cerca como nunca, se veían caras amables, aunque con desconfianza. Recibí un poco desordenada la escuela por parte de la anterior docente, la cual con lágrimas en los ojos se despedía de pupilos y padres con los que convivió durante casi siete años; esos mismos niños que la recibieron con un caluroso saludo en sus ojos se reflejaban muchos interrogantes. Terminada la jornada, después de hacer un corto diagnóstico, concluí que Dios me trajo allí para que esos niños aprendieran lo que había aprendido de mis mentoras a lo largo de mi vida.

Cae la tarde, solitaria, fría y silenciosa. Lista para dormir en mi habitación, me encierro, llega la oscuridad. El sonido de los animales nocturnos, los mitos acerca de la escuela y la ausencia de mi familia, van creando dudas y con un nudo en la garganta escucho la tormenta que me hace imaginar, de manera absurda, cómo se abre el cielo para enviar rayos de terror, mi único consuelo: Dios. No bastaba con llegar a un lugar nuevo, ni con desconocer y desconfiar de todas las personas a mi alrededor, ni con la soledad o el lugar a donde llegaba, sino que también había otros inconvenientes como el transporte, una semana después de llegar a la nueva escuela, me citaron a una reunión en *La Unión* en donde quedaba la sede principal del colegio, por causas de la lluvia y demás no pude salir en moto. Debía cumplir con esa cita a como diera lugar y la última opción era irme en un viejo macho que tenía la escuela, solo de imaginármelo me asusté, pero me arriesgo, entonces el hijo de mi única vecina ensilló mi caballo y me dio unos consejos útiles para sobrevivir, ya que nunca había estado a menos de un metro de distancia de un animal de esos. Me imaginé que, de pronto, el machito también estaba un poco asustado y me desconocía, por lo que primero lo acaricié suave y le hablé un poco para familiarizarme, entrando en confianza me subí en él y emprendí mi viaje que aproximadamente duraría una hora, pero en realidad no sabía lo que me esperaba. En el transcurso del camino en medio de la selva espesa y luego de subir una pendiente con muchos altibajos, llegué a un terreno plano. Mi mente solo pensaba en cómo iba a hacer para devolverme si apenas estaba empezando y ya estaba que moría de miedo; muy valiente decidí seguir y cuando por fin vi a lo lejos mi primera estación, respiro profundo y me tranquilizo, aunque lo efímero de ese momento me devolvió la angustia, ya que me esperaba una loma o bajada con muchos saltos, sin olvidar que el terreno estaba liso por las lluvias, pero mi joven compañero (hijo de mi vecina) no paraba de darme ánimos, aunque tampoco podía contener la risa, porque para ellos eso era algo muy normal.

Continuando con la travesía, la carrera a la primera estación duró una hora y media, luego tuve que montar en chiva o escalera que llaman, durante otra hora más, pero por mucho parecía una montaña rusa y no un transporte público. Después de salir de la escuela a las 5:30 a.m., llegué al colegio 8:30 a.m., sudada, con polvo por todos lados y las botas que parecían color café y no negras, debido al barro que tenían; luego de una jornada de trabajo la salida fue a las 3:00 p.m., y tocaba esperar a que la escalera pasara por allí a las 4:30 p.m., el recorrido de vuelta fue aún peor, todo era oscuro, se escuchaban los grillos y los sapos alrededor; en el camino, gracias a Dios, no se encontraba ni un alma alrededor, la única luz que alumbraba

era la luna, ni las linternas eran de utilidad porque si las encendíamos el macho se encandelillaba; nos tocaba a oscuras, según las creencias, el animal veía mejor sin luz y ya conocía el camino. Sin dudarlo, nunca desee tanto volver a mi escuela y sentir ese duro colchón con regocijo.

Por razones personales, una nueva y buena amiga de trabajo, que también había iniciado labores al mismo tiempo que yo, estaba en una mejor escuela, decidió retirarse y pensó en hacer una carta para que me pasaran a esa escuela que quedaba más cerca de la cabecera municipal. Allí podría vivir con mi hijo de un año y traer a mi hija de Cúcuta a vivir conmigo y a estudiar el bachillerato en un colegio cercano a la escuela. Cuando mi amiga me contó esto, me alegré, pero preferí no ilusionarme y esperar. De todos modos, comencé a dejar listo todo lo de la escuela donde trabajaba por si me llamaban, y sin pensarlo el día menos esperado me llamaron a decirme que lo más pronto posible debía instalarme en la otra sede. Fue en ese momento donde llamé a mi familia a contarles la noticia y la recibieron con mucha alegría.

Con el pasar del tiempo me fui encariñando y apegando tanto a mi comunidad que el día que supe que me iba, tuve una serie de sentimientos encontrados, felicidad y tristeza al tener que dejar a esas personas que con tanto cariño me recibieron y me abrieron las puertas de su casa y de su corazón, dejar a esos niños que más que hablar del aprendizaje que recibieron, habría que hacerlo de todo lo que yo aprendí de ellos: la humildad, el amor, la sinceridad, la honestidad, el empuje de las personas del campo; con los ojos aguados y el corazón apachurrado, dejando muchos recuerdos y lindas experiencias, emprendí mi nuevo camino echando mi último vistazo atrás, con la frente hacia adelante.

En esa nueva escuela me recibió la antigua presidenta de la Junta de Acción Comunal, me cobra una cantidad de dinero por el hospedaje y la alimentación en la casa de ella, que queda junto a la escuela; esto es temporal, esperando conseguir un mejor lugar, más amplio e independiente para traer a mi familia conmigo el otro año. Allí conocí el caso de dos hermanos cuya edad era desconocida por ellos, vivían con su papá que trabajaba de vez en cuando y tomaba seguido, y con su mamá que tiene cierta discapacidad física y mental. Los niños a pesar de estar con sus padres parecían abandonados, no se bañaban para ir a la escuela, llegaban sucios, pasaban descalzos, comían muy poco, no tenían útiles escolares y al preguntarles sus edades aseguraron que tenía nueve años el mayor y siete el menor. Quedé con dudas y les pedí sus documentos de identidad, con sorpresa descubrí que la edad verdadera era de doce años el mayor y nueve años el menor, físicamente si parecían de la edad que ellos decían.

Este caso sí que era un nuevo reto, empecé por organizarles un horario didáctico que ellos distinguieran por medio de colores, de modo que llevaran los cuadernos correctos cada día. Empecé desde cero enseñándoles el abecedario, porque no sabían nada, practicando a diario sumas y restas simples; así, poco a poco, con mucha paciencia y entusiasmo. La meta era que esos niños aprendieran a leer y escribir y a realizar dos operaciones básicas de matemáticas para poder promoverlos al grado segundo. Debido al poco tiempo que faltaba para acabar el año escolar no se alcanzaron los objetivos trazados, pero hubo muchos avances con el niño mayor, a diferencia del menor el cual casi no asistía a clases. Ese año Julián, el menor, a partir del segundo periodo, dejó de asistir a clases, excusándose

con enfermedades injustificadas, solo iba a estudiar los días que había fiesta o que veíamos películas. Con Manuel, el mayor, sucedió lo contrario, a diario asistía a clase, comenzó a preocuparse por sus quehaceres escolares, su presentación personal y su comportamiento, tanto así que logró aprender a leer y escribir, con un poco de dificultad, debido a la motivación que recibía por mí, siendo promovido al grado segundo y a espera que avance aún más en el primer periodo de año 2019 para que reciba la promoción anticipada al grado tercero. Todo esto siendo aprobado por el Consejo Académico y Directivo. Al darle la noticia prometió esforzarse y practicar mucho en vacaciones para alcanzar los objetivos necesarios. Como docente, esto para mí es un logro que da mucha alegría y satisfacción: con constancia, perseverancia y motivación se pueden superar muchos obstáculos, y con cariño y amor puede cambiar la vida de alguien para ser mejor.

Finalmente, pude traer a mis dos hijos a vivir conmigo en la escuela, logramos adecuar un lugar en ella para estar cómodamente con las necesidades básicas, hemos estado recibiendo ayuda por parte de Ecopetrol y la Alcaldía para los arreglos que le faltan a la escuela en cuanto a agua e infraestructura. En este punto de mis meditaciones, después de varios días, logré acostumbrarme y comprender que durante toda mi vida tuve una meta para la cual me preparé. Es ahora cuando creo que paso de educanda a educadora, pero en mi trasfondo, y sin darme cuenta, llegué a este lugar pensando que iba a enseñar, en realidad, estoy aquí para aprender.

DESPUÉS DE LA TEMPESTAD SIEMPRE LLEGA LA CALMA […]

Lina Marcela Saldarriaga Gutiérrez

Después de nueve años ejerciendo mi labor, llega el momento de preguntarme seriamente ¿cómo llegué a ser docente? Y lo digo seriamente porque recuerdo que en la universidad tuve que realizar un trabajo sobre el tema y sin mucho pensarlo me limité a decir que era por vocación, por la experiencia que había tenido en grupos parroquiales en los cuales trabajaba con niños y niñas y porque me llamó la atención el nombre de la carrera: Licenciatura en Pedagogía Infantil. Sentía que era una carrera que iba más allá de ser solo profesora, que iba a abarcar un ámbito amplio y, aunque no me equivoqué en esa apreciación, confieso que tampoco me preocupé por revisar el pensum con antelación. La verdad no sentía mucho convencimiento, ya que siempre me había visualizado como secretaría, contadora, o ingeniera, pero no como docente. Recuerdo que Marlon, mi profesor de psicoanálisis, nos decía que siempre había una marca familiar que nos hacía encaminar hacia la vocación docente, pero yo insistía en que en mi caso no era así; hasta hace poco cuando iba a ingresar al magisterio y fui descubriendo que primos lejanos ejercen desde hace muchos años como profesores provisionales en diferentes pueblos y que sentían alegría y sorpresa al ver que yo logré pasar el examen. Ahí me di cuenta que mi profesor tenía razón.

Retomando el tema de mi carrera, puedo decir que ésta me fue cautivando y cada vez con más determinación me veía como maestra, sentía que la preparación que recibía en la universidad era muy completa (demasiado, para ser catalogada como una de las carreras ‘fáciles’) y a medida que realizaba las prácticas lo corroboraba. En especial cuando inicié mi tesis y tuve que entregarme por completo a la investigación y la escritura, a centrar mi atención en procesos individuales de niños y niñas, a conocer realidades educativas, a escuchar experiencias de docentes, algunos con amor por su labor y otros tantos ya desencantados de ella. Reaprendí en ese año y medio de tesis, todo lo que por cuatro años había estudiado, entonces creía que ya lo sabía todo; por tanto, al momento de graduarme ya estaba más que preparada para ejercer mi labor y con ese convencimiento comencé a presentar entrevistas de trabajo. Vale la pena aclarar que todas eran para oferentes de Buen Comienzo, porque el concurso del sector oficial ya había pasado y para el sector privado exigían muy buena experiencia laboral.

En esas entrevistas solo me recalcaban, ‘no importa lo que sepas enseñar, solo necesitamos que seas bien dinámica’, ‘¿sabes muchas canciones, rondas y juegos infantiles?’, yo solo escuchaba esas palabras y asentía con la cabeza y por dentro pensaba canciones, juegos, dinámicas ¿qué voy a hacer? A los ocho días de graduada, comencé a trabajar para una de las oferentes de Buen Comienzo, la Fundación de Atención a la Niñez (FAN), en una modalidad de medio tiempo, en el corregimiento de Altavista. En la inducción me entregaron un montón de carpetas con información, me dieron instrucciones sobre limpieza y desinfección, sobre rutas de atención a niños y niñas, sobre mil temas que en la preparación ‘tan completa’ que tuve en la universidad, jamás me habían mencionado.

Llegué a mi primer día de trabajo con una actividad que me sirviera para conocer el grupo; el espacio era mágico: una Ludoteka, una pequeña casita llena de juegos, libros, disfraces, música, piscina de pelotas, gimnasio infantil; pero, no

había tablero, ni cuadernos, ni fichas, ni nada escolar, ¿yo que iba a hacer ahí?, ¿cómo iba a enseñar?, ¿qué haría con esos niños, cuatro horas al día, aparte de cantar y jugar? Eran más las preguntas que las certezas que tenía, pero debía asumir el reto y aprender en muy poco tiempo de este nuevo mundo, del cual jamás me habían hablado y en el que, además, no me encontraba sola, pues las instalaciones pertenecían al INDER y, aunque trabajábamos en el mismo espacio, muchos de sus instructores eran reacios a compartir las actividades de trabajo, ahora bien, sobre el papel siempre estuvo que era un trabajo conjunto. Así que me sentía sin experiencia, con poco acompañamiento, pero con mil ojos observando cada paso que daba.

Trabajé con la Fundación durante seis años, en tres sedes diferentes, cada año con diferentes compañeros del INDER, con diferentes grupos de niños y niñas, con diferentes grupos de padres de familia. De esos seis años el segundo fue todo un reto, un grupo de trabajo pesado, que no estaba de acuerdo con mi forma de trabajo, con las actividades que preparaba, con la forma como interactuaba con los niños y las niñas, en una constante comparación con compañeras con las que habían compartido con anterioridad. Creo que fue el año donde sentía que no daba más, que iba a renunciar; pero dos motivos no me dejaban, el primero, el apoyo incondicional de mi jefa Claudia Quiceno, que siempre respaldó mis estrategias de trabajo; en realidad, para ese tiempo, me limitaba a lo que en la Fundación me indicara que debía hacer; además ya tenía conocimiento de lo pesado que estaba el ambiente laboral en esa sede, por lo que constantemente nos visitaba expresaba públicamente la confianza que tenía en mi forma de desempeñarme. El segundo motivo era que no quería dar mi brazo a torcer, porque sabía que estaba haciendo las cosas bien, que me había preparado para esta labor, que con el paso de los días iba a afianzarme y a realizar mejor las cosas.

Pero como todo lo malo pasa, el año finalizó y a mí me permitieron repetir sede y todo el equipo de trabajo cambió; llegaron los que para mí han sido mis más grandes maestros de trabajo: Nataly, Cristina, Gloria y Andrés; profesores dinámicos, carismáticos, creativos, dispuestos al trabajo en equipo y con la habilidad de crear seguridad en las personas que los rodean. Fue en ese año 2012 donde afiancé mi labor, aprendí mucho de lo que soy hoy en día, adquirí seguridad en mí misma, me atreví a nuevas formas de interactuar con los niños y niñas, aprendí a aprender. Aprendí que no tenía que cambiar mi forma de ser y de enseñar, sino solo mostrarme segura de lo que hacía y transmitirlo a los demás. Aprendí del trabajo en equipo, de la importancia de saber escuchar, de respetar ideas así no sean iguales a las nuestras, de dar la posibilidad a cada persona de demostrar sus habilidades. Aprendí a corregir y a ser corregida, con la firme intención de buscar el mejoramiento, no la ridiculización. Ese año comprendí la importancia de los equipos de trabajo, pues, aunque para ejercer tu labor no necesitas estar escuchando aprobaciones de otras personas, sí es necesario y saludable tener quien te enriquezca, te corrija y te ayude a ser mejor y potencializar tus habilidades.

Los siguientes tres años en la Fundación fueron mucho más fáciles, lo principal es que ya estaba segura de sí misma y de mis habilidades, de mi estilo de trabajo y que ya eso lo sabían las compañeras que llegaban a trabajar conmigo, tenían claro que ante los ambientes pesados no me daba por vencida y que con un buen equipo trabajaba sin restricción ni de tiempo ni de esfuerzo. Así, transcurría el

2015 con lo que ya era normal, nuevas compañeras, nuevos niños y niñas y nuevos parámetros y formatos establecidos por Buen Comienzo. Pero en mayo, al tiempo que recibía la esperada noticia de la elección de plazas del concurso docente, que llevaba dos años esperando, mi mamá fue diagnosticada con cáncer de mama. Un encuentro de sentimientos que me desmoronó, que, aunque tenía la felicidad de saber que ingresaría al magisterio, por única vez dude sobre si en ese momento debía hacerlo o no.

Llevaba años mentalizándome sobre el logro que sería pasar el concurso al que me presenté por Antioquia, lo que significaba salir de mi casa a vivir de manera independiente a un pueblo lejano porque en los cercanos no había plazas disponibles. Mis amigos y familiares vivían ya cansados con mi historia de que me iba de Medellín a vivir sola; porque desde el momento en que presenté el concurso me convencí de que lo iba a pasar, me programé para ello, me lo repetía con toda la seguridad porque dicen que la mente tiene poder y así fue, me lo mentalicé y pasó.

Pero al lado de esa noticia, llegaba la de mi mamá, una enfermedad que jamás creímos que nos fuera a tocar y menos que le tocaría a ella, por su forma de vida, por sus hábitos, porque es mi mamá y uno nunca quiere que a los padres o madres les pase algo. Pero ya estaba ahí y a pesar del miedo, el llanto, la negación y la zozobra; teníamos que asumirla y hablo en plural porque como familia decidimos afrontar unidos la situación. La primera decisión que tomamos es que yo iba a seguir adelante con mi concurso, que llevábamos muchos años esperando y no íbamos a renunciar a este sueño. Que lejos o cerca la enfermedad estaba ahí y tocaba asumirla. Así que, con ese apoyo, y con la fuerza que quedaba en mí, comencé a mirar una por una las plazas disponibles para preescolar; junto con mi papá analizábamos la distancia y clima de cada pueblo, averiguábamos sobre las características de cada uno, sobre el transporte, los riesgos. Y con toda esa información fui a mi citación y escogí como mi lugar para trabajar al municipio de Puerto Nare, de clima muy caliente, a seis horas de Medellín.

Tenía ya claro mi nuevo destino, pero no el día en que iniciaría; así que continué con mi trabajo en la Fundación y pensaba hacerlo hasta tener claro que día debía desplazarme a Puerto Nare de manera definitiva; sin embargo, a mediados de ese mismo mayo, se presentó una dificultad con una madre de familia que argumentaba que a su hijo se lo había maltratado en la Ludoteka, solo escuchar el rumor me hizo flaquear y aunque las investigaciones del equipo psicosocial demostraron que todo era falso, me sentía ya sin fuerzas, cosa que muchos no entendían, la trabajadora social incluso me repetía: “Lina ¿qué pasa?, siempre has sido muy fuerte y has enfrentado los rumores con toda la seguridad que te caracteriza”. Pasaba que necesitaba un respiro, un momento para mí, para mi mamá, para mi familia. Con el apoyo y palabras de confianza de mi papá tomé la decisión de renunciar. Me presenté a finales de mayo ante mi jefa con mi renuncia en mano, era cerrar ese ciclo de aprendizajes, de crecimiento personal, de hacerme profesional, de aprender a asumir múltiples responsabilidades, porque en la Fundación no solo aprendí a ser docente, aprendí de nutrición, de psicología, de actividad física, de trabajo con familias, de trabajo con comunidad. Era dar gracias porque ya tenía muy buenas bases para iniciar mi nuevo reto.

Pasé un mes en mi casa, recargando energías y adquiriendo el valor para partir en el momento en el que me llamaran de Secretaría de Educación. Esto sucedió a principios de julio, fui, firmé y llegué a la casa diciendo que debía viajar al otro día. En realidad, tenía cinco días para llegar, pero prefería salir rápido antes de que me fuera a arrepentir. En medio de todo el acelere, una compañera de la universidad me escribió para decirme que tenía una amiga en Nare y que me pondría en contacto con ella, para que me ayudara con el tema de la ubicación. Así que empaqué mi ropa y al otro día me madrugué para la terminal, Puerto Nare me esperaba. Me llené de valor y me despedí, mi mamá y mi sobrina lloraban, mientras yo me mostraba fuerte; pero inmediatamente arrancó el bus comencé a llorar sin control, me repetía a mí misma que iba rumbo a eso con lo que tanto soñaba, que ya sabía que este día llegaría, que yo era fuerte, que yo era capaz; pero ni así controlaba las lágrimas. Paramos en Doradal y reporté que iba bien, que ya faltaba poco, y era verdad, solo me faltaban dos horas, lo que no sabía era que eran dos horas de carretera destapada; el bus avanzaba y yo solo me pegaba de la ventana y pensaba ¡Dios, yo a dónde me vine a meter!

Llegué al pueblo, un lugar pequeño, muy pequeño para alguien que venía de vivir en una ciudad como Medellín, se veía poca gente en las calles, se notaba un ambiente muy tranquilo y un calor difícil de soportar. Me hospedé en el que para la época era el único hotel del pueblo; ingresé a la habitación muriendo de sed, de calor, ese calor que ni con el ventilador lograba calmar, llamé a mi casa tratando de no llorar, diciéndoles que todo estaba muy bien y que me sentía tranquila, que se relajaran. Después de llorar una vez más, llamé a Paula, la amiga que encontré allá. Mi papá siempre ha dicho que cuando Dios no viene manda el angelito, y eso se demostró en Nare porqué llegué y empaticé inmediatamente con Paula, tanto que tomamos la decisión de buscar una casa para vivir las dos, pues ella también estaba trabajando allá y necesitaba un lugar para vivir. Ese fin de semana fueron mis papás a llevar mi trasteo y a ayudarme a ubicar en mi nueva casa, me dejaron todo listo, todo, hasta el mercado. Y se fueron el domingo en la tarde, era una sensación extraña como si me estuvieran abandonando, dejando allá sola, a su niña, la mayor, la más mimada de la casa. Ese día, como casi todo ese año, Paula buscó algo que hacer en el pueblo para que me pudiera distraer, pues al otro día empezaba a laborar.

Lunes 6 de julio, día de iniciar con mi sueño, día en el que se materializó todo lo que llevaba idealizando por años, llegué a la escuela con el rector de la institución que me presentó con las docentes de preescolar, a las que desde el viernes anterior habían notificado de mi arribo. Al llegar los niños y las niñas, con sus madres, la docente que venía con el grupo los hizo pasar a todos al salón y allí me presentó como su nueva profesora, expresando: “para trabajar con el Estado hay que pasar un concurso, ella lo ganó y yo no, y ella decidió coger mi puesto”. Yo ahí parada en una esquina del salón, me quedé sin palabras, solo sentía que los papás me miraban y reparaban. Con la timidez del momento me presenté ante ellos y antes de que terminara de hablar, la profesora dijo: “ya se pueden ir porque hoy no vamos a dar clase”, me acerqué y le dije: profe si quiere la acompaño hoy en la clase y así me doy cuenta de las rutinas que maneja con ellos; se negó con la cabeza y los devolvió a todos. Luego me miró y dijo “acá todo es muy fácil, para saber en qué van los niños pues mire mañana los cuadernos y todos los lunes va donde la

profesora del primer preescolar y ella le pasa todo lo que toca esa semana, hasta las fichas que hay que trabajar, ¡y ya! no se vaya a poner a complicarse". Y diciendo eso se despidió y se fue.

Entonces me dirigí a donde el rector, para ver si me podía facilitar el Manual de Convivencia, o el PEI, o algunos documentos institucionales que me permitieran ir conociendo el lugar al que había llegado, él solo me miró y me dijo que todo estaba en modificaciones, que estuviera tranquila. En cuanto a los formatos, que para mí eran el pan de cada día en Buen Comienzo, me dijo que les preguntara a las profesoras, pero que él creía que no necesitaba; y que, si a los niños y las niñas los habían enviado para la casa, pues yo también me podía ir, que me esperaba puntual al día siguiente.

Así terminó ese esperado primer día de trabajo. Al día siguiente recibí mi grupo de niños y niñas, eran alrededor de veintidós, se veían tímidos, pero por medio de los cantos y actividades que les propuse para irlos conociendo, fueron entrando en confianza y presentándose. Tal como me lo sugirió la docente que tenían, revisé los cuadernos para ver en que iban; para esa misma época mi sobrina se encontraba cursando preescolar en Medellín, entonces con esa base y observando un plan de estudios que encontré en el escritorio, miré a ver cómo iba este grupo. Encontré muchos aspectos a reforzar y más teniendo en cuenta que acababan de llegar de una larga época de paro. Pero esto era lo mío, sentía cómo me fluía esto de dar clase, de explicar, de enseñar. Sin embargo, a los que veía aún reacios era a los padres de familia; así que decidí reunirlos y explicarles mi forma de trabajo, porque para ellos la principal angustia era que no les estaba mandando planas para la casa y las otras profesoras sí lo hacían diariamente. Les expliqué que por mi experiencia usaba diversas maneras que les permitieran a los niños y a las niñas aprender y no solo fichas o planas, pero que les garantizaba que sus hijos e hijas iban a aprender.

Todo marchaba bien con mi grupo, todo marchaba bien con los padres y madres; pero también estaban los que no gustaba mi forma de trabajo, eran mis compañeros de trabajo, se escuchaban frases como: "que pereza la que vino con ganas de figurar", "ya los papás van a querer que seamos como ella", "que bobada esa cantadera", y otras más que iban incomodando. No permitía que me desestabilizaran, más que nunca estaba segura de que hacía las cosas bien, de que estaba ya en la educación formal, pero que no podía dejar de lado todo lo bueno que aprendí en Buen Comienzo, ese dinamismo por el que tanto luché no lo podía dejar perder. Se llegó el fin de año, época de ceremonias, de informes, de cierres y de evaluar los procesos. Reunión de profesores por grados y el momento en el que me dijeran que yo debía tener en cuenta el ritmo de trabajo de ellas, que ninguna se podía adelantar o trabajar cosas diferentes, porque si el rector se daba cuenta nos regañaba. Es decir que, si ellas a la primera hora del lunes trabajaban la ficha de la A, yo debía hacer lo mismo, que así se funcionaba siempre y que eso no debía cambiar. Obviamente no estuve de acuerdo, les hablé sobre los ritmos de trabajo de los niños y las niñas, sobre las nuevas estrategias que había para enseñar, les propuse ayudarles con las manualidades o con ideas para nuevas actividades, pero nada de eso les gustó, entonces dejamos todo igual y nos fuimos de vacaciones. No quise ahondar más en el tema porque yo era la nueva y ellas dos ya estaban afianzadas en la institución y contaban con el respaldo de todos.

En mi ambiente personal solo dejaba que los días pasaran, no podía viajar casi a Medellín porque por el trasteo y todo lo que debí comprar para independizarme estaba muy endeudada, a veces lloraba, otras veces reía, y otras me desmoronaba por completo, como cuando llamaron a informarme que, aunque mi mamá evolucionaba muy bien, debía someterse a quimioterapias. Este tema del cáncer parece ser muy familiar para todos, pero en realidad nadie lo conoce hasta que no lo vive de cerca. Muy pocas personas de la institución sabían esta situación, solo un pequeño grupo de profesores que llegaron nuevos, por la misma época que yo, lograban comprender lo que pasaba; nos convertimos en una especie de fortaleza para apoyarnos en los aspectos personales, pero también laborales, porque el ambiente en el colegio se ponía más pesado con el pasar de los días.

Comenzamos el nuevo año con la noticia que no había suficientes niños y niñas para preescolar, que según las cuentas sobraba una profesora, pero que el rector no tomaría una decisión sobre el tema hasta que la Secretaría de Educación no lo notificara; así que él me propuso tomar un grupo de niños y niñas de cuatro años, era como tener un grupo de Jardín, pero cursando preescolar. Lo vi como el más bonito reto, porque mi experiencia era esa, trabajar con niños pequeños. Pero le pedí autonomía en la forma de trabajo, pues debía usar estrategias que fueran más llamativas y acordes a esa edad, a lo que él en ningún momento se negó, pero sí generó un poco de inconformismo en las otras profesoras. Tuve un excelente grupo de dieciocho niños y niñas, creo que el mejor grupo de preescolar que he tenido. Todos se conocían con anterioridad porque cursaron juntos sus grados anteriores en el hogar infantil del pueblo. Los padres de familia eran colaboradores y comprometidos por lo que en pocos días logramos decorar el salón; en el colegio me colaboraron con nueva dotación de sillas y mesas, rescatamos el material didáctico que estaba casi escondido en cajones del salón y logramos generar un excelente ambiente en el aula.

Ya no era la nueva, ya me sentía apropiada de mi espacio y comencé a hacer todo lo que soñaba, tenía un plan de estudios establecido, buscaba cómo hacerlo didáctico y entretenido, algo que cumpliera con lo establecido sin caer en monotonías. El grupo respondía y avanzaba a muy buen ritmo. Pero entonces empezaron las reuniones de profesores y los inconvenientes; porque si los nuevos queríamos hacer una actividad, los que ya llevaban tiempo en la institución se negaban y decían que eso era perder el tiempo o desgastarse de más. O si se quería implementar un cambio se escuchaba la frase “¡Qué haremos con los sabelotodo!”. La mayoría de propuestas se quedaron solo en eso.

Durante las vacaciones de mitad de año reestructuré algunas cosas del plan de estudio y llegué de nuevo al pueblo con todo el ánimo de poner en práctica lo que había planeado, pero ese mismo día llegó una de las docentes de preescolar a decirme, “Lina, imagínese que sí sobra una de nosotras y por ahí me contaron que es usted, pero no diga nada hasta que venga el rector”. Todo se me enfrió, creo que me puse pálida, le escribí a varios compañeros a ver si sabían algo, pero nadie daba razón. No entendía por qué sobraba yo, si ella era provisional y nos habían dicho que ese era el puesto en riesgo, así que con esa zozobra pasé el día. Al día siguiente el rector fue a la escuela con el acta en el que decía de mi traslado, porque no solo sobraba mi plaza, sino que habían decidido trasladarme para *Los Delirios*, una vereda del pueblo y allí debía dar Escuela Nueva. Le expresé que yo estaba

nombrada para Preescolar, no para primaria, entonces él llamó a la Secretaria de Educación del municipio y ella le dijo que eso no importaba, que yo igual podía dar primaria. Y que mi plaza era la que sobraba porque cuando abrieron las listas de vacantes a nivel nacional, alguien había escogido la que había allá y que en periodo de prueba a nadie se traslada.

No lo voy a negar, lloré, esta vez de miedo, de pensar en que me tenía que ir para una vereda, más sola, más lejos, más aislada. El rector me dijo "si quiere viaje a Medellín a ver qué logra". Así fue, esa misma tarde viajé con el acta en mano. Llamé a mil personas, unas me hablaban de decretos, otras de derechos, otras de injusticia y yo solo iba construyendo una especie de discurso con qué defenderme en Secretaría de Educación. A primera hora de ese viernes, llegué a SEDUCA y al parecer nadie tenía conocimiento de la situación, después de mucho esperar logré hablar con la señora Marta Cañas, encargada de los traslados, ella me expresaba que no entendía el porqué de las irregularidades, que no entendía cómo no reportaron la plaza a tiempo, cómo tomaban decisiones sin contar con ellos […] Y si ella no entendía yo menos. No sé si fue la forma como le expresé mi caso, mi cara de angustia o las anomalías que tanto la molestaron, pero ese mismo día me dijo que me tranquilizara que ella misma se encargaría de ayudarme con un traslado para otro municipio, que solo me pedía paciencia y que no le fuera a pedir ni que fuera para el Suroeste o para el Oriente cercano; solo le dije que pedía algo en zona urbana y que no fuera más lejos de dónde estaba.

Volví a Nare y me propuse que para cuando llegara mi traslado iba a entregar el grupo lo mejor preparado posible; por lo tanto, comencé a realizar todo tipo de actividades con los niños y sus familias, actividades que nos permitieran alcanzar avances significativos en cada uno de ellos y aunque yo no les conté del traslado, no tardaron en darse cuenta y angustiarse por el destino que tendrían los niños y las niñas. Por esa misma época, llegó a la escuela la nueva profesora, quien venía de un colegio privado y traía un ritmo de enseñanza mucho más rápido, al cual me adherí con el fin de que la mayoría de mis niños y las niñas pudieran terminar preescolar con ella, de este modo, entre las dos nos propusimos realizar modificaciones al plan de estudios y al sistema evaluativo que se tenía, logrando importantes cambios para este grado.

Pasaban los meses y del traslado nada, más o menos cada mes iba a preguntar a SEDUCA qué pasaba y me decían que faltaban pocos días, hasta que el 26 de octubre me llamaron para decirme que me presentara lo antes posible a firmar que ya estaba todo listo, me trasladaron para Puerto Berrio, más cerca de mi casa, un pueblo mucho más grande, con más movimiento, con más actividades por realizar y con una amiga de la universidad viviendo en él, Juliana. Así que esa misma semana organicé todo para mi trasteo, Juliana consiguió una casa para vivir las dos, mis padres viajaron para ayudarme a organizar todo y a la semana siguiente me presenté a mi nueva institución.

Al grupo que llegué solo lo tuve por 20 días, como les dije a todos: llegué solo a graduarlos y a conocer un poco de la forma como se trabaja acá. Con la sorpresa que me correspondía trabajar en la jornada de la tarde, algo que jamás había hecho y que en este clima me parecía casi imposible; tanto así que esos días la pasaba entre el tinto y la bolsa de agua helada. Así que después de tanto caos ese año finalizó de la mejor forma, ya más cerca de mi casa, sin el pesado ambiente laboral

y lo más gratificante, con mi mamá totalmente aliviada. Llevo ya dos años en la Institución Educativa Antonio Nariño, llegué como la nueva a un ambiente donde ya todos los profesores llevan años trabajando juntos, muchos incluso se conocen desde sus épocas de colegio; pero siento que llegué a un lugar donde encajé fácilmente, donde han respetado mi forma de trabajo y mis ideas. No voy a decir que es perfecto, porque obviamente tiene sus dificultades y no siempre estoy de acuerdo con lo que se plantea, pero todo hace parte del conocer y aprender. De poder aportar para el constante mejoramiento, y es así como este año logré convencer a mis dos compañeras de preescolar para que modifiquemos el plan de estudios y le incorporemos las nuevas estrategias que ya desde el Ministerio de Educación se están proponiendo. No es fácil cambiar lo que ya se tiene, sobre lo que ya se trabaja a gusto, pero desde que haya voluntad de mejoramiento todo puede ser posible.

Y esta soy yo, la profe Lina, la estricta pero cariñosa, la exigente pero comprensiva, la que busca cada año aportar mejores cosas a su grupo de niños y niñas, la que busca que los padres se hagan conscientes de la importancia de acompañar a sus hijos en todo el proceso educativo; la que está dispuesta a trabajar en equipo, a aportar desde su saber a lo que necesite la institución y la que no quiere parar de aprender y conocer, para el día de mañana no caer en las prácticas monótonas que tanto ha criticado. Soy Lina Marcela, la que la vida le enseñó a ser fuerte y le demostró que con voluntad, trabajo fuerte y mente positiva se pueden alcanzar grandes cosas y superar las dificultades.

EXPERIENCIAS REALES PARA DOCENTES CON CONVICCIÓN

Luisa Fernanda Pino Osorio

Aún no logro recordar el momento, o la situación exacta, que me condujo a ser docente. Al mirar atrás llegan a mi mente cantidad de recuerdos que podrían haber configurado de una u otra manera la decisión que tomé hace algunos años por encaminar mi vida hacia la profesión docente. En ocasiones veo que el profesor Manuel saca su regla y hace extender su mano a Leydi, una pequeña estudiante de seis años que estaba hablando en clase mientras él explica, de repente se escucha el sonido de esa regla impactar en la palma de la mano de esta pequeña niña, a la cual podría jurar no solo le arde su mano sino también el alma, siento su suspiro y un pequeño sollozo, porque la mirada penetrante del profesor no le permite estallar en llanto.

Hace mucho calor y un grupo de niños se encuentran parados en el patio descubierto de una pequeña escuela de una vereda, sus manos arribas y sus pies firmes, no logro comprender bien de qué se trata; de pronto aparece otra vez el profesor Manuel con una mirada intimidante, los niños no pueden mirarlo y de repente se escucha el grito del profesor: “el que se mueva, castigado otra media hora en el patio”. Yo no puedo creerlo, unos pequeños niños castigados bajo el sol inclemente del medio día, pero ¡qué puedo hacer yo si soy una pequeña niña de siete años que también siente temor a ser castigada y que se siente afortunada de no estar allí parada! Cuando mis ojos se abren me siento un poco agitada y me doy cuenta que todo ha sido un sueño, un sueño lleno de recuerdos de mi infancia, cuando vivía en el campo y debía caminar todos los días 45 minutos para llegar a la escuela, un lugar donde los niños y las niñas nos sentíamos temerosos ante el profesor Manuel, un hombre que tenía muchos años de ser docente en esta vereda y que le había enseñado a muchas generaciones con ese mismo método, donde el castigo físico era aceptado para *corregir* el comportamiento de sus estudiantes.

Debo decir que afortunadamente yo contaba con una familia amorosa y vanguardista en el tema del cuidado y la protección de los niños y niñas, donde no se estaba de acuerdo con el castigo físico para corregir las malas conductas de los hijos, por tal motivo mi familia nunca permitió que yo recibiera castigos en la escuela y de manera afortunada también para mis demás compañeros muy pronto el profesor Manuel dejó de aplicar estos castigos, la verdad no sé exactamente qué sucedió para que dejara de hacerlo, pero creo que a todos nos hizo muy felices.

Cuando salía de vacaciones de la escuela me sentía muy contenta de poder viajar a la ciudad y poder visitar a mi mamá, compartir con ella y con mi hermana me hacía feliz, en ese momento no entendía por qué no vivía con mi mamá como lo hacían la mayoría de niños, pero en ese tiempo no me cuestionaba mucho y solo sabía que vivía en el campo con una familia maravillosa y en vacaciones viajaba donde ella. Al estar allí no todo era felicidad como yo siempre lo quería, mi mamá cuidaba niños, era una madre comunitaria de ICBF, su paciencia y trato hacia los pequeños podría decir que no era el mejor; recuerdo en algunas ocasiones cuando les daban los alimentos a los niños y niñas, como estos lloraban hasta que se producía un vómito, pero, a pesar de ello, eran obligados a comer con gritos y frases bastante *fuertes* que no quisiera traer a colación en mi escrito. También recuerdo en una ocasión que un niño muy pequeño fue llevado por su madre al hogar

comunitario, su llanto no cesaba y permanecía pegado a la puerta que ya se había cerrado, yo quería ir a consolarlo, pero la madre comunitaria le gritaba tratando seguramente de que su llanto cesara.

¡Todo allí era confusión! No podía entender que mi mamá tratará a un niño de esta manera, así pasaron varias visitas, hasta que un día regresé y ya no había más niños. No sé si fue ella la que tomó la decisión de no continuar con el hogar comunitario o pasaron otros asuntos para que no funcionara más. Hoy en día, cuando han pasado tantos años, logro recordar esos momentos y me cuestiono sobre el motivo que tienen las personas para querer trabajar en el campo educativo si no es para tratar a los niños y niñas con amor, no sabría decir cuál es, pero estoy segura que muchas veces el motivo no es el correcto.

Pasaron algunos años y llegué por fin al colegio, una época maravillosa, pero también atravesada por varios acontecimientos familiares que marcaron mi vida para siempre. Durante estos años se cortó definitivamente la relación con mi madre y con mi padre hubo un profundo distanciamiento a raíz de conflictos familiares, sin embargo, esto no fue un obstáculo para que yo siguiera sobresaliendo por mi desempeño académico. En la escuela siempre ocupé los primeros puestos por mis buenas notas y buen comportamiento, lo que me caracterizó hasta terminar el bachillerato.

Me atrevería a decir que, como todo en la vida, siempre existirán experiencias buenas y otras no tanto; el colegio no fue la excepción y más cuando de docentes quisiera hablar. En esta ocasión solo quiero recordar a aquellos profesores que marcaron la diferencia de forma positiva en mi proceso de formación. Recuerdo a Sigifredo mi profesor de religión y filosofía, era un hombre estricto en su disciplina, al cual todos respetábamos y le teníamos mucha confianza. Era un docente que siempre trataba de llevar actividades diferentes, no le gustaba que copiáramos mucho, pues decía que para el mensaje que nos quería dejar no era necesario llenar un cuaderno de letras. Sigifredo era un profesor cercano a sus estudiantes, con don de escucha, la cual hoy en día falta mucho en las escuelas, se preocupaba no solo por lo académico, sino por el ser de cada uno de nosotros, lo que sin duda alguna generó no solo para mí, sino para muchos de mis compañeros, aprendizajes fundamentales.

Otro docente que influyó de manera positiva durante mi formación bachiller, fue el profesor Guillermo que nos dictaba español e inglés. Una persona entregada a su profesión y a sus estudiantes, fue el director de grupo en mis dos últimos años del colegio. Siempre fue un docente conciliador que utilizaba el diálogo para tratar de llegar a acuerdos con todos nosotros. Recuerdo que a muchos de mis compañeros les parecía un docente falto de carácter y querían tomar sus clases como una *recocha*, pero, a pesar de ello él nunca utilizaba una actitud sancionatoria hacia sus estudiantes, se mantuvo fiel a sus estrategias de diálogo y escucha para llegar a cada uno de sus educandos, mensaje que finalmente fuimos aprendiendo a valorar todos nosotros como grupo, al terminar nuestro recorrido por el colegio se lo reconocimos públicamente.

Hoy en día, no podría asegurar que aquellos docentes que traje a colación y que todos los acontecimientos narrados inicialmente influyeron de una manera determinante para que yo tomara la decisión por esta bella profesión que hoy ejerzo, sin embargo, hoy al recordar esos hechos de mi infancia y adolescencia considero

que es importante, primero que todo, resaltar a esos profesores que marcan las diferencias de una buena manera en la vida de sus estudiantes y también pensar y escribir esas situaciones y episodios de nuestras vidas que podrían no ser los mejores, pero que de igual forma hacen parte de nuestra historia y de alguna manera han formado nuestro ser y los cuales recordamos para saber que no se pueden volver a repetir.

Cuando reflexiono y llegan a mi mente esos recuerdos de que aquellos docentes que ayudaron a mi formación, no solo académica sino sobre todo personal, pienso en el mensaje que yo quiero dejar a mis estudiantes y reflexiono de manera constante si lo que hago día a día con mis niños y niñas está provocando una huella significativa en ellos. Me imagino a cada uno describiendo a su profesora de preescolar y desearía, que cada uno guarde en su memoria bellos recuerdos de esa etapa y de aquella docente que puede ser tan significativa en la vida de los niños y niñas.

Al salir del colegio mi primera opción para estudiar en la universidad fue negocios internacionales, pero mi familia no tenía manera de costear los gastos, así que primero empecé a trabajar y luego decidí hacer una técnica en mercadeo, pero en realidad, a pesar de que la terminé, no me agradó mucho este estudio. Así que comencé a mirar otras opciones para estudiar y de alguna manera me fui inclinando por Psicología y por una Licenciatura en Educación Infantil, en ese momento tenía una prima que estaba estudiando esta última carrera en la Universidad de Antioquia, así que por varios motivos tomé la decisión final de inclinarme hacia la Licenciatura. Recuerdo que en aquellos tiempos estaba muy contenta y entusiasmada por comenzar a estudiar y me imaginaba a todos mis estudiantes y demás personas llamándome profesora y me emocionada mucho, porque sí, me encanta que me llamen profesora.

Cuando comencé la universidad me cuestioné en varias ocasiones si la decisión que había tomado era la correcta y, para ser sincera, hoy en día cuando vivo situaciones difíciles con mis estudiantes, padres de familia o en general con la comunidad educativa, me pregunto si estoy haciendo lo correcto, si ser profesora es mi verdadera vocación, pero cuando mis estudiantes me abrazan, cuando me dicen que me quieren, cuando en la calle me llaman profesora, siento que esto es lo que quiero y que ser docente ha sido la mejor decisión para mi vida y que los momentos difíciles siempre existirán, pero a pesar de ello al final del día siempre habrán más cosas buenas que malas.

Una de las experiencias más enriquecedoras que tengo durante mi trayectoria como docente, fue el primer trabajo que conseguí cuando salí de la universidad. Al momento de graduarme estaba muy ansiosa por empezar a trabajar, tenía toda la energía y el entusiasmo para ubicarme rápidamente en el sector educativo, sabía que no iba a ser fácil, pero lo conseguí más rápido de lo que me esperaba. Bueno, quizás no era lo que me imaginaba, pero era un trabajo en el sector educativo y necesitaba empezar a coger experiencia. Recuerdo que durante la entrevista para este trabajo me explicaron que sería formadora de niños, niñas y adolescentes bajo protección de ICBF, los cuales vivían en condición de internado en la fundación para la cual iba a trabajar y que eran personas medicadas por diversas patologías o condiciones, me explicaron que no era un trabajo fácil; al

hacerme la pregunta en torno a si estaba preparada para trabajar con esta población respondí que sí.

Yo me encontraba muy ansiosa y también un poco asustada al pensar en todo lo que me explicaron en la entrevista, pero creía que no podría ser tan difícil como me lo pintaban. Por fin llegó el día para conocer a aquellos chicos y chicas con los cuales tendría esa primera experiencia en el campo de la educación. Sin duda alguna no fue lo que me esperaba, todo fue mucho más caótico y angustiante de lo que yo podría imaginar. Me acuerdo que cuando llegó el grupo de los niños, a formadores, psicólogos y enfermeros, a cada uno nos tocó pararnos en una puerta para evitar que estos diecisiete niños salieran de su habitación y se les lograra dar la medicación que les correspondía y así enviarlos a las camas.

Uno de los hechos que más me impacto en los primeros días de estar allí, fue un adolescente que sufría de esquizofrenia. William, así se llama aquel joven, estaba parado frente a su habitación y se cogía la cabeza como si sufriera un fuerte dolor, de repente su voz cambió y parecía poseído por otra persona, empezó a hablar cosas sin sentido y parecía una lucha interna entre William y esa voz *demoniaca* que él decía que le hablaba; algo que yo pensaba que solo sucedía en películas de terror estaba pasando frente a mis ojos y sentía que no podría sopórtalo.

Mi trabajo en aquella fundación era de formadora. Acompañaba a los grupos en sus actividades diarias, dictándoles talleres para su formación, a veces se podían llevar a cabo y en otras no, todo dependía de si alguno de los niños o de los adolescentes sufría una crisis o no. Al inicio era muy impresionante ver las ya mencionadas crisis, algunos tenían necesidad de autolesionarse y buscaban objetos afilados para cortarse o muy comúnmente ingerirlos, otros buscaban las formas de escapar de la fundación, algunos otros golpearse contra las paredes y otros simplemente lloraban y no encontraban consuelo ni entusiasmo en nada. Debo decir que la fundación contaba con un equipo interdisciplinario el cual estaba siempre dispuesto a realizar una contención emocional a todos los niños, niñas y adolescentes que estaban allí y fue ese trabajo de contención emocional el que me llevó a entender la vida de aquellos jóvenes y niños, a comprender su sufrimiento, a estar más cerca de ellos y, más que una formadora, me convertí en una persona que los escuchaba y los entendía, quizás por esa razón en algún momento me inclinaba por estudiar psicología, porque me gusta escuchar y tratar de ayudar a través de la palabra.

Recuerdo de manera muy gratificante como las niñas y los adolescentes me buscaban para hablar, para contarme sus tristezas y también sus alegrías, pero debo admitir que en ocasiones me quedada sin palabras cuando me preguntaban que cuándo saldrían de allí, porque no sabía la respuesta, la mayoría de ellos no contaba con una familia ni con padrinos que los fueran a visitar, eso me partía el corazón, a pesar de ello siempre traté de darles una palabra de aliento, hacerles ver que se tenían entre ellos como familia y en los talleres se buscaba fortalecer su autoestima y generar sentido de resiliencia.

Al salir de aquella fundación comencé una nueva experiencia en Buen Comienzo, trabajando con madres comunitarias, mi función era realizar un acompañamiento pedagógico, llevando actividades para realizar con los niños y niñas de aquellos hogares comunitarios y de esta manera fortalecer el trabajo de

las madres comunitarias. Al principio no fue fácil, ya que aquellas mujeres (madres comunitarias) no querían dejarnos ingresar a sus casas, sin embargo, poco a poco, fueron accediendo hasta que pudimos empezar a realizar el trabajo que se pretendía. Recuerdo mucho a Kevin, un niño de tan solo dos años de edad que al llegar al hogar comunitario llamó mucho la atención del equipo interdisciplinario que trabajaba allí, era un niño que no reaccionaba frente a diversos estímulos, que no mostraba gesticulación ni actividad motora, sin embargo, como docente, busqué estrategias y actividades llamativas y diferenciales para este niño, que poco a poco fue mostrando avances en su desarrollo social y motriz. Nos dimos cuenta que lo único que le faltaba a Kevin era mayor estimulación y motivación, eso que no estaba recibiendo en la casa ni dentro del hogar comunitario.

Esta fue una experiencia en la que aprendí mucho, trabajar con población menor de cinco años requiere generar actividades muy llamativas y de intervalos muy cortos para mantener la atención de estos pequeños, se necesitaba conocer cada hogar comunitario para saber el espacio donde se podían desarrollar las actividades y generar una empatía también con la madre comunitaria, para que el trabajo que realizara allí fuera significativo tanto para los niños y niñas como para ellas, lo cual era la finalidad del programa.

Luego de terminar este trabajo empecé a sentir un deseo inmenso de tener mi propio grupo, de poder implementar lo que en algún momento desde la universidad quise hacer, sin embargo, no tenía mucho tiempo de experiencia y la remuneración que se ofrecía para algunos empleos docentes en el sector privado era verdaderamente baja, lo cual es sin duda alguna una problemática muy grande en este país, desde lo salarial no se reconoce la labor que tenemos los docentes y más aún en el sector privado. Por esta razón decidí presentarme al concurso docente, algo que venía esperando desde el momento en el que me gradué de la universidad, ya que trabajar en el sector oficial con el magisterio representa para nosotros como profesores una mayor estabilidad laboral y unas mejores condiciones de trabajo. Sabía que pasar el examen no era algo muy fácil, pero, como dicen, “el único que fracasa es quien no lo intenta”. Antes de presentar el examen vi que un poco más de 2000 personas nos íbamos a presentar en el área de preescolar para 121 plazas que se estaban ofertando para Antioquia, pensé que no iba a ser fácil, aunque siempre tuve la convicción y la fe de que yo pasaría ese examen.

¡Y así fue! Pasaron unos meses y, por fin, salieron los resultados del concurso, recuerdo que estaba muy ansiosa y cuando la página cargó me sentí muy muy feliz, en medio de todas esas personas que nos presentamos, yo estaba entre los 48 docentes que superamos esta prueba, le conté a todos mis amigos y familiares, ellos también estaban muy felices por mí, claro que después de esa indescriptible emoción llegó un poco la preocupación por saber dónde estaban ubicadas esas plazas, me sentía un poco temerosa porque aquellos lugares quedaran muy lejos de la ciudad y perdiera la oportunidad que se me estaba presentando, sin embargo sabía que este era un proceso largo, así que decidí dejar todo en manos de Dios y seguí en la búsqueda de un nuevo trabajo mientras continuaban las demás fases del concurso.

Fue durante esa búsqueda que me llegó la oportunidad de empezar a trabajar como docente provisional en la Secretaría de Educación de Medellín, esta fue una

buena oportunidad para mí y me dio tranquilidad mientras esperaba las demás fases del concurso docente. Debo decir que cuando empecé a trabajar como provisional en el sector público fue que verdaderamente sentí que no me había equivocado de profesión, que ser docente me apasionaba, que esto era lo que yo quería hacer y que amaba que mis colegas, padres de familia y todos esos niños y niñas, me llamaran *profe*. Yo soy Licenciada en Educación Preescolar, pero cuando comencé a trabajar como provisional siempre trabajé en primaria, algo que me gustó y me ayudó a crecer mucho a nivel profesional. Recuerdo que mi primera provisionalidad fue en un colegio por el barrio Campo Valdés, allí tuve el grado primero y fue cuando empecé a entender de manera más real eso de que ser docente no es solo transmitir unos conocimientos y formar en el saber, ser docente va mucho más allá, es formar en el ser y para poder lograrlo se debe tratar de comprender las problemáticas que viven de manera individual cada uno de nuestros estudiantes, algo que fue primordial para lograr llevar un buen proceso de enseñanza-aprendizaje con los niños y niñas de este colegio.

Mientras trabajé allí me preocupé mucho por Melany y también por otros pocos estudiantes que no llevaban sus tareas, sin embargo, me llamó la atención el caso de esta niña. Melany tenía en ese entonces siete años, cuando la indagaba acerca de por qué no llevaba sus tareas, me respondía que ella no las entendía y que su papá tampoco, cuando empecé a averiguar me di cuenta que la niña había hecho el grado transición de una manera muy intermitente, lo cual no le permitió alcanzar los logros esperados para este grado según la maestra que la había tenido el año anterior. De esta manera decidí citar al papá, su acudiente, un hombre mayor que llevaba y recogía a Melany todos los días en una bicicleta, la cual era su medio de transporte. Al conocer este señor me di cuenta que era un hombre que no sabía leer ni escribir y que se había hecho cargo de la niña porque la madre los dejó, también me enteré de que no tenía un trabajo fijo y que, por eso, como él mismo dijo, “trabajaba en lo que resultara” y me explicó que por esta razón en ocasiones debía dejar la niña temprano en el colegio para poder “coger el trabajito que le resultara”.

Cuando hablaba con este papá supe que no contaba con muy buenas habilidades comunicativas, se mostraba temeroso al hablar y no lograba tener una conversación fluida, a pesar de todo ello pude percibir el inmenso amor que tenía por su hija, algo que conmovía mi corazón, ese cariño que yo percibía en él también lo lograba percibir en la niña cuando se expresaba hacia su padre. Allí supe que debía implementar otras estrategias para que Melany lograra avanzar en sus procesos académicos, ya que las tareas para la casa no eran la mejor opción. Desde ese momento y en acuerdo con el padre quedamos en que dos días a la semana, la niña se quedaría conmigo veinte minutos más después de clase para repasar los temas trabajados, de esta manera Melany empezó a lograr mayores avances a nivel cognitivo, su padre estaba muy agradecido y yo estaba feliz y con la satisfacción de estar haciendo lo correcto. Siento que los cuatro meses que estuve cubriendo esa provisionalidad me dejaron grades satisfacciones y aprendizajes, los cuales también espero haber dejado en mis estudiantes.

Esta primera experiencia trabajando como docente de aula me dejó un cuestionamiento acerca de las tareas que enviamos para las casas, porque así como el caso de Melany deben de existir cantidades, donde los padres de familia

no cuentan con el conocimiento para guiar y acompañar algunos deberes académicos de sus hijos, es por esta razón que debemos revisar muy bien esas tareas que ponemos a nuestros estudiantes, que sepamos que ellos son capaces de hacerlas y fomentar la responsabilidad en los niños y niñas para cumplir con estos deberes académicos. Una vez finalicé esta provisionalidad inicié en una nueva escuela por el barrio Manrique, allí daba clases a los grados cuartos y quintos, lo que implicó un reto para mí, puesto que debía dar asignaturas que tuve que estudiarlas nuevamente para poder enseñarlas a los estudiantes. Allí también estuve por un periodo de 4 meses los que me dejaron una enseñanza clara: escuchar a nuestros niños, niñas y adolescentes, es fundamental para generar empatía con ellos lo que, sin duda alguna, provoca aprendizajes significativos en el desarrollo de los procesos de enseñanza-aprendizaje.

En una ocasión llegó una madre de familia y me preguntó: “profe ¿usted conoce los carteles de Manrique?”. Recuerdo que en ese momento se me pasaron mil cosas por la cabeza, pensé que era una banda delincuencial o era un lugar específico de Manrique, pero, finalmente, no lo sabía, así que la mamá me dijo: “profe, es una página de Facebook, donde publican fotos de niñas para denigrarlas, mire le muestro”. Efectivamente, se podían ver cantidad de fotos de niñas y adolescentes con mensajes grotescos donde supuestamente las describían. El problema principal y por el que la madre se acercó a mí, era que en ese grupo de niñas estaba su hija, una estudiante de mi grupo del grado quinto A. La persona implicada en la creación de la página era otra estudiante del grado quinto B, al inicio no sabía cómo manejar la situación ya que era un hecho muy grave, así que busqué ayuda en el coordinador que, finalmente, no le quería dar mucha trascendencia a este hecho, pero la madre estaba buscando que se le ayudara con lo que estaba aconteciendo y que involucraba a varias niñas de la escuela.

Fue en ese momento cuando la docente Jazmín, una mujer dotada con el don de la escucha y de la palabra entró a tratar de guiar esta situación, indicó cual era la ruta de atención que se debía seguir para estos casos y se apersonó de una manera muy profesional de lo que estaba pasando. En la escuela todos los estudiantes recurrían a ella cuando tenían problemas, le tenían mucha confianza, porque no solo los escuchaba y aconsejaba, sino que actuaba frente a cada una de las situaciones que sus estudiantes le contaban, lo que generaba en ellos confianza y empatía. Fue así como la profesora logró llegar al fondo de lo que sucedía y encontrar a las niñas implicadas en todo este tema del “cartel de Manrique” y a partir de esto se generó una campaña muy exitosa en el colegio del buen uso de las redes sociales, concientizando no solo a los estudiantes, sino también a los padres de familia. Haber podido estar en esta escuela y ver cómo esta profesora manejaba las situaciones *difíciles* o *problemáticas* con los niños y niñas, me hace reflexionar en la importancia que tiene la escucha y esa empatía que nosotros generamos con nuestros estudiantes, para que ellos tengan en sus docentes confianza y se puedan resolver de una mejor manera todas las situaciones de convivencia que se presentan día a día en las escuelas.

Al iniciar el año 2018 empecé a trabajar en un colegio de calidad por el sector de Belén, allí me impresionó la cantidad de estudiantes por salón, en promedio eran entre 45 y 50 estudiantes por grupo, la verdad es un colegio muy organizado y la disciplina usada permitía el buen desarrollo de las clases. Ahora bien, el tema de

los estudiantes por aula es algo que me cuestiona mucho del sector público, porque siento que para hablar de calidad se deben tratar de llevar algunos procesos de manera un poco más personalizada, donde el docente pueda hacer una retroalimentación y acompañamiento oportuno a cada uno de sus estudiantes y en muchas ocasiones por la cantidad de estudiantes es prácticamente imposible lograrlo.

Mientras estaba en este colegio por fin se culminó todo el proceso del concurso docente, aparecieron las plazas y no pude contener las lágrimas, yo tenía toda la esperanza que iban a aparecer municipios cerca de Medellín, pero no fue así. Todos mis miedos y angustias se hicieron reales, si quería pertenecer al magisterio y vincularme tendría que irme de la ciudad y estar lejos de mi familia. Recuerdo muy bien que me pasé horas y horas mirando y analizando cada una de las plazas, pero todas estaban tan lejos que ya no sabía si iba a tomar alguna o desistiría de esta oportunidad.

El día de la audiencia llegó y con todos mis miedos y angustias tomé la decisión de elegir Puerto Berrío, era un municipio que no conocía, pero que lo había escuchado mencionar y según *Google Maps* quedaba a 3 horas 46 minutos de Medellín, aunque ahora me doy cuenta que en realidad está a 4 horas y media. El mismo día de la audiencia conocí a Andrea, una docente que ya estaba nombrada en este municipio y que fue de mucha ayuda para ubicarme y adaptarme más fácilmente a Puerto Berrio. Debo decir que, a pesar de todos mis miedos, estaba feliz de empezar una nueva experiencia, de poder vincularme con el magisterio y de tener mi propio grupo de preescolar. Cuando conocí el colegio me sorprendió y me decepcionó un poco su infraestructura, además no contaba con el hecho de que los preescolares no estuvieran ubicados dentro de la escuela, sino en una ciudadela abierta a todo el público, sin embargo, y a pesar de todo, cuando empecé a trabajar y a conocer toda la institución y a la comunidad educativa que la conforma, me di cuenta que es un buen colegio, que desafortunadamente no cuenta con una buena infraestructura.

Cuando por fin conocí a mi grupo de estudiantes y también a los padres de familia, me sentí muy contenta y recordé todo eso que había aprendido de mis experiencias anteriores, desde los profesores que dejaron una huella positiva en mí, así como todo lo que aprendí en la universidad y en mis trabajos anteriores, queriendo retomar todo lo bueno para aplicarlo con mis estudiantes, pero también recordé esas cosas que no fueron tan positivas para no repetirlas con mis niños y niñas. A pesar de llevar tan solo cinco meses en mi nuevo trabajo, son muchas las experiencias que he vivido acá y que quiero seguir viviendo, escuchar siempre a los niños y niñas antes de llamarles la atención es algo que he implementado con mis estudiantes y que ha sido fundamental para generar empatía con ellos, algunas estrategias ya particulares como tener una mascota de grupo, premiar a las mejores mesas de trabajo entre otras, van construyendo y configurando mi manera particular de enseñar y aprender, porque es claro que nosotros como docentes no solo enseñamos y formamos en el saber y en el ser, sino que también estamos en un aprendizaje constante.

Cuando recibí mi grupo me informaron del comportamiento de Iván, el cual fue descrito como “el niño problema del salón”, con un comportamiento apático y agresivo, cuando lo comencé a observar no vi esos comportamientos que me

habían descrito, más bien observé un niño con temor a equivocarse y una baja autoestima cuando alguno de sus compañeros *criticaba* alguno de sus trabajos, por esta razón cité a la madre para conocer la situación familiar de Iván, la cual me sorprendió. Es una familia de muy bajos recursos, donde la madre sale a trabajar desde la madrugada y el niño se queda con su abuela y sus tíos de los que no recibe el mejor trato. Al ir conociendo mejor a Iván me di cuenta que era un estudiante perfeccionista y que le gustaba ser exaltado por su buen trabajo delante de todo el grupo, a medida que los días transcurrían el niño fue teniendo un cambio notorio en su comportamiento, cambio que también fue percibido por sus algunos de sus compañeros que me dijeron “profe, Iván ya no es grosero como antes” y por su madre que se acercó para dialogar nuevamente conmigo y me manifestó que el niño llegaba muy contento a la casa porque la maestra lo felicitaba porque hacia las cosas muy bien.

Esta situación me alegró mucho y reafirmó mi pensamiento y mi accionar frente a estos estudiantes que llamamos *problema*, porque siempre ante estas conductas disruptivas existen cantidad de situaciones familiares y quizás escolares que están afectando al niño, y es nuestra tarea como docentes tratar de ir más allá de lo que alcanzamos a percibir y así poder formar no solo en el saber sino en el ser, dejando huellas y marcas positivas en nuestros estudiantes porque como lo dijo hace muchos años Henry Brooks Adams “un profesor trabaja para la eternidad: nadie puede predecir donde acabará su influencia”.

Mientras buscaba las palabras para terminar este escrito, de repente, vibra mi celular, abro el mensaje y dice “eres una excelente docente. Con tu paciencia y dedicación Dios te premia bendiciéndote. Gracias profe, por ser tan buena maestra con los niños, estoy segura Ángel David te recordará siempre”.

¡QUIERO SER MAESTRA!

Olga Elena Palacios Correa

Una de las decisiones más importantes que todo ser humano debe tomar es la de determinar a qué actividad económica se dedicará en su vida adulta. En mi caso esa elección no fue para nada complicada, no sé si se debió a la admiración que sentí por algunos profesores en mi infancia, si se debió a la felicidad que sentía cada vez que adquiría un nuevo conocimiento o si fue por el interés de aprender cosas nuevas. Lo que sí tengo muy claro es que desde que estaba en segundo de primaria me decía ¡Quiero ser maestra!

Siendo una de las primas mayores de mi familia, en los momentos de juego era yo la que decidía la actividad que realizaríamos y todos me elegían a mí en el papel de mayor jerarquía, es decir, si jugábamos a la casita el papel de la mamá era mío, si jugábamos al bus la que cobraba el pasaje del mismo era yo y si jugábamos a la escuelita el rol de profesora lo realizaba yo. Cabe aclarar que mi juego favorito era el de la escuelita, tenía mi tablero con tizas y borrador, había acumulado una cantidad amplia de cuadernos con hojas limpias que me quedaban de mis años escolares, al igual que los libros. Fue tal mi pasión por el juego de la escuelita que tenía horario de clases y descansos, tenía tema para dictar y hasta ponía tareas.

La pasión por la realización de un oficio o actividad, a veces, viene del ejemplo de un modelo a seguir, que de forma positiva impacta en nuestra vida. En mi caso tuve un modelo de profesora a la que no me quería parecer, me refiero a mi maestra de tercero de primaria Lucy, una docente que fumaba incansablemente y masticaba chicle de la misma forma, imagino que para disimular el olor del cigarrillo. Esta profesora con su actitud indiferente hacia mí, me hizo sentir poco importante y tal vez insignificante. Puedo decir, sin temor a equivocarme, que terminé el año escolar sin escuchar una sola vez mi nombre pronunciado por ella, es como si nunca se lo hubiera aprendido, además me obligó a resolver mis dudas académicas de forma autónoma porque no logré que respondiera a mi mano levantada en señal de necesitar algún tipo de explicación o aclaración; pero, paradójicamente, fue ella misma que me demostró, de forma involuntaria, que yo podía llegar a educar a otras personas.

Cualquier día estando en una clase normal, llegó a nuestro salón una estudiante de quinto grado a la que su profesora había enviado para solicitar a la mía que eligiera a dos de su grupo para que mostrara que una niña de tercer grado podía resolver situaciones matemáticas haciendo uso de la regla simple de tres, sin mayores dificultades. Para mi sorpresa, además de otra compañera, me eligió a mí y empiezan en mi mente a rondar un montón de sentimientos encontrados, me eligió cuando durante todo el año escolar no me vio, me eligió cuando para referirse a mí siempre decía “hey niña” o “vaya usted”, me eligió a pesar de hacerme sentir como una más que ni era parte del montón ni tenía cualidades especiales; pero lo mejor de todo es que en el salón de quinto grado, con una tiza en la mano, sin titubeos, aunque sí con temor, logré el objetivo de esa profesora. De la forma más extraña, pero determinante, mi corazón y mi mente me dijeron ¡quiero ser maestra! Bendigo a la profesora Lucy por hacerme ver mis capacidades y por enseñarme cómo no ser con mis futuros estudiantes. Si bien es cierto yo amo profusamente a mis

estudiantes, se debe reconocer que uno no logrará jamás tener el mismo aprecio por todos los niños a su cargo, pero lo más importante es que ellos no lo noten.

Bien, pareciera por todo lo anterior que ya tenía todo resuelto y planeado para mi futuro como persona adulta, pero con lo que no contaba era con los prejuicios de mis progenitores. De forma abierta no les expresé mi deseo de ser docente, pero si pasé muchos años de mi niñez escuchándolos decir lo mal pagados que eran los profesores, lo poco valorado que era ser profesor y la opinión desmerecedora que ellos tenían de la labor de los docentes. Equivocadamente ellos pensaban que siendo yo educada en un colegio de alto prestigio en la ciudad y dirigido por religiosas franciscanas, debía elegir una profesión que estuviera a *esa altura*, además de que lo más importante era la cantidad de dinero que ganaría al salir de la universidad; sin darse cuenta fueron sembrando inquietudes en mi mente que me conducirían a aplazar mi sueño de primaria y a enfocarme en algo *más importante*. Ahora en mi vida adulta es que logro, de una forma crítica, analizar que un docente es el encargado de educar a todas las personas que pasan por un colegio o por una universidad y por lo tanto es la profesión más importante de todas. También entendí que cuando uno hace lo que le gusta y le apasiona, el dinero es lo de menos, con seguridad que con un empleo siempre habrá un sueldo y que lo realmente importante es ser feliz en la vida.

En este momento haré un paréntesis para referir que crecí en un hogar con muchas creencias mal enfocadas. Me refiero a que mi papá creía firmemente que él era superior a la mayoría de la humanidad, es por esto que discriminaba por raza, orientación sexual, nivel económico, nivel social, inteligencia, orígenes, entre otras. Con esto no quiero decir que lo estoy juzgando, en lugar de ello casi que lo puedo entender porque él era descendiente de alemanes y esas fueron las ideas que le inculcaron durante su crecimiento. Pero esas creencias también nos afectaban a los hijos porque nunca se nos permitió tener opinión propia ni mucho menos defenderla; así que para qué perdía mi tiempo expresando quiero ser maestra, si estaba segura que esa idea nunca iba a ser aceptada por mi papá. De los prejuicios de mi papá aprendí la importancia del respeto por los demás y por la diferencia, de hecho, estoy segura de que la diversidad me ha enseñado enormemente, me ha enriquecido y me ha convertido en un mejor ser humano. De la rudeza e indiferencia de mi mamá hacia mí en el proceso de la crianza adquirí la entereza y la fortaleza para trabajar, para emprender y para lograr mis metas y objetivos.

Algo que siempre tuve muy claro es que debía estudiar una carrera universitaria porque la constante era “estudie para que el día de mañana que su marido sea un borracho y un maltratador, se pueda ir con sus hijos y tenga con qué mantenerlos. De esa forma no le toca aguantarse” o “yo no les voy a dejar nada en esta vida, solamente les voy a dar educación”, palabras de mi papá y muy bien secundadas por mi mamá. Debieron pasar los años y los sucesos, mientras estudiaba el bachillerato no perdía la oportunidad para crear grupos de estudio y dictarles clases de temas que fueran de dificultad común para mis compañeros. Al cumplir los diecisiete años muere mi papá y por situaciones económicas debí pensar en obtener un empleo para poder sufragar mis estudios superiores, para la época solo se podía estudiar, en jornada nocturna, contaduría pública y derecho y dado que en el colegio tuve como asignatura la contabilidad y me desempeñé bien en

ella, tomé la decisión de estudiar contaduría pública y es a partir de ese momento que mi sueño de niñez de convertirme en docente terminó de morir.

Tuve empleos como recepcionista, secretaria y auxiliar de contabilidad, en varias empresas de diferentes sectores económicos y en distintas ciudades de Colombia; pero como siempre he sido una persona apasionada y perfeccionista en todos los propósitos de mi vida, logré el cargo de contadora de una empresa estando cursando el cuarto semestre en la universidad y es a partir de allí que ejercí mi profesión durante varios años, además de emprender en varias oportunidades alguna que otra idea de negocio. Debo agradecer a mi hermana Paula por mostrarme nuevamente el camino de la docencia. Estaba ella dictando la asignatura de emprendimiento en una reconocida institución de formación para el trabajo y el desarrollo humano, cuando al llegar al módulo de empresarismo pidió mi colaboración para orientar a los estudiantes en los pasos para crear una empresa y los estados financieros básicos de la misma.

No tengo las palabras que logren expresar el éxtasis que sentí en el momento de tener entre mis manos ese marcador (ya no una tiza) y estar frente a la clase para transmitir un conocimiento que con antelación yo había adquirido. Fue como una explosión de juegos pirotécnicos en mi mente, era como la máxima recompensa a esa pequeña niña que estaba de pie frente a la clase de quinto grado y que se decía ¡quiero ser maestra! Que gratificante decirle que los sueños sí se pueden cumplir y que no debe dejarse de perseverar hasta alcanzarlos. Aclaro que no me arrepiento de haber estudiado contaduría pública y que tampoco lo hice por resignación o relleno; aún me apasiona el trabajo contable, el que complementé con un Magister en Dirección Financiera, pienso que sin la contaduría pública no tendría ningún conocimiento específico que transmitir a mi público objetivo, puesto que a partir de ese momento fueron los adultos con proyecciones profesionales claras. Equivocadamente, y por razones de mi desempeño profesional, me consideré convertida en una persona con poca paciencia para acompañar procesos pedagógicos a niños y por lo tanto lo mejor era ayudar a los mayores a conseguir sus sueños.

Después de ese día me convertí en una docente feliz, con muchas experiencias profesionales y personales que transmitir. No pasó mucho tiempo para que empezara a prestar mis servicios como instructora en la entidad más querida por los colombianos, el SENA, donde durante varios años pude vivir con intensidad mi sueño de ser docente y ayudé a otros a dar pasos para cumplir los suyos. Hasta este momento estaba completamente feliz con mi labor, pero con el tiempo empecé a sentir que si trabajaba con niños sería más fácil ayudarlos a construir su proyecto de vida, a esas pequeñas personitas con muchos sueños y con pocas barreras mentales.

Es entonces cuando presento concurso abierto de méritos para optar al cargo de coordinadora el cual logro después de tres años de proceso. Elegir la plaza en la cual desempeñaría mi función fue todo un reto, pues todas opciones disponibles estaban lejos de Medellín y en lugares que no conocía. Por recomendación de mis familiares elegí a la Institución Educativa Rural La Sierra, ubicada en el corregimiento *La Sierra* del municipio de Puerto Nare en la subregión del Magdalena Medio antioqueño.

Antes de trasladarme definitivamente a vivir a Puerto Nare, visité al municipio y a la institución educativa con el fin de hacerme una idea del lugar donde residiría y, lo más importante, del lugar donde laboraría. Para nadie es un secreto que las instituciones de educación pública tienen problemas de infraestructura y esta no era la excepción, pero lo que más me impresionó fue la cantidad de basura tirada en todas partes, empaques de alimentos, envases plásticos, servilletas, desechables, entre otras cosas tiradas por todo el piso, denotaban que se necesitaba trabajar en sentido de pertenencia con los estudiantes. Adicionalmente me sorprendió mucho ver que muchas mamás de los estudiantes estaban en las puertas y ventanas de los salones o en algunas oportunidades dentro de los mismos. Algunas regañaban a los niños si tenían diferencias con sus hijos, otras gritaban a los propios si no acataban las normas, otras más durante el descanso se sentaban con sus hijos a darles de comer el desayuno que les traían y otro grupo entraba al restaurante escolar a darles con la cuchara a sus hijos la comida que allí se servía.

Regresé a Medellín con afán de retornar a La Sierra para comenzar con mucho ánimo mi labor y con la convicción de que lo quería hacer de la mejor forma posible. Lamentablemente, las cosas no empezaron tan bien como yo lo esperaba, me correspondió coordinar la jornada de la mañana en la que había estudiantes desde preescolar hasta séptimo grado. El ingreso de los estudiantes de sexto y séptimo era a las 6:00 a.m., y yo toda juiciosa llegué a trabajar a las 5:40 a.m., me siento en un murito a la entrada del colegio a esperar al compañero al que le estaba recibiendo el cargo; llegó a las 6:05 a.m., para tocar el timbre del ingreso de los estudiantes […] ¡Cual sería mi sorpresa cuando siendo las 6:20 a.m., aun no ingresaban los estudiantes! Después de escuchar el timbre no se movieron de los lugares donde estaban sentados en el parque principal del corregimiento. Ahí pensé “acá hay mucho por hacer”. Ese mismo día hubo un homenaje a la bandera donde tuve oportunidad de presentarme a los estudiantes y aproveché el momento para recordarles la hora de ingreso a la institución y que parte de mi labor era velar por el cumplimiento de la misma. Los gritos y las rechiflas fueron generalizados, pero al contrario de sentirme ofendida, entendí que en sus mentes tan jóvenes todavía no se comprendía la importancia de la responsabilidad y del compromiso. Cabe anotar que en tres días se logró que los estudiantes ingresaran a tiempo al colegio sin mayores traumatismos.

Después vino el reto de hacer entender a las madres que los estudiantes necesitaban y merecían la privacidad que tiene el proceso enseñanza-aprendizaje entre el docente y sus pupilos, además de que los niños deben aprender a socializar en la escuela sin la constante mirada vigilante de sus progenitores y finalmente que mantener abierto el acceso a cualquier adulto sin control podría poner en peligro a los menores. Esta parte fue realmente dura y me hizo pensar en varias oportunidades en renunciar. Para no hacer muy larga la historia resumiré que escuché en mi contra palabras de tan grueso calibre que no creo haberlas conocido antes, además algunas madres se pusieron más agresivas en el aspecto físico y no faltó el estudiante que agredió a mi hijo *por mi culpa*. Felizmente puedo decir que con el tiempo todo se fue calmando, los estudiantes han entendido la razón de las normas y las madres, en su mayoría, dejaron de vociferar improperios en la puerta de la institución. Todavía trabajamos para mejorar en el aspecto de las basuras que se tiran en los pisos, pero sé que la mejoría es notoria.

Reconozco que soy una profesional intensa, hablo rapidísimo y muy duro, camino con mucha determinación y al momento de hablar gesticulo fuertemente con rostro y cuerpo, características que en algunas oportunidades se pueden interpretar como agresividad en la comunicación. Esto me ha traído algunas dificultades con mis compañeros; también es cierto que los seres humanos somos reticentes al cambio y mi presencia con ideas diferentes a las ya establecidas no fueron recibidas con mucho aprecio. Aún trabajo en el proceso de ganarme la confianza y el respaldo de algunos de mis compañeros docentes y de lograr que lleguemos a un entendimiento en cuanto a lo que es mejor para los estudiantes que son la razón de nuestro diario hacer.

Tengo la certeza de que la comida en la mesa de mis hijos, su educación, su residencia, entre otros, están allí porque existen los estudiantes, el hecho de que vengan a estudiar me garantiza mi empleo y, por ende, mi salario. Debo ser ante ellos y sus familias la persona más agradecida posible y es por esta razón que les quiero brindar la mejor educación posible y que me apasiono porque todos los docentes sientan lo mismo. Me complace decir que mi mayor inspiración para seguir cumpliendo a cabalidad mi trabajo con el amor y la mayor entrega posible son los estudiantes, todos esos chicos con sus abrazos y expresiones de cariño son mi más grande recompensa y cada mañana salgo de mi casa con una alegría inmensa sabiendo que sin importar las dificultades que tenga mi desempeño laboral, siempre me animo diciendo *¡al fin soy maestra!*

NORDESTE

COMPARTIENDO SABERES Y SIGNIFICADOS PEDAGÓGICOS

Trayectorias de los maestros del nordeste antioqueño

Olga Patricia Ramírez Otálvaro
Tecnológico de Antioquia – Institución Universitaria

La participación, el aprendizaje dialógico y las construcciones de los veintiséis maestros del nordeste antioqueño que participaron en el Centro de Pensamiento Pedagógico (CPP) 2018, en los talleres ejecutados en el marco del diplomado *Investigación educativa: profesionalidad docente*, permite englobar en este apartado, los sentidos y los significados compartidos a través de las narrativas de trayectorias de experiencias pedagógicas, acompañadas por foto-narrativas y cartografías.

Los discursos y las prácticas pedagógicas de los maestros de la región dan cuenta, en su mayoría, de profesionales conscientes de las condiciones geográficas de difícil acceso a la escuela, la escasez de recursos educativos, las limitaciones de infraestructura escolar, la soledad o artificialidad académica, el aislamiento familiar y afectivo, las sobrecarga de responsabilidad institucional, el silencio estatal, los conflictos militares políticos, la historia local de violencia, el desarraigo social y de las condiciones de vulnerabilidad; no obstante, la lectura crítica de contexto y las sensaciones de aislamiento no les impide reconocer y valorar el territorio rural o urbano, la comunidad local, las familias cercanas a las instituciones educativas y las particularidades de los estudiantes con quienes comparten. En coherencia con ello, buscan mecanismos, sugieren proyectos y lideran acciones para facilitar la participación de la comunidad en la sostenibilidad de la escuela rural o urbana y el cumplimiento de sus funciones misionales.

Procesos y actuaciones que visibilizan a los maestros como seres humanos que lideran, dinamizan, gestionan o auto gestionan alternativas de solución a los diversos problemas del contexto, valiendo así la connotación de profesionales que, en el ejercicio de su función, se adaptan e involucran con quienes habitan el entorno, asumen pertenencia, toman posición y emprenden acciones en beneficio de la satisfacción de necesidades institucionales o locales y la transformación de relaciones escolares, familiares y sociales, así como de infraestructuras, situaciones ambientales y culturales del entorno escolar o comunitario.

En el entorno institucional y de aula los maestros se destacan, según sus roles y funciones como maestros rurales, urbanos o de escuelas normales, por generar continuamente ambientes de aprendizaje activos, participativos, compartidos, dialógicos, situados, diversos, reflexivos y experienciales que, articulados con las metodologías y los recursos de los modelos flexibles, los lineamientos curriculares de las diferentes áreas o los lineamientos de formación de maestros (como es el caso de los maestros las escuelas normales); los maestros promueven alcances, logros y resultados que más allá de los aprendizajes certificados por la educación formal, transcienden en la perspectiva de reaprender a ser, hacer y estar como ciudadanos que conviven en armonía, aman la ruralidad o la urbanidad: aman la vida misma.

La cultura profesional pedagógica sugiere así la reconstrucción y resignificación continua del saber y el ser de los maestros de la subregión, quienes

estudian, ensayan, se equivocan, confirman o resuelven asuntos educativos y sociales, en una práctica cotidiana, compleja, variada, problemática y cambiante en temporalidades mínimas; demostrando que, la formación profesional se actualiza al reflexionar y reaprender de las situaciones y eventos nominados, los cuales necesariamente se articulan con las exigencias legales del sistema educativo, reafirmando la experiencia pedagógica.

Profesionalidad de los maestros que delata su función multifacética; “maestros de todito”; el discurso, en disposición de actualización, según sean las circunstancias, los acontecimientos y las novedades del saber legal, del área específica, pedagógica, experiencial y personal; el ser consigo mismo y los demás mediado por actitudes de esperanza, credibilidad y emprendimiento; y el esfuerzo individual o compartido por reivindicar el lugar y la esencia de los maestros en la sociedad local, y, visibilizar su dignidad como maestro, maestro de la ruralidad, maestro del campo, maestro del pueblo y maestro de maestros en la Escuela Normal.

Trayectorias de experiencia pedagógica que en los entornos escolares transitan entre la herencia social - educativa, la continuidad relativa y la acción individual de co-construcción cotidiana; con evidencias relativas al trabajo colaborativo, la disposición para viabilizar las políticas institucionales, la gestión de prácticas de enseñanza y evaluación diversificadas y flexibles que favorecen la atención a la diversidad, la consolidación de proyecto de vida y la equiparación en los aprendizajes, consolidando con ello una cultura escolar que cohesiona a la comunidad educativa y fortalece el tejido social local - territorial.

ABRIENDO CAMINOS

Berenice Franco Giraldo

Primer momento: verdadero trabajo en comunidad

Es así como inicia el acto educativo en la escuela rural Las Peñas del municipio de Santo Domingo (Antioquia). Un 27 de enero de 1998 me sumerjo en las montañas, paso por montes oscuros y se me estremece el alma al pensar que puedo ser atacada por alguna serpiente venenosa, en este recorrido me acompaña Luis Muñoz y su hijo Luis Fernando de tan sólo ocho años, mientras caminamos me van narrando cómo fue que consiguieron que se construyera una escuela para los niños de esta vereda.

Había una hora de recorrido y, finalmente, llegamos al tan anhelado lugar, allí me encuentro con un cúmulo de personas que me estaban esperando y en medio del saludo me expresa un señor de contextura gruesa, alto y mal encarado: "usted es la profesora, pero si usted parece una estudiante más ¡Carajo! Hoy en día mandan unas culicagadas a que enseñen a los hijos de uno" […] Este comentario me dejo atónita, apenas podía respirar, los demás miembros de la comunidad se miraban, pero nadie decía nada, este silencio se sostuvo por un largo rato hasta que unos niños me invitan a conocer los alrededores de la escuela y me van contando cómo venían trabajando con la docente que se había ido; me sentí más tranquila después de compartir con ellos y escucharlos narrar sus experiencias en tres años que llevaba la escuela de ser fundada.

Se empiezan a despedir los padres de familia y me quedo sola con los niños e inicio la ardua tarea de ser maestra, me invade el susto, el miedo y las extrañas sensaciones que me acompañan desde el comentario del señor mal encarado; se apoderaba de mi la angustia de no cumplir con las expectativas de los padres y madres de familia frente al proceso educativo de sus hijos.

Priorizamos las actividades de ese día organizando la escuela y colocando todo en orden, en vista de que se encontraba muy sucia y en un completo desorden; los niños más grandes cargaban agua y los demás estregaban los pisos y lavaban los pupitres, acompañamos esta actividad de chistes, carcajadas y bromas. Terminamos mojados; fue todo un verdadero trabajo en equipo.

Al medio día descansamos, compartimos el almuerzo y realizamos la tertulia de conocimiento y reconocimiento del otro. El día estuvo cargado de muchas emociones por el valor que le daban los niños a la llegada de la maestra a la escuela. En la tarde sentir esos abrazos de despedida que me daban los niños al partir, me llenaba el alma de regocijo y entusiasmo para planear el trabajo del día siguiente.

Fueron pasando los días y el trabajo se hacía muy agradable por el compromiso que mostraban los estudiantes en cada una de las actividades que se emprendían; trabajar con la metodología Escuela Nueva no era una experiencia nueva para mí, había sido formada con dicha metodología. Lo que enriquecía más esta experiencia era colocar a prueba todo lo que había aprendido no solo en la época de la secundaria y media, sino también lo asimilado en la básica primaria.

En el desarrollo del cronograma de actividades de la escuela convoqué a reunión de las familias para compartir con ellas los propósitos para el año escolar y quizás ajustarlos de acuerdo a sus necesidades. Era un día soleado y sentía una sensación rara esperando a los asistentes, al atardecer empezaron a llegar los

padres y madres de familia, estando ya todos reunidos se dio inicio a la reunión, con el pasar de los minutos fuimos entrando un poco más en confianza, lo que se fue tornado en un espacio familiar, en el transcurso se acordó conformar comités con el objetivo de hacerlos participes y miembros activos del proceso de formación de sus hijos y así dinamizar mejor el trabajo durante todo el año escolar. Los comités quedaron organizados para los siguientes propósitos:

- Jardinería, los responsables serían los encargados de mantener la planta física limpia de malezas y sembrar jardín para que adornara la escuela.
- Cívico social, los responsables serían los encargados de atender las diferentes actividades extracurriculares que se desarrollaran en la comunidad como eucaristías, bingos, festivales, encuentros zonales con otras veredas del municipio, entre otros.
- Restaurante escolar, los responsables serían los encargados de realizar los refrigerios y demás comestibles para vender en las diversas actividades a desarrollar durante todo el año escolar.
- Tesorería, los responsables serían los encargados de manejar los fondos económicos que se recolectaran de las ventas realizadas en los diferentes eventos; el objetivo principal de este fondo era recoger los recursos suficientes para celebrarle las fechas especiales durante todo el año escolar.

En el desarrollo de esta reunión se notó las ganas de trabajar en comunidad, el compromiso y el sentido de pertenencia de los padres y madres de familia por la educación de sus hijos, situación que me motivaba y fortalecía el proceso académico y pedagógico que realizaba, hecho que hacía de esta experiencia algo muy bonito porque se evidenciaba tejido social en cada uno de los miembros de la vereda.

El trabajo en esta comunidad no se reducía sólo al aula de clase, trascendía en forma extraescolar. Participaba con los estudiantes de la lectura de cuentos clásicos, acompañados por sus familias; también realizaba jornadas lúdico-recreativas, *paseos de olla*, visitas a enfermos, a convites comunitarios donde ayudamos a sacar piedras del rio para arreglar los caminos, ayudaba a los miembros de la comunidad a pintar sus casas, en la época de invierno ayudaba recolectar la cosecha del café para que no se le perdiera o a resolver cualquier otro tipo de situación en pro de toda la comunidad; todo esto fortalecía las relaciones escuela - comunidad.

Así fueron pasando los meses y el acto educativo en este contexto siempre tenía una gran relevancia, allí pude comprender el verdadero valor que le daba esta población al trabajo comunitario, al entretejido social y que era responsabilidad de la docente seguirlo cultivando en los niños que pasaban por la escuela. Recuerdo claramente que cada vez que llegaba una familia foránea a la vereda, el presidente de la acción comunal convocaba a reunión donde ellos eran los invitados principales, se les presentaba los miembros de la comunidad y se les contaban la forma como se organizaba la comunidad y además se les extendían la invitación a integrarse oportunamente al trabajo comunitario con el objetivo de que hicieran parte activa como miembros de la comunidad.

Fue un trabajo realmente maravilloso el que pude desarrollar en tan solo dos años que duró mi paso por esta comunidad […] Todavía la recuerdo y la llevo en un lugar muy especial de mi corazón. Considero que no solo estuve allí para enseñar,

fue un aprendizaje mutuo entre docente, estudiantes y padres de familia, hoy con orgullo puedo decir que quienes fueron mis estudiantes en año 1998, en grado primero, varios de ellos ya son todos unos profesionales y que hace veinte años aporte desde mi saber un granito de arena en la formación para que alcanzaran las metas de las que hoy están disfrutando y aquellos que no se profesionalizaron, estoy convencida que se hicieron grandes líderes, conscientes de la responsabilidad y el valor que tiene quedarse a trabajar el campo y aportar al desarrollo social de las comunidades rurales, cerrando de alguna manera esa brecha que hay entre lo urbano y lo rural.

En este escenario de mi vida profesional realice un verdadero trabajo comunitario, de colaboración mutua en relación con las familias y los estudiantes, fue una experiencia que me cualificó desde el hacer cotidiano, poniéndome a prueba con la verdadera labor docente; empezar no es fácil, a veces pienso que Dios me premió al darme la oportunidad de vivir esta primera experiencia como maestra con una comunidad tan pujante y emprendedora.

Y aquí va el segundo momento: del amor al miedo

Ya en la escuela rural Piedras Blancas, ubicada en la vereda *Los Planes*, me encuentro con una comunidad más numerosa, de gente cordial, desde mi arribo me brindan su amistad y confianza. La escuela estaba ubicada a bordo de carretera, lo que facilitaba el acceso de las diferentes personas y moverse hacia las distintas dependencias del municipio.

Desarrollaba el proceso educativo con un grupo de 25 a 30 niños que cursaban los grados de primero a quinto. Se gozaba de una excelente vista de los alrededores de la escuela por la riqueza en flora y fauna que se podía apreciar. El desarrollo del proceso académico pedagógico estaba acompañado por las familias que desde sus hogares aportaban con la resolución de las tareas, consultas e investigaciones que se asignaban a los niños, como trabajo complementario, para luego ser retroalimentado en la escuela.

Eran días maravillosos, cargados de actividades, semanalmente se contaba con la presencia de la Casa de la Cultura, entidad que acompañaba el trabajo en teatro, pintura, escritura literaria, danza y música; se conformaron diversos grupos y cada ocho días los monitores eran los encargados, en conjunto con mi labor, de orientar los gustos y afinidades de los niños, después de varias semanas de estar desarrollando los encuentros artísticos participábamos en la feria municipal donde se exponían diferentes habilidades, allí se valoraba la capacidad y la competencia de los estudiantes en las diferentes categorías, reconocimiento del que fueron protagonistas en variadas ocasiones por el talento en la escritura de cuentos, poemas y pinturas costumbristas relacionados con la vida cotidiana de la comunidad. De este modo se fortalecían las competencias comunicativas, artísticas y ciudadanas en los educandos, convirtiéndose en hechos realmente significativos que iban marcando la historia de la comunidad educativa.

Con el pasar del tiempo lo que hasta ahora había sido un trabajo muy gratificante, cargado de alegrías e infinidad de emociones, se fue convirtiendo en un espacio de zozobra y miedo a raíz de la presencia de un señor, habitante de la comunidad, que se dio a la tarea de realizar diversos daños a la escuela, entre ellos: las cerraduras de las puertas, el jardín, las carteleras, los pupitres, entre otros, perturbando con ello el normal desarrollo de las actividades escolares. A raíz de

esta situación se realizó una reunión con las familias en la que fui enterada de que el señor padecía una supuesta enfermedad mental; en dicha reunión se acordó que las familias estarían más pendientes del desarrollo de la jornada escolar.

Al principio pensé que se trataba sólo de pequeñas bromas, pero esto aumentó hasta el punto en que un día en las horas de la mañana, cuando aún no empezaba la jornada escolar, llegó y me tiro contra un tablero que había en uno de los pasillos de la escuela, allí me tenía encuellada y decía: “te voy a matar porque usted es una intrusa que le presta la escuela a los bandidos para que hagan fechorías” […] Me quería morir del susto, empecé a gritar; los niños que estaban llegando tenían como costumbre quedarse jugando un rato en la placa polideportiva, sin embargo, alcanzaron a escuchar y corrieron en mi auxilio. Todo transcurrió muy rápido, los niños más aventajados en estatura lograron quitármelo y lo sacaron a palazos de allí; este día no fue nada agradable para nosotros, no pasábamos del asombro, por lo cual nos encerramos todo el día en un salón de clases y al finalizar la jornada me fui para una casa cercana a dormir.

Un nuevo amanecer y vuelven los nervios al pensar que este personaje se podía aparecer nuevamente, los niños empiezan a llegar y se convierten en mis ángeles, todo el día estaban atentos a cualquier cosa que pudiera pasar. Así pasaron quince largos días y vuelve aparecer el señor, pero esta vez se presentó en pleno salón de clase, venía armado con un puñal y un machete, como estábamos tan concentrados no lo vimos entrar, yo estaba en la mitad del aula con los niños del grado primero, cuando se aproxima a nosotros los niños empiezan a gritar, él toma su machete y me apunta fijamente, los jóvenes de grado quinto, al ver la situación, le tiraron una mesa trapezoidal, aproveché la situación para escapar en compañía de los más pequeños, nos encerramos en la biblioteca, estando allí él aparece nuevamente y coge la puerta a machete, los niños que se habían quedado por fuera pidieron ayuda en un hogar cercano; esta vez contamos con suerte que no se pasó a mayores, los padres de familia que se presentaron lograron persuadirlo y sacarlo de allí.

Consciente de que debía colocar punto final a esta problemática, acudí a las autoridades del municipio a instaurar la denuncia, sin encontrar esperanza alguna de que se pudiera dar una pronta solución; después de un largo tiempo sin tener respuesta por parte del sistema judicial, el señor alcalde de la época me traslada para la vereda *El Rayo*, con una sensación de miedo, temor, rabia y desesperanza asumo la decisión al ver que se buscó la salida más fácil, sin importar lo que los niños y el resto de la comunidad pensara.

No tuve tiempo de despedirme personalmente de mis estudiantes ni de las familias, pareciera que la del problema fuera yo y por eso mereciera ser castigada. No era fácil comprender el porqué de la ineficiencia del Estado para dar solución a lo que en realidad era una problemática social que no sólo afectaba a la docente, sino a toda una comunidad educativa. Sin caer en la nostalgia y el resentimiento trate de sobre ponerme y empezar a comprender que la cronología de la vida en la docencia no estaba hecha de líneas sino de sobresaltos que solo yo con mucho esfuerzo podía superar y enfrentar.

Resalto la gestión y valentía que tuvieron las familias y los estudiantes para asumir la problemática que los afectaba directamente porque lucharon incansablemente por aportar a la solución y aunque no fueron tenidos en cuenta por

los organismos del Estado como parte activa de una comunidad, les quedó la tranquilidad de haber realizado un acompañamiento y trabajo social como factor aliado de la escuela.

Mi paso por esta comunidad me fortaleció desde lo espiritual y lo profesional y aunque hay momentos en la vida en los que la tristeza se concentra, esto tuvo significado para mi superación y profesionalismo; como no tenía opción no me quedó más que alzar la mirada y continuar el camino con el optimismo que cada día sería mejor.

Tercer momento: formando en medio del miedo y la desesperanza

Llego a la vereda *El Rayo*, ubicada a tan solo veinte minutos de la cabecera municipal. La escuela se localizaba a bordo de la carretera que comunica a Santo Domingo y San Roque. Se disponía de dos plazas docentes, una para atender los grados segundo, tercero y cuarto y la otra para los grados primero y quinto siendo esta última la que me asignaron al momento de mi llegada.

Con el inicio de las labores escolares me doy a la tarea de conocer un poco más de mis estudiantes, comparto con ellos los descansos pedagógicos, participando de los juegos que realizaban, observo detalladamente sus comportamientos tanto dentro como fuera del aula, notando que un gran número de ellos carecían de una buena alimentación, se les veía tristes, sin ánimos de realizar las actividades propuestas en los espacios pedagógicos.

Entre este grupo de niños que tengo bajo mi responsabilidad encuentro una niña muy tímida, toda una osadía sacarle una palabra, no sabe coger el lápiz, se le nota muy triste, no retiene lo que se le enseña, situación que empieza a preocuparme; ante ello busco ayuda en la cabera municipal y me encuentro con la docente de inclusión para atender las necesidades educativas en el municipio. Tuve la oportunidad de llevar la niña hasta donde la docente, colaborándome con la evaluación, lo que fue trascendental para dar inicio a la planeación curricular.

Me doy a la tarea de capacitarme con esta docente, viajaba todos los días en jornada contraria, planeaba conjuntamente las estrategias metodológicas que llevaría al aula. Al principio no fue fácil llevar estas estrategias al aula sin que pareciera que quienes las iban a desarrollar eran *diferentes*; la meta era incluirlas de forma significativa y lograr avances en la socialización y lo académico de los niños y niñas que lo requerían.

Paralelamente al trabajo académico con la niña se fueron realizando talleres de apoyo pedagógico con la familia de modo que el proceso fue dando resultados significativos que hicieron de la vida escolar y familiar entornos más agradables para ambas partes […] Me sentía feliz al ver que a pesar de las circunstancias por las que pasaba la comunidad se podía lograr grandes cosas en beneficios de los niños.

No era fácil la estadía en esta comunidad, la violencia que se vivía en esta época la tocaba de forma directa, viéndose afectados los procesos académicos y las relaciones sociales. Nos aferrábamos en la convicción y en la fe en Dios. Por mucho tiempo nos acostumbramos a convivir en medio de la cultura de la violencia; esa ardua labor de ser maestra significaba seguir formando para la vida; estaba convencida que la academia siempre debía estar al servicio de la vida cotidiana a pesar de la desesperanza de los habitantes de la comunidad.

Hoy se me viene a la mente las palabras de un niño que con mucha nostalgia me decía “Yo no tengo papá porque lo mataron, mi mamá se fue a trabajar a

Medellín para darnos de comer a mis hermanos y a mí y no quiero estar solo, quiero a mi mamá de vuelta porque tengo mucho miedo" […] No fue fácil contener el nudo que se me hizo en la garganta para orientar prudentemente estas palabras y hacerle la estadía en la escuela agradable, a pesar de las circunstancias. La violencia no solo había dejado sin papá a este estudiante, sino que había acabado con la vida de otros actores más; el desplazamiento no se hizo esperar, varias familias partieron en busca de otras oportunidades.

Para contrarrestar los episodios de la violencia en la vereda, iniciamos, con el apoyo de la administración municipal, la reconstrucción del tejido social a través de encuentros deportivos, culturales y religiosos; de este modo se minimizaban los hechos pasados y entramos en una nueva etapa de vida escolar a pesar de ya no contar con varios de mis estudiantes en el aula de clase.

El paso por esta comunidad para mi significo entrega y dedicación, aprendí a colocarme en los zapatos del otro, a entender sus miedos y sueños, a reconocerme y reconocer en el otro un ser humano con infinidad de complejidades. Había momentos en los que dejaba de dar las clases para realizar labor pedagógica desde la consejería y la enfermería. Llegué a ser confidente, incluso; es decir, aprendí a combinar la labor de maestra con los acontecimientos del contexto, aprendí a dar apoyo desde mi experiencia, no solo a los estudiantes, sino también a las familias.

Empecé a comprender que en la labor docente no todo era color de rosa, como había ocurrido en mi experiencia pasada, entendí que me encontraba en una cultura diferente y trabajé arduamente logrando procesos de resiliencia y de autoestima con los actores involucrados.

Cuarto momento: en la onda de la investigación

Es así como en el año 2004 llego a la vereda de *Santa Gertrudis*, a tan solo 40 minutos de la vereda *Las Peñas*, lo que me acercaba un poco con la comunidad donde había iniciado mi primera experiencia como maestra, la esperanza de encontrar más seguido a sus integrantes, en los diferentes eventos comunitarios, me generaba alegría.

Era un día caluroso, cargado de diferentes matices, el canto de los pájaros, el ruido de la quebrada que atravesaba la vereda eran melodías que hacían de mi llegada un momento especial. Siempre que iniciaba labores en una escuela diferente a la anterior, me surgían muchas expectativas frente al trabajo con los niños y las familias y esta vez no fue la excepción. Me encuentro ya inmersa en la escuela con un grupo de estudiantes, para este caso me fue asignado los grados primero, segundo y cuarto; comparto con ellos un caluroso saludo de bienvenida y de inmediato, doy continuidad al proceso académico que venían adelantando.

Los tiempos ya no son los mismos […] Es claro que me encuentro con una comunidad muy emprendedora, con fortalezas en liderazgo comunitario, cualidad que dejan ver los niños en sus trabajos de equipo, individuales e incluso en las tareas que les son asignadas para desarrollar con la ayuda de sus padres, donde se evidencian la responsabilidad y la calidad de sus trabajos. Aprovechando las fortalezas que presentaban los niños en los procesos de enseñanza y aprendizaje, me doy a la tarea de emprender con ellos el desarrollo de un proyecto de investigación sobre *Las plantas medicinales que se encontraban en la vereda* y sobre la *Hormiga arriera* los cuales fueron financiados por Ondas de Colciencias. El

desarrollo de la investigación se articuló a los procesos académicos de la vida escolar. Era un trabajo que permeaba las actividades escolares y comunitarias; nos dábamos a la tarea de realizar salidas de campo para consolidar la información a través de conversatorios, observaciones, entrevistas, consecución de material de estudio, entre otros, con todos los miembros de la comunidad.

Como factor agregado de la investigación, se construyó un herbario con la experiencia y sabiduría de los padres de familia en cuanto al conocimiento empírico de las plantas medicinales que se encontraban en la vereda; este sirvió de apoyo a los diferentes habitantes porque cada vez que lo consideraban necesario por condiciones de salud, visitaban el herbario con el objetivo de servirse de él y así curar o mejorar ciertas dolencias, adicionalmente era el espacio utilizado por los estudiantes como contexto de estudio en el desarrollo del trabajo investigativo.

Se vivía una verdadera fiesta del conocimiento que permeaba toda la cotidianidad de la vida escolar, se fortalecía el desarrollo de competencias comunicativas, científicas y ciudadanas, evidenciándose en los diferentes desempeños académicos que obtenían en las áreas del conocimiento. La escuela se había convertido en el sitio donde convergía toda la comunidad, porque desde allí se lideraban estrategias pedagógicas y sociales; el desarrollo de proyectos en beneficio de todos los actores de la vereda fue un eje de articulación que permitía el acercamiento de la escuela con los más de trecientos cincuenta habitantes que hacían parte de ese entretejido social.

Los procesos de enseñanza y aprendizaje trascendían a otros escenarios; cuando finalizaba la jornada escolar se participaba con los estudiantes de convites comunitarios, donde para esa época el objetivo principal era la construcción de la capilla. Con el pasar del tiempo y el esfuerzo mancomunado se logró tan anhelado proyecto; allí se vivenciaban las costumbres, creencias, es decir, afloraba la cultura de todo un grupo de personas. Haber sido parte activa de este proyecto me llenaba de gran satisfacción porque con los años que llevaba de experiencia me daba cuenta que ser maestro no es sólo enseñar; este proceso va mucho más allá, involucra todo un entretejido de relaciones entre la escuela y la comunidad.

En el trabajo desempeñado percibí que cuando se cuenta con factores que favorecen los procesos educativos estos avanzan a gran escala; esto era lo que ocurría aquí porque se contaba con el compromiso de todos aquellos que conforman la cultura escolar, aportando desde sus intereses y capacidades para favorecer a todo un colectivo, fue así que se veían los avances en los diversos proyectos que se emprendían, ya fueran desde la escuela o de la comunidad hacia esta. Fueron cuatro años que denominaría de enseñanza, aprendizajes y alegrías compartidas, dejaron una huella imborrable en mi vida porque crecí desde lo personal y profesional; hoy estoy muy convencida que la experiencia va cultivando el saber hacer del maestro.

Quinto momento: sistematizando experiencias

A mitad del año 2008 y después de haber pasado el concurso de méritos para directiva docente, asisto a la audiencia pública, con gran anhelo pude escoger la plaza de coordinación que había en la Escuela Normal Superior de San Roque, así pude estar más cerca de mi querido padre.

Mi llegada a esta Institución se dio el 15 de julio donde empecé como coordinadora del programa de formación complementaria, lideré por dos años el

proceso de la práctica pedagógica investigativa; experiencia que me conectó con otras realidades, de manera vehemente me ubicó en el papel que desempeño en la sociedad al formar maestros para la vida.

Por la ausencia de maestros para atender el programa de formación complementaria, serví dos áreas en este programa, oportunidad que me obligaba a leer permanentemente, a reflexionar sobre la praxis pedagógica para mejorarla y estar en consonancia con lo que el ministerio de educación normativizaba para la formación de maestros. Este proceso significó, para mí, reconocimiento desde lo profesional y crecimiento desde lo personal, porque así lo quisiera la gente ya no me veía con los mismos ojos, esto implicaba mucho más compromiso desde el ejemplo en la labor desempeñada y responsabilidad social.

Comprender la labor docente desde un compromiso social es una tarea que todos los que estamos inmersos en esta labor deberíamos interiorizar, puesto que las sociedades de hoy están cargadas de una infinidad de imaginarios por comprender y transformar; hoy no se puede visionar la educación como se hacía años atrás; las condiciones han cambiado y los factores asociados son diversos y de esta misma manera hay que percibir a los individuos y las comunidades (estos no son los mismo y la diversidad es un hecho de la vida de los individuos y de las comunidades educativas).

En el recorrido como directiva docente, en el año 2010, asumo la coordinación de Paz y Convivencia y ante las problemáticas de convivencia escolar me doy a la tarea de organizar las fichas de observadores de los estudiantes, en el desarrollo aprovecho la oportunidad para leer las notas que los docentes dejaban sobre los comportamientos de los estudiantes, comentarios que empezaron a preocuparme, por lo que seleccioné aquellos observadores que tenían varias anotaciones de tipo negativo. Aquí empieza la gran tarea. Empecé a indagar sobre el porqué de sus comportamientos, propicio encuentro con estos chicos y los escucho, esto me permite comprender su accionar, los acompaño continuamente, realizo con frecuencia visitas a las aulas de clase para apoyar el trabajo de los docentes con relación a la convivencia escolar. Este espacio ha marcado mi vida profesional, porque me ha puesto de cara con la realidad de la violencia en los diferentes contextos, aquí encontré casos realmente duros y muy difíciles de afrontar, pues son los sesgos de la violencia social que han salpicado a más de una familia y esto indiscutiblemente llega a las aulas de clase, en esta labor aprendí que cada estudiante es un mundo por conocer y reconocer.

Desde el año 2014 estoy en la coordinación académica, oriento todos los procesos académicos y pedagógicos al interior de la Escuela Normal, realizo acompañamiento a las comunidades de gestión y a las comunidades académicas, labor que cumplo con mucho amor y pasión, aunque no hago intervenciones directas en las aulas de clase siempre estoy atenta al desempeño académico de los estudiantes, centro el interés en sus expectativas, motivo su estadía en la escuela y, sobre todo, me preocupo y me ocupo de que ellos encuentren en la educación el motor para la transformación personal y social.

Si bien no manejo un saber específico al interior de las aulas, desde el cargo de directiva y con la formación profesional, acompaño a los docentes en la planeación y consolidación de los planes de clase y demás procesos del acto

educativo para que este se realice con mucho amor y responsabilidad, para que el aprendizaje sea significativo y se conecte todo alrededor del estudiante.

En el trabajo realizado en la Escuela Normal he tenido la oportunidad de reír, soñar, y disfrutar de cada uno de los aconteceres, ya sean positivos o negativos; los diez años que llevo en esta institución han sido de formación y cualificación permanente, aquí realmente he tenido la oportunidad de transformar procesos educativos, romper paradigmas, aportar desde la profesionalización y la experiencia a la humanización de la educación; trabajo que lo he apoyado con mi formación. El paso por esta institución también ha significado sentirme sola en muchas ocasiones, no es fácil ser directivo e incluso de quienes antes fueron mis maestros, aprender a separar las relaciones de amistad de las profesionales es una tarea difícil, esto ha significado angustias y temores, pero también ha significado madurez a la hora de tomar decisiones; vale la pena resaltar que me encuentro rodeada de un equipo maravilloso de docentes comprometidos con la labor social de formar sujetos par la vida, hoy le doy gracias a Dios por eso y por acercarme a personas que han influido en mi crecimiento profesional, en particular a Patricia Ramírez del Tecnológico de Antioquia, Nicolás Pitalúa Polo y Martha Alba Valencia Cataño de la Institución Educativa Normal Superior.

Este recorrido no termina aquí, estoy convencida que cada minuto es una oportunidad para educar con amor, contribuir a la formación permanente de las personas que queremos en el futuro, apuesta que siempre me hago y me seguiré haciendo, acompañada todos los días por mi labor.

CRÓNICAS DE UN MAESTRO QUE BUSCA LA FELICIDAD

Julián Alexis Cataño Duque

Ser maestro ha significado siempre el mayor de los placeres; a pesar de que, quizás, el ideal mágico, casi surrealista, que existe entre la imaginación de un profesor y la realidad en donde despliega sus sueños y su propio corazón, no se parezcan en nada.

Mi nombre es Julián Alexis Cataño Duque, oriundo de un terruño llamado la perla del Nus: Cisneros. Soy docente hace cinco años, aunque sea una vocación que, al parecer, nació desde el mismo momento en que tuve uso de razón. Desde siempre, en el primer momento en que empecé a repartir por toda parte donde estuviera el poco conocimiento que he podido retener en las entroncadas comisuras de la memoria, he buscado, por todos los medios que me han sido posible, convertir las grandes proezas de la imaginación exorbitante que posee un maestro, en una realidad palpable. Sin embargo, es un caos, un cataclismo sísmico, casi místico, sembrar en las pequeñas mentes y en los pequeños corazones, la grandeza del conocimiento y, sobre todo, lo infinito de la felicidad.

Resulta ser un caos, porque no hay nada más sorprendente que ver en el rostro de un niño la alegría de aprender, esa imagen altera las fibras, genera un estremecimiento, un suspiro, una satisfacción […] Es un verdadero cataclismo tratar de entender el sentimiento que se apodera de mí, cuando el cuerpo entero se sobrecoge y se acurruca en la mirada brillante y en la dulce sonrisa de un chiquillo sagaz que ha entendido la lección.

Actualmente, soy docente de la Escuela Rural Policarpa Salavarrieta, ubicada en la vereda *El Iris*, del municipio de San Roque. El camino que he recorrido en estos cinco años ha tenido numerosas estaciones, y ha sido con esos momentos y esos lugares, en los que he podido desempeñarme, que he ido forjando poco a poco el conocimiento práctico de ser maestro. Quizá, lo más lindo de enseñar, es que cada día se puede aprender de cada estudiante, de cada padre de familia, de cada suceso inesperado, de las dificultades y de los instantes en que todo parece oscuro. Es cierto que en la vida de un docente existen ciertas circunstancias difíciles, que se presentan repetidamente, y que van construyendo (cada vez que se enfrentan y se vencen), a un verdadero arquitecto de sueños.

Siempre he enseñado a niños y niñas. Docente de básica primaria, mi formación está marcada inicialmente por las enseñanzas de la Escuela Normal Superior de San Roque, quizá el único lugar en donde adquirí una verdadera cátedra práctica para ejercer la profesión que había elegido, por esto, grato es recordar que lo que soy como maestro, en gran medida, es gracias a los estudios realizados en aquella institución.

Posteriormente, me incliné por la Filosofía y logré alcanzar el título de Licenciado en Filosofía y Educación Religiosa; sin embargo, no logré desprenderme de los niños, por lo que me quedé en primaria, aun teniendo conocimientos para la enseñanza en secundaria. Por último, alcancé la meta de ser Magister y me gradué en Neuropsicología y Educación. La verdad, detrás de cada uno de los conocimientos que he adquirido es que no son para mí, no tendría ningún sentido aprender y dejar que todo termine ahí. El uso que le doy a lo que he estudiado es

servirle de la mejor manera a mis estudiantes, para ellos es que nos capacitamos los profesores, para buscar, de mil maneras, que puedan aprender.

El hecho que lo cambió todo

Siempre hay un momento en que los sueños no parecen alcanzar hasta donde la vida quiere que uno llegue, siempre existe una situación que nos cambia a todos. Mi primera experiencia como docente hizo que todo cambiara, conocí a Verónica, una niña con el síndrome de Crigler Najjar, que dependía de la luz ultravioleta de una lámpara para poder vivir. Ser docente implica ir más allá de todas las posibilidades, ser consciente de que el mundo necesita ser transformado con pequeñas acciones que, sumadas, una a una, hacen de la vida una fuente de felicidad.

¿Cómo enseñarles a los niños a ser felices? Es tal vez la pregunta más importante dentro de todo proceso educativo, las implicaciones pedagógicas de cualquier formación no deben estar ligadas únicamente al componente cognitivo, sino, a la humanización del saber del hombre. ¿Cómo implementar las estrategias de inclusión para todos los niños y las niñas que presenten alguna limitación física o mental? Las limitaciones del hombre son estructuras superfluas impuestas por la sociedad. Los niños y las niñas dan cuenta de que son frágiles, pero fuertes; sensibles, pero valientes; los niños a fin de cuentas son capaces de aprender lo que el mundo esté dispuesto a enseñarles, ¿Cuál es la limitación?: la incapacidad del mundo para responder a sus necesidades.

Por esto es por lo que el corazón se acelera, como consciente de la necesidad de ayudar, desde el saber pedagógico, a una niña que demostraba con su sonrisa las ganas de aprender, y, sobre todo: las ganas de VIVIR. Cuando conocí esta historia tan peculiar, tan única, pasé del asombro, de la cierta tristeza y de muchas preguntas y de muchos pensamientos que actuaban más como obstáculos, a reinventar todo lo que sabía, todo lo que podía saber y todo lo que haría para ayudar a Verónica. La primera vez que la vi me sorprendí por sus movimientos físicos dificultosos, no tenía desarrollado el habla, tenía un severo daño cerebral […] y. pese a todo esto, sonreía de forma mágica. Aquel hecho lo cambió todo porque desde entonces entendí que la felicidad es la principal misión que tiene un maestro en todo el repertorio de sus enseñanzas.

La inclusión es uno de los términos de mayor trascendencia en la pedagogía contemporánea, sin embargo, hay un vacío entre la abundante teoría y la práctica. No hay nada difícil, siempre y cuando el deseo de salir adelante esté por encima de todo pensamiento y toda acción. Durante el tiempo que Verónica me brindó la posibilidad de estar a su lado vi cómo se integraba con otros niños y, mejoraba su motricidad, como diferentes instituciones se unían a esta historia ayudando desde sus posibilidades, su familia se esmeraba por brindarle lo necesario para que pudiera vivir bien. Promoví rifas, colectas, donaciones, que permitieron comprar las lámparas y la cama en donde Verónica debía pasar gran parte del tiempo, ya que necesitaba de la luz para eliminar el exceso de bilirrubina de su cuerpo, se gestionaron numerosas atenciones médicas, alimentos que la niña necesitaba, al igual que los medicamentos. Ser maestro es servir a quien lo necesite, no entendería esta labor de otra manera.

En este hecho la medida de los logros solo se percibe cuando la satisfacción del deber cumplido se refleja en el rostro de aquellas personitas que convierten esta

profesión en una labor llena de pasión, compromiso, amor, entrega. Enseñar no es simplemente transmitir algo que ya existe en el mundo, enseñar implica demostrar que todos somos importantes y que todos podemos lograr grandes cosas. El caso de Verónica conmovió a toda una comunidad y traspasó fronteras, aquellas donde la imaginación se inhibe y los deseos se cancelan. Nadie entiende lo bello que es la vida hasta que ve el progreso significativo de una estudiante a la que todos admiran. Su condición no le impidió entender los cuentos infantiles de escenas fabulosas, sus manos lograron tomar una crayola y hacer una raya semejante a una línea del arcoíris, su tensión muscular cedió poco a poco en movimientos fluidos, conoció el mundo que la rodeaba, sus elementos y las personas. Trató de integrarse con sus pares hasta donde su inspiración se lo permitía, demostró el amor a su familia y a quienes estuvimos atentos a su desarrollo integral. Lastimosamente, como muchas cosas hermosas de la vida, este instante, casi un suspiró, terminó, aunque convertido en una completa hazaña que me condujo por un camino que he buscado recorrer desde entonces.

La realidad, a veces no es tan mágica

Como he mencionado al inicio de esta narrativa de experiencia pedagógica, los maestros a veces excedemos los escenarios de una imaginación noble, inocente, demasiado abstracta. Luego de haber tenido una experiencia idílica, inicié a trabajar en un colegio de uno de los barrios periféricos de la ciudad de Medellín. Resulta cómico recordar aquellos pocos meses en donde debí enfrentarme con todo lo que conocía.

Es extraño como las huellas de la violencia dejan marcas en la memoria de las sociedades. Recuerdo bien que el primer día de clases, en el grado tercero, no logré conmutar una sola palabra, mi voz se perdía entre los gritos, los silbidos, el ruido de las sillas y las risas a carcajadas de más de cuarenta estudiantes que difícilmente dejaban espacio para caminar entre las filas. No logré contener el desorden, fue un descontrol que duró casi una hora. Ahora que intento recordar no logro saber qué hice en todo ese tiempo. Aquella noche me cuestioné si en verdad había elegido la profesión correcta, si en verdad sería capaz con las escenas que había vivido aquella tarde. No logré dormir aquella noche. Cada nuevo día era igual de difícil que el anterior, no podía entender la conducta de los estudiantes, apenas niños, que no tenían la mínima voluntad de escuchar lo que tenía para decirles, para enseñarles.

Sin encontrar la salida a tantas preocupaciones y dificultades, busqué en mis compañeros orientación, ayuda o luz que me iluminara y me permitiera generar un plan para evitar todos los problemas a los que me debía enfrentar. Al fin, entendí algo, la vida de cada niño está reflejada en la escuela de muchas maneras, una de ellas, su comportamiento. Entonces, conocí historias de niños maltratados violentamente, a quienes amarraban de la cama para pegarles con una correa hasta sangrar (varios niños me mostraron las marcas), niños que eran víctimas de abusos, usados por las bandas del barrio, no tenían para comer, debían cuidar de sus hermanitos […] Cada historia era demasiado irreal, difícil de creer.

¿Qué podía hacer? Quizá, no se trataba de lo que yo tenía para decirles, enseñarles e instruirlos. Sino lo que ellos querían decir, lo que querían contar, quizá tenían demasiados fantasmas de los que se querían desprender. Encontré niños que contaban chistes y nos hacían reír, que cantaban, que se imaginaban mundos

increíbles, porque querían vivir en una realidad diferente. Aunque para llegar a este punto, debí olvidar los ambientes de aprendizaje en donde hasta ese momento había estado, porque ahora era importante saber cuándo alzar un poco la voz, exigir respeto, demostrar carácter, porque cuando los estudiantes carecen de autoridad, van a probar a quienes deseen exigirla y van a burlar a quien no lo haga.

Ser docente no implica ser impositivo, gritón, malgeniado. Es necesario ejercer la autoridad de manera que haya respeto, pero no miedo; que el aula se convierta en un verdadero espacio formativo, pero no porque todos estén en silencio, sino porque todos estén interesados en aprender, y una manera de hacerlo es permitirles que compartan sus experiencias, sus sueños, sus miedos, sus sentimientos, así todos construimos un verdadero aprendizaje.

Sólo fueron tres meses ¡Vaya! Sí aprendí a forjar el carácter necesario en esta profesión.

Después de enfrentar un verdadero reto, quizá la prueba que el destino me tenía preparada para hacerme entender si había elegido adecuadamente la profesión más hermosa, importante y difícil que existe. Aunque duró apenas unos meses, fue un tiempo que marcó definitivamente la forma de desempeñar mis labores en la actualidad. Hasta el momento había aprendido un par de cosas muy importantes: la primera, es imprescindible permitirles a los estudiantes ser felices en la escuela; la segunda, hay que saber ejercer la autoridad, ya que de esta depende el cumplimiento de los imaginarios, al menos la realización de todo lo que a veces sueño que puedo hacer.

¡Qué alegría ir a la escuela!

Volvía a mi pueblo natal, a enseñar en el grado preescolar. Fue la experiencia más maravillosa que he vivido en mis pocos años de maestro. La razón es simple, no debía dar cuentas de logros cognitivos complejos. Espero que esto no sea malinterpretado, en primero, tengo que preocuparme porque los niños aprendan a leer, escribir, los números […] y desde ese momento, en cualquier grado, existe cierta presión tanto para el maestro, como para los estudiantes. En Preescolar, es cierto que existen algunas dimensiones relacionadas con el desarrollo cognitivo, sin embargo, lo esencial es la adaptación social y afectiva: la única forma de lograrlo consiste en crear espacios de sonrisas.

Empezaba las mañanas bailando con los niños, jugando y cantando, leíamos historias y nos imaginábamos viviendo en ellas, jugábamos con muñecas, carritos, bloques; jugábamos a ser enfermeros, ingenieros, policías, conductores. Hacíamos rondas, salíamos al patio a jugar balón, pintábamos, amasábamos plastilina, nos ensuciábamos con arena. Todos los días veía la viva expresión de la felicidad en la sonrisa de los niños que me abrazaban con un amor puro, me daban de sus dulces llenos de saliva, me compartían la lonchera ¡Qué más podría pedir un profesor!

Debo confesar que al principio no me sonó mucho la idea, ¿Un profesor enseñando preescolar? Eso no se ve a menudo, siempre son las profesoras lindas y tiernas. De antemano, un completo reto ser el profe cariñoso, tierno y alegre ¡No fue difícil! Desde el primer día cada niño me robó una parte de mi corazón. Aún hoy, después de varios años, cuando me los encuentro en la calle me abrazan. Quizá sea verdad esa expresión que se lanza entre colegas: “Los estudiantes que más lo quieren a uno son los de preescolar”: hoy por hoy creo que es algo muy serio de lo que se podrían escribir muchos libros.

Con aquellos chiquillos era común salir de paseo con el acompañamiento de los padres de familia, hacer sancocho, arroz con leche, elevar cometas, caminar, nadar. Incluso, en un día de clases, que iniciaba a las 8:00 am, oscurecí todo el salón con bolsas negras y sábanas, llené el salón completamente de colchonetas y almohadas, e hicimos una pijamada. Construimos castillos, leímos cuentos, nos pintamos las caritas, vimos una película y comimos crispetas. Fue un verdadero encuentro pedagógico, una clase divertida, llena de enseñanzas.

Otra de las actividades que más disfrutaban los niños eran las manualidades, hicimos gusanos con medias y algodón, sonajero con platos desechables, maracas con tarros, entre otras muchas cosas, y en la feria de la ciencia, el arte y la tecnología, los niños de preescolar con sus obras fueron premiados en primer lugar.

Sólo fueron seis meses, pero forjaron en mí nuevos aprendizajes, sumados a los que hasta el momento había adquirido ¡Aprendí a ser cariñoso! El equilibrio entre la autoridad y el afecto es difícil de alcanzar, sin embargo, son habilidades obligadas para los maestros, porque cuando uno está trabajando con niños, debe volverse un niño, sonreír con ellos, jugar con ellos, abrazarlos, demostrarles que son importantes. Al final, como todo en la vida, finalizó el año y se llevó consigo muchas aventuras, muchas sonrisas, muchas enseñanzas.

El arte de enseñar

Después de la experiencia en preescolar, estuve en otras dos instituciones, aunque por periodos muy cortos de tiempo. Enseñar no es más que un arte, en donde se construye día a día diferentes escenas, pinceladas, notas musicales. El 21 de julio de 2015 inicié labores en período de prueba en la Institución Educativa Rural La Floresta, en el corregimiento de *La Floresta* del municipio de Maceo. En realidad, la felicidad de haber ganado el concurso de ingreso a la carrera docente y saber que podía tener una estabilidad laboral, es muy importante en la vida de un docente, porque entiende que su vida la dedicará a hacer lo que buscó siempre: enseñar.

Esta Institución Educativa en realidad me brindó muchas experiencias maravillosas, empezando por un grupo de maestros alegres, apasionados, unidos, interesados en transformar la comunidad en donde desempeñaban sus labores. Lo que más me ha contribuido a mi formación lo he vivido en *La Floresta*, porque dejé de ser un docente errante que pasaba siempre desapercibido, a ser un docente propositivo y visible. En esta institución encontré apoyo y aliados para que todas aquellas idealizaciones pedagógicas se pusieran en marcha y dejaran de ser solo sombras en mi pensamiento.

Entonces, mi voz contaba, mis experiencias y mis deseos eran tenidos en cuenta y las dificultades en el funcionamiento institucional que encontré, me sirvieron como puntos de partida, ideas como el profesorado de tercero a quinto, las olimpiadas del conocimiento en toda la institución, las clases de geometría y estadística y la monodocencia en un grupo con estudiantes con problemas significativos de conducta, fueron organizadas y estructuradas desde mi deseo de ver una institución encaminada hacia el mejoramiento.

Además, volví a tener la experiencia de compartir con tres estudiantes con necesidades educativas especiales, una niña con retraso mental leve, otra con retraso cognitivo y con alteración en el comportamiento y un estudiante sin diagnóstico. Ellos significaron muchos más retos, y más dificultades, ya que, en

cierto modo, eran conflictivos y a menudo agresivos e indisciplinados. Esta realidad me llevó a replantear la falta de formación de los docentes para manejar las exigencias educativas de esta población, quizá como docente, hubiera querido hacer más cosas por ellos, pero fue un tiempo muy limitado y no alcancé a encontrar el camino que me llevara a ayudarles satisfactoriamente.

María, se llama la niña con retraso cognitivo, aunque en su aprendizaje no logré avanzar mucho, intenté siempre brindarle momentos de amor y alegría, siempre fue muy cariñosa conmigo, además de respetuosa y colaboradora, la recuerdo mucho porque se apegó un poco a mí y en el tiempo que estuvo en la institución, siempre me abrazaba y me saludaba eufórica con inmensa felicidad donde me veía.

De esta institución, en la cual laboré hasta el 20 de febrero de este año, me llevo dos grandes regalos: la amistad de un grupo de compañeros maravillosos que me apoyaron y me ayudaron en todo momento, y el cariño de la mayoría de estudiantes a los que logré enseñarles; muchos de ellos hoy por hoy, cuando me ven, me dicen que me extrañan, que fui su mejor profesor o que me quieren mucho; a veces que puedo ir de paso, me ven y se me abalanzan casi para tumbarme. Es muy satisfactorio y gratificante ver cómo logré dejar una huella en aquellos niños.

Para finalizar, este paso por la Institución Educativa Rural La Floresta me dejó una enseñanza muy linda: soy un buen maestro, y lo puedo afirmar con amor, con orgullo, con alegría. Sin egocentrismo, ni egolatría. En los años 2016 y 2017 obtuve la mención de honor que me reconocía por mi buen desempeño, compromiso y sentido de pertenencia en el nivel de básica primaria, lo que es un logro personal y profesional que no me hace sentir el mejor, por encima de los demás, sino que me permite ratificar que lo que he podido hacer como maestro, lo he hecho por mis estudiantes y por cada escuela o institución en donde he laborado.

La escuela rural, centro comunitario

Para finalizar esta narrativa de experiencia pedagógica, debo mencionar primero que, me siento feliz por recoger todas esas enseñanzas que me han permitido entender la educación como el fenómeno social más importante en la vida del ser humano, y debido a esta significación, como docente, debo desempeñar mi rol con amor y con alegría; estas dos emociones son las principales herramientas en el aula de clase.

El 21 de febrero de 2018 llegué a la Escuela Rural El Brasil del municipio de Cisneros. En realidad, la experiencia en esta escuela más allá de la labor pedagógica, del compromiso por la formación de mis estudiantes, fue increíble porque fueron tres meses llenos de festejos comunitarios, lo resalto porque uno de los imaginarios y oportunidades que se han perdido, es ver a las escuelas rurales como un lugar de integración comunitario.

Celebramos el día de la mujer a las estudiantes y madres, realizamos integraciones con otras comunidades educativas, celebramos el día del niño y el día de la familia. Cada uno de estos espacios estaban cargados de bailes, música, juegos, sonrisas. La comunidad educativa se congregaba en la escuela y de este modo íbamos tornando aquel lugar como un centro de convivencia, de armonía, de paz, de solidaridad, de amor, de unión.

Como lo mencioné anteriormente, actualmente soy docente de una escuela rural de San Roque, hace apenas dos meses. En este punto de mi vida profesional

puedo comprender que aún tengo mucho para aprender y mucho que enseñar, que la vida me ha premiado con retos, de los que he podido salir, a veces con mucha dificultad.

También debo mencionar que no es bueno ser tan errante, que los procesos son los que marcan la diferencia entre el éxito de lo que se haga y el fracaso de lo que se deje de hacer. En este momento solo deseo brindarle amor, conocimiento, alegría, paciencia y disciplina a los dieciocho estudiantes que tengo en mi escuela; ellos son los que me motivan. Aunque es cierto que somos seres humanos llenos de emociones, seres que nos enojamos, nos desilusionamos, cometemos errores, actuamos a veces equivocadamente y caminamos por lugares en donde no deberíamos estar, también es cierto que tenemos la fuerza de revivir sueños, espantar pesadillas, cambiar la memoria de la desolación y sembrar esperanza.

Soy maestro, orgullosamente, maestro de corazón, que buscará siempre, ante las adversidades y ante las posibilidades, la felicidad propia y la felicidad de mis estudiantes.

HUELLAS EN MI VIDA PROFESIONAL

Daniela Quiroz Builes

A modo de prólogo

Para comenzar, podría decir que esta historia inició con mi primera experiencia en educación, o que fue un sueño de toda la vida, o hasta podría pensar que esto apenas empieza. La verdad es que aún no tengo claridad del momento exacto en el que los niños gritaban *profe* y yo sabía que estaban hablando conmigo. Pues bien, he aquí una parte de mi historia. Nací en el año 1994, crecí como hija única de una familia nuclear, a los siete años llegó el momento de ir al colegio, empecé a amar las matemáticas un poco más que las artes, el lenguaje dos veces más que el deporte, y el inglés definitivamente desplazó mi interés por las anteriores.

Mi infancia no fue muy diferente a las demás personas de mi generación, entre trompos, yoyos, chucha cogida y demás juegos callejeros fui adentrándome en las maravillas de la vida en sociedad. A los nueve años decidí descubrir qué secreto escondían los libros, y sin saber de qué género debía ser el primero que leyera, me encontré con uno titulado *¿Quién se ha llevado mi queso?* Probablemente lo habría entendido mejor en el primer semestre de psicología, que en tercero de primaria; lo cierto es que yo aún no encuentro mi queso y desde ese día no he parado de leer, por lo que me declaro amante de la literatura, y de unos años para acá un poco más de las producciones antioqueñas que de cualquier otra cosa.

En fin, con pocos amigos, muchos libros de los cuales hablar, tareas y pequeños proyectos, se llegó el momento de la graduación, y he ahí el dilema, "¿Qué vas estudiar?" Preguntaban en la calle, "¿Si pasó a la universidad?" Preguntaban en el colegio, "¿Y usted por qué no estudia medicina?" Decían en la casa. Solo por citar solo unas cuantas preguntas y comentarios. Afortunadamente, yo tenía muy claro que quería ser psicóloga, socióloga, abogada, periodista o traductora; bueno, en realidad muy segura de lo que quería no estaba, pero eso sí, lo de profesora no se me pasaba por la mente. Lo cierto es que, o los exámenes estandarizados no se hicieron para mí, o en el fondo no tenía tantos deseos de estudiar alguna de esas profesiones que mencioné, porque ni me preparé para el examen de admisión, ni pasé a la anhelada Universidad de Antioquia, y como buena estudiante de la Normal no me pareció tan mala idea estudiar un semestre de formación complementaria para volverme a presentar a la Universidad de Antioquia y estudiar alguna de las carreras que sí me gustaban. Así fue como volví a presentar el examen de admisión, pero no un semestre sino dos años después, a solo unos meses de graduarme como normalista y convencida de que había nacido para ser profesora de inglés (lo que pasó en esos dos años lo dejo a su imaginación, los que han estudiado en una Normal saben muy bien a lo que me refiero, y los demás podrán acomodar la historia a su amaño). Para finalizar con este intento de prólogo, solo puedo contarles que sí soy licenciada en inglés, pero que definitivamente ese examen de admisión no se hizo para mí, claro está que me siento orgullosa y absolutamente agradecida con la universidad que no me hizo examen de selección múltiple, sino de competencia comunicativa, y de la que hoy soy egresada.

Mi primera experiencia laboral.

Fue un miércoles 14 de febrero del año 2014, cuando con tan solo diecinueve años llegué al Centro Educativo Rural Santa Bárbara, a cubrir una licencia de maternidad en la Post-primaria. Recuerdo que el día era frío, y yo no sabía si estaba temblando por la temperatura o por los nervios que me estaban invadiendo por completo. Los estudiantes comentaban que ya debía estar por llegar la profesora nueva, que ojalá fuera formalita y no pusiera mucha tarea, también se preguntaban si sería gorda, flaca, alta o chaparrita, entre muchas cosas más que yo escuché silenciosamente a la entrada del colegio mientras llegaba mi compañera de trabajo para abrir la puerta. Me moría por decirles que yo era la profe, que, sí era más bajita que ellos, que parecía de 15 años y que sí se manejaban bien no les iba a poner tarea; pero mejor me quedé callada y disfruté de su cara de sorpresa cuando me presenté en el aula de clase. Agradecí no tener una maestra cooperadora evaluándome esa primera semana, incluso me atrevo a imaginar todos esos 1.0 en el formato de evaluación, no sé si me fue peor en dominio de grupo o en matemáticas de noveno, aunque creo que sabía un poco más de eso que de jardinería y huerta escolar. Lo cierto es que me esforcé por aprender matemáticas, por preparar bien mis clases, por atender seis grados a la vez en una sola aula y con un solo libro por grado. También aprendí a hacer valer mi autoridad, aunque a veces tenía que anotar en la ficha a Emanuel, casi todas las semanas tenía que llamar a la mamá de Cristian, la mamá de Ricardo nunca me contestaba el teléfono y su ficha no apareció, y la mamá de Carlos Mario todavía creía que su hijo ni siquiera hablaba en clase. Aprendí a lidiar con eso, experimenté eso de pasar la noche en vela pensando en situaciones de mis estudiantes, empecé a apreciarlos y creé lazos de empatía con ellos. Fue una experiencia corta pero cargada de emociones y aprendizajes, durante esos dos meses y exceptuando la primera semana, no dude en ningún momento de que la educación sí era la profesión para mí.

El primer empleo fuera de mi municipio

La oportunidad de cubrir otra licencia de maternidad llegó unos meses después de terminar la primera, pero esta vez era a una hora y media de casa, en el corregimiento Botero del municipio de Santo Domingo. Aún tenía 19 años y fue difícil para mí salir de casa y llegar a un lugar donde no conocía a nadie, lo bueno es que estaba tranquila porque ya no me sentía novata, ya había tenido una experiencia y seguramente ya nada me iba a parecer difícil, después de enseñar matemáticas en noveno y lidiar con las pataletas de Emanuel. Pero como la vida no es lo que uno piensa sino lo que va sucediendo mientras se está pensando en lo que debería ser, allí también tendría muchas cosas por aprender.

El jueves 8 de mayo llegué a ese lugar mágico que desde la entrada principal parecía un pesebre y una vez estuve en él sentí que, además de pesebre, también podría compararlo con un horno. Clima caliente, lo que más había despreciado durante toda mi vida, pero no me iba a quejar, seguramente iba a poder descansar en un hotel con aire acondicionado o por lo menos un buen ventilador y lo más probable es que el colegio, estuviese bien dotado para tener tranquilidad durante las clases. Pues ni aire, ni ventilador, ni mucho menos hotel, tuve que acudir a la hospitalidad de una habitante del lugar y arrendar una habitación en su casa, donde viví tranquilamente durante los dos meses que duro esta licencia.

En cuanto a la institución, la conocí unos minutos después de llegar al caserío, el rector no se encontraba en el momento, pero tuve la mejor inducción de todas, me recibió la profesora de preescolar, y entre todas sus palabras de bienvenida, recuerdo perfectamente cuando me dijo muy segura “A usted tan niña se la van a devorar esos muchachos”; apenas estaba intentando interpretar esas palabras y terminando de descargar mi morral y ya me estaban esperando catorce niños de cuarto de primaria en un aula de clase, que en realidad no tenía aspecto de aula sino de laboratorio abandonado. Lo cierto es que, en ese espacio lúgubre, algo sucio y sin nada de color o decoración viví una de las experiencias más enriquecedoras de mi vida profesional. Allí aprendí a disfrutar al máximo cada espacio de la jornada laboral, preparaba mis clases con esmero, y tal como lo había aprendido en la Normal, intentaba articular todos los procesos que acontecían en la clase, incluyendo las dinámicas y la reflexión con la que iniciaba la jornada. Como eran pocos los estudiantes, tenía la posibilidad de conocer más a fondo las fortalezas y debilidades de cada uno, tratar de fortalecer aquello que más se les dificultaba y de potenciar lo que les permitía sobresalir. No quiero decir con esto que todo fue perfecto, aun siendo pocos, había problemas de aprendizaje y también de convivencia. Recuerdo a Danilo que se sentía más fuerte que todos y por eso los golpeaba y se burlaba de ellos, también a Juan Diego que pequeño y flaco se enfrentaba a todos sin temor, a Camilo que se burlaba de todos y de todo, por lo que siempre se quedaba atrasado en clase, y a Mariana cuya pereza no le permitía aprovechar esa inteligencia tan asombrosa; pero entre todos ellos y los que faltan por mencionar, siempre tengo presente a Jhon Fredy, era ya un adolescente de catorce años, su edad no era la indicada para el grado que cursaba y sus actitudes muchas veces tampoco, de este joven me dijeron al llegar “es el problema del grupo”, “el dolor de cabeza”, “el que altera el orden y la disciplina”; claro está que me alcancé a asustar, pero me asusté más cuando conocí su historia, cuando supe que ese niño que no llevaba cuadernos, que tenía una presentación personal cuestionable y que faltaba constantemente a clase, muchas veces tenía que amanecer en la calle porque su familia estaba absolutamente desintegrada. Por temporadas vivía con su abuela, otras veces con un tío, y cuando las cosas se ponían difíciles debía amanecer en la calle o en cualquier espacio que le brindaran.

Después de conocer las condiciones de vida de este joven, empecé a considerar que esas interrupciones en clase, esas discusiones con los demás compañeros y esa pereza constante, no eran asuntos propios de su voluntad, sino el resultado de las situaciones tan difíciles que enfrentaba, por eso, desde ese momento aprendí a juzgar menos y comprender más. Y fue así como pude descubrir que Danilo además de golpes también sumaba goles, pues tenía un gran talento para el fútbol y las matemáticas; que lo único que había en la imaginación de Juan Diego no eran los conflictos que iba a generar entre sus compañeros, sino también una capacidad tremenda de crear mundos posibles a partir de la literatura, que Camilo cantaba y hacía música con la misma intensidad con la que se reía en las clases, y que Mariana tenía capacidades increíbles para todas las materias, siempre y cuando se le motivara y reconocieran sus logros. Asimismo, descubrí en Jhon Fredy un gran líder, un estudiante capaz de movilizar el grupo hacia el cumplimiento de las metas de aprendizaje, y que por lo tanto, se convirtió en mi mano derecha durante mi tiempo allí, él era el que repartía el material que yo llevaba para la clase,

el que regañaba cuando alguien no estaba prestando atención a una explicación, el que recordaba perfectamente quiénes se escapaban del aseo y el que de no hacer nada por pereza o temor a equivocarse, pasó a ser el que creía en sí mismo un poquito más que antes, empezó a esforzarse al máximo, a presentar los trabajos, a repetir los ejercicios en los que se equivocaba las veces que fuera necesario, a participar y aportar en clase. Todo esto me llenaba de satisfacción porque tenía claro que esos logros no solo eran de él; también eran míos porque decidí creer en sus capacidades más que en la fama que se había forjado todos estos años. Pero, así como por unos días me llenó de orgullo, también me debe algunas lágrimas que me salieron cuando tras desertar por varias semanas de su proceso, se vio afectado y terminó perdiendo varias materias para ese período.

Y así, con lágrimas y satisfacciones, el cariño que se cultivó con este grupo fue inmenso. Se crearon lazos afectivos fuertes, aprendí mucho de didáctica y pedagogía, pero también de la vida y sus afanes. Encontré también un equipo de trabajo maravilloso, conformado por personas con una vocación increíble, con ganas de hacer mucho a pesar de que en el colegio se contaba con muy poco y con ideas y capacidades que permitían hacer de cada clase y cada actividad un verdadero encuentro con la pedagogía y el conocimiento.

Un desafío para mi vocación

El 14 de octubre de 2014 al llegar nombrada en provisionalidad como docente del grado primero en la Institución Educativa Rural San José del Nus, conocí veintidós estudiantes que representaron un verdadero reto para mi vocación. Pues bien, como maestros sabemos que los primeros grados y, en correspondencia, los primeros años de vida de los niños son fundamentales para la instauración de los dispositivos básicos para el aprendizaje, de tal manera que en los grados de preescolar el niño aprende a socializar, controlar sus emociones, respetar las normas y la figura de autoridad y una vez concertada esa parte actitudinal, ya podemos hablar de sus procesos cognitivos. Todo este preámbulo lo hago porque precisamente en eso consistió mi reto, a escasamente un mes de finalizar el año escolar, me encuentro con un grupo que fue conformado con los estudiantes repitentes, los que no habían estudiado preescolar y los que tenían dificultades para adaptarse al ambiente escolar; además de esto, yo sería su tercera profesora en ese año y, para completar, muchos de ellos ni siquiera tenían el acompañamiento de sus padres.

Así fue como tras realizar el diagnóstico me encuentro con que solo uno de los veintidós niños sabía leer, aunque no a la perfección, otros cuatro sabían identificar algunos sonidos silábicos, pero, no podían leer el contexto de la palabra o la oración sin hacer las pausas, y el resto del grupo apenas identificaban las letras “m” y “p”. En matemáticas les iba un poco mejor que en lenguaje, aunque a la mayoría les costaba contar más allá del número veinte y, para completar, su comportamiento era absolutamente incontrolable, y aquí no mencionaré muchos nombres porque todos aportaban al caos en el aula. Sí caos, porque sinceramente no encuentro otra palabra para referirme al hoyo en la pared que ellos mismos hicieron con una piedra, a los niños colgados de las ventanas y por poco de los ventiladores, niñas halándose del cabello y enterrándose las uñas, y niños golpeándose unos a otros y agrediéndose con cualquier objeto que se les atravesara.

En este grupo no había regaño, ni diálogo, ni anotación en el observador, ni coordinador, ni rector que lograra generar, si no respeto, por lo menos algo de intimidación; no respetaban a nadie, no temían a nada, no les importaba seguir ninguna regla, pues ellos mismos manejaban su espacio y disfrutaban de su descontrol. Ante esta situación, nuevamente me sentí novata, sentí deseos de renunciar y dejarlo todo tirado, no quería ser maestra, me sentía impotente, incapaz, ninguna estrategia me funcionaba, ni las caritas felices, los dulces, las dinámicas de clase, las explicaciones apoyadas en imágenes de colores o los vídeos que creía podían resultarles entretenidos. Para mí los problemas no eran ellos, el problema era yo que no podía controlarlos, yo que, al fin y al cabo, siempre había dicho que no quería ser profesora y que, seguramente por no tener vocación, era que estos niños no me prestaban atención.

Pasaron dos semanas en las que todos los días llegaba a casa y no sabía si preparar material para la clase o dirigir mi carta de renuncia a la Secretaría de Educación, pero empecé a recordar y hacer un recorrido por mi formación y por las dos experiencias que ya había tenido anteriormente, y me encontré con que siempre fue una defensora de la empatía y de su papel fundamental en el proceso de enseñanza. Es cierto que resulta difícil mostrarse empático en un grupo donde quienes no te están gritando vieja bruja, se están burlando de ti, están ignorando tus llamados de atención y en el peor de los casos, te están golpeando. Fue entonces cuando decidí asumir el reto, comprobar que tan firme era mi vocación y llegar al día siguiente al grupo con una actitud diferente. Se sumó a mi propósito, una de las profesoras de Preescolar, que me dijo que nunca iba a poder bajar la actitud pesada del grupo si seguía imponiéndome con voz fuerte o con estímulos negativos, que debía empezar a emplear un tono más amable al que seguramente muchos de ellos iban a corresponder.

Dadas las circunstancias, cambié regaños por sonrisas, advertencias por abrazos, empecé a arreglarles el peinado a las niñas y a atar los cordones de los niños, reconocí cada pequeño logro que tenían en la clase como un gran triunfo y entendí que muchos de estos niños lo que realmente necesitaban era afecto, y que su comportamiento agresivo no era más que una forma de llamar la atención de quienes tratábamos de imponer nuestra autoridad sobre ellos. La primera semana del cambio no fueron muchos los resultados, pero después, eran cada vez más los niños que se iban interesando por las clases y se sintieron motivados por aprender. Aún quedaban cuatro o cinco que no obedecían y protagonizaban conflictos y situaciones de indisciplina, pero aprendí a lidiar con ellos y a concentrarme en el objetivo principal que era lograr que en las semanas que quedaban, los niños aprendieran a leer y efectuar operaciones aritméticas básicas. Solicité el apoyo de los padres, trabajé horas extra durante las tardes, repartí responsabilidades entre la escuela y el hogar en igualdad de proporciones y conseguí que de esos niños en los que nadie creía, quince alcanzaran los logros propuestos para el grado primero.

Aun había dificultades, el comportamiento no era del todo bueno, las lagunas en el aprendizaje y la ausencia de algunas competencias seguían siendo evidentes, pero el logro fue significativo, y con una mezcla entre método global, silábico y muchas estrategias que no sé cómo nombrar, se consiguió el objetivo. Claramente para el año siguiente nadie quería segundo grado, y si ya había creído en ellos una

vez, no veía porque no continuar con este proceso y seguir aprendiendo en compañía de ellos.

Efectivamente, en enero del 2015 inicié como directora de grupo del grado 2°C y fue gratificante encontrarme con un grupo diferente al que vi por primera vez, con niños que practicaron lo aprendido conmigo durante sus vacaciones, con madres agradecidas por el trabajo realizado el año anterior y con muchas ganas de seguir avanzando. Dadas las condiciones tan positivas con las que se iniciaba el año, se fijó con ellos la meta de ser los mejores de la primaria, de tener el mejor comportamiento de la escuela y sacar las mejores notas y muy buenos proyectos; los niños se convencieron de ello, y cada vez que alguno intentaba interrumpir clase o sentía pereza de hacer algo, los demás se lo recordaban. Fueron dos semanas muy gratificantes, y espero que así lo haya sido también el resto de año para la profesora que llegó a reemplazarme, porque el día 19 del mismo mes, fui trasladada para un Centro Educativo Rural del municipio de Santo Domingo.

Una experiencia muy inclusiva

En esta parte de mi historia la protagonista no soy yo, sino Mauricio, aquel niño de doce años que me encontré en el grado segundo una vez inicié labores en la Institución Educativa Rural el Rayo. Sus abrazos cargados de cariño, pero también de mucha fuerza, inicialmente me generaban temor, pero luego se convirtieron en la mejor bienvenida que recibía día a día al llegar a la institución.

Mauricio tiene limitación cognitiva con diagnóstico de retraso mental leve, por lo que a nivel cognitivo había muchas actividades académicas que se le dificultaban. A sus doce años, aún no sabía leer ni escribir más que su nombre, no identificaba los números ni los colores, no asimilaba algunas normas y le costaba controlar su fuerza al tener contacto con las personas, por lo que muchas veces, lastimaba al otro sin querer. Además de eso, en su hogar era maltratado, contaban sus hermanos que para controlar sus comportamientos se le golpeaba con un alambre de púas. Intenté motivar su mamá para que lo llevará a consulta con un profesional, pero lastimosamente su situación económica no era muy buena. También se comunicó la situación de maltrato a la comisaría de familia, y se inició una intervención psicosocial con el niño y la familia.

Pero su situación me generó no solo sensibilidad, sino que me retó a querer buscar en él, alguna habilidad a través de la cual desarrollar aquellas competencias que no había alcanzado hasta el momento. Lamentablemente, las adaptaciones curriculares que realicé para atender su necesidad educativa especial, no me sirvieron de nada, así como tampoco mis buenas intenciones; pero me atrevo a decir que, fue una experiencia muy inclusiva, porque realmente tuve que hacerme a la idea de que sin la colaboración de los padres y un tratamiento de un profesional para el niño, la única opción que tenía era incluir al niño en todas las actividades que realizaba con los demás estudiantes; fue en ese proceso en el que me encontré con una gran sorpresa. Ya había mencionado que Mauricio no identificaba los colores, pues resulta que en una ocasión, mientras orientaba una clase de inglés con los estudiantes de primaria, identifiqué como este había memorizado sin ningún problema los colores en inglés y lograba hacer la asociación perfecta de estos; sorprendida porque no esperaba obtener un aprendizaje de él en esta área, presté especial atención a su participación en la dinámica y al posterior diligenciamiento de la actividad de práctica que debían realizar. En efecto, a Mauricio le costaba

realizar muchas actividades que involucraban la cognición, pero curiosamente le resultaba sencillo interiorizar vocabularios en inglés. Por lo que logré indagar en textos y con expertos en desarrollo cognitivo, para las personas como Mauricio y de hecho para todo ser humano, la adquisición de muchos aprendizajes en la lengua materna requiere de un vínculo afectivo, que efectivamente este niño siendo maltratado en su hogar no había recibido, en cambio, las competencias en una segunda lengua se adquieren de manera mecánica, lo que podría explicar el hecho de que el niño aprendiera en inglés algunos temas que en español no lograba asociar. Sin embargo, esta situación no alcancé a comprenderla completamente porque justo cuando estaba en medio de este descubrimiento llegó a ocupar mi plaza un docente en propiedad, por lo que mi nombramiento en provisionalidad se dio por terminado.

El lado amable del sector privado

En febrero de 2017 obtuve mi título de Licenciada en inglés - español y se me presentó inmediatamente la oportunidad de laborar como docente en el Centro de Lenguas de la Universidad. Ya había tenido una experiencia poco grata en un colegio del sector privado, sin embargo, en este caso me encontré con un espacio de crecimiento académico y profesional, en el que además de tener buenas condiciones salariales, tenía todas las garantías para realizar una buena labor. Y con garantías me refiero a aulas dotadas de un mobiliario cómodo y de medios tecnológicos, así como de buen material didáctico a mi disposición, libros de estudio para cada estudiante y grupos pequeños que permitían brindar una educación semi-personalizada a cada uno.

Pero además de las condiciones externas, esta experiencia se convirtió en una gran satisfacción y un logro personal, pues orientar un proceso de desarrollo de competencias en la materia que me motivo a ser maestra, genera indudablemente una gran motivación, la cual se incrementa al encontrar que todos los estudiantes que llegan a mi aula de clase van con el interés o la necesidad de aprender. Porque no es secreto que, aunque el trabajo en colegio es gratificante, también resulta desgastante el proceso de concientizar a nuestros estudiantes de lo importante que es para ellos aprovechar cada encuentro pedagógico. Y por ello resulta grato (y hablo en presente, porque, aunque no sea con el mismo grupo, aun continúo laborando en este lugar) encontrar niños y jóvenes que quieren aprender, que preguntan, que no se conforman con lo que se les dice, que practican en casa, que quieren mostrarte lo que saben y que aún respetan y reconocen tu labor como maestro, pero que si es necesario están en condiciones de exigir calidad y no dudan en comunicarlo cuando no es eso lo que reciben. Es por eso que allí, pese a las dificultades que se han presentado en algunos momentos, he logrado fortalecer mis competencias en el idioma y enriquecer mi saber pedagógico.

El desafío de un mal clima laboral

A pesar de lo gratificante que me resultaba y, resulta aún, mi trabajo en el Centro de Lenguas, yo tenía claro de que mi vocación se orientaba hacia lo público, y en vista de que mi otro empleo era para los fines de semana únicamente, decidí buscar una oportunidad en algún municipio de Antioquia y fue así como llegué a aquel municipio y colegio dónde antes de preguntarme mi nombre, me preguntaron "¿A cuál de los dos bandos se va a meter usted?". Aclaro que con bandos se referían a una división marcadísima en el grupo de docentes, donde el sarcasmo, los insultos

y las discusiones eran tan fuertes, que las personas externas a la institución empezaron a darles esa connotación. Lo cierto es que yo ni sabía a qué bando pertenecer, ni tenía intenciones de quedarme en un lugar donde mi equipo de trabajo tenía muchos intereses, pero en ninguno de esos se incluía el bienestar de los estudiantes. En un momento inicial me dediqué únicamente a cumplir con mis funciones, donde encontré que a pesar del desafío que representaba laborar en un lugar donde la única meta en común de todos los docentes era conseguir un traslado, había muchos estudiantes líderes, con proyectos sociales muy interesantes y con una sed de aprendizaje, que no me había encontrado en ningún otro colegio. Aprovechando esta situación favorable, procuré hacer que esta materia que muchos odian o temen, se convirtiera en una de las más anheladas por ellos. Demostrarles que podían aprender, que tenían capacidades y que cualquier avance, por pequeño que fuera, sería significativo, se convirtió en mi objetivo, y para ello más allá de enseñar gramática me enfoqué en el desarrollo de habilidades comunicativas a través del juego y la música, logrando que la mayoría de los estudiantes pasaran de ver el inglés como una materia aburrida, a disfrutar las clases y querer aprender algo nuevo cada día.

Irónicamente, el éxito con los estudiantes que allí tuve, no se pudo materializar en mis relaciones interpersonales, y la presión que ejercía uno de los grupos de docentes con cuyos ideales no me identificaba, me llevo a terminar siendo parte de otro de “los bandos”, en el que si bien no me sentía cómoda, pues no había llegado a una institución a agruparme para formar parte de un conflicto y de una constante controversia, por lo menos encontré un grupo de maestros que al igual que yo, pensaban en hacer su trabajo lo mejor posible y dedicaban el tiempo que fuese necesario para ello, sin reparar en horario laboral.

Lo cierto es que no me sentía con la autoridad de reclamar a mis estudiantes ante una dificultad en su convivencia, cuando ellos sabían muy bien de la situación que vivíamos nosotros los docentes y nos manifestaban su inconformidad al respecto, pues en muchas ocasiones ellos se veían afectados por este conflicto. Lastimosamente esta parte de mi historia laboral no tiene un final feliz, pero sí tiene un desenlace como toda narración. La única forma de escapar a ese conflicto que crecía cada vez más, fue buscar un traslado y alejarme de ese ambiente tan dañino para mi salud mental. Con la tristeza de abandonar el exitoso proceso iniciado con mis estudiantes, pero con la satisfacción de estar lejos de un clima laboral tan perjudicial, el día 11 de enero de 2018, me despedí de la institución, y tuve la oportunidad de iniciar labores en la Institución Educativa Rural Providencia.

En la Institución Educativa Rural Providencia, en la cual, sin decir que todo ha sido perfecto, he sentido la satisfacción de encontrar un maravilloso equipo de docentes, dispuestos a dar lo mejor de sí por el bienestar de la institución. Allí me desempeño actualmente, y a pesar de que no estoy orientando la asignatura que más disfruto y que es mi mayor motivación, cada día aprendo algo nuevo, y aunque fue difícil adaptarme a un área diferente y a un estudiantado con condiciones comportamentales algo complejas, intento cumplir con mi labor de la mejor manera.

Ya para terminar, no sé si la coherencia y cohesión fueron mis aliadas en esta historia de lo que hasta ahora ha sido mi vida profesional, lo que sí tengo claro es que los recuerdos y el sentimiento sí estuvieron presentes en todo este recorrido, donde más allá de un capítulo en este libro de mi vida, se hace visible también lo

que es la labor del maestro, ese profesional que, además de pedagogía, lleva a cabo en su hacer prácticas relacionadas con el derecho, la psicología, la sociología, la agricultura, la política y todo lo que se desee agregar. Un ser integral que no solo enseña números y letras, sino también valores y formas de vida, que no solo toca el timbre para salir a recreo, sino también los corazones de aquellos que van a salir a transformar la sociedad.

NO NACÍ MAESTRA

La experiencia me formó como maestra

Martha Alba Valencia Cataño

Una mañana del 20 de enero de 1997, madrugué más que nunca, tras haber padecido sobresaltos en la noche que me impidieron conciliar el sueño debido a la ansiedad que me producía el hecho de cambiar la rutina de mi vida y, a la vez, porque temía fallar debido a que llevaba mucho tiempo sin prepararme académicamente, pues hacía siete años atrás había recibido el título de bachiller pedagógico y había dejado a un lado la vida académica para dedicarme a ser madre.

Tomé mi bolso en el que llevaba mi almuerzo y un montón de ilusiones e inicié mi viaje por una carretera destapada como parrillera de mi pareja, que condujo su motocicleta para llevarme a mi primera escuela.

Mientras nos desplazábamos tuve la oportunidad de observar el paisaje y sentir las grandes piedras que por momentos creía que nos harían perder el equilibrio y caer bruscamente y, me daba cuenta de que a pesar de que la escuela pertenecía al municipio y estaba ubicada en una de las rutas que conducía a la ciudad, no la conocía, pues durante esos años no tuve la oportunidad de conocer ningún sitio más que mi casa.

Me acercaba y sentía una alegría inmensa, creo que mis ojos brillaban, tenía una sonrisa dibujada en mi rostro sin darme cuenta, pero también sentía miedo, miedo de enfrentarme a una nueva realidad, otra gente, distintos problemas y diferentes responsabilidades. Llegué muy temprano, la escuela estaba sola, tuve la oportunidad de observarla con detenimiento, era linda, era mi primera escuela; en ese preciso instante llegó el presidente de la acción comunal de la vereda, quien me saludó y de inmediato me invitó a su casa, la cual estaba a unos cuantos metros, en la que disfruté de un delicioso tinto junto a su esposa y uno de sus hijos que asistían a la escuela.

Antes de la hora señalada, llegó la que sería mi compañera y mi directora, sentí temor frente a ella, pues me daba cuenta que ella poseía la experiencia que a mí me faltaba. De inmediato, me asignó el grupo primero, a quienes recibí con mucho cariño.

Inicié mi primera experiencia por prestación de servicios con CODEDUCA, en la escuela Rural Santa Bárbara del municipio de San Roque Antioquia, experiencia que solo duró 15 días. Allí me asaltaba el deseo de aprender, por tal razón me di a la tarea de revisar las cartillas de Escuela Nueva, las cuales eran desconocidas para mí, igualmente observaba en los momentos que me era posible el trabajo que hacían los estudiantes de segundo a quinto grado con esta herramienta pedagógica, situación que luego me sirvió para encaminar a mis nuevos estudiantes.

Lo bueno no dura

Fui trasladada a la escuela Rural la Candelaria, más cercana al municipio, allí estaba sola, lo que me dio seguridad, pero mayor responsabilidad frente a todo el quehacer institucional y a la nueva comunidad. Hallé gente asombrosa donde valoraban al maestro enormemente y donde no se movía un dedo sin su aprobación.

Era un reto que iniciaba con la organización del gobierno escolar, el restaurante escolar, la adecuación de las cartillas y también el pertenecer a un microcentro. En este equipo encontré unos maestros maravillosos que me brindaron todo su apoyo, fue así como empecé un trabajo de nuevos aprendizajes que tan solo duró un mes y medio, pues llegaba la nueva docente que ya estaba vinculada y yo tan solo estaba por prestación de servicios, por lo tanto, debía cederle aquella plaza tan apetecida por muchos por su cercanía al área urbana.

Mi tristeza se notaba, ya eran dos cambios en tan corto tiempo; eso hacía que el poco aprendizaje fuera igualmente a medias. No tuve la oportunidad de observar los frutos del trabajo que había iniciado, como lo fue la visita a los hogares de mis estudiantes, pues en aquella comunidad la visita de sus maestros era primordial y, era un desplante de muy mal gusto el no hacerlo.

No tuve la oportunidad de despedirme, entregué las llaves de la escuela en compañía del jefe de Núcleo y al día siguiente fui citada por el jefe de recursos humanos de la Secretaría de Educación de Antioquia, que me ofreció una plaza en uno de los corregimientos del municipio, informándome, además, que, en el mes de mayo del mismo año, habría concurso docente y, me prometió que, si lo ganaba, me dejaba vinculada allí. Acepté sin pensarlo, no podía dejar de trabajar, había empezado a conocer un mundo diferente, un mundo en el que se podía soñar bonito.

El desafío

Alisté maletas y dejé a aquellos niños que ya se habían ganado mi corazón, pero de alguna manera seguía viendo en el magisterio mi única posibilidad para salir de mi casa, de la rutina y de mejorar, de alguna manera, mi situación económica, además de sentirme independiente, útil y hasta inteligente, pues ya ni siquiera, reconocía cualidades en mí.

Lloré impresionante pues era la primera vez que me alejaba de mi casa, de mis hijos; implicaba una semana completa lejos de los que amaba, pero me arriesgué.

Salió el sol anunciando, el nuevo día de un 31 de marzo de 1997, me levanté de mi cama, con muchos sentimientos encontrados, y expectativas de mi nuevo sitio de trabajo. Salí hacia la escuela, la cual quedaba a unos doscientos metros de la vivienda que alquilé en aquel pequeño caserío y tan solo a unos pocos pasos me encontré con una calle de honor […] Muchos hombres a lado y lado estaban fuertemente armados; sentí que mi rostro se transformó, pues nunca había visto algo así y, lo peor de todo, es que temía enormemente a las armas. Mi rostro no disimuló el miedo que sentí, pero continué mi camino hacia la escuela con muchas cosas en la cabeza. Extrañaba más que nunca mi casa.

Llegué a una edificación donde solo se encontraban los niños de primaria y nueve docentes más, me asignaron el grado segundo, un grupo con una gran diversidad. Iban pasando los días y, en medio del calor, ya no me servían los zapatos, el cambio de clima hizo que se me hincharan los pies y tenía que usar tres puntadas, hasta que me acostumbré. Pero eso no era nada comparado con lo que empecé a descubrir en cada uno de mis estudiantes: venían de hogares conflictivos, madres solteras, hijos con padres involucrados en grupos armados, huérfanos, padres o madres con segundas parejas, todo era un desorden; me daba cuenta de

lo distinta que era aquella comunidad, aquella escuela, aquellos compañeros y aquellos pequeños.

Me encontré con niños muy infelices, tristes, desaseados, agresivos; unos padres ausentes, violentos, prevenidos a los cuales no me atrevía a hablarles con confianza; un grupo de compañeros divididos en subgrupos con actitudes egoístas, donde murmuraban exageradamente unos de otros y una comunidad sumida en el miedo y la desesperanza. Ahora tenía que lidiar con todo aquello y odié haber estudiado el bachillerato pedagógico, odié ser docente, lloré y lloré en silencio. Quería renunciar, no quería estar en aquel sitio y menos tener a aquellos estudiantes a mi cargo, pero también era consciente que debía trabajar para salir adelante. No podía rendirme, todo era tan distinto a aquellas dos primeras escuelas en las que viví momentos lindos junto a los niños y padres de familia a pesar del poco tiempo.

Sentí la necesidad de empezar a investigar con los profes que tuve muchos años atrás sobre cómo tratar aquellos casos; me recomendaron que empezará a leer sobre pedagogos que me pudieran brindar herramientas pedagógicas que orientaran mi trabajo con los que más necesitaban de mí. Inicié con María Montessori, donde puse en práctica lo que expresaba en una de sus ideas generales de su pedagogía: “tener en cuenta las necesidades del niño y satisfacerlas para que su vida pueda desenvolverse plenamente es el fundamento de la nueva educación”. Fue así como emprendí la tarea de acercarme más a los estudiantes, con paciencia, escucha y dedicación, donde el afecto a través de los abrazos que a diario había implementado en mi aula de clase, empezó a dar buenos frutos; pero, encontré muchas envidias por parte de algunos colegas al empezar a observarse resultados positivos, frecuentemente me expresaban cosas positivas por mi trabajo que luego destruían a mis espaldas.

Creer en mí, una tarea inaplazable

En mayo del mismo año, me presenté al concurso en el municipio de Sonsón y corrí con la suerte de ganarlo, pero sabía que mi plaza iba a ser allí mismo y solo me animaba la idea por estar cerca a mi casa. Fue así como el 23 de julio de 1997 me vinculé a la planta de cargos docentes.

Me había decidido a continuar con esta profesión; la verdad no muy segura, apenas llevaba unos meses y ya no quería estar allí, pero me animaba el hecho de poseer un trabajo estable. A pesar de todas aquellas circunstancias, continué con mi trabajo y vi como la norma acordada entre docente y estudiantes, como lo manifiesta Dewey, era más fácil para los estudiantes cumplirla. Estaba teniendo una experiencia de vida, no era una profesional, pero sentía que estaba haciendo bien mi tarea de enseñar, de formar y lo estaba haciendo basada en mis principios, en mis valores y por esta misma razón me daba cuenta que estaba sumergida en un mundo lleno de profesionales con unas líneas de acción muy diferentes, con discursos sin sentido, que no brillaban con luz propia, donde se observaba el agotamiento de las acciones de la labor docente. A pesar de mis miedos, no quería ser una más del montón, pero aquellas mismas condiciones de violencia que se vivía allí hacían que el contexto escolar fuera bastante desolador, resistente al cambio y la convivencia carente de armonía.

No dejaba de leer, de tratar de implementar estrategias como el *juego* para desarrollar competencias en los niños, pero siempre me encontraba con tropiezos

o comentarios desalentadores como “lo único que hace es perder el tiempo”, aquellos juicios a priori me desvanecían, pero volvía a levantarme porque también me encontraba con comentarios de niños que a sus siete años decían: “usted ha sido la mejor maestra que he tenido en toda mi vida”.

Un poco más de lo mismo

Después de año y medio, a través de un traslado municipal, pasé a otro corregimiento del mismo municipio, un poco más alejado de la cabecera municipal. Me fui con muchas expectativas, pensando que todo iba a cambiar, pero no fue así. En aquella institución había muchos conflictos a nivel escolar, no había un Manual de Convivencia, había problemas grandes entre los estudiantes y con los padres de familia ¿La razón? Nadie se atrevía a hablar, ni a poner disciplina y orden, era un contexto similar al anterior.

Llegué y me encontré con los grados cuarto y quinto, el trabajo se hacía por profesorado, en las áreas de español, ciencias y sociales; pero, lo peor es que tenía entre mis estudiantes a jóvenes directamente involucrados con los grupos armados. Quería renunciar, no lo soportaba. Necesitaba además de la estrategia del abrazo que apliqué en la otra escuela, muchas más herramientas.

Miedo, miedo, llanto, horror, ¿qué más seguía?

Inicié mi trabajo pegada de Dios, más que nunca me insistía en que no podía renunciar por las ya mencionadas razones. Y llegó a mi vida, en el año 1998, estando laborando en esta institución, la oportunidad de empezar a formar académicamente en el ciclo complementario, donde adquirí unas herramientas que me ayudaron no solo con el trabajo académico, sino también de manejo de conflictos.

En variadas ocasiones escuchaba muchos disparos y luego todo quedaba en completo silencio, un silencio que se hacía terrible, para luego al amanecer, encontrarnos con el llanto de los niños y familias por la pérdida de sus seres queridos.

No había vuelta atrás, mis miedos y mi inseguridad tenían que desaparecer, por ello, no dejaba que mi trabajo dejará de ser el mejor. Empecé por transformar mis prácticas pedagógicas a través del desarrollo de pequeños proyectos de interés de los estudiantes, aunque aún con recelo por los estudiantes que tenía en el aula, a los que sentía en muchas ocasiones como una amenaza.

Las cosas que un individuo necesita aprender, para llegar a vivir bien, no se enseñan en la escuela, lo confirmaba Dewey cuando expresaba “La educación es la vida, y un aspecto harto importante en la vida real era llegar a la solución práctica de los problemas reales y prácticos, tal como ocurren en cada etapa de la vida del individuo y del grupo”. Lo anterior, apuntaba a los proyectos de vida y allí estaba yo, para empezar a forjar esos sueños y metas con mis estudiantes, todo ello de la mano de la reflexión y los aprendizajes que estaba adquiriendo en mi nueva forma formación.

Fue un trabajo de año y medio, tiempo en el que sufrí amenazas directas por parte de padres de familia y el rechazo del rector, pero también admiración por parte de mis compañeros y, lo más importante, el respeto, el trabajo y el cambio de actitud de mis estudiantes, actitud que finalmente se fue pegando a sus padres.

La vida escolar debe ser transformada a diario, la aversión al cambio pone en desventaja la calidad de la educación que se brinda. Los cambios deben

generarse desde adentro para construir una cultura innovadora que potencie el desarrollo institucional y laboral en pro de una educación inclusiva, reflexiva y significativa.

De la enseñanza al aprendizaje

Para diciembre del año 1999 llegó la noticia de que había sido trasladada para la Normal de San Roque. En enero del año 2000 llego a mi nueva institución con muchas expectativas, expectativas que poco a poco fueron visibilizándose. Ahora eran casi cuarenta compañeros, todos profesionales, con muchos años de experiencia en el campo educativo; pero también allí, estaban muchos de los profes que habían contribuido en mi formación en el bachillerato y eso de alguna manera me fortalecía, por la confianza que aún creía poder tener en ellos y, allí estaba yo con miedos, no me atrevía a hablar por temor a equivocarme.

No había terminado el ciclo complementario, lo que hacía que me sintiera más frágil frente a comentarios como: aquí tenemos un modelo pedagógico, unos núcleos disciplinares, unos núcleos del saber pedagógico, jornadas pedagógicas, un PEI que hay que reestructurar y todos debemos contribuir. Todo era nuevo. Algunos compañeros, en ese momento, no sé con qué intención se acercaban y me decían: “te cambió la vida”, pero no me decían si para bien o para mal. La Normal estaba muy bien posicionada, acababa de pasar por su primera acreditación y yo acababa de entrar a aquel nuevo mundo. De inmediato me asignaron el grado primero y como maestra cooperadora de los estudiantes del ciclo complementario.

Creo que aún no amaba lo que hacía, renegué, discutí con mi pareja por haber solicitado a nivel municipal ese traslado, me sentía como *mosca en leche*, estaba entre las mismas paredes de muchos años atrás cuando era estudiante, pero aquella escuela no era la misma. Tenía demasiado miedo, me sentía incapaz, pero fue mi familia la que me alentó después de haber padecido el horror, el dolor a atreverme, a seguirme formando, a aprender, a dejar mis inseguridades, lo peor había pasado y me esperaban unos retos a todo nivel. Tenía que aprender demasiado, leer excesivamente, trasladarme a una cultura de formación intensa, disciplina, dedicación, esfuerzo, trabajo en equipo, compromiso, liderazgo y, por supuesto, mi mayor recompensa era estar al lado de mi familia.

Era madre, esposa, ama de casa, estudiante y maestra, al mismo tiempo, pero terminé el ciclo complementario, título que me llenó de un poco de confianza para poder continuar de inmediato con la licenciatura; ello me dio herramientas académicas y pedagógicas para ir transformando mi quehacer en el aula, la preparación de mis clases, mis reflexiones pedagógicas, pero, sobre todo, en el gusto que iba encontrando en cada uno de los espacios de formación y aprendizaje.

Empecé desde mi dirección de grupo, con mis padres de familia a trabajar las historias de vida, quería conocer más de ellos para ayudarme a entender mejor a aquellos pequeños. Fue un trabajo que permitió una relación de empatía y ayuda permitiendo el diálogo y la responsabilidad compartida en la formación de los niños. Estaba viviendo las mejores experiencias de mi vida como docente, sentía que Dios me había bendecido después de tres años donde sentí la muerte muy cerca de mí y de mis estudiantes, aunque fueron las experiencias las que me ayudaron a madurar, a superar muchas inseguridades, a ser creativa en medio de la nada y a fortalecerme y valorar la profesión docente. Esa era la reflexión a la que había llegado después de mirar mi pasado.

Ahora, me encontraba inmersa en una cultura de investigación, de reflexión, de trabajo en equipo, pero, sobre todo de cambio de transformación, de compromiso conmigo y con mi profesión; una cultura de superación, de aprendizaje y en búsqueda permanente del saber.

Ahora, inmersa en el mundo de la pedagogía, empecé un trabajo sobre la investigación en las Escuelas Normales y como resultado obtuvimos la publicación de un documento con el Ministerio de Educación Nacional en el año 2007, se tuvo la tarea de desandar lo andado en el mundo de la escuela; un trabajo realizado con cariño, conciencia y con la intención de reestructurar la enseñanza de la investigación en las Escuelas Normales. Después de acompañar ocho años la práctica pedagógica de los estudiantes del ciclo complementario y la formación de estudiantes en el ciclo de primaria, me pasaron con acto administrativo a la secundaria, donde nuevamente experimentaría cambios y nuevos retos a superar, en este tiempo, además, empecé mi primera especialización en Educación Personalizada.

Ya en este año, 2009, me enfrenté a una carga académica distinta a mi formación: sociales, ciencias económicas y políticas, religión, ética, donde la lectura y preparación de las clases se hacía hasta altas horas de la noche. Mi escuela Normal se había convertido en una nueva universidad para mí. Todo ello contribuía de una forma positiva a mi formación docente y, aunque era muy pesado, me sentía feliz. Ahora era una docente segura, me había convertido en una educadora respetada y muy acogida por todos los miembros de la comunidad educativa. En este mismo año, fui elegida como educadora destacada en los Premios Juventud, a nivel municipal, por ser una de las educadoras más queridas por los jóvenes, reconocimiento que me llenó de orgullo y me animó a seguir construyendo prácticas enfocadas a la formación del ser humano.

Pero no todo terminaba ahí, continúe con mis estudios y realicé la especialización en Lúdica Educativa e, igualmente, para estos tiempos, pasé a hacer parte de los docentes que trabajan formando a los nuevos maestros. No dejo de reconocer que allí empezó mi nueva formación, me enfrenté a la enseñanza y a la vez al aprendizaje de materias o saberes como se designa en las Escuelas Normales tales como la historia de la pedagogía, didáctica de las ciencias sociales, didáctica de las ciencias naturales, didáctica de la ética y los valores, proyecto de vida, ética y perfil del maestro y legislación educativa, sin dejar de lado la educación en la afectividad como herramienta esencial para el trabajo con los estudiantes, logrando el cambio de actitudes en pro de la superación y la adquisición del saber pedagógico.

Fue para el año 2016 cuando mis compañeros y la administración municipal me otorgaron un nuevo reconocimiento por asumir el reto como agente de cambio, el reconocimiento a la creatividad, la innovación y la autonomía.

Enfrenté cada uno de estos retos de la mano de las universidades en convenio con la Normal Superior y unos compañeros igualmente comprometidos con la formación del nuevo maestro, ese nuevo maestro que necesita la sociedad. A partir de este trabajo escribí un artículo que reposa en el libro de Educación Sexual para la Ciudadanía en pro de la transformación cultural.

Actualmente, lidero la comunidad de Gestión de Paz y Convivencia desde donde se trabaja para contribuir con los procesos llevados en la institución como

son el mejoramiento de la convivencia escolar, los espacios de aprendizaje, la inducción y reinducción a estudiantes y padres de familia nuevos, la reestructuración del Manual de Convivencia, el proyecto de educación sexual y construcción de ciudadanía y los jueces de paz; además de hacer parte de la comunidad académica desde donde se contribuye a la resignificación del PEI, las mallas curriculares, SIE, Proyecto PRAE e, igualmente, hice parte del equipo líder en el proceso de verificación de la calidad de mi Escuela Normal.

Durante este recorrido he promovido una cultura de vocacionalidad, de desarrollo de competencias al lado de la coordinadora académica, un trabajo que se ha resignificado desde el año 2008, convirtiéndose en una experiencia significativa, no solo a nivel institucional, sino también a nivel regional y Departamental, donde hemos tenido la oportunidad de ser ponentes, obteniendo reconocimiento el 4 de diciembre de 2018, en los premios para maestros antioqueños del programa Evoluciona de la Secretaría de Educación Departamental.

Soy una feliz profesional de la educación, construyo cada día nuevos conocimientos, al lado de un equipo de docentes entregados a la formación de nuevos maestros, acorde con las características de los diferentes contextos; equipo caracterizado por el deseo de aprender, abierto al cambio, siendo ejemplo para nuestros estudiantes de una cultura profesional cimentada en la búsqueda permanente del cambio y transformación de la práctica pedagógica, los procesos formativos, investigativos y reflexivos acordes a las nuevas exigencias.

DEICIOCHO AÑOS DE APRENDIZAJES EN LA EDUCACIÓN

Subidas y bajadas

Esnelia Sosa Gallego

Así empezó todo

Hacia el año 1995, en San Roque, Antioquia, un hermoso municipio del nordeste antioqueño, en el IDEM Rogelio Ruíz Pérez, actualmente Institución Educativa Normal Superior de San Roque, me gradué con el título de bachiller pedagógico; tenía grandes expectativas y soñaba con ese momento tan esperado: empezar a ejercer como docente.

Ese momento no tardó mucho en llegar dado que en Medellín había una vacante en Laureles en el Colegio Moderno Siglo XXI, Institución Educativa de carácter privado dónde tuve mi primera experiencia cómo docente para el grado tercero. Con sentimientos encontrados (temor y alegría), llegué al colegio, me presenté con la hermana Paulina que me recibió con amabilidad y, a su vez, me presentó el grupo de estudiantes y de docentes.

Después de haber experimentado en el año 1996 como docente, poco más de tres meses en esta profesión que tanto había anhelado y donde poco a poco me ganaba el cariño de los estudiantes, y donde experimentaba la satisfacción de sentir que con cada tema que orientaba, aportaba a su conocimiento, también acumulaba sinsabores y atropellos por parte de las directivas, con horarios extendidos desde las siete de la mañana, hora en que debía estar atenta a la llegada de los estudiantes, hasta las siete de la noche, hora en que llegaba el último padre o madre de familia por su hijo. Colegio donde si te enfermabas, te buscaban reemplazo, además de recibir un salario menor al que de acuerdo a mi título debía recibir; sumado a la planeación, elaboración de material de apoyo, el cansancio que causa la ciudad, abordar dos buses para llegar al barrio donde vivía, experimentar el sonambulismo a causa del estrés, entre otros aspectos, se convirtieron en el cúmulo de motivos para renunciar y regresar a mi pueblo, albergando en mi pensamiento la duda con respecto a la profesión elegida.

Esta corta experiencia me enseña que, en el rol del maestro, la interacción con los niños, no es lo único que me marca como docente, también cuentan las relaciones con compañeros y directivos, estas tienen gran influencia en el desempeño; en mi trayectoria esta experiencia fue de gran importancia porque fue el inicio de mi carrera como maestra, esta me abre los ojos a una realidad que no imaginaba, que no idealicé y que tampoco que no pensé (relaciones que se tejen entre los miembros de la comunidad educativa). Puedo decir entonces que, aunque las marcas son imborrables, lo vivido en este colegio alejó de mí la ingenuidad, pensando así que como maestro me debo valorar, darme mi lugar para que los demás me valoren ¡Ser maestro es un reto! Sí, y el reto apenas comienza con esta experiencia.

Algunos meses después se presenta en mi vida una nueva oportunidad, una grata experiencia de ochenta y dos días con la educación pública; llegué a la escuela San José del Nus (que lleva el nombre de un corregimiento del municipio de San Roque), con horario, salario y directivas justas, buen grupo de compañeros, muchos de ellos dispuestos a apoyarme en mi labor, niños con ganas de aprender, pero, también niños con dificultades comportamentales y disciplinarias, cada

estudiante un mundo diferente de acuerdo a sus vivencias y situaciones familiares; delicados, tiernos, en algunos casos agresivos, que lo único que esperaban era ser comprendidos, escuchados y valorados.

Experiencia que aportó a mi vida aprendizajes significativos: ser educador no es solo formar al niño o niña en el saber específico, sino también en el ser, partiendo desde las diferencias individuales. Además de lograr que me enamorara de esta labor tan valiosa que es la docencia ¡Qué corto se me hizo este tiempo! Llegó de su licencia por maternidad la profesora que estaba en propiedad ¡Qué experiencia tan maravillosa! Simplemente quedé antojada y con ganas de seguir como docente.

A diferencia de mi primera experiencia esta aporto a mi carrera todo lo bueno que un docente puede desear, la aceptación por estudiantes, compañeros y directivos me hicieron sentir realmente importante y valorada. Además de evidenciar cómo las comunidades educativas son tan diferentes de un contexto a otro, se ve reflejado esto en la manera de hablar, de llegar al otro, de hacer cumplir la norma, de acoger, brindar calor humano y apoyar al que llega, de usar el diálogo como medio para llegar a acuerdos más que imponer a los demás.

Además de percibir que en este lugar el maestro se oxigena, se fortalece trabajando en equipo, cooperando con el otro, significó saber que el directivo más que un juez es parte del equipo ¡Cómo me gustó sentir que hay colegios donde se vive la empatía pese a las diferencias de pensamientos, costumbres y culturas!

Comprender qué es comunidad, un privilegio

Presenté concurso aspirando ser docente en propiedad, convocatoria a la cual pasé en un puesto bastante alto, después de dos años de espera, llegó la tan anhelada llamada de Secretaría de Educación donde expresan “hay una vacante para usted en el municipio de Amalfi, en la escuela rural Santa Teresa”. La indecisión se apoderó de mí, ahora con 2 hijos para llegar a otro municipio; sin embargo, con el apoyo de la familia decidí partir, pero cuando llegué, me enviaron a la escuela la Manguita, porque la escuela María Teresa no estaba vacante.

La Manguita era una escuela a veinte kilómetros de la cabecera municipal por carretera destapada, la ruta en chiva era una vez al día, de lunes a domingo, excepto los miércoles, el viaje tardaba aproximadamente hora y media; si por motivo de capacitación o permiso entraba un miércoles, debía caminar aproximadamente diez kilómetros que era donde me dejaba la chiva que iba para la vereda *Romazón*.

La vía a la escuela era solitaria y poco transitada, no habían casas a la orilla de la carretera, la escuela quedaba a bordo de carretera, pero la zona no contaba con energía eléctrica, la región era montañosa, las casas distantes unas de otras, el paisaje era hermoso, el trinar de las aves alegraban los amaneceres y el croar de las ranas, las luciérnagas con su luz, el cantar de los grillos y las chicharras, acompañaban las noches, el olor de las flores de heliotropo impregnaban el ambiente, era un lugar fresco y tranquilo ¡Claro que encontrarme sola, con mis dos pequeños hijos en la noche, me asustaba!

Es así como un 24 de enero del año 2000 llegué a la Manguita donde me esperaban tanto la docente María Merey Agualimpia Perea, como también la comunidad educativa, para hacer entrega de la escuela y del inventario. Muchas personas estaban tristes por el traslado y partida de la docente, pero a la vez, abiertos a mi llegada. Se notaba en las familias *don* de gente, calidad humana, amabilidad, humildad, recogimiento y solidaridad; este día las familias se quedaron

hasta el anochecer, esa noche estuve donde la señora Teodolina López y su familia, quienes me acogieron con amabilidad.

Al día siguiente vuelvo al municipio y viajo a la ciudad de Medellín para posesionarme, después de mi llegada, el jefe de núcleo me envía a la escuela Romazón durante una semana, para que la docente Martha Gladys Gallego me oriente acerca de la metodología; experiencia que me da algunas bases para el desarrollo del trabajo con mis estudiantes, es así como a la semana siguiente inicio labores académicas enamorándome cada día más de la metodología Escuela Nueva. Aquí aprecié y evidencié que los estudiantes son autónomos y los actores principales de su aprendizaje, aunque la profesora Martha Gladys me aportó algunas orientaciones, considero que fueron mis estudiantes los que me ayudaron a entender la metodología, porque de acuerdo a sus necesidades me exigían; es por esto que cada día llegaba a mis clases más preparada; ellos me llevaron a investigar, repasar, preparar y entender que el trabajo con la metodología Escuela Nueva. Es exigente y exige que te prepares en todas las áreas y, para todos los grados, y que antes de que el estudiante interactúe con un tema, ya debo tener conocimiento del mismo. La espontaneidad y la empatía entre niños y niñas, sin importar la diferencia de edades, porque a esta escuela asistían niños y niñas desde los 6 años hasta los quince, me llamó la atención. Estos niños y niñas llegaban a pie, descalzos o de botas, sin uniforme, pero con algo muy claro, la convicción de que querían estudiar para superarse en conocimientos, tener oportunidades, graduarse, ser profesionales, compartir un día más de juego, risas, chistes, a veces de berrinches o pataletas, de aprendizajes; interacción con los demás, encuentros con su mejor amigo o amiga, en fin, cosas de niños que a veces para algunos adultos no son valiosas, son insignificantes, cosas que, para los adultos son bobadas o perdedera de tiempo.

¿Saben que más experimenté? La conformación del gobierno estudiantil, los niños y las niñas mostraron su liderazgo, participación y capacidad de organización; nombraron grupos o comités para trabajar en beneficio de la escuela: el comité de la Cruz Roja, encargado de brindar los primeros auxilios a quien sufriera un accidente; el comité de jardinería responsable de la ornamentación de la escuela; el comité de biblioteca comprometido con los préstamos de los libros, su mantenimiento y organización, además de programar actividades de lectura en conjunto con la docente; el comité de disciplina que apoya a la docente para mantener el orden durante las clases. Una experiencia nueva, donde me dieron una lección de vida, no hay líder grande ni pequeño, simplemente hay quienes tienen el don de saber dirigir.

Cada vez más encantada con mi comunidad; los padres y las madres de familia en la primera reunión se organizaron para realizar actividades en beneficio de los estudiantes y la escuela, haciendo parte de esto a la docente, lanzaron sus propuestas, se organizaron por grupos de trabajo para hacer ventas, organizar la huerta escolar, coordinar la preparación de los alimentos de los estudiantes en la escuela; fui muy afortunada porque, con los procesos que llevaba la docente anterior, encontré una comunidad muy organizada.

Cada día me fortalecía más en el trabajo comunitario, viendo en la gente del campo, capacidad de organización, a pesar de sus bajos recursos económicos, percibiendo en ellos el interés por ayudar al otro, trabajar en equipo, hacer convites

para beneficio comunitario, compartir actividades deportivas de fin de semana; familias que, después de una semana de arduo trabajo, sin reparar en hombres o en mujeres, programaban partidos de futbol mixtos, donde los unos y las otras, jugaban un papel importante a los cuales también estaba invitada la suscrita, pues mis salidas al municipio, eran sólo cada dos semanas.

Esta comunidad aportó significativamente a mi labor como docente y haciendo parte de ella, ayudándola a fortalecer integralmente, comprendí el significado de la palabra comunidad.

No todo es color de rosa

Fue doloroso cuando después de unos años de trabajo (2003) doña Aura, una madre de familia, llega a la escuela por primera vez y en tono altanero me reclama porque aseando la escuela, una niña mojó a su hija; jamás había experimentado una situación semejante, aunque me dolió mucho el tono, le dije que aclararía la dificultad; tal fue mi sorpresa, cuando la niña reconoció que se había orinado en la ropa, luego se había mojado con agua y que después de esto, la primita también le tiró agua, ante esta situación, recuerdo que me ofusqué mucho, incluso fui muy dura con la estudiante quien tenía apenas siete años, le hablé de la dificultad que había causado, realizando la invitación para que dijera la verdad.

Un aprendizaje más en la docencia, hay que sortear dificultades y estar preparado para lo inesperado, después de éste suceso, puedo decir que en ese mismo año (mes de julio), llega la profesora que cubriría mi licencia por maternidad, profesora que como todo docente quiere ganarse el cariño de la comunidad, además de anhelar estabilidad laboral, es así, entonces, además de sus labores académicas y con algunas promesas, poco a poco se gana el cariño de muchos integrantes de la comunidad educativa. Cuando llegó el momento de entregarme nuevamente la escuela, una de las madres manifestó que quería en la escuela a la profesora Martha, otra madre describió las fortalezas y cualidades que cada una de nosotras tenía, sin desmeritar a ninguna de las dos, algo que me gustó mucho y que en su momento valoré.

Al regresar a la escuela encontré algunas personas en contra; fue triste y me generó un poco de resentimiento, y aprendizajes, debía dar todavía más y ser más fuerte para vencer las adversidades; la única manera de ganarse la confianza de quienes dudaban de mí, era ser cada día mejor en lo que hacía, así serían las experiencias las que mostrarían lo real. No obstante, en ocasiones, la profesión escogida parece ingrata.

Cómo duele una partida

El 2003 fue un año un poco doloroso, en diciembre, un accidente de tránsito se llevó una vida, sí, la vida de una de mis estudiantes que viajaba de Apartador, Viviana, la niña de cabello castaño claro, largo, un poco ensortijado, sonrisa tímida y tierna, delicada en su manera de hablar, líder (nombrada presidente del gobierno estudiantil), con buenos modales; una niña que se hacía notar por su forma de ser y que tantas veces me preguntó “¿cuándo va ir a amanecer a mi casa?”, yo respondía: ¡un día de, estos! Pero ese día no llegó.

Llegar de nuevo en enero de 2004 y no encontrarla, fue muy doloroso, una niña con tan sólo nueve años; quién iba a pensar que a su corta edad iba a perder la vida ¡Qué experiencia tan dolorosa para mí, llegar al salón con su silla vacía! El lugar que ocupaba en mi corazón y en el de sus compañeros, ese vacío que solo lo

pueden sentir esas personas que han creado verdaderos lazos de amistad; cómo ser ajenos al dolor de su familia, compañeros y de la maestra; cómo ser ajenos a esta realidad tan dolorosa, la ausencia de un ser querido ¡Cuánto la extrañamos!

Cómo duele una partida, pero de ella también obtengo aprendizajes dar a mis estudiantes, lo mejor de mí, como si fuera el último día, no dar espera a momentos por compartir. Pese al dolor y a las experiencias no gratificantes, la vida escolar continúa, dado que el rol del maestro encierra también la resiliencia, es así entonces como las relaciones continúan fortaleciéndose, es así como la comunidad educativa sigue unida trabajando en pro de la escuela, los niños y las niñas siguen desarrollando proyectos en conjunto con la docente y superándose cada día más sin olvidar que cada uno de ellos juegan un papel importante como parte de una comunidad.

En el año 2004, para bien de la comunidad, además de enseñar a niños de primero a quinto, también inicio labores con la post primaria rural, que, aunque era una nueva experiencia y más trabajo por el mismo salario, me hacía sentir muy bien, me llenaba de satisfacción porque era una oportunidad más para estos jóvenes que no podían continuar sus estudios en otro colegio a falta de recursos económicos y por la distancia de la cabecera municipal. Por lo anterior puedo decir que la post primaria para la comunidad educativa era un gran logro, pues acercaba más a los jóvenes a la meta de llegar a ser bachilleres y posiblemente profesionales; era un sueño hecho realidad ¡Esto me hizo muy feliz!

Después de tantos aprendizajes, pero también de tanto dolor en mi corazón y con mis dos hijos mayores en el municipio de San Roque, guardaba la esperanza de regresar a mi pueblo para poder compartir más tiempo con ellos, con mi esposo y padres, y justo en el año 2005, se dio mi traslado a la Sede Montealegre.

Con esta experiencia de cinco años me sentí muy agradecida con Dios, porque más que una oportunidad laboral fue una experiencia de vida, donde aprendí de compañeros, estudiantes, padres de familia, pero donde también compartí mis saberes en pro del progreso de mi comunidad, experiencia de vida que impactó significativamente en mi rol como parte fundamental de una comunidad y como líder de la misma, experiencia que fue afectada positivamente por la cultura dinamizadora comunitaria pues fue la comunidad la que me movió, la que me exigía dar más de mí, la que jalonaba procesos, la que desde su saber empírico me ayudó a superar adversidades y a pensar en el otro como coequipero.

Deseos de partir a mi pueblo

La Sede Montealegre queda en la vereda *Playa Rica*, del municipio de San Roque, vereda que se encuentra a 15 kilómetros de la cabecera municipal, cuya vía de acceso es por carretera destapada, con un paisaje natural muy hermoso, con relieve montañoso; en esta vereda, se encuentra la represa San Lorenzo que además de generar energía, sirve de sustento y fuente de trabajo para algunos habitantes. Al llegar, encontré división entre algunas familias, escasez de valores y principios, es decir, pobreza. La vereda estuvo años atrás en el medio de grupos al margen de la ley, presenciando violencia e injusticias, y en sus habitantes se sentía el temor de ser víctimas y de que sus familias fueran tocadas por la guerra. El referente de la vereda no era el mejor, sin embargo, al igual que en Amalfi, fui acogida por la comunidad.

Los estudiantes extrovertidos sin más preocupación que el juego, el compartir con sus compañeros, algunos con dificultades de aprendizaje, otros con problemas de conducta o de comportamiento, en algunos de ellos, esto hacía parte de su yo. de su propio mundo, de su herencia genética. Pero, en otros, se notaba que la forma en que actuaban tenía que ver con la afectación de las vivencias familiares favorables o desfavorables para su crecimiento personal, su autoestima, sus relaciones interpersonales y su formación en valores. Puedo decir que muchos de los estudiantes eran amorosos, tiernos, buenos compañeros, sin embargo, en algunos casos tendían a rechazar a aquellos compañeritos que más necesitaban cariño, de igual manera en los adultos se notaba el rechazo o poca acogida entre algunas familias de la comunidad educativa

Por lo anterior, entendí que debía desarrollar proyectos en pro de las buenas relaciones, el amor propio y la buena convivencia, buscando la aceptación. Eran ellos la razón por la cual estaba allí, sin embargo, en ocasiones se presentaban encuentros donde los estudiantes solucionaban a los golpes sus dificultades, día a día, mi meta era formarlos integralmente buscando que, como personas, pudieran convivir en sociedad, evitando al máximo el castigo y motivando desde los logros de cada uno; sin embargo fue desmotivador percibir cómo algunos padres de familia, enterados del ambiente familiar, presionaban constantemente para algunos niños fueran marginados, aislados e incluso excluidos del sistema educativo.

Otra parte de esta experiencia consistió en desarrollar con las familias talleres como espacios formativos, donde comprendieran que cada estudiante tenía sus necesidades especiales, experimentaba sensaciones y emociones diferentes, por lo tanto, los procesos a seguir eran para cada uno y según su particularidad. Con las diferentes charlas, reuniones y talleres con padres y madres de familia, logré que muchos entendieran la diferencia de cada niño como persona, como ser único e irrepetible y cómo las vivencias han llevado a estos a comportarse de determinada manera; sin embargo, en ocasiones es desmotivante jalonar procesos en pro de las buenas relaciones y la aceptación, porque algunos padres de familia son reacios a la escuela, es decir, a atender los llamados especialmente para asistir a escuela de padres o reuniones; son estos los que se presentan solo a matricular a sus hijos y a recibir informes a final del año. Es aquí que como docente me he sentido impotente porque, aunque las relaciones entre estudiantes mejoraron, se notaba más tolerancia y, pese a las dificultades, los niños eran acogidos y tenidos en cuenta en el trabajo en equipo e incluidos en las diferentes actividades y juegos, algunos de ellos no alcanzaron a terminar la primaria. Es por todo esto que, en la sede educativa, con el apoyo de algunas entidades, trabajo por proyectos, enfocando el proyecto ambiental escolar a la convivencia desde el gobierno estudiantil y, diferentes líneas de acción donde los estudiantes desarrollan variadas actividades: manuales, investigación, seguridad alimentaria, logrando el fortalecimiento de las relaciones interpersonales y contribuyendo a que valoraran a los demás como parte de un grupo.

De igual manera, desarrollar escuela de padres, con el tema del buen vivir donde los padres y madres se integran es una fortaleza para que, entre ellos, se relacionen y comprendan que el buen vivir no es acumular dinero para gastar, desde aquí se han limado asperezas entre miembros de la comunidad educativa y se ha comprendido el valor de ser diferente para servir a los demás.

Por otra parte, la participación de la familia en fechas especiales como el día de la madre, el festival de cometas, el día de los disfraces, la lunada ambiental, donde tanto niños como padres de familia y comunidad en general participan con puntos o actos culturales, me ha ayudado a mejorar la cultura escolar, mejorando las relaciones entre los miembros de la comunidad educativa.

Año tras año, he buscado también estrategias como el juego para que los estudiantes desarrollen conocimiento y además se integren y fortalezcan el trabajo en equipo mediante el desarrollo de actividades en grupo. Esto me ha permitido entender que como maestra y líder de una comunidad debo estar atenta a las necesidades del grupo, para que desde la misma comunidad se fortalezcan las relaciones interpersonales y transforme la cultura en pro de todos.

La narrativa oportunidad de repensar en mis experiencias

Estoy en esta profesión por convicción y esto es lo que marca la diferencia, lo que me ayuda a levantarme ante las dificultades a aprender de las diferentes pruebas que encuentro en este camino que a veces tiene bajadas, pero otras tantas, tiene subidas y que en ese subir y bajar, se fortalece mi vida y mi experiencia laboral; creo que las dificultades son las que más aportan a mi crecimiento. Soy afortunada porque las experiencias de tristeza o de dolor han sido pocas comparadas con las que a otros docentes les ha correspondido vivir.

Es por lo anterior que escribir mi narrativa me ha llevado más allá de lo imaginario, me ha llevado a pensar y repensar sobre cada experiencia vivida, sobre lo que me ha marcado, lo que he sentido. Son recuerdos, dudas, alegrías, dolores, fortalezas, que llegan y que nunca les habías dado el verdadero valor hasta que empiezas a escribir. Es ese pensar no solo en ti sino en el otro también.

La narrativa es esa oportunidad de descubrir qué ha sido lo que más te ha marcado en este camino de subidas y bajadas. Considero que me ha marcado mucho el cómo cambia la cultura de un contexto a otro, especialmente, en algunos sectores de la comunidad. Pienso que en mi trayectoria he transformado pensares y me he transformado como maestro cualificándome cada día más.

LA DOCENCIA

¿Vocación que permite la enseñanza y el aprendizaje en todos los contextos?

Jaime Alberto Toro Tamayo

Inicio de mí carrera docente.

Mi carrera docente comienza el 3 de marzo del año 2000, cuando disfrutaba de dos períodos de vacaciones y una licencia no remunerada de la empresa Cooperativa de Ahorro y Crédito SUYA, en la que llevaba siete años y medio de vinculación indefinida, con una mejor asignación salarial a la que percibiría en esos momentos como docente, y, sobre todo, la frecuencia de pago en dicha empresa era cada diez días.

"¿Te vas a salir de la Cooperativa, niño Jaime?" Fue la expresión de la gerente de la cooperativa, la señorita Clarisa Monsalve Henao. ¡Que en paz descanse! ¡Sí señorita! Le respondí. "Niño Jaime (como siempre, se dirigía hacia mí con la palabra niño), tenga en cuenta que no tiene nada seguro, solo se trata de un contrato definido que al terminar no tendrá la certeza de continuar y que tienes dos hijos y una esposa por los que responder". ¿Cómo no meditar aquellas palabras? El contrato terminaba los primeros días de junio, pues tenía conocimiento que había firmado por noventa y dos días de labores, además se avecinaban las vacaciones escolares de mitad de año, y por supuesto tenía conocimiento de que no me las pagaban y que no sabía sí continuaba con el trabajo.

Mi aventura docente comienza de forma paradójica como director del Centro Educativo Rural (CER) Piedrancha, de la vereda *Piedrancha* municipio de Vegachí. Digo *paradójica* debido que me estaba estrenando como profesor, mediante vinculación de orden de prestación de servicios, aquella famosa O.P.S. Además, el centro educativo tenía otra docente en propiedad, con ocho años de labores y que por su antigüedad y vinculación debería ser la directora, pues se trataba de la normalista superior Olga Lucia Gallego que, desafortunadamente cinco años más tarde, Dios la llamo a su presencia.

Desconcertados todos: ella, los estudiantes y yo, fue la primera impresión, cuando en una moto DT 125, arrimé a la escuela el primer día de clases, un lunes, el 6 de marzo de 2000, con un papel firmado por el jefe de núcleo el señor Luis Carlos Contreras, donde constaba que era el nuevo maestro, el director que tendría a cargo los grados tercero, cuarto y quinto. "Jaime ¿y la Cooperativa?", fue la expresión de Olga, una clienta a la que en ocasiones había visitado para ofrecerle los servicios de ahorro y crédito en la oficina de Vegachí. Me dieron vacaciones y una licencia para ensayar en el Magisterio, le respondí.

Seguidamente leyó el papel, lo archivó en sus carpetas, me presentó con asombro a los estudiantes, a los cuarentaidós que asistían y a los diecinueve que me correspondería, pues eran mucho más los de los grados inferiores; también me enseñó el material con el que se trabajaba, las guías de Escuela Nueva ¡Todo un mundo por descubrir! Un nuevo aprendizaje, un mutuo aprendizaje.

Tengo que confesarlo, me tocó estudiar a la par que enseñaba durante los tres primeros meses como educador y director. En un abrir y cerrar de ojos llegaron las vacaciones escolares de mitad de año, para mi fortuna, retome las labores en la cooperativa y, por ende, se me amplió el tiempo de la licencia y nuevamente vuelvo

a percibir remuneración salarial, aquella que tanto extrañaba ¡Que mal acostumbrado estaba con los pagos de la Cooperativa!

No había percibido el pago del primer contrato como docente cuando se me pregunta si quería continuar en la escuela para firmar el contrato, que comprendía de mediados de julio a noviembre, sin dudarlo, sin haber recibido el pago del primero y con la preocupación de que el 26 de agosto se me vencía la licencia y que tendría que tomar la determinación de renunciar a la carrera docente o a mi antiguo trabajo, cerré los ojos y firmé.

Durante la estadía en el CER Piedrancha, conjuntamente, se realiza un trabajo más que pedagógico – didáctico, lo considero social; se integra la junta de acción comunal a las actividades extraescolares, se realizan eventos en pro del día de los niños, la fiesta de fin de año, el mantenimiento al acueducto veredal del cual se surtía la escuela, la limpieza y sostenimiento de los alrededores de la escuela, la placa polideportiva y la huerta escolar, de la cual se sustraían alimentos para el restaurante escolar como el maíz, el fríjol, la col, el pepino, la cebolla de rama, el tomate y la zanahoria.

La violencia dispersa a los estudiantes

Entre la valentía y el temor, más con temor que valentía, me tocaba dialogar con los jefes de los grupos armados que frecuentaban la zona, para que no acamparan en la placa polideportiva que estaba a escasos diez metros de la escuela, con el argumento de que no colocaran en riesgo la integridad de los niños y, por supuesto, la de nosotros los docentes; máxime que, la compañera vivía en el apartamento de la escuela y que en ocasiones anteriores hace algunos años se había presentado en dicho lugar un hostigamiento a fuego armado entre la guerrilla y el ejército ¡Como no sentir miedo al dirigirme a aquellos personajes que andaban armados hasta los dientes! Me dirijo al comandante de las AUC, que llegó a la escuela a eso de las 9:00 a.m., con la firme intención de acampar, recuerdo que el miedo me traiciona, con voz ciada y pies tambaleantes, le digo que por favor no nos metiera en problemas, que armaran campamento en otro lugar. Amenaza con llevárseme la moto, mas no lo hace, pero sí me pide que le demos agua cuando lo requieran y, tal como le había contestado al comandante del ejército en otra ocasión, le dije que, el agua es pública y quien la necesite, la puede utilizar.

¡Qué guerra tan absurda! Salía un grupo y llegaba el otro, como si estuviesen programados para el recorrido ¡Que zozobra la que se vivía! Apenas había terminado el mes de julio, cuando comienzan los primeros asesinatos de padres, madres y familiares de los estudiantes. El rumor, “profe, nos vamos para el pueblo”, decían los unos; “nosotros nos vamos para Medellín”, comunicaban los otros. ¿Cómo no entenderlos? Ya les habían asesinado a unos, su padre y, a otros, su madre, en pleno negocio, una tiendecita de vereda, el único sustento de la familia. Pero el momento más impactante de mi carrera docente, fue el día que, estando en plena clase, un viernes de agosto del 2000, tipo 11: 20 a. m, cuando cinco estudiantes ven pasar a sus padres amarrados de manos, unos tras otros, custodiados por un grupo fuertemente armado.

¡Qué tristeza tan grande nos dio a todos cuando el menor de ellos rompió en llanto! Todavía en su inocencia ya imaginaba el final de su padre ¿Cómo no aconsejarlo? De nada valió, los demás lo imitaron y, posteriormente, las lágrimas discurrían por nuestras mejillas cuando alcanzamos a escuchar a unos escasos

ciento cincuenta metros de la escuela, en la carretera, los disparos, los tiros de gracia. “¡Los mataron!”, dijo la hija mayor de uno de ellos “¡Papá!... ¡Papá!”, gritaba otra niña, cuando salieron corriendo de la escuela hacia el lugar de los acontecimientos ¡Qué impotencia sentí! No había como detenerlos, solo unos pocos se quedaron en los salones con la docente Olga; el resto de estudiantes y yo salimos detrás de los demás.

¡Qué escena tan desgarradora! El llanto incontrolable de aquellos huérfanos, recuerdo al pequeño Carlos Arias abrazando a su padre tendido en plena vía con un tiro de fusil en la cabeza; no controlaba mis lágrimas ¿Qué los hombres no lloran? También lloramos, porque tenemos débil el alma, como lo expresa El Indio Duarte en su poema el Duelo del Mayoral. Por fuerte que quería ser, era inevitable el llanto y el dolor, haciendo de tripas corazón, tratando de consolarlos, les solicité a los mayorcitos que acompañaran a los menores a sus casas para dar aviso. Yo salí en la moto para Vegachí a comunicarle al alcalde Néstor Iván Gallego lo sucedido, para que mandara a recoger los cadáveres. La escuela quedó sin asear. El luto fue largo, se hizo trabajo psicológico con los acudientes y los estudiantes.

En el CER Piedrancha estuve por nueve meses, debido a la infame y cruel violencia que azotó drásticamente nuestra región y, permitió la migración a las ciudades de las familias que se sentían amenazadas; trayendo como consecuencia la escasez del recurso humano, materia prima de las escuelas (los estudiantes), motivando a los encargados de administrar la educación el traslado de la plaza docente y, por supuesto, debido a la vinculación laboral, era yo quien salía. ¡Cómo recordaba las palabras de la señorita Clarisa Monsalve Henao! Pero la decisión ya estaba tomada. Logré percibir la asignación salarial de los dos contratos el 16 de diciembre de 2000.

Para concluir este apartado sumado de vivencias impactantes, solo me resta expresar que fue mucho el aprendizaje sobre pedagogía, y es verdad que es bailando que se aprende a bailar y enseñando como se adquiere una verdadera pedagogía ¡Cuánto aprendí de la colega Olga Gallego! Recuerdo que me orientaba cuando los estudiantes entraban en conflictos personales; las pequeñas peleas que nunca faltan en la vida estudiantil; Recuerdo a los niños, que todo lo cuentan, su astucia y sagacidad para cometer fechorías y hacerse los inocentes, su espíritu de colaboración con los aseos de la escuela, y la comunidad educativa; que gratificante sentir el calor humano y el apoyo de un grupo de personas entre jóvenes y viejos que sumaron sus conocimientos para fortalecer el hacer educativo. Todo lo anterior es lo que denominaría Cultura Escolar.

Reto: saber específico versus interdisciplinariedad

Para mi fortuna, se tramitaba en el Concejo Municipal de Vegachí, la apertura del grado décimo en la Institución Educativa Rural (IER) Jhon F. Kennedy del corregimiento *El Tigre*, municipio de Vegachí, donde continúe en el 2001, a finales del mes de febrero, con una colcha de retazos en la asignación académica ¡Seis áreas! Todo un reto para mí. Nuevamente, me toca estudiar matemáticas, física, química, artística, orientación profesional y tecnología, pues mi formación profesional es ciencias naturales y educación ambiental. ¿Que si fue duro? ¡Por poco y tiro la toalla! Pa’ colmo de males asumo como director de dicho grado, con catorce estudiantes y, para acabar de ajustar, como era el nuevo de la institución, me abrochan la dirección de la residencia estudiantil, donde permanecía al cuidado

de dieciocho estudiantes que vivían en veredas lejanas; situación que, al final, me benefició, pues me ahorraba el arriendo y el pago de servicios públicos.

Lo más lamentable era el pago, pues sería pagado con recursos propios del municipio y no estaba en buena situación económicas ni el municipio ni mucho menos yo. Nuevamente, frecuentaban por mi cabeza las palabras de la señorita Clarisa, pero, no podría llorar sobre la leche derramada, ya había renunciado en la Cooperativa, y estaba apasionado con la docencia, me estaba encariñando con la nueva profesión y eso era mi motivación.

¡Qué duro fueron mis primeros meses en esta institución educativa! Aunque contaba con el aprecio del cuerpo directivo, docente y de la comunidad educativa, fue todo un aprendizaje; un reaprender a afianzarme, desligar unos saberes de otros, hacer un trabajo académico donde aportar conocimiento desde el saber especifico, reestructurar el plan de estudios para dar continuidad a la media académica y solicitar la aprobación del plan de estudios de la institución, el cual fue otorgado por SEDUCA, posteriormente.

Con el plan de estudios aprobado se continuó con el grado undécimo en el año 2002, por reestructuración educativa y al no haberse dado el acuerdo del Concejo Municipal, mi plaza no fue asumida por la Nación, perdiéndome el derecho de ser nombrado en propiedad y, peor aún, al bajón en los ingresos del municipio significó que me quedé sin salario por siete meses, situación que me obliga en el 2002 a renunciar de dicha institución.

¿Qué sí fue duro este trasegar por la educación? ¡Claro que sí! Pero, es al calor intenso donde se forja el acero ¡Qué experiencia tan valiosa para mi carrera docente haber enfrentado tan alto número de estudiantes, siendo director de un grado sexto en el cual no dictaba clases! ¡Cómo sentí el apoyo del colegiado de docentes de la institución que me orientaban y apoyaban en todo lo que estuviera a su alcance! Por mi parte, les contribuía con mis saberes sobre tecnología e informática, en especial al docente de ciencias naturales, que no sabía utilizar los ocho microscopios electrónicos que por falta de uso estaban pegados; recuerdo cómo se sintió el día que nos sentamos juntos para enseñarle cómo se desarmaban y aceitaban los carretes de movimiento de los tornillos del macro y microscópico, pero, más perplejo y satisfecho quedó cuando le monté las muestras de sangre para observar plaquetas, glóbulos rojos y blancos y algunas bacterias de agua estancada. También recuerdo al docente Hipólito Zapata, el profe de matemática, empírico en su área, pero muy diestro, que mucho me sirvió las veces que corregía un sin número de yerros en los ejercicios que, planteados para el grado décimo, en mis primeras clases de matemática. A los mismos estudiantes, pero en especial a los del grado undécimo, los hermanos Santamaría, los estudiantes más adentrados en años que recibían clases, por el apoyo durante todo el proceso como director de la primera promoción de bachilleres. A la rectora, ya pensionada, Clarisa Ramírez por haberme delegado su entera confianza y permitir que la sucediera en sus ausencias; situación que en algunos momentos me generó conflictos con algunas colegas, los famosos celos profesionales, pero había que entenderlas, habían sido desplazadas por un novato.

Después ingresé por la modalidad de O.P.S. a la Institución Educativa Mixta (IEM) Lorenzo Yalí, municipio de Yalí, a dictar lengua castellana en grados sexto y octavo y, estadística en el grado décimo, todo un desafío ¡Otro aprendizaje! Por

primera vez me enfrentaba a un grupo tan numeroso, el grado decimo con cincuenta y cinco estudiantes ¡Una odisea! ¡Qué desgaste de voz! ¿cómo esperar calidad educativa con un grupo tan difícil, donde unos ocho estudiantes asistían sin comprender la razón de ser de su estar en la escuela? ¿Estudiar? Para ellos este no era el propósito. Fue así como recurrí al conocimiento de los demás docentes de lengua castellana, ejemplo la profesora Gloria Duque que impartía clases en noveno y once y que me orientó sobre los famosos centros literarios que, en grados inferiores, habían desaparecido en la institución, práctica que revertí en los grupos. ¡Qué dramas tan maravillosos presentaban algunos equipos! ¡Cómo bailaban y cantaban otros! Todo un espectáculo en el teatro del colegio, un despertar de talentos. Recuerdo a una de las estudiantes de octavo B que no pronunciaba palabra, su timidez no la dejaba expresarse, fue todo un proceso desde acompañarla en un recitar de poema, hasta lograr que participara en un evento intermunicipal sobre oratoria, logrando llegar al segundo puesto entre dieciséis participantes, un orgullo para ambos, estudiante y docente.

¡Cómo aprendí de todos ellos! Sobre todo, de las dificultades de convivencia escolar, de los procesos de control sobre dichas situaciones y el alcance en la aplicación de los correctivos para los que presentaban comportamientos que impidieran el normal desarrollo de las clases; recuerdo cuando en reunión con directivos y docentes les manifesté mi inconformismo con dicho proceder y les predije que ojalá en un futuro no tuviéramos que lamentar algún percance. Dicho y hecho, nos tocó observar con horror que un estudiante del grado decimo, bajo los efectos de sustancias psicoactivas y con puñal en mano, arremetió contra el docente de tecnología y el rector de la institución, los que, gracias a Dios, lograron encerrarse en una oficina mientras llegaba la policía. Todo por falta de la intervención oportuna en convivencia escolar ¡Qué aprendizajes!

En fin, mi paso por la educación en los primeros años sí fue un verdadero calvario, del timbo al tambo. En el año 2003 se da la otra reorganización educativa a nivel departamental y, por baja población estudiantil, salgo como *pepa de guama disparado*, junto con otros dos compañeros, todos con la misma modalidad de contratación. Asunto justificado, el directivo nos tenía que sacar a nosotros puesto que los demás estaban vinculados en propiedad.

Vinculación Docente provisional

Tres largos meses duró la espera, por fin, el 20 de agosto de 2004, ¡Gracias a Dios!, se me da la vinculación de docente en provisionalidad! ¡Qué alegría! Se acababa el sufrimiento de vacaciones sin sueldo y, lo peor, la incertidumbre sobre la terminación de un contrato sin saber de la continuidad y, mucho más, sin saber en cuál escuela. *Más contento que marrano estrenando laso* ingresé al C.E.R. Simón Bolívar, de la vereda *La Mariana* del municipio de Yalí, donde no había electricidad y agua potable; a una distancia de dos horas en carro del casco urbano de Yalí, con paso obligado por Vegachí, se llegaba al sitio donde me dejaba el carro, pero, todavía me esperaban cinco largos kilómetros de carretera sin balastro, a una hora de caminada a paso largo; lo único motivante es que era pura bajada, lo duro era el retorno: solo subida, a pleno medio día, unas veces bajo el agobiante sol candente y cuando se contaba con buena suerte bajo la suave y delicada llovizna.

En dicho C.E.R. me recibieron cordialmente, pues era conocido, por mi antiguo trabajo en la Cooperativa, por la gran mayoría de ellos. George Monsalve

presidente de la junta de Acción Comunal y la comitiva de padres de familia y sus estudiantes. El primer día no se dictó clase, se hizo trabajo conjunto, se aseó la escuela, se limpió el matorral de los alrededores donde se encontró una serpiente ¡Tremenda Mapaná equis, de dos metros y medio de largo! ¡Qué susto! "Tranquilo profe", me dice don Carlos, "son el pan de cada día. Esta zona es muy propia para las culebras por la cercanía al río El Volcán". Río que pasa a escasos cien metros de la escuela.

Se conformó el comité de apoyo escolar, en el cual cada familia asumía una responsabilidad, la misma que se intercambiaba según fechas específicas: ingreso de mercado, pipeta de gas, realización de almuerzo para los estudiantes, restauración del agua cuando la tubería sufriera algún desperfecto, limpieza de zonas aledañas, jardín y huerto escolar. Y para apoyar al docente, en su salida a tiempo de alcanzar el único transporte que pasaba por la carretera principal a las doce del día viernes, se firmó un acta de acuerdo para trabajar una hora más de lunes a jueves.

Durante mi permanencia en el C.E.R. se dotó la escuela con tanque para almacenamiento de agua, se reactivó la antigua toma de agua, casi potable, que había sido abandonada por varios años, se limpió y trazó la placa polideportiva donde se realizó el campeonato de micro futbol a nivel comunitario, participaron ambos géneros, jóvenes y adultos, y se integraron otras veredas en el sector, por ejemplo, *Puerto Estafa*, lugar de confluencia de la mayoría. A pesar de lo distante y la falta de electricidad, fue un escenario agradable donde se vivió una verdadera convivencia escolar y comunitaria; termine labores en C.E.R. Simón Bolívar en noviembre del año 2005.

Como frutos de mi paso por el C.E.R. Simón Bolívar, me quedan: la satisfacción de haber integrado a la comunidad, porque todo es posible cuando se coloca alma, vida y corazón; suma de año y medio de experiencia a mi carrera laboral en el manejo de comunidades rurales y vida pedagógica, me hice más diestro en el manejo de población estudiantil, que me serán muy útiles en la larga carrera que aún me queda ¡Claro está, si Dios me lo permite! Porque una verdadera cultura escolar no deja detalles desapercibidos, es un juego de roles donde todos ponen, cual si fuese uno de los turnos en divertido juego de pirinola.

Período de prueba y preparación académica

Al haber ganado el concurso de méritos para ingresar en período de prueba en la carrera docente como licenciado en ciencias naturales y educación ambiental, el 13 de enero de 2006 ingreso a la Institución Educativa Rural (I.E.R.) Botero, del municipio de Santo Domingo, como docente del área de ciencias naturales, para ese entonces, contaba con una experiencia de cinco años y medio como docente. ¡Por fin, en el área de mi formación profesional! Reencontrándome con quien fuera mi rector en la I.E.R. John F. Kennedy, el señor Luis Alberto Rivas Tejada, que me presenta ante la comunidad educativa y me asigna la carga académica de ciencias naturales y tecnología de sexto a undécimo grado, además de los proyectos obligatorios escolares. Nuevamente, me corresponde la dirección de un grado décimo, en este caso conformado por siete mujeres, con quienes continuo en undécimo, mi segunda promoción de bachilleres como director de grupo.

Es en esta comunidad educativa donde he vivido una verdadera estabilidad laboral, aportando y recibiendo conocimiento, con compromiso y capacidad de

trabajo con pares en procura de transformar las dinámicas institucionales; con responsabilidades en el liderazgo de la escuela de padres, el equipo de convivencia, consejo directivo, equipo de calidad y, en algunos casos, ejerciendo funciones de directivo y auxiliar administrativo cuando se carece de rector o de secretaria; siempre con el firme propósito de fortalecer los procesos educativos impartidos por la institución y el mejoramiento continuo.

De otra parte, y fundamental en mi formación profesional, quiero relatar cómo la institución educativa, por sus niveles de calidad educativa, salió beneficiada por el Ministerio de Educación Nacional (MEN), en las becas para maestros; siendo así, a la institución le dieron la oportunidad de seleccionar cuatro docentes para realizar la maestría con beca cien por ciento condonable al cumplir los requisitos; el directivo, el señor Jairo de Jesús Chavarría Zapata, reunió al personal docente, les comunica el ofrecimiento, y por supuesto, yo no podía desaprovechar dicha oportunidad, nos inscribimos cuatro maestros y durante las exigencias impuestas por la Universidad de Antioquia, los otros tres se quedan en el camino; porque no fue fácil, ni iniciar, ni sostener el promedio exigido para egresar ¡Qué momentos tan difíciles! Y ¿quién había dicho que sería fácil? Largas jornadas de trabajo, empatadas con las de estudio ¡Que desgaste físico tan tremendo! Pero, como dice el conocido refrán, *al que le gusta le sabe*. ¿Cómo no saborear las jornadas de los viernes hasta las nueve de la noche, todo el sábado y el domingo hasta las dos de la tarde? Aunque a veces el cuerpo no aguantara, se recurría a la cafeína, aquellos deliciosos tintos que me mantenían despierto más de lo normal. ¿Cómo soportar tanta carga emocional? ¿Sería capaz de terminar el estudio que tanto había añorado? Algunos interrogantes y situaciones llegaron a desestabilizarme, pero, gracias a Dios, se me cumplió el anhelo y logré tener una mejor formación, para ponerla al servicio de la comunidad educativa y, con ello, aportar un granito de arena para una verdadera trasformación en los procesos de enseñanza aprendizaje de las ciencias.

Entre los aprendizajes que transcienden la certificación, pude comprender que no es solamente bajo un examen escrito que se evalúan los procesos escolares, sino que pueden ser más efectivos los mapas conceptuales, las infografías e incluso la realización de un vídeo o diapositiva; que los docentes no somos dueños del conocimiento, mientras más se estudia, nos damos cuenta de lo poco que sabemos. En lo personal, fue un logro inmenso que permitirá progresar en el campo de preparación académica y profesional, brindándome la oportunidad de impartir mis conocimientos en otro tipo de educación, como lo es la Educación Superior.

Con el culmen de la maestría obtuve un sin número de conocimientos, nuevas estrategias de enseñanza, diversos instrumentos y técnicas de evaluación, un léxico más adecuado, lo que me conduce a reformar la practica pedagógica; contribuir a la institución que me brindó la posibilidad de prepararme y continuar en la búsqueda del mejoramiento continuo.

Quiero terminar con una frase del doctor Bernardo Restrepo Gómez. “Los físicos observan el universo. Galileo construyó un telescopio y descubrió las manchas solares. El maestro observa el universo de su práctica pedagógica y descubre las manchas que le impiden ser más efectivo en su enseñanza, consigna por escrito tales observaciones críticas ensaya y valida sistemáticamente sus

propuestas de transformación y genera saber pedagógico” (Restrepo Gómez, 2002, p.8).

RECUERDOS MEMORABLES QUE DEJAN HUELLAS PARA SIEMPRE EN UN ALMA SENCILLA Y SENSIBLE

Viviana Marcela Duque Duque

"Todo el que recuerda su propia educación,
recuerda a sus maestros, no los métodos o técnicas.
El maestro es el corazón del sistema educativo"
(Sidney Hook)

Soy Viviana Marcela Duque Duque de San Roque (Antioquia), Licenciada en Educación Básica con énfasis en Humanidades y Lengua Castellana y Especialista en Didáctica de la Docencia Virtual, un alma sensible con capacidad para entender y comprender lo valioso de educar a los niños y a una comunidad, donde se debe propiciar encuentros significativos que posibiliten la intervención activa y la presencia de un sujeto competente e integral, capaz de generar alternativas y a su vez de integrarse a la dinámica sociocultural.

Inicié mi labor docente desde el 2009 en Montebello, Antioquia. Primera experiencia en la zona rural, donde se trabaja desde la metodología Escuela Nueva, razón por la cual se trabaja en el aula con guías de aprendizaje, que son textos interactivos para el aprendizaje autónomo y activo para las áreas de Lenguaje, Matemáticas, Ciencias Naturales y Ciencias Sociales. Esta metodología permite trascender y formar seres críticos, propositivos y una evaluación y promoción flexible, donde los estudiantes adquieren un aprendizaje que potencializa habilidades y competencias en relación al contexto social y cultural.

Considero que lograr mi primer trabajo y tener la primera experiencia como docente, al dar clase en todas las áreas del conocimiento, desde preescolar a quinto, al principio me dio temor e inseguridad de no poder lograr los desempeños de cada área del saber y de que mis estudiantes no entendieran y comprendieran los temas, más que todo, en el grado primero donde se enseña a leer y escribir, pero gracias a mi formación profesional y a los consejos de mis maestros aprendí a superar cada una de estas preocupaciones, promoviendo estrategias didácticas y juegos en lectura y escritura, llenándome de satisfacción y orgullo.

También me impacto la estrecha relación y comunicación que se tiene en las comunidades rurales y que se trabaja por un bien común, donde todos contribuyen desde su participación, sus capacidades, habilidades y necesidades del contexto. Unos momentos mágicos, llenos de grandes emociones y sensaciones, recuerdo con el alma los olores, colores y lugares que se encuentran con mi alma de maestra. Así empezó una nueva experiencia, un aprendizaje significativo y una vida enriquecedora como docente en el Municipio de Montebello, Antioquia en el Centro Educativo Rural (CER) Las Peñas, allí en ese espacio que llevo tatuado en mi memoria, inició esta aventura de educar.

En mi interior solo albergaba nervios e incertidumbres frente a lo inesperado, al darme a conocer como educadora en una comunidad que esperaba lo mejor de mí, pero con altas expectativas e ideas para ser mejor cada día y lograr rescatar los valores, las costumbres y los sueños, que identifican este sencillo y humilde territorio, brindando oportunidades, proyectos e iniciativas de vida.

Mi presencia en esta comunidad me llena de satisfacción por la labor que desempeñe, el compromiso y amor con que trabajó la Secretaria de Educación con todos sus colaboradores, quienes muy amablemente me recibieron con una primera oración tierna, cortés y amable: “Bienvenida a esta gran familia de la Educación”. Mi corazón y mi mente empezaron una carrera agitada en mi interior, era una mezcla entre la ansiedad y la angustia, para mí es muy valioso conectarme con mi origen profesional, porque es a través de la comprensión de mi memoria sensitiva, emotiva y sensible, que he ido comprendiendo la grandeza de la educación en la mejor escuela.

En mi vida profesional la familia fue vital en este inicio laboral, su afecto y conectividad siempre me impulsaron a continuar, la acogida de la comunidad y los niños, se convirtieron en elementos aliados de mi aprendizaje como profesional de la educación y, en especial, como ser humano, era un detalle del creador y del universo, interpretar y comprender el rostro de esos pequeños que veían en su maestra, una mujer joven y llena de energía, una esperanza.

Siguiendo con mi experiencia de vida profesional, me proponen trabajar en el Municipio de Santo Domingo en el corregimiento *Porcesito* en el año 2010 en el CER La Primavera, al principio fue difícil, la escuela estaba un poco abandonada, no contaba con un apartamento digno para vivir; así que, con la valiosa compañía de mi madre, ese ángel que nunca me abandona, inicié la búsqueda de una familia o un hogar, un espacio que albergaría mi esencia de lunes a viernes o quedarme los primeros días, mientras establecía un equilibrio; con la ayuda de Dios llegué donde Doña Oliva y Don Aurelio, otros ángeles que Dios puso en mi camino, que me acogieron, me brindaron su apoyo y su casa para que viviera feliz, y desde ahí me desplazara para la escuela, la cual quedaba a quince minutos caminando.

Durante un año estuve en esta comunidad, con ganas, esfuerzo y ayuda de la misma, logré procesos significativos de gestión ante el municipio, no solo en el embellecimiento de la escuela, sino con la comunidad, al integrarlos y aprovechar sus destrezas, cualidades, promover la cultura que enriquece las prácticas de bienestar, valorando, promoviendo y fortaleciendo proyectos pedagógicos y productivos como el frijol y el maíz, que formaban parte de la cotidianidad de esta comunidad; a la vez, con los sembrados se aportaba al sustento del Restaurante Escolar, era un mensaje muy bonito y valioso, porque se proyectaba el trabajo en equipo y comunitario desde la perspectiva de la escuela como punto de referencia en la vereda.

Ese mismo año (2010) presenté el concurso y aprobé. Me llaman a seleccionar la plaza y escojo para el Municipio de Yolombó, C.E.R. Cachumbal, primero en período de prueba de un año y desde el 2011 me vinculé al magisterio. Inicié allí un plan de acción, recuerdo que mi padre me acompañó para presentarme y conocer mi lugar de trabajo, llegamos a la Secretaria de Educación municipal, me presenté, otra vez llena de expectativas y algunos miedos por lo desconocido, pero, más fortalecida por las experiencias anteriores.

Me dieron la bienvenida y recibí la motivación para presentarme en la escuela, allí me estaba esperando la compañera y docente Claudia Sierra, se contaba con 50 estudiantes para dos docentes; así que, me desplace para la vereda *Cachumbal* y cada vez que avanzábamos se hacía más largo el camino, además la noche anterior había llovido y el camino estaba liso y con pantano; cuando

llegábamos a una partida preguntábamos si nos faltaba para llegar a *Cachumbal* y nos decían que faltaba todavía mucho que continuáramos y, mientras más avanzábamos, el camino se volvía más malo, yo solo veía la cara de mi papá preocupado, diciéndome: “hija ¿en dónde te metiste? ¿en qué lugar vas trabajar?”.

Después de tanto recorrido, logramos llegar y ahí estaba la anhelada escuela. ¿Cómo no recordar ese nuevo escenario pedagógico que se convertiría en cómplice de mis sueños, angustias, acciones y estrategias, las cuales alimentarían mi práctica docente? Me esperaba la docente y los niños, un poco con temor y expectativa al tener una compañera de trabajo, preguntándome si me iba a entender con ella, si íbamos a formar un buen equipo de trabajo y también si esa oportunidad me permitiría entender, desde mi vocación de maestra, el desempeño de una labor que requería mucho compromiso, entrega, observación y atención de las necesidades de una comunidad que buscaba líderes con ímpetu y promotores de vida.

Fue la mirada humilde y llena de gracia de los niños la que me alegró el alma; ver en sus rostros la curiosidad de saber quién era, qué hacia allí. Fue entonces cuando la profesora los reunió y me presentó como la nueva educadora para los grados preescolar, primero y tercero; me di a conocer, contándoles un poco sobre mi vida y que como su educadora me apropiaría y enriquecería del sentido pedagógico y didáctico de la enseñanza aprendizaje de la escuela, la cual, sería mi casa y mi espacio de vida profesional. Así fue como descubrí esta verdad la cual me hace muy feliz de ser maestra. Experiencia a la cual le debo estar abierta a nuevas experiencias, riesgos y conocimientos para crecer como persona y educadora.

Está latente en mi mente el segundo día que me desplacé para Yolombó sola en mi moto para empezar, ahora sí a desempeñar mi labor como docente en propiedad en la planta de cargos del departamento de Antioquia, al llegar allí, no pude continuar en el trayecto en la moto por lo difícil de la carretera y pregunté por los carros para la vereda *Cachumbal*; este día solo había un transporte, una escalera del señor que llamaban *calambre*, así que me monté y en compañía de otros docentes que iban por primera vez por esos rumbos a veredas aledañas a la de *Cachumbal*, nos dispusimos a emprender esa gran aventura, por un camino que se veía difícil, pero no imposible. Llegando a la vereda la *Gergona* y, faltándonos la mitad del camino, empezó a llover y ya llegando a la vereda la *Verduguita* junto de una máquina de moler caña, la escalera no fue capaz de subir la loma de *Cachumbal*, por lo liso del camino, el pantano hacía enterrar la escalera, así que nos tocó empacar los bolsos en bolsas de basura y colocarnos las botas pantaneras para empezar a caminar en medio del aguacero loma arriba; después de media hora y mojados, llegamos al Centro de Salud, donde nos recibió don Isidro que nos ofreció un delicioso chocolate caliente. Aún conservo ese aroma y el saber que allí nos pudiéramos escampar. Prácticamente estaba a un paso de la escuela, pero a mis compañeros todavía les faltaban un buen recorrido para llegar a sus destinos, la *Abisinia*, la *Cordillera* y la *Cruz*.

Este año fue de mucho invierno, me tocaba caminar muchas veces hasta dos horas; la comunidad, viéndome en esta situación, como no entraba carro hasta la vereda, me mandaban un caballo para que me recogiera hasta donde llegaba la

escalera. Cuando cambió el clima y llegó el verano, ya los carros entraban y yo viajaba en la moto.

Asumir los retos que me plantearon las anteriores dificultades, no me llevaron a pedir traslado o renunciar, en cambio inicié mi comprensión sobre la importancia de la educación, la lucha constante, el sacrificio y el amor en el acto de formar seres humanos útiles a la sociedad; promoviendo transformaciones y cambios en las prácticas culturales y educativas; porque son las comunidades rurales con mayor situación de vulnerabilidad social, salubre y económica, identificadas como poblaciones afectadas por la violencia, el conflicto armado, las desigualdades sociales, o el falta de acceso a tiempo a la atención médica, los pocos recursos económicos para progresar y poner a producir la tierra; está en nosotros, como educadores, contribuir a la construcción de una educación y cultura organizacional abierta y flexible para los procesos de formación y propuestas de mejoramiento continuo.

Durante el primer año presenté el período de prueba para vincularme al Departamento de Antioquia como educadora de primaria y lo aprobé gracias a Dios y a mi compromiso profesional, iniciando procesos de mejoramiento académico y de ambientes de aprendizajes para fortalecer en los estudiantes la lectura y la escritura, como una falencia que vi reflejada en algunos estudiantes, así, como el temor hablar al frente de sus compañeros; con estrategias innovadoras y didácticas se logró mejorar y alcanzar los desempeños y las habilidades comunicativas deseadas.

Ahora bien, al estar vinculada a la docencia se cumplió un sueño que me impulsó a valorar y querer aún más esta linda profesión que me llena de felicidad y fuerzas para seguir luchando por un mundo mejor.

Es de resaltar que en la Escuela Rural o con la metodología de Escuela Nueva, para que haya dos docentes debe haber mínimo cuarenta y cinco estudiantes y como al siguiente año disminuyó su número al salir los de quinto y otros niños que se desplazaron por cambio de domicilio, debía quedar una docente, fue así como quedé yo, con treinta y ocho estudiantes. Por eso, durante los siguientes tres años empecé a trabajar con la comunidad educativa para involucrarnos en proyectos pedagógicos: cultivando valores, la lectura y la escritura en un ámbito de formación integral, el manejo del computador a la comunidad, y proyectos productivos de pollos de engorde, platanera, maíz y frijol. El proyecto de pollos engorde se realizó en una casa de familia, donde con los padres, se acordó dejar a una madre de familia responsable, la tesorera se encargaba del cuido y del restaurante escolar se llevaba los sobrados, yo iba una vez a la semana a dar vuelta y a estar pendiente de lo que se necesitaba, con el objetivo de recoger fondos para la fiesta del día del niño al finalizar el año y ayudar a complementar los insumos para el restaurante escolar; también con la ayuda de los padres de familia, se acordó que, semanalmente, de cada familia se enviaría una colaboración para darles a los niños refrigerio y almuerzo y, con los padres, como se hacía cada mes, reunión para informes, acuerdos, recomendaciones y compromisos, se hacía un algo y se jugaba un bingo para recoger fondos para los estudiantes y arreglos de la escuela.

Con respecto a las necesidades educativas y el plan de mejoramiento entre el 2014 y 2015, implementé el proyecto de lectura y escritura: Los colores de la imaginación pintan las palabras de fantasía; se basa en la aplicación de expresiones

artísticas y de los libros de la Colección Semilla en el aula de clase, teniendo como elemento o eje fundamental la literatura, el texto narrativo, con el fin, de promover espacios significativos de lectura e interpretación de textos que favorezcan la producción tanto oral como escrita, en los niños y las niñas y la invitación a la comunidad educativa del CER *Cachumbal* a leer para comprender y comprender para entender la magia de las palabras. Orientando estrategias de lectura para antes, durante y después, que favorezcan en los estudiantes el reconocimiento del lenguaje de los textos literarios y, a la vez, su relación y significado en el contexto. Logrando resultados de gran impacto en los estudiantes y demás comunidad educativa, la intervención activa y reflexiva en el aula a través de la implementación de expresiones artísticas y lecturas de la colección semilla que apoyaron el proceso de lectura, escritura y la influencia tecnológica que generó necesidades en cuanto a la resignificación de procesos de lectura y escritura a través de usos reales del lenguaje, del reconocimiento y la implementación de diversas formas de comunicación, donde se retomó el texto escrito como soporte de la trascendencia cultural y a la lectura como proceso de integración. Tales exigencias implicaron para la escuela un esfuerzo para lograr la calidad, obedeciendo a razones y necesidades del contexto.

Además, a partir de lo anterior, se construyó una cultura profesional, es decir, logré promover una educación situada en el contexto desde prácticas educativas, experiencias creativas de toda la comunidad educativa y actividades culturales en actos cívicos, conmemoraciones y costumbres; cobrando auge dos procesos importantes: la perspectiva cognitiva o de pensamiento y las estrategias o acciones para mejorar los procesos pedagógicos, permitiendo la evaluación formativa y el desarrollo del currículo como la construcción social, iniciando con la comprensión y las necesidades de la comunidad educativa, que dan sentido y significado a nuestra labor.

Seguidamente, se inició con el embellecimiento de la escuela y los cambios significativos en el jardín de la institución y tuberías como reformas en la toma del agua de donde se consume este recurso vital para la escuela, ya que con la colaboración de don Isidro, el auxiliar de enfermería del Centro de Salud, junto a la escuela, asistíamos cada quince días a lavar la toma, quitar las hojas y suciedad que le cae, quitarle el aire a la tubería y lavar el tanque de almacenamiento.

Ya en el año 2016 y hasta febrero de 2017 se empieza un proceso de reconstrucción, prácticas y expectativas frente a la fusión de las instituciones educativas rurales, que se dio desde el 2015, pero que no se había socializado; es decir salió la resolución que lo avala, pero no establecieron y organizaron el proceso. En fin, en ese tiempo, se constituyó la institución en sede principal el CER Cachumbal y sus siete sedes: La Abisinia, La Cordillera, Maracaibo, San Agustín, La Cruz, La Cabaña y El Comino; donde por elección de mis compañeros de trabajo, comunidades y Jefe de Núcleo Luis Carlos Zapata, el Docente Edison Velásquez Monsalve y yo, lideraríamos cada uno de los procesos, actualizaciones y reformas que se debían hacer para el Centro Educativo Rural Cachumbal y sus sedes, empezando con la elección del consejo directivo y académico.

Se inicia un proceso con los ocho compañeros y las comunidades educativas, reformas, compromisos y actualizaciones al PEI (Proyecto Educativo Institucional), el SIE (Sistema Institucional de Evaluación), el Manual de Convivencia y otros

procesos institucionales como manejo de recursos de gratuidad, emblemas institucionales, uniforme, plataforma o software para calificaciones, informes y certificados y manejo del Programa más familias en acción para certificar estudiantes. Un proceso arduo, pero enriquecedor, que se hizo durante este tiempo visitando las diferentes sedes en compañía de los representantes de padres de familia y los estudiantes de cada una de ellas para su socialización desde las diferentes gestiones del PEI y los compromisos asumidos desde los comités para actualizar el Manual de Convivencia. Desde el Microcentro y el Consejo Directivo nos propusimos organizar un cronograma con objetivos, acciones y responsables a realizar y cumplir desde las diferentes sedes de Cachumbal, para permitirnos conocerlas, reunirnos y posibilitar el desplazamiento de las comunidades de forma equitativa, sea por su cercanía o lejanía en el momento que les tocara. Es así como entre todos sacamos adelante el Centro Educativo Rural Cachumbal con esfuerzo, dedicación, participación, comunicación y trabajo en equipo.

Se consolidó una experiencia significativa, dejando muchos sentimientos y apegos, pero con la satisfacción del deber cumplido y de entender que “La enseñanza es más que impartir conocimiento, es inspirar el cambio. El aprendizaje es más que absorber hechos, es adquirir entendimiento” (W.A. Ward). Es decir, impartí en mis estudiantes más que saberes y valores, les enseñé a convivir, a tener un proyecto de vida, a valorar y progresar en la vida y ser competente en el mundo social y cultural.

En el año 2017 se me presenta la oportunidad y me proponen venirme para mi tierra querida San Roque, me ponen en una balanza: una plaza en la zona Urbana y otra Rural para que escogiera, y la verdad, no lo pensé, de una, elegí la zona rural. Entorno donde me siento realizada, competente, comprometida con mis niños y comunidad, porque es desde estas comunidades que se puede aportar a la trasformación y a la formación de niños para la vida, con valores y desempeños, desde los derechos básicos en el aprendizaje, los estándares de calidad, las competencias básicas en TIC como herramienta para el desarrollo del conocimiento y el aprendizaje de calidad desde una realidad cultural de los estudiantes y de la comunidad.

Es así como siendo el 1 de marzo de 2017, llego a la oficina de la jefa de núcleo doña Gilma Cataño Duque y me atiende su secretaria Estela Marín, que me da la bienvenida y se alegra al tenerme en el municipio de San Roque, y me recomienda irme a presentar al corregimiento *Cristales*, donde el rector Fabio Zapata de la Institución Educativa Rural (IER) Cristales. Teniendo en cuenta que la Sede El Diluvio hace parte de esta Institución, me desplazo para el corregimiento por camino destapado y llevando cincuenta minutos de recorrido, llegué, pregunté por el rector, pero, no se encontraba, la secretaria Natalia llama a la docente Adela Jaramillo, que se encontraba en la escuela y que sería mi compañera de trabajo, para que me recibiera y me diera algunas orientaciones e instrucciones sobre los grados que iba a enseñar. Así fue, me tocó avanzar diez minutos más en moto y, ahí estaba la escuela, a bordo de carretera; una escuela grande de color azul con beige claro, con dos salones, una sala de informática, un comedor con la cocina, un apartamento, los baños, la planta de tratamiento y potabilización de agua y una placa polideportiva; los niños estaban en descanso, pero aun así, curiosos, salieron a saludarme y la profesora a recibirme y me mandaron a entrar, amablemente se

presentó la docente y la encargada de la manipulación de los alimentos doña Blanca y, la del aseo, Liliana, me comentó todo acerca de los estudiantes y que me correspondían los grados tercero, cuarto y quinto que eran dieciocho estudiantes.

Desde ese día empecé nuevos aprendizajes y un proyecto de vida, el compartir experiencias con una compañera y un trabajo pedagógico, social, cultural y de inclusión educativa que ha permitido fortalecer e implementar estrategias que rompen con esas barreras que se presentan para el aprendizaje y la participación.

En esta Institución realizo una propuesta activa que promueva la vinculación de los niños y la comunidad, aprendizajes significativos y desde las estrategias de Escuela Nueva, el proyecto de Rescatando valores en el ambiente escolar, promoviendo como docente, en la sede El Diluvio, cambios significativos, en el sentido de promover la formación en una sociedad donde se hay que desenvolverse de forma tolerante, solidaria, honesta y justa.

Se integraron los procesos de enseñanza aprendizaje, con sus respectivas dimensiones, donde se tienen en cuenta los diferentes valores éticos como son: respeto, amor, responsabilidad, amistad, humildad, agradecimiento y los valores institucionales como: calidad, respeto, tolerancia, convivencia, honestidad, equidad, trabajo en equipo, solidaridad, autonomía y liderazgo. Ya que las familias carecen de axiomas estructurados y por ende los niños y las niñas de la institución se les dificulta manifestar ciertos valores que son necesarios para una sana convivencia. La sostenibilidad que tiene el proyecto se debe a los apoyos que ha logrado, a la participación activa de distintos actores educativos y comunitarios que hacen que la experiencia pueda permanecer en el tiempo.

Todo individuo en su proceso de aprendizaje y crecimiento personal requiere el fortalecimiento de los valores para poder pertenecer y ser miembro activo de una sociedad en transformación. Es gracias a las buenas prácticas que han tenido las comunidades educativas que esta experiencia se ha sostenido con un gran valor humano en el área académica, directivo- administrativa o de comunidad. Estos procesos de enseñanza son realidades sentidas para aprender día a día, los estudiantes lo ven necesario, los padres son conscientes de su importancia, la comunidad y las familias lo aplican y lo apoyan y el maestro como ser social, lo orienta, da ejemplo de ello y emprende el camino hacia la sostenibilidad de un proyecto de vida.

Cada una de las actividades, eventos, celebraciones y momentos teóricos y prácticos, son enriquecedores para la formación del nuevo ciudadano; es con creatividad, motivación y responsabilidad que se obtienen buenos resultados para que otras instituciones apliquen a sus contextos estos métodos de rescatando valores en el ambiente escolar.

Con el apoyo, las orientaciones y evaluación formativa del Programa Todos a Aprender (PTA) y desde el Microcentro Encuentro de Saberes, un espacio pedagógico que lidero con amor y autogestión, conformado por los doce docentes de primaria, donde la escuela se convierte en un lugar privilegiado, donde los estudiantes y los docentes se amalgaman a diario para compartir experiencias, recrear vivencias, aprendizajes, construir conocimientos significativos, idear sueños, vivir y convivir intensamente a partir de las prácticas pedagógicas y didácticas; la promoción de actividades culturales, cívicas y sociales, donde se vea

reflejado el trascender educativo y de construcción progresiva en los procesos de enseñanza aprendizaje y evaluación formativa.

Como presidenta del Microcentro lidero procesos de organización y actualización de mallas curriculares, planes de área, proyectos trasversales y pruebas de conocimiento de cada período escolar con las orientaciones y revisión del tutor Edison Jiménez del P.T.A, quien nos orienta el proceso de cómo hacer una mejor evaluación desde los desempeños, los Derechos Básicos de Aprendizaje, los lineamientos curriculares y los estándares de calidad. Cada uno de estos procesos son significativos y de gran importancia para la enseñanza aprendizaje, para fortalecer e implementar estrategias didácticas en los proyectos transversales y permite que nosotros como maestros seamos la base del progreso, el desarrollo y formadores de seres íntegros, con valores y con espíritu de superación y competitividad.

Ya como educadora, junto con mi compañera Adela Jaramillo, realizamos un trabajo en equipo cumpliendo con el plan operativo anual que se realiza cada año para ejecutar desde las necesidades más sentidas en la sede El Diluvio a partir de la participación, apoyo y colaboración de estudiantes, padres de familia, la Junta de Acción Comunal, la empresa Gramalote y la administración municipal; fue con la ayuda de cada uno estos entes que organizamos y empezamos a embellecer la escuela. También con los padres de familia trabajamos en un proyecto productivo de cultivar hortalizas para el consumo en el restaurante escolar. Transformando en mi vida la manera de pensar, de aprovechar la tierra para cultivar y recoger productos de gran valor alimenticio y de actuar desde la lucha constante, el enseñar para la vida, la productividad y el comprender que el mundo necesita personas con mentes activas, creativas y propositivas.

Mi quehacer en la vida diaria significa un empezar y recordar de dónde vengo y para dónde voy, con objetivos claros para realizar en mi labor docente; un seguir adelante, valorando cada fortaleza y creando oportunidades de mejoramiento y una transformación educativa, social, cultural, de pensamientos, vidas, actitudes y promover una educación de alta calidad con estrategias innovadoras, comunicación efectiva y competencias claras, promoviendo en las Escuelas Familiares cuatro sesiones al año donde se trabajaba con los padres de familia temas de interés y de gran importancia, que permita fortalecer los lazos, los valores y las relaciones familiares.

A través del tiempo, como educadora, he aprendido como lo expresa M. Luther King, Jr. “la función de la educación es enseñar a pensar intensa y críticamente. Formar inteligencia y carácter – esa es la meta de la verdadera educación”, aprendiendo que la esencia de la vida es formar un ser con calidad humana, con integridad moral, social y cultural y con competencias cognitivas, emocionales, y sociales propias de la exigencia del momento histórico.

A la fecha, tengo 9 años de experiencia profesional y actualmente me encuentro enseñando en la Institución Educativa Rural Cristales, sede El Diluvio que se encuentra ubicada en la zona Rural del Municipio de San Roque del Nordeste Antioqueño, a una distancia de veintidós kilómetros de la cabecera municipal, la cual cuenta con dos docentes. Mi compañera de Trabajo Adela Jaramillo se encarga de los grados de preescolar, primero y segundo con dieciocho estudiantes y los grados a mi cargo son: tercero, cuarto y quinto con veintidós

estudiantes para un total de cuarenta en la sede, tienen edades que oscilan entre los cinco y los trece años de edad. La mayoría de ellos se encuentran a una distancia entre veinte y cuarenta minutos caminando para llegar a estudiar. Son estudiantes con bajos recursos económicos y la principal fuente de ingreso de los padres de familia es la caña de azúcar y el cacao y otros se sustentan diariamente de un jornal.

La población perteneciente al corregimiento, tras pasar por un período de violencia en el que el terror, el saqueo y el miedo fue la constante, se caracterizan hoy en día, en su gran mayoría, por fortalecer de una u otra forma los procesos educativos, sociales y comunitarios, colaboran por engrandecer su corregimiento, se organizan en juntas de acción comunal y desde allí jalonan actividades y proyectos que redundan en el bienestar de sus habitantes. Son gestores de desarrollo, agentes de cambio comprometidos con sus niños, jóvenes y ancianos, personas pujantes, trabajadoras y constructoras de sueños e ilusiones que ven en la educación el camino para que sus hijos puedan forjarse un mejor futuro.

Se acerca un nuevo cambio administrativo en mi historia laboral, la sede el Diluvio no pertenece a la IER Cristales, sino al CER San Juan, un centro educativo que fue creado para albergar a todas las sedes rurales del municipio de San Roque, un nuevo renacer se acerca en la construcción colectiva de identidades pedagógicas que buscan la calidad educativa en forma constante. Puedo finalizar mi historia con una frase de calendario: “La vida es la mejor escuela cuando no se aprenden sus lecciones de nada sirve la vida, de nada sirve la escuela”, en ocasiones dirigimos los aprendizajes y en otros espacios siempre seremos aprendices.

RELATO DE MI VIDA PROFESIONAL

Elvys Eleane Lechuga Rueda

Yo, Elvys Eleane Lechuga Rueda, ciudadano Colombiano, oriundo del municipio de Puerto Colombia (Atlántico), docente de aula en el municipio de Armenia Mantequilla (Antioquia) poco más de nueve años, municipio al cual llegué, luego de haber superado el respectivo concurso de méritos convocado por la Comisión Nacional del Servicio Civil, en el cual me inscribí para la entidad territorial de Antioquia por varios motivos, como el hecho de tener relaciones de amistad con varias personas paisas residentes en mi municipio, personas que siempre me parecieron gente pujante, amable y, sobre todo, orgullosa de su tierra Antioqueña, en especial de su ciudad capital Medellín; fue así como empecé a sentir las deliciosas ganas no solo de conocer, sino también de vivir en esta hermosa tierra de nuestra bella Colombia.

Llegué a Armenia Mantequilla, como es conocido el municipio en el cual laboré y viví en julio de 2008 hasta ¿? con muchas expectativas, pues debo confesar que, concurse para Antioquia pensando siempre en la ciudad de Medellín, sin llegar a reflexionar que para trabajar en Medellín debía haber concursado específicamente para ese ente territorial, sin embargo, debo reconocer que, ha sido de las mejores y más deliciosas equivocaciones que he tenido debido a que, esta me ha permitido conocer y reconocer a la gente paisa y su cultura, más allá de la afamada y reconocida Medellín; situación que me ha hecho entender, comprender y querer esta tierra como propia.

Llegue a trabajar en el municipio a la vereda La Quiebra, hecho que me enfrento a una realidad educativa muy diferente a la estudiada, vivida o conocida hasta el momento, como lo es la educación de carácter rural enmarcada en el modelo pedagógico Escuela Nueva - Escuela Activa, la cual implica procesos de enseñanza-aprendizaje propios y, muy particulares.

Al poco tiempo de estar laborando en La Quiebra llama poderosamente mi atención el hecho de que en esta vereda del municipio conocido como el Balcón de Antioquia por sus hermosos paisajes, las personas que integran esta comunidad, no tenían relaciones de convivencias sanas o armoniosas lo cual, me parece contradictorio a la imagen que tengo de los paisas de gente unida, perseverante, pujante, amable y colaboradora; investigo las causa que generan la mencionada situación de convivencia encontrando diversas y muy particulares respuestas.

Me pongo en la tarea de implementar alguna estrategia que contribuya al mejoramiento de la convivencia más allá de la comunidad educativa (comunidad en general), es así como nace el proyecto de convivencia Gente buena para una Armenia mejor, con el apoyo de la alcaldesa del periodo, doctora Martha Libia Parra Gil y los distintos funcionarios de su administración, como fueron la personera municipal, el secretario de gobierno con funciones de educación, la inspectora de policía, la psicóloga del municipio, entre otros.

El proyecto contemplaba varias acciones de integración: capacitación, encuentros lúdico recreativos, actividades de mantenimiento, ornato y mejoramiento del aspecto físico de la vereda; muchas de estas acciones fueron emprendidas y direccionadas desde la escuela de padres, arrojando resultados bastante positivos

en el mejoramiento de la convivencia comunitaria, generando sentimientos de fraternidad y, por ende, de colaboración entre los armenios de *La Quiebra*. Proceso y resultados que impactaron la calidad educativa, no solo desde la convivencia, sino también desde académico de los educandos del entonces Centro Educativo Rural Samuel Mejía Ortiz y de la comunidad en general.

A poco más de un año (2009) de estar en el municipio y luego del trabajo realizado en *La Quiebra*, la alcaldesa me propone trabajar en otra vereda del municipio llamada *La Loma* que presentaba aspectos de convivencia bien particulares, bastantes conflictivos, más que los superados en la vereda *La Quiebra.* Accedo encantado y motivado por el reto profesional que esto implicaba, más allá de la praxis pedagógica al interior de un aula de clases. Luego de implementar el proyecto en *La Loma*, con resultados también positivos para la comunidad de la vereda, y de estar laborando allí por poco más de un año, se presenta una necesidad en otra institución educativa a la que me trasladan.

La necesidad de servicio es para el CER Elías Mejía Alarcón, en la vereda *Travesías* del municipio, ubicada a veinte minutos caminando desde cabecera municipal sobre la carretera principal que de Armenia conduce a Medellín; me propone la alcaldesa trasladarme allá y acepto encantado. Llego entonces a la vereda, con disposición de trabajar con dos compañeras paisas, una de ellas oriunda del municipio de Sopetrán y la otra del municipio de Salgar, el trabajo en este Centro Educativo Rural fue bastante enriquecedor, teniendo en cuenta que compartí experiencias con dos profesionales de la educación que conocían y manejaban el modelo pedagógico desde hace varios años y estaban dispuestas a compartir conmigo su experiencia y conocimiento, compañeras con las cuales se generó, además, fuertes lazos de compañerismo, una hermosa e incondicional amistad.

Transcurre el año 2012 y surge una necesidad de servicio en la Institución Educativa Rosa Mesa de Mejía en el área urbana del municipio, es cuando la rectora de la institución para ese entonces, licenciada Luz Eugenia Palacio Tobón, y el Alcalde de turno, doctor Luis Norbey Acevedo Sánchez, me proponen trasladarme para cubrir la mencionada necesidad de servicio. Llego a la Rosa Mesa de Mejía y la rectora me asigna la dirección de grupo del grado tercero y el área de matemáticas en los grados tercero, cuarto y quinto; al poco tiempo, la señora rectora es trasladada, llega una nueva rectora, licenciada Piedad del Socorro Higuita Campo, que me ratifica como docente a cargo del área de matemáticas en los mencionados grados y con la cual trabajo hasta el mes de agosto del año 2016, momento en el que fue trasladada a otro municipio.

Inicia el año 2017 con nuevo rector licenciado Jorge Iván Suaza Restrepo, me propone orientar el grado primero como monodocente, este grado representa un nuevo reto profesional para mí, dado que en él se encuentra matriculada una estudiante diagnosticada con Síndrome de Down, Samantha Romero Zapata, y surge en mí el interrogante de por qué, siendo desde la legislación educativa colombiana, nuestro Estado, una nación inclusiva, se proporciona a los docentes de las distintas áreas del conocimiento tan pocas herramientas y preparación para la atención de esta población de estudiantes. Si bien es cierto que en la escuela Normal Superior La Hacienda de la Ciudad de Barranquilla, de la cual soy egresado como Normalista Superior con énfasis en Ciencias Naturales y Educación

ambiental, se imparte una fuerte formación en lúdica recreación y deporte, como también en educación especial, lo cual me llevo a realizar la práctica docente en la escuela Instituto Alexander Von Humboldt con niños autistas y en el IDPHU (Instituto para el Desarrollo del Potencial Humano) con niños de capacidades y talentos excepcionales, para ningún profesional de la educación es desconocido la poca formación de sobre educación especial que ofrecen las distintas Escuelas Normales Superiores y los diferentes programas de licenciaturas ofrecidos por las facultades de educación de las universidades en Colombia.

Sin embrago, la presencia de Samantha como miembro activo del proceso enseñanza-aprendizaje al interior del grado primero, pone ante mí un nuevo reto profesional que implica desempolvar viejos conocimientos y experiencias, así como también documentarme para poner todo lo aprendido al servicio de mi querida estudiante. Al momento de finalizar el año lectivo, debo mencionar que los avances desde la socialización, convivencia e interiorización de la norma por parte de Samantha han sido bastante significativos; no obstante, el avance académico, como es de esperarse, no lo es tanto comparado con sus compañeros de clase; de todos modos, Samantha alcanzó los logros desde las adaptaciones curriculares propuestas, dejando en mí la gratificante satisfacción del deber cumplido a través de la puesta en práctica de la pedagogía del amor, la cual ha sido sin duda la clave para la adecuada inclusión de Samantha a la comunidad educativa de la institución.

Iniciado el año lectivo 2018 y como resultado de la solicitud de traslado en el proceso ordinario para el año en curso (2018), soy trasladado para el municipio de Cisneros. Llego el 25 de enero de 2018 a trabajar en la vereda *El Silencio*, con muchas expectativas. Al momento de terminar este escrito han transcurrido siete meses laborando en este municipio y los retos han sido muchos, desde el aspecto de rendimiento académico de los educandos, pues encuentro niños con muy pocos hábitos de estudios y padres de familia poco comprometidos con el acompañamiento de sus hijos en el proceso de aprendizaje.

Sin embargo, debo decir que, a la fecha, se puede evidenciar un cambio en la actitud frente a la situación mencionada en gran medida gracias a lo trabajado desde la escuela de padres en la que el apoyo de mis compañeros ha sido fundamental.

VIAJANDO A TRAVÉS DE MI

Beatriz Elena Cortés Arango

De lo que soy

Soy Elena, desde que un profesor, llamado Benjamín, cuando estaba en séptimo me dijo que tenía más cara de Elena que de Beatriz, entonces en el colegio mis compañeras me empezaron a llamar Ele y así me quedé. Aunque en casa siga siendo Beatriz, cuando oigo de lejos ese nombre, a menos que se trate de mi madre, no recibo ninguna conexión cerebral que me lleve a voltear.

Y ese nombre, Elena, es la manera en el que, en el contexto escolar, soy nombrada, es el vehículo a través del cual mis estudiantes me reconocen, nombran, crean y recuerdan.

Soy maestra no por epifanía, no recibí ningún llamado divino, y no siempre supe qué quería ser en la vida o qué quería hacer con mi vida. De niña recuerdo que decía que quería ser actriz, pero fácilmente podía decir que vendedora o cantante. En el colegio, pensaba en las matemáticas como una opción, pero me movía entre ser periodista o bióloga marina entre semana y semana. Se trató más bien de un proceso de reconocimiento y valoración de lo que mejor hacía, enseñar. Desde niña tuve la facilidad para comprender, preguntar y trasmitir. Así mis compañeras y compañeros se me acercaban para que los ayudara a entender la división por dos cifras y cuando se debían tildar las palabras graves; más adelante la factorización, la trigonometría, la estequiometria o los departamentos y capitales del mundo, se constituirían como una de mis tutorías más planeadas. Disfrutaba más explicando que haciendo y esto me trajo algunos líos con mis notas y profesores.

Sin embargo, estudiar para maestra no fue una opción. No niego cierta sensación que me llevaba subestimar la profesión y a esquivarla en varias ocasiones. En mi familia me repetían que era una profesión muy mal remunerada y hasta algunos profesores tenían un aurea nada envidiable cuando entraban al salón. Más como un llamado del destino, o como un golpe azaroso inexplicable, siempre terminaba haciendo las veces de profesora de algo.

El camino empieza con mis profes, con algunas y algunos que recuerdo, que me marcaron en algún sentido, en lo bueno y en lo no tan bueno, en la sensación siempre poderosa y enigmática que me llevaba a pensar en sus palabras y en sus vidas como experiencias vivas para mi camino.

La profesora Doralba nos leía *Las mil y una noches* antes de empezar la clase. Tenía una voz muy suave y tranquila. Siempre fue así. No recuerdo que gritara. Cuando estábamos distraídas simplemente se sentaba y esperaba […] Así fue como conocí a Sherezada y el mundo maravilloso del desierto, los genios, los monstruos. Las letras fueron la manera que Doralba tenía para atraparnos, para atrapar nuestra imaginación y, por supuesto, nuestra atención. A Doralba le gustaba la poesía y en los centros literarios nos repartía poemas de José Asunción Silva o de Porfirio Barba Jacob, poemas complicados que nos hacía aprender de memoria, verso a verso. Recuerdo que no entendíamos mucho, pero cuando volví por causalidad a esas letras, con más años encima y encontré en mi memoria los versos recorridos, le agradecí su visión y el regalo futuro de otorgarnos un tesoro:

“Una noche

una noche toda llena de perfumes, de murmullos y de música de alas,
Una noche
en que ardían en la sombra nupcial y húmeda, las luciérnagas fantásticas,
a mi lado, lentamente, contra mí ceñida, toda, muda y pálida
como si un presentimiento de amarguras infinitas,
hasta el fondo más secreto de tus fibras te agitara,
por la senda que atraviesa la llanura florecida
caminabas, y la luna llena
por los cielos azulosos, infinitos y profundos esparcía su luz blanca,
y tu sombra, fina y lánguida
y mi sombra por los rayos de la luna proyectada
sobre las arenas tristes de la senda se juntaban.
Y eran una, y eran una
¡y eran una sola sombra larga!
¡y eran una sola sombra larga!
¡y eran una sola sombra larga!
[…]".

Con Doralba aprendí el poder de la poesía, su inmortalidad y el necesario y siempre satisfactorio acercamiento que la literatura brinda para sensibilizar el ser. Desde entonces trato de compartir lo leído en mis clases. La lectura debe ser una necesidad para el maestro. Prescindir de la lectura en la labor docente es como un auto que se queda sin gasolina. Generalmente, los maestros no pasan a la posteridad por el recuerdo de una clase dictada, su recuerdo es más fácilmente perpetuando y marcan huellas a través de la posibilidad de acercar, sensibilizar, crear consciencia desde la misma experiencia vivida.

Graciela, por su parte, fue mi profesora de primaria. La recuerdo como una mamá, nos llevaba muñecas que recolectaba con personas ricas, a mí me tocó una muñeca de trapo negra con cachetes rosados y boca roja a la que llamé Martina. Nos regañaba, y nos mimaba cuando era preciso. Me enseñó a dividir y a leer bien. Recuerdo que nos sacaba al frente para que leyéramos en voz alta. Era terrorífico. Peor cuando se trataba de las tablas, parecía el día del juicio final. Tenía una gafas pequeñas y gruesas que le hacían ver sus ojos más grandes. Tenía un olor dulce y una voz recia pero amorosa.

Graciela era la profesora tradicional. Esa a la que una le agradece profundamente lo aprendido, sin embargo, de la que la duda nace al pensar que el grito tal vez era innecesario, el terror al frente del tablero, la mirada inquisidora ¿será posible lograr disciplina y aprendizaje desde otras formas?, ¿es posible una pedagogía desde amor y la comprensión y a la vez formar seres íntegros, responsables de sí mismos y respetuosos con los otros y las otras? Ahora que estoy en la docencia, y que me encuentro en situaciones en las que me veo en la necesidad de usar la disciplina, amonestar o corregir comportamientos que afectan la convivencia, me enfrento al espejo y veo a Graciela. Finalmente, las maneras en la que una aprendió en la escuela por medio del ejemplo, a pesar de la academia posterior o de las teorías leídas, son patrones o fórmulas han funcionado desde tiempos inmemoriales, ¿por qué no seguir perpetuándolas? La respuesta a estos interrogantes y que comparto a Graciela, no sin antes agradecerle por haberme enseñado a su manera, es que en muchas ocasiones es más difícil no gritar, no

generar miedo, es más difícil que las otras personas te respeten, escuchen y valoren desde el diálogo y el acuerdo y no desde el grito. Es inminente la necesidad de comunicarnos de otras formas y enseñar a las personas que vemos a diario a que se comuniquen desde el respeto y el diálogo. Que la fórmula del grito parece funcionar, pero si lo que buscamos a través de la pedagogía es transformación de nuestras sociedades, hay que admitir que la apuesta o la salida a las dificultades que generan los conflictos debe ser creativa y efectiva, para permitir el surgimiento de comunidades más sanas.

Uriel era mi profe de tecnología. Recuerdo que se expresaba muy mal, que en vez de decir haya decía *aiga* y eso me hacía sospechar de su saber. Era un profe gritón, que nunca me llamó por mi nombre y que se sentaba a conversar de todo menos de tecnología. Así como Uriel hay muchos docentes. Castradores de sueños y perpetuadores de las fallas del sistema educativo. Inevitablemente en el tiempo que llevo ejerciendo me encontrado con *Urieles*. Profesores y profesoras que se comunican a través del grito y que lamentablemente tampoco responden al llamado académico propio de la profesión. Reconociendo que el deber del maestro debe ser constantemente aprender, considero que también debe ser desaprender aquellas formas y gestos tradicionales que no contribuyen a la formación integral de los estudiantes.

De la universidad, mi profesor Yovanny, que llenaba un tablero de mapas conceptuales en cinco minutos y que era capaz de explicarnos en treinta minutos los procesos históricos de larga duración. Así, la guerra de Vietnam, era esquematizada en un tablero acrílico, en poco tiempo y nosotros entre el asombro y el desconocimiento, pensábamos que queríamos ser como él ¡Como era posible que tuviera todo en su cabeza! Luego compraba un tinto y se sentaba a hablar de política y de historia con nosotras, en un diálogo formativo y evolutivo. Siempre sonriendo, relajado y pausado.

La magia de Yovanny, difícilmente imitable, trato de aplicarla en los contextos escolares en los que he tenido la oportunidad de involucrarme. Hace poco se dio la discusión de la necesidad de reintegrar el área de historia en el currículo de los colegios, puesto que cada vez tenemos menos certeza de los que somos y por ende no sabemos para dónde vamos como sociedad. Pedagógicamente la dialogicidad permite además de la libertad de la palabra, la posibilidad de reconocer al otro u otra que está en frente como un maestro igualmente del que aprendo y, en esa medida, dándole la palabra, haciéndole partícipe activo del proceso educativo.

De lo que hice

Me decidí por las Ciencias Sociales, por la Historia más certeramente. Me gusta la investigación, comprender las relaciones humanas y encontré en la Historia la posibilidad de hacerlo. El viaje por el pasado, buscar las huellas de un acontecimiento, comprender un proceso y develarlo me procuraron apasionamiento.

La profesión de maestra empezó de manera remunerada en una de esas tardes universitarias de tinto y conversación; una amiga se me acercó a preguntarme que si podía reemplazarla en su trabajo. Daba clase en un preuniversitario y no podría estar por motivos de viaje. Necesitaba conseguir a alguien que la cubriera. Dije sin pensarlo, sin saber, que sí. La clase era de filosofía, de Aristóteles, tenía cuatro días para prepararla y me aterroricé ¡Filosofía! ¡Deus! Sin embargo, ahí estaba comprometida y no habría vuelta atrás. Fui a la biblioteca,

presté los respectivos libros, incluido el Mundo de Sofía (textos muy básicos del área), devoré Aristóteles en esos pocos días, y en una hoja esquematicé mi clase, era sólo una hora que repetiría 6 veces en 6 grupos […] La jornada fue exitosa, tanto así que me quedé trabajando en este lugar, dando filosofía e historia. Entré a trabajar tiempo completo allí y lo hice por 4 años, del 2010 al 2014. Era una enseñanza que se basaba sobre todo en el manejo de contenidos, que era la intención principal de adquisición de los estudiantes que entraban allí: aprender todo lo que no aprendieron en el colegio para poder pasar a la universidad u obtener unos resultados amables en el examen de Estado.

De esta experiencia recuerdo la posibilidad que tuve de viajar por diferentes partes del país. La empresa tenía convenios con municipios e instituciones de otros departamentos y nos pedían Preicfes relámpagos que prepararan a los estudiantes para las pruebas de Estado. Así, estuve en la alta Guajira, conociendo la palabra del mundo Wayuu, la cosmovisión de esta cultura ancestral, en donde al ser la lluvia tan escasa, dentro de su calendario mítico, un año está compuesto por 364 soles y una lluvia.

En esos caminos recorridos tuve la posibilidad de ver la otra Colombia, pueblos enclavados en las montañas, cercados por bosques infinitos, carreteras pedregosas e historias de violencia y resistencias. De los municipios del Catatumbo nos convocaron en el 2010, debíamos ir a instituciones de la zona a dar capacitaciones sobre cómo presentar la Prueba Saber 11. En uno de esos recorridos, debíamos visitar a la Gabarra, un municipio que en el buscador de Google arroja resultados resaltados en rojo. En una camioneta de doble tracción nos dispusimos a la carretera que aparecía pavimentada según INVÍAS pero que, más se trataba de un camino parecido a pista de Down Hill. El trayecto hacia el colegio desde el municipio de Tibú, era de tres horas, lo que nos indicaba que estaríamos antes de la una de la tarde allí, descansaríamos, dormiríamos y al otro día haríamos la capacitación. Sin embargo, las horas se multiplicaron y al pueblo llegamos a las nueve de la noche. Un recorrido de casi diez inesperadas y eternas horas. La lluvia había dejado la carretera imposible y nuestra camioneta perdió su doble tracción, y en cada hueco perdía su potencia, quedándose enclavada sin posibilidad de movimiento. Armados de lazos y de una fuerza que no teníamos, intentábamos sacarla logrando la hazaña en tres oportunidades, sin embargo, cuando la noche llegaba y los grillos comenzaron a avisar que las cosas no estaban bien, el obstáculo más profundo se nos presentó y esta vez nuestra fuerza herculina no fue capaz de salvarnos. Éramos un equipo de cuatro profesores de diversas áreas (matemáticas, lenguaje, ciencias naturales y ciencias Sociales), dos hombres, dos mujeres y el chofer y guía, que era un señor de la zona. Con barro hasta en los ojos debíamos seguir a pie. Los cuatro profesores que íbamos cogimos el material, los módulos, las copias, los marcadores, los lapiceros, las hojas de respuestas, y en hombros alzamos con nuestro trabajo y nuestro espíritu. Aún faltaba camino por recorrer. Cuando la noche llegó, empezamos a oír ruidos en el bosque, toc, toc, toc. Las montañas de la cordillera oriental son maravillosamente imponentes y frondosas. Los ruidos eran como pájaros ruiseñores nocturnos. Hablábamos y reíamos para no asustarnos, como si nada. De repente comenzaron a aparecer sombras, en principios imperceptibles, irreales y después claramente dibujadas en

la noche. Eran muchas, mientras caminábamos se paraban a lado y lado de la carretera.

- Somos el ejército nacional, el grupo contraguerrilla (no recuerdo bien la descripción, sé que dijeron contraguerrilla)
- ¿Ustedes quiénes son? ¿Qué hacen por acá?
- Somos profesores, dijo uno de mis compañeros, nos dirigimos a la Gabarra, tenemos una capacitación sobre las Pruebas Saber, en la institución "Z"
- ¡Ah! ¿Ustedes fueron los que se vararon allí abajo?
- Sí señor, fuimos nosotros y nos tuvimos que venir a pie
- ¿Ustedes no saben que esto es zona roja? ¿Quién los mandó por acá?
- Pues del trabajo señor, mire nuestros carnés y el material de estudio
- Profes, pues les digo que esto no es zona para andar a pie y menos a esta hora, ustedes son muy arriesgados (el chofer que era de la zona no decía nada, silencio absoluto)
- Sí señor, pero es que nos daba más susto amanecer en la camioneta, en medio de la nada y ya falta poco para el pueblo, etc.
- Y, ¿no vieron a los Elenos por allá abajo? (¡¡se me enfrió el corazón!!)
- No señor, para nada (casi que en coro)
- Bueno, sigan que nosotros estamos pendientes.

Y así seguimos caminando, aligerando el paso, viendo unas lucecitas que nos decían que ya íbamos a llegar, los sonidos de los ruiseñores nocturnos nos acompañaron hasta el puentecito que decía que, de ahí para allá, estábamos a salvo. Nadie miro para atrás. Al menos, yo no. Y nadie pronunció una palabra hasta que llegamos al pueblo. Cuando llegamos al hotel el chofer me dijo, nos dijo:

- Oiga profe, usted no tiene otro nombrecito por ahí
- Cómo así, ¿por qué?
- Pues es que llamarla en voz alta a usted nos puede hacer matar (Elena)
- Todos reímos
- Al otro día volví a ser Beatriz.

Del Preuniversitario recuerdo la reflexión constante con los profesores, las discusiones sobre nuestras áreas y la invariable y necesaria capacitación. Debíamos ser los mejores porque la mayoría de nuestros estudiantes querían acceder a los programas más demandados en las universidades públicas, a saber, medicina y arquitectura, y así nos preparábamos para afrontar estudiantes ávidos de saber, recolectar, memorizar. Como era la profesora de historia y geografía, debía prepararlos en el área de ciencias sociales para la Universidad Nacional. Debía recordar con la mayor precisión posible los datos de todas las épocas y de todos los lugares. Creo que en ese ejercicio de erudición a veces se perdía la intencionalidad de la comunicación o la preocupación por el proceso de enseñanza -aprendizaje. Mis estudiantes querían saber de historia para pasar un examen. Sin embargo, era posible, en muchas ocasiones, tocar almas sensibles. Recuerdo especialmente a un estudiante llamado Cristián que en principio tenía segura su intención de dedicar su vida a la medicina. Un día, cuando jugamos amigo secreto, él me sacó y el día del descubrimiento dijo en voz alta que tenía a la persona que lo había hecho desistir de su llamado vocacional inicial y que se dedicaría a la historia y a la investigación, que su primera opción de presentación del examen sería en

historia. No sé qué será de Cristián, sé que pasó y que inició el programa en la Nacional.

Cuando sentí que allí no estaba aprendiendo sino repitiendo, decidí irme.

Esta experiencia pedagógica, vivida entre el 2010 y el 2015, me permitió comprender la importancia de la una comunicación constante con mis pares, de los que es necesario aprender, preguntar y crear constante preguntas sobre la vida y especialmente sobre el quehacer docente. Para mi experiencia pedagógica, Instruimos significó una escuela que me permitió reafirmar el deseo, el llamado de la profesión de maestra y el camino a través del cual reconocí que quería enseñar en otros contextos que estuvieran más insertos en la formación temprana de los estudiantes, es decir, en la secundaria.

Viaje al corazón del mundo

La oportunidad se abrió más lejos de lo que pensaba en el 2015, pero la posibilidad de una experiencia irrepetible tomó la decisión por mí. Un resguardo indígena en el departamento del Guainía a orillas del río Guaviare. En un caserío de no más de quinientas personas, el resguardo *Carpintero- Palomas* tenía en ese año una institución educativa con ciento cuarenta y siete estudiantes (es posible que haya variado el número de estudiantes), de la etnia Sikuani, con algunos estudiantes Piapocos. Una escuela en la mitad de la selva con paredes de madera y techo de zinc. Una cultura, un idioma, formas de ser y sentir diferentes. Enfrentada a los límites del lenguaje y de la cultura, pero compartiendo el conocimiento de dos mundos opuestos.

Recuerdo que antes de coger el avión que me llevaba hacia Villavicencio me empezó a dar un mareo y ganas de vomitar. Era irreversible la decisión y era una realidad que me alejaría de todo el mundo conocido para internarme en la selva. En Villao debía coger otro avión, esta vez un DC-3, es un avión de carga, llamado también avión fantasma porque no se escucha desde abajo. El viaje sería hacia *Barrancominas*, un corregimiento del Guainía en donde cogería una lancha hasta el resguardo. Absolutamente sola estuve en Villao y tuve oportunidad de coger un avión de regreso, pero ya la suerte estaba echada y madrugué hacia el aeropuerto. Este avión, como dije, era de carga y pasajeros, no era entonces un avión convencional; viajamos en unas sillas que estaban pegadas a las paredes del avión, así que el espaldar era la misma ventanilla por donde se sentía el viento silbando, al frente nuestro, es decir, de los pasajeros, había una gran malla en donde iba toda clase de cosas, sillas, cajas, comida, etc. El viaje de cincuenta minutos, para mi eternos, porque, aunque me explicaron en repetidas ocasiones que estos aviones eran más seguros y que podía volar con solo un motor, no dejaba de pensar en un titular de prensa fatídico. Al llegar a *Barrancominas* lo primero que sentí fue el golpe de calor y de humedad en mi rostro, el que tendría durante toda mi estadía en la selva. Me esperaba una profesora que también era de Antioquia y que vivía allí desde hace diez años. Afortunadamente había hecho contacto con ella y me fue posible estar más tranquila al encontrar un rostro, aunque desconocido, familiar.

Lyda, mi ángel de la selva, me esperaba con sus dos hijos. Me llevó hasta su casa, me brindó alimento y me contó cómo era la vida en el río. Al otro día, cogí la lancha que me llevaría al resguardo. En la lancha había indígenas, colonos (como les dicen a los mestizos por allá) y tres profes, dos maestras y un maestro que se dirigían a otras escuelas distintas a la mía. Era uno de Bogotá, y dos de municipios

de Cundinamarca. Cuando los conocí pensé que no era la única loca y sentí una reconciliación con mi decisión. El río Guaviare es ancho y oscuro, a los lados está rodeado por una frondosa selva de árboles gigantescos, hay sonidos de pájaros que nunca había escuchado, es misterioso y cautivador.

En su recorrido de pronto se abren caseríos y en ellos es posible ver niños que corren, miran, y se despiden en su lengua. El viaje fue un descubrimiento del mundo, un abrir de la consciencia. Son tres horas y media en una lancha de cuarenta caballos de fuerza hasta *Carpintero* desde Barranco. Cuando llegué a puerto toda la comunidad estaba ahí esperando a la nueva profe y entre el aturdimiento del viaje, sin reconocer rostros, solo escuchando risas y palabras en un idioma desconocido, encontré al rector del colegio, Diego, el esposo de la amiga que me había hecho el contacto para el trabajo.

La selva es un lugar mágico, es la tierra de los árboles, ahí aún el tiempo corre como es, los minutos son minutos y las horas son horas, aunque para el acostumbrado a la velocidad del ruido citadino los días pueden ser años. Cuando pienso en la selva me transporto al horizonte infinito del río ancho, al azulino cielo de ilimitadas formas, a los distintos verdes de los árboles ancestrales, al caminar pausado del que sabe que no es necesario correr porque de todos modos se llega.

Las clases en la selva eran de un aprendizaje constante. Yo trataba de aprender Sikuani para comunicarme mejor, pero es un lenguaje gutural, de susurros y sonidos difíciles de pronunciar para mí. Mis estudiantes trataban de enseñarme en su también regular pero comprensible español, riéndose de la profe por sus limitaciones de oído y de lengua. Yo por mi parte trataba de enseñarles español de la mejor manera que conocía, enseñaba matemáticas y sociales, también informática, sin energía eléctrica y sin computadores.

En principio, en mi desconocimiento, en mi desconcierto por el lugar habitado, traté de trasladar mi metodología occidental al aula de clase. Dictaba, escribía en el tablero, los hacía repetir, les preguntaba y los evaluaba. Pero era en vano, nadie aprendía y nadie entendía. Sin embargo, no era cuestión de comprensión de los y las estudiantes. Los Sikuani como muchas comunidades, son formados a través de la palabra, de la narración. Cuando los veía en la comunidad siempre observaba que se reunían circulo, y se contaban y se escuchaban entre ellos, muchas veces el que hablaba era un mayor, todos permanecían atentos y reían cuando era necesario. Entonces comprendí un poco, solo un poco, su forma de aprendizaje y empecé a utilizarlo en clase. Invitaba a mayores, hacíamos círculos y narrábamos historias, les leía poemas que intentamos traducir al sikuani, pintábamos y reíamos, hicimos juegos y caminamos. La comunidad era pequeña, aunque la selva era amplia, el riesgo de caminar hacia los conucos, que eran los lugares de siembra, los corría más la profesora que los alumnos, los cuales desde niños saben cazar, pescar, nadar, saben manejar un machete sin riesgo, saben ver y escuchar los ruidos de la selva. Mientras caminaba pensaba en las serpientes o en los animales grandes, sin embargo, mis enemigos mortales fueron los zancudos, capaces de atravesar cualquier tipo de superficie con tal de disfrutar sangre fresca citadina.

En *Carpintero* no fui Elena, tampoco Beatriz, fui Pachamama y no porque los Sikuani tuvieran esta imagen dentro de su panteón mítico, sino porque tenía una camiseta verde que en la parte de atrás tenía la inscripción del nombre de la diosa

Inca y los estudiantes entre risas, leían la palabra y hablaban entre ellos en Sikuani. Así me dejaron, Pachamama.

Al regresar a la ciudad, entendí que mi camino definitivamente era la docencia. Disfrutaba la comunicación con las personas y poder mostrar otros universos a través de las ciencias sociales. Creo que es un trabajo poderoso, transformador, diario, duro, arduo, noble, de algún modo desagradecido, a veces impotente, pero siempre retador y sobre todo creador.

De nuevo en Medellín, comencé en el 2016 y durante todo el 2017, una nueva experiencia de docente. Esta vez me esperaba un colegio religioso de carácter privado. Desde la adolescencia había profundizado, a través de diversas disertaciones y contradicciones, que mi relación con la espiritualidad, con Dios o con los dioses, no podría hacerse a través de un credo o una fe religiosa. Sin embargo, acepté el trabajo. De algún modo sabía que esto significaría tener que rezar el padrenuestro, ir a misa y todos lo relacionado con el ritual católico.

En el colegio me asignaron los grupos de noveno a once. En décimo y once me correspondía el área de política y de economía. Áreas que disfruté de manera muy personal y preparaba con gran esmero. Eran tiempos del proceso de paz y consideré un compromiso ineluctable convocar a mis estudiantes a creer que otro país era posible, a pesar de que en sus contextos más cercanos existían un rechazo generalizado.

Había entrado al panóptico. La vigilancia de las clases, mi metodología, mi forma de vestir y de pensar, era de diario vivir. Los estudiantes vivían la misma experiencia de sentirse coartados en sus diferentes maneras de ser y de pensar. En ese contexto, entonces, ellos y yo decidimos hacer zonas francas, que eran los salones de clase, adentro del salón, los debates y opiniones sobre el mundo eran un descubrimiento constante. No puedo negar que la disciplina propia del modelo educativo de la institución, facilitaba que, en general, los estudiantes respondieran sin demasiados esfuerzos a las indicaciones dadas y que se facilitara el intercambio de conocimientos. Entonces, adentro de los salones, se creaba, compartía, debatía, comparaba, leía, aprendía. En el colegio era Elenita. Esa era la forma en la que mis estudiantes me nombraban.

Para los docentes que trabajan en una institución privada siempre está en riesgo su trabajo. Por más esfuerzo que pueda hacerse, el final de año representa una inseguridad para su vida profesional. Los contratos son fijos a un año y dependen de la opinión de algunos y algunas para seguir o no con trabajo el próximo año. La regulación sobre las condiciones para las instituciones educativas privadas es nula en asuntos de derechos con respecto a los profesores de instituciones públicas. Después de dos años de trabajo, me fui del colegio, así mis estudiantes fueran los soñados. La posibilidad de tener libertad de cátedra y derechos laborales me convocaron a presentarme al concurso docente.

El Ahora

Ahora empieza una nueva historia, inicio un nuevo camino. Aunque no de cero, sino novedoso, en un territorio distinto, un contexto, aunque urbano, es rural porque no hablo de la gran ciudad, sino de un pueblo enclavado en las montañas del nordeste, con un templo imponente en su parque, con gente amable que saluda con facilidad y que sonríe con sinceridad. Llevo seis meses en San Roque, vivo en una casa en la que llegan los pájaros en la mañana y en la tarde a saludarme. Estoy

conociendo las dinámicas de otro tipo de comunidad en el colegio del pueblo. Esta vez el reto es con los y las más chicas de la secundaria: sexto, séptimo y octavo. He vuelto a ser simplemente profe. Elena.

El viaje continúa […]

Aunque el viaje no concluye, apenas inicia, puedo decir que hasta este momento mi recorrido pedagógico ha estado marcado por una necesidad de búsqueda y de cambio, de encontrar en cada uno de los contextos en los que he tenido la oportunidad de involucrarme, mi esencia como docente, aprendiendo de las diferentes formas de ser y de estar, queriendo contribuir a través de lo aprendido al momento vivido, a los y a las estudiantes a los que tengo la oportunidad de acercarme. Conocer diferentes culturas, formas de hablar, de vestir, de ser, me han llamado a priorizar la necesidad de la valoración de la diversidad, de la diferencia tanto en la comunidad de docentes como de estudiantes. La pedagogía, en tiempos actuales, debe ser un medio que permita que los estudiantes se conozcan a sí mismos y se reconozcan en el contexto del que son parte, siendo sujetos activos dentro de sus comunidades que hacen parte de su propia historia.

LA EXTRAORDINARIA VIDA DE UN MAESTRO […]

Alguien de lo más normal

Diego Alexander Flórez Mesa

Mi historia como docente inicia luego de salir de prestar el servicio militar, cuando decidí tomar otra alternativa de vida, debido que no me veía el resto de mi existencia corriendo para proteger mi integridad.

Después de dialogar con varias personas me aconsejaron continuar realizando el ciclo para convertirme en un educador que era mi gran sueño. Un día me puse a pensar que el poder brindar mis conocimientos a otras personas era lo que llenaba mi existencia, fue así como ingresé a la Normal Superior de Sopetrán e inicié con mis estudios, los cuales me darían las herramientas necesarias para formarme como un docente y así poder llegar a orientar a quienes lo necesitan. Fue una experiencia muy bonita porque amplió mis conocimientos en lo que realmente quería ser, un educador normalista es la raíz para todo docente pueda ser formador de formadores, ser normalista es estar practicando lo que realmente va vivir cuando se está en la labor educativa.

Mi mayor anhelo era convertirme en docente rural, debido a que mis raíces son campesinas y considero que las niñas y los niños del campo en muchas ocasiones, son dejados de lado, o no cuentan con la posibilidad de dirigirse al pueblo o a la ciudad para cumplir sus sueños. Fue así como fui nombrado para la vereda *Cantayús* del municipio de Santo Domingo, escuela rural que dista de la cabecera aproximadamente unas dos horas y media. Al llegar allí me encuentro con la docente Ángela Zapata que hacía algún tiempo venía desempeñándose como educadora de aquella comunidad, me acogió muy bien y entablamos una bella amistad, haciendo del trabajo algo muy gratificante.

La comunidad es muy colaboradora y servicial, lo que en su momento hizo que nuestra tarea como docente, fuera algo realizado con amor. Luego de algún tiempo la compañera Ángela renunció para convertirse en ama de casa; ahí empezó mi preocupación de si podría acoplarme al nuevo o nueva compañera que llegara a la Institución. Pasado algunos días, llegó una nueva compañera llamada Claudia, que venía del municipio de Ebéjico, con ella también construimos una bonita amistad y logramos continuar con la labor como docentes. Claudia me apoyo tanto a nivel laboral como personal, entablamos una cultura escolar, con sentido de pertenecía para que nuestros niños se sintieran bien en la sede rural, así evitar la deserción escolar que se veía mucho en esta comunidad por múltiples factores (violencia social, grupos armados), logramos que nuestros niños, cada que llegaban, se sintieran como en su segundo hogar. Fue un dúo muy consolidado porque sentíamos que debíamos cambiar comunidades, desde el ser y el hacer.

Esta educadora me acogió y cuando teníamos reuniones en Santo Domingo, me albergaba en su casa, la cual se convirtió en mi segundo hogar y su mamá en mi madre, la cual empezó a aconsejarme porque debido a mi corta edad, era un poco loco, lo cual en ocasiones me trajo dificultades en mi vida personal con las mujeres.

Como lo manifesté, mi sueño era ser un buen docente, al principio me dio duro debido a que no sabía cómo enfrentarme a un grupo de estudiantes con

mundos tan distintos, pero siempre recordaba las palabras de una docente, Martha Orrego, que me decía “enseñando se aprende”, eso me daba fuerzas para seguir adelante, con el gran anhelo que tenía de ser un educador rural.

Mi historia en el Centro Educativo Rural Cantayús me abrió los primeros pasos, con una experiencia muy bonita, fue la primera vez que compartí con los niños y una comunidad que quería ser mejor día a día, con la práctica y al compartir mi vida con el mundo de los niños, se amplió el conocimiento de la enseñanza. Después de tener esta gran experiencia en Cantayús por tres años y medio, pedí el traslado para el Centro Educativo Rural La Delgadita.

Mi gran reto

El traslado se logró, venía de trabajar con compañeras que siempre me estaban apoyando: Ángela y Claudia, pero en el municipio de Santo Domingo fue donde comenzó mi verdadera experiencia como docente rural. Me enfrentaba a una comunidad que no era nada fácil, lo primero que debía hacer era sembrar confianza en los padres de familia y para esto necesitaba convertirme en un gran líder de los niños y de la comunidad educativa ¡En palabras suena muy bonito, pero en la práctica fue un gran reto! Empecé en el Centro Educativo Rural La Delgadita en abril del año 2003.

He aquí una verdadera aventura: encontré una institución en pésimas condiciones de infraestructura, el desorden y la humedad reinaban por todas partes, así como también reinó en mí la desesperación y la inquietud de saber cómo debía asumir este nuevo reto.

La comunidad se encontraba dividida por problemas personales entre familias y si lograba cambiar algo, eso sería convertirme en un gran líder y educador de la comunidad. Los padres muy celosos con sus esposas y desconfiando de mi presencia, les negaban la posibilidad de que fuesen a las reuniones iniciales, realizadas para conocer e informar acerca de las dinámicas de trabajo escolar. Después de nueve meses logré medianamente presentarme y no ante las madres sino ante los padres. Gracias a un proyecto que realicé llamado: Quiero mi comunidad, se empezó a realizar el cambio, charlas con los padres de familia sobre relaciones humanas, formación de escuela de padres, grupos juveniles, consejo directivo, trabajar conjuntamente con la junta de acción comunal, visitas de profesionales como psicólogos que ofrecían charlas de pareja, actividades con los niños de convivencia y en la formación de valores. Todo este trabajo se manejaba articuladamente por el bien de la comunidad. Después de siete largos años, en el 2011 se empezó a ver las primeras respuestas de este proyecto. Los padres ya veían que las reuniones mensuales que yo hacía con las madres de familia eran muy importantes para la formación de sus hijos, se empezó a generar esa confianza entre educador y madres de familia. De parte mía ya tenía voz y mando en la comunidad, miraban al educador de una forma diferente y con respeto ¡Me sentía importante y lleno de orgullo de lo que hacía! Los niños empezaron a realizar sus tareas y cumplir con los trabajos acordados, el rendimiento académico iba mejorando a paso lento pero seguro; esa era mi satisfacción.

Teniendo una comunidad diferente fue cambiando el aspecto y el sentido de pertenencia por nuestra institución, se empezaron a ejecutar proyectos con la ayuda de padres de familia y del municipio, se cambió puertas y ventanas, instalaciones eléctricas, techo, hubo mejoramiento del agua de la bocatoma a la sede, se

adecuaron y organizaron los baños, los pupitres nuevos, tableros, sala de sistemas, medios tecnológicos, se hizo cocina, comedor y alojamiento para el docente en dignas condiciones, recogimiento de aguas lluvias, canecas de basura, enmallado de la escuela y agua potable en ejecución.

El trabajo con los niños en la comunidad se hizo más seguro, la gran confianza que genere en los padres de familia permitió este cambio, los padres realizan las actividades con agrado, ejemplo, día de la familia, día del amor y la amistad y la navidad. Todo esto es la ética profesional de un maestro, el poder cambiar una comunidad para trabajar en equipo.

Era una comunidad negativa por los antiguos líderes, era una comunidad que en realidad quería un cambio, pero no sabían cómo […] Pero cuando uno le pone ganas a la labor que desempeñamos, cuando uno se propone ser líder de grandes cambios se logra muchas cosas. Tengo una comunidad con mentalidad diferente, donde cada familia quiere sacar sus hijos adelante y ser unida cada día más, hoy por hoy es una comunidad que se maneja sola en pro de salir adelante a pesar de sus grandes dificultades económicas.

Considero que en mi trayecto como educador he brindado lo mejor de mí a las comunidades, espero continuar siendo ese educador optimista y trabajador, que son las cualidades que me identifican, a pesar de que esta profesión no es fácil. Agradezco a Dios por haberme brindado la oportunidad de poner al servicio de los demás los conocimientos adquiridos y hacer de las comunidades lugares para compartir y socializar.

La educación me ha dado la oportunidad de crecer como persona, debido a que he podido aprender muchas cosas de las personas que están a mi lado, porque el hecho de ser docente no quiere decir que me las sé todas, por el contrario, hay mucho que aprender de los mayores. Ser docente es la posibilidad de interactuar con otros y así adquirir conocimientos y saberes que me ayuden para la vida.

Es importante que reflexionemos acerca de nuestro actuar y más si somos docentes, ya que todas las miradas están puestas en nosotros, nosotros somos personas que enseñamos con el ejemplo más que con las palabras. Siempre el trabajo se debe desarrollar en equipo, pero antes de eso hay que formar una cultura comunitaria con saberes propios, donde el docente posea una cultura de cambio, generando liderazgos positivos en la comunidad donde labora, un verdadero docente con cultura escolar. El maestro no está en esta bonita labor por lo económico, sino porque le gusta ver los cambios en la sociedad, esto hace que uno se sienta feliz de los que hace.

Mis estudiantes, familias y colegas han puesto un granito de arena para que lo que hoy soy cobre sentido, todos ellos han puesto un granito de arena para ser mejor día a día, me animan a seguir luchando por nuestras comunidades. Este es el verdadero valor de ser un maestro, un educador rural, el ver a los niños salir con mentalidades positivas, de ver niños saliendo adelante en lo que quieren ser, de ver niños pensando un futuro mejor, de ver niños de campo con ganas de sacar sus proyectos de vida.

Gracias a las personas que creyeron en mis habilidades para desempeñarme como un buen docente, esto lo digo con humildad, trato de dejar lo mejor de mí en las aulas y fuera de ellas para que los que me rodean lo tomen de ejemplo, debido a que los sueños se pueden lograr, solo hay que luchar para alcanzarlos. Hoy en

día Diego Alexander Flórez es una persona más madura y que valora su vida, gracias a las personas que de una u otra forma me hicieron ver que la existencia no solo se compone de rumba, si no de crecer como un individuo íntegro y con un propósito para dar a los demás.

Para terminar, quiero agradecer a todos los que hicieron posible este sueño, por el cual he luchado y quiero seguir luchando, porque es una labor gratificante, aunque en ocasiones la vemos como malagradecida, pero nos llena de felicidad cuando observamos a nuestros exalumnos convertidos en grandes profesionales y que nos agradecen porque hicimos parte de ese gran logro, por eso quiero motivar a mis compañeros a seguir luchando por hacer de esta vocación, una vocación de amor y de entrega.

MI VIDA COMO DOCENTE

Mariana Graciana Montaño Hincapié

La vida como educadora se compone de altibajos que a diario se experimentan, sin embargo, todos los días es necesario dar gracias a Dios por permitir que los sueños se vayan cumpliendo, agradeciendo también por aquellos momentos difíciles que se presentan en esta labor, cada uno de ellos han servido para crecer tanto en lo personal como en lo profesional.

Mi decisión para formarme como docente me remonta a la niñez, pues, recuerdo, que desde muy pequeña me encantaba jugar a la escuelita, donde yo era la maestra; además, en mi adolescencia tuve la oportunidad de ser catequistas, y contribuir a la preparación de niños para su primera comunión, este tipo de tareas me llenaba de satisfacción y con el paso del tiempo mis anhelos de ser docente crecían más y más.

Mi sueño profesional por fin se hacía realidad y comienza esta nueva aventura en mi vida; es así como en el año 2008 me vinculé como docente en el corregimiento de *Providencia* del Municipio de San Roque, perteneciente al Nordeste Antioqueño. Como primípara, todo lo veía color de rosas, inicié con muchas ganas de trabajar de la mano con el padre de familia, por lo cual inicié trabajos extracurriculares donde se vinculaba a toda la comunidad educativa, es así, como los padres tenían el compromiso de asistir con sus hijos a las actividades que se realizaban; en su mayoría, participaban activamente y yo me sentía satisfecha por el trabajo.

Sin embargo, una tarde durante la actividad sucedió lo siguiente: dos madres de familia tuvieron un inconveniente en la calle, una de ellas es la madre de la estudiante, a quien llamaremos hipotéticamente, Andrea. La madre de esta última estudiante presenta un comportamiento grosero, altanero, diferente a la madre de quien, al igual de la condición del nombre anteriormente asignado, se nombrará como Paolo. La madre de este estudiante es una mujer más calmada. La dificultad ocurre al citar a las madres de familia en horas de la tarde para realizar un trabajo articulado entre escuela y familia. La madre de Andrea se encontraba enojada, el motivo es porque los comentarios o rumores que se escuchaban de que la joven estaba saliendo con su esposo o, mejor dicho, con el padre. Por tal motivo, la madre de la niña tenía la intención de agredir con un cuchillo a la madre de Paolo.

Finalizando la actividad, la madre de Paolo se me acerca y me comenta la situación, en sus ojos reflejaba miedo, sin embargo, también se encontraba armada. Al momento la madre de Andrea se pone de pie e inicia a gritar cosas dentro del salón, acto seguido, se precisó por parte de la docente levantarse del puesto con gran valor y contestarle a la madre alterada que, por favor, respetara a todo el personal presente, empezando por quien estaba hablando; cuya intención es propiciar mejores ambientes en el sentido de la comunicación, además se le pidió el favor que respetara a los niños y, en especial, a su hija, ese no es el ejemplo que una madre puede brindar; los problemas que se presentan en la calle, no se solucionan en la escuela o no de esa manera, aunque se les puede brindar el espacio de llegar a una solución.

Nuevamente se le da gracias a Dios; el motivo en esta ocasión es que la madre de Andrea se calmó un poco y no fue grosera, no se puede desconocer que,

en ese momento, se sintió pánico, un poco de miedo, porque la señora es bastante grande, robusta y sobre todo muy malgeniada.

Al finalizar la actividad, la madre de Andrea, como si recordara su etapa escolar, le dijo a la madre de Paolo: “a la salida nos vemos”. Por tal motivo, se permitió que se retirara y se retuvo a la otra en el salón; ese día llegó las seis de la tarde y todavía permanecían los padres de familia en la escuela. Este tiempo sirvió para hablar, brindar consejo y ayudar a la madre de familia, identificando las vías posibles para dar solución a una situación o dificultad como aquella. Al rato, la madre manifiesta que no va a esperar más, va a encarar lo que está pasando. Se le aconseja que espere, que piense bien las cosas y que evite cualquier tipo de accidente, que no se deje provocar, que en las peleas se necesita por lo mínimo dos personas, que más bien piense en las consecuencias que puede traer un altercado. ¡Qué tal que una de las dos salga gravemente herida, o, peor aún, que por una herida se produzca una muerte y más por cosas por algo que realmente no vale la pena! Se le recuerda que los motivos para pelear son muy inferiores a los que ella tenía para luchar por sus dos hijos. Al finalizar el día, se pudo controlar la situación, a la hora que salió del salón, la madre de Andrea no se encontraba a la vista y ya se tenía pensado conversar con ella.

La historia anterior generó en su momento en los estudiantes un poco de rechazo hacia la estudiante, debido a la actitud de la madre, algunos padres de familia se quejaron por la situación que se había presentado, la mamá de Andrea en esos días se alejó de las actividades, la estudiante estaba más agresiva de lo normal y en ocasiones me respondía de manera no adecuada.

En mi vida docente esta experiencia me enseñó que el docente es un actor decisivo en las transformaciones sociales, que debe actuar con prudencia y sabiduría ante las dificultades que se presentan en la comunidad y orientar siempre al diálogo y a la resolución pacífica de los conflictos; así mismo, a través de esta vivencia, comprendí que los niños se encuentran marcados significativamente por su ambiente familiar, y en la escuela solo reflejan el comportamiento o miedos generados por sus padres.

¡Que buen grupo!

Lo llamé así porque la siguiente experiencia me dejo como enseñanza en el año 2011 que uno no se debe apegar a nada, que todo en cualquier momento puede cambiar, que lo más importante es saber manejar y enfrentar los desafíos a los que la vida te enfrenta y que la mejor solución para alcanzar los nuevos retos es hacer las cosas con amor y dedicación.

También lo llamo así porque con ellos aprendí que detrás de cada niño hay alguien por el que luchar, que no se debe dar una batalla por pérdida sin empezarla, que todo en la vida se puede alcanzar desde que se despierten las ganas de trabajar.

A continuación, les contaré lo que me sucedió:

Una de las políticas de la institución era que el docente de primero trabajara con ese mismo grupo cuando pasara al grado segundo. En el año 2010 dirigía un grado primero, orientando veintisiete estudiantes, por los que me esforcé para realizar un buen trabajo con ellos en este importante grado de primaria, cumplí mi tarea y me encontraba feliz con el avance académico y disciplinario que había alcanzado con estos chicos. En el año 2011, las directivas de la institución habían

decidido que el profesorado se iniciaría a partir del grado segundo, pero solo con un grupo, por lo cual fue necesario realizarles una evaluación escrita a los dos primeros para elegir aquellos que tuvieran mejor rendimiento académico. En ese momento no sabía si llamarlo buena suerte o mala suerte, porque el 98% de los niños pertenecían a mi grupo, por lo cual me entregaron los estudiantes que quedaron para segundo B, en esos momentos sentía mucha rabia, no me parecía justo lo que estaba sucediendo, incluso me rehusaba a entregarlos, pero el Señor Rector envío un comunicado donde decía que esos niños pasaban a trabajar con el profesorado […], y al final de la carta una nota que decía: “Hágase y cúmplase” ¡No tuve otra opción!

Inicié mi trabajo con aquellos niños conociendo la parte académica y descubrí que el proceso que llevaban era un poco lento, muy regular, su nivel disciplinario era un poco pesado, eran los niños repitentes y en extra edad, pertenecían a familias disfuncionales, más o menos el 25% habían sido afectados por la violencia intrafamiliar, una serie de circunstancias que hacían mucho más compleja mi labor. No obstante, puse todo mi empeño y enfrenté este nuevo, decidí, entonces, empezar con mis niños desde cero, involucraba al padre de familia en los refuerzos que se realizaban en las tardes, llevé a cabo un proyecto de valores para mejorar la relación entre ellos mismos, entre otras actividades que permitieran la formación integral de los chiquillos.

Recuerdo que se realizó una dinámica en mesa redonda, la cual consistía en poner el nombre en una hoja de block, los compañeros escribían lo que pensaban de la persona cuyo nombre estaba en la hoja. Desde un principio una de las normas era realizar comentarios con mucho respeto; pero aun así no valió dicha regla, aquellos comentarios realizados para Miguel desafortunadamente no eran los mejores, por obvias razones él se sintió muy mal, al terminar de leer todo lo que sus compañeros le habían escrito rasgó la hoja. Yo observaba la situación por lo cual pude intervenir conversando con el niño; aproveché para convertirla en un momento formativo, explicándole que, si trataba mejor a sus compañeros, ellos le responderían con cariño. Así fue, con los días el comportamiento de Miguel va dando pequeñas transformaciones, estaba más atento a la clase y un poco más respetuoso con sus compañeros; decidí motivarlo delegándole algunas funciones que lo mantuvieran entretenido.

Pasado tres meses de aquel triste acontecimiento para Miguel, se vuelve a realizar la misma actividad, esta vez, el mal momento del pasado, se convirtió ahora en alegría porque los comentarios que le realizaron fueron agradables; esto alegró mucho al niño y a su madre, que en una oportunidad da una visita a la escuela en horas de clase y manifestó lo feliz que estaba con el cambio positivo que estaba presentando su hijo.

Cada mes hacíamos un compartir, enseñaba danza en las horas de la tarde a los alumnos que quisieran participar y se hacían presentaciones en la institución; me sentía muy feliz por el avance de mis niños, por la alegría que reflejaban en sus rostros con las actividades que se llevaban a cabo. Poco a poco mi grupo fue mejorando en todos los sentidos y a fin de año pude entregar un grupo al mismo nivel del otro. Esto fue un trabajo en equipo entre los niños, las familias, los compañeros, la institución y yo.

Es tarea del docente convertir cada dificultad presentada en el aula de clase en una oportunidad formativa. Esta experiencia la aplicó incluso en los procesos formativos con mis hijos, pues, a partir de sus errores y dificultades los oriento para que vean el lado positivo y sepan en un futuro cómo actuar de la mejor manera; así, no solo me fortalezco en mi parte personal y profesional, sino también en mi tarea como madre.

Un nuevo reto

En el año 2014 el señor rector me ofrece trabajar en la vereda *El Iris*, acepté de inmediato, pues quería adquirir experiencia en el trabajo de escuela nueva, conocer nuevas personas y enfrentarme a nuevos retos. Era un grupo de aproximadamente veinte niños, el 90% de ellos vivían con papá y mamá, su economía era la minería y la caña, había hogares con padres muy jóvenes lo cual me facilitó para trabajar en conjunto con ellos, pues la gran mayoría eran muy comprometidos; los papas estaban muy contentos de tener nueva docente y, los jóvenes de la comunidad nuevamente comenzaron a jugar en la placa deportiva en las horas de la tarde; el anterior docente no se los permitía porque le dañaban las matas; siempre tuve presente que la escuela era de ellos y que no existía otro lugar para jugar micro fútbol hasta tarde, yo no debía cohibirlos para hacer deporte, pues a mí, también me encantaba, de hecho en varias ocasiones jugaba con las madres y los padres.

En las actividades que se realizaban se invitaba a toda la comunidad y la junta de acción comunal colaboraba con dinero; poco a poco aprendí a conocerlos y a tomarles mucho aprecio a todos, era una comunidad muy distinta a la que yo conocía por referencias. También los niños de esta verada eran diferentes a los de la otra institución, un poco tímidos y humildes. Pero, en toda escuela no falta el niño que quiere mandar y gobernar. Para hablar de esto usemos el seudónimo de Julián, un jovencito de trece años que estaba en segundo, ya me habían hecho el comentario de que le encantaba faltar al respeto a los profesores y que tampoco respetaba a nadie, para ajustar la cosa, el papá le llevaba la corriente en lo que el joven hacía. Lo primero que hice fue citar a la comisión de promoción y evaluación para dialogar sobre el proceso de enseñanza aprendizaje de Julián y proponer actividades de refuerzo extracurriculares para tratar de nivelarlo siquiera para el nivel de tercero, se citó al padre de familia para informarle del proceso que se llevaría a cabo con el alumno. Como docente me le acercaba mucho al joven para tratar de ser su amiga, y poder manejar las cosas mejor, puesto que su comportamiento afectaba la disciplina de los demás estudiantes, le asignaba funciones pues era un joven muy colaborador y finalizando el primer período se le realizó la evaluación y pudo ser promovido al siguiente grado.

Esta experiencia me trajo dos enseñanzas básicas. La primera que, cuando nos enfrentamos a una nueva comunidad no debemos llevar prejuicios o referencias del docente anterior, pues, en muchas ocasiones, cuando nosotros asumimos buena actitud, en el espejo de la vida, se refleja la buena actitud de los demás. Yo no me dejé llevar por los comentarios de mi compañero, si no que me di la oportunidad de conocerlos y darles lo mejor de mí, y recibí lo mejor de ellos. La segunda, que, cuando tenemos un niño indisciplinado y con mal rendimiento académico, debemos dejar de estigmatizarlo y brindarle el apoyo y la amistad, para favorecer su aprendizaje.

LAS LIMITACIONES

Un espacio de superación personal y profesional.

Luz Angélica Franco Acevedo

Cada persona tiene un sin número de limitaciones en su desenvolvimiento personal que de una u otra forma contribuyen en el desarrollo personal de cada uno, de manera positiva o negativa. Estas limitaciones hacen parte del quehacer diario, a partir de ellas nos damos cuenta que, vinimos a este mundo a cumplir con una misión; hoy, visualizo que mi misión es estar en el campo educativo, dando lo mejor de mí como madre, esposa y educadora; siempre al servicio de los demás, es por esta razón que hoy me identifico como docente de básica primaria; desde hace aproximadamente dieciocho años tengo trayecto y experiencia.

No es casualidad, siempre desde mi niñez tenía claridad que deseaba ser maestra, pero, las circunstancias de la vida no me permitieron serlo en el momento esperado, porque mi vida dio otro rumbo. Deje las aulas de clase por convertirme en madre a temprana edad; no obstante, siempre, tenía claro las orientaciones de mis maestras y maestros de la Normal, que me inculcaban respeto hacia la labor que deseábamos realizar, siempre extrañé los momentos en el colegio y a mis compañeros, con los cuales compartía muchas travesuras y aprendizajes; también tengo muchos recuerdos de mis maestros, aunque, la verdad, odiando a algunos por mamones, estrictos o cantaletosos, en fin, todos ellos, por su carácter, son únicos, pero ante todo, personas con muchas habilidades y un cúmulo de experiencias.

Después de ausentarme de las aulas de clase, y ya siendo esposa y madre de dos hijas, decidí volver, con el sueño de terminar la tarea que dejé algún día sin concluir; no importaban los obstáculos en cuanto a la disponibilidad del tiempo con tantas responsabilidades, solo deseaba asistir nuevamente a las aulas; tenía otras razones por las cuales deseaba continuar con mis estudios a pesar de tantos años *perdidos en la educación formal*, pero llenos de experiencias en lo familiar.

Ya en las aulas de clase dejaba a un lado el papel de ama de casa y me convertía en una estudiante que siempre tenía deseos de superación, no me importó la diferencia de edades con mis compañeros, ellos de quince años y yo de veinticinco; quizás, en ocasiones, sentía vergüenza, sentía que no podría continuar, los tiempos eran cortos y las exigencias eran muchas; pero, pasan los días y como todo ser que se adapta a un determinado espacio y tiempo, yo tenía una doble misión: velar por mi superación personal, sin descuidar la de mi familia, y gracias a su comprensión y ayuda, también la de mis vecinos, la señora de la guardería a la que confiaba el cuidado de mi hija menor y a la del resto del grupo familiar, pude continuar con mis estudios de colegio y finalizar como bachiller pedagógica.

Continúe con mi misión, por tanto, realicé el ciclo complementario, es en este escenario, donde debía demostrar mis habilidades para enfrentarme a un grupo de estudiantes ¡todo parecía muy sencillo! Al interactuar con mi maestra cooperadora me dio las primeras instrucciones sobre el cómo proceder en el interior del aula: “la presentación personal es fundamental, el manejo de la disciplina, la buena organización de la clase, el manejo del tiempo, la creatividad”; eran tantas las

exigencias, pero, esas exigencias me ayudaron a realizar mi práctica pedagógica con eficacia. Siempre admire el trabajo de mi maestra cooperadora e incluso en muchas ocasiones quise parecerme a ella, aun sabiendo que cada persona es única, era tanta la admiración y gratitud que, termine por entender que el desorden de la maestra del grado primero era necesario, que, además, era recursiva, le servía desde una revista hasta un botón, sus exigencias en la escritura de las palabras, la realización de las carteleras, la motivación de la clase a partir de las canciones eran fundamentales, el juego de roles, y los juegos callejeros que nunca faltaron; todas estas pautas me sirvieron para enamorarme más de mi vocación.

Llegó el momento de dar inicio a un nuevo viaje donde debía dejar mi familia para ir a realizar la tarea que me había trazado, pero era en un lugar apartado de mi casa y mi pueblo, sentía para entonces un montón de sentimientos encontrados, por una parte, la tristeza de dejar mi familia, mis hijas y mi esposo y, por otra, el temor de enfrentarme a una comunidad desconocida. Llegó el momento de partir, era la oportunidad de realizar mi primera experiencia como maestra, se trataba de cubrir una licencia de maternidad en una escuela urbana, allí me acogerían como un miembro más del gremio de educadoras de la Institución Educativa Procesa Delgado en el Municipio de Alejandría.

Fue una experiencia muy significativa, aprendí demasiado al lado de muchos compañeros que ya llevaban “rato en la docencia”; siempre fui reconocida por la comunidad como “la maestra nueva”; fue algo que me permitió hacer las cosas con más responsabilidad, el tiempo era muy poco, pero era la oportunidad de demostrar mis aprendizajes de manera directa, yo sabía que la pasantía en esta institución sería corta, por lo tanto, cada día deseaba ser mejor en muchos aspectos; cuidaba mucho de mi compromiso como una persona sociable, permitiendo interactuar con toda la comunidad educativa dentro y fuera del plantel, realizaba mi práctica pedagógica siempre innovando, siendo creativa y abierta a las recomendaciones dadas, con el objetivo de continuar enriqueciendo mi experiencia laboral.

Este momento fue crucial en mi labor docente, ya podía presentar un referente de mis óptimos resultados y, de muchas experiencias bonitas; el miedo ya había desaparecido, me sentía más segura de mi labor y, gracias a eso, fui contratada por orden de prestación de servicio (OPS), para realizar mi labor en la Institución Educativa La Inmaculada, en la zona Rural en el mismo municipio de Alejandría. Aceptar, fue una decisión muy difícil, cada día me alejaba más de mi familia, mis recursos económicos eran escasos y a la OPS no nos pagaban regularmente, sin embargo, yo decidí prestar el servicio a pesar de mis necesidades.

Para llegar a la escuela, la cual quedaba a cuatro horas a pie del casco urbano y, donde el transporte era esporádico, me doy a la tarea de realizar el recorrido por una trocha destapada y, siempre encomendada a Dios. La bruma de la mañana enrojecía mis mejillas y el sudor frío corría por mis espaldas, el camino se hacía cada vez más extenso, mi cuerpo se sentía cansado, pero mi misión era llegar a donde había un grupo de estudiantes que esperaban a la maestra que llegaría; eran cuatro horas, en ocasiones la incertidumbre se apoderaba de mí, nuevamente llegaba el miedo a rondar mis pensamientos, porque hacía muy poco, en aquella vereda, había pasado un episodio de terror, pero estas reflexiones eran pasajeras, porque el camino era largo y, no podía detenerme a pensar. Seguía mi caminada, al llegar al filo, encontré la escuela y miré hacia abajo y vi esa cantidad

de niños, niñas y jóvenes que esperaban en aquel patio […] los sentimientos se mezclaron, porque ese mismo patio, sirvió de morgue y sala quirúrgica el día martes 31 de julio del 2001, después del escenario donde los guerrilleros se enfrentan con el bloque metro de las autodefensas de Medellín ¡¿?! Algunos estudiantes corrieron al encuentro de la maestra, me ayudaban con el morral que por tantas horas estuvo en mis espaldas, era un acto de solidaridad que me brindaban; esos niños que llevaban consigo experiencias muy dramáticas, la mayoría, eran niños huérfanos de padre y madre, fui conociendo la realidad de lo que pasó en ese lugar donde todavía, al interactuar con las personas mayores, vecinos y comunidad, no alcanzó a imaginar la dimensión de dicha catástrofe; fueron espantosas y crueles las diferentes escenas que allí se vivieron, todavía las huellas del terror se observaban en las paredes de la escuela.

En esa época, tan solo hacía unos ocho meses que había sucedido dicha situación, allí compartíamos las labores escolares otro educador, un promotor de salud y yo, y entre nosotros, los niños no hablaban de lo sucedido, ni en las horas de descanso, parecía que dicha conversación fuera un misterio prohibido. Cada día me encomendaba a DIOS para que me diera sabiduría y entendimiento para poder interactuar con la comunidad, era mi responsabilidad hacer placenteros los momentos que aquellos niños, también que estuvieran en las aulas aprendiendo a compartir con el vecino, hermano o amigo, con características, vivencias y recuerdos parecidos. El tiempo que los niños pasaban en la institución me ayudó a corroborar que la labor docente no solo debe estar direccionada a brindar conocimientos académicos, debe ser más que eso, debe poder hacer la vida más placentera a un ser con necesidades afectivas, emocionales, debe ofrecer dirección a un niño lleno de rencor y deseos de venganza por el que asesinó a sus padres, abuelos, tíos o hermanos; yo debía ofrecer dirección a niños que actúan de manera impulsiva, no deseando hacer nada en el aula, su estado de ánimo era ninguno, solo querían irse a recorrer aquellos caminos que fueron escenarios escalofriantes. Esta experiencia fue un episodio que me brinda la oportunidad de darme cuenta de manera directa a qué situaciones estoy sometida, fue una experiencia que marco mi vida como docente, donde en ocasiones no podía ni brindar una sola voz de aliento, porque en mi también rondaba el temor e impotencia al ver la violación de los derechos fundamentales de los niños, donde ellos fueron víctimas directos de los conflictos políticos en disputa por los territorios; todo este escenario me dio la oportunidad de comprender que el papel del educador es más que un orientador o una guía, como siempre está referenciado. Además, reconozco que es muy importante escuchar voces de aliento, como fue la que me brindo mi familia, ella fue uno de los factores más importantes para continuar con mi labor.

La escuela un escenario de inclusión

El paso por la escuela rural Barro Blanco del Municipio de Concepción, fue una experiencia muy enriquecedora, donde pude interactuar con una comunidad que me retó a continuar realizando mi misión, me di cuenta de que cada día venimos a aprender al lado de personas con particularidades que las hacen únicas en el ámbito personal y social.

Me encontré allí con una comunidad creativa que realizaba múltiples proyectos como el grupo de oración, grupo de gimnasia, junta de acción comunal, celebración eucarística, brigada de salud, organización de bazares, entre otros; todo

se realizaba a nivel comunitario, actividades en buena parte liderados por sus distintos miembros, pero, sin duda, la “Maestra”, era quien tenía la vocería, así que, desde allí, tenía una exigencia más: potenciar los procesos, así como implementar otros nuevos. La expectativa de esta comunidad siempre estaba puesta en el trabajo productivo de la educadora, deseaban que hubiera un cambio en cuanto la forma de enseñar y de proyección con la comunidad. Mi experiencia en la labor docente no era mucha, pero siempre estuve dispuesta a aceptar las recomendaciones que me daban algunas personas de allí, lo cual me facilitaba el trabajo mientras estructuraba mi propia estrategia; fue así que los distintos proyectos contribuyeron en el crecimiento de mis aprendizajes, dándome cuenta de que en cada comunidad se trabaja muy diferente; esto es algo que amerita ser reconocido: identificar que cada comunidad educativa tiene sus propias costumbres, creencias y motivaciones a pesar de estar enmarcadas en el mismo territorio.

Mi labor allí apenas iniciaba, fui monodocente y debía atender seis grados desde el grado cero hasta el grado quinto de primaria, bajo la modalidad de Escuela Nueva; para ese entonces yo ya tenía la capacitación con relación a la metodología, lo cual me favoreció en buena medida, tenía las bases para trabajar en la ruralidad, y aunque los elementos que nos proporcionaron fueron muy someros, comprendí que el direccionar una comunidad, es algo más que enseñar simplemente letras, y que cada momento que se vive en la escuela es una experiencia. En aquella escuela, desde el más chico hasta el más viejo, me aportaron demasiado en mi crecimiento personal, laboral y social, entendí que la educación debe brindarse de manera incluyente y en pro de las necesidades que tienen todos los estudiantes, independientemente de su origen, sus condiciones personales, sociales y culturales, sus características o problemas de aprendizaje o de discapacidad.

En muchas ocasiones se nos presentan situaciones tan complejas que debemos actuar dejando a un lado por unos instantes lo que estamos haciendo, para ser consejeros, enfermeros, psicólogos, orientadores de familias o, incluso, especialistas en una u otra disciplina. Considero muy pertinente compartir una de las experiencias más significativas que tuve en esta comunidad, es el caso de un niño que llega al aula a cursar el grado cero con limitaciones motrices gruesas y finas; se le dificultada hablar con fluidez, por tanto, este niño se convirtió en el centro de atracción de los demás compañeros, y fue un ser humano que, en mi labor docente, me enseñó que aquellos que carecen de lo que otros muchos tenemos son felices con lo poco que tienen.

Reconozco que, en ese momento, no sabía cómo afrontar esta *problemática*, no tenía las bases para trabajar con este grupo de personas, fue un reto más en mi labor, porque era yo quien debía asegurar la permanencia de aquel niño en el aula; porque siempre fue excluido por su familia, no creían en él, siempre fue tratado como el niño enfermo de la casa. Pero, eran tantas las ganas de estar en la escuela, que se esforzaba para llegar a ella a pesar de su dificultad, el niño cada día se sentía más amañado en la escuela, se adaptó con mucha facilidad hasta el punto de convertirse en un niño líder a la hora de salir al campo a trabajar en la huerta escolar, era el primero en llegar; aunque no sabía de letras o números, sí sabía cómo cultivar los productos de la región como la papa y el frijol, porque en esto, el niño, a su corta edad, ya tenía un aprendizaje; cada día era muy satisfactorio para mí poder tener niños como él en el aula. Para estos niños no hay limitaciones, quizás nosotros

somos una para ellos, porque no creemos en ellos, los menospreciamos y los creemos personas incapaces, pero, al contrario, ese niño fue y será un ejemplo de vida para la sociedad y para mí como educadora.

Esta experiencia me permitió darme cuenta que las buenas relaciones con los alumnos, padres de familia e instituciones, son fundamentales para adquirir un óptimo desempeño en todos los procesos que direccionan al interior del aula, por todo lo anterior, el papel del educador en el aula permite que se dé una verdadera inclusión, tanto en el ámbito pedagógico como social.

El docente como sujeto social

El paso por cada una de las instituciones educativas me han dejado múltiples experiencias, reiterando que el docente hoy es el encargado de enseñar a los niños a pensar, a trabajar juntos, ayudando unos a otros para resolver situaciones y problemas de la vida cotidiana en los cuales están inmersos; de ahí que es muy pertinente compartir mi perspectiva frente a la realidad vivida por esas personitas con las que interactuó, y quienes de una u otra forma, contribuyen a mejorar mi labor diariamente. Estar más enterada de la evolución de los chicos en cuanto a sus comportamientos en el ámbito escolar, comportamental y social, es una realidad que me atañe como un sujeto protagonista que debe garantizar que los niños, niñas y jóvenes de la Providencia, potencien sus habilidades y destrezas, brindando oportunidades para que se desarrollen cognitiva y socialmente en el ámbito escolar, además teniendo en cuenta aspectos importantes como: la oferta curricular, las estrategias de enseñanza, los criterios y procedimientos de evaluación, las relaciones con la familia o los sistemas de participación que se establecen.

Todos estos aspectos son mecanismos importantes que favorecen o dificultan el aprendizaje y la plena participación de los alumnos en el proceso educativo. Múltiples necesidades y problemáticas, situaciones que se ven reflejadas en sus comportamientos, falta de interés para realizar las actividades planteadas, agresividad entre ellos, poca concentración o mal manejo de los espacios educativos, estos son algunos de los aspectos más relevantes con los cuales me encuentro en esta institución, de ahí que son muchos los interrogantes que me rondan del porqué del comportamiento de este o aquel niño, y me doy a la tarea de indagar qué sucede y puedo concluir que lo que afecta el desarrollo personal y disposición de los niños y de las niñas para aprender tiene que ver con que las relaciones interpersonales con sus padres no son las mejores, la situación económica es precaria, la motivación para asistir a las aulas es mínima, asisten obligados a la escuela, un padre ausente o, incluso, una madre que ha cambiado de pareja o ha caído en el mundo de las drogas.

Podría afirmar que en el aula algunos estudiantes están de cuerpo, no de pensamiento, sus mentes están afuera, porque al salir de allí, deben cumplir otras funciones, dejando de ser estudiantes para convertirse en *jibaros* que deben saber de cuentas, ser honestos, leales, responsables, obligados a cumplir con otras tareas o incluso cumplir el papel de madre o padre a pesar de su corta edad; hacer los oficios de casa porque su madre se va a trabajar para conseguir el sustento como cabeza de hogar, madre que al regresar llega malhumorada porque hoy su producido no fue el mejor, quizás, reclamando algo de tomar, cuando sabe que hoy a sus hijos no les dejó nada hecho, porque no tenía de dónde; la desesperación, el cansancio y la incertidumbre de algunas de esas mujeres, lleva a que tomen

decisiones irremediables, como es el de retirar de las aulas aquel niño o niña, prefiriendo que deambulen calle arriba y calle abajo, dejando a su cargo la responsabilidad de conseguir su propio sustento.

Pero no solo la parte familiar afecta el desenvolvimiento del estudiante, también el *clima escolar* es otro factor que de una u otra forma perturba su desenvolvimiento, debido a múltiples factores entre ellos: la violencia, el acoso escolar o el fracaso académico; un flagelo que no hace posible la armonía en el aula, repercutiendo en las buenas relaciones entre alumno y maestro, perdiéndose la esencia de lo que en realidad debe ser la labor del maestro, al igual el horizonte institucional.

La violencia escolar se da en primera medida porque los estudiantes son despectivos a la hora de dirigirse a los maestros y compañeros, su vocabulario no es el más adecuado para entablar conversaciones, se dirigen con insultos, hablan mal de los demás, incluso, hay agresiones físicas o planeadas (vándalos). Estos comportamientos se convierten en un factor disruptivo donde se deja de hacer lo que se debe hacer en el aula "enseñar" para tratar de mediar estos casos de indisciplina o maltrato, que, a la larga, desencadenan otras problemáticas como es el fracaso escolar, debido a la perdida de compromiso con lo académico, baja participación y poca motivación. El maestro debe actuar con el fin de evitar el maltrato, en especial, el que recae en quienes participan y son buenos estudiantes, los denominados *nerd*, estereotipo que le dan a los niños inteligentes.

Por otra parte, la relación con los docentes también incide en el rendimiento académico de los niños y las niñas, reconozco que falta fomentar relaciones cercanas que contribuyan en la motivación, sentido de pertinencia y afecto de los niños por aprender y por la escuela.

Por lo anterior, y como lo he expresado anteriormente, es primordial el afecto para los niños, ellos hoy, son niños que carecen de afecto en sus hogares y, quizás esperan del educador una palabra agradable o una mano amiga que lo oriente en sus múltiples necesidades afectivas, sin duda, se requiere de una educación donde se brinden espacios para mantener la autoestima del educando, el creer en sí mismo y el sentido vocacional; el apoyo del docente predice en los estudiantes, mejores resultados en su rendimiento académico, el incremento de sus competencias y sus habilidades, porque es darles seguridad al creer en ellos.

Analizando el esquema comportamental y actitudinal de los actores internos y externos que actúan directa e indirectamente en los procesos educativos y en la formación de los niños, niñas y jóvenes, me permito reiterar que en el campo educativo soy una líder que influye directamente en el desenvolvimiento de la comunidad que tengo a mi cargo, donde debo impartir motivación y seguridad en sí mismo, debo mostrarme segura para asumir riesgos, demostrar que mi labor va más allá de suplir mis necesidades y entregarme al servicio de los demás.

Son muchas las enseñanzas que he adquirido en la docencia, he aprendido que se debe brindar un trato acorde desde mi labor, siempre teniendo presente que soy una persona que sirve de ejemplo, mostrarme como soy en los momentos de tristeza o incluso en los momentos donde estoy eufórica.

Cada día doy gracias a Dios por permitirme actuar responsablemente, porque me ha orientado para que yo pueda ser administradora de mí misma, sabiendo lo que deseo hacer, puedo hacer y sé hacer; la prudencia es otro factor que me ha

permitido actuar y mediar en cualquier escenario donde he interactuado, logrando las mejores relaciones interpersonales y reconociendo que a mi alrededor se mueve un grupo de personas con necesidades.

Es maravilloso valorar mis potencialidades, donde puedo y tengo la capacidad de promover y liderar aspectos importantes en pro de la educación de hoy, con una mirada hacia la educación afectiva, dispuesta al cambio, a realizar una mejor gestión en pro de la educación, liderar procesos de transformación en el ser, fomentar una sana convivencia desde el desarrollo personal y colectivo; hacer del estudiante una persona reflexiva frente al reconocimiento de la diferencia, orientar en la medida de lo posible la enseñanza, teniendo en cuenta las necesidades individuales, visualizando las capacidades, actitudes, y ritmos de aprendizaje, todo esto, por su puesto, para contribuir al desarrollo humano (comunidad en general) y, teniendo en cuenta, el compromiso de brindar siempre una educación con calidad, asegurando el bienestar del estudiante, reiterando que lo más importante no está en desarrollar la parte cognitiva, sino en desarrollar competencias que le permita desenvolverse de forma responsable en una sociedad y como sujeto, lo que redundaría en el mejoramiento de mi desenvolvimiento.

APRENDIENDO A SER MAESTRA

Un proceso que se construye en el hacer

Alba Nidia Sánchez Monsalve

Las huellas de una formación constante

Nos preguntamos por qué hacemos lo que hacemos y qué nos lleva a realizar nuestras elecciones, y nos encontramos con aspectos de nuestra historia que nos permiten encontrar algunas respuestas. Nacimos en una familia campesina, pequeña para su momento y muy diferente a las de nuestro contexto. Mis padres, desde sus limitaciones, siempre propendieron porque nosotros tuviéramos educación tanto desde el punto vista formal como en lo que ahora denominamos el *currículo oculto*.

En mi mente aún está esa imagen de un tallo de guayabo suspendido del techo en el cual estaban unas alforjas donde mi padre guardaba parte de sus tesoros, los textos de la Biblioteca del Campesino y las cartillas guías de las Escuelas Radiofónicas, publicadas por la ACPO; una organización cristiana-católica creada por el sacerdote José Joaquín Salcedo Guarín, para dar educación a los campesinos adultos y hacer de alguna manera contrapeso a la teología de la liberación.

Dichos libros pasaron de estar guardados, a estar a nuestra disposición, convirtiéndose en mis primeros textos de lectura; al igual que la ojeada semanal del periódico El Campesino y el despertar matutino escuchando la Radio Sutatenza con sus programas dedicados al agro sostenible y a las músicas de los artistas colombianos. Aún recuerdo la letra de una de las canciones del maestro Arnulfo Briceño:

> Me dice chucho el arriero, el que vive en los cañales
> Que a unos los matan por godos, a otro por liberales
> Pero eso que importa abuelo, entonces que es lo que vale
> Mis taitas eran tan buenos, a naides le hicieron males
> Solo una cosa compriendo que ante Dios somos iguales

El tema de la Violencia fue varias veces narrado por mi padre, debido a que una de sus tías había nacido en el siglo XIX y su familia materna vivenció las violencias partidistas de fin y principio de siglo; y él tenía recuerdos de lo que había pasado en el pueblo el 9 de abril de 1948. Y cuando arreció el conflicto de los años 80 y 90 tuvo el coraje y la inteligencia de protegernos y mantenernos al margen desde la *cultura de la no violencia*.

Por su parte, nuestra madre me ensenó las primeras letras, los números, el catecismo y a ser artesana; así a cómo aprender a cultivar las hortalizas de la huerta casera, el cuidado de los animales domésticos y las plantas ornamentales; a tener una actitud respetuosa con los animales silvestres que había en la finca y realizar prácticas agrícolas respetuosas del medio natural.

Cuando lo reflexiono, la gran mayoría de las actividades no formales que lidero en mi institución: embellecimiento de espacios, siembra de plantas ornamentales, disposición adecuada y reutilización de los residuos, no hacen parte de lo que nos trajo la legislación ambiental, sino de lo que aprendí en mis primeros años.

El ingreso a la escuela fue tardío, ya había cumplido los 8 años. Los cuatro años de primaria que realicé siempre tuve al mismo maestro. Él me insertó en la ciudadanía. Considero que en el hogar se forman sujetos y en la escuela se forman ciudadanos. Pero si bien a mi primer maestro (pagado por el Estado) le agradezco su disciplina académica y el estímulo por aprendizaje autónomo, hay aspectos de sus criterios para impartir su autoridad que no compartí en su momento y menos ahora que los considero poco democráticos.

Al término de mi infancia concluí la escuela Primaria, quedándome tres años por fuera del sistema educativo formal. Los tiempos los repartía entre las labores doméstica propias de un hogar campesino; en colaborar con las tareas escolares de mi hermana menor a quien me correspondió, por encargo de mi madre, enseñarle las primeras letras y las nociones de matemáticas, para que igual que yo, ingresara al grado segundo y estuviese grandecita para el tránsito del agreste camino que nos conducía a la escuela; así como en escuchar la radio (no había fluido eléctrico) educativa y comercial; leer la prensa semanalmente y devorar textos de literatura colombiana y universal, de la biblioteca de una de mis tías que ejercía como maestra en las lejanas tierras del municipio de Remedios y desarrollaba una licenciatura en el literatura en la Universidad de Antioquia.

Al cumplir mis quince años, gracias a una amiga de la familia que me invitó por primera vez a la ciudad de Medellín y me ofreció su apoyo para que continuara mis estudios secundarios, y gracias a la valentía de mi padre que me otorgó su bendición, en un momento en que en el país y, sobre todo, Medellín, hervía en violencia. Ella quiso darme la mejor educación pues era maestra y buscó un cupo en la Normal Superior de Copacabana, me lo negaron por encontrarme en extra edad; buscó en un Centro Oficial de Adultos, pero no era adulta. Recurriendo a lo que hacemos los colombianos en muchas ocasiones para sobrevivir, un amigo que contaba con un almacén me hizo un contrato simulado de trabajo y así ingresé a cursar los estudios superiores.

En el día acompañaba al niño de la familia de mi amiga: lo arreglaba, lo llevaba al colegio, lo recogía, hacíamos las tareas, si era necesario íbamos a la biblioteca, lo llevaba donde los abuelos y me iba a estudiar. En los entretiempos que no estaba con el niño, hacía mis tareas y leía textos de literatura o académicos, la prensa, pues ellos eran estudiantes universitarios, su biblioteca era bien nutrida.

Fueron dos años intensos en los que alcancé a realizar mis estudios de básica secundaria, pero al ser menor de edad, no pude continuar en el Centro de Adultos y regresé a mi tierra a realizar mis estudios de media académica, con énfasis en ciencias naturales con la perspectiva de realizar estudios universitarios, y que, debido a nuestra situación económica, la universidad pública era la única alternativa.

Logré insertarme con facilidad a los nuevos compañeros, los cuales me aceptaron con facilidad y con el apoyo de mi profesor de filosofía y el de química me fui vinculando a los procesos de la nueva institución como monitora del laboratorio de química. Ahora que lo pienso, mi infancia y adolescencia transcurrió compartiendo lo que aprendía con los otros, convirtiéndose quizás en la mejor forma de afianzar los conocimientos.

Toda una vida a mi Alma Máter

Ingresar a la Universidad de Antioquia fue siempre mi sueño. En la familia ninguna mujer había logrado ingresar a realizar estudios superiores de manera presencial. Al graduarme de Bachiller analicé las opciones que tenía y los resultados académicos de las pruebas ICFES. Los mejores resultados los había tenido en el campo de las ciencias sociales y las humanidades; y no así en el campo de las ciencias naturales a las cuales le había dedicado mayor tiempo en la educación media, decidí presentarme a comunicación social, atraída por las situaciones complejas que en materia sociopolítica afectaban al País. En segunda opción opté por trabajo social, por encontrar que esta carrera era a fin a lo que deseaba en el momento.

Al ritmo académico de la Universidad me adapté con facilidad, lo duro era la sobrevivencia. Pero la Universidad me proporcionó lo que necesitaba en ese momento: una asesora pedagógica, la profesora Beatriz Elena López de Mesa que no solo me orientó en los momentos complejos, sino que además me consiguió el primer trabajo como auxiliar administrativa en la Biblioteca Central, donde colaboré por un espacio de más de tres años.

Mi vida en la Universidad transcurría entre el cumplimiento con mis obligaciones académicas y el trabajo de tres horas diarias en la Biblioteca Central, la cual me dio la oportunidad de trabajar con todas las colecciones y en la mayoría de las dependencias, afianzando aún más el amor que he profesado por los libros. Pero fue en la sección de *referencias* donde más tiempo permanecí, allí pude establecer los primeros contactos con los adolescentes de diferentes colegios de Medellín que visitaban las instalaciones con el objeto de realizar sus consultas sobre diferentes temáticas o para que se les recomendaran libros para su lectura.

La Universidad me marcaría, no solo el pensamiento sobre cómo concibo la sociedad, sino también la escuela. La primera práctica profesional la desarrollé en el municipio de Bello. Un diagnóstico de las familias que habitaban el barrio que se construyó para las viudas de los policías asesinados por orden de Pablo Escobar. La Fundación Mano Amiga había adquirido los terrenos para ubicar allí un colegio que atendiera a la población vulnerable desde los principios cristianos; y requería la caracterización de la población. Posteriormente el trabajo de grado lo realizaría sobre la situación social y académica que enfrentaban el estudiantado indígena en la Universidad de Antioquia.

Estas dos experiencias profesionales me acercaron a la realidad educativa en las comunidades marginadas, a la etnoeducación, a la normatividad educativa, a los modelos pedagógicos y a la política pública para dicho sector. Y entender que cualquier transformación o cambio social parte de la educación y por ello el papel que juega la educación pública de calidad en cualquier proceso de transformación social.

Le debo parte de mi vida a nuestra amada Universidad: me permitió sobrevivir, me enseñó a entenderme y a leer a la sociedad, y como si fuese poco todo ello, generosamente reconoció mi trabajo como egresada. *Toda una vida a mi Alma Máter*.

Urabá: siempre en la memoria.

Al terminar los estudios universitarios tuve la oportunidad de realizar la primera experiencia laboral en la región de Urabá. Antes de viajar leí toda la bibliografía posible sobre la región. Desde textos literarios, investigaciones y la

realidad de su conflicto social y armado. Con todo ello en mi cabeza llegué a la región en mayo del año 2000 en un momento donde arreciaba el invierno y la violencia. A los tres días de haber llegado nos embarcamos por el río Atrato hacía el municipio de Riosucio (Departamento del Chocó), con el fin que me familiarizara con las comunidades y su realidad.

En esta región se conjugan en contraste con la belleza y riqueza del paisaje natural, la violencia, la marginalidad y la pobreza. Ello me hacía por momentos perder la noción del tiempo al experimentar las macondianas imágenes. Nuestro trabajo en el Urabá antioqueño y chocoano: realizar la atención de emergencia y de restablecimiento de la población desplazada debido al conflicto armado. Las acciones en campo las coordinaba la Diócesis de Apartadó a través de su Pastoral Social con la asesoría técnica de la UNICEF y los recursos de la Unión Europea.

Esta experiencia de trabajo en Urabá (en la primera etapa dos años y medio, en la segunda un año), me permitió acercarme y conocer la realidad del país. Aprendizajes que ahora son el insumo para mis clases de ciencias sociales y filosofía. Urabá es un laboratorio social, allí pude interactuar con la diversidad cultural. La región es habitada varias comunidades indígenas, por las comunidades negras, campesinos paisas y cordobeses que nos muestran desde su cotidianidad la riqueza de sus culturas. Estas comunidades se organizaban para resistir la arremetida de la violencia en sus territorios por parte de todos los grupos armados, tanto legales como ilegales. Es que esta región es una de las más estratégicas de Colombia, por la riqueza de sus tierras que permiten la explotación industrial agrícola del banano, el plátano y la palma de aceite con fines de exportación. La viabilidad de megaproyectos como la carretera panamericana, el canal interoceánico Atrato-Truandó o la construcción de un nuevo puerto en el Golfo de Urabá.

Pero no solo se movían las economías legales, sino también las ilegales. Contrabando de todo tipo de mercancías, tráfico de personas con el fin de pasar la frontera hacía centro América, tráfico de armas y narcotráfico.

El paso por Urabá fue un estudio intensivo sobre el papel del Estado y sus diferentes políticas públicas; el poder comprender de alguna manera el conflicto armado en lo que le da origen como en sus diferentes manifestaciones; el papel de la sociedad civil como de los grupos étnicos. Así como el rol social y político de la Iglesia. Fue una formación permanente y en contexto sobre Derechos Humanos, Derecho Internacional Humanitario (DIH), pedagogía de la paz, la no violencia y el manejo alternativo de los conflictos, el cuidado del medio ambiente y el desarrollo humano sostenible.

El primer acercamiento a la cultura escolar

Se ha cuestionado el ingreso de profesionales no docentes al sector educativo, por ser quizás competentes para ganar los concursos, pero no así para la pedagogía. Esto no es del todo cierto, se pueden encontrar profesionales que son excelentes maestros y pedagogos que no lo son tanto. En nuestro caso, se ha tenido desde siempre de alguna manera una cercanía con la educación, no solo porque la familia, dos de mis tíos y una de mis hermanas son maestros, sino porque mi trasegar por la vida ha sido marcado de alguna manera por la educación.

El primer acercamiento a cómo funciona la educación lo tuve cuando me dieron la oportunidad de coordinar el proyecto Escuela amiga de los niños.

Estrategia pedagógica que había adoptado la UNICEF al construir una simbiosis de varios modelos educativos que se trabajaban en el país para dar respuesta a las necesidades educativas de sectores marginales en Colombia. Dicho modelo educativo sería aplicable en la región de Urabá para tratar de atender a un sector de la infancia que se encontraba fuera del sistema educativo debido a las diferentes situaciones de violencia que presentaba la zona en el año 2001.

Coordinar el proyecto me permitió conocer más de cerca cómo funcionaban los entes municipales y las instituciones educativas frente a la política pública de cobertura e infraestructura educativa. Así como recibir formación de la UNICEF frente a lo que es una escuela amigable con la niñez, desde el mismo diseño arquitectónico, pasando por sus entornos y modelos pedagógicos. Dentro de la formación tuve la oportunidad de asistir a una formación en la ciudad de Cartagena con un equipo interdisciplinario conformado por un arquitecto, un médico, en nuestro caso como trabajador social, para entrar a dialogar con los directivos docentes, docentes y comunidad. La experiencia me permitió tener la claridad que para una educación integral se necesitan de otros factores como la formación de las familias, de las comunidades, la nutrición, la salud física y mental; también se necesitan infraestructuras amigables. Un maestro, un estudiante y un material pedagógico no son suficientes para alcanzar una educación de calidad.

El segundo acercamiento se tuvo en el año 2004, en el municipio de Abejorral, como educadora comunitaria en el Plan de Atención Básica (PAB), en las acciones de prevención y promoción dentro de la estrategia de Escuelas Saludables. Se trabajaban con todas las instituciones educativas y algunos centros rurales, por mi formación me correspondían los talleres de salud sexual y reproductiva, Estilos de vida Saludables, Prevención del consumo de sustancias psicoactivas y alcohol; Salud Mental y fomento del buen trato.

Las instituciones eran diversas, no solo por el tipo de población que atendían, sino por la orientación que los directivos les imprimían. En unas se nos facilitó el trabajo con toda la comunidad educativa, en otros se dificultaba debido a los roces políticos y personales que existían entre los directivos y la administración municipal.

El rol como maestra

En el año 2006 cuando ingresé al magisterio, como se evidencia, no era del todo nuevo para mí, ya le conocía; no era el simple *escampadero* de una profesional que no tenía empleo, fue una decisión producto de una búsqueda personal en la cual se deseaba tener una experiencia en la educación, no puedo negar que la muerte temprana de mi hermano a pocas semanas de mi nombramiento influyó en la elección final como factor de estabilidad económica para mi familia.

Llegué a la Institución Educativa Fray Martin de Porres en un momento en el que se encontraba sin directivo docente, enero del 2006; consideré que este era un factor determinante para que no se me diera la inducción al momento de mi llegada a la Institución, luego me pude dar cuenta que en la mayoría de las instituciones no se da este proceso y que los directivos docentes orientan y acompañan poco en el campo de la gestión académica y pedagógica a sus nuevos docentes.

De los aspectos que más me ayudaron al momento de mi llegada a la Institución fue el inicio, a pocas semanas, de la formación en competencias en Ciencias Sociales, la cual se dictaba periódicamente en el municipio de Cisneros, con el objeto de formar en competencias de las ciencias tanto a los profesores de

las ciencias naturales como de las ciencias sociales; con el fin de mejorar los resultados del departamento en pruebas SABER. Así como encontrar un pequeño grupo de docentes que me acogió y me acompañó en los procesos que decidimos emprender: mejorar la cultura ambiental y contar con una biblioteca pública escolar en el Corregimiento.

Luego de permanecer cinco años en esta Institución y haber participado de varios procesos de tipo social y pedagógico sentía que era necesario cambiar de contexto y estar más cerca de la familia. Se inició una nueva etapa en la Institución Educativa Rural San José del Nus (febrero, 2011). La Institución contaba con mejores recursos en el campo de la infraestructura y la formación de los maestros; al final, del Fray Martín solo extrañaba la calidez de sus muchachos.

En medio de un trato respetuoso entre los pares, el trabajo cooperativo con la docente orientadora para liderar los procesos de convivencia, nuestro paso fue corto por la Institución debido a la reestructuración administrativa, lo que nos llevó para que a mediados del siguiente año estuviéramos en la Institución Educativa Rural Cristales. Son más de 6 años en la Institución, marcados por los cambios constantes en todos los aspectos, que, si bien pueden ser buenos, no permiten el adelantar procesos. Los directivos docentes realizan los cambios de acuerdo a su manera de leer el contexto educativo y su forma de pensar la educación; los docentes unos se van y otros llegan en la búsqueda de mejores condiciones laborales y de bienestar para sus familias, y como los procesos que adelantan son muy de ellos, de sus improntas y no de una política Institucional, con ellos se van las acciones y los alcances. Y, mientras tanto, los estudiantes van y vienen acompañando a sus familias en la búsqueda de mejores situaciones de bienestar.

Ahí continuamos buscando siempre contribuir a los procesos y teniendo presente que en cualquier momento nos tocará partir, como parte de la dinámica del sector educativo e Institución.

La Importancia de la formación en los maestros

En el año 2019 se cumplen veinte años de haber egresado como Trabajadora Social de la Universidad de Antioquia. Desde entonces no he podido regresar a la educación formal. En principio por falta de tiempos para dedicarme a la academia como por no encontrar campos de formación que me atraigan y que estén a nuestro acceso. Pero, no volver a la academia formal, no quiere decir que se hayamos abandonado la formación permanente.

Al ingresar a la carrera docente se debía realizar el “Curso de Pedagogía Para Profesionales no licenciados”, que gracias a las excepciones que realizó generosamente para conmigo el coordinador del programa de pedagogía, pude terminar en los tiempos estipulados para poder superar el periodo de prueba. Si bien los temas no eran ajenos, pues el trabajador social es un educador popular, me permitió *aterrizar* especialmente dentro de los modelos pedagógicos y la legislación educativa.

El diplomado (que a la par desarrollé) en Competencias en Ciencias Sociales me introdujo en la *espíteme* de las Ciencias Sociales; así como en la enseñanza y aprendizaje de las mismas. La formación que orientaba la Universidad Nacional en convenio con SEDUCA nos introdujo en el campo de la enseñanza de la historia, las ciencias políticas, la economía y la filosofía, haciendo uso de la herramienta pedagógica del Proyecto de Aula. Es quizás la formación en mi concepto, y en el

campo de las ciencias sociales, más valiosa que nos ha proporcionado la Secretaría de Educación. Dicha formación no solo nos dio las luces para orientar el trabajo en el aula, sino que también permitió validar conceptos que traía ya consigo sobre lo que debe ser la enseñanza y el aprendizaje actual de las ciencias sociales. Así como proporcionar los elementos conceptuales para superar dos evaluaciones de competencias.

El proceso formativo continuó posteriormente con el proyecto FACE (Factores Asociados a la Calidad de la Educación). Fue la inclusión de temas como el desarrollo humano, la neurociencia, el proyecto de vida, la lectura y la investigación como parte del proceso educativo. Dicha formación nos permitió dinamizar los procesos educativos y a tener más presente el contexto en la formación de los niños, niñas y adolescentes.

Las capacitaciones que diseña la Secretaría de Educación y en las que uno decide participar, son valiosas para la transformación de las prácticas docentes, son pocos los espacios que se abren en las instituciones para hablar de pedagogía debido a todos los inconvenientes propios de la cultura escolar. Se necesitan haya más en el campo pedagógico y que sean sostenidas en el tiempo. Que se haga seguimiento no solo a la formación de los maestros, sino también a los impactos dentro de sus prácticas pedagógicas.

El Centro de pensamiento Pedagógico puede ser el lugar para ello. Ha sido un espacio valioso para los maestros, me ha conducido nuevamente a la reflexión pedagógica y a encontrarme con los pares para hablar de nosotros mismos, de educación y pedagogía.

EL EJEMPLO DE VIDA

El mayor impacto para ser un buen maestro

Jimmy Francisco Salamanca Vanegas

El primer impacto

Todo inicia en las montañas hermosas de Colombia, en este caso en un municipio del sur de Bolívar llamado Santa Rosa del Sur; en busca de mejores oportunidades, una familia decide explorar esos bosques vírgenes en donde nadie era dueño de nada, los que llegaban se quedaba con esas tierras; según los relatos contados por los abuelos era la gran tierra prometida, porque todo lo que se sembraba producía en grandes cantidades y por consiguiente la comida no faltaba, en ese medio creció un joven enamorado de su entorno.

A medida que la familia crecía en número fueron llegando muchos forasteros de varios lugares del país: santandereanos, paisas, boyacenses, costeños […] Una gran riqueza cultural se desarrolló en ese entorno, por lo tanto, ya eran varias familias las que compartían un gran lugar, inmerso en muchos árboles, montañas, ríos y lleno de muchos sueños. Al crecer se inician nuevas etapas, en donde el trabajo del campo no lo era todo; se necesitaba de algo más y eso era estudiar para ser alguien en la vida, como lo decía el hombre de la casa, ya que quería que sus hijos fueran a la escuela.

La palabra escuela, que en un principio dio más miedo que gozo, también me interrogaba. Dónde sería ese lugar, porque en esa zona alejada de toda civilización, donde el pueblo más cercano estaba a doce horas a pie o en bestia, quién se atrevería a ir por allá a enseñar. Las personas de esas fincas se unieron, recogieron firmas y con un gran número inscrito de niños y niñas, era necesario construir una escuela que los albergara para que pudieran formarse intelectualmente, esa idea se hizo realidad. Entre todos construyeron la gran obra de un kiosco, muy grande, con el fin de dar inicio a las clases.

El recorrido que hacía cada niño desde sus lugares de residencia era hasta cuatro, tres y dos horas de camino, la familia mencionada quedó a dos horas y media. Hasta que se llega el primer día de ir, el temor era grande, porque no se sabía a quién se encontraría en ese raro lugar, pero con la valentía de los vecinos se llegó ¡Y vaya sorpresa! Se encuentra a un señor ya con muchos años, delgado, mediano y de color mestizo. El miedo se fue cuando recibió a cada uno por su nombre y le indicaba el lugar en donde ocuparía para recibir el primer día de clases ¡Qué alegría tenía al estar allí! Al ver a cada uno se llenaba de ánimo y la primera afirmación que expresó fue: “¡Me siento muy contento por cada uno de los niños que están aquí! ¡Ustedes son la razón de mi existencia!”

La primera clase fue dedicada a escuchar su historia de vida, venía de Bucaramanga. El viaje fue de tres días, pero estaba muy ansioso de emprender su carrera como maestro, porque el estudio que tenía era otra profesión y por circunstancias de la vida le ofrecieron el trabajo de ser profesor y no lo pensó dos veces para ir donde fuera, y con el lema “Entre más distante, más fascinante”. De esa forma, convenció a unos montañeros y campesinos a entender que el estudio siempre es valioso, importante y deja opciones múltiples para hacer muchas cosas.

Ese gran ejemplo convenció tanto que ninguno quería faltar a sus clases; se madrugaba, dejaba los oficios hechos y corría para ese hermoso lugar, que no era

por su infraestructura, sino por la acogida que este maestro en cada una de sus enseñanzas; estaba siempre tan apasionado de su trabajo que él mismo organizó su vivienda cerca a la escuela, manifestaba tener una familia; pero, según él, su verdadera familia eran sus estudiantes, esto enamoró a un campesino que soñó ser como él, entregado a la profesión. Aunque esta huella no fue sino de un año y medio porque don Clímaco, como le decían los vecinos, se enfermó y no pudo terminar el año escolar.

Hasta donde se sabe, de él nada escribieron, en el relato se ha querido reconstruir una historia de bastante significado para muchas personas que hoy en día son finqueros, ganaderos, comerciantes y maestros; que una vez se retornó a ese bello hogar y se contó la historia, fue con un sabor distinto a lo vivido, cuando eran niños. De todo lo relatado en ese encuentro, ninguno olvido al maestro Clímaco, que, después de su enfermedad, no duró más de dos años con vida; que, con su testimonio, transformó vidas que él nunca pudo ver en vida, pero, en donde esté, se espera que esté lleno de esa alegría que siempre regalo a sus estudiantes; alguien que no tenía nada de comodidades convenció que para quien quiere aprender no hay obstáculos que lo detengan.

Este maestro y sus hechos marcaron significativamente la vida de una persona que después de muchos avatares, se convierte en lo que, una vez, le infundieron: ser alguien que da la vida por otras personas; ahora había un motivo para auto-realizarse como persona, aun sabiendo que la forma como él fue era difícil de igualar o superar. Pero uno se va haciendo su propio camino.

De lo anterior se concluye: lo que una persona no olvidará es el ejemplo de vida que pudo experimentar por alguien enamorado de su profesión, en el lugar que sea; y ese ejemplo se da, suceden cosas que solo se contemplaran con el pasar del tiempo. Porque este hecho sucedió hace 32 años y al escribir pareciera que fuera ayer; es bueno saber que recordar es vivir y que el primer amor renueve la razón por la cual se es maestro.

El escenario que hizo volver al primer amor

Ese nuevo maestro que les escribe, emprende la tarea de ser un ejemplo de vida para otros que quieran seguir por sí mismos sus sueños, buscando que su vida tenga un significado, según lo que hagan de ella. Así fue que en el año 2009 por motivos no claros me envían a una institución educativa en el nordeste antioqueño, en especial a una Normal Superior. Es allí donde se vivió de lleno la experiencia de ser un buen maestro en un aula con cuarenta estudiantes, en el municipio donde una huella marcada por alguien revivía; se reinicia ese proceso de ser maestro para otros; lo que estaba pasando era regresar al lugar donde se inició la vida y la formación, y fue un gran impacto palpar de lleno lo que era estar al frente de unas personitas que observan detenidamente a ese individuo que se superó y está despertando sueños en otros, para que lleguen a ser profesionales, entregados a lo que decidan hacer.

¡Todo cambia! Por un movimiento inconsulto me trasladan a una vereda. Este gran impacto sucede en el año 2012 en una vereda que tenía el mismo molde de la primera experiencia del maestro ejemplo de vida, porque la trayectoria geográfica que debía hacer era de una hora para estar en la escuela, la diferencia estaba que antes era a pie y en bestia, ahora era en una motocicleta que recorría 60 km diarios, de ida y vuelta. La grata compañía fue de tres años en este centro educativo, en

donde fue como un *deja vu*, es decir, ya visto antes; haciendo todo el tiempo un paralelo entre la memoria infantil de hace veintiocho años con el maestro en ejercicio en el presente 2012.

Al llegar allí y ver la alegría de unos jóvenes que recorrían una hora media, otros hasta las dos horas, era recordar la misma experiencia que una vez tocó vivir en carne propia; aunque en un contexto totalmente distinto, con una cultura muy diferente a la personal, familiar y comunitaria, pero con matices que no cambian, como la persistencia de los padres, siempre queriendo que sus hijos salgan adelante, que no se queden en esas montañas en donde el futuro es cada vez más incierto por la falta de oportunidades para salir adelante con una familia, porque la agricultura ya no es un trabajo rentable para una mejor calidad de vida.

El gran reto era despertar en estos jóvenes que no venían a primaria sino a "postprimaria", modelo flexible de educación, donde podían seguir estudiando la básica secundaria, hasta el grado noveno, oportunidad de estudiar sin salir del entorno (como si le tocó a ese joven, ahora maestro que narra, pasar de su vereda a un corregimiento donde ofrecieran toda la primaria completa), con la facilidad de poder estar nueve años en un centro educativo. Las oportunidades eran mejores para los jóvenes que quisieran salir adelante con sus sueños de conquista de una mejor alternativa de vida.

De este relato, viene la gran tarea de hacer que se fascinen por el estudio, porque ya en su mente tenían otra forma de entender esta oportunidad, el ir a estudiar era el descanso de los trabajos duros que tenían que hacer en la casa, la escuela era el refugio o el escape a su realidad; entonces no estaban tanto por estudiar sino por evadir responsabilidades, y más porque podían recrearse en una cancha en condiciones óptimas para cualquier evento deportivo. El dolor de cabeza del maestro era ese, cuando se acababa el descanso, reconectar a los estudiantes en el estudio.

Cambiar una mentalidad es difícil, más para un maestro que con el ejemplo quería siempre motivarlos, pero en este contexto no funcionaba porque las cortas metas de estos estudiantes no alcanzaban siquiera para terminar el grado noveno, porque estaban en una edad que se dejaban seducir muy fácil con la idea de irse de la casa antes de concluir el proceso educativo. La experiencia no fue agradable porque exigía sentarse a dialogar con familias enteras para que vieran más allá, para que vieran las oportunidades que se tenían sí se lograba un título, para que vieran mejores oportunidades de vida. Al principio no se sabía si era mejor dejar así a que las cosas pasaran o tirar la toalla.

El primer impacto fue de choques. No es sencillo convencer a unos jóvenes que solo están de paso de que finalicen la escuela, convencerlos de que les gustará estar allí, cuando tienen presente a los que estudiaron que no lograron ser nada; con detalles empezaban a contar de todas las personas que pasaron por allí, cómo vivían, qué hacían y, con preguntas como: para qué estudiaron si en el campo no es necesario, porque el pueblo estaba para ellos muy retirado y de ahí no pasaba, sus aspiraciones estaban muy limitadas. Cada día la experiencia como maestro pareciera más desagradable, más, cuando se empezó a exigir la importancia de aprender bien los temas propuestos para terminar cada año.

Porque el maestro debía prepararse muy bien para todas las áreas así no fueran de su idoneidad. Porque la metodología era la prolongación de Escuela

Nueva y en uno de sus postulados se dicta que el estudiante siempre estudiaba a su ritmo. Si el docente no quiere complicarse que siga haciendo lo mismo, pero los resultados eran desastrosos porque nadie continuaba y chocaban con los profesores que explicaban en el tablero. Preferían retirarse y no continuar para la media, es decir, décimo y undécimo.

Era un cambio total porque se pasaba de una escuela graduada a una metodología que se decía flexible, la cual era dejar al estudiante que hiciera lo que pudiera, sin exigencia y, esto no era muy formativo; se volvieron expertos en transcribir o llenar cuadernos; pero en sus mentes no había nada nuevo, no les quedaba nada. Esto debía cambiar, se requería una oportunidad de cambio para estos muchachos, como siempre se les ha llamado. Ese primer año 2012 fue un choque entre lo que el maestro quería impactar y lo que los estudiantes querían hacer mientras estaban en la escuela.

Fue dolorosa la experiencia porque fue empujar uno solo contra toda una comunidad, porque a los estudiantes se les dañaron los planes que tenían, los padres de familia estaban preocupados porque los estudiantes no querían estudiar más, por la culpa y mera culpa del maestro que no los motivaba a que lo hicieran; eso fue un momento doloroso y hasta con lágrimas. Fue como sacar de una cueva y a las malas a un individuo que estaba enceguecido por seguir viendo las imágenes de la sombra, que más nunca quería ver la luz. Este hecho fue traer calcado el mito de la caverna de Platón.

La alegoría de la caverna consiste en que unas personas están encadenadas y están en la oscuridad, solo ven los reflejos de afuera; llevan toda la vida así. Uno de ellos rompe las ataduras y decide confrontar lo que veía en las sombras, que eran las cosas y los animales. Pero, al salir poco a poco le duelen los ojos por recibir la luz de sol, pero sin miedo sigue observando lo que solo conocía por reflejos, y cada vez se da cuenta que lo real es muy distinto a lo que se muestra desde lejos, y que ver la luz del sol es la mayor experiencia que se puede tener, es ver, lo bueno, bello y hermoso de lo real. Ahora, imagina si vuelve este joven a la caverna a contarles lo que pudo ver, palpar y admirar, este joven pasaría por varias situaciones: la primera lo matarían porque está loco, la segunda lo acompañarán, pero apenas vean el sol como es preferirán regresar a la caverna porque es más fácil lo conocido que lo que no se conoce.

Esto es lo que hace un maestro, mostrar la luz a sus estudiantes. Mostrar lo maravilloso del mundo del conocimiento, es lo mismo que le pasó a ese niño que vivía en la montaña y pensaba que ese era todo lo que existía, pero al llegar un sujeto con otras formas de ver la vida lo cambia todo, y quita la venda de los ojos para observar lo lindo que es aprender cosas nuevas. Eso mismo pasaba con el maestro joven que quiere que otros no se queden en lo mismo que hacen y viven. Ese proceso es más doloroso cuando lleva mucho tiempo, el ser niño lo entiende mejor, ser joven ya tiene caprichos, esa fue la tarea más dura. Quitar la venda cuando ya se conoce mejor la oscuridad y no la luz.

La alegoría es contemporánea con los estudiantes e inclusive padres de familia, que no quieren ver la luz por una experiencia más innovadora, de mayor significado para todos, porque se enseñaron a lo mismo, a que sus hijos van a la escuela por un beneficio, ya sea por los subsidios que da el gobierno como Familias en Acción u otros para los desplazados. Los estudiantes participan de la escuela

como escampadero de los trabajos duros de las fincas, pero no tiene un valor para sus vidas el poder lograr sueños más duraderos que en verdad puedan transformar la realidad de su contexto. Las expectativas de vida son: tener muchos hijos para mejores subsidios, enviarlos a la escuela por un restaurante, porque les da todo gratis, luego son quienes ayudan para los trabajos de cada día del campo, y son manos de obra gratuita. Cuando estudien vuelvan a la finca a trabajar y lo que saquen sirve para beber, traer mujeres y continuar en ese círculo de vida. El estudio se convirtió en un compromiso para tener beneficios, no en una oportunidad de mejorar la calidad de vida.

Eso de ir a la universidad, de estudiar algo más, no estaba en los planes de ninguno, porque era un gasto enorme que nunca se recupera. Esta realidad fue la que yo vivían día a día, y cuando alguien quería salir de allí siempre era criticado porque venía peor de lo que se fueron, llegaban perezosos, drogadictos, eran holgazanes porque no trabajaban, los referentes eran más negativos que positivos. Llegar alguien, en este caso un maestro, a quitarles la venda de los ojos, a que vieran la luz de las oportunidades, era un peligro para su status quo, el maestro no encajaba y era mejor que se fuera o se atuviera a las consecuencias, o fue masoquista el maestro que no tuvo miedo para continuar con los cambios necesarios en estas mentes que necesitaban de la luz del conocimiento para que pudieran soñar por sí mismos.

Todo cambio, por deducción, produce transformaciones, veintidós estudiantes se convierten en quince y con argumentos se continúa al frente con la experiencia. Con todas las críticas, sin bajar la frente, se lleva las consecuencias hasta las directivas, quienes extrañados se sorprenden, pero, al mostrar evidencias de lo hecho, respaldan los procesos, aún con malestar porque es triste ver que los muchachos se queden sin estudiar, pero ese fue siempre el gran reto de la escuela, ellos no iban a estudiar sino a jugar y hacer lo que quisieran, eso no debía ser así.

De tantos sinsabores se empieza un segundo año 2013, en donde se ve un destello de luz, los que están quieren salir adelante por sí mismos, ven que vale la pena estudiar, sin que sus padres los obligan, aceptan el reto de llevar a cabo lo que debe ser una escuela, un bello lugar para aprender, y quienes valoran el ejemplo de vida, empiezan a notarlo, porque el maestro no era solo por el tiempo que debía cumplir, sino hasta donde la comunidad lo necesitará. Se tenía una hora de entrada, más no de salida.

En este proceso es clave el papel de una maestra que fue la compañera de todas las decisiones que se tomaban para mejorar los procesos educativos, ella sentía más temor porque era de la zona y lo que menos quería era tener dificultades con la comunidad porque le afectaba a la familia, en cambio al docente que viajaba de más lejos no le afectaba cualquier problema porque la familia estaba lejos al igual que el maestro Clímaco. La maestra respalda las decisiones, pero cuando se complicaba las cosas, era el maestro que cuenta el que asumía esas consecuencias, de las cuales se comenta de cuatro estudiantes que no debían pasar al siguiente grado hasta que superaran unos logros, esa decisión fue tan delicada que la llevaron a la jefe de núcleo que debía cambiar esa decisión, la otra profe decía que no sabía nada, entonces con citación y con descargos a asumir la razón porque se había tomado esa decisión, fue tan duro porque no entendía todo

el proceso llevado, al final con amenazas cedieron. Pero fueron tenaces estos hechos que buscaban la forma de mover al docente a otro lugar.

Después que se inicia el otro año, las estudiantes fueron conscientes de lo que les faltaba y, para colmo, fueron quienes continuaron en el grado décimo en la institución más exigente del municipio, para sorpresa se adaptaron sin problemas al profesorado y a la escuela graduada con las mejores notas y con sueños para cumplir, trayendo a colación las cuatro, tres continuaron la formación complementaria para ser maestras.

Las evidencias eran los resultados de las pruebas externas para el grado noveno, primer vereda que supera a las del pueblo, además cuando llegaron a once, las pruebas ICFES tuvieron los mejores puntajes; esto, hablando de lo académico, porque como personas ya se veían de otra forma, estaban con la comunidad, se involucraron con los proyectos que se tenían: embellecimiento, huerta escolar, no a la pólvora, sexualidad, democracia, deportes […] en cada uno de ellos, los mismos estudiantes, eran quienes los lideraban, por ello, se salía hasta las ocho de la noche dejando montado las actividades, sin olvidar que se llegaba a las 8:00 a.m.

El otro logró fue el respaldo de la comunidad para que los estudiantes estuvieran en todas las actividades planeadas, no era fácil porque eran muy necesarios para ayudar en la finca, si el profesor los necesitaba tenían la certeza que estaban bien acompañados y que había un compromiso de protegerlos mientras se trabajaba después de las horas de clase, que eso nunca era negociable para que cumpliera con los logros propuestos.

En este lugar entendí la labor de un maestro: saber de todo para poder ayudar a una comunidad que gira en torno a él; el desempeño profesional era polifacético: psicólogo, enfermero, abogado, el de los mandados, el copista o traductor para escribir las tareas de los hijos que estaban en el pueblo, en fin; para los problemas de la comunidad, los eventos, la recogida de fondos […] Él siempre debía estar ahí, en todo resultaba el maestro comprometido, ojalá dijera no, porque no les gustaba. Esa tarea, nadie se la enseña, solo se aprende en este medio, porque ni las universidades las mencionan.

Cuando se empieza ver la luz con resultados, vuelve a repetirse lo que el ejemplo arrastra de un maestro, porque los mismos estudiantes y la comunidad, no dejan de agradecerle al maestro, quien dejaba una huella en sus vidas, eso se nota en el pasar de los años (así como el primer maestro generó impacto en el suscrito y se valoró más cuando no estaba). Eso se sintió, en el último año 2015 que se estuvo allí, porque era como recoger lo sembrado, creció el número de estudiantes, se pasó de quince a treinta, es decir, se dobló el número, la escuela quedó en una buena posición frente a su entorno, muchos que estaban en el pueblo querían estudiar allí, una cantidad de beneficios logró la institución que no se habían logrado antes.

Un primer estímulo era continuar de una en la mejor institución del municipio, la Normal Superior, ya tenían el cupo asegurado, además disfrutaban del transporte escolar, algo que no se tenía.

Otro estímulo la misma comunidad les daba un auxilio para que tuvieran para los descansos, y la alcaldía les brindaba todo lo que necesitaran como cuadernos, uniformes, diccionarios, internet […] Había prevalencias con ellos, se dice porque no se tenían.

Todo ello se logra gracias a otros premios ganados porque en los eventos culturales y deportivos la vereda se llevaba los premios, esto colocó en alto el nombre de la institución en el municipio. Además, por el trabajo logrado con los proyectos se propuso para cada año un gran paseo a lo grande, y así como se dijo se cumplió, primero fue a Medellín, luego a Coveñas y, por último, a Santa Marta. Esto despertaba envidia o malestar de las otras instituciones por todo lo que se hacía. Para cualquier evento la vereda era la primera en ofrecernos los beneficios como una biblioteca, tabletas, computadores, parque infantil, proyectos que se hacían siempre eran los primeros.

Para coincidencia, mientras pasaba el tiempo en la escuela esta cumplía un siglo de existencia, era para el maestro importante recoger toda la historia de los que dejaron la huella allí; porque siempre hay gratas noticias de los que estuvieron y soñaron la escuela como el futuro de la vereda para salir adelante, eso sentía cuando se leía el historial, las fotos antañas en donde las lágrimas brotaban por esos recuerdos que tenían siempre de su escuela y de los maestros que estuvieron allí. Este hecho fue de gran importancia ya que se recogió todo lo que los maestros han dejado durante los cien años de existencia de la Institución Educativa; logros, fracasos y anécdotas de las familias que hicieron parte durante muchos años de la vereda. Es para el maestro reconfortante conocer la historia de su escuela, porque él se dará cuenta de lo que ha dejado en ella, para un maestro que solo en tres años completos hizo mucho por la escuela, que si durará quince o veinte años en ella sería un hito que nadie superaría.

Sin desconocer la labor de quienes duraron muchos años, es para uno muy significativo que, en poco tiempo, haya una historia que contar de un maestro que nuevamente se apasiona por su profesión de ser maestro; es gracias a esta escuela rural que la encuentra, es ahí donde hay sentido de ser un profesional de la docencia, es en esta escuela que se vuelve a enamorar de lo que debe ser un maestro en un contexto, es resignificar un contexto y dejar la chispa en otros, para que continúen el mismo camino, esperando que su labor sea mejor que la que se hizo.

Esta experiencia marcó mi labor como docente, me volví a enamorar de mi profesión. Ya que me había vuelto un funcionario, experto en entregar papelería, evidencias, formatos. Solo a eso me dedicaba porque, en la ciudad y en los centros urbanos, las circunstancias vuelven al maestro un empleado que cumple con normas, leyes, circulares. Y se olvida de lo principal que es servir a la comunidad, despertar mentes, formar, educar, transformar, impactar, dejar huella, ser un maestro de verdad.

Eso se logra en lo rural, porque en la ciudad o lugares urbanos es imposible, ya que cada uno se esconde en lo que mejor puede hacer, entre más escondido esté es mejor, porque la envidia, fricciones, malestares entre los mismos colegas crean en uno una barrera en la cual, entre menos haga sentir mal al otro es mejor, el maestro se acurruca en su aula y allí hace su trabajo, porque si quiere hacer cosas nuevas, hacer proyectos valiosos, es una piedra en el zapato para las directivas y compañeros que ya saben lo que deben hacer, y que llegue alguien a cambiar eso es un malestar que hay que frenar.

La experiencia contada es la razón de mi ser de maestro, porque cada vez que la recuerdo vuelvo a mis raíces de cuando fui un niño que se deja encantar por

un señor desconocido que hizo de mi vida una oportunidad de ser alguien distinto de los demás que estaban conmigo en ese momento, lo cuento porque el único que salió de allí fue mi persona, del resto se quedaron en ese entorno, porque allí estaba todo lo que han conocido, pero gracias a ese profesor son gente de bien.

Después de esta experiencia, no se ha podido conectar con otra nueva, por una cantidad de circunstancias que hace que no suceda; pero con la madurez ya tenida, se hace las cosas con amor, sin esperar a que lo elogien, en esto, siempre hay más críticas destructivas que benéficas, sea la razón que sea. Hay que seguir marcando la huella en esas bellas personas que nos encomiendan para que sus vidas sean mejores, tengan sueños para alcanzar, logren cada día ser personas de bien, así no logren ser profesionales, aunque la brecha es más angosta para quienes lo pueden hacer.

La cultura escolar y más precisa la rural, es la mejor para dejar una huella inolvidable, cuando uno se gana la comunidad, se reinventa en ella. Es fascinante vivir el rol de maestro, porque se es apreciado, valorado y valioso para todos; fue tan común que me dijeran “lo que usted diga profe” y poder mover una comunidad que es ajena a la cultura en la cual uno se crío, es tan significativo que uno mismo se exalta diciendo que gracias a la fe que se tiene, se logra lo que uno quiere; eso pasó en los tres años en la Institución Educativa Rural San José del Nare. Que gracias al historial que allí está se recuenta mejor la historia del docente que pasó por allí, que en su despedida dijo: si tuviera la oportunidad, volvería. Todo queda en manos del que nos da la vida, si podré volver allá o terminar mi carrera en otro centro rural con una experiencia mejor. Todo está en lo que se haga día a día.

UN CAMINO POR RECORRER, UNA EXPERIENCIA POR CONTAR

Luz Mery Querubín

Cierto día en un municipio del nordeste Antioqueño, nace una niña de hermosa cabellera en el seno de una familia humilde, pero llena de valores y virtudes. Soy la cuarta de nueve hermanos, mi madre Ana María (ya fallecida) me educó y formó en la responsabilidad y el compromiso, siempre se ocupó de sembrar en mí valiosas enseñanzas y amor al trabajo. Hoy no está a mi lado, pero desde ese mundo donde habita actualmente sé que me sigue acompañando y vela porque todo salga bien. Crecí en un hogar muy lindo en el cual me formaron en valores, una familia donde la formación en la fe, el respeto al otro y el servicio hacia los demás eran elementos indispensables para la convivencia.

Inicié mis estudios primarios en la Escuela Urbana Hogar, institución dirigida por religiosas, donde encontré las mejores maestras que fomentaron en mí el sentido de pertenencia por la institución. Como yo ya sabía leer, pues mi hermana mayor (ya fallecida) me había enseñado antes de ingresar a la escuela, en el descanso me dedicaba a enseñarles a las demás niñas a leer y lo hacía tan bien que fui promovida al grado segundo.

Al ingresar a la secundaria lo hice en el Liceo Eduardo Aguilar, ya que era la única institución de secundaria que existía en el municipio. Ser maestra era mi vocación. Llegó el momento de decidir qué camino elegir, pero no lo tuve que pensar mucho, en quinto bachillerato debía elegir entre tres modalidades (pedagógico, agropecuario y académico) entonces elegí la modalidad pedagógica; ya estaba muy segura de lo que realmente quería. Antes de finalizar mi bachillerato asumí mi rol de esposa y madre, llega una hermosa niña para alegría de mi hogar y de toda mi familia.

Mi experiencia de maestra

Empecé a trabajar en la Concentración Educativa Porcesito, corregimiento del municipio de Santo Domingo, allí lo hice por contrato, porque en ese entonces no había concurso y sin este no podía ser nombrada en propiedad; laboré en este hermoso colegio por seis años; durante este tiempo inicié mis estudios en el Tecnológico de Antioquia, una licenciatura en Educación Básica Primaria con énfasis en humanidades lengua castellana.

En 1993 presenté el concurso, tuve la fortuna de pasarlo y me nombraron para el municipio de Maceo, Magdalena Medio Antioqueño, por primera vez estaría sola en una escuela rural para resolver todas las situaciones que se presentaran en la cotidianidad de la vida escolar. Sabía que un buen maestro además de su mística necesita estar siempre actualizado y muy bien preparado, entonces asistía constantemente a cursos de capacitación.

La capacidad de gestión era otra de las habilidades que caracterizan a un buen maestro, entonces decidí tocar puertas para conseguir dotar a la Escuela Rural La Paloma de con material didáctico y tecnológico que garantizarán una mejor calidad de la educación, además del enmallado de la institución para reforzar la seguridad de la misma, esto se logró gracias al aporte de la administración municipal y al compromiso de la comunidad educativa.

Otro logro significativo durante mi estadía en esta institución fue la integración de la comunidad a través de talleres de manualidades, culinaria y el rezo del Santo

Rosario, actividades que se realizaban semanalmente; los días martes, miércoles y jueves en horas de la tarde se reunía toda la comunidad en torno a la participación en el desarrollo de las actividades programadas para la proyección de la escuela en el contexto.

De Maceo regresé de nuevo a mi municipio, laboré en dos escuelas rurales. En 1996 se dio un proceso de evaluación tanto a docentes como a las instituciones, se daba un reconocimiento con una bonificación económica a quienes obtuvieran un puntaje muy alto, gran sorpresa al saber que había quedado entre las mejores y recibiría dicha bonificación, pero a la vez sabía que era un compromiso muy grande con la comunidad para continuar trabajando en equipo y realizando acciones que aportaran a la unidad y progreso.

En estas veredas sufrí las inclemencias del invierno y de la violencia que arrasaba a mi patria chica por estas épocas. En 1997, fui trasladada a la Escuela Hogar donde había realizados mis primeros años de estudio, mi primera maestra era la directora en esta institución y existía una gran empatía entre las dos, pues gracias a ella llegué a este hermoso lugar. Sabía que mi proceso de formación tenía que continuar, fue así como decidí realizar una especialización, con la Universidad Católica de Manizales, en educación personalizada. Aunque fue un poco difícil, logré graduarme como especialista, era quizás uno de los logros más significativos en mi vida profesional.

En el año 2003 se da el proceso de fusión de la escuela Hogar con la Normal y allí pase a ser parte de la planta de cargos de esta institución, la coordinadora y la rectora de ese entonces me ofrecieron aceptar la coordinación de práctica pedagógica, reto que acepte después de pensarlo y analizarlo por varios días, claro con muchos temores porque no tenía experiencia ni me sentía preparada y se avecinaba la visita del Ministerio de Educación Nacional (MEN) para la Acreditación de Calidad y Desarrollo, pero la vida está llena de grandes retos y, este era uno de esos. Gracias a Dios se obtuvo la acreditación y desde ese momento sentí el deseo y la necesidad de continuar mi ruta de cualificación.

Otras experiencias académicas que han marcado logros en mi vida profesional han sido haber asesorado planes de mejoramiento dimensionados a la ruralidad, de este proceso logré que uno de esos planes fuera seleccionado como el mejor. Luego trabaje con la Universidad de San Buenaventura asesorando trabajos de grado de los estudiantes de la Licenciatura en Humanidades, énfasis Lengua Castellana, logrando hacer una monografía muy interesante “Aprendiendo de la vida cultural yolombina”, pero en el 2009 fallece mi hermana mayor, la que había despertado esa vocacionalidad de maestra en mí. Decidí, retirarme de la Universidad, para disponer de más tiempo para pasar al lado de mi familia. Pero mi proceso de formación continua permanentemente a través de cursos y diplomados de capacitación y actualización.

En el 2010, la Secretaria de Educación Departamental y el IDEA a través de conexiones II “Juntos hacia el conocimiento”, misión maestros a Valencia (España), me brindan la oportunidad de viajar y a la vez realizar un curso de aplicación de las TIC en la escuela, en la universidad Politécnica de Valencia, espacio patrocinado por el IDEA, instituto que lo propicia para el mejoramiento de la calidad de la educación, mediante el intercambio de conocimientos y experiencias, convencidos de que así se gesta el camino para un futuro sostenible, justo y con mayores

oportunidades. Recibí con gran alegría esta noticia y sobre todo al escuchar al gerente del IDEA que en su discurso expresa “Los docentes que se encuentran en este recinto son los mejores maestros del Departamento, así fueron seleccionados por la Secretaria de Educación Departamental. Es un reconocimiento a la calidad profesional del trabajo realizado en sus comunidades, es un reconocimiento al mérito”.

Tomé este reconocimiento como un merecido descanso, después de haber pasado la visita de verificación de condiciones de calidad de la Escuela Normal por parte del MEN. Estaba segura de haber realizado un excelente trabajo en compañía de un grupo de docentes asignados para recibir la visita y sustentar los procesos adelantados en la institución.

El 5 de noviembre del 2010 emprendí ese maravillo viaje a la ciudad de Valencia (España), una experiencia de vida inolvidable y de crecimiento personal y profesional. Nada está dicho ni hecho en nuestro caminar, sino que uno se va trazando caminos y las metas van llegando, esta es una experiencia llena de alegrías y grandes satisfacciones, pero también de grandes retos profesionales. El viaje a España y la experiencia vivida han marcado mi vida profesional, no estaba dentro de mis planes viajar al Primer Mundo y muchos menos a realizar estudios que aportaron tanto a mi cualificación personal y profesional.

Un recuerdo muy significativo en mi proyecto de vida, por ser una experiencia de vida única, no solo se va a aprender, sino que luego se compartirá esta experiencia con la comunidad educativa y a la vez es un insumo para mejorar y cualificar mi práctica pedagógica, no solo por los nuevos aprendizajes adquiridos sino por el compromiso con la educación, por la gratitud por esta oportunidad que se me brinda.

A mi regreso la felicidad era inmensa no solo por la experiencia adquirida sino por la noticia de la acreditación por cinco años más, que es la máxima que otorgaban a las Escuelas Normales; pero no todo es color de rosa, a los pocos días fallece mi madre, parte hacia otro mundo, un mundo en el que nunca soñó habitar. Mi madre fue una persona ejemplar, una madre modelo digna de ser imitada, luchó incansablemente por formarnos, darnos la mejor educación, convertirnos en excelentes profesionales y personas ejemplares para la sociedad. Con su partida se marchita una vida, pero brota una existencia Plena y Eterna.

Mi vida entera ha estado dedicada al servicio de los demás, tanto a nivel institucional como municipal, en la institución soy feliz con mi trabajo, siempre estoy dispuesta a dar lo mejor, a enseñar y a formar no solo con la práctica sino con el ejemplo, me siento muy complacida cuando los estudiantes de la formación complementaria me reconocen como la maestra ejemplar digna de imitar, por las huellas que he mercado en sus vidas, mi don de gente, dinamismo, calidad humana y profesional. A nivel municipal lideré varios procesos en educación ambiental, gracias a la confianza que autoridades y líderes comunitarios han depositado en mí.

Desde la llegada a la Escuela Normal, después de emprender un arduo viaje que ha dejado huellas imborrables en mi alma y que, desde ese momento, habito este contexto educativo en el municipio de Yolombó, dulzura del Nordeste, donde se respira el olor de la caña de azúcar, tierra de doña Bárbara Caballero, marquesa protagonista de la novela de Tomás Carrasquilla, a la que se llega por la carretera

que bordea el río Porce. Sus tierras, ricas para la agricultura, son propias del clima cálido de las montañas y están adornadas por suaves colinas de hermoso verdor.

Aquel día radiante y cálido, como lo son casi todos en el municipio de Yolombó, con el equipaje lleno de esperanza y el deseo inmenso de aportar a la calidad de los procesos desarrollados por la Escuela Normal, abriendo caminos en medio de la combinación de graves y agudas ondas para marcar huellas de progreso en la comunidad, desembarco en esta bella institución.

Con paso seguro recorro los corredores de la Escuela Normal Superior del Nordeste Yolombó, mi espacio de formación y trabajo durante los últimos años. A la Normal le debo la perspectiva de un maestro en formación constante, investigador y dedicado a la proyección social del saber en un esfuerzo que va más allá de las aulas de clase. Me gusta nombrar la Normal como un escenario propicio para formación en pedagogía, aquel lugar pensado para la producción y difusión del conocimiento. A este escenario le debo también el encuentro con la perspectiva de la educación ambiental, que finalmente determinaría mi participación en múltiples espacios académicos y sociales. Además, de permitir marcar huellas imborrables en la modalidad docente.

La modalidad hace referencia al modo particular de ser, hacer, conocer y convivir en una organización de carácter oficial o privada, como escenarios que requieren la reflexión e intervención del proceso de enseñanza aprendizaje, desde el cual el quehacer pedagógico debe construir visiones críticas y transformadoras en materia didáctica, educativa y formativa de los nuevos maestros y ciudadanos; se asume como el modo particular de realizar las prácticas pedagógicas según las áreas específicas del plan de estudios atravesadas por los principios pedagógicos y dinamizadas por los ejes articuladores, así mismo, contempla el tiempo, modo y lugar en el cual esta se realiza.

La formación de un estudiante con mirada crítica y propositiva nos plantea diversos campos de intervención donde la pedagogía se entiende como un campo de saber que, junto con otros, permite leer necesidades y dar respuestas apropiadas, de manera que contribuya a configurar escenarios de aprendizaje de construcción colectiva y contextualizada. Esta diversidad de escenarios requiere de profesionales capaces de analizar, construir, gestionar, asesorar y desarrollar propuestas formativas y educativas, que se sustenten en la tradición crítica de la pedagogía, en el diálogo con las ciencias de la educación y con otros campos de saber. El recorrido por toda esta trayectoria, convoca a ser triunfadora y constructora de una nueva sociedad, rompiendo el mito de llegar donde otros han llegado, desarrollando talentos, innovando y creándose día a día.

Mi experiencia de vida me lleva a pensar que uno se traza los caminos y las metas llegan a partir del trabajo realizado por hacer de Yolombó un municipio limpio, saludable y sostenible para propios y visitantes; he logrado varios reconocimientos y, lo más importante, he tenido la oportunidad de liderar varios procesos y proyectos: el PRAE “Una ventana abierta a lo educativo ambiental”, a partir del año 2015 se denomina “Estrategias para el afianzamiento de la cultura ambiental de la Comunidad Educativa de la ENS del Nordeste Municipio de Yolombó”; como experiencia significativa me ha permitido recibir apoyo tanto a nivel departamental como municipal y de entidades como de CORANTIOQUIA e INGEOMINAS.

Es así como inicié una serie de actividades y programas desarrollados en los diferentes sectores, corregimientos y algunas veredas del municipio en compañía de los maestros en formación y estudiantes del grado once que realizaban el servicio social con los proyectos que tenía bajo mi responsabilidad como lo son el PRAE y el programa PEFADI. En horas de las tarde llevamos recreación y refrigerio a los niños del sector convocado para dicha actividad y en horas de la noche reuníamos a los padres de familia y líderes del sector, en cada sector se realizaban tres visitas así: en la primera contábamos el propósito del trabajo a realizar y se orientaba una charla formativa y se establecían compromisos, en la segunda visita se realizaba una integración a través de actividades lúdicas y se hacía una chocolatada y en la tercera visita se revisaban los compromisos y logros e, inclusive, se premiaba el sector más organizado, más unido y de mejores prácticas de convivencia.

La idea era proyectar la Normal, que los maestros en formación conozcan los problemas del contexto a través de la lectura de realidad, desarrollaran habilidades para el trabajo en equipo; fortalecieran aspectos afectivos, es decir, contribuir a la formación integral del nuevo maestro. Es evidente entonces que la Normal como institución formadora de maestros, exige conocer y analizar los desafíos que enfrenta la sociedad actual que transita el siglo XXI; plantea nuevos retos a los educadores, pedagogos e investigadores que exigen repensar las relaciones entre teorías y prácticas. Recuperar los legados y exponer las innovaciones de las pedagogías vigentes, permite imaginar esos recorridos, de ensayar e innovar, de postular que otro mundo es posible. En este sentido, la Escuela Normal Superior, en la visión de diversificar las maneras de acercarnos al conocimiento, pasa por ofrecer a los maestros y a los estudiantes diferentes espacios de formación que parten de preguntas, problemas que pueden ser profundizados a lo largo de su trayectoria en la institución.

Con este proyecto la Escuela Normal ha liderado procesos de formación a cincuenta docentes de los municipios de Yolombó y Cisneros a través de la propuesta “Una mirada formativa a los PRAE” este proceso de formación se realizó durante un año y culminó con un simposio investigativo en educación ambiental realizado el 6 de septiembre 2013; en 2014 la Escuela Normal, con el apoyo de CORANTIOQUIA, realizó un programa de TV regional sobre PRAE; y en 2017 INGEOMINAS le hace invitación a la institución para formar a treinta y cinco docentes de Puerto Nare y Puerto Triunfo en temas ambientales. A través de la propuesta pedagógica “Formación en educación ambiental escolar PRAE”. Este proyecto y las actividades realizadas evidencian no solo como la institución articula los ejes potencializadores con la formación de maestros sino también como el compromiso académico y formativo, que vincula a la Escuela Normal con maestros en ejercicio de la región del Nordeste antioqueño.

Por todo lo anterior, el PRAE es considerado como un proceso que le permite a los individuos y a los colectivos, comprender las relaciones de interdependencia con su entorno, a partir del conocimiento reflexivo y crítico de su realidad biofísica, social, política, económica y cultural, para que a partir de la apropiación de la realidad concreta (problemas prioritarios de diagnóstico y de relevancia en la vida cotidiana), se puedan generar en la comunidad actitudes de valoración y respeto para sí misma y el ambiente. En este sentido, el PRAE permite formar ciudadanos

conscientes, éticos y responsables frente a lo educativo ambiental para pasar de un enfoque conservacionista a un enfoque ambientalista.

Es así como continúo diseñando una serie de material didáctico y propuestas formativas para llegar a toda la comunidad educativa del municipio, este trabajo lo realizo con el apoyo de la administración municipal y con el grupo Dinamizador PRAE. Se publica la cartilla “El Mundo Ambiental”, material que se distribuye a las instituciones educativas del municipio y del área de influencia, acompañado de un instructivo para la realización de las actividades propuestas, con la intensión de generar reflexiones en torno a lo educativo ambiental, se construya pensamiento sistémico y se mejore la calidad de vida. Además, se diseña la ruta para el desarrollo de la semana ambiental, no solo a nivel institucional sino también a nivel municipal.

De igual manera, se acompaña a las diversas instituciones y sectores del municipio con charlas formativas y desarrollo de eventos comunitarios para la transformación de sus prácticas ambientales, cuando hablo de ambientales no es solo recolección de basuras, separación de residuos sólidos, lo que tiene que ver con conservación del entorno, los recursos naturales sino también con el embellecimiento de los sectores (se premiaban los sectores más, limpios, más bonitos y más unidos, entre otros criterios) y la convivencia en comunidad.

Otro aspecto que considero ha hecho visible el trabajo que realizo en beneficio de la comunidad es el trabajo con el grupo “Guardianes de la Naturaleza”, el 13 de noviembre de 2012, se realizó un taller creativo con material de desecho, orientado por la tallerista Lorena Salazar Maturana; la administración municipal aportó los recursos económicos para que este encuentro se pudiera realizar. Además del sentido ambiental de cada uno de los talleres, se contribuye al desarrollo de competencias, a fortalecer el trabajo en equipo y a hacer buen uso del tiempo libre.

Considero que otro criterio que se ha tenido en cuenta para los diferentes reconocimientos profesionales, es el trabajo con la Mesa Ambiental Municipal, además, de mi capacidad de gestión y liderazgo, la entrega, dedicación y compromiso evidenciado en cada uno de los procesos y proyectos emprendidos.

En el día a día, se han presentado más espacios significativos en mi vida, el día 15 de septiembre de 2011 mediante Resolución N° 16024 recibí el reconocimiento distinción de vida, otorgado por la Corporación Autónoma del Centro de Antioquia CORANTIOQUIA, por el compromiso demostrado con el cuidado del patrimonio natural dentro y fuera del municipio de Yolombó por lo que he promovido el proceso de Mesa Ambiental Municipal. Parte de la resolución expresa:

“Por el espíritu de pedagoga que ha enseñado a otros y otras buenas prácticas ambientales, a través de procesos como el PRAE de la I.E. Normal Superior del Nordeste y el de Guardianes de La Naturaleza. Por la responsabilidad se ha convertido en un vigía del patrimonio natural de la región. Por la experiencia, dedicación y trabajo se convierte en un ejemplo para los docentes en particular y los ciudadanos en general, lo que la hace dignan merecedora de la distinción <<Vida>>”.

Todos estos reconocimientos han marcado mi vida, porque además de ratificar el trabajo bien hecho, me dan confianza y seguridad para continuar avanzando en la formación de nuevos ciudadanos, aportar a la construcción de nuevos conocimientos y me permiten la divulgación de buenas prácticas; así mismo,

he logrado proyectar a la Escuela Normal que es una exigencia del MEN dentro de las condiciones de calidad que toda institución formadora de maestros debe cumplir.

Continúo por el camino del reconocimiento, es así como en el año 2012 recibo de Secretaria de Educación departamental, el premio, maestra de calidad con la experiencia significativa del PRAE. Pero la historia no se limita a la influencia del PRAE en la comunidad educativa, esta además el asunto de la proyección social, se dio un tinte especial a este proyecto, para que no se quedara en los muros de la escuela. Se tienen varias líneas de acción a través de la articulación del grupo Guardianes de la Naturaleza y un componente primordial que es la coordinación de la mesa ambiental. Es necesario precisar que un PRAE no es un proyecto ambiental sino un Proceso Educativo Ambiental. El trabajo realizado con estos grupos de niños y jóvenes ha contribuido a fortalecer la cultura ambiental en la institución y en el contexto local y la vez me ha brindado la oportunidad de gozar de otro reconocimiento más, ya a nivel departamental.

Como diría el adagio coloquial una cosa fue llevando a la otra. Reconocida por la trayectoria en liderar procesos de gran impacto comunitario, el impacto se evidencia en la acogida de la comunidad, el agrado para participar en cada una de las actividades realizadas, en la transformación de sus prácticas ambientales, entre otros.

Las instancias de formación a las que he podido acceder por liderar estos procesos a nivel institucional, local y subregional han sido, por ejemplo: Asistir a talleres de dinamizadores de la gestión de la política pública, convocados por la gobernación de Antioquia, Asistir al 7º foro del agua, convocada por CORANTIOQUIA, realizar un diplomado “Inteligencia territorial” con la Universidad de Antioquia y patrocinado por CORANTIOQUIA, entre otros.

Otro aspecto de mi vida profesional es que gracias a la participación en REDMENA (Red de Maestros Investigadores de las Escuelas Normales de Antioquia) he tenido la oportunidad de publicar mis producciones escriturales, a veces con otros compañeros y otras veces sola, aporte a la educación desde la producción de conocimiento pedagógico. Se resalta no como una expresión de vanidad y egocentrismo, sino con la gratitud y la humildad que aún conservan algunos antioqueños, y como testimonio de que sí es posible hacer realidad los sueños cuando nos mueve una férrea voluntad.

Las publicaciones son capítulos de libro y los temas son diversos: La renovación de la práctica pedagógica investigativa y la transformación social que emerge en el contexto (2012), Estrategias pedagógicas para el fortalecimiento de los valores en la formación de maestros (2013), La investigación como alternativa para transformar la cultura escolar (2014), Integración de las TIC al ámbito escolar para el mejoramiento de la calidad de la educación (2015); Guardianes del Destino (2015); Esbozo de un concepto esquivo pero enriquecedor: la evaluación (2016); Humanizar la Gestión: Herramienta clave para el éxito de la labor docente (2017); Estrategias para fortalecer la convivencia escolar (2018).

Todos estos logros han sido posibles primero gracias a Dios, a las orientaciones de mi hermana que siempre me decía “Nunca esperes que puede hacer Yolombó por ti, siempre camina y lucha por hacer algo por tu municipio” y a las personas con las que comparto en el día a día. Cada amanecer está lleno de nuevos compromisos y retos para ofrecer nuevos aportes en la formación de los

nuevos maestros con la misión que se me ha encomendado en este paraíso terrenal. Es así como los ecos del tiempo emiten los sonidos que tejen sus actores, cuando la sabiduría es lo que resuena en sus oídos y se refleja en las huellas que deja, es clara e inevitable la señal que indica el compromiso adquirido de hacer audible para otros, esa melodía.

Es así como regreso a una de las realidades latentes de mi vida, la triada conformada por aprender, enseñar y actuar. Por un lado, está la acción comunitaria que me impulsa porque me demuestra de manera tangible de qué manera los discursos pedagógicos surten efecto para ayudar a modificar prácticas; pero, por otro lado, está la necesidad de seguir aprendiendo y los escenarios como espacio de discusión colectiva, que me fortalecen conceptualmente y me brindan la posibilidad de acceder a otras instancias de formación gracias a las relaciones que se dan con los distintos actores sociales que allí se encuentran.

NARRATIVA PEDAGÓGICA, UNA FORMA DE CONTAR MI HISTORIA

Eugenia Amparo Sepúlveda Jiménez

Presentación

Hace algunos años conversando con mis compañeros de trabajo les dije ¡Muchachos he deseado escribir mi narrativa pedagógica, mi experiencia como docente! Ellos se rieron y me dijeron: “Tu siempre tan ilusa ¿por qué no haces otra cosa mejor?”. Respondí: así sea cuando sea vieja lo voy hacer, otros pueden leer lo que hice para que muchos niños, niñas y jóvenes aprendieran a leer, a comprender, e interpretar los textos, además como los lleve a enamorarse de la lectura como una posibilidad de descubrir mundos posibles para ellos y a transformar sus pensamientos a través de los libros. Me miraron y se miraron unos a otros, unos se levantaron y se fueron, otros nos quedamos hablando; pero de otras cosas porque de inmediato cambiaron de tema.

Hoy el Centro de Pensamiento Pedagógico me brinda la oportunidad, y me doy cuenta de que escribir no es fácil, recordar cada momento de nuestro quehacer pedagógico es toda una aventura, escudriñar nuestros recuerdos, retomar el pasado escrito en los trabajos de los estudiantes, en las capacitaciones que hemos recibido, en los estudios que he realizado para mejorar mi práctica pedagógica, es la tarea más significativa y difícil que he tenido que hacer.

Han sido horas de evocación, de cuadernos escritos de un pasado que no volverá; memorias que pueden ser escuchadas y leídas por otros docentes o lectores que buscan mejorar su labor pedagógica o mejorar situaciones que nos marcan la vida.

Nos decía Patricia Ramírez la capacitadora, “cuando cada uno escriba su quehacer pedagógico, no volverán a ser los mismos, se darán cuenta de sus rutinas, de las innovaciones que hacen, de sus ideologías morales, éticas y profesionales, de su falta de preparación de clase o toma de consciencia con lo que hacen; aún más, de la falta de saber enciclopédico que, deberían incluir en ellas, para llevar a los estudiantes a la trasformación de su realidad”. Pensé que era un argumento un poco falso, pero cuando inicié la observación de mi panorama profesional como docente, la cultura escolar que pretendo implementar en mis estudiantes, el discurso que manejo en clase, mi identidad como docente, me doy cuenta de que sus palabras toman sentido. Cuando ingreso a la biblioteca de mi casa, miro alrededor y veo un cuadro llena de libros, de carpetas y trabajos de mis estudiantes que desde hace varios años he conservado, con el fin de retomar sus pensamientos y formas de pensar, en sus cortos años de vida para mirar con el tiempo, cómo les ha evolucionado el pensamiento, el léxico, la forma de ver la vida y de vivirla. Me senté a leer, y cada página que leía tenía sentido, dolor, alegría y nostalgia, se me vinieron recuerdos y lágrimas al recordar que muchos de mis estudiantes ya no están entre nosotros, sus vidas se esfumaron tan rápido, que no les dio tiempo de darse cuenta qué era la vida.

Y me dije, no va hacer fácil escribir, pero tampoco imposible, así que tome lápiz, borrador, cuaderno y libros e inicie a escribir lo que hoy vas a leer; vas a darte la oportunidad de escribir y ser leída, de interactuar con otros que conocerán historias que han marcado la vida laboral y personal. Se trata de mirar con el pasar del tiempo cómo mi labor docente me ha transformado como persona, madre, amiga

y hermana, mujer que, ha aportado, un granito de arena para transformar la sociedad.

¿Quieren saber quién soy?

Identidad docente, algo que nace o se hace […]

En un lugar muy lejano vivía una docente llamada Eugenia Amparo Sepúlveda Jiménez. Y esa docente soy yo; les voy a narrar mi vida laboral en un cuento. Soy docente de Posprimaria en la zona rural.

Hablar de mi identidad como docente me hace evocar los años de mi Normal, cuando el profesor Luis Lenin me preguntó si deseaba ser docente, no pensé en esos instantes, si era lo que quería para mi vida, pero cuando él me dijo: “voy a descubrir la gran maestra que habita dentro de ti”, me dejé seducir por sus palabras, y poco a poco fui descubriendo que mi pasión era la docencia. Hacer las cosas por amor, nos lleva a llenarnos de valor para superar todas las dificultades que se nos presentan, a disfrutar cada instante con los estudiantes, a convertirlos en nuestra familia, aunque sabemos que cada año el nido queda solo para ser ocupado por nuevos pájaros que requieren formación.

En mi proceso de formación he asistido a conferencias, seminarios de actualización, he realizado diplomados y estudios que me llevan a transformar mi labor docente. Entre los estudios formales que he puesto al servicio de la comunidad es la licenciatura y la especialización. Recuerdo que cuando estudiaba pasé por muchos trabajos, dificultades y circunstancias que me hicieron valorar mi esfuerzo académico y luchar por ser la mejor académicamente. Estudié en el municipio de Turbo, una sede de la universidad de Pamplona, semipresencial, cada ocho días tenía que viajar desde Necoclí hasta Turbo, por carretera destapada, en una chiva, coloquialmente llamada escalera, por ser un medio de trasporte intermunicipal de uso público, dos horas de viaje, en medio de la incertidumbre de la violencia que se estaba dando por la época.

Los docentes de la universidad no eran los más preparados, ellos eran docentes que ya habían terminado la licenciatura, y deseaban trabajar por horas cátedra en la universidad; dictando clases a los primíparos que no sabíamos qué nos estaban dictando y que carecíamos de hábitos de estudio y de búsqueda constante del conocimiento. Tuve una compañera que se exigía mucho y me exigía a mí también; cosa que al principio no me gusto, fueron muchas las discusiones, hasta que comprendí que si ella me exigía era porque veía en mí capacidades, dones, talentos y virtudes, por consiguiente, tenía que estudiar más que ella; así fue, pasaba horas en la biblioteca municipal, compraba libros, leía obras literarias, pero, me daba miedo escribir, sentía que no era capaz de plasmar mi pensamiento en letras, hablar con el lector, permitir que otros leyeran mi sentir, la forma como veo el mundo.

Para hablarles de mi discurso pedagógico, les digo que lo he logrado retomar y apropiarme de los postulados de varios autores, tales como Montessori, Piaget, Vygotsky y Bosco, entre otros, que han aportado con sus argumentos a la comprensión del proceso pedagógico, enriqueciendo con sus conceptos mi vocabulario; mi formación intelectual la he afinado por la mediación de los docentes Luis Fernando Macías, Luz Estela Castañeda, Alejandra Toro, Clemencia Ardila, Patricia Ramírez, entre otros; en conjunto, ellos, de forma directa o indirecta, me

han aportado ideas, conceptos y metodologías que me han permitido crecer como persona y profesional.

En fin, enseñar para mí se convirtió en un proyecto de vida, en el despertar de mis pasiones, en descubrir que cada estudiante es diferente y, por consiguiente, aprende de forma disímil, que cada uno tiene capacidades y talentos distintos que debo de trabajar y fortalecer a través del conocimiento y desarrollo de oportunidades de aprendizaje.

Soy licenciada en español y comunicación, con otros estudios que no viene mencionarlos, pero que me han brindado la oportunidad de mejorar mi vida profesional, familiar y social. Desde hace aproximadamente treinta años me he desempeñado como docente en diferentes escuelas, colegios e instituciones educativas, son muchas las experiencias que he vivido y que tengo en mis recuerdos, algunas de ellas son buenas, otras que cada vez que las recuerdo mi corazón se acongoja y no desea recordarlas, por eso solo contaré las que llenan el alma, las que han marcado mi trayectoria y me han hecho sentir que la mejor profesión es la docencia, porque transforma vidas, brinda nuevas oportunidades y te conviertes en un héroe para tus estudiantes y padres de familia.

Mi cultura escolar, algo cambiante […]

Laboró en la Institución Educativa Cisneros, Sede el Brasil, en la zona rural del municipio de Cisneros, departamento de Antioquia, país Colombia. Y esa docente soy yo, y les voy a narrar mi vida laboral en un cuento.

Como los siete enanitos, y la mesa redonda del rey Arturo así es mi trabajo. Porque el trabajo en equipo es mi pasión, trabajar de la mano con los estudiantes, padres de familia y colegas, es mi razón para descubrir nuevas formas de interactuar, crear e innovar. He aprendido que somos como las hormiguitas, somos unidos y por ende nuestro trabajo se vuelve transformador, los resultados son más notorios y el esfuerzo es menor.

De ahí que, al levantarme todos los días para iniciar mi faena pedagógica, siento felicidad porque sé que no estoy sola, me esperan los chicos y las chicas que les nace recorrer kilómetros de distancia para llegar a la escuela, su caminar diario es de una hora u hora y media de la casa a la escuela, lo hacen con sus morrales al hombro, con su desayuno y almuerzo empacado y gozosos porque van a aprender algo nuevo, a compartir con sus compañeros y docentes. Es una cultura de solidaridad, de acompañamiento, de entrega y compromiso, son mis estudiantes y padres de familia los que le dan color a mi vida laboral. Ver que cada día son una esperanza para trasformar sus realidades, son el gozo y el sacrificio de salir bajo la lluvia, truenos y relámpagos como también los días soleados que nos queman nuestros rostros; estamos atentos para hacer de nuestras vidas y las suyas un día inolvidable.

Cuando llegué a la sede del Brasil, de la Institución Educativa Cisneros, debía de trabajar con módulos, con pocos libros, en pequeños espacios, con incómodas sillas universitarias, con escasos recursos económicos, con una malla curricular establecida para la escuela graduada, con temas que no tenían que ver con la educación para el campo. Me tocó iniciar una búsqueda de material, de información para poder implementar el programa de educación flexible de la Posprimaria para los estudiantes de los grados sextos, séptimos, octavos y noveno y en cada grado con ocho estudiantes oscilantes entre diez y dieciséis años, con sueños y metas.

Buscar ayuda fue lo primero que hice, ingresar a la página del Ministerio de Educación Nacional (MEN) para mirar los módulos fue una tarea de horas y horas, porque descargar, uno por uno, los módulos de cada grado no fue cosa de un instante. Debía dedicar mucho tiempo para estudiarlos, leerlos con detenimiento para poder brindar lo mejor a mis estudiantes, fue una labor de trasnocho, de fines de semana, de estudio de área por área, grado por grado, de reconocer que no todo me lo sabía, que en algunas áreas tenía dificultad como fue el inglés y las matemáticas. Y que partir de esta dificultad tenía que iniciar tertulias pedagógicas con la comunidad de colegas para estudiar las áreas de difícil comprensión, faena que debía de hacerla rápido, porque los chicos querían aprender y conocer cosas nuevas. Fue así que solicite a la rectora el espacio y el tiempo para recibir explicaciones de los docentes que son habilidosos en las áreas que presentaba deficiencias. Fue un trabajo muy significativo conocer que cada día estamos dispuestos aprender del compañero, que la labor que realizamos requiere del otro, que el conocimiento es tan amplio que no se puede decir que estamos terminados.

Me di cuenta que los chicos y las chicas de la escuela no tenían un espacio para jugar, realizar la educación física, y compartir en familia, para mí eso fue algo que me llevó de inmediato a trasformar la cultura de inactividad que ellos tenían por la de la actividad deportiva, aunque ellos caminaban mucho todos los días, me di cuenta que no tenían buen estado físico, que se esforzaban cuando los ponía a trotar o a hacer ejercicios, lo que nos llevó a generar espacios para realizar la educación física con la ayuda de los chicos y de la docente de primaria; ella y yo metimos el hombro para que los estudiantes trabajaran con ánimo. El ejemplo es el que enseña en la actualidad, ya no son los gritos, ni los regaños, ni castigos los que hacen los estudiantes hagan las cosas, sino las palabras amables, la cordialidad y las prácticas a acompañadas de alegría y entusiasmo lo que hace que cada día ellos sientan el deseo de trabajar por la institución educativa.

Ahora bien, para fomentar la cultura del cambio, implementamos el trabajo dirigido y colaborativo sugerido por los módulos establecidos por el MEN, para el trabajo con la población rural. Mientras estudiaba las guías tuve que implementar la cultura del liderazgo, trabajo dirigido y de equipo, es decir, las monitorias para que en cada grupo existiera un monitor que me ayudara con sus compañeros, mientras me encontraba en otro grado, ya que para trabajar en el programa, el MEN establece que debe ser como máximo 20 estudiantes, y para iniciar yo tenía cuarenta estudiantes entre todos los grados, requerían de mi conocimiento, cambiar sus vidas y luchar para alcanzar sus sueños y la única forma que se pueden lograr es a través del conocimiento y este se obtiene con el estudio. Con mi conocimiento, y mi forma de enseñar he llevado a estudiantes a estar en el programa ser pilo paga, a querer conquistar lo desconocido y con mi ejemplo, el deseo de ser diferentes a los demás.

Aplicar la teoría en el aula de clase es todo un reto, adecuar los conceptos generales, de complejidad a un lenguaje coloquial de fácil comprensión e interpretación a los estudiantes es una tarea que todo docente debe hacer, aunque no es fácil. Cuando utilice el concepto de mayéutica, hermenéutica, los estudiantes se quedaron mirándome como queriéndome decir ¿y qué es eso?, ¿cómo se come?, ¿para qué sirve? Cuando les expliqué que es el arte de preguntar y el arte de interpretar y les dije, que la hermenéutica es el arte de rumiar el texto, lo

compararon con la forma como come un bovino y la forma como hace su digestión, es decir, contextualizaron el concepto. Comprendí que cada persona tiene su propia forma de interpretar y analizar la realidad, que lo que para mí puede ser verdad para otro puede ser una falacia. Que todo depende del estado de ánimo, de la capacidad para entender, de cada situación, cada texto, imagen y gráfica, porque dependiendo de la perspectiva, el conocimiento que cada profesional imparta, sea enciclopédico, empírico o la didáctico, se logra que allá un aprendizaje significativo.

Enseñar a leer no es fácil

Desde mis inicios como docente tuve la oportunidad de trabajar en el campo, y fue la humildad de la comunidad campesina la que me impregnó el amor por la naturaleza, el descubrir de un nuevo amanecer, el trabajo familiar, la sabrosura del primer café escuchando las melodías de los pájaros, el despertar de las flores y el trabajo arduo de las hormigas que sin decirles qué deben hacer, hacen las mejores obras; así somos los padres de familia y los maestros, los estudiantes hacen sus mejores esfuerzos cuando nosotros nos proponemos hacer lo mejor para nuestra comunidad educativa.

Todos los días al despertar, al ver el alba y el sol saliente, al sentir el frío de la mañana, el correr de la brisa y el vaivén de las hojas de los árboles, pienso e ideo las estrategias que hay que reinventar para enseñar a leer a los niños del grado primero de la escuela rural del municipio de Necoclí. Llegar a la escuela y solo ver algunas guías para los grados siguientes y pocos libros para enseñar a leer y a escribir a doce niños entre edades de seis a ocho años, con todas las dificultades imaginarias, con padres que casi no saben leer y que, por consiguiente, los niños no tendrán ayuda por parte de ellos, hace que todos los días piense en las estrategias.

Para enamorarlos de la lectura los llevo a leer su territorio, no con los ojos que todos los días lo ven, sino con la admiración de las pequeñas cosas que no alcanzan a ver cuando pasan de forma desapercibida. Comencé con todas las plantas, frutas y cosas que iniciaban por la A, las dibujábamos o las pegábamos en el cuaderno, para ellos era algo diferente, fuera de clase y de la utilización del tablero. Después conseguí periódicos, cartillas, revistas, donde podrían aprender a identificar cada palabra que adquirían. No fue fácil este proceso de enseñanza, debido a los prejuicios que los chicos tenían de recorren cada instante el territorio, asombrase era difícil, admirar las flores era una bobada, hasta que cierto día nos fuimos caminando por un camino de herradura para el corregimiento de las *Changas*, y vi una casa de termitas de aproximadamente cincuenta o setenta centímetros, para mí era algo novedoso, pues nunca había visto algo así. Cuando les pregunto ¿Qué es eso?, ellos se ponen a reír, se miran unos a otros y me dicen: “La seño no sabe”; se preguntan si, también, me deben enseñar. Para ellos era algo novedoso enseñarle a la *seño*, no se les había ocurrido o no lo habían visto de esa forma.

A partir de ese instante la enseñanza dejó de ser vertical, donde el conocimiento lo tiene el docente, y se convirtió en un estilo horizontal, donde los estudiantes me enseñaban lo que ellos sabían por tradición, conocimiento empírico o porque lo habían experimentado. Cuando con sus rostros inocentes y su lenguaje coloquial inician a explicarme, cada uno decía cosas diferentes, Juan Esteban: “eso es un nido de comejenes que cogen tierra con la boca y con la saliva la pegan:

Oscar dijo: “no seño, eso es tan duro que con eso mi mamá hace el fogón en la cocina de mi casa” y Juliana me dijo: “eso seño, eso lo hacen animalitos muy pequeños, son blanquitos o negritos con la cabecita café, ellos no se dejan ver y por dentro hay caminitos como laberintos por donde caminan y es muy duro”. Cada uno se sentía muy orgulloso de enseñarme, todos se miraban muy satisfechos con lo que decían. Carlos me dijo: “mire seño, aquí donde está mojada se pueden ver mejor”, cogió un palo y sin darme cuenta empezó a golpearlos que para que yo los conociera, todos se empezaron a reír porque ellas salían corriendo a esconderse dentro de la tierra. De inmediato lo corregí y le dije que eso no se hacía porque ellas estaban trabajando para hacer su casa. Todos me miraron asustados porque les había hablado muy fuerte, sin embargo, nos sentamos hablar sobre lo observado y lo dicho por ellos, pero para mí fue algo que debía de consultar e investigar porque era algo desconocido.

Al regresar de la escuela a la casa, descansé y a la hora me fui para la biblioteca a consultar sobre las termitas, fue la sorpresa mía al profundizar en el tema y darme cuenta la importancia que tienen ellas para la naturaleza, para guiar a los diseñadores de los rascacielos, pero a la vez lo destructoras que son para las viviendas de mis estudiantes porque la mayoría de las casas son de madera. Con el aprendizaje obtenido, al otro día, les preparé una clase y un trabajo para los estudiantes sobre las termitas. Les dije que todos los seres humanos debemos de aprender de los animales que trabajan en equipo, que buscan un bien común para mejorar las condiciones de vida de la comunidad y que, en nuestro caso, debíamos de unirnos para hacer el aprendizaje de la lectura algo agradable y ameno, porque la única forma como podemos ayudarnos para que todos aprendan a leer y a escribir con facilidad es trabajar en equipo.

Con lupa en mano, cuaderno y lápiz volvimos a observar el nido de termitas, esta vez uniríamos nuestros conocimientos, ellos volverían al que tenían y yo se los ampliaría con lecturas, imágenes y clases de termitas. Al comienzo, vuelvo y digo, no fue fácil, porque primero ellos me enseñaban lo que sabían y luego yo les profundizaba el conocimiento. Empezaba mostrando la imagen, luego el concepto o significado, los sinónimos, las relaciones que tiene con otros conceptos y de esta forma los chicos y las chicas iniciaban a leer y escribir.

La imagen juega un papel muy importante en la enseñanza de la lectura porque el niño como ser visual relaciona la imagen con la realidad, la graba con facilidad y, por consiguiente, le es fácil adquirir el concepto o significado y, una vez que los estudiantes interactúan con los dos elementos antes mencionados, crear su propia definición a partir de su realidad es más fácil. Sin embargo, me di cuenta que unos aprendían con rapidez y otros no, pues les daba más dificultad, tuve que iniciar con el método tradicional para enseñarles a leer y a escribir; me di cuenta que el método silábico no puede desaparecer, que es cuestión de intercalar los diferentes métodos de enseñanza.

En ocasiones me sentía que no sabía enseñar, lloraba en silencio, en mi casa, con amigos, por la impotencia que a veces sentíamos por no encontrar más estrategias para que los chicos y las chicas aprendieran a leer, comprendiendo e interpretando lo que los textos nos quieren decir.

Todos los días era una actividad diferente, un juego de palabras, una alegría o tristeza, pero al final era una satisfacción de saber que los estudiantes leían

fluidamente. Cuando, por primera vez, se enfrentaron a otro texto que no era la guía de trabajo, sino a un libro de cuentos que a cada uno regale, fue lo más emocionante, realizamos la lectura a cuatro voces, cada uno decía lo que entendía, cada uno hablaba con seguridad, cada uno realizaba preguntas al texto, cada uno supo que ya no había nada oculto para ellos, que la lectura los llevaría a descubrir mundos posibles, donde la fantasía y la realidad estaría en sus manos, que solo bastaría con tomar un texto entre sus manos, leer las líneas con atención, escuchar la voz interna que en él se encuentra implícita y que ya nada sería igual para ellos y que ya no habría secretos que no pudieran descubrir .

Una de las ideas que también deja huella, fue el plan de aula denominado “Educar en valores: un proyecto de vida”. Tenía como finalidad llevar al estudiante a conocer y reconocer sus habilidades, destrezas, estilos de aprendizajes, metas y sueños que pueden lograrse a través del tiempo, el espacio y el conocimiento que adquieran. Lo primero que iniciamos fue escribir nuestra historia, la de nuestros padres y abuelos, para reconocer nuestras raíces ancestrales, nuestro ADN, los cambios de cultura que se han generado durante nuestra existencia. Lograron recopilar historias, anécdotas, mitos, leyendas de la vereda, del pueblo y del municipio en general. Los trabajos de los estudiantes fueron expuestos ante las familias y entidades gubernativas del municipio. El objetivo principal de la investigación fue reconocer el contexto histórico, social, económico, político, cultural y religioso de cada uno de los espacios antes mencionados, analizar los diferentes comportamientos frecuentes en la comunidad, el porqué de ellos, cuáles los influye como estudiantes y qué cambios pueden generar a partir del conocimiento que van adquiriendo en la escuela o colegio.

Al finalizar el año escolar nos dimos cuenta que aprender es lo más fascinante que tiene el ser humano, que reconocer cada situación, hecho y realidad desde varios puntos de vista es lo mejor que nos puede pasar. Que tomar el diccionario entre nuestras manos para saber el significado de cada palabra que decimos es la razón de saber hablar, porque de lo contrario estaremos hablando cosas sin sentido y sin significación, y la razón de abordar por el mundo del conocimiento es profundizar lo que realmente el autor nos quiere enseñar o decir.

Loro viejo sí aprende a leer

Una de las experiencias que marcaron mi labor como docente fue la de enseñar a leer a los adultos, o jóvenes con dificultad de aprendizaje especiales. Me invitó el rector a capacitaciones de educación para adultos, allí recibiría las bases para guiar el proceso de enseñanza aprendizaje en las personas mayores, fui a la capacitación, allí me dieron cartillas y las bases supuestamente necesarias para enseñar a leer y a escribir en adultos mayores.

Una vez recibida la capacitación recibí la venía del rector para convocar a todos los padres, abuelos y tíos de los estudiantes y personas de la comunidad que querían estudiar, aprender a leer y escribir y culminar la básica primaria. Esta actividad no fue fácil por los prejuicios de la gente del común: “loro viejo jamás aprende hablar”, “para qué estudian, si ya nadie les va a dar trabajo”, expresiones como estas paralizaron a los padres de familia que tenían la necesidad de aprender a leer y escribir. Más fue la valentía y la osadía del señor Valencia, un abuelo de 70 años y de Johana que padece Síndrome de Down, que decidieron darse la

oportunidad de salir del anonimato e iniciar una nueva experiencia, sumergirse por el mundo del conocimiento e iniciar una nueva etapa de sus vidas académicas.

Cuando inicié esta etapa de enseñanza aprendizaje, pensé que iba ser fácil, que ellos por ser adultos aprenderían de forma fácil y por tener conocimientos previos y experiencias de la vida. Inicie el trabajo con veinticinco estudiantes entre diecisiete y setenta años con diferencias generacionales notables en su comportamiento, pensamiento y formas de ver el mundo; pero, a la vez, con las mismas necesidades y dificultades de aprendizaje, ahí me di cuenta que no iba hacer una tarea fácil, pero lo que iba hacer sería muy significativo para mí y para ellos. Comencé utilizando los materiales recibidos en la capacitación con todos los estudiantes, para algunos fue fácil aprender mediante el uso de las cartillas y las guías, para otros, me tocó implementar otras metodologías y materiales como fue el uso de las etiquetas, marcas, y el método silábico para poder llevarlos aprender a leer y a escribir.

Cuando vi ingresar a Johana por la puerta de la entrada a la escuela, nunca se me pasó por la mente que iba ser mi estudiante, una joven de aproximadamente de veinte años, delgada, con cabellos de color rojizo, hasta la espalda, con necesidades especiales de aprendizaje; pero con un deseo enorme de aprender. Llegó con su uniforme, con su cuaderno, lápiz y colores, con una sonrisa tierna y un caluroso saludo de bienvenida, en vez de ser yo la que le brindará el saludo, fue ella la me dijo “mi profe, usted es la que me va enseñar a leer y escribir”, le dije que sí, y de inmediato me dio un abrazo, me dijo al oído “usted me va a dar el diploma de quinto cuando aprenda a leer y a escribir”, le dije sí, que todo se podía, si le ponía todas las ganas y deseos de aprender, con una mirada tierna y una sonrisa amable me dijo que sí, que ella solo quería aprender a leer y a escribir, y así fue. Inicié el proceso con ella, lo primero que hice fue conocer su historia, el grado de Síndrome de Down que tenía, la situación de vida, y me llevo la sorpresa que es una joven que sueña con ser una excelente chef y lo importante que para ella era estudiar en el SENA.

Retomé la forma de enseñar a leer que utilicé con los estudiantes de la vereda del *Cativo* de Necoclí, retomo la imagen, el dibujo y la gráfica como la estrategia de aprendizaje que lleva al estudiante a relacionar la imagen con la grafía y la realidad, así mismo, retomo el significado de las palabras para una mayor comprensión de la imagen y el texto, a su vez, utilizo el método silábico para la lectura y escritura de algunas grafías que le daban dificultad, sin embargo, me di cuenta que con ella no funciono como con los estudiantes. Me tocó estudiar más cómo enseñar a niños y adultos con necesidades especiales, preguntar a profesionales sobre el tema, crear nuevas herramientas de trabajo; utilizar el juego como una estrategia que la llevaran a reconocer cada letra, a unir silabas, palabras y frases. Fue un proceso de tres años, pero al final, Johana inicio a leer y a escribir, a transcribir textos, a leer todo lo que se encontraba y para ella ya nada era oculto, leía varios libros. La sorpresa fue para los padres y compañeros cuando ella se paró al frente de todos e inicio a leer el discurso de graduación de quinto de primaria.

Me di cuenta que la paciencia y el amor son la base para que un estudiante logre sus metas, fue un reto mío, y un deseo de ella, y una lucha incansable de perseverancia, constancia y diversidad de estrategias que me llevaron a enriquecer mi labor como docente, como persona, madre, hermana y tía, porque en ocasiones

no insistimos en luchar, perseverar por nuestros sueños. Con el tiempo me di cuenta que Johana fue la mejor de las pruebas ICFES del CLEI VI del año 2013, que fue condecorada por el Concejo Municipal de Cisneros y que pasó a estudiar al SENA, manipulación de alimentos y chef y en la actualidad trabaja en Kike, el mejor restaurante de Cisneros.

Simultáneamente, en la medida que trabajaba con Johana, lo hacía con don Carlos Valencia, un abuelo de setenta años al que la vida hasta el momento no le había dado la oportunidad de estudiar. Por ser un hombre del campo no se le dieron bien las condiciones de hacerlo. Cuando era pequeño vivió en la vereda *Las Cruces* del municipio de Cisneros, la escuela les quedaba a dos horas de distancia, y como era el mayor de diez hijos, debía ayudar a su padre en las faenas del campo, ayudar a su madre con el cuidado de sus hermanos. Fue creciendo y cada día era más difícil estudiar, con el tiempo se casó y se quedó en el campo sembrando la tierra, siendo padre de ocho hijos, el tiempo trascurría y cada día se hacía más viejo, pero su alma seguía joven y con el deseo de cumplir el sueño de leer y escribir. No fue fácil porque sus manos eran toscas, gruesas para coger un lápiz, sus trazos eran torpes, con un cumulo de experiencias que marcaron su vida. Su pensamiento era como un adolescente en busca de oportunidades y deseo de hacer todo lo que le presentara la vida. Era el abuelo de treinta nietos y diez bisnietos, los cuales eran sus cómplices para que él aprendiera a leer y a escribir.

Le enseñé a leer y a escribir como hice con Johana, la alegría de verlo leer libros que le regalaban, leer la Biblia que era su deseo, fue la mejor experiencia para él y para mí. Verlo continuar sus estudios de bachiller, fue el mejor premio que recibí, al él recibir el diploma de bachiller a los setenta y ocho años, fue la atracción para los medios de comunicación regionales, tanto fue que Teleantioquia lo entrevistó por ser el segundo en las pruebas ICFES en el municipio, superando a los estudiantes de la media académica del colegio, y recibió del Concejo Municipal una beca para continuar sus estudios tecnológicos. Aunque no era lo mismo, don Carlos siguió estudiando hasta terminar su tecnología a sus ochenta años.

Demostrando que la edad no es un impedimento para estudiar, cumplir nuestros sueños, aprender debe ser la base constante en el ser humano; que la experiencia sin conocimiento es un aprendizaje basado en el dolor, el sacrificio y los golpes que le regala la vida. Más cuando se aprende a leer ya no hay nada oculto para el lector, todo es posible a través de la lectura. La vida nos cambia, la mirada ya no es la misma, la escucha se agudiza para escuchar las voces de los textos, el tacto se relaja para palpar los mensajes y paisajes del texto, el olfato reconoce los olores de los textos y descubre lo que otros han podido revelar a través del conocimiento y experiencias vividas.

Mi profesionalidad docente, un cuento de cada día […]

Un camino tiene comienzo, pero no tiene fin, mi caminar profesional es un hacer de cada día, como el águila que vuela sin parar hasta alcanzar la cima más alta de la montaña. Cada instante debo leer no solo textos, sino los rostros de mis estudiantes y los contextos donde me desempeño como docente y persona. Dedicarle como mínimo de cuatro a cinco horas a estudiar, a evaluar mi labor pedagógica, replantear conceptos, posturas, refutar ideas, profundizar en diferentes temas, que me lleven a transformar realidades basadas en la carencia de

conocimiento, carencia que hace que la educación no tenga significación ni validez ante una sociedad que cada día es más exigente y más globalizada.

Me he dedicado a estudiar, motivo por el cual mi círculo social es pequeño, mis compañeros me han visto como una mujer prudente, y en ocasiones me han descrito como una persona ilustrada, es así que en cierta ocasión un compañero de trabajo me dijo “tú eres caterva, o eres prudente, o te haces la intelectual para evadir conversaciones que según usted no le parecen”. Me quedé mirándolo y le dije: existen conversaciones que no debo de escuchar, no relacionarme con personas que no nutren mi vida; seleccionar las amistades debe ser una labor no solo mía, sino de todos, más aun, porque dependiendo de las personas con las que nos relacionemos así son nuestros pensamientos y actuaciones, así como los deseos de alcanzar lo que nos proponemos en la vida. Me miró y se alejó, desde ese instante mi labor como docente con algunos de mis compañeros es escurridiza, con los que tengo algo en común la relación es duradera, con ellos diálogo sobre temas relacionados con nuestras prácticas académicas, nuestro intelecto, las transformaciones que podemos generar a partir de nuestras tertulias pedagógicas. En las mesas de trabajo que se realizan por áreas aporto conceptos e ideas que mejoran el rendimiento académico de los estudiantes, establecemos parámetros para evaluar, estrategia metodológicas y pautas de formación personal.

Soy lo que soñé ser: docente. Y como seres inacabados, todos los días nos preparamos para una nueva experiencia, una nueva historia que nos marcará con alegrías o tristezas, con sabores o sin sabores, con risas o llantos, lo único que podemos decir es que cada ser es una historia, un mundo por descubrir, un libro por leer, dependiendo de su manera de leerlo así será su aprendizaje y forma de ver la vida.

SER MAESTRA

Un llamado del y para el corazón

Sindy Yuriena Bolívar Urrego

Mi nombre es Sindy Yuriena Bolívar Urrego, trabajo en la Institución Educativa Rural Roberto López Gómez sede San Javier, soy licenciada en filosofía y educación religiosa y especialista en lúdica educativa. Disfruto al máximo mi profesión y tengo la premisa de que se debe educar buscando que el estudiante encuentre gozo, placer y felicidad, pues somos seres que desde que nacemos buscamos siempre ser felices, por lo que la educación no debe ser la excepción.

A continuación, narraré los aspectos que me han marcado en mi trayectoria como docente y que han permitido que, día tras día, descubra que elegí la labor adecuada.

Nací en el municipio de Caicedo, Antioquia, en una familia humilde, campesina y, aunque con muchas carencias económicas, con muchos sueños y anhelos. Fui creciendo, en las cotidianidades de la vida del campo, hacer mandados, ayudar a organizar la leña con la que mi madre encendía el fogón de barro y nos preparaba los alimentos, ayudar en los quehaceres de la casa, darles comida a las gallinas, pollos, perro y demás animales de la finca. La cotidianidad más importante y mi preferida era ir a la escuela, ese era mi lugar favorito a donde a diario quería ir, incluso cuando estaba enferma; lloraba para que me dejaran ir y no era por el lugar físico como tal, era porque sentía que era el espacio que me ayudaría a ser y hacer todo lo que soñaba, pues sí, todo lo que soñaba, porque a esa edad, a los seis años aproximadamente, ya soñaba ser docente. En mi familia soy la primera profesional que surgió, así que no fui influenciada por nadie; en mi casa aún no había televisión, por tanto, no podía ver que allá, en el mundo exterior, había mucho más guardado para mí, como una especie de tesoro por descubrir. Una hipótesis que manejo es que era la profesión más cercana que había en mi contexto, como olvidar a la profesora Flor y al profesor Carlos, quienes me enseñaron a leer y escribir, unos profesores que hacían sus prácticas y que marcaron mi vida con sus juegos, canciones y estrategias lúdicas y recreativas. Luego del llanto al despedirlos y la intriga de saber quién sería el nuevo profesor, el día al fin llegó y mi vida cambió, Rafael Urán un joven, en ese entonces, de veinte dos años aproximadamente, fue mi profesor durante toda mi básica primaria y comenzó a potenciar mis habilidades como líder y a ayudarme a descubrir que efectivamente mi llamado era a ser docente.

En mi escuela olvidaba todo, una niñez marcada por muchos aspectos que fueron decisivos para mi formación, los tengo guardados en mi memoria y en mi corazón, pero no son compartidos, son unas marcas y cicatrices que guardo celosamente y aun me ayudan a seguir luchando. Es claro que todos asumimos las cosas de diferente manera y en mi caso los dolores más intensos de mi vida los he convertido en complementos para alcanzar todo lo que deseo y me falta aún. Quizás por eso mi escuela era el lugar que me salvaba y rescataba de las tristezas y dolores que sentía, era un lugar mágico, en donde los juegos, las risas, las charlas, mis compañeros y mi profe, eran mis salvadores y mis héroes, sin saberlo.

Algo que recuerdo es que los libros fueron, son y seguirán siendo mis guías y maestros. En ese aspecto no recuerdo que mi escuela me motivará a la lectura,

recuerdo solo a mi madre que, aunque no pudo ir a la escuela, pues creció en una familia tradicional, en donde las mujeres no podían estudiar, pues no debían mezclarse con los hombres, aprendió de los cuadernos de sus hermanos. Creció con esa frustración de no haber podido estudiar, así que prestaba algunos libros en la escuela, especialmente novelas, para leer en el poco tiempo libre que le quedaba. Recuerdo un fin de semana al lado de Robinson Crusoe y todas sus aventuras en el libro de Daniel Defoe, fue el primer libro que me atrapó de principio a fin. También recuerdo a María de Jorge Isaac, a Fish, y como olvidar la colección de superación personal de Cuauhtémoc, entre varios más que en el momento no se me vienen a la cabeza. Esos fueron mis tesoros de la infancia, en donde descubrí mundos posibles, vidas muy diferentes a la que llevaba, ejemplos de superación y persistencia, en ellos encontré una fuerza diferente para iniciar mi aventura.

A pesar de ser muy humilde mi madre hizo todo el esfuerzo para enviarme a estudiar a la Institución Educativa Normal Superior Sagrada Familia del municipio de Urrao (Antioquia). Allí, inició la segunda parte de esta lucha que he emprendido por alcanzar todos y cada uno de mis sueños.

Al principio fue muy difícil adaptarme a un nuevo municipio, donde no conocía a nadie, todo era muy nuevo para mí, el pueblo, la Institución, pasar de una escuelita de campo a una Normal fue difícil, los compañeros, los docentes, el mismo espacio físico. Además, extrañaba mucho a mi familia y a mi casa. Era difícil, pero tenía la mejor inspiración, mi vida misma, sabía que quería ser diferente, además que era la esperanza para mi familia, ellos tenían todos sus sueños puestos en mí, sobre todo mi madre quien recolectaba café, tenía que caminar a diario mucho y trabajar muy duro para poder pagar mis gastos.

Soñaba con ser docente, trabajar y poder mejorar las condiciones económicas de toda mi familia, me motivaba el saber que sería la primera profesional de la familia, pues todos los ancestros fueron campesinos y no vieron la verdadera importancia de la educación, así que mi llamado era educarme por mi generación y por todas las venideras. Era complicado, entre las tareas, el trabajo los fines de semana en un supermercado, lavar y cocinar, se me pasaba el tiempo volando. Muchas veces pasaban hasta cuatro y cinco meses sin poder ir donde mi familia, a pesar de ser municipios vecinos pues el dinero no nos alcanzaba y a pesar de todo eso, mi lucha continuaba. Me gradué de bachiller pedagógico y me sentí más cerca de una de mis metas.

Cuando inicié el ciclo complementario en la Normal, me di cuenta que realmente era lo que más quería ser en la vida, ser docente, así que me esforcé por ser una de las mejores y lo logré, el segundo año fui la personera de la Institución, eso me permitió visibilizar mis cualidades frente a las tres sedes de la Normal en el municipio, logré llevar una responsabilidad más y en lo más alto.

Por otra parte, de cada uno de mis docentes aprendí mucho, como olvidar a Estella Tobón coordinadora académica y quien me dio el visto bueno para poder ingresar a la Institución, en ella veía la excelencia profesional; además estaba la alegría de David Gastón, los concejos de la hermana Flor Celina, el liderazgo de Diana Guzmán y Beatriz Vargas, la exigencia de Miriam García y Ciriam Tamayo, las reflexiones pedagógicas de Viviana Trejos, entre muchos más que en el momento no recuerdo.

Entre lágrimas de felicidad recuerdo cada uno de los momentos vividos durante cuatro años que estuve estudiando en Urrao, aprendí demasiado, mi labor como docente se marcó allí, gracias a la Normal, a los maestros, a mis compañeros y compañeras y a las amigas para toda la vida que obtuve.

Y al fin, el día de la graduación llegó y con ella la satisfacción del deber cumplido, pues esperaba este día desde que era una niña. Recibí mi título como docente al lado de toda mi familia, dediqué mi esfuerzo a mi madre, fui recocida como la mejor personera estudiantil en toda la historia de la institución, además di el discurso de mi promoción, en el que narré mi historia y lo difícil que fue llegar allí, pero también hice la invitación a luchar por los sueños, aclaré que ahí no terminaba nuestra historia, pues por el contrario, apenas iniciaba a escribirse en los renglones de la vida de cada uno y con la tinta de sudor, lágrimas y sacrificio de cada uno.

A pesar de eso, ahora es que al mirar atrás es que siento lo difícil que fue, en ese tiempo no lo veía así, por el contrario, era más feliz que nunca, no sentía el sufrimiento, más bien lo veía como algo necesario para alcanzar lo que finalmente me tenía allí, ser docente y no solo eso, ser la mejor para mí, pues estoy convencida y comparto la frase de Antoine de Saint – Exupéry en su libro el principito “es mucho más difícil juzgarse a sí mismo que juzgar a los demás”. Al final, somos nosotros mismos, los docentes, los que nos vamos a evaluar a través de la carrera profesional y está en nuestras manos si solo se queda en una evaluación cuantitativa o pasa a ser una formativa, ciento por ciento. Por lo que a mi corresponde, la meta no era, no es y no será ser solo docente; mi meta fue, es y seguirá siendo, por siempre, ser la mejor docente para mí misma.

Inicié mi labor como docente en el programa Buen Comienzo de la Alcaldía de Medellín, con el oferente Escuela Empresarial de Educación, primero en el entorno familiar, donde en el municipio de Caicedo, Antioquia, trabajé por pocos meses en la zona rural con madres embarazadas, gestantes o con hijos(as) menores de cinco años. Fue corta mi experiencia allí. Luego con el mismo oferente inicié, ya con el componente institucional, en la comuna ocho de Medellín, barrio la Sierra. Allí tenía a cargo niños(as) menores de cinco años, sinceramente fue muy difícil mi labor allí, siento que mi poca experiencia, mi falta de conocimientos en los procesos, además de que enfermé mucho a causa de la presión y el estrés que implicaba cada una de las actividades. Es triste decir, pero no disfruté mi labor como docente, de hecho, no me sentía una profesional.

Ahora, miro atrás y siento que aprendí mucho, que esa experiencia me moldeó y me ayudó mucho a reflexionar en torno a los errores cometidos, pues fueron muchos, no di al máximo, pero no porque fuera mala docente; las circunstancias emocionales y físicas en aquel entonces no me lo permitieron.

Me presenté al concurso docente, pero pensando en que lo más posible era que no lo pasará, pues me decían lo difícil que era. Cuando salió el resultado y vi que había aprobado, fue una de las felicidades más grandes que he vivido, lo sentí como un regalo de Dios, pues era la puerta de salida del empleo que tenía y la oportunidad de estar en donde realmente soñaba con estar. Y pues realmente sí fue la puerta de salida, al pasar el concurso me despidieron, precisamente bajo esa justificación. Se demoró mucho el proceso para escogencia de plaza, así que inicié nuevamente con el programa Buen Comienzo, pero esta vez con la fundación Nueva Gente (Coringe), en el barrio Villa Hermosa, un entorno diferente y un

ambiente social y laboral más acogedor, allí corregí algunos de los errores cometidos en el empleo anterior y traté de dar lo mejor.

El primero de julio del 2015, sería el día que cambiaría totalmente el rumbo en mi trayectoria profesional, pues ese día en audiencia pública elegí la Institución Educativa Rural Roberto López Gómez sede San Javier, del municipio de San Domingo. No tenía ni idea dónde era eso, pero el corazón estaba lleno de júbilo e ilusión, ya me imaginaba mi escuela, mis niños, ya tenía en mi cabeza mil actividades para hacer, ya quería empezar este nuevo reto en mi vida.

Antes de iniciar a laborar quise conocerla, después de un recorrido en moto desde el casco urbano y caminar un poco, vi desde una montaña una pequeña llanura en la que resaltaba el verdor de su pasto y vegetación, pero además de eso, en el centro, una construcción que ante mis ojos me resultó bastante acogedora, se podía observar una pequeña cancha, alrededor casitas de madera y deslizaderos de colores que formaban el parque infantil y al lado una quebrada, la cual tenía construido un puente en cemento, imponente, representando el paso y la entrada a un nuevo lugar. Entré hasta allí, pero no había clase, por tanto, me tocó devolverme con más interrogantes de los que ya tenía.

Pero el día llegó, el 21 de julio me recibió la que sería desde entonces *mi escuela*, ese día le recibí a la docente, quien con amabilidad, sencillez y solidaridad me hizo entrega de todo. La verdad recuerdo ese día como el único en el que he estado con tanta tristeza allí, eran las cuatro de la tarde y sentada en el escritorio miraba el salón con una sensación en el pecho entre miedo y tristeza, llegué a pensar que me había equivocado, que no debí haber pedido para allá, no tenía ni idea por dónde iniciar, le tenía pánico al fracaso. Había pasado por la Normal y estaba en la universidad, pero sentía que estaba en ceros, ese lugar a partir de ese momento sería orientado por mí y eso era una responsabilidad enorme, que no sabía si lograría hacerlo de la mejor manera. Mi madre que me acompañaba, miraba en silencio, con los ojos llenos de lágrimas, pues sentía que iba a estar muy lejos de ella. Yo en cambio no sabía qué hacer, qué enseñar, ni cómo; pensaba que iba a fracasar y que todo lo que había logrado se desvanecía en un instante.

Al día siguiente, me desperté con otra actitud, segura de que yo podía con el reto y que iba a hacer mi trabajo de la mejor manera, me encontré con unos niños y niñas llenos de ilusiones, alegría, humildad y con un recibimiento lleno de intrigas y preguntas. Fue un día extraño, aun no aterrizaba en la realidad y en el pecho continuaba con una sensación que no sabía explicar, era de intranquilidad. Fueron transcurriendo los días y con ellos se fueron alejando esos miedos, temores, dudas y demás sentimientos que ponían una barrera en mi labor.

San Javier es una comunidad rural que se encuentra ubicada a quince kilómetros de la cabecera municipal, su clima es templado, allí se respira un aire puro, lleno de paz y tranquilidad, bajo el arrullador eco del sonido de las aves que habitan el lugar. Rodeada por montañas, está llena de formas y siluetas diversas, que a través del tiempo se transforman gracias a la gran diversidad de vegetación existente. Sus habitantes se caracterizan por la humildad, amabilidad en el trato, respeto, especialmente por la labor docente, disposición y una gran unión y cooperación, que hace que todas las actividades resulten siendo exitosas. Allí encontré una familia que me acogió como la mía, se trata de Rosalba Marín y Mario Mejía, padres de ocho hijos, que conocen todo lo que se necesita para proteger y

dar cariño a su familia. Cuando llegué a la vereda me empecé a quedar en el apartamento de la escuela sola, pero por diversas situaciones decidí buscar una familia en la que me pudiera quedar, pues con solo la propuesta ellos me aceptaron sin vacilar. Para llegar allí el primer día tardé una hora caminando, pero al llegar vi una casa tan familiar a mis ojos, de inmediato llegaron a mi mente los recuerdos de la casa de mis abuelos maternos, donde disfruté parte de mi niñez, esta era una casa similar, sus puertas y zócalo pintados de color rojo que recobra las costumbres antioqueñas en cuanto a la alegría transmitida a través del color; el techo alto y cubierto por tejas de barro, el piso rustico, un patio en el que el verdor del pasto y las plantas de jardín sembradas con el amor propio y característico de la mujer campesina resaltaba; además del ambiente cálido de un hogar verdadero. En esta familia he descubierto los consejos, el respeto, la unión, el buen trato, la amabilidad y un sinnúmero de cualidades más propias de la mayoría de campesinos y campesinas, que tienden la mano a los demás con confianza y de todo corazón.

Por otra parte, en la escuela logré una mayor participación de los padres y madres en el proceso de enseñanza y aprendizaje, quienes debido a la cultura y al contexto tenían la concepción de que esto era labor de la madre, que solo ella era la encargada de ayudar en las tareas, asistir a reuniones y demás actividades escolares. A través de reuniones, capacitaciones, actividades lúdicas, deportivas y culturales con toda la comunidad, todo empezó a cambiar e iniciaron a acompañar el proceso y a sacar el tiempo para todo lo relacionado a la educación de sus hijos. Evidenciándose en la asistencia de un 80% de los papás a las escuelas de padres, clausura, grados y actividades comunitarias, además la colaboración en tareas escolares que implican la ayuda de ambos padres.

Con los estudiantes el trabajo ha sido lleno de emociones, inicialmente no sabía por dónde empezar, como lo manifesté anteriormente, pero con el paso del tiempo y a través de estudiar, leer, ver experiencias de otros compañeros y el método de ensayo y error en el aula, todo cambió a lo opuesto. Surgieron un cúmulo de actividades, proyectos y estrategias que han contribuido a fortalecer cada uno de los procesos. Entre los proyectos mencionados surgió uno de gran impacto para los niños y niñas, “De página en página”, el cual busca despertar el gusto por la lectura libre y por placer, además de permitir reencontrarme con una parte mía que había olvidado, los libros, el arte de leer e imaginar. Inicialmente inicié transformando los espacios, se adecuó uno pequeño como biblioteca, donde los libros estuvieran al alcance de todos los estudiantes, así como un lugar que incitará a leer.

Posteriormente, se continuó con la estrategia de lectura en voz alta, despertando emociones y sensaciones positivas en el grupo en general, donde a través de la imitación de un adulto cercano iniciaran a tener conductas relacionadas con la lectura. Luego el proceso inició mágicamente al escuchar expresiones como “ profe, de cumpleaños le estoy pidiendo a mis papás un libro”, “profe ayer que llevamos el libro de Santo Domingo mi mamá y mi papá lo empezaron a leer”, “anoche yo me puse a leerle a mi papá un cuento y se quedó dormido (risas)”, “mi papá se está leyendo el libro que llevamos de los animales, ya llega de trabajar y busca el libro”, “ profe en vacaciones me tocó leerme el mismo libro tres veces, porque no llevé más y no tenía más nada para leer”, “ya le pedí a mi papá que me haga una biblioteca con madera”, “jum, profe este libro sin nadie leérselo y vale

$60.000 (en la feria del libro)", "no profe, este libro está muy caro, ya mismo me lo voy a leer aquí porque no lo puedo comprar (en la feria del libro)", "yo sueño con todas las historias que leo", "cuando mis papás discuten, yo me voy a leer". Entre muchas más expresiones que me han despertado más y más amor por este proyecto y además me han enseñado que la lectura es una herramienta valiosísima para transformar vidas.

Por otra parte, y como ya lo había mencionado, logré que la comunidad fuera mucho más unida a través de diferentes actividades, permitiéndose que se lograrán cambios sustanciales en la planta física, además con la ayuda de algunas entidades y fundaciones de impacto en el sector. Se pintó la escuela, el parque y un hermoso mural que en este momento hacen de la escuela un lugar lleno de alegría, pasión, compromiso y algo no menos importante, un lugar lleno de unión y convicción. Este es el lugar que me recibe cada semana, recordándome que llegué ahí con una misión y que fue mi llamado por y para el corazón.

Sin duda alguna, ser docente en la ruralidad tiene grandes sacrificios, un cambio muy grande en la vida personal, social, familiar, incluso hasta en la parte educativa. Pero en estos contextos, a pesar de todas las adversidades que nos podamos encontrar a diario, como lejanía de los hogares, acceso difícil, pocos recursos con los cuales contar, y en cierta parte del cotidiano, soledad, ausencia de muchos de los sectores del estado, entre otros, también se ofrecen características que permiten al docente potenciar cada una de sus habilidades, así como conocer otros ámbitos educativos con la flexibilidad educativa, el trabajo cooperativo, los aprendizajes vivenciales, las estrategias y metodologías contextualizadas, entre otros más, que al agruparse forman la cultura escolar.

ENCANTOS Y DESENCANTOS DEL QUEHACER PEDAGÓGICO

Una experiencia monstruosamente maravillosa

Carmen Viana Arango

El reto

Terminar la secundaria y emprender el camino que la vida me tenía preparado no fue fácil, y no lo fue porque la edad y las circunstancias socioeconómicas condicionan la mente y hacen que se forjen imaginarios del mundo a veces muy estrechos o poco ambiciosos. Pero desde el bachillerato estaba marcado lo que haría, aunque fuera yo la única que no lo supiera o que por lo menos lo negara por desconocimiento. Siempre hice la tarea, trabajé con mis compañeros de clase y expliqué cuanta cosa no entendían hasta el punto de pedir prestado un salón y un tablero para explicarle a diez o quince rezagados de mi grupo, que no ponían atención o se dejaban coger del tiempo para entregar algo; me parecía infame que, sabiendo una cosa, un compañero perdiera por no haberle explicado, por no orientarlo o por no acompañarle en el logro de un aprendizaje.

De esta manera, desde que estaba en octavo o noveno, los mismos amigos o compañeros de colegio me decía que yo sería profesora, a lo que por supuesto respondía que nunca, que ni loca, pues me daba pánico por dos razones, la primera porque imaginaba esas situaciones incómodas de rebeldía, grosería y falta de respeto, y suponía que no sabría lidiar con ellas y tampoco quería hacerlo; la segunda razón era elemental, tenía una admiración y un respeto profundo por mis docentes, los consideraba seres supremamente inteligentes y sagaces, dotados de un don que no tiene ningún otro profesional sobre la tierra y estaba segura que para llegar allá había que tener algo especial que yo no conocía.

Este don lo podía ver a menudo en la *profe Nuri* (aunque también en otros tantos) a la que admiraba profundamente por su inteligencia para lograr que yo entendiera la química, aunque la química no me gustaba. Ella era paciente, hablaba suave, pero con autoridad y lograba que un grupo hiciera silencio y *se creyera el cuento* sin ningún esfuerzo. Mientras veía el tablero lleno de fórmulas químicas o físicas, yo solía pensar que si fuera profesora me gustaría ser como ella, cosa para que había que ser muy muy inteligente, y a mí me faltaba mucho. Desde que la profe llegó al colegio (cuando yo estaba en octavo grado), se notaba coherencia y progreso en los procesos y en la manera de hacer las cosas, se veía que todo estaba mejor y todos sabíamos que ahí tenía mucho que ver su liderazgo. La verdad creo que ese pensamiento no ha cambiado mucho hasta el día de hoy porque, si lo pienso bien, ella no ha dejado de ser un referente en mi vida profesional.

Así, con ese sentir, con el pensamiento de que no tenía la habilidad y con la incredulidad de que pudiera llegar a ser y hacer alguien en la docencia, debí enfrentar el reto de decidir cuál sería mi rumbo después de quitarme la *investidura* de estudiante de colegio, esa que protege y que hace sentir que no estamos obligados a nada porque desde siempre hay otros que lo harán todo por nosotros.

El monstruo

No es simple tener un origen humilde y además aparecer ante los demás como una persona con algún tipo de disfuncionalidad, discapacidad o como lo quieran llamar. Tengo labio leporino y paladar hendido y mi voz no cumple con el estándar, pero tampoco es lo que podríamos decir imposible de captar o entender,

pero para esta sociedad excluyente ya es mucho soportar a alguien que incomode por la razón que sea. Eso, el tema de la voz, fue lo que me atormentó en primera instancia, luego de enfrentar el reto y decidir que estudiaría Licenciatura en español y literatura en un *monstruo* de universidad como lo es la Universidad de Antioquia, y que posteriormente enfrentaría al verdadero monstruo: aulas repletas de niños y jóvenes convencidos de que los docentes son seres sobrenaturales, estereotipados en su aspecto físico y su conocimiento de todo.

Pero no quiero pasar de largo sin expresar cómo fue mi relación con la primera etapa de mi vida escolar. Tenía apenas 4 años cuando aprendí a leer y a escribir y cuando mi mamá decidió que era bueno que fuera a la escuela para que socializará. Ahí conocí el primer monstruo: la *señorita Dolores*, la misma que le dijo al director de la escuela que no le iba a dar clases a una niña *anormal* y que, si tenía que irse, lo haría. El director y mi mamá no prestaron atención a esa situación y tres meses después, la suscrita *señorita* se fue por traslado.

Después de ese complejo episodio, yo sabía que no sería nada fácil pero lo que me importaba era aprender, lo que fuera, pero aprender mucho y poder hablar como la gente inteligente (aún sigo en esa tarea). Luego, vino el segundo monstruo: las aulas y sus estudiantes, niños despiadados que me lastimaban, los mismos que sin remordimiento hacían que el final de mi jornada escolar fuera llanto y desolación. Un jalón de pelo, un episodio incómodo al imitar mi voz, comerse mi lonchera, pegarme, perseguirme y acosarme hasta debilitar mi paciencia; ese fue el día a día de mi escuela primaria, una época que no quería repetir jamás y que solo podía soportar gracias a la paciencia de *Socorro*, la profe que me acompañó en el proceso escolar y que se encargó de castigar a cada uno de los que se ocupaban de hacerme la vida imposible. Aunque no puedo negar ni desconocer que fue también gracias a mi hermano que me cuidó cada día que pasé en la escuela, que estuvo siempre pendiente de mí y que cada semana dejó por lo menos un moretón de algún osado que se metía conmigo.

La secundaria fue un universo muy distinto y allí conocí de mis capacidades para hablar en público, para dirigir grupos y para cuanta cosa se les ocurriera a compañeros y docentes. Allí en el Colegio Las Palmas fue donde vislumbré con claridad lo que era la vida de un docente, donde copié los modelos de lo que quería o no quería hacer si algún día fuera docente, aunque yo me sentía muy segura de no querer hacerlo por cosas que ya he descrito. El ambiente institucional y la calidad humana eran cosas que sentía que tenían que darse en todos lados. Docentes y directivas nunca demostraron que yo no fuera apta para algo, por el contrario, mientras más retos o tareas cumplía, más compleja me ponían todo. Así que desde ahí aprendí que la escuela (colegio por mi experiencia) es el escenario en el que se le puede enseñar a un niño o niña inseguro y tímido de lo que puede ser capaz. Eso me sedujo.

Después vino el tercer monstruo, uno que estaba alojado en mi mente y posiblemente en mi falta de confianza, pero el colegio me había preparado para ello para enfrentarme a la universidad. Creía que los pasillos y aulas de la Universidad de Antioquia estaban habitados por jóvenes de todos los rincones, que por alguna razón habían nacido con un *chip* capaz de aprender más, de hacer más, de proponer más y sobre todo de saber más. Pero la experiencia me fue enseñando que en la Universidad estaban hombres y mujeres como yo que tenían un propósito

en la vida, que se habían forjado un sueño y que deseaban con todo su ser aprender algo con lo que pudieran ayudar a otros y ser profesionales en el sentido más amplio de la palabra.

Mi proceso en la Universidad transcurría tranquilamente, pero con una sensación latente de que podía estar haciendo la carrera equivocada, y aunque yo estuviera convencida de que era la docencia lo que realmente quería, también sabía que el mundo aún no está preparado para lo que no encaja en lo convencional. Yo, una chica por debajo del promedio de estatura, con labio leporino y con unas ganas inconmensurables de devorarme el mundo, debí, sin más, enfrentar el monstruo y demostrarle que no hay ningún estereotipo que venza lo que se desea con toda la fuerza y convicción.

El cara a cara

La Universidad transcurrió sin novedades más allá de ser una época de provocación intelectual y de apertura a las posibilidades que ofrece el universo académico y laboral. Posteriormente llegó la vida real, esa en la que conseguir un puesto o plaza es complejo por no decir titánico. Pero lo que va a ser llega sin más y el primer concurso al que apliqué fue el indicado y la plaza era mía, en 2010 llegaba a la Institución Educativa Presbítero Abraham Jaramillo de San Roque, Antioquia; no conocía el municipio al que llegaba pero eso no tenía importancia, el objetivo era llegar a hacer lo que había planeado cada día desde los últimos semestres de la carrera universitaria: enseñar con vocación, con convicción y con la seguridad de que no hay en el planeta un aprendizaje más importante que el lenguaje, porque es a través de él que se logran todas las cosas que se desean en la vida.

Así fue como se dio el cara a cara, los primeros días de clase, las inseguridades, las preguntas *corchadoras* de estudiantes que querían comprobar que “la profe no sabía nada”, algo como ejemplo, una chica de grado décimo que en la primera semana me dijo: “profe ¿usted si sabe escribir en el tablero?” o las palabras que me escribió un chico de la promoción de 2010 a seis meses de mi llegada cuando hacíamos el proceso de autoevaluación: “profe, a pesar de todo, siempre aprendí mucho y usted sabe más de lo que dicen”.

Por alguna razón que desconozco (y que no quiero averiguar) y que tiene que ver con el monstruo del que he hablado, a mi llegada a la institución educativa se promulgó en la comunidad una idea de que la profe no sabía y una desconfianza camuflada rondó por aulas y pasillos haciendo pensar que detrás de esa apariencia tan poco convencional no podía haber una persona con conocimientos y habilidades como cualquier otra y que por demás era *lógico* que no tuviera el dominio de grupo que se necesita para dirigir una clase y generar aprendizaje y conocimiento dentro una aula.

Esos primeros seis meses, como ya lo mencioné, fueron más una tarea de demostrar que podía ser una docente como cualquier otra, pero los retos me ayudaron enormemente. Cada noche planeaba cómo reaccionar cuando un estudiante o docente me preguntara a cerca de mi trayectoria o quisiera hacerme una pregunta conceptual con la que yo sintiera que cuestionaba mi capacidad y le salí al paso a todo con calma. Silenciosa, pero con dedicación, fui entablando una relación respetuosa y de credibilidad con los estudiantes, en mi quehacer fueron encontrando una profe preocupada por su aprendizaje y paciente para explicar

cuántas veces fuera necesario, dispuesta a pasarse de puesto en puesto corrigiendo cosas puntuales y, sobre todo, crítica en los procesos de lectura y escritura que llevaban a cabo.

Así que los primeros meses del cara a cara fueron precisamente la compleja tarea de mostrar y demostrar que no había nada que impidiera mi capacidad para ser docente, que en este cuerpo pequeño y detrás de esta voz tan poco común, había una profe como cualquier otra que hubieran conocido. Con convicción, con trabajo constante, con entrega y dedicación a todas las tareas que la docencia me fue poniendo, el monstruo se fue desdibujando, el ogro que hubiera imaginado antes, y que de cierta manera me encontré en el cara a cara, fue perdiendo su forma y me encontré un día, de repente, con una imagen bella tal como la había imaginado, una institución que creía en mí y una comunidad que había dejado de desconfiar y se había hecho a la idea de que no son los empaques los que hacen al profesional sino que son los profesionales los que construyen y forjan la calidad de lo que hacen.

Después de esa primera etapa llegó otra mucho más gratificante, un colegio que contaba conmigo para los diferentes procesos, una rectora que me permitía colaborar en el equipo líder, que me confiaba la redacción de informes para enviar a sus superiores y cosas semejantes que luego revisaba y firmaba con total tranquilidad porque sabía de la seriedad de mi trabajo. Posterior a esto siguió una correría por diferentes municipios fortaleciendo los procesos y acompañando a los directivos en la ruta de la calidad, interviniendo en los conversatorios y mostrando qué se estaba haciendo y qué se tenía pensado a nivel institucional para los procesos de mejoramiento; gracias a ello llegué a Remedios, Yolombó, Cisneros, Medellín […] Siempre poniendo la cara por mi institución e intentando proyectar una imagen positiva de lo que hacemos.

En esta etapa acompañé el liderazgo de procesos institucionales que se fueron fortaleciendo y se convirtieron en eslabones claves para el mejoramiento, se consolidaron equipos de trabajo que permitieron una dinámica de reuniones y proposiciones que fueron dando fruto y nos permitieron ver qué debíamos mejorar y cómo hacerlo. Poco a poco se fue clarificando el panorama y nos constituimos como una institución que encontraba una ruta de trabajo por la cual iniciar un cambio y aun con muchos errores y tropiezos seguimos trabajando en ello.

El carácter

Absolutamente convencida de que a un docente lo consolida el carácter y la convicción con la que prepara y se prepara para el ejercicio pedagógico, he recorrido ocho años montada en la idea del carácter en la misma institución y he visto pasar por mis aulas ocho promociones de unos cincuenta o sesenta estudiantes cada año. Me he desempeñado desde el inicio como docente de la media en el área de lengua castellana con grupos que oscilan entre los treinta y uno y los treinta y tres estudiantes, y podría asegurar que no ha habido un solo día en el que haya pensado que no es esto lo que quiero hacer. Por el contrario, al final de cada jornada laboral salgo convencida de que es el trabajo más hermoso del mundo.

Pero, no quiero perderme ni perderlos, hablaba del carácter porque pienso que es el que determina el quehacer, porque es el que va forjando un estilo y va estructurando una metodología que a diario debe reinventarse, actualizarse y fortalecerse. Del carácter del que hablo es uno que a través de la amabilidad y el

saludo cordial que se le ofrece a un estudiante permite de regreso por lo menos una sonrisa o una mirada a los ojos, y esa sonrisa o esa mirada pueden ser un vínculo para comprender por qué un estudiante no aprende, no pone atención o simplemente está ausente del aula, aunque su cuerpo esté presente.

Algunas veces saludo a los chicos *chocando las manos* cuando cumplen con una actividad o responden bien a un cuestionamiento, me rio con ellos de las incoherencias que dicen y eso me permite que hagan un pare cuando ya es conveniente; participar en los momentos de gracia o de humor de manera respetuosa se ha convertido en un acierto a lo largo de mi proceso. Y aunque confieso que es complejo he sabido comprender cuándo es el momento para romper el hielo con un chiste sacado de la misma dinámica de la clase o cuándo contar una historia personal o familiar que ponga en contexto el tema del que se está hablando en clase y genere una sensibilización frente a la importancia de la temática.

Cosas como reírme en mis explicaciones de mi propio tamaño, de las ventajas o desventajas de ser pequeña o de hablar con un sonido nasal y hacerles ver que no es nada del otro mundo, les va otorgando una confianza en la clase, les hace ver que la lengua castellana está más allá de las categorías gramaticales y la formalidad de la sintaxis. Hacer que jueguen *stop* para que comprendan un tema o que armen un cuento que viene cortado por piezas (*puzle*) para que hagan una interpretación y desarrollen un pensamiento crítico frente a algo, los aliviana y los deja más dispuestos para la temática que se inicia.

Mi clase no inicia sin un saludo o sin preguntar cómo están, mi discurso está direccionado a la importancia que tiene el lenguaje para vivir mejor, para generar comunidad, para hacer felices a otros y a nosotros mismos; a lo sustancial que es el lenguaje cuando se habla de familia, de amigos, de novios o de novias, a lo trascendental que puede resultar cuando se piensa en qué oficio o profesión se quiere seguir.

Mi clase se basa en el ejemplo, para cada tema hay uno o varios ejemplos reales, cercanos o lejanos, de ahora o de antes, de personajes famosos o de simples ciudadanos del común que pudieron ver su vida frustrada por no saber defenderse con el lenguaje o que fueron exitosos porque supieron poner las palabras justas en el momento apropiado frente a la persona indicada. Pero sí vale decir que cuando se habla de ejemplos en la clase, casi siempre soy yo quien sirve de ejemplo. Quién me diría que iba a usar mi *disfuncionalidad* como un instrumento pedagógico, que las dificultades que tuve y que tengo con la pronunciación serían una herramienta para explicar por qué y cómo el conocimiento del lenguaje es importante. En este sentido me ha servido para explicar la fonética, la pragmática, la fisiología del lenguaje y la manera cómo alguien puede conseguir lo que quiere a través del buen uso del lenguaje.

Un evento como la entrega de símbolos en una ceremonia, es la manifestación clara de cómo juegan los lenguajes, cómo las posturas, la actitud y el respeto por los asistentes le dan valor a la ceremonia. Es eso a lo que me refiero cuando hablo de lo que intento proyectar y que aprehendan para la vida. Por esta razón todos los escenarios son un pretexto para la construcción del conocimiento desde el área y para la vida y es ahí donde le doy valor a mi carácter. Acompañarlos, dejarles ver que también yo muestro respeto por los procesos y los eventos se convierte en esa manera de educar con el ejemplo y mostrarles que

tenemos que ser más allá del aula de clase y […] ¿Pero cuál carácter? Yo estoy convencida de que el carácter con el que se rige la profesión docente debe ser uno que permita una conexión entre el docente y el estudiante, que abra canales de comunicación amable y respetuosa, que permita una relación dialógica que admita la manifestación de dudas e inquietudes por parte del estudiante y aporte claridades y abra posibilidades de aprendizaje por parte del docente.

En este sentido, el carácter se ha venido forjando desde una perspectiva de amabilidad y autoridad en la que mi posición de docente no significa superioridad, sino que representa la capacidad de acompañar a los estudiantes en el aprendizaje, de guiar en la importancia de poner el lenguaje en un escalón privilegiado de los procesos de aprendizaje para cualquier área del conocimiento. Así, el buen genio, el buen humor y un ambiente siempre de cordialidad mezclado con una autoridad firme, me han permitido desarrollar un estilo para el quehacer pedagógico, estilo que alimento y consolido en espacios de aprendizaje y formación y en el día a día cuando me replanteo la pertinencia y conveniencia de lo que planeo, lo que hago en el aula de clase y los resultados obtenidos.

Pues valga aclarar que ese carácter no estriba en cómo me siento yo, es cómo veo que se sienten mis estudiantes, cómo van entendiendo esa compleja situación de aprender un lenguaje que ya creen aprendido, cómo entienden que es más que *hablar y escribir* y cómo descubren que en el área de lengua castellana construyen el universo lingüístico con el que se van a enfrentar a su vida futura. Es, además, cómo se visualizan en ese futuro y cómo desde mi área puedo apoyar, acompañar y fortalecer a los hombres y mujeres que van a estar mañana en el escenario laboral y social urgidos de la palabra adecuada con la que alcanzarán un logro y llegarán al éxito.

Esta última ha sido mi huella más importante, la marca que se va afianzando cada día en mi quehacer, pues no es lo que pasa en aula de clase, es lo que de la clase queda para la vida. Ese es el aprendizaje que más me importa, el que desarrolla unas habilidades y unas competencias para estar y ser con el mundo, el que le permite a la juventud ingresar sin temores a una sociedad que es aparentemente tosca, pero que es al mismo tiempo un abanico de oportunidades y opciones en las que se puede llegar a ser muy exitoso con valentía, disciplina y convicción.

Lenguaje como herramienta para la vida

Ya he mencionado que el lenguaje es el elemento fundamental con el que se enfrenta el mundo y en mi labor docente, en mi quehacer, en mí día a día, hago la tarea permanente de que los estudiantes de las aulas a las que llego comprendan esta verdad, una verdad que he ido construyendo con los años tras el acercamiento a algunos autores y más que nada al ejercicio de la profesión y a la vida misma, cosa que ha llevado a constituir este pensamiento como mi verdad.

De hecho, suelo decirles a mis estudiantes que intenten ser profesionales de cualquier área del conocimiento sin usar el lenguaje o que como mínimo intenten tener una relación con alguien en la que el lenguaje no sea el que los vincule y que me muestren resultados, pero en el escenario mismo de la pregunta el grupo me responde que eso es imposible porque es por con el lenguaje que se da el proceso comunicativo. Más allá del lenguaje no encuentro otro elemento que sea más significativo, más simbólico y más representativo para las relaciones, esto fue lo que

vislumbre desde mi época de estudiante de secundaria, y esto es lo que se ha venido fortaleciendo desde aquella época hasta hoy cuando soy yo la que acompaña esas aulas de clase.

No puedo ni describir la sensación que experimento cuando uno y otro estudiante me llama *profe*, no saben qué se siente cuando es posible resolver una duda o aclarar una situación académica, pero más que eso, es inconmensurable cuando se siente que lo que se hace en la cotidianidad va dando frutos. Cada que aparece un nuevo escrito hecho por un estudiante, ya sea un cuento, un poema, un ensayo o los trabajos de grado de la media técnica, se siente un pequeño triunfo, y aunque suene ególatra, se siente que se avanza.

Tener un estudiante que constantemente me repite que no es bueno para escribir o que no le gusta, es común y se da todo el tiempo, pero lograr que ese estudiante por ejemplo logre un buen escrito es lo que vale la pena. En el presente año he tenido un chico de décimo que se ha negado a escribir varias veces sustentando que esa no es su fortaleza y se ha sentado en dos o tres oportunidades a explicarme que no es pereza sino una especie de falta de ideas para la escritura porque “no se me ocurre nada profe”. Pero en dicha conversación he intentado siempre que él me comprenda que está lleno de ideas que solo necesita escribir dejando que fluyan, que salgan y se hagan escrito.

Para más precisión se me ha ocurrido que después de leer algunos poemas de Francisco de Quevedo en su texto: Poesía satírica y burlesca, los estudiantes debían hacer su propio poema emulando la forma de escritura del autor. Este fue otro de los escritos a los que se negó mi estudiante y en los que le di más plazo para entregarlo, pues ya sé la complicación que se le presenta en estas tareas. Cuál no habrá sido mi sorpresa cuando lee su poema frente al grupo como lo hicieron los demás, pues suelo hacer el ejercicio de escuchar las producciones de los estudiantes con ellos mismos para que valoren lo que hacen y aprendan entre sí.

Teniendo en cuenta que Quevedo usa un lenguaje fuerte y unas formas un tanto *agresivas* para su poesía, pues fue el máximo representante del conceptismo, yo pedí que se usara el lenguaje fuerte, pero en un poema que se sintiera culto, agradable y estéticamente aceptable. Este es el fragmento del poema que encontré por parte de un estudiante que “no es bueno para escribir”.

> “Estar jodido Joder, adoro la forma en que me miras,
> adoro joderte por tu estatura y corregirte cuando te equivocas,
> corregir tu ortografía y ver cómo te enojas […]
> Todo eso solo para ver cómo te jode que yo te joda
> Cambiando de tema para joderme y joderte,
> me jode como piensa la sociedad,
> sus conceptos básicos de qué está bien,
> y qué les va a joder.”
> Jhon Esteban. Grado 10°A

Es, en este sentido, en el que dimensiono esa sensación bonita de encontrar el camino para lograr motivar a un estudiante a construir algo o a leerlo, porque cuando lo logra, entiende que es un proceso y que en ese proceso se tiene que dar la oportunidad de intentarlo y de explorarse en su yo más profundo hasta encontrar esa fuerza interior que lo impulsa a hacerlo siempre mejor.

No es por la sensación de orgullo ni por un asunto de pretensión, es algo menos vano y mucho más profundo, es la dicha increíble de ver un progreso, de encontrar que las palabras se van hilando en esas mentes adolescentes y que es posible forjar un camino con el lenguaje, desde el lenguaje y para el lenguaje porque no hay otro camino. Siempre suelo repetir que no importa qué carrera u oficio se quiera seguir en el futuro porque para llevarlos a cabo siempre será el lenguaje el elemento principal, y de igual modo no importa la profesión porque será el lenguaje y la capacidad para usarlo, el que permitirá ver al profesional capaz de asumir los compromisos de su cargo.

Esa es la idea que ronda el discurso y las actividades que planeo, siento que es mi compromiso que haya en los estudiantes una visión más amplia como profunda del lenguaje, siento que la juventud tiene una deuda con el lenguaje y sus usos y aunque no desconozco el poder evolutivo del mismo y lo que las redes sociales pueden hacer en la mentalidad infantil y juvenil, soy una convencida de que hay mucho que se puede hacer para que estas generaciones no se pierdan en una rebeldía que pelea contra las normas, incluyendo las gramaticales, las sintácticas y, ante todo, las de escribir con criterio y pulcritud.

Por este motivo es que saco de no sé dónde las ideas simples que permitan la construcción de significados en el trabajo práctico, que además de que puedan incluso parecer un juego, muestren al lenguaje como un aliado y no como un enemigo. No es secreto para nadie que a los estudiantes el área de español, de lengua castellana o de lenguaje como le llamo yo, no les despierta mucho interés y por el contrario suele ser vista como esa que no es tan importante y en la que *obligan* a leer material literario para hacer siempre los mismos trabajos de análisis.

Pues esa no es la idea que yo tengo de mi área de trabajo, creo que, como cualquier docente, le doy la importancia privilegiada y la pongo en el escalón más alto de lo que cualquier ciudadano del mundo debería hacer bien para alcanzar sus logros y posicionarse en el campo laboral, profesional y hasta personal. Por eso es que es más que claro que no soy lo que soy si no defiendo mi postura. De hecho, dicen por ahí que lo que más se busca es de lo que más se padece y tal vez eso es lo que me atrae del lenguaje, por eso persigo voces y autores e intento que los estudiantes las vean y los escuchen, porque eso que me ha hecho falta en términos de la voz, lo veo siempre en los jóvenes y mi interés es que ellos también lo vean.

Intentar que aprendan, que interioricen, que hagan del lenguaje algo que es fundamental para la vida es mi constante, la constante sobre la que se ha construido mi quehacer pedagógico. Así que no ha habido ni habrá un día en el que no inicie mi jornada con ese propósito esencial. Por ello me duele tanto cuando alguien, compañero o no, intenta restarle la importancia al área de lengua castellana y tal vez sin intención les envía a los estudiantes el mensaje equivocado; algo así como cuando les dicen a los chicos: “en la clase de español que no es tan difícil, le pide permiso a la profe y viene para que me haga ese favor”. Y antes no tenía problema en ceder algunos espacios a los estudiantes, pero cuando empecé a ver una tendencia de *permisos* para cuanta cosa se ocurriera, empecé a restringirlos en la misma proporción hasta llegar a un punto de reducción muy cercano al mínimo.

Y es que lo anterior no pasa por egoísmo, pasa porque, como lo mencioné antes, cada uno le da la importancia a lo que le corresponde, a lo que es suyo y con lo que tiene una relación casi que inquebrantable; mi clase es, sin exagerar, el

escenario de mi vida en el que mejor me siento, y no porque la haga bien o no, porque la hago con pasión, porque más que nada es un momento cargado de una energía que intenta proyectarse y encontrar eco, porque es ahí donde soy capaz de poner en escena el yo más íntimo y más profundo de mi ser. Porque es ahí y no en otro lugar donde está la magia.

Sí, la magia, la que me encuentro cada día en esas caras que me miran como diciendo: “no puede ser que nos toca con usted y yo no hice la tarea” o “otra vez a escribir”, y aunque parezca paradójico, ahí es donde todo comienza, donde yo encuentro la opción para ponerme una meta, para revertir ese pensamiento negativo e intentar diluirlo entre las líneas de una hoja que termina reflejando algo muy distinto a lo que yo me encuentro. Y por eso mi devoción por el lenguaje y sus posibilidades, porque a través de él puedo ver más allá de lo que los chicos quieren reflejar y puedo empezar a derribar el muro que a veces ponen entre lo que realmente son y lo que muestran.

Es tan poderoso el lenguaje que desnuda al ser, lo pone indefenso frente al otro sin que apenas lo note, lo expone ajeno a toda duda y todo temor. Por eso, más allá de cualquier teoría o dato histórico, lo que creo, sin dudas, es que el lenguaje es una herramienta que va de lo endógeno a lo exógeno y en esa dirección nos permite una ruta de exploración en el mundo del otro. Y qué mejor herramienta para el docente y para la escuela que ir al interior del estudiante para poder saber de qué manera puede acompañarlo y cómo puede ayudarlo.

NARRATIVA DE MI PRÁCTICA DOCENTE

Robinson Zapata Acevedo

Inicia el tejido

Soy una colcha de retazos de los maestros que han pasado por mi vida, incluidos mis padres; mi madre con su ejemplo de lucha y perseverancia silenciosa y aguerrida por sus hijos, y mi padre por poner en mí la semilla de la lucha ante la dureza de la vida, también son mis maestros.

Todos los maestros me han enseñado algo, los de la escuela cuando era estudiante de Primaria y bachillerato fueron para mí ejemplo de admiración por lo que había en ellos que me llevaba a la ensoñación y el gusto por el saber, en su unicidad, siempre estuve de su lado en aquellos casos en que mis compañeros por capricho adolescente no lo estaban. También cabe mencionar aquí a mis maestros del SENA cuando estudié guía de turismo local, de los que escuché por primera vez la palabra lúdica como manera de enseñar y aprender jugando y que hoy, en medio de los avatares y retos que me plantea mi oficio, la saco del cajón de los recuerdos como una de las salidas para no morir de tedio y que mis estudiantes, a los que me debo y a los que leo un tanto desencantados de la vida a tan temprana edad. A los maestros de la universidad cuando me estaba formando como licenciado, a los de música cuando tuve la oportunidad de aprender a tocar el violonchelo, de mis colegas cuando inicié en un colegio oficial, a los maestros de la especialización cuando decidí cualificar la forma en que enseño mi saber específico.

Como soy un montón de pedazos de muchas figuras de maestro, podría decir que todavía no tengo un modelo de lo que soy y que de pronto tampoco me he formado una identidad de quién es el profesor Robinson. Tal vez, nunca me hice una idea de que quería ser docente, pues posiblemente elegí esta profesión sin reflexionar sobre mis capacidades para serlo, pero siempre quise ser como mis maestros; de cada uno tengo algo, siempre amé lo que decían y la forma de decirlo, tanto, que hoy las palabras de mis maestros también resuenan en el aula como un eco, porque se quedaron en mí, nadie me las puede arrancar y no dejarán de resonar porque aún hoy con una generación diferente estas siguen vigentes. Son palabras que hablan a lo humano y lo humano no pierde su esencia, aunque los tiempos, los contextos y las situaciones sean diferentes.

Una primera experiencia de formación la inicié en la catequesis de mi parroquia en el municipio de Barbosa, sin ningún asomo de la palabra pedagogía en mi vocabulario, de manera inconsciente y con una actividad tan compleja descubrí que había asombro en los niños por cualquier cosa o persona nueva que les llegara en la vida; y es que siempre he sido un asombrado de las cosas que pasan en lo cotidiano, pero me asombran más las personas que tienen la capacidad de asombrarse, esta experiencia me orientaba, pero jamás consideré la posibilidad de la escuela como un destino o una forma de vivir la vida y de ganármela.

La experiencia como maestro la viví en un programa llamado “Una aventura por mi ciudad y mi región” de la Fundación Empresas Públicas de Medellín, realizaba la etapa práctica de la técnica en turismo que mencioné líneas arriba; íbamos en buses contando información relacionada con los atractivos turísticos de la ciudad a pequeños niños de los colegios públicos de Medellín y del Área Metropolitana. Por medio del canto, las rondas y las porras, los recorridos y demás

estrategias lúdicas, intentábamos captar la atención de los niños que, otra vez, asombrados ante lo nuevo hacían como si nos escucharan; en realidad, solo les importaba jugar, comer y sentir el paisaje, lo que pisaban sus pies descalzos y la ciudad que se abalanzaba sobre sus cuerpos con sus grandes estructuras. Las palabras de quién les narraba fechas, acontecimientos, personajes y otras informaciones, no importaban tanto para la mayoría, había otros muy escasos que se quedaban con algo de lo que les contábamos. Entre tanto, yo observaba el papel de los maestros que acompañaban los recorridos con sus grupos y moría de curiosidad por saber cómo habían llegado a ese lugar.

La universidad fue para mí el lugar donde pude aprender teórica y utópicamente a ciegas todo lo que un docente debe ser para empezar el camino. De cierta manera, las elecciones son ciegas, las tomamos sin saber el panorama que nos espera al llegar a la meta, en el camino vamos transformándonos, siendo otros al llegar a la meta; formado por los discursos de grandes eminencias del discurso pedagógico, me sentí nadando en las mieles del saber, sobre todo aquello que estructura mi conocimiento específico y pedagógico, era beber directamente de la fuente y a pesar de la extensión en el tiempo y de todo lo que tiene que pasar para terminar un pregrado, pude egresar, con el miedo al momento de enfrentarme a una multitud de estudiantes queriendo saber y aprender de mí. Ahora yo representaba aquello que en el pasado tanto admiré, podría afirmar que esa admiración que siempre profesé a mis maestros me condujo en el camino a ser maestro también, algo así como imitación.

De mis maestros resuena el amor a la música y demás expresiones artísticas, también algunas formas de organizar el conocimiento para entregarlo a mis estudiantes y la dignidad de ser formadores; hoy por hoy siento que ser maestro es una tarea de mucha grandeza y exigencia desde lo humano y desde la concepción del otro.

Mi etapa práctica de la universidad no fue una experiencia de aula propiamente, sino una propuesta de trabajo en la que después de seleccionar algunos estudiantes líderes del grado octavo del José Félix de Restrepo (INEM), trabajamos algunos talleres en temática de derechos humanos, donde estos líderes que debían empoderarse como defensores de dichos derechos en el ámbito de la escuela. No fue una experiencia donde pude retarme como docente, pues no me expuse individualmente con mis saberes y mis estrategias de manejo de grupo, sino más bien como un moderador de unos talleres en los que los estudiantes debían responder a través de formatos y entrevistas. Los estudiantes obtenían información que, si bien les aportaba herramientas para su formación como líderes, también era una recolección de evidencias de un trabajo que debía ser tabulado y que sería parte de un trabajo de grado.

Otros maestros que contribuyeron a mi formación han sido los profesores de instrumento, con quienes he sido un aprendiz desde las crisis y los desaciertos, aunque son más jóvenes que yo, la música les ha prodigado ese amor por lo que hacen, que no es otra cosa que enseñar la técnica y la música, he aprendido la paciencia, la importancia de repetir lo que no puede aprender a primera vista hasta hacerlo de uno como parte esencial.

El tejido va tomando forma

La experiencia que narro a continuación la tuve en el área de educación infantil de Comfenalco cuando, sin terminar la universidad, en el año 2010, ingresé al programa Entorno Familiar que se desarrolló en el área rural del municipio de Barbosa, de donde soy oriundo, con padres y niños entre los cero meses y los cinco años de edad, pertenecientes a niveles socioeconómicos bajos; con la tutela de las profesoras de Comfenalco aprendimos la metodología Crisol para brindar a las familias otras miradas acerca de la crianza de sus hijos y acerca de cómo vivir en familia de acuerdo al respeto como base.

La metodología Crisol es una apuesta educativa infantil basada en formar al ser humano usando como herramienta principal los lenguajes expresivos del arte, la danza, la pintura, la música, la creatividad; traída de Reggio Emilia, una pequeña ciudad de Italia donde se implementó por primera vez y donde tuvo un éxito que la popularizó como una forma de educar seres humanos felices, se trabajaba con los niños y las madres al tiempo, viviendo experiencias sensoriales basadas en el contacto, el dialogo, y el amor como base de cada encuentro. Ahí aprendí que la educación tiene diversas miradas como personas y que puedo también desde el afecto crear posibilidades que transformen la vida del otro. Trabajando en el empoderamiento de mi papel como formador, las madres pertenecientes a los grupos también nos recibían en sus casas, pues hacíamos visitas domiciliarias con el fin de observar los entornos en los que habitaban las familias y nos reconocían como profesores que tenían mucho para enseñarles; hablo en colectivo porque trabajaba acompañado de una docente auxiliar que complementaba el trabajo y en equipo lo hicimos muy bien. Hoy por hoy, los niños están más grandes y al encontrármelos con sus mamás me reconocen como el primer *profe* que tuvieron, y siempre hay sonrisas y saludos. Aunque los niños y niñas no se acuerdan porque eran muy pequeños, sus madres y padres sí lo hacen y veo en sus ojos un brillo de buenos recuerdos que me alegra el alma y que me convencen de que de mi paso por sus vidas algo bueno pudo haber quedado.

Como todos los proyectos, este también tuvo fin. Por cuestiones de voluntad política no hubo una continuidad y entonces tuve que emprender otro proceso laboral, pues no podía quedarme sin trabajar si quería continuar la carrera. Accedí a otra convocatoria con el departamento para la prosperidad social de la Agencia Nacional para la Superación de la Pobreza Extrema, también en el área rural del municipio de Barbosa, esta vez, en diferentes veredas y con familias en situación de pobreza extrema que debían gestionar para vencer esta situación, a través de unos logros que con la ayuda de mi papel como cogestor social debían cumplir. En esta labor también hacia una labor formativa de jóvenes y adultos en lo referente a la restitución de derechos, las buenas pautas de crianza y convivencia en la familia, la generación de buenos hábitos alimenticios y la necesidad de educarse mínimamente para poder acceder a condiciones de vida más dignas.

Definitivamente, esta puntada tiene una gran importancia en el tejido de mi vida como docente, pues es en la familia directamente donde se puede evidenciar la falta de formación, las condiciones de vida, el número de hijos, el estado de la vivienda, los hábitos de vida en lo referente a la alimentación, la salud y, el desempleo, los cuales reflejan los niveles de educación que tienen por libre elección o simplemente por la falta de oportunidades para acceder a educación de calidad en este país; por lo que podemos decir además que la realidad nacional también

influye en la decisión que uno toma para construirse como formador, para intentar cambiar algo; la realidad nacional nos enseña a mirar el más allá del aula, las realidades que trascienden las murallas de la escuela; se puede decir que hoy desde mi experiencia la familia tiene las puertas abiertas de mi aula para entrar y transformarnos.

Todo esto lo pude compartir sin darme cuenta que esa imagen inconsciente de maestro se construía con cada vivencia, en el compartir con los demás desde lo formativo y comunitario.

Un nuevo hilar para retomar y poner en práctica lo aprendido

No todo llega en el momento preciso, una mañana de enero de 2015 recibo una llamada de la Secretaría de Educación de Antioquia donde me ofrecen el cargo de docente en una Institución Educativa en el municipio de Santa Bárbara; ahora sí me enfrentaría a grupos de estudiantes desde mi saber, logrando aprender acerca de cómo manejar grupos de estudiantes adolescentes cuyo aprendizaje estaba en mis manos. No puedo negar el miedo que me generaba tan solo pensar en el momento en que me enfrentaría a lo que había temido siempre, pero también, para lo cual me había preparado; a pesar de ello no me sentía muy preparado por la complejidad que requiere, desde lo humano, enfrentarse a la diversidad de los adolescentes y más de los que me encontré en esta experiencia que desde que llegué fueron un reto hasta el último día.

Allí, encontré muchas situaciones difíciles, estudiantes de todo tipo y condición a los cuales ni siquiera les importaba mi presencia en el aula; tal vez por mi cara de joven, mi estatura, mi forma de dirigirme a ellos nada autoritaria ni intimidante, tuve muchos tropiezos porque algunos estudiantes, con miles de problemas económicos y familiares que yo no comprendía, después de proponerles un trabajo para las clases, solo se dedicaban a hacer que todo fuera un caos al que yo tenía que responder con mi discurso, a veces desde el enojo, a veces desde la nota como medio de coerción. Definitivamente, quién te enoja te domina, como dice el proverbio, y mi inteligencia emocional tan corta o quizás sin construir, no me ayudó mucho y en ocasiones tuve que recurrir a la coordinadora para que estableciera el orden que yo mismo no era capaz de generar y que muchas veces yo mismo era quien lo alteraba […] Llegué a desordenar el aula con reacciones y palabras que no eran adecuadas para comunicarme con estudiantes que, día tras día, me atacaban por mi lado más débil.

No puedo decir que todo fue negativo, también encontré estudiantes con los que pude generar aprendizajes mediados por el afecto y por las ganas de aprender lo que yo me proponía enseñarles. De todos modos, nunca se me ha quitado la sensación de tristeza, desazón, sentimiento de culpa que me generaban los estudiantes que no me abrían el corazón y que me miraban con pereza y que refunfuñaban o hacían malos comentarios cuando yo me aproximaba al aula de clases. Desde la mirada que puedo hacer hoy, desde este lado, puedo pensar que eso no era problema mío y que la pereza o la falta de disposición o actitud de algunos estudiantes para el trabajo, solo es producto de la sociedad actual, que en su dinámica idiotiza al ser humano, haciéndole creer que lo importante de la vida está tras una pantalla.

Y es que es difícil querer enseñar algo a quien no quiere aprender. Cuando el corazón no está dispuesto ninguno de los otros sentidos del cuerpo funcionan en

pro de la enseñanza o el aprendizaje, Hoy ante un nuevo reto, en este camino de formar seres humanos, recibo lo que llega con los brazos abiertos, consciente de que es un fragmento más de este tejido que es mi vida de maestro, que no ha sido una elección sino una construcción o un tejido y en tanto construcción o tejido, no está terminada; sé que hay momentos en que tengo que desbaratar y pegar de nuevo los adobes o hilar la lana, pero lo que soy hoy, como humano, lo debo a los maestros y desde esta perspectiva, también son maestros, mis estudiantes.

Hoy por hoy, entiendo mi relación con los estudiantes con la calma de un diálogo individual en el que cada uno desde su subjetividad debe ser mirado y escuchado con lentes y oídos diferentes sin ser adjetivado. Los estudiantes son para mí un material delicado que debe abordarse con mucho tacto; cada uno exige formas diferentes en el trato y, como formador, debo afinar la mirada para que este trato sea adecuado.

A los padres de familia, o bueno, a algunas madres, las más presentes en el proceso de enseñanza aprendizaje, las leo como unas enamoradas de sus hijos, en la medida que acompañan el proceso formativo y en la mayoría de las veces complementan el trabajo propuesto desde el aula y re-alimentan de mi labor docente, con miras a la mejora; mi aula es abierta a la familia para dialogar sobre el proceso de cada estudiante y para trabajar conjuntamente en su construcción, considero que en la medida que el aula y la escuela se abre a la familia, la comunicación fluye y la formación del estudiante tendrá bases más sólidas.

VIVENCIAS DOCENTES

Historias semejantes a la de Gregorio Samsa

Wilson Ramírez Salazar

"Los imbéciles poseen honores y riquezas;
si yo estoy pobre, olvidado,
es por eso, por incomprendido.
La culpa la tienen los demás"
(Fernando González)

En la profesión docente se ofrecen muchas jornadas de capacitación, en las cuales nos dicen, de una forma diplomática y tácita, la incapacidad (eso piensan los conferencistas), que tenemos al efectuar nuestras prácticas pedagógicas. Me gusta inscribirme y participar en esas jornadas con el fin de encontrar teorías y prácticas novedosas, pero, me aburren descubrimientos como: "todas las asignaturas deben apuntar a la comprensión de lectura". Lo expreso debido a que llevo más de quince años escuchando esta misma deducción impartida por distintos doctos de la educación. Me hace recordar a Fray Bartolomé Arrazola cuando quiso engañar a los indígenas diciéndoles que podía hacer que el sol se oscureciera en su altura y terminó con el corazón retirado de su cuerpo.

Llevo en la docencia entre quince y dieciséis años; he laborado en diez instituciones, siempre en mis áreas específicas, matemáticas y ciencias naturales. En primaria cinco años, en secundaria once años y en la educación rural siete años, desarrollando la práctica educativa con diferentes poblaciones y modelos educativos.

Me inscribí en un diplomado sobre Investigación Educativa: profesionalidad docente, en el marco del Centro de Pensamiento Pedagógico que tiene como uno de sus objetivos comprender la cultura profesional pedagógica de los maestros de Antioquia, a partir de sus trayectos biográficos. Este diplomado es una invitación a contar muchas de las aventuras que vivimos los docentes: maquilladas, felices, tristes y otras trágicas, derivadas de las condiciones habituales en las cuales estamos los profesores de este hermoso y convulsionado país.

Recordaré y escribiré sobre algunas situaciones y experiencias escolares de algunos de mis colegas y mías también, donde a pesar de las dificultades me he encontrado con las cualidades que ellos poseen y que no han sido vistas y valoradas por el sistema educativo. Las experiencias me han servido para reflexionar permanentemente sobre mi práctica pedagógica y tener una postura realista de labor docente en nuestro país.

Habito en un pueblo antioqueño debido a mi profesión docente y decisión personal o circunstancial; me desplazo todos los días del pueblo a la escuela por una vía abrupta, solitaria y olvidada, que desbarata motos, bicicletas, piernas y quiebra billeteras. Además, con un maletín en la espalda con una cantidad de objetos difícilmente predecibles, pero útiles, para cualquier profesor.

Saliendo de la escuela con mis atuendos muy bien seleccionados para la ocasión, pero objetados por la alta alcurnia, no me percaté que venía detrás mi fiel compañero de la escuela: un perro criollo nombrado Nacho por su amo. ¡Vaya

casualidad!, así se llama la famosa cartilla de iniciación a la lectura. Lo más extraño es que este animal siempre me acompaña, siempre está ahí de alguna forma, conmoviendo con su precaria existencia a los habitantes de la vereda, incluso, su presencia cotidiana y su desvalida existencia, generalmente, lo invisibiliza. Mi compañero canino fue abandonado por su amo en la vereda, y debido a esta fatal circunstancia, el perro a todo el que ve se le acerca con entusiasmo y con la vana ilusión de superar sus males, para esto se vale de un gemido, un ladrido o movimientos afectuosos, pero a raíz de la indiferencia, siempre sale apaleado y con la cola entre las patas.

Salud física y mental de los docentes

Hace algunos años trabajé en una institución educativa privada del municipio de Medellín, que se enfocaba en estudiantes con dificultades de aprendizaje y de convivencia. Allí conocí una profesora de lenguaje, le encantaba declamar y poseía una excelente oratoria; mi compañera en su labor educativa afrontó varias situaciones complejas que generan este tipo de estudiantes, además del exceso de trabajo, y la exigencia de un sinfín supuesto de habilidades personales que debe tener un docente. A pesar de estas problemáticas salió adelante en su labor y siempre trataba a la comunidad educativa con amabilidad y bondad.

En el inicio del tercer período escolar del año 2007, visitó al médico y le diagnosticaron cáncer de seno; de esta situación solo se dieron cuenta los directivos de la institución y algunos compañeros docentes; información que les sirvió de anticipo a las directivas y a la administración de la institución para no renovarle el contrato a diez meses que firmábamos al comienzo del año.

Este hecho es una condición habitual de los docentes de nuestro país y en especial en colegios privados, al igual que mi compañera, los profesores deben brindar sus mejores clases, aunque estén padeciendo o tengan al acecho cualquier tipo de enfermedad, son despedidos y dejados a la deriva por causa de contratos que deterioran la calidad de vida del docente y sus prácticas en el aula. Se habla de calidad educativa, pero se es indiferente a las problemáticas de salud física y mental de los docentes.

En mis reminiscencias veo a esta colega cuando me cuenta cómo transformó un líder negativo en su clase de lenguaje, llevándolo a ser monitor y así cambio positivamente la relación de él hacia la materia, hacia el grupo y hacia ella.

Con la profesora compartí muchos espacios y momentos educativos, inicialmente le ayudaba a digitar las notas, lo que ayuda a fortalecer vínculos de amistad que enriquecen la labor docente. Conversábamos en los descansos pedagógicos y a veces nos íbamos a tertuliar a cafeterías ubicadas en Medellín; uno de los temas que nos llamaban la atención era que varios de los estudiantes de esta institución pertenecían a familias adineradas, pero evidencian diferentes problemas afectivos. Los docentes utilizaban distintas estrategias para brindar ayuda a los estudiantes, a mí me sirvió considerablemente compartir con ellos actividades diferentes a las académicas, por ejemplo, practicar el microfútbol y los juegos de mesa.

Con respecto a Nacho les cuento que sigue a mi lado, me mira como anhelando que yo sea su nuevo amo y así suplir todas sus necesidades perrunas; anteriormente las personas se compadecían más del perrito, ahora, si pueden, lo sacan a patadas cuando algunas de sus acciones no les agrada. El perrito antes

deambulaba con una manada de perros en el campo, padecía hambre, pero no la soledad.

Soledad y abandono del docente.

Hablando de soledad y aislamiento, los conocí en una institución educativa de un municipio antioqueño, en este lugar pude fisgonear sanamente las conductas y creencias de una gran docente. De esta dama me asombró su dedicación, si la medimos desde el punto de vista del horario y la cantidad de trabajo que revisaba en su tiempo libre. Trabajaba en la jornada de la mañana, pero salía de la institución a las nueve de la noche varios días de la semana, calificando montañas de cuadernos y un buen número de evaluaciones.

Era un ser humano cálido, su formación académica no era en matemáticas, sin embargo, hace varios años la habían nombrado para dictar esta asignatura y lo hacía con su mayor esfuerzo. Le gustaba cocinar y sacar tiempo para ir a misa, tenía como rito, en particular, un ceremonioso cuidado de las plantas.

La profe. hacia muchos favores, pero a ella le hacían pocos, en el tiempo que estuve en la institución siempre existió la ruin intención de trasladarla inconsultamente, dizque porque “no tenía control de grupo”. Era una mujer alejada de la vanidad, enfocada en descubrir didácticas que le permitieran hacer de su clase algo placentero y alejar los rumores de sus prácticas pedagógicas tradicionales, me hablaba mucho de cómo utilizaba las torres de Hanói en sus clases. Al compartir varias jornadas laborales con ella, pude empatizar y darme cuenta que padecía una ausencia involuntaria de compañía, sus padres habían fallecido y el resto de su familia se encontraba lejos, por momentos destellaba tristeza ya que había enfrentado varias desilusiones.

La soledad y el aislamiento son temidos, pero en la profesión docente es una condición que debemos asumir a causa de nuestra elección laboral. Existe un gran número de docentes alejados de sus familias dado que sus lugares de trabajo son escuelas y colegios distantes por muchos kilómetros de sus hogares. La profe llenó el vacío de la soledad con el exceso de trabajo, representado en montañas de cuadernos, evaluaciones para corregir, formatos para llenar y preparaciones de clase. Varias veces observé sus clases y la escuchaba corregir a sus estudiantes la ortografía y la expresión oral; además, era de destacar su extrema paciencia y decoro.

En esta institución, como en otras, por mi perfil, fui nombrado jefe de área, programábamos una reunión semanalmente para planear estrategias que aportaran a mejorar las competencias lógico-matemáticas en los estudiantes. Estas reuniones eran espacios de reflexión y aprendizaje. En esta institución el grupo docentes de matemáticas era realmente un equipo de trabajo, cada docente desempeñaba su función de la mejor manera. Planeamos una feria de la ciencia con un componente matemático en la cual los estudiantes, bajo la tutoría de los docentes, diseñaron un conjunto de juegos basados en conceptos matemáticos. Esta feria de la ciencia fue un éxito rotundo. El rector de la institución resaltó nuestra labor y evidenció los resultados de la gestión de los docentes en el incremento del puntaje en las pruebas externas.

Con respecto a Nacho un día pasó por un centro de estudios y un grupo de personas le lanzó piedras, varias acertaron en el cuerpo de Nacho y desde entonces ya no camina igual. Se ve rengo.

Incomprendido

En otra institución de Antioquia tuve el placer de trabajar con un docente de primaria que culminaba estudios de psicología, su padre había sido músico y él había heredado la habilidad de tocar varios instrumentos musicales, el que más usaba era la guitarra; además implementaba el inglés con sus estudiantes de primaria a partir de la interacción en las clases. A pesar de poseer tantas competencias académicas y artísticas, este compañero tuvo muchas dificultades con padres de familia, colegas docentes y directivos.

Su práctica pedagógica era diferente a la que se desarrollaba en aquel pequeño pueblito. Gracias a él conocí las regletas numéricas, un material que él usaba en sus clases de matemáticas y que compartía con entusiasmo y sin ningún tipo de egoísmo, las usaba para enseñar a sumar, restar, multiplicar y dividir. Era maravilloso escuchar lo exitoso que le resultaba esta didáctica en sus clases. Le tocó padecer el acoso de un estudiante de extra edad, decían que era paranoico, y por una amenaza fue trasladado a otra región.

La última vez que lo vi cojeaba por una dolencia crónica en su cadera, iba con su tula de indígena, a pesar de su afán, como cortesía, sacó tiempo para contarme una de sus anécdotas de misticismo, me dio una palmadita en la espalda y se despidió con un gesto interrogativo y una sonrisa. Lo último que supe de él fue que lo pensionaron por quebrantos de salud, quizá fue un maestro incomprendido como el Manjarrés de Fernando González.

El profe me compartió su metodología para la enseñanza del inglés, la que aún pongo en práctica, él buscaba términos familiares para hablar con las niñas y los niños en este idioma y lo reforzaba a partir de rondas e instrumentos musicales. Uso esta metodología y los estudiantes la disfrutan, escucharlos entornar “los pollitos dicen” en el idioma ingles valida la importancia de compartir metodologías exitosas con otros colegas.

Estas situaciones, experiencias, metodologías, interacciones y relaciones escolares han fortalecido mi práctica pedagógica, y me han sumado diferentes posibilidades de intervención pedagógica y didáctica en el aula. Con los estudiantes hay que echar mano de cualquier estrategia que haya funcionado para resolver las diferentes problemáticas escolares. El deporte, el aprovechamiento del tiempo libre, el uso de didácticas como la torre de Hanói y las regletas en matemáticas, las rondas en inglés, etc., abren un abanico de alternativas didácticas para la transmisión de conocimientos y resolución de diferentes situaciones que se presentan en las comunidades educativas.

Elogiar la profesión y las cualidades de los compañeros docentes a pesar del menosprecio que le brindan la sociedad y el Estado, es una acción de resistencia al deterioro ético y social de esta actividad. Reflexionar sobre las realidades que enfrentan día a día los educadores en este país, debe ser una preocupación del gremio docente, defendiéndonos de demagogias educativas que recargan la educación en los docentes y olvidan que es un trabajo de todos. La sociedad y el Estado se deben concientizar que el docente es un ser humano, que como profesional puede tener aciertos y desaciertos, que está desarrollando una labor de extrema complejidad y por lo tanto es de suma importancia proporcionarle unas condiciones de trabajo dignas, para validar los cuestionamientos de su actuar como docente.

¡Pobre Nacho! Sufre de dolores terribles, sus patitas traseras medio le responden y con dificultad usa las de adelante ¡Cuál va a ser su final!

HABÍA UNA VEZ UNA MAESTRA EN FORMACIÓN

María Fernanda García

Un día soñé con ser docente; tengo veintinueve años y en la actualidad lo soy. Llevo cinco años ejerciendo esta profesión. Si en términos de una etapa evolutiva me ubicara, sé que soy una *niña*, una niña que apenas está creciendo en este cuento, y por ello está en proceso de maduración, de cambios, de conflictos. Sin embargo, por lo que vivencié en mi casa, más la experiencia académica en la Escuela Normal Superior de Medellín y mis estudios en la Universidad de Antioquia me retracto. Hoy no quiero ser profesora; deseo, anhelo y estoy en camino de ser una maestra. La diferencia es grande y empiezo a explicarla a partir de la siguiente experiencia.

Mi sueño comenzó desde que he sido testigo de la labor desempeñada por una madre comunitaria que ha estado al servicio de los niños y las familias de su comunidad; una madre comunitaria que, a pesar de la poca remuneración y del poco reconocimiento que ha tenido su gremio para el gobierno, siempre ha estado para formar. La persona a la que me refiero es Astrid Parra Jaramillo, mi madre, quien lleva veintiocho años en esta labor. De ahí que, con toda convicción, puedo decir que ese título de madre comunitaria no le queda pequeño, pues se ha comportado justamente como una madre para todos. Su amor, dedicación, exigencia, ganas de superación, su propia formación y todo lo que la integra fueron las características esenciales que me contagiaron de su vocación.

Mis juegos, por ese entonces, siempre estuvieron cargados de ese toque profesoral: la que enseña, corrige, habla sin temor, con seguridad, la que escucha, la líder, esa era yo. La regla, un delantal y, por supuesto, los cuadernos y esferos, me acompañaban en esa representación. Luego, ese juego pasó a algo más serio: mi recorrido por la Escuela Normal Superior de Medellín. La decisión para que me ingresaran en este colegio fue contundente; sin pensarlo, dije sí.

En la Normal nos dejaron siempre muy claro: la vocación es la que nos impulsa y mantiene en esta novela realista y a veces fantástica de la escuela; de nosotros depende que nuestro bienestar se refleje en los otros, o sea, los estudiantes. La vocación es lo primero que nos hace maestros; no es cuestión de opción, sino de vocación y ese aspecto lo cumplo a cabalidad.

Otro, es el impacto que generemos en los estudiantes. Recuerdo perfectamente la opinión de dos profesoras de la Normal quienes me expresaban que yo tenía algo a mi favor como futura docente y era la belleza física, según ellas, para generar empatía. Pensándolo bien, tuvieron algo de razón, y digo que algo porque la apariencia física me ha permitido llegarles relativamente fácil a los jóvenes, pero una vez abro mi boca y me muestro como soy, esa apariencia se opaca y mi yo es el que empieza a ponerse en escena.

Día a día me he cuestionado la imagen que dejo en los alumnos; qué es lo que reflejo, qué piensan sobre mí, qué recordarán de María Fernanda en diez, veinte o más años. Quizá esos cuestionamientos son lo que, en últimas, me ha llevado a pensar en que el maestro nunca será olvidado porque siempre dejará una huella indeleble en la memoria de sus estudiantes y no precisamente por los conceptos o temas enseñados, sino por lo que es como persona, y la verdad, sí espero dejar alguna huella positiva en ellos.

Retomando la experiencia como bachiller normalista, debo destacar que el contacto con los grados inferiores realizando mis micro prácticas incentivaban cada vez más mi vocación. Incluso, las dificultades que se me presentaban no me hacían vacilar, al contrario, me llenaban de expectativa, las convertía en un reto. Allí tuve contacto directo con los estudiantes de primaria, pensábamos en actividades para su ejecución y solucionábamos conflictos; aparte de ello, realizábamos reflexión pedagógica en los diarios de campo; fue así como nos introdujeron de una vez en la dinámica en la cual nos íbamos a mover al continuar esta profesión.

Al pasar a la Universidad de Antioquia, aun cursando undécimo, año 2005, desistí de realizar el ciclo complementario, pues claro, sí prefería estar en la universidad, dar ese paso inmediato a ese escenario tan tentador y de "categoría", pero lo lamento, en cierta medida porque no pasé por los caminos del ciclo, ese recorrido que estoy segura me hubiera fortalecido en lo que hoy considero una falencia en mi práctica: la didáctica. La universidad me adentró teóricamente, y desde las experiencias vividas por otros, en el mundo de la educación en el aula. De ahí que eso trabajado en clase cada vez más se convertía en un imaginario y en un deseo por cumplir. No obstante, la práctica solo se daba en los últimos semestres de la carrera, ahí sí es cuando nosotros, los aprendizajes, los maestros en formación, tenemos un contacto directo con los estudiantes, sus condiciones y necesidades. El proyecto de grado, a pesar de haber sido pensado para su ejecución con los estudiantes, fue una excusa para conocer la realidad del aula: niñas entre doce y trece años (colegio femenino) que buscaban un lugar de reconocimiento, otras solitarias y ensimismadas, otras extrovertidas y bulliciosas, otras que contantemente querían demostrar sus problemas y dificultades familiares y sociales, otras pensando en el novio o amigo, en fin, un sinnúmero de situaciones que dejaban de lado un poco ese proyecto pensado y que tocaban otros aspectos. No podíamos ser indiferentes. Ahí empecé a darme cuenta del reto que se me venía encima, una realidad que iba a ser mi cotidianidad.

Después de graduarme en la licenciatura, tuve varias experiencias como auxiliar y luego como docente, antes de vincularme en el magisterio. En dos ocasiones estuve con grados inferiores, con niños, y la verdad fueron unas experiencias muy trágicas, me confrontaba continuamente por qué, aun habiendo tenido la oportunidad de interactuar con esta población por la guardería de mi mamá, yo no era capaz de lidiar con esos niños, por qué no y mi mamá sí. En ambas experiencias salía de esos escenarios, literalmente, llorando e incluso enferma. Ahí me di cuenta que lo mío no era trabajar con primaria, pues justo cuando empecé en bachillerato mi alma se restableció y mis desilusiones empezaron a desvanecerse. Y, por tanto, mi admiración completa por las profesoras de primaria.

Los preadolescentes y adolescentes, incluso hoy, los adultos con los cuales trabajo en el Sabatino, son el motivo de mis alegrías, mis acciones, mis cuestionamientos, mis retos, mi satisfacción como maestra en formación; ahí sí diferí de la dirección de mi vocación respecto a la de mi mamá

Con los muchachos ya hay un toque de conciencia, de escucha, la cuestión es saberles llegar. Mi discurso para con esta población, definitivamente, siempre ha estado centrado desde lo humano; no me ha interesado llenarlos de unos contenidos en sus cabezas ni en sus cuadernos; siempre he pensado que la prioridad está orientada en el ser, la relación consigo mismo y con los otros.

Este interés que tengo por lo humano, considero yo, ha estado muy marcado por muchos maestros que tuve en la universidad que, a pesar de que esta no ofreciera la oportunidad de tener prácticas desde semestres inferiores, como ya lo dije, sí tiene el privilegio de contar con unos maestros humanistas, preocupados por generar conciencia de los vacíos del hombre en una sociedad tan competitiva, tan hermética, tan del saber, pero que, en lo espiritual, en lo humano, hay una degradación. Nosotros somos unos de los llamados a aportar en el cambio y, por lo menos yo, desde mi sentir y mi lugar en el aula, trato de hacerlo.

La experiencia que voy adquiriendo me va mostrando, cada vez más, cuán necesitados están los muchachos por fortalecerse emocionalmente, por manejar sus sensaciones, sus impulsos y de establecer relaciones sanas con los demás.

Es por ello que hago la aclaración de que ser docente no es sinónimo de ser maestro, pues el maestro no deja de lado el ser de los estudiantes por cumplir con el saber; ambas van tomadas de la mano, pero es el ser el que permite que el conocimiento llegue de una manera significativa en ellos. No al revés. Y, por otro lado, el maestro no es una figura inaccesible para los estudiantes, al contrario, está a su servicio. Esto, justamente, me lo ha hecho resignificar lo que he observado en algunos colegas, quienes se dedican a mostrar una imagen antipática ante los estudiantes porque a ellos “no se les puede dar confianza”, porque “hay que mantener el orden”, porque “prefiero que me tengan respeto a que me cojan la clase de parche”, entre otras expresiones que lo único que evidencian es que necesitan de un escudo o barrera para no mostrar su poca idoneidad y vocación en esta labor. Y, lamentablemente, muchos de esos sujetos no tienen o no les importa tener la conciencia de que su actitud marca, deja huella, pero de forma negativa, en sus estudiantes. Nosotros tenemos a cargo vidas y una participación activa en ellas, somos, como en un texto narrativo, personajes que ayudan, que se convierten en facilitadores del protagonista, o bien, somos sus propios enemigos, el antagonista de la historia que lo que hacen es destruir y quebrantar su vida.

Así pues, la apuesta que hago a partir del retrato de mi mamá, ese juego entre exigencia y amor, es la que poco a poco me va acercando a mi meta. El verdadero maestro logra, por ende, que sus relaciones estén basadas en el respeto, pero también en la empatía, una empatía que se logra a través de la palabra, el tacto, la sensibilidad y lo humano.

CONFIANDO EN MI LABOR

Piedad Franco Cataño

Después de veintidós años de trabajo, trato de escribir sobre mi experiencia pedagógica. Pienso en lo difícil que es y en lo doloroso que resulta revisar cada página de nuestra historia, especialmente cuando se experimenta esa sensación de estar en deuda con la vida; sin embargo, me reconfortan algunos recuerdos de mi infancia.

Crecí en ese mundo maravilloso que representa el campo (un espacio abierto a la originalidad), donde construíamos carreteras, puentes, edificios, hornos, animales, pesebres, todo ello con material de desecho; éramos libres, nadie limitaba los espacios, podíamos explorar, gritar, reír, llorar, no estábamos amortajados con el lienzo del horario, la disciplina rígida o con los aparatos tecnológicos. De ahí pasé al pueblo, al preescolar; un *kínder* particular con una gran profesora. Una morena de edad a la que recuerdo con mucho cariño, a pesar de los reglazos a los que nos tenía acondicionados, pues cada vez que cometíamos una falta, nos disponíamos a recibirlos sin objeciones, en ese entonces, estábamos convencidos que lo merecíamos (uno, dos reglazos, en la palma de la mano). Pero no todo era regla, había también estímulos, gestos amables y palabras cariñosas. ¡Para todos! No había preferencia o discriminación alguna. La igualdad, un valor digno de imitar, un aporte que se hace desde la escuela a la democracia, porque los valores no se aprenden a través de cátedra, se adquieren en el día a día con el ejemplo, con actitudes en la forma de relacionarnos con otros.

En cuanto al método que utilizaba para enseñar a leer y a escribir era el silábico, debíamos identificar por separado cada uno de los sonidos del lenguaje. Nos enseñaba a articular correctamente las sílabas, lo más importante, eran las poesías, rondas, canciones, trabalenguas, y las castañuelas que no podían faltar, esto facilitaba el ritmo. No era licenciada, ni normalista, era una maestra con vocación, quizá sin saberlo nos estaba conquistando para el aprendizaje con el afecto, con el amor y con la lúdica.

Recuerdo que cuando mi papá llegaba los sábados de la finca se recostaba a descansar y todos se reunían a escuchar lo que yo había aprendido durante la semana, incluyendo canto y poesía. Ellos me aplaudían sorprendidos por los logros cada vez más notables y era que de allí salíamos leyendo y escribiendo; preparados para segundo.

Era un honor estudiar ahí. La clausura se constituía en un gran acontecimiento, un acto cultural con demostraciones artísticas y examen de religión ante invitados muy importantes: el alcalde, el párroco, el médico y los padres de familia.

Cuando salíamos del *kínder* pasábamos a segundo de la escuela oficial, pero ahí la vida escolar perdía su mágico encanto; pasábamos a ser un código con profesoras en su mayoría déspotas y autoritarias, que nos hacían memorizar las lecciones para decirlas oralmente o por escrito. Era horrible, el examen -hoy evaluación- por la tensión que generaba el ritual de separar las sillas, enumerar filas, guardar todo; solo quedaba la hoja, el borrador, el lápiz y la *señorita* (así se le denominaba a la docente) con el ceño fruncido, paseándose, haciendo el recorrido de control y vigilancia. Perder el examen era una tragedia, por esa sensación de

derrota, de tristeza, que produce el fracaso. En ese entonces no se evaluaba para identificar necesidades, sino para rajar, para clasificar los estudiantes en buenos y malos.

Había también un salón al que llamaban *dirección* donde nos llevaban a los estrujones cada vez que cometíamos una falta. Allí nos esperaba la directora con los ojos desorbitados para gritarnos y clavar sus uñas en nuestros brazos para al final lanzar el veredicto: ¡váyase para la casa y no vuelve si no es con la mamá! (era lo usual y fácil. Zafarse del problema). En efecto, iba la mamá a formar trio con la directora y la maestra para hacer ver lo horrible que era la niña, lo buena para nada y la carga que representaba. En la casa se arreglaba cuentas a punta de rejo. ¡Pobre mamá que de pedagogía nada entendía! ¡Pobre maestra que no aterrizaba lo que sabía con el quehacer pedagógico! ¡Pobre directora que pensaba que con su autoritarismo y abuso de poder estaba formando! ¡Pobre niña que veía minada su autoestima!

En bachillerato, aunque seguíamos siendo códigos, las cosas cambiaban un poco, ya no nos clavaban las uñas porque nosotros no nos dejábamos, pero sí estaba presente el uno y la ficha de observación con los cuales nos amenazaban constantemente los profesores, para demostrar cuán grande era su poder; era común que nos manipularan con la nota. En la actualidad veo que la nota es lo más importante para los docentes y por ende la motivación para el estudiante. Los parámetros de la evaluación eran los alumnos rajados. Había también *coordinación*, la cual no era precisamente la sala amiga donde el estudiante acudía cuando necesitaba ayuda. No. Era el salón que producía nauseas o diarrea cuando uno sabía que tenía que ir ahí.

En 1996 me nombraron de Secretaría de Educación, después de 16 años de haber terminado, pues a pesar de haber ocupado el segundo puesto no tuve el padrino político de turno para ingresar al magisterio, eran las referencias que en la época se necesitaba para trabajar. De todas maneras, alterné mi labor de ama de casa con trabajos como estimulación temprana con FAMI, secretaria de despacho, y realización de trabajos para algunas profesoras que estudiaban a distancia. Esto, en cierto modo, fue una oportunidad para capacitarme mejor puesto que, con la lectura de los módulos y bibliografías afines, fortalecía mis conocimientos, lo cual despertaba en mí unos deseos enormes de ejercer la docencia, lo mismo sentía cada vez que viajaba, veía las escuelitas en las veredas y a los chicos con sus morrales.

Empecé mi labor docente en una Concentración Educativa, de uno de los corregimientos del municipio. Era una decisión muy difícil de tomar, puesto que significaba dejar a mi familia, dar un vuelco total a mi vida. Pero acepté y me fui a ejercer en medio del conflicto armado, allí se mezcló mi nerviosismo con el miedo de no salir con vida de ahí. Estaba al frente de una gran responsabilidad y compromiso […] educar. Educar además en una zona dominada por grupos ilegales armados, lo cual significaba presenciar actos violentos y amanecer, muchas veces, debajo del mesón de la cocina o debajo de la cama.

Encontrar un grupo de niños atemorizados, traumatizados, que temblaban cuando escuchaban un helicóptero, o cada vez que veían “a esa gente armada”. Hablar del tema en la escuela era imprudente y arriesgado, era tabú. Sin embargo, rompí con ese temor y comencé a concientizar y a sensibilizar sobre la necesidad

de una posición neutra, analizando las consecuencias de la guerra, pues allí mismo se evidenciaban a través de las pérdidas humanas y la cantidad de casas y negocios abandonados con las puertas abiertas y las pertenencias adentro.

A través de la lúdica y el afecto, logré que los niños lograran distracción, al menos durante su estadía en la escuela.

Ahí, permanecí durante nueve meses, en un ambiente hostil donde las relaciones entre los profesores dejaban mucho que desear. Luego, en el transcurso de mi desempeño, me doy cuenta que esto forma parte de la dinámica cultural, donde se evidencian los celos, la competencia desleal y la falta de sentido de pertenencia que hay en el gremio. Ello puede ser consecuencia del sistema educativo que, con la nota y primeros puestos, promueve el ser mejor que el otro, cuando debería formarse para ser mejor cada día, pero ante todo para complementarnos conjugando las habilidades de cada uno para aportarle a la institucionalidad.

Cajiao (2016) hablando de la importancia del trabajo en equipo, hace referencia al tema: “el problema se inicia desde los maestros, los cuales provienen de un contexto y una educación que no enseña o incentiva el trabajo en equipo: puede haber en un colegio 40 maestros excelentes, gente espectacular, extraordinaria, buenos, bien preparados pero no saben trabajar en equipo, los rectores no saben constituir equipos, se pelean entre ellos, por tonterías, por celos, entonces, naturalmente el resultado del trabajo es un desastre”.

El hecho de mantenerme neutral, me costó que el Rector me nombrara coordinadora, aún sin mi consentimiento, pues quería evitar problemas. No obstante, traté de hacer lo mejor que pude; limar asperezas entre los compañeros y mediar en el conflicto a través del diálogo. No tuve inconvenientes con las compañeras, con los padres de familia y estudiantes, tuve muy buenas relaciones.

Es así como empecé a hacer reflexionar a mis compañeras sobre lo desgastante y contraproducente que podría ser mandar a llamar al acudiente por cualquier situación, dado que es al docente a quien corresponde, en primer lugar, indagar sobre el contexto inmediato del estudiante y en segundo lugar, con mucha paciencia, con actitud dialógica, con ética y sigilo, escuchar al estudiante entendiendo que lo que necesitan es sentirse amados, valorados, en espacios lúdicos y de confianza para aprender lo que realmente necesitan para la vida.

Recuerdo que lo que más me angustiaba eran los estudiantes que demostraban mucho interés o empeño en realizar las actividades, pero se les dificultaba hacerlo correctamente, me veía en apuros para hacérselos notar sin herirlos, luego me las ingenié para hacerles caer en cuenta dónde estaba el error, para que ellos mismos lo corrigieran. Les decía no, pero con mucha comprensión pedagógica, de tal manera que no se sintieran fracasados.

Tal vez, fueron estas experiencias las que me indujeron a romper esquemas, desde el momento en que comencé a *maestriar*. Comprendí que cada niño que llegaba a la escuela era un ser humano que traía consigo las secuelas de las experiencias vividas en su entorno sociocultural y ello influiría notablemente en la forma de ser, pensar, interactuar, aprender, lo cual afectaría de alguna manera el proceso de formación integral y que, por tanto, el estudiante no tendría que dejar de ser quien es antes de ingresar a la escuela.

Desde entonces, aplico ese sistema y no utilizo la nota. Cosa que siempre he cuestionado, nunca he comprendido por qué un estudiante se merece un uno porque no hizo la tarea, pero, evidencia que sí sabe el tema, pero a otro que le hicieron la tarea, pero no entiende nada del tema, se saca el cinco. Considero que uno aprende lo que necesita aprender, y que no se aprende un tema en un tiempo limitado. Tampoco encuentro sentido a una buena nota que un estudiante saque por un trabajo que nunca hizo y que por ende nunca entendió.

En la actualidad socializamos los logros de los estudiantes en conversatorios, talleres, juegos y, como pausa activa, en cualquier momento, hago preguntas sobre los temas más relevantes de cualquier área; con incentivo o no, están atentos y entusiasmados a dar una respuesta. Suelo repetir la pregunta en diferentes ocasiones, con el fin de favorecer la memoria.

La evaluación es permanente dado que se hace la retroalimentación durante el desarrollo de las actividades, así como del comportamiento. La idea es favorecer la autorregulación. Evito recalcar los desaciertos del estudiante para que no se sienta inútil. Simplemente lo que hago es validar el error, mis estudiantes saben que nos podemos equivocar y que lo importante es corregir y tratar de hacer las cosas bien.

Hoy me llena de satisfacción ver a estudiantes esconder las guías de matemáticas antes de salir en la tarde y en la mañana, acosan a la familia para llegar antes que los compañeros las cojan; desean llegar temprano, no porque les cierran la puerta o los castigan sino porque quieren avanzar. Tienen que hacer esfuerzo para aprender, cada uno debe explicar el tema que está aprendiendo porque ya tienen claro que están ahí, para aprender a aprehender y que las matemáticas es algo mágico que se trata de jugar con los números.

Disfruto verlos investigando por cuenta propia, o cuando planteo un tema e inmediatamente algunos corren a la biblioteca para corroborarlo y ampliarlo con la certeza de encontrarlo en determinado texto. Amo los cuadernos gruesos y grises que dejan entrever la constancia, el esfuerzo y la dedicación con que han sido trabajados. Trato de no hacer con los estudiantes lo que tampoco gustaría que hicieran conmigo: requisar bolsos, buscar piojos de manera estricta, pagar lo que uno no ha hurtado. Me preocupan también las multas, funcionan como si al tener dinero se puede romper la norma, pienso que favorecen el soborno.

La intencionalidad de mi quehacer diario no es la nota, la dinámica del aprendizaje lo determina el estudiante de acuerdo a sus intereses, necesidades y capacidades. No trabajo para llenar planillas.

Yo, simplemente, acompaño a los estudiantes dando pautas para su formación integral, sin cambiar su esencia y teniendo en cuenta su fuero cultural; si se le puede llamar así, considerando que estamos aprendiendo juntos para la vida en un ambiente de confianza, humildad y sencillez. Es común escuchar frases que a largo plazo surtirán efecto: “Haz pocas cosas, pero hazlas bien. A palabras necias oídos sordos. No estamos compitiendo, estamos aprendiendo. Está difícil, pero lo voy a intentar. Zapatero a tus zapatos. No, no es guapo, no es valiente, cuando está agresivo”. Es por ello que, alguna vez, presenté como propuesta en la orientación para la sana convivencia un decálogo invitante. Hoy hace parte del mural del colegio donde laboro.

No obstante, tengo claro que, como cualquier docente, vivo en la sede rural un permanente proceso de desaprender, a través de situaciones que no hacen de mí una mejor o peor educadora, sino que me llevan cada vez más a entender la condición humana. Niños víctimas de la violencia sociocultural, huérfanos o con padres ausentes; estudiantes que se rehúsan a registrar en los cuadernos, jóvenes que desempeñan labores agrícolas con remuneración, por tanto, luchan por ser adultos, pero sin querer dejar de ser niños y por ello se revelan ante el principio autoridad; y conciencia frente al resentimiento de alguna líder de la comunidad, para quien alguna vez, fui la piedra en el zapato, cuando por capricho y sin argumentos, trató de sacar a una de mis compañeras, y la competencia desleal de uno que otro compañero.

Todo ello sumado a la poca comprensión de la complejidad de los procesos, la miopía pedagógica o mala fe de las compañeras quienes no canalizan debidamente los conflictos y que al final sacan ventaja de la situación, me hace desaprender en el cotidiano escolar. Lo anterior se evidencia en los comentarios descomedidos e inoportunos ante los estudiantes y padres de familia, desautorizando y generando desconfianza, rompiendo con ello los lazos del tejido institucional y, por ende, entorpeciendo las relaciones curriculares y el propósito de hacer de la escuela un lugar flexible e inclusivo, en términos de la autonomía, esfuerzo, orden y disciplina.

No soy docente de escritorio, nunca lo he usado para sentarme; siempre lo he tenido en la parte de atrás del salón para poner los materiales a utilizar, tengo claro mi rol de acompañante, sé que mi tarea es orientar. No soy amiga de las tareas para la casa porque considero que son abrumadoras; no todos los adultos están en capacidad de orientar debidamente las actividades académicas, las hacen por sus hijos o rompen la armonía familiar por falta de tiempo o de conocimiento.

La idea es que, además de colaborar en casa, compartan en armonía, porque me preocupa la situación de las madres que salen de una jornada de trabajo extenuante a encargarse de las tareas de los hijos.

No soy de mamotretos, siempre he considerado que la didáctica es el puente que conduce al aprendizaje y a la formación integral, pero no la asumo como receta de cocina o como camisa de fuerza, simplemente trato de que mis estudiantes se enamoren del conocimiento sin tensión o presión con la nota, mi preocupación es humanizar los procesos teniendo presente el aquí y el ahora, con los principios que rigen mi metodología:

“Lo importante no es enseñar latín a Jhon lo importante es conocer a Jhon y amarlo” (Juan Pablo I).

“El juego. La más alta expresión del desarrollo humano en la infancia” (Froebel).

“Los métodos de aprendizaje activo de la lectoescritura rechazan las prácticas mecánicas y puramente memorísticas. Este método estimula, ayuda y suscita.” (Montessori, Decroly, Freinet, entre otros)

“Cuando no hay teoría pedagógica que oriente el ser y el hacer, se echa mano de los reglamentos” (Andre Vernot Santa María)

“Un error corregido por el mismo alumno, puede ser más fecundo que un éxito inmediato, porque la comprobación de una hipótesis falsa y sus consecuencias

provee nuevos conocimientos y la comprobación de dos errores da nuevas ideas" (Piaget).

Principios que me ayudan a entender que no hay mejores o peores estudiantes sino niños y jóvenes, algunos más y otros menos favorecidos en su contexto familiar o en carga genética, y por ello yo simplemente, a pesar de la presión de padres de familia, de compañeros y de la legalidad que impone la norma, he pretendido dejar que los niños, en especial los más vulnerados por situaciones adversas, vivan la vida en la escuela, aprendiendo mucho o poco, pero sintiendo que se les valora y que se les reconoce como personas; algo difícil cuando se depende de tantas voluntades. Creo que la inclusión en el aula no hace referencia solo a las limitaciones físicas sino a todos los factores asociados a la calidad de educación.

En cuanto a lo que expresé al comienzo sobre desaprender, me refiero a que no me creo Montessori o una sabelotodo, como dicen algunos colegas cuando expreso mi manera de pensar con respecto a la pedagogía; lo hago porque el tema me apasiona y con el ánimo de demostrar que sí se puede romper con las prácticas tradicionales; no sé mucho de muchas cosas, pero busco respuestas, me pellizco, me cuestiono ante el diario acontecer. No renuncio como me lo pidió un compañero, porque no soy una adolescente, pero tampoco una anciana agobiada por los problemas. Soy objetiva al percibir mi contexto laboral, pero no reniego de mi labor, ¡Amo lo que hago! Tampoco aspiro a premios como me lo dio a entender un colega en son de burla "a usted la van a postular para el premio compartir del maestro", tampoco trabajo para cuadernos bonitos.

Siempre he considerado que la flexibilidad, la tolerancia, la comprensión y la afectividad pueden ser más efectivas, dado que la excesiva normatividad nos induce a limitar espacios, tiempos, formas de sentir y de pensar, generando ciclos de venganza o hipocresía, negando la posibilidad de aprendizajes significativos y por ende la capacidad de ejercer autonomía y liderazgo.

Si pudiera volver el tiempo trabajaría sola. Me sueño una escuelita donde pueda trabajar con amor y autonomía sin el fantasma del concepto equivocado de disciplina y aprendizaje, donde sean los estudiantes los que propongan, tomen iniciativas, que sean ellos los que lideren, se apropien del lugar con autonomía, que hagan de él un espacio maravilloso para el aprendizaje y la convivencia. Hoy le pido al Todopoderoso vida, tiempo, salud, lozanía, alegría, entusiasmo y la ciencia necesaria para ser competente en esta misión que me encomendó.

EXPERIENCIA EDUCATIVA Y PEDAGÓGICA

Luz Neira Vergara

Llevo veintitrés años al servicio de la educación, la mayor parte de esta trayectoria en el ámbito privado y desde el año 2013 en el sector público; primero como provisional para la entidad territorial de Apartadó, y desde el 24 de noviembre de 2015 hasta la actualidad, nombrada en propiedad con el departamento de Antioquia en el municipio de Santo Domingo.

Mi experiencia ha sido en mayor porcentaje en el nivel de bachillerato, enseñando matemáticas, estadística y geometría por mi título licenciada en educación básica con énfasis en matemáticas de la Universidad de Antioquia.

No obstante, al no ganar el concurso por méritos en esta área, mi rector, en la Institución Educativa José Joaquín Vélez de Apartadó, Rodrigo Edison Zapata Hernández, me orientó sobre las posibilidades de postularme a primaria. Así lo hice realizando la especialización en lúdica educativa con la fundación universitaria Juan De Castellanos, de tal forma que esto me permitiera tener la formación integral para mejorar mis prácticas pedagógicas e iniciar en un nuevo nivel de educación para mi trayectoria, como lo es la primaria.

Entonces al ganar el concurso por méritos, cerré ciclos, mandé a hacer cinco delantales de muñequitos, uno para cada día de clase, tomé mi familia y mis maletas hacia Santo Domingo, donde inicié el período de prueba en la Institución Educativa Rural Roberto López Gómez, en la sede Guadualejo, con difícil acceso y de la cual tengo grandes aprendizajes en todas las dimensiones del ser humano: caminar tres horas aproximadamente con mi hijo más pequeño en medio de aguaceros torrenciales y soles inclementes, aprender a usar las plantas medicinales y reconocer el conocimiento de los campesinos.

Dos hechos marcaron mi estadía allí. Primero, un proceso legal para demostrar mi inocencia, donde acudí a instancias de la SIJIN y la fiscalía para comprobar que no estaba cometiendo acciones de las cuales era señalada por una madre de familia, proceso que gané con evidencias de mi impecable labor pedagógica, y a pesar que la misma secretaria de gobierno del municipio me sugirió irme para comité de amenazados, no lo hice, porque era indispensable la estabilidad para mis cuatro hijos y porque tenía mi conciencia tranquila, poniéndome en manos de Dios. Lo segundo, un accidente por riesgo biológico, al chuzarme accidentalmente con una jeringa hipodérmica usada, que, por error, fue enviada a la escuela en una donación, generándome un proceso de tratamiento médico preventivo con retrovirales y exámenes de rigor. Dificultades que al presentarse en el camino nos ayudan a poner a prueba nuestra capacidad de resiliencia.

Fui trasladada internamente en el municipio a la Institución Educativa Rural Porcesito, sede El Rosario, donde actualmente laboro entre los municipios de Santo Domingo y Alejandría, educando nueve niños y niñas de familias humildes con grandes valores y potencialidades; campesinos mayordomos de las fincas que rodean mi escuela, distancia que no me permite estar con mi familia, ya que esta reside en Medellín y yo carezco de la bonificación de difícil acceso en esta sede, por lo que viajo semanalmente.

Mi familia ha sufrido cambios significativos debido a mi ausencia, mi hijo Juan Sebastián Ruiz Vergara próximo a cumplir 12 años, reside en la ciudad de Bogotá

con una tía paterna y Andrés Felipe Ruiz Vergara de 10 años vive en Apartadó con su padre, en Medellín residen Brahiam Bello Vergara de 16 años quien cursa su bachillerato y Mateo Bello Vergara mi hijo de 20 años quien se encuentra en la universidad realizando la licenciatura en educación física, recreación y deportes en el politécnico Jaime Isaza Cadavid, sede el poblado.

Vivir con el corazón dividido entre Bogotá, Apartadó y Medellín no ha sido fácil, esto ha generado mucho dolor físico y emocional, por no tener a mis cuatro hijos que siempre habían estado juntos; por el deterioro de mi salud, se me dio remisión de medicina general a psicología y psiquiatría por depresión, ansiedad e insomnio.

A ello se suma que, en la vereda, hay dos madres de familia que han propiciado un ambiente tenso y complejo, que no me posibilita un clima laboral asertivo, asunto esencial para superar mi situación en todas las dimensiones del ser humano.

Voy al aula a dar lo mejor de mi pedagógicamente, pero el dolor es insoportable, me duele respirar, siento aflicción cuando mis hijos están enfermos y no puedo estar allí; perderme de cada momento valioso para sus vidas, no existen reuniones de padres de familia para mí, ni correr a unas urgencias con ellos, solo existe pedirle a Dios que los proteja de todo mal.

El año pasado realicé proceso ordinario de traslado para Antioquia, pero no pasé, este año volveré a intentar porque la familia es esencial y mi meta es reunir nuevamente a mis hijos y poder estar al frente de su educación, cuidado y protección. Mi sueño es poder estar en un lugar laboral donde pueda ir todos los días a casa, para así poder recuperar a mis dos hijos más pequeños, reunir nuevamente la familia de cuatro hombrecitos, varones, que Dios y la vida me dieron, para realizarme como madre, hijos a los que considero valientes por dar lo mejor en sus estudios y ser unos seres grandiosos aún en mi ausencia.

A mis 41 años de vida, veintitrés años de ellos en trayectoria profesional, pido que este sueño se haga realidad.

Maestra en medio de las montañas de Antioquia.

RETROSPECTIVA DE MI PROFESIÓN

Diego Mauricio López

Diego Mauricio López es un docente por vocación, capaz de sacar adelante lo que se propone, siempre y cuando así se lo plantee. Docente de la Institución Educativa Rural Roberto López Gómez, sede La Esperanza, del municipio de Santo Domingo, desde hace más de cinco años, con una trayectoria en la educación de doce, los cuales me han servido de madurez para cada día ser menos imperfecto en lo que hago desde la perspectiva humana y docente.

Pero primero, hagamos un repaso desde cero. Llegué a la educación como una opción económica y la una de las dos opciones que me plantearon al terminar el grado once. Mejor dicho, llegué a este cuento por equivocación o por casualidad, no sé cómo determinar lo sucedido.

Partamos del postulado de que la educación se basa en el pilar fundamental llamado familia; familia entendida como un cúmulo histórico en el que están presentes las formas como han sido educadas cada una de las personas que conviven con el niño o niña que se sienta frente a ti cada mañana y discierne lo que tú como docente le enseñas. También está aquel niño que no dice nada en toda la clase así no entienda, puesto que está allí porque para sus padres la escuela es importante: mientras haya clase, y puedan enviar a sus hijos a la escuela, la mamá podrá descansar de ellos.

Desde que decidí afrontar el magisterio, siempre tuve presente, por mentalidad inculcada, que cuando se emprende un proyecto, sin importar lo mínimo que parezca, se debe hacer de excelente manera, sin detenerse a pensar si me gusta o no. Tuve mi primera experiencia como docente cuando realice mis prácticas rurales y, de la manera más especial, puedo decir que me fue de maravilla, y que hoy doce años después muchas de esas personas me recuerdan con agrado, entre ellas la que fue mi maestra cooperadora. Fue duro, desgastante, agotador, pero todo esfuerzo valía la pena porque la comunidad se brindaba amablemente y participaba en lo que se le proponía.

Hoy quiero rememorar un momento que me marcó positivamente como docente. En el año 2005 estaba realizando mi segundo año de prácticas pedagógicas, mi maestra cooperadora en ese entonces fue la señora Chiquinquirá Duque, más conocida como *Chinca*. Ella estaba a cargo del grado segundo en la Escuela Normal Superior. Como todos los grados de todas las escuelas, era un grupo compuesto o conformado por niños de muy buen rendimiento académico y comportamental; aunque también ocurría que otros no lo eran tanto. Un día cualquiera, la profe me solicitó que preparara clase con el tema “El sistema solar”. Lo primero que hice, después de esas palabras, fue ponerme a pensar en cómo me gustaría que me dieran a conocer el sistema solar. Programé mis logros, las metas, los recursos, la temática y me concentré a preparar el material que necesitaba. Como en aquel entonces los recursos económicos no eran los mejores, ese fin de semana trabajé en una legumbrera para poder reunir el dinero y comprar cartón paja, vinilos, pinceles y demás cosas que necesitaba. Ese domingo fue muy largo, todo el día dibujando planetas, el sol, estrellas […] todo lo que el tema debía llevar.

Confieso que mientras preparaba mi clase, también pensaba en cómo hacer para controlar o entretener a tres maravillosas criaturas que no se hallaban nunca

en el puesto y que sin duda se convertían en un reto más en el aula de clase, sin con esto querer decir que los demás estudiantes fueran los más pasivos, pero, sí colaboraban más con el desarrollo de la clase.

Y, como todo en la vida tiene un comienzo, pues se llegó ese lunes, ahí me encontraba yo en el aula, preparando mis actividades iniciales para después dar mi clase. Un saludo de buenos días con la profe, y el grupo pasaba a ser todo mío. Solo sé que inicie mi clase y uno por uno fueron apareciendo los planetas, los niños cada vez más interesados hacían preguntas como: ¿cuántas lunas tiene? ¿por qué es de ese color? ¿en cuál viven los extraterrestres? Sin duda alguna, esa clase que quedó marcada en mi mente; la maestra cooperadora se sintió muy agradecida, pero lo más importante fue el impacto vocacional que tuvo esta experiencia en mí vida, fue un golpe certero a un proyecto de vida y el inicio de un camino que se estaba trazando justo en frente mío.

Sin duda alguna, este episodio fue uno de los más motivantes en mi camino docente, pues como lo expresé al inicio de mi historia, no tenía la certeza de ser docente, pero con el trajinar, la preparación y algunos buenos compañeros, fui observando en mí una faceta que me llenaba de buenos momentos y me permitía crecer como persona.

Al inicio de mis prácticas como docente en formación, también fui objeto de fuertes críticas por parte de mi maestra cooperadora, pues para ella el magisterio no debía de ser mi camino y me aconsejaba que buscara otras opciones. No la critico, pues en la sabiduría de sus palabras había razón al decirme esto, pero yo ya estaba decidido por esta profesión y no me podía quedar sin hacer nada por mi futuro. Esta situación me llenó de motivos para demostrarle a ella, pero sin duda alguna especialmente a mí mismo, lo equivocados que estaban con lo que pensaban y que la decisión que había tomado era la correcta. De la manera más impensada, esta situación se convirtió en el punto de quiebre clave para potenciar en mí la escritura de reflexiones pedagógicas, al punto de recibir de manera sorpresiva, la felicitación del que, para mi modo de ver y pensar, fue el mejor docente de pedagogía que ha tenido y que ha dejado huella en la Escuela Normal Superior de San Roque, el señor Alberto Rojo Restrepo. Pero la sorpresa no paro allí, porque en una ocasión se me acercaron tres jóvenes de la formación complementaria a pedirme asesoría en reflexiones pedagógicas ya que el profesor que les estaba dando el seminario, les había compartido uno de mis escritos y hablaba con certeza de la claridad con la que en ese momento escribía.

Podría afirmar que es más que un reto personal el hecho se narrar la experiencia personal profesional en educación, ya que la idea de recordar el camino transcurrido y determinar con precisión qué parte de mi vida docente quiero rememorar y compartir llevando al papel, eso es más que un reto. No niego que me causa alegría, tristeza y hasta cierta ansiedad, más aún, cuando no sabes por donde iniciar.

Pero hablemos de lo que hago cada día de mi vida, de aquello que llego a mi vida y que hasta hoy me ha dado alegrías, satisfacciones, logros, historias; aunque también tristezas, decepciones y muchas oportunidades para aprender y tratar de ser lo menos imperfecto posible, en este cuento titulado *educación*.

Después de la experiencia formativa en la Escuela Normal Superior, pasé oficialmente a laborar en el municipio de Yalí, primero con una experiencia de tres

meses en el casco urbano y luego más de dos años en una vereda llamada *Santa Lucía*. Fue una experiencia muy impactante ya que me encontraba en la vereda más poblada del municipio, con un grupo de treinta y cinco estudiantes de segundo a quinto de básica primaria, los demás grados eran atendidos por otra compañera. En este lugar tuve muchas historias, algunas buenas, otras no tanto, pero, al fin y al cabo, algo más que escribir en el diario de mi vida que algún día será contado.

Pasó el tiempo y gracias a mis méritos llegué al municipio de Santo Domingo, más cerca de mí tierra natal San Roque. ¿Pero por qué no buscar mi pueblo para laborar como docente? Es algo que data de dichos y creencias, pues reza el refrán "Nadie es profeta en su propia tierra", y a dichas palabras les tengo su respeto. Aunque no se trata tanto de misterios o agüeros, simplemente el ambiente laboral en San Roque nunca me ha llamado la atención.

DOCENTE NO LICENCIADO EN PERÍODO DE PRUEBA

Gina Marcela Roa Córdoba

¡La niña de la casa! ¡La pollita! ¡La menor! Son expresiones que escucho frecuentemente cada vez que me presento en los diferentes eventos académicos a los que asisto. Si participas del Centro de Pensamiento Pedagógico de la región Nordeste 2018, probablemente ya sabes quién soy.

¡Hola, buenos días!, o, quizás, ¡buenas tardes o noches para ti! Mi nombre es Marcela Roa Córdoba y es para mí un gusto poder conversar contigo y contarte sobre mi *corta* y compleja experiencia docente. Actualmente me desempeño en el área de ciencias naturales y educación ambiental en la básica y media de bachillerato; esta es mi primera experiencia docente formal y ha representado un gran reto personal tanto como profesional, reto que se polimeriza cada vez más, por todas las nuevas y diversas variables que encuentro día a día y que condicionan mi práctica docente.

¿Sabes? Siempre he sido muy curiosa, intento llegar al fondo de las cosas, llegar al porqué del porqué; esa es una característica que recuerdo desde siempre. Léase primaria, siempre llegaba a mi casa a conversar con mi mamá y hermanos sobre el tema visto ese día, tomaba los libros sobre el tema que hubiese en la casa, discutía con mis amigos de barrio y si no entendía buscaba otros medios para entenderlo, siempre haciéndome responsable de mi proceso de aprendizaje. Recuerdo que en mi casa funcionaba una farmacia y cada vez que llegaban pedidos con medicamentos, se adjuntaban revistas con temas sobre el mecanismo de acción y generalidades sobre algunas enfermedades, era una expectativa total, esperar mes a mes para poder alimentar mi curiosidad y compartir esa nueva información con mis amigos, cada vez que nos poníamos a presumir de nuestros colegios, al ritmo de “a mí me han enseñado esto […]” o “hacemos esto o lo otro”

Así que he sido estudiante profesor, siendo mis primeros maestros mi mamá (que además es docente de profesión), hermanos y amigos, del mismo modo, ellos fueron mis primeros estudiantes. Desde entonces, consciente o inconscientemente, y siguiendo ese instinto arraigado por evolución en nuestra especie, he comparado las diferentes experiencias y construido alrededor de ello, el boceto de lo que sería un docente ideal y sobre el cual se fundamentaría mi vocación docente; siempre acompañada de la frase me gustaría ser una profe como Mengana, pero no como Fulana; sin embargo, a pesar de lo negativo de algunas experiencias, siempre obtuve algo positivo de mis profesores y alumnos.

Sé que tuve mejores experiencias con mi hermana, pero siempre recuerdo que el tránsito de quinto a sexto fue muy traumático; realicé la primaría en mi pueblo natal, donde de hecho conocí a una de mis referentes fuertes para forjar la vocación, pero ahorita te cuento esa parte de la historia. En fin, como te decía, realicé la primaria en mi pueblo natal, pero para el grado sexto, supongo que por mayor calidad académica, mi mamá decidió matricularme en una Escuela Normal que quedaba en otro municipio a unos cuarenta y cinco minutos en carro; de modo que debía MADRUGAR más y, realmente, lo detestaba, descubrí que era tímida y me era muy difícil hacer amigos; todo eso, sumado a las nuevas exigencias académicas que todo el año anterior la profe de quinto nos repetía, “en el colegio tendrán más

exigencias”, pero uno no prestaba atención o no dimensiona hasta entrar a clases de matemáticas con el profe Tito y no entender ni papa.

Así que aprovechando que mi hermana era, bueno es, una tesa en matemáticas y después de horas de procrastinar, decidí pedir ayuda. Obvio estaban presentes los regaños eternos por dejar la tarea para última hora, pero después de sesiones agotadoras lograba entender y salvar la temática. De mi hermana mayor, aunque de temperamento fuerte y más bien poca paciencia, entendí que se hace necesario la exigencia para desarrollar o potencializar habilidades en los estudiantes, gracias a ello creé el hábito de buscar por mi cuenta y hacer lo imposible por entender y llenar los vacíos que quedaban tras las clases; básicamente, porque me aterraba la idea de no entender algo tras las explicaciones que me daba con frustración cada madrugada, “¡por qué todo lo dejas para última hora!”, decía furiosa. Pero bueno, adoro a mi hermana gruñona.

Pero fue más que necesario crear mis propios hábitos, mi hermana terminaría el colegio y se iría a la universidad, y agradezco no haber creado dependencia hacia ella; la experiencia generó más confianza en mí, al punto de que me convencí que podría entender cualquier tema si lo leía, así que *resucité* los libros de matemáticas de mi papá (por cierto, matemático, conocía al profe Tito, no recuerdo pedirle una explicación sobre el tema), el Baldor por ejemplo, que a diferencia de muchos, fue una bendición al ser muy gráfico en sus explicaciones, los libros de español, inglés, filosofía, ciencias sociales que había heredado de mi mamá y hermanos mayores y para los de ciencias naturales le pedía el favor a un profe de mi pueblo.

Si bien la experiencia me hizo independiente, comprendo ahora que puede afectar la confianza estudiante - profesor, y que por las diferencias en la identidad de los chicos no siempre se obtendrán resultados positivos a partir de experiencias no tan agradable. Al profe Tito no pude entenderle; así que esa exigencia debe estar teñida con un poco de la bondad y carisma de mi mamá, la paciencia para explicar y la empatía para entender que todos tenemos diferentes ritmos, diferentes formas de aprender y la paciencia para probar cada una de ellas hasta alcanzar el objetivo de *la noche o la madrugada*.

Con mi mamá aprendí mucho en la práctica, ella ayudándome con la tareas o yo entrando a sus clases en una escuelita nocturna en mi pueblo, así como en la teoría, porque además de los libros de las áreas básica también estaban los de pedagogía que ella utilizaba en la universidad y que me sirvieron mucho para las tareas en la Normal; después de mucho, yo también participaba en sus trabajos de la carrera y demás estudios de preparación, así que como esponja absorbí lo biológicamente posible; la mayoría de conceptos no los recuerdo, pero el recuerdo de las sensaciones, el gusto por aprender y compartir lo aprendido permanece.

NORTE

CULTURA ESCOLAR Y PROFESIONALIDAD PEDAGÓGICA EN LA SUBREGIÓN NORTE DE ANTIOQUIA

Alba Mery Blandón Giraldo
Mariana Gómez Giraldo
Universidad de San Buenaventura

Entre los maestros que actualmente participan como co-investigadores en el proyecto del Centro de Pensamiento Pedagógico, existe un interés colectivo de reivindicación de la profesión docente y de crítica frente a la decisión de los ingenuos que han tomado la educación como una profesión de *descarte* o *escampadero,* como ellos lo llaman. Estos maestros manifiestan en su discurso el hecho de que al campo de la educación llegan a ejercer personas que han optado por la labor educativa después de profesionalizarse y no encontrar *a tiempo* un trabajo, o por considerarse inhábiles para estudiar en otras áreas de formación en instancias universitarias. Sin embargo, el punto de discusión para ellos está puesto en que la educación no es necesariamente un escenario fácil, por lo tanto, la labor docente conlleva ciertas complejidades que la hacen relevante frente a cualquier otra profesión.

La situación referida por estos maestros no es reciente y no se limita inicialmente a los maestros que participan del Centro de Pensamiento Pedagógico. La profesión docente ha sido objeto de una desvalorización progresiva en el campo de la academia. Profesión que aún no cae del todo bien en una sociedad cuyos juicios de valor se establecen en categorías de reconocimiento y aceptación colectiva de las configuraciones sociales.

Así, pues, la labor del maestro ha sido blanco de continuas conceptualizaciones superficiales y comprensiones aisladas de la lógica que la cobija, representadas, en principio, en la facilidad de transmitir teóricamente y mediante libros de texto un conocimiento, y por la simplicidad de *entretener* a los alumnos, y planear una clase cuando todo el material está dado en medios informáticos y versiones impresas de guías. Al parecer, esos son los imaginarios que transitan aún en la mente de las personas, y que dan a entender que, sin la menor pretensión de formación y reflexión de la misma, cualquiera puede desempeñar la labor docente.

El asunto es complejo de tratar, pues se está ante una reducción de la tarea del maestro a un quehacer operativo. Es decir, pareciera que comúnmente a raíz de los comentarios peyorativos que refieren lo fácil del rol del docente se hiciera referencia, no al acto educativo en cuestión, sino más bien a aspectos individuales relevantes para la educación, tales como la enseñanza o la didáctica desde un asunto mecánico.

En relación con lo expuesto, para los maestros que participan del Centro de Pensamiento Pedagógico, muchos son los osados que, desde su postura profesional o conveniencia personal, se atreven a declarar la importancia de su labor como maestros, que más allá de encargarse de las acciones rutinarias de acompañar horas de enseñanza, alimento, aseo, juegos de los menores que habitan las escuelas, consideran que tales actividades llevan implícitas la tarea de educar, que la educación es un frente de reflexión, que el acto educativo no se limita al

control del hacer ni reduce el saber a una acumulación de *estrategias*. Así, la pretensión no es reprochar las interpretaciones sociales sobre la profesión docente, sino, por el contrario, otorgarle una razón de ser y hallarle algún sentido que logre motivar y movilizar nuevamente la reflexión de la práctica pedagógica y propicie el diálogo de perspectivas docentes al interior del saber.

Puede que los extraños a la escuela tengan algo de razón en sus declaraciones y la tarea de educar contenga algo de rutinario, pero también están desprovistas de todo sentido y pertinencia si se compara con la intención pedagógica que puede haber en cada rutina. Se pretende, entonces, en los relatos de los mismos maestros, encontrar aquello que realmente responda a lo necesario en la educación, en este caso, de la educación en la escuela. Es necesario que se comprenda que uno de los problemas de la acción educativa, en la que cada vez son más los procesos de agenciamiento, es definir en qué consiste la praxis del maestro dentro de la trama académica y pedagógica. A lo mejor, sea necesario recuperar la naturalidad del rol docente, resignificar el sentido del quehacer del maestro, en el proceso de formación de los estudiantes y el uso de los recursos disponibles entre otros asuntos más.

Las experiencias narradas por los maestros datan su rol como promotores de la reivindicación de su profesión que puede ser el punto de partida para una reflexión detenida en la existencia de elementos circunstanciales que necesitan ser retomados; si bien las perspectivas sociales pueden no transformarse a raíz de este análisis, sí se pueden activar reflexiones por parte de los interesados en la educación que la conocen desde adentro.

El protagonismo del oficio del maestro, los motivos que a lo largo de la historia no le han permitido aprehender su propio saber, su lucha constante por recuperar o por tener su estatus en la sociedad, son ejercicios reflexivos de los maestros y son una evidencia de que sí hay mucho para contar, de que hay reflexiones potentes que han empezado a manifestarse, a veces de manera incipiente, pero son reflexiones de maestros incómodos con su situación de invisibilidad, de exclusión de su propio oficio, han empezado a elaborar sus propios saberes, contextualizados y sensibles.

El ejercicio restringido del maestro, la carencia de apoyo, la displicencia de las institucionalidades que han direccionado la escuela, las prácticas dominantes y la perpetuación de las mismas, han impedido que él mismo piense su oficio; sin embargo, existen maestros que, conscientes de su realidad y su papel en la construcción de país, y hasta con tintes de héroes, han dejado de ser reproductores y, más bien, confrontan y reflexionan su discurso y su oficio.

Algunos de los relatos de los maestros pretenden centrar la mirada en puntos de la realidad política y social del país, pero desaprender es difícil cuando las prácticas anteriores han sido únicamente un ingreso minúsculo a los conocimientos culturales y a la adquisición de saberes prácticos. Así, los maestros del Centro de Pensamiento Pedagógico, por medio de sus relatos, dejan claro que su oficio tiene que ver con educar un sujeto político que ejerza sus derechos y deberes, genere valores sociológicos y públicos; y, además, tenga acceso a la *cultura general*.

Es tarea del maestro reflexionar para darse cuenta de que no ha pensado su oficio, sino que siempre lo han hecho por él, pero que, al descubrir la existencia de la autonomía y desde una práctica renovada y llena de entrega, ha empezado a

cortar los hilos que lo han conducido, la autonomía del maestro lo constituye en un ciudadano íntegro que través de su oficio es un *posibilitador* de subjetividades y no un *productor* en serie de masas que, si no logra el cometido, ha fracasado para el sistema.

El espíritu, el cuerpo y la mente hastiados de la falta de protagonismo en la propia historia, la indiferencia de la institucionalidad, entre otra más, son un aliciente para que el maestro reflexione sobre su condición y perciba que ha sido todo el tiempo subyugado, manipulado e infravalorado. El espíritu, el cuerpo y la mente hastiados han permitido que la voz del maestro luche con fuerza ante el intento de la expropiación de sus propias herramientas. La historicidad de su oficio, una pequeña parte de ella esbozada en los siguientes relatos, lo ha hecho consciente del potencial epistemológico de su labor y ha empezado a construir un espacio de identificación intelectual. Aun cuando el protagonismo de su oficio es todavía incipiente.

Son, por ahora, pocos los maestros que se acercan convencidos a espacios como los del Centro de Pensamiento Pedagógico para pensar su oficio. Es razonable, el maestro siempre ha sido un experimento del poder y ha naturalizado esa condición; queda a quienes de algún modo la han esquivado, la tarea de convocar y de lograr con el ejemplo, es decir, con una práctica apasionada de su oficio, la difusión de la posibilidad que tiene el maestro de pensar, cambiar, aprehender y empoderarse de su propia labor. De su oficio. ¡Vaya tarea la que le espera al mismo, cuántos imaginarios y posturas deben ser confrontadas y transformadas por él!

Es así como el Centro de Pensamiento Pedagógico se convierte en un escenario donde dialogan el pensamiento, las creencias, los hábitos, las prácticas, la acción, que cobran sentido en la medida que son compartidas, replanteadas en el encuentro con las realidades de los otros y configuran los modos de ser y estar en una cultura escolar.

UN, DOS, TRES POR MI

Natalia Andrea Quiñones Idárraga

"La familia es el lugar donde las personas aprenden por vez primera los valores que les guían durante toda su vida"
(Juan Pablo II)

Vocación, tradición y herencia

El sol nace tras las montañas y rompe con tibieza la fría mañana de mi pueblo, los pájaros cantan y la vida renace en cada uno de los hogares de mi barrio; niños que retozan entre las cobijas y se resisten a salir de ellas, hombres que se preparan para salir a sus trabajos y madres que corretean por sus casas tratando de poner en orden este nuevo día. Entre estas mujeres está mi madre, la observo con mis ojos de ocho años. Me llama con dulzura y rapidez, para dejarme lista antes de salir para su trabajo. Su labor es cuidar y enseñar a otros niños. Recuerdo que muchas veces me sentí abrumada, triste porque mamá salía muy temprano y yo debía esperar todo el día para verla de nuevo; entonces, es hora de ir estudiar en la escuela de la esquina, una grande, donde iba con mi mejor amiga, esa que me acompañó desde el preescolar hasta que empezamos a trabajar, esa que me enseñó que hay que ser pacientes, pero no tontas. Llegó mamá, por fin, ya la veo con ojos de adolescente, quince años ya, corro a recibirle la bolsa y a escucharle las historias, tomo aire y me atrevo a preguntarle:

– mami, ¿puedo hacer unas horas de alfabetización en tú escuela?

No parece gustarle la idea, pero, como siempre ha dicho, es mejor tenerlos cerca para saber qué hacen.

Después de un suspiro me dice: – voy hablar con René para que te reciba.

A mediados de ese marzo, cada miércoles me encuentro en la escuela de mi mamá, un quinto, solo hombres. Me aterro, siento que no voy a ser capaz, y aparece René, el director del curso, y me dice: – bueno, Natalia, vamos a ver qué le has aprendido a la mamá en estos años. A tener paciencia, pienso sin responderle; eso es lo primero que me enseñó como profesional. La escuela de mi mamá, lugar que amaré siempre, me enseñó a tener sentido de pertenencia por la que hoy es mi institución.

Pasa el tiempo sin darme cuenta, la escuela de mi mamá ha dejado de serlo, ahora es el hogar de bienestar con niños tan pequeños que hay que atenderlos en todo detalle, niños de los que se debe estar pendiente en todo momento. Verlos, ver a los que los atienden, me convence de que si voy a ser maestra no va ser de niños pequeños, pues, en mi criterio, son demasiado dependientes Después de la odisea que se ha convertido la práctica, por fin, en clase de matemáticas, mi favorita, con el profe Aníbal Rivera, un hombre disciplinado, exigente, maravilloso en el tablero y en su forma de explicar (así quería ser, respetada, admirada, disciplinada), si iba a ser maestra, me decía, quiero ser como él. Suena el timbre, sigue la clase de pedagogía con Amanda Roldán, siempre impecable, sus clases eran todo lo que un estudiante quiere, nada de monotonía, “se aprende haciendo”, nos decía; también quiero eso para mí, que mis alumnos me vean y quieran estar y aprender conmigo. Todo es maravilloso, pero, entonces, por alguna extraña razón, encuentro

frente a mí lo que no quiero ser […] no es respeto, solo miedo. No preciso decir su nombre, en mi cabeza queda claro que voy a ser una maestra de esas que se ganan el cariño con el trabajo diario, con la entrega**,** esas que me enseñaron en mi casa todos los días cuando veo a mi madre sentada calcando las fichas para sus niños, cuando de forma mágica veo como reparte su tiempo entre la escuela, la casa, mis hermanos y mi papá.

Entonces, llego a casa, allí está ella, mi madre:

– ¿Cómo te fue en el ensayo?, pregunta.

Le narro todo sin omitir detalles, por fin voy a salir del colegio. Viene la pregunta.

– Natalia Andrea (como cuando me regañaba), ¿qué piensas hacer el próximo año?

Sentadas en la cocina, más segura que nunca y convencida, afirmo:

– voy a estudiar el ciclo, en dos años voy a ser maestra como vos.

Recuerdo las lágrimas en sus ojos, esas que hoy salen de mí. Y hoy que me veo obligada a escudriñar mi vida salen al darme cuenta de que decidí ser maestra porque me fui enamorando de esto desde pequeña, que aprendí el valor de ayudar a otros a través de la enseñanza y por medio de los ojos de mi mamá. Hoy, años más tarde, me siento satisfecha, pues, como docente, tengo la posibilidad de trasformar pequeñas realidades que parecían enmudecidas ante el mundo y que por fin tienen una voz propia, una que quizás no tenga el privilegio de escuchar, pero que en unos años cuando alguien esté, como yo, tratando de saber el porqué de tantas cosas en su vida encuentre como respuesta el nombre de la profe Natalia Quiñones.

Cenicienta

La imagen del cuerpo escolarizado, relata, delata
y nos delata al volver sobre nuestro propio relato como
escolarizados y como escolarizadores.
(William Moreno Gómez)

El día más feliz de la semana dejó de ser el viernes, ahora esperamos con ansias los martes y los jueves: nos toca educación física. Y es que llegar al medio día y ver como los niños salen a recibirte, hace que el corazón se hinche de alegría: “profe, viniste”, afirma Salomé, con una sonrisa dulce y ese brillo en sus ojos. “Hoy tenemos clase de educación física con usted, vamos a seguir con los juegos, ¿cierto?”. No puedo más que mirarla y sonreír con ella.

Siempre pensé en ser maestra de matemáticas, de hecho, lo fui por algo más de tres años. Fue una época de aprendizaje y formación; sin embargo, la vida me tenía para otras cosas. Estaba todo dispuesto para que, en el año 2011, me graduara de la Universidad de Antioquia como Licenciada en Educación Física, y entonces empezar a descubrir cómo una materia puede trasformar realidades académicas y volitivas.

Esa, a la que muchos llaman Cenicienta, por muchos años, me tocó escuchar: “eso lo hacemos en la clase de educación física, esa hora se puede perder”, “menos mal está lloviendo, así no hay que bajar al patio” o “Profe, usted que es la educación física, no salga a jugar, sino que me adelanta este tema”.

Muchas veces sentí rabia, pero, con el trabajo juicioso se pudo dejar claro que esa, la Cenicienta, tiene poderes mágicos, roba sonrisas, brinda confianza, ayuda a resolver problemas, a detectar otros. Y sí es Cenicienta pues, como ella, al final del cuento sale avante.

Es increíble ver el amor y fascinación que la mayoría de los estudiantes tienen por el área, es la hora anhelada. Me convertí en la profe que esperan, en la clase que nunca quieren perder, en la que, por estos días, andan entendiendo que también tiene sustento teórico, que también se lee, se estudia, se evalúa. "Profe, ¿y vamos a copiar?", parece la frase más repetida. Y es que hacer que los chicos crean que la educación física también tiene conceptos claves ha sido una tarea ardua, lograr que estos sean accesibles para ellos, que los entiendan y los puedan vivenciar en la práctica, me ha llevado a recordar la maestra que un día soñé ser, me ha obligado a evaluarme, cuestionarme y, finalmente, reinventarme.

Van pasando las semanas y mi paciencia y disciplina se han visto forzadas a crecer. Los chicos son bastante exigentes, a medida que han ido entendiendo la necesidad de la claridad conceptual, es evidente un mayor sentido de pertenencia por el área. Por ejemplo, entender qué es el calentamiento y que existen diversas formas de calentar, los ha llevado a indagar acerca del tema y las actividades que ejecutamos, "profe", dice Mateo, "yo busqué en internet y si quiere le digo cómo más podemos calentar".

La mayor satisfacción es ver que la clase de educación física ha dejado de ser el relleno, el descanso, el premio o castigo. Ahora, gracias al profesorado, los niños reciben la clase de forma juiciosa y las maestras se apoyan en el área para el trabajo de otros conceptos. Se ha realizado un trabajo consecuente para recobrar el valor y posicionarse dentro de la escuela como un espacio capaz de colmar a los niños de felicidad y carácter. Un espacio para fortalecer el trabajo en equipo, la confianza y, al mismo tiempo, las demás áreas. Clase tras clase, Cenicienta encuentra al príncipe en cada sonrisa, porque es martes, porque es jueves, y los niños están felices.

Transformando la escuela

"Mi visión de la alfabetización va más allá de
ba, be, bi, bo, bu. Porque implica una comprensión critica
de la realidad social, política y económica en la que está el alfabetizado".
(Paulo Freire)

Es indispensable que como docente me caracterice por mi responsabilidad social, por ese compromiso con la formación no solo académica, sino en todas las dimensiones de mis estudiantes. También es indispensable que tenga siempre presente la incidencia de mi trabajo en la nueva configuración del contexto, donde lo político, lo religioso y lo cultural se vean transversalizados por lo que, como docente, hago en el aula.

Me asumo como sujeto de saberes, como una maestra comprometida con la educación de ciudadanos libres y autónomos, capaces de establecer relaciones de compromiso consigo mismos y con el otro. Además, en esta misma línea, reconocerme como trasformadora**,** con la capacidad de elegir del entorno todo aquello que me sea útil para un mejor desarrollo de mis prácticas pedagógicas y

lograr tener un mayor nivel de incidencia en los alumnos y la comunidad educativa. Recordar siempre que debo ser una maestra capaz de estudiar, analizar y poner en práctica aquellas cosas (métodos, proyectos, investigaciones, aportes en didáctica) que mejoren y cualifiquen mi quehacer educativo, sin importar la corriente de la que estas provengan, siempre pensando en mejorar el contexto, en trasformar mis prácticas de aula.

En este sentido, es que mis prácticas pedagógicas, sin importar la disciplina que enseñe, deben apuntar a la construcción, consolidación y trasformación de sujetos capaces de pensarse en el otro, siempre respetando su autonomía, su individualidad, siempre encontrando en el rostro del otro la respuesta para la propia trasformación.

Después de este proceso, puedo decir que el verdadero problema –¿en educación? – es la concepción que tenemos de la escuela como el lugar donde todos debemos tener los mismos conocimientos formales, parcializados, medibles y calificables. Olvidando que la educación va dirigida a seres únicos, singulares e irrepetibles. Esta concepción ha hecho que, tanto los estudiantes como los profesores, veamos el proceso de enseñanza y aprendizaje como algo rutinario y aburrido.

Mi ser de maestra ha comenzado trascender, a dimensionar mi accionar, a comprender el rol y la responsabilidad política que tengo con mis estudiantes, los padres y el contexto en general.

La mía es una comunidad que ama la escuela, que valora el esfuerzo que los maestros hacemos. Mis padres de familia son de los que reconocen cada avance y trabajan, en su mayoría, hombro a hombro por el bienestar de los niños. Tengo el privilegio de ser parte de una comunidad educativa que reconoce la incidencia de la escuela en la construcción de sociedad.

Por otro lado, mis alumnos son luz, son sonrisas y tranquilidad. Son emoción y reto. Son los encargados de dar sentido a la labor, por quienes vale la pena pensar la escuela de una forma diferente; por ellos se apuesta a hacer de las clases un escenario propicio para el aprendizaje basado en la exploración, en la construcción colectiva de los conceptos, en la diversión. Una clase donde se puedan reconocer y entender que tienen un espacio para fundar su conocimiento y, a la vez, su ser.

Es, entonces, que se hace la pausa, se mira alrededor y se sonríe, porque estas paredes tienen vida, porque la escuela se puede pensar como el escenario para trasformar, no el mundo, no seremos sus salvadores, pero sí el universo que cada pequeño tiene en su cabeza. Se puede apostar por fortalecer procesos desde el aula, por convertirla en un refugio, donde cada niño se sienta seguro y pueda entregar lo mejor de sí. Y esa es mi labor, dar vida al cemento, hacer de mi aula o del patio, mi lugar favorito de la escuela, un cúmulo de saberes, de aprendizajes, pero, sobre todo, de oportunidades, donde los niños quieran estar, donde quieran interactuar y soltar sus miedos, para lograr que la escuela esté siempre viva, alegre y siga siendo magia.

ES HORA DE CONTAR LA VERDAD

Bajo la lupa de la experiencia docente

Homer Alonso Hincapié Ruiz

[…] Me pongo el vestido de súper héroe
y antes de luchar por la justicia y la educación
creo que en ocasiones y de manera crítica
lucho por acrecentar los niveles de ignorancia […]

En el extenso verde de la montaña se encumbra, en lo alto del norte de un país, una comunidad que nutre sus saberes a partir de sus tradiciones culturales y voces que pululan como mariposas amarillas que rondan el jardín de la vida llamado escuela. Allí, donde la risa se conjuga con el amor y la libertad, florece el mayor don del servicio que es la formación puesta en los hombros de un maestro que cuenta con una familia numerosa llamada educandos, muestra viva de la construcción de nuevas generaciones que se entremezclan en un inmenso mar de posibilidades que abren su corazón hacia la búsqueda inacabada de la felicidad.

Desde esta pintura literaria se construye la idea de la docencia antioqueña como una labor de héroe que moviliza almas y cuerpos en una danza infinita de los hilos del amor, para hacer que cada ser pueda albergar en su vida un proyecto sostenido bajo el marco de la existencia y la humanización, como principios para abrir el quehacer docente como un factor de cosmovisión y multiplicidad de prácticas escolares que juegan en los ritmos de las letras, para entonar palabras que bailan de la mano con los párrafos que, en conjunto, conforman un bello texto.

Con este contexto romántico, yo, Homer Alonso Hincapié Ruiz, educador de secundaria del área de lengua castellana en los niveles de décimo y undécimo de la Institución Educativa de María del municipio de Yarumal, quiero, a razón de la utopía, mejorar procesos en las prácticas de lectura y escritura como apuestas vitales y construcciones de escenarios culturales para abrir los panoramas del progreso, la reflexión y la criticidad en estudiantes ávidos de sabiduría.

Por lo tanto, hoy puedo decir que he realizado infinidad de actividades y proyectos enmarcados en el fortalecimiento y promoción de la lectura y la escritura, viéndolas como prácticas transformadoras de realidades y posibilitadoras de mundos posibles. He realizado semanas literarias, concursos ortográficos, cortometrajes, foto relatos, encuentros de poesías, actos de cuenteros, trovadores y músicos, audiocuentos, seguimiento a los quince minutos de lectura institucional, designación de textos de forma recomendada o libre, obras de teatro, lectura en voz alta, silenciosa, rápida y reflexiva, elaboración de cartillas de lectura y, además, he participado en múltiples talleres para animar y construir el mundo de la lectura y la escritura.

Todos estos ejercicios con el ánimo de hacer unas prácticas significativas, trascendentes y vitales para los estudiantes, con el ánimo de posibilitar la formación de un estudiante crítico y un ciudadano competente en la sociedad del conocimiento en aras al encadenamiento profesional o, simplemente, con el ánimo de que sean

seres con proyectos de vida definidos y que puedan discernir las informaciones del mundo global.

Pero, de manera directa, puedo decir que muchas de mis intenciones pedagógicas y literarias han fracasado, pues, aunque diariamente en la clase de lenguaje hablo del valor de leer, escribir, escuchar y hablar, no he podido ver significados relevantes dentro y fuera de la institución frente a dichas prácticas. En ocasiones me veo nadando contra la corriente, termino como un bufón sin público que solo él cree lo que dice, pues docentes y estudiantes no tienen de primera mano el valor de la lectura y la escritura. Hasta yo, en varias situaciones, tengo que expresar ideas que no van con mis sentimientos y muchas veces presento un mar de fachadas que muestran un logro sin cumplir. Desde esta triste mirada haré un pequeño recuento de las situaciones más apremiantes que me han alejado del encantamiento que supone alcanzar una educación libre, reflexiva y de altos índices de autorregulación.

Todo comienza cuando el 7 de mayo del 2010 entro a la Institución Educativa de María, a las 8:00 a.m., me dirijo a la oficina de la rectora para entregarle mi notificación como docente en propiedad, nombrado en secundaria en el área de lengua castellana. Allí, la rectora me recibe con un saludo normal, pues ya me conocía como estudiante, años atrás, de la institución y como docente en algunos meses de la jornada nocturna. Ella me indica que debo dar la clase de español en los grados sexto y séptimo. Además, me ofrece las clases de emprendimiento e inglés. Yo, temeroso, le indico que no es mi fuerte y que puedo fallar. Ella me mira por encima de sus gafas. Asustado le digo que, si es necesario, pues las daré. Ella piensa y me dice, “no, tranquilo, voy a esperar la llegada de otros docentes”.

Después de este momento tensionante y de alegría al mismo tiempo, me dirijo a la sala de profesores, hago mi presentación, me ubica la coordinadora académica y luego hablo con la profesora que voy a reemplazar. No me importaba su tristeza, sino que pensaba en cómo enfrentar los estudiantes y qué temas tratar. Ella me hace las recomendaciones, me entrega las notas y, cuando se va ir, me menciona que debo estar muy pendiente de los quince minutos de lectura y del seguimiento de los mismos. Realmente no me importó mucho.

Los días y meses fueron pasando y a través de ellos fui comprendiendo la difícil tarea de ser docente y también el compromiso institucional, social y hasta político del maestro de lenguaje. Las clases eran, desde mi perspectiva, como las de un buen docente, pero, estaban llenas de los regaños, las malas explicaciones, las evaluaciones sin sentido, mis lecturas temerosas, los libros impuestos sin conocerlos, las observaciones en las fichas del estudiante, hasta proclamar miles de palabras ofensivas a los estudiantes con el fin de tener el control.

Mientras esto iba pasando, me iba formando lentamente en experiencia, conocimiento y pedagogía para ir sopesando las dificultades dentro y fuera del aula. Algo que me preocupaba era los tales quince minutos de lectura, pues los estudiantes tenían un libro que dizque leían y yo debería de evaluarlo. No sabía qué hacer con aquello, pues yo no había leído el libro y, por lo tanto, lo único que hacía era poner resúmenes y evaluaciones puntuales.

Empecé a reflexionar sobre este proceso y a ver que era algo institucional y que todos los agentes escolares estaban comprometidos con ello, además era algo bueno para el colegio. Algunos o muchos estudiantes aparentaban y aparentan

todavía estar en silencio y estar leyendo. Viendo esto, y además que tenía que mostrar a la comunidad y a la rectora resultados puesto que cada año sería evaluado, decido emprender un proyecto de lectura con el fin de promover y fortalecer las cuatro habilidades comunicativas, y hacer de la lectura algo significativo para formar estudiantes lectores y escritores con capacidad de reflexión y criticidad del mundo.

Para crear y dar gestión al proyecto denominado Biblioteca club, se instaura una política basada en dinámicas de sana convivencia, donde el estudiante es autónomo de su aprendizaje a partir de espacios de libertad y el desarrollo de un pensar crítico, que mire las prácticas de lectura y escritura como procesos conscientes, críticos y culturales a razón de la significación y la construcción de mundo posibles. Con estos referentes, que parafrasean superficialmente los postulados de Freire y Lerner, quería iniciar un proyecto que no solo fuera una excusa para pasar mis evaluaciones de desempeño, sino para fomentar la lectura entre los educandos.

Los meses fueron pasando y miles de actividades iba creando junto con otros docentes que seguían la idea: ejercicios de oralidad, plegables, concursos de palabras, ponencias poéticas, correo de lectores, entre muchos más espacios para darle amor a la lectura y a mí área. Era tanto mi entusiasmo que, en ocasiones, gastaba, y sigo gastando, dinero en detalles, separadores, libros, copias y dulces con el fin de cumplir la meta.

Todos los días, en las clases, hablaba del valor de estudiar, leer y escribir para hacer buenas personas y poder conseguir un trabajo digno y no ser cualquier persona. Palabras que, en profundidad, pueden desconocer los proyectos de vida de los estudiantes y estandarizar a las personas. Algunos estudiantes me escuchaban y participaban en la clase casi aceptando que lo que yo hablaba era lo correcto; otros tantos me ignoraban, y me siguen rechazando, diciendo que no les gusta estudiar, que están porque la mamá los obliga, que leer es muy aburrido y que esos libros míos no los entienden.

En varias ocasiones salía y salgo afectado, observo que mi discurso y las actividades de lectoescritura no cumplen con su misión, pues más que generar empatía por la clase, hay hechos de resistencia y hastío.

El proyecto fue creciendo en nombre, recursos y reconocimiento institucional tanto como en fachada; mi trabajo se duplicaba ya que no solo las actividades se daban en la clase, sino en jornada contraria, haciendo que haya un desgaste de tiempos y mentes, pero un considerable reconocimiento institucional.

Un día, un gobierno de turno, decide premiar las mejores experiencias, y la rectora de inmediato me llama a la oficina y me dice que me va dar un día entero para llenar un formulario de inscripción. Realmente, lo hice por presión y porque era mi obligación hacer esa tarea. El tiempo pasó y veo en mi correo que estoy nominado para una gala de ceremonia en la ciudad de Medellín; no le doy mucha importancia, pero otros docentes sí. La fecha llegó y se hace una ceremonia que solo muestra publicidad y deseos efímeros de fama absurda. Pero yo hago lo mismo y sigo estrictamente los protocolos. Al final de la noche me doy cuenta de que la idea de leer y escribir es premiada y reconocida.

Puedo decir que sentí felicidad, pues los egos y elogios crecieron. Más tarde entiendo que el ser reconocido fue no solo por escribir bien una experiencia, sino

porque el destino, en ocasiones, valora superficialmente las horas de más que dedicamos al trabajo en detrimento de la felicidad que pueda dar el tiempo familiar.

Hoy, en realidad y de manera sincera, siento vergüenza con muchos estudiantes, pues la valoración que he tenido no corresponde con la meta inicial de mejorar las prácticas de lectura y escritura como algo vivencial para una formación integral de corte humanístico, que movilice diariamente los roles del docente y del estudiante en unas mismas líneas de acción y de importancia, para que la lectura y la escritura que es vida social, cultural y cognoscitiva de todo acto del ser humano, tengan visiones transformadoras y de conciencia en cada sujeto, eliminando la reproducción y la esquematización de sus momentos, para llegar a renovar su accionar, alejando la represión y prohibición con miradas pedagógicas, generando identidad y diversidad.

Esto lo reflexiono, ya que, aunque es cierto que muchas actividades de mi quehacer pedagógico buscan solo repetir esquemas del sistema educativo y generar competitividad para lograr unos resultados internos y externos en pruebas, hay otras que nacen del alma y del corazón con la finalidad de formar para la vida y la felicidad.

Pero, cada vez más me veo en un camino sin salida debido a que muchos estudiantes de hoy, por sus miles de dificultades y desigualdades sociales, no dan valor al acto educativo. Y es de entenderlo, de nada vale formar cuando la sociedad rechaza, limita, es corrupta y el futuro no es la pobreza sino la miseria. Estas últimas palabras son expresiones de un estudiante de once que me hace reflexionar y refuta mi clase cuando hablo de estudiar y mejorar las prácticas escolares, a través de la lectura y la escritura, como posibilidad de progreso.

Todo lo anterior hace que el caminar educativo, en mi área de lengua castellana, sea un conglomerado de altibajos. En ocasiones, nos vemos llenos de reconocimientos que suavizan las problemáticas internas y, en otros momentos, tanto estudiantes como docentes, nos llevan a lo más bajo de la vida cuando vemos que lo que estamos haciendo no cumple en nada con la utopía de formar para la dignidad.

Después de pasar los meses de tal nombrado reconocimiento, las responsabilidades se aumentan, pues, de una noche a otra, paso de dar clase en sexto para impartir mis procesos en los grados superiores. Todas las miradas están en mi círculo y hago todo lo posible, bajo los tiempos y los espacios, para cumplir con lo que esperan de mí. De aquel docente tímido e inseguro paso a ser un docente dizque elocuente y extrovertido. Pero esto no es solo apariencia, pues mi experiencia y formación universitaria van asentando bases para formar un carácter de maestro comprometido, líder y siempre con el deseo, no de figurar como dicen algunos, sino de realizar un sueño que no se quita: formar estudiantes que progresen y sean buenos ciudadanos.

Esto hace que las actividades se intensifiquen y que las clases tengan la intención clara de formar para la vida. Pero es muy difícil, pues el sistema y lo administrativo limita grandemente, cayendo en los mismos contenidos y rutinas que siempre he contradicho y atacado, pero no puedo hacer nada más, son lamentablemente un producto bien hecho de políticas de reproducción y castigo.

Por ello, mi diálogo va en dos líneas, aquel docente que se resiste desde una enseñanza crítica y reflexiva, que forma para la libertad del pensamiento y del

cuerpo; y, sin embargo, también aquel docente al que el sistema ata para seguir con las mismas prácticas basadas en la decodificación, la discriminación y la memorización sin sentido.

En el transcurrir del tiempo, se ve que los ánimos se van perdiendo y que hay muchas críticas por los ejercicios del proyecto; algunos docentes dicen que se pierde el tiempo, que ya no se da clase, que es mejor hacer un cronograma diferente. Otros mencionan que de nada sirve tantas actividades extracurriculares, que la academia se ha perdido, que con razón los estudiantes no ganan el ICFES. Otros más dicen que, cuando llegan a clase, siempre hay actividades diferentes, que se pierde el tiempo, que hay mucha bulla, entre otras cosas.

En verdad, todo esto es una realidad, ya que cualquier otra opción pedagógica el sistema educativo arcaico la rechaza; se requiere de una educación para el sometimiento y la numeración, donde el maestro tenga el control y se pueda cumplir sin intención alguna el conjunto de temas del año, el aprender para la vida no es lo importante, sino el aprender a callar y a obedecer.

Todo esto me desmotivaba, pues de nada valía hacer tanto esfuerzo por los procesos literarios de la institución si no son valorados ni por estudiantes ni profesores, solo algunos cuantos, no sé si serán buenos compañeros, siguen hablando que todo es un éxito.

Veo que aquellos quince minutos, que no han logrado su intención de crear una cultura de lectura, están en decadencia, pues antes se respetaban y se hacía silencio. Ahora muchos profesores y estudiantes los tienen como un momento para sacar fotocopias, alimentarse, escuchar música, llegar tarde, hacer tareas de otras áreas, dormir o simplemente no hacer nada.

Esto me genera sentimientos encontrados, diariamente, desde hace ocho años, paso por los grupos, en ocasiones, regañando a docentes y estudiantes, diciéndoles de forma autoritaria el valor de leer y escribir, les digo que si no leen y aprovechan el tiempo van a ser sujetos ordinarios, una mano de obra barata, que las niñas seguro, dentro de poco, estarán en una cocina y con un marido maltratador, y que los hombres estarán echando planchas en los edificios continuos del colegio; o que, simplemente, cuando los vea en la calle, me dará miedo verlos y tocará pasarse de acera.

Palabras muy fuertes que no tendría que pronunciarlas, pero me veo contra la espada y la pared, hay que cumplir con el orden institucional y también pienso que de esa forma podré lograr mi objetivo de formar en la autorrealización y para una educación basada en la libertad. Pero esto hace que los mismos estudiantes sientan más hastío por dichos procesos.

Hay ocasiones en que los estudiantes me preguntan por qué los trato así, que, además, a ellos nos les gusta estudiar y mucho menos leer y escribir, que los libros de los colegios son muy malucos y que lo que ellos quieren es trabajar y ganar mucho dinero.

Una vez, en un intercambio de palabras, en el 2014, un estudiante de once me dijo que no lo aconsejara más pues él iba a ser guerrillero y que lo único que debería saber era matar personas. Eso me dejó mudo y perplejo, ya que entendí que son más grandes las dificultades sociales y familiares de una persona que su deseo de formarse para la vida universitaria. A los dos minutos, le contesté con palabras entrecortadas: tranquilo, yo sé quién es usted y no me importa su futuro,

me importan algunos buenos estudiantes que seguro serán un orgullo para el colegio y la familia. Tenga en cuenta que, si aquí no cumple normas, no se preocupe que en la guerrilla le tocará ponerse uniforme, ser responsable en los turnos, cumplir con lo que diga su comandante, estar siempre atento a que no lo maten y tendrá que hacer lo que le digan, o si no lo matan. Yo no sé para qué está acá.

Él se quedó callado, y desde ese día cumplió aparentemente las normas hasta finalizar el año escolar. Sé por sus fotografías en el Facebook que en la actualidad es soldado de la guardia presidencial. Realmente, no sé si lo que le dije fue oportuno, o fue un error, y si ese cambio de vida, que es muy similar a lo que él aspiraba, pueda ser productivo.

En ese recorrido en el seguimiento de la lectura, en ocasiones, no lanzó mensajes denigrantes, sino que les digo las grandes bondades del proceso de enseñanza y aprendizaje, hablándoles sobre el hecho de estudiar para ser alguien en la vida, ser un profesional responsable o ser un padre de familia feliz, que trabaje en lo que quiera, pero que enseñe a sus hijos a ser mejores personas; por eso insisto en que estudien para que les ayuden a sus hijos en sus tareas y sean un ejemplo de vida. Les digo que, si sus padres han sufrido, ustedes pueden cambiar esas historias, ¿gracias a qué? […] a la lectura y a su estudio; lean no solo el libro que hoy les pido, y que casi el gobierno me obliga con él, sino que tengan otros libros para que se instruyan y sean mejores personas. Seguro dentro de diez años estarán o no estarán por acá en Yarumal, pero con seguridad serán buenos profesionales, que tendrán momentos de alegría, no dejen que la droga, la pereza, el dinero fácil, entre otros peligros dañen sus sueños.

Toda esta encíclica se las digo con el fin de animarlos en su vida y que aprovechen las actividades institucionales o, mejor, para que aprovechen su tiempo. Veo que algunos estudiantes se interesan en esas palabras o, simplemente, hacen caso omiso y siguen haciendo nada y otros cuantos toman los libros y empiezan a dramatizar la lectura. Esto me da alegría, tristeza, rabia y, en ciertos momentos, ya no me importada nada, pues pienso que lo más importante de mi trabajo es que me pagan, mucho o poco, y que mi cédula esté dentro del sistema humano en línea.

En ese caminar diario, entre las actividades literarias y los quince minutos de lectura, nace la visión de un maestro en situaciones de libertad, creativo, con sentido de pertenencia y con entendimiento de las problemáticas educativas y estudiantiles. Pero la misma dinámica del colegio me convierte en un alguacil que vigila el cumplimiento institucional para que todo marche bien y esté controlado. Cosa que no debería hacer, sin embargo, es imperante ejercer este rol nefasto.

En ese vivir cotidiano me encuentro con docentes que me dicen: “Homer, estos estudiantes no quieren leer; Homer no sé qué hacer con la copia; Homer no se escucha lo que se dijo; Homer, los de aquel grupo, están haciendo mucho escándalo”. Es patético que el proceso de formación se vea como algo sin placer, un hecho punitivo y de control total, con el fin único de filar cuerpos y guardar pensamientos.

Yo respondo: ya voy; ustedes saben qué es lo que tienen que leer; ahora les hago la evaluación; por qué no hacen silencio; profe, colabore con eso, si ustedes no leen o no hacen las actividades el muchacho tampoco, entre muchas expresiones de desespero que hacen mella en mi rol docente, que, en cierto momento, me produce risa y en otras una rabia por no lograr mi objetivo personal,

profesional y académico de ver las prácticas de lectura y escritura como algo autónomo, reflexivo y vital en el marco de lo social y cultural.

Sé que muchas de mis acciones no hacen que esto suceda, pues estoy dentro de un sistema cuadriculado que no permite salir de él; además, hay confort de educar de esta forma y miles de veces me han felicitado porque lo hago muy bien. Pero, dentro de mí, me siento mal, porque no es la mejor educación y no pienso que pueda romper injusticias sociales. Sobre esto siempre respondo a otros (y me respondo a mí mismo): esto es lo que hay, no hay más, esto es lo que existe.

Al día de hoy, de aquel bello proyecto que fue reconocido porque de manera mediática quería mejorar las prácticas de lectura y escritura a nivel institucional solo está quedando el nombre y los ecos de la gente que se resiste a eliminarlo. Yo justifico que no se ha acabado, que está más vivo que nunca, que se están haciendo las actividades dentro de la clase de español; sin embargo, su proyección se ha reducido a la celebración del día del idioma, algunos eventos esporádicos y a la participación de actividades literarias a nivel municipal.

Es normal que todo llegue a su final, pues las personas, las ideas y los procesos son temporales y se reemplazan por nuevos referentes; la dinámica institucional no soporta otra actividad más, la cultura estudiantil está en una encrucijada por alejarse de la violencia y la droga o por estar en ese mundo. El estudio lo ven para algunos cuantos, la discriminación aumenta, lo que era normal es anormal, lo bueno es para minimizar y hay que aceptar toda idea, de lo contrario estamos en problemas, la pereza por el hacer pasó a ser llamada flexibilidad, inclusión o promoción; y las prácticas de lectura y escritura no son el escenario de la institución. Más que prácticas son parte del sistema de regulación y sistematización de datos para tratar de tapar las realidades y no dejar mostrar el camino de la liberación y la criticidad.

En este lugar, yo y muchos otros, somos culpables que la cultura escolar sea así, y no podemos decir que es malo o bueno, eso es la vida, eso hemos construido y somos hacedores de las mismas rutinas que reconocemos y seguimos avivando.

Siendo final de año, hay una decisión tomada para el próximo periodo escolar, retirar definitivamente los quince minutos de lectura, pues la mesa de español justifica que no hay compromiso por parte de algunos docentes y estudiantes. Se ha aumentado las llegadas tarde al inicio de la jornada, hay que darle mayor importancia al tiempo académico, entre otras ideas que dan fin, por el momento, al concepto y pilar inicial de aquel proyecto que tuvo y todavía tiene relevancia a nivel institucional, que fue reconocido por el municipio, el departamento y la nación; pero que hoy muere en la flor del tiempo y seguro de no haber cumplido su objetivo de hacer que leer y escribir sea significativo para las vidas de los educandos.

Con seguridad, las llamas están vivas para seguir en las incoherencias de ideas que dan figura a personas y actividades, pero que no alcanzan sino a ser remedos de las políticas neoliberales en torno a la innovación, la competitividad, el progreso y la educación de calidad, a fuerza de la mentira y la apariencia. Eso hay que hacerlo, pues son los lineamientos de una escuela obsoleta que se niega a transformarse, pues el Estado no la ve como un espacio de construcción, sino como un dispositivo de reproducción de culturas de violencia, pobreza y desigualdades.

Por último, un coordinador de convivencia me dijo: “Homer, has hecho tantas cosas, te mantienes tan pendiente de la vida escolar, que es de reconocer tu valor por la dedicación y el tiempo. Pero, piensa Homer, que muchas veces es bueno cambiar y ver otras oportunidades, yo las voy a tomar, tengo que ser capaz de salir de aquí, y darme otro proyecto de vida”. Yo le respondí: eso es muy bueno, pues uno en el colegio si se descuida, se vuelve como una matera, pasan los años, y es lo mismo. La vida se va muy rápido, y lo malo es que el tiempo no se recupera. Pero, mira coordinador, por el momento, aunque tengo muchas dificultades y no voy a lograr nunca lo que quiero, vivo muy feliz como docente en la Institución Educativa de María. Te admiro porque tienes la verraquera de salir de aquí y mirar otras cosas, pero yo sé que vas a volver algún día, y me vas a encontrar como el escudo del colegio.

Ese mismo coordinador algún día me dijo que no me preocupara tanto por los estudiantes y porque ellos aprendan, “ellos no están aquí porque les gusta vivir en comunidad, son obligados, no tienen más que hacer, algunos son muy buenos, pero otros no duran mucho. Además, en la sociedad necesitamos de todo, la prostituta, el panadero, el maestro, el abogado, el médico, el chancero, etc. Entonces, haz tu misión que la vemos muy bien y no te preocupes tanto por la vida de los demás, vive tu vida”.

Estas palabras, hoy en día, las tengo muy marcadas en mi mente, lamentablemente las últimas no las he cumplido, pues los educandos ocupan un amplio espacio en mi vida, aunque diariamente recibo tristezas y melancolías por ellos, porque no puedo lograr mi objetivo inicial; deseo que algunos puedan generar algunos cambios positivos en su vida por el hecho de una palabra, un consejo, una mirada o un libro. Deseo no verlos como los ve el sistema, como un simple número o silla más, deseo que educar, aunque es un sueño, pueda ser, por momentos, un acto de amor, aunque tenga miles de infidelidades.

A esta altura de mi edad profesional y siendo las últimas palabras de una narración que me desnuda en mi quehacer docente, puedo decir que sigo luchando por un cambio de las realidades escolares de las actuales instituciones; aunque el conformismo nos gane, hay momentos donde se piensa que las realidades pueden ser mejores; no podemos decir quién tiene la culpa, si es el gobierno, el estudiante, los padres de familia, los docentes o el mundo en general. Pero creo que puede haber otras posibilidades donde los sueños generen algunos caminos de cambio en la escena cultural, otras posibilidades para ver que la palabra en cada sujeto tenga valor gracias a la diversidad de pensamiento y el desarrollo pleno de vivir para lograr estados de mayor progreso, no solo colectivos sino también individuales, que busquen, no un remedo de sociedad rica – pobre, sino un ambiente de felicidad que pueda mostrar la humildad de un niño que se resiste a caer en las garras de una educación limitante que busca formar para la pobreza.

Por el momento, las palabras que tantas veces he citado y defendido de la escritora Delia Lerner, en las cuales reza que “la escuela un ámbito donde lectura y escritura sean prácticas vivas y vitales, donde leer y escribir sean instrumentos poderosos que permiten repensar el mundo y reorganizar el propio pensamiento, donde interpretar y producir textos sean derechos que es legítimo ejercer y responsabilidades que es necesario asumir. Lo necesario es, en síntesis, preservar el sentido del objeto de enseñanza para el sujeto del aprendizaje, lo necesario es

preservar en la escuela el sentido que la lectura y la escritura tienen como prácticas sociales para lograr que los alumnos se apropien de ellas y puedan incorporarse a la comunidad de lectores y escritores, para que lleguen a ser ciudadanos de la cultura escrita", no tienen valor, pues, aunque lo intenté y lo seguiré intentado como maestro y ciudadano, en mi ámbito profesional como promotor de saberes lingüísticos he fracasado miles de veces. Hay un círculo grande de problemas sociales que no dejan que estas prácticas lleguen a ser significativas incluso para mí, lo que hace que no pueda dar lo que no tengo.

Seguiré luchando contra la corriente y mi corriente, sé que los estudiantes, como me lo han dicho, "profe, para qué leemos y para qué estudiamos, yo no quiero eso y además no entiendo nada", expresan palabras dolorosas para mi visión, y los entiendo, pues cuando yo quiero que hagan lo propuesto por mí, los estoy coartando y reduciendo las posibilidades de sus proyectos de vida. Pero me es difícil, pues estoy encarnado en un sistema homogéneo del que no soy capaz de salir, aunque la escuela sea diversa y etérea, pues mi tradición cultural, mi familia, mi religión, mi formación y mi institución me hacen tomar la decisión de dar los caminos y no de dejarlos construir.

Por el momento, el sistema educativo occidental, repetitivo, discriminatorio, arcaico, limitante y reproductor, me llama. Por ello, me pongo el vestido de súper héroe y antes de luchar por la justicia y la educación, creo que en ocasiones y de manera crítica, lucho por acrecentar los niveles de ignorancia. No me desmotivo, este traje ya perdió color y creo que conseguiré el traje de la transformación.

CORRE MAESTRO, CORRE […]

Luz Ángela Hernández Castrillón

¿Quiénes están dentro? ¿Qué ocurre allí?
¿Por qué corre el maestro? ¿Qué sucede cuando cruza la puerta?
¿Qué representa la carrera del maestro en la construcción de la patria?
¿De qué forma han seguido adelante los que encontraron la puerta cerrada?
La escuela pública se estableció de una vez y para siempre, fue la escuela pensada para una época en la que era impensable narrar cómo sería la escuela hoy; es la misma escuela, pero ningún día en ella es igual.

Cada día, el tejido de relaciones que convoca el espacio educativo, desafía nuevas formas de ser y estar en la escuela; entonces, qué sujetos que habitan la escuela, de algún modo, quedan por fuera de ella, si cuando se habla de la experiencia escolar es la vida misma la que está atravesada en el patio de recreo, en el salón de clase o en el portón de acceso. Precisamente, sobre la experiencia como directiva docente y aprendiz permanente de la vida, son estas líneas en las que el imaginario de escuela y de maestro tiene un sentido subjetivado por el día a día.

Corre maestro, corre […] fue lo primero que pensé cuando una mañana después del descanso, observé desde la puerta de mi oficina en la coordinación de la Institución, al maestro director del grado quinto B, correr en dirección a la puerta de su grupo; en ese preciso instante, yo tomaba fotografías del espacio físico de la institución, buscando un ángulo que inspirara lo que podría ser una foto narrativa de la pedagogía, y de repente ante el lente de mi cámara, apareció el maestro y, con él, llegó a mi mente la imagen de la carrera de los maestros y de la que ha sido mi carrera en la educación.

La fotografía congeló el momento, pero la escuela no se detuvo, con las responsabilidades propias del día, entre la atención a estudiantes, padres de familia y maestros, fui tomando distancia de aquel instante, pero, de manera recurrente, aparecía ante mis ojos la imagen del maestro, asociada a la labor que realizamos todos los días; entonces, al llegar la noche y sentir que los espacios de la escuela iban quedando en silencio, me senté frente a la computadora y, como evocando un recuerdo que venía de lejos, fue tomando vida la carrera del maestro y me dije así misma:

Corre maestro, corre […] con los zapatos lustrados, lleva la vida en cada paso y en cada vida va dejando la huella del maestro que hace patria, del que crea vínculos en la posibilidad del encuentro y teje sueños con los hilos rotos que se recomponen llenando de valor la escuela y de sentido la vida. Corre maestro, corre […] al cruzar la puerta estará entre los estudiantes compartiendo la amabilidad que reflejas, con tus conocimientos que hacen posible la mirada de asombro del niño y despiertan el entusiasmo por el aprendizaje.

Corre maestro, corre […] haces la historia, sin ti la pluma dejaría de escribir los renglones que tanto han dicho sobre la pedagogía, la investigación, la evaluación, la gestión, la infancia, la formación, sobre el deber ser de la escuela, sobre lo que se dice que hace y no hace; sin ti no existiría el sistema educativo, el

gobierno debilitaría sus tentáculos y los interminables ideales depositados en la escuela andarían buscando un lugar donde descansar.

Corre maestro, corre […] estás cambiando el mundo, estás haciendo posible que el niño que no conoce a su propio padre, te admire como el referente de autoridad y amor, que quienes están creciendo en la presencia de la familia lleguen a construir saberes con los cuales van a edificar la sociedad. Tú cambias el mundo cuando haces posible que los estudiantes convivan de forma ética en el mismo espacio, elaborando la información que traen consigo sobre la violencia, la corrupción y la desesperanza.

Corre maestro, corre […] el mundo en tus manos es y será un mundo mejor, porque con tu presencia la escuela levanta la voz, en la medida en que introduces la política como programa, a través de lo que se debe aprender y la política como comunidad de iguales cuando todos siendo tan diversos pueden aprender la misma ecuación, al comprender que no haber crecido entre algoritmos no es una limitante; puesto que cada una de sus clases es la fuerza colectiva que reconoce la existencia de múltiples caminos para llegar a la meta, de la cual hace parte las trayectorias individuales, las luchas familiares y las escolares.

Y, entonces, fue así como la imagen de este maestro apasionado por la pedagogía, a la cual le da vida enseñando matemáticas y amando lo que hace, inspiró el pensamiento de *Corre maestro, corre […]* en el que he ido plasmando la pasión de los maestros de esta Escuela Normal, donde, día a día, trabajamos sobre el fundamento de creer tanto en sí mismos como en el otro, desde la humanidad que nos atraviesa y en la cual estoy inmersa, puesto que aquí no hay fórmulas aprendidas, solo apertura a construir la escuela, en la que ningún día es igual a otro. Cada jornada trae su propio afán, sus desafíos y metas que se fracturan y recomponen en las interacciones escolares.

Por tanto, aquí preciso enunciar que cuando hablo de la humanidad que habita esta escuela, estoy hablando de los micro-mundos que la conforman con toda la historia personal que se entreteje en la escolaridad; así mismo, hablo de la carrera del maestro que es la carrera de la educación, puesto que a veces siento que la escuela se concibe solo como la dinamización del saber desde un área específica en un momento especifico, pero más allá de ello, para que la escuela materialice su misión la gestión profesional de los maestros y directivos se ha estado preguntado múltiples veces por elementos que parecen tan obvios, pero que van desde el acceso de los estudiantes a la escuela hasta su graduación y que tienen que ver con: ¿cómo vienen?, ¿llegan temprano?, ¿han desayunado?, ¿qué dificultades hay en las familias?, ¿cómo enseñar lo mismo a todos?, ¿están siendo operativas las flexibilizaciones curriculares?, ¿fueron revisados los microcurrículos?, ¿hay implementos de aseo en los salones?, ¿atendieron los padres de familia?, ¿subieron las notas a la plataforma?, ¿instauraron la denuncia del robo en la sede X?, ¿no llegaron los insumos para el restaurante?, ¿la portería está cerrada?, ¿qué sucedió con el maestro, la directiva, el estudiante o la señora del aseo?, ¿los baños están limpios?, ¿el video beam se dañó?, ¿no hay internet?, ¿cuál es la inconformidad con determinada área o metodología?, ¿por qué el padre de familia no vino?, ¿por qué la maestra no atendió la observación?, ¿por qué la coordinadora o la rectora no avisó a tiempo?, ¿dónde ocurrió el accidente?, ¿por qué golpeó al compañero?, ¿en qué página del manual de convivencia está escrito

eso que usted está diciendo?, ¿cuáles son los requisitos de la matricula? Me siento enfermo, ¿me puedo ir para mi casa?

Los anteriores planteamientos son solo algunas de las cuestiones que como coordinadora he observado en la carrera del día a día, de lo que implica hacer escuela, sumado a la contingencia que se presenta con las incapacidades y los nombramientos tardíos o los que nunca llegan, como sucede con la profesional del aula de apoyo pedagógico, aula que lleva más de dos años cerrada y, sin embargo, se atiende a toda la población con algún tipo de diagnóstico; o qué decir de los períodos intermitentes del personal de servicio general, asuntos que también son propios de la pedagogía, puesto que cada situación que ocurre en la escuela altera o modifica procesos, que al sumarse en los días, meses y años terminan naturalizando prácticas.

Y, entonces, *corre maestro, corre* […] los estudiantes necesitan atención, los padres de familia también, la escuela sigue […] ¡ah! y, por supuesto, ensayemos otras metodologías, otros procesos para atender a quienes están presentando dificultades cognitivas, sensoriales, emocionales, psicosociales, en fin, intentémoslo de nuevo. Igualmente, necesitamos que algunos maestros asuman otras clases que no estaban previstas o incluso que los grupos vayan a la biblioteca porque a esta hora no tienen maestro; entonces, *corre maestro, corre* […] Corre directiva, corre administrativa, corre, corre, corre, es la carrera de todos.

Sin embargo, aquí hay un punto muy importante en el *corre maestro, corre* y es la pasión, la vocación y la posibilidad de asumir el día a día con esperanza. He visto la escuela ante mis ojos y ha sido la misma escuela la que, en ocasiones, queda devastada ante los problemas de la humanidad que nos habitan, la que nos hace incluso ser verdugos de nosotros mismos y, de nuevo, ver cómo vuelve a empezar, poniendo en común los asuntos que la tensionan, dado que, en esa misma tensión, se crece como comunidad y se generan puntos de identidad que crean vínculos en los que se reivindica la diferencia que nos une.

Corre maestro, corre, es un grito de esperanza, pero no de una esperanza abstracta, sino de una que se activa ante la pregunta del niño, con la apertura y la disposición del adolescente, ante el padre de familia que vuelve después de la discusión, del maestro que llega a tiempo con el material para la clase, ante la estudiante del programa de formación complementaria que sueña con ser una buena maestra, de la directiva que se queda después de su jornada de trabajo ensayando otras formas de hacer las cosas, del personal de servicios generales que con sus manos cansadas, al caer la tarde, se regocija ante el mantenimiento, la limpieza de la escuela o la seguridad de la misma y de los administrativos que con su disposición hacen posible los trámites más allá de los reglamentarios.

Así mismo*, corre maestro, corre*, genera una mezcla de encuentros que se tejen entre la labor que día a día realizo y las trayectorias individuales que me configuran. Es así como, en muchos momentos del ejercicio en la escuela, aparecen ante mí los recorridos por los campos que me vieron crecer, las escuelas que me hicieron, con los maestros que han creído en mí, los cuales van desde la experiencia en la escuela rural de la vereda donde vi un libro por primera vez, pasando por la pedagogía de la Normal donde estudié, hasta las universidades nacionales y extranjeras que me han habilitado múltiples modos de ser y estar en la escuela.

Por tanto, sigo pensando la carrera del profesional de la educación, de la escuela, de la vida misma, con este tejido de situaciones que llevo escritos en la piel y con los cuales sintiéndome maestra en construcción permanente, me atrevo a decir:

Corre maestro, corre […] ya la puerta está ante tus ojos, la puerta del salón, del encuentro con la vida de los estudiantes. Esa puerta que representa la democratización del conocimiento, es la puerta que simboliza la esperanza de los hombres y mujeres en Colombia, de aquellos que personifican el poder colectivo que da el pueblo y otorga el derecho al poder ejecutivo y legislativo; de los que no se sienten representados en la directriz gubernamental y buscan en la alternativa el manifiesto de su voz, de los que salen a trabajar y regresan sin el diario para su familia, del campesino que cansado de cargar el agua sobre su espalda, espera que su hijo tenga una vida distinta; de la mujer que se levanta contra las injusticias y de la que, cansada de la vida, grita en silencio su destino; de la patria reverdecida por la naturaleza y ensombrecida por la violencia de sus propios compatriotas, los mismos que en la distancia siguen mirando la puerta de la escuela en el reclamo, en la indiferencia, en la tristeza o en la desesperanza.

Corre maestro, corre […] estás frente a la puerta de todos, la puerta que con su clase provista de esperanza mantiene abierta al futuro, en la que unos y otros pueden sentir la fuerza constructiva que habilita el conocimiento, para seguir viendo en la escuela la democratización en su máximo esplendor.

Corre maestro, corre […] su vocación de servicio es una pasión diseminada en el día a día, que al final de la tarde y en el ocaso de la vida queda como el legado que se continuará levantando, para pedir que se reconozca y se procese la historia que ha constituido esta nación, a partir de la cual, se puedan avizorar nuevas formas en que nacionales y extranjeros sienten suya la patria y vean la patria en la otredad.

Corre maestro, corre […] la carrera ya no es la competencia de su vida, es la carrera para otros, es la lucha de la emancipación, es la fuerza capaz de construir una política de iguales en la que se materialice el sueño de un sistema educativo, que habilita la esperanza en la vida de los niños y los jóvenes, donde se procesa y recompone los hilos quebrantados de la hermandad, de tanto que nos han fragmentado en la sociedad y en la dignidad humana.

Corre maestro, corre […] tus enseñanzas de vida son el libro que la sociedad continuará leyendo y resaltando para cicatrizar las heridas que la guerra le ha dejado, pero sobre todo para volver a empezar, para mantener la esperanza, dado que una sociedad que alimenta la posibilidad del encuentro dialógico en la construcción de un mejor país, siempre tendrá más posibilidades de levantarse ante las injusticias y procurar el crecimiento en comunidad.

Corre maestro, corre […]

SER PROFESOR

María Cristina Castillo Mejía

Recorrer día a día los pasillos de la escuela, ingresar al salón, tomar asistencia, establecer el plan de trabajo para la clase e iniciar con la temática y las actividades planeadas. Al escribir estas palabras recuerdo la frase con la que una amiga definió lo que era ser profesor: “un año de experiencia y veinte de repetición; yo no me voy a estancar ahí, no estoy pa´eso”. Luego me ofreció que la reemplazara y terminara el contrato de cobertura que tenía en una institución lejana a mi hogar, en un pueblo que jamás había pisado y en un oficio que nunca había desempeñado. Sus palabras retumbaron como eco en mi cabeza por días, pero, la necesidad a veces puede más que el miedo.

Sin tener idea de qué era una planeación, un diario de procesos o una estrategia didáctica, es más, sin tener idea de nada distinto a lo que aprendí en la universidad, acepté. Y ¿qué podía salir mal? Si ser profesor no era más que ir, llamar a lista, poner un título en el tablero y tomar un libro y comenzar a dictar, poner a esos muchachos a copiar y complicarles la vida, al fin y al cabo, era lo que hacían los profesores que había tenido en el colegio, al final de cuentas los profesores se ganaban la plata sentados y amargándole la vida a otros.

Y fue así como llegué a la docencia, por necesidad, y no me da pena reconocerlo porque también, estos años de transitar por las aulas, me han enseñado que la docencia, más allá de estar definida por lo que estudias, está definida por lo que haces, cómo lo haces, para qué y para quién lo haces, por esas cosquillas que dan al ingresar al salón de clases, por los afanes diarios, por la recursividad a la que hay que recurrir y por la búsqueda y los encuentros constantes que se dan en el aula. Eso, a lo que muchos llaman vocación, y lejos estoy de querer sonar romántica y soñadora, porque cuando hablo de vocación hablo de lo que te mueve en el alma ser docente y es totalmente opuesto a lo que muchos consideran: un voto de pobreza.

Y tal vez sea cierto que, como ritual sagrado, sigamos la misma rutina, el mismo recorrido, las mismas paredes y las mismas caras; sin embargo, visto desde mi alma, ser profesor es encontrar que tu círculo de amistades se reduce a las mismas personas con las que compartes cada semana en el trabajo, planear, ejecutar y evaluar, esperar que surjan preguntas o rezar para que no las haya, dictar la clase, escuchar los murmullos, ver las mismas cuarenta y tantas caras por clase, expectantes cuando hablas de sexualidad, drogas o cuentas anécdotas sobre tu vida, confundidas si el tema es la reproducción celular o indiferentes cuando se trata de nomenclatura de compuestos orgánicos, verlas bostezar, cuchichear, sacar a tientas el celular creyendo que lo ocultan con maestría cuando solo te haces el loco, correr tras los estudiantes, acompañar los descansos (o vigilar), escuchar quejas, sueños, anhelos, tristezas y alegrías.

Pero, ser profesor es también encontrar que, pese a que sean las mismas caras todos los días, sus ojos nunca tienen la misma expresión, sus experiencias siempre vienen con sorpresas y enseñanzas. Ser profesor es asumir el reto de motivar a una generación que juzgamos fácil, que evidentemente tiene ganas de

todo y de nada a la vez, con padres ausentes (por voluntad o por necesidad), con acceso a la información, pero indiferente a la academia, o todo lo contrario, ser profesor es encontrarte en el aula aquellos ojos ansiosos, con ganas de saber, que te retan a prepararte, a leer, a estudiar, a formarte, que te retan y se sienten dichosos cuando te *corchan* porque esos pequeños triunfos los hace felices, esos rostros que formulan preguntas que no eres capaz de responder; es ahí donde te enfrentas al dilema: obviar el tema y desviar la atención, *meter caña* con cualquier cosa que se te ocurra como respuesta o ser honesto y reconocer que no la sabes, porque se los debes y porque también sabes que no se van a quedar con la duda y te van a *pillar* en la mentira.

Ser profesor es encontrarse en el camino de la enseñanza miles de aprendizajes, es combatir el ego y aceptar que no somos los dueños del saber absoluto, que la educación y la formación son cosas diferentes, pero que deben ir de la mano. Es preparar una clase que funciona de maravilla con noveno uno, pero que resulta un desastre con el grupo dos porque no hay dos clases iguales, ni siquiera con el mismo grupo, con el mismo tema y, entonces, ahí es donde la tierra se abre, tienes un infarto que no puede durar más de dos segundos porque te quedan cincuenta minutos de clase que no puedes perder ¿Cuál es la solución? Si la tienes, tú que me lees, compártela porque habrás resuelto uno de los grandes enigmas de la academia, la piedra filosofal de la pedagogía y la didáctica. Yo solo puedo decir que cuando me ha pasado he tenido que recurrir a mis dotes histriónicas y de improvisación, que dependen del día, la hora, el cansancio y el ánimo, porque ser profesor es también ser humano en todas sus dimensiones.

Lo único que tengo claro hoy en día es que me equivoqué y no por estar aquí, me equivoqué enormemente en creer que esto era un paseo, la oportunidad de ganar plata fácil y sin hacer nada, me equivoqué muchas veces en el camino que he recorrido y estoy segura que lo seguiré haciendo porque esta no es una tarea inacabada, no hay fórmula mágica ni una receta que funcione paso a paso, así los ingredientes sean los mismos y se usen en igual proporción.

Por eso, hoy en día, ya no me ofende (tanto) que digan que los profesionales no debemos estar en aula, frente a un grupo, en una clase, educando, porque tomamos esto como *escampadero*, porque no tenemos formación, academia, pedagogía y didáctica. Hoy, mientras hago este ejercicio de escritura, he podido recorrer mi historia (si se me permite el término) en la docencia y me encuentro con muchos cambios, con trasformaciones no solo profesionales sino personales, hoy puedo decir con certeza que soy mejor docente que la primera vez que pisé un aula de clases, en aquel pueblo desconocido, cuando creía que un *problema disciplinario* se solucionaba saliéndome del salón y dando el tema por visto, alzando la voz y sacando al impertinente del salón, porque la autoridad era yo y eso lo debían tener claro y respetarlo, por encima de cualquier cosa; hoy lo recuerdo y mi sonrisa se debate entre la pena y la gracia.

Entonces no, querida amiga, no se trata de un año de experiencia y veinte años de repetición, se trata de miles de días de aprendizajes, de emociones, de sinsabores, amores y desamores, frustraciones y triunfos, de ver mil rostros pasar diariamente frente a nuestros ojos, de ver vidas empezar y transformarse en el camino, de ser recordados por anécdotas, algunas con amor, otras con humor y, por qué no, hasta con desagrado. De aprendizajes constantes porque para mí, en

el camino por la escuela, es más lo que se aprende que lo que se enseña y doy gracias y te doy las gracias, no solo por la oportunidad laboral y lo que ha significado para mi vida, también por tener la gallardía de reconocer que en tu espíritu nunca se encendió ni se encendería esa llama alma que quema y revuelve todo cada vez que se pisa el aula, cada vez que te dicen profe o cada vez que los ves en la calle darte las gracias en la distancia porque fuiste parte de su vida algunos días, porque ayudaste a construir su camino, porque crecen contigo y sabes que te dejaron huellas y aunque pasen los años y los nombres se olviden, sus miradas siempre traerán evocación y te harán recordar qué es ser profesor.

¿LA NOCHE DE LOS MEJORES?

Andrés Felipe Roldán Posada

Son las tres de la mañana con veinte minutos y, a pesar del frío característico de una lluviosa mañana en los campos yarumaleños, Esteban se levanta con todo el entusiasmo y su mejor disposición para ir a estudiar, saluda a su madre que está en la cocina preparándole los *tragos*, esa taza de chocolate con tostada y un trozo de queso que ella misma ha cuajado y amasado y que él recibe gustoso, antes de ir a la pesebrera a ensillar el caballo que su padre le ha dejado amarrado desde las dos de la mañana, hora de salir a ordeñar. El niño ensilla el caballo, se pone su uniforme y encima una sudadera *malita*, las botas y su carpa, para no irse a mojar ni empantanar el uniforme por el camino.

Toma su morral e inicia un recorrido de aproximadamente doce kilómetros, de los cuales es acompañado los dos primeros por su madre, hasta llegar a la casa de un amiguito con el que prosigue su trayecto, su madre se regresa con el caballo y los niños avanzan por los caminos propios de la topografía antioqueña, pensando siempre en ser los mejores, siempre optimistas, recordando los consejos de sus padres y abuelos: “mijo, todo lo que haga, hágalo bien”, mientras se dirigen hacia el lugar donde los recoge el *bus de los estudiantes* o el transporte escolar, que por la distribución de las rutas a cubrir, pasa por su vereda antes de las cinco de la mañana, para llegar a la cabecera municipal a las seis, situación que, para Esteban, implica pasar una hora solo, en la acera de la escuela, porque comienza clase a las siete.

Con su afán de hacer las cosas bien, refleja siempre un trato respetuoso con sus compañeros y docentes, cuida y ayuda a mantener un ambiente de aula ideal. Es realmente el tipo de estudiante que todo docente quisiera tener en su clase, de los que ayuda a acomodar al escritorio, se solidariza con sus compañeros que tienen alguna dificultad, presenta sus tareas siempre a tiempo. Algo de timidez para hablar en público, ninguna biblioteca cercana ni servicio de internet, han sido razones para que sus notas no sumen el promedio exigido por la rúbrica que hoy evalúa el comité organizador de la tradicional *noche de los mejores*.

A pesar de que es ya conocida su historia, el compromiso de sus padres para asistir a las reuniones y actividades programadas por la institución, el liderazgo grupal reconocido por sus compañeros y la responsabilidad que tiene como encargado de velar por el aseo del salón, alguien propone alguna mención o reconocimiento para Esteban y es silenciado con la expresión “¡son los mejores!”, “¡no hay nada que hacer!”, “¡no podemos empezar a llamarlos a todos aquí!”.

Con insistencia se recuerda al comité organizador que este niño se levanta a las *tres pasaditas*, sale de su casa acompañado de su madre, hasta la casa de otro compañerito, con el que luego avanza hasta la carretera, donde los recoge el bus antes de las cinco y que se sienta en la acera desde las seis hasta las siete […]. De nuevo se escucha “¡lo siento, es por promedio académico!”. Y en favor de Esteban alguien insiste: “A pesar de ocupar el puesto número diecisiete en su grupo, no ha perdido ninguno de los logros calificados”.

Es de anotar que no es lo mismo para un niño que se levanta a las seis de la mañana, desayuna, se organiza y llega puntual a las siete a la escuela, que su madre le lleva una lonchera *caliente* para el descanso, cuando no hay servicio de

restaurante escolar y por tardar a la una de la tarde ya está almorzando, para reposar un poco e iniciar con sus tareas haciendo uso del internet de su casa o de alguna biblioteca cercana, tampoco es lo mismo para un niño que sabe a qué horas almuerza, o tal vez, cuánto demora para llegar de nuevo a su casa, que para muchos otros que comen una lonchera fría, porque en el microondas de la sala de profesores "no se les puede calentar a todos". Seamos sinceros, a pesar de vivir tan lejos, Esteban no tiene faltas de asistencia y todos aquí sabemos que es de los mejores.

Continúa la reunión donde también se abre el debate por la falta de estímulo y reconocimiento a todos aquellos estudiantes y miembros de la comunidad educativa que de forma casi anónima están haciendo las cosas bien, ofreciendo su mejor esfuerzo por avanzar en su proyecto de vida y por llevar muy en alto el nombre de la institución educativa, situación que, en ocasiones, deja sinsabores, cuando a causa de su anonimato, de lo que podría considerarse un *bajo perfil*, lleva a que sean otros, y no ellos, los que reciben los reconocimientos, tal vez los que son considerados como más *populares*, y terminan dando cumplimiento a aquella antigua sentencia de *ganar indulgencias con padrenuestros ajenos*.

Toda esta discusión ocurre en una reunión del comité organizador, de la cual el estudiante no tiene conocimiento, es más, es posible que ni esté interesado en asistir a la gala, o en recibir alguno de los reconocimientos que allí se entregarán, sus intenciones no están puestas en conocer y seguir la rúbrica del año anterior, como hacen algunos estudiantes y sus acudientes, en el afán de ser los galardonados, desconociendo que año tras año, la rúbrica sufre cambios, algunos motivados por situaciones objetivas como la necesidad de agregar o retirar una categoría específica y otros por cuestiones subjetivas como tratar de favorecer o excluir algún estudiante en particular, que si bien tiene el mérito para ganar en una categoría, tuvo alguna dificultad con algún compañero, con un docente o directivo y "quedaría muy mal el colegio, si se premia a ese muchacho".

En ocasiones pareciera que el comité organizador tiene un comité paralelo o, más bien, unos *personajes oscuros* que, una vez terminadas las reuniones, deciden unilateralmente y, por encima de todo consenso, cambiar algunos nombres, situación que además de sorprender y dejar *boquiabiertos* a los asistentes a la gala, pone en juego la autonomía y la autoridad del previamente designado comité organizador. También genera malestar entre los que realmente merecen el reconocimiento y les ha sido usurpado, a la vez que genera una duda por saber si los galardonados realmente representan los valores y la identidad institucional.

Es por todos reconocido el empeño del comité organizador para que todo salga bien, desde la asignación del presupuesto, la búsqueda de patrocinadores, la elección de la fecha, las diversas comisiones que se requieren, hasta el más mínimo detalle en las cortinas, el tapete, la ubicación de las sillas y la decoración del lugar […] todo está perfecto, las luces, el sonido […] todo ensayado y puesto a punto.

Tal vez, alguna medalla presenta un error y hay un diploma que corregir, son situaciones que perturban la armonía del momento, aunque sean imperceptibles para los que ya están sentados contemplando la decoración, esperando ansiosos la marcha triunfal y el ingreso de los galardonados en un sincrónico y coreográfico desfile, a la vez que también aprovechan la espera para mirar el *peinado* de aquella, los zapatos de la otra, todo esto acompañado de orgullosos comentarios que exaltan las virtudes, el esfuerzo y lo buenos estudiantes que son sus hijos.

La historia narrada hasta aquí no se refiere solamente a Esteban, que es un nombre ficticio, aunque el recorrido indicado en el mapa es real y corresponde a uno de los muchos estudiantes que llegan a la cabecera municipal de Yarumal a estudiar, gracias al servicio de transporte escolar, que solamente comunica la zona rural cercana a la cabecera municipal, pero no es así para quienes están más alejados, como en mi caso, cuando cursaba el grado tercero de primaria en la escuela rural La Pailita, una vereda que dista de la cabecera municipal aproximadamente treinta kilómetros, cuyo recorrido en un campero dura cerca de dos horas, con un clima bastante cálido y enmarcada en una montaña muy pendiente en la margen del río o quebrada San Julián.

En los primeros años de la década del noventa, mientras yo cursaba la primaria bajo la modalidad de Escuela Nueva, la docente se ausentó de la vereda para atender su licencia de maternidad, la comunidad queda a la espera de un nuevo docente y con pocos líderes que realizaran las gestiones pertinentes para su llegada; no era falta de voluntad de los campesinos de la vereda, influía mucho las dificultades relacionadas con los horarios del transporte hacia la vereda. Para la época, el transporte desde la vereda arribaba a Yarumal cerca de las 12:00 del mediodía; al llegar a la Alcaldía, al campesino se le informaba que mejor regresara después de almuerzo, es decir, a las 2:00 p.m. Considerando que el carro para la vereda regresa a las 3:00 p.m., y que durante el día un campesino planea realizar sus compras y otras diligencias personales, no le queda mucho tiempo de hacer fila o esperar que el funcionario de turno le preste atención.

Había algo más que la comunidad no supo hasta casi dos años después y es que la docente no regresaría, dado que al terminar su licencia recibiría un traslado para una institución educativa de la cabera municipal. Muchos de los estudiantes de aquella escuela estuvieron desescolarizados durante este tiempo; sin embargo, mi padre me dijo que yo nunca pararía mis estudios, que no habría pausas, sentencia que está tan vigente como cuando era un niño de tercero de primaria, razón por la cual me ofreció dos oportunidades: vivir en el casco urbano con mi madre que se desempeñaba allí como docente o caminar los cerca de diez kilómetros que había entre nuestra finca y la escuela de la vereda el *Hormiguero*.

Al día siguiente, me acompañó por primera y única vez a mi nueva escuela, debía hacer el recorrido cerca de una hora caminando solo, hasta donde, en ocasiones, me esperaban otros compañeros con quienes recorría una hora y media más para llegar a la escuela, llevando además de mis útiles escolares, el desayuno, el almuerzo y la *bogadera*, como coloquialmente se le llama a alguna bebida que se lleva para tomar durante el camino o en el desarrollo de las actividades propias del campo.

Para el regreso casi siempre pasaba un bus, aunque por cuestiones de la rotación no era siempre el mismo conductor y algunos pocos *no recogían* estudiantes; simplemente no paraban y había que caminar, pero más que la caminada repetida durante cerca de dos años, uno de los recuerdos que hoy como docente tengo más vigente, fue una ocasión donde la guía de matemáticas pedía construir una cinta métrica y escribir los centímetros en un trozo de papel, nos unimos en esta actividad cinco estudiantes, cada uno con un metro, luego debíamos unir todas las cintas (cinco metros), y medir la distancia entre la escuela y la entrada principal, aun teniendo otras opciones como medir un camino de cincuenta metros

hasta la entrada de la carretera a una finca cercana a la escuela, o pudiendo medir la cancha de fútbol, el docente indicó que “como dice la guía: hasta la entrada principal”, razón por la cual de cinco en cinco medimos los exactos tres kilómetros que hay desde la escuela hasta la vía que de Yarumal conduce al corregimiento de *Cedeño*.

Y digo que, como docente, me ha marcado porque, día a día, pienso en las actividades que asigno a mis estudiantes, en el tiempo que demorarán en su desarrollo y en la relación “costo – beneficio”, es decir, si realmente vale la pena para el estudiante y si tiene sentido en el marco de la temática que estamos abordando; es más, siempre reviso si tengo otras posibilidades que puedan ser más relevantes.

Por otra parte, está mi posición frente a los rankings, premiaciones, reconocimientos, entre otras palabras que se pueda usar para eventos como “La noche de los mejores”, que también recibe otros nombres, sin perder su esencia, de reconocer a algunos bajo ciertos criterios, que, en ocasiones, se presta más para una especie de competencia desleal y, tal vez innecesaria, entre estudiantes y acudientes, por ese anhelado primer puesto, que, además, concede un lugar privilegiado en el llamado *cuadro de honor*, cuadro del *mejor bachiller* de cada año, un lugar en la entrega de calificaciones que indica su puesto con respecto a su grupo de compañeros, o respecto a todos los grupos del mismo nivel en la institución educativa.

Mi propuesta es la de enseñar a competir consigo mismo, enseñar a que cada uno sea su mejor versión cada día, a hacer las cosas bien, porque ese es su deber. Enseño a no tener el reconocimiento con un fin en sí mismo, sino más bien como algo que si llega está bien y si no, no hay problema. Finalmente, es de anotar que, en el afán de algunos por ser galardonados, se presentan discusiones y desacuerdos entre diversos miembros de la comunidad educativa, especialmente entre estudiantes, pero también entre ellos y sus docentes, entre los acudientes y los docentes, por una calificación que representa unas décimas de diferencia en el promedio final y, por consiguiente, otorgan ventaja frente a la rúbrica de escogencia de los *mejores*.

ENTRERRÍOS ENTRA EN ESCENA

Elizabeth Isaza Isaza

Entrerríos es un municipio que le apuesta a la cultura y al arte en todas sus manifestaciones: música, teatro, danza. En su proyecto cultural tiene un espacio, en el mes de septiembre, dedicado, con alegría y alborozo, al festival de teatro que, para el año 2018, tiene un recorrido de nueve años.

Para la octava versión del festival, el CER Yerbabuenal, en cabeza de la directora encargada, Silvia Tamayo, es invitado a hacer parte de la puesta en escena de una obra. Como la directora tiene un trato muy allegado a los docentes, nos llama a las docentes de la sede Pío XII, Elisabeth Gómez y Elizabeth Isaza, para hacernos la propuesta de asumir el reto de llevar a tablas a nuestros estudiantes. Con una mirada de complicidad y de satisfacción por el voto de confianza de nuestra directora, damos el sí y nos embarcamos en este reto, pues sabemos que no es fácil convencer a los niños de la zona rural que venzan sus temores y su timidez para presentarse ante cientos de personas en un escenario

Con la propuesta en mente y con la ilusión de lograr un trabajo bien elaborado, llegan las Elizas y hacen la propuesta a los estudiantes. Para nuestro agrado, vemos que hay una respuesta positiva y que encontramos los actores para nuestra obra, que tiene como título “Mi suegra se ha perdido”. Contamos con la participación de Valeria como la hija, Luis Fernando como el yerno, Camila como la suegra, David como el inspector, María Isabel como una nieta y Liney como otra nieta. Se narra la historia a nuestros futuros actores, y se les explica que trata de una señora de edad que está con su hija y su yerno en el centro de la ciudad y, mientras ellos hacen compras y miran vitrinas, la anciana entra a un casino a jugar bingo. Cuando se percatan que la anciana no está, corren a la inspección donde el comisario con su eficiencia ayuda a dar con el paradero de la señora. Una vez en casa todos están más interesados en el dinero ganado por la anciana que por su bienestar, entonces esta decide inventar que tiene el dinero en la Iglesia y, cuando su familia va a buscarlo allí, ella se va de vacaciones con todo el dinero y los deja buscando de nuevo a la suegra. Así empezaron largas horas de ensayos, en los que mientras una de las Elizas ensaya, la otra cuida a los grupos.

Nos visita Luis, el profesor de teatro del pueblo, para observar el trabajo que hemos hecho y para darnos elementos de dramaturgia ya que ninguna de las docentes tenemos preparación en este campo. Durante el ensayo siento angustia porque el actor más tímido, que es Luis Fernando, es acosado en buen término por el profesor, pues le exige que se meta en su personaje y le hace repetir constantemente las escenas para que le inyecte la energía necesaria, mi temor es que el estudiante se dé por vencido y renuncie a su papel, pero, para mi sorpresa, asume el reto y se mete de lleno en su papel.

Nuestros actores son invitados a hacer su ensayo en el teatro municipal, ese espacio que para ellos en el momento es tan lejano y por fin van a poder entrar a camerinos y sentirse unos verdaderos actores, pasan una tarde excepcional, llena de alegría.

Llega el momento tan temido y tan esperado como es el día de la puesta en escena, la Secretaria de Educación, Carmenza, pone a la disposición de la comunidad el transporte para que los padres y comunidad de Pio XII pueda llegar a

brindar el apoyo a su actores; por mi mente pasan muchos temores, siento el miedo de que alguna de esas almas frágiles, al ver el público, sienta pánico escénico y olvide el papel o que se paralice, pero ya la suerte está echada, el teatro lleno, Elisa los reúne en un abrazo fraterno y los invita a evocar al Espíritu Santo; en medio de nuestra angustia, ninguna de las dos profesoras podemos ver la obra porque nos encontramos en una *mata de nervios* tras bambalinas.

Termina la obra, ha sido todo un éxito. El profesor Luis, nuestra directora Silvia y doña Carmenza se reúnen con nosotros tras bambalinas para fundirnos en abrazos y alabanzas de felicitaciones, lo hemos logrado. Una que otra lágrima brota en los ojos de las madres orgullosas de ver a sus hijos convertidos en pequeños actores; la emoción que nos embarga a las docentes es indescriptible.

Para la novena versión somos llamadas nuevamente a sumir el reto, nuevos actores, nueva obra, escogerla fue difícil porque yo quería que fuesen las madres del grupo de manualidades las que nos representaran, pero se negaron, aludiendo que ellas no tenían mente para aprenderse un papel, además la obra inicial ya había sido elegida por otro grupo, fue necesario cambiarla y hacer de nuevo el llamado a los estudiantes, tarea asumida por la profesora Elisa Gómez; David fue el primero en ofrecerse para trabajar: “Profe, a mí me tienen en cuenta”. Se llamó a Juan Esteban, quien se negó; Natalia dice: “primero explíquenme cómo es, dónde nos presentamos” y al comprender la dinámica se suma al grupo. Liney se entusiasma con volver a ser parte del elenco y dice: “Profe, pero este año yo quiero hablar más en la obra, no ve que el año pasado solo dije dos reglones”, yo le contesto que tranquila que ella va a ser la enfermera. Brayan, que es un estudiante nuevo en nuestra sede y a quién la profesora de la otra escuela le había recomendado a su madre llevarlo al psicólogo por posible déficit de atención, es el encargado de encarnar al doctor, quedando el elenco de la siguiente manera: doctor Gracia: Brayan, enfermera Felicidad: Liney, Alberto hermano del accidentado: David, Luis hermano del accidentado: Emmanuel, Josefina supuesta esposa del accidentado: Natalia, Inspector: Leider y, como protagonista de la obra, Paco el accidentado: Yan Carlos.

Esta obra es muy extensa, trata de Paco, un hombre que al parecer tiene problemas económicos y junto con su cómplice Josefina atracan un banco en bicicleta. Paco lleva puesto un casco y es llevado al hospital donde se presenta su familia que no parece ser muy allegada, conocen allí a Josefina quien está más interesada en encontrar el dinero que en la salud de Paco, finalmente el comisario Sánchez es el que les devela donde está el dinero y lo traen al hospital donde el doctor y la enfermera traman quedarse con el botín, pero, finalmente, es Paco quien termina con el dinero y se va feliz a empezar una nueva vida.

Y cuando ya todo está montado, la obra inscrita, David manifiesta estar inconforme con la obra y que se quiere retirar. De inmediato me surge la idea de motivarlos y para hacerlo les ofrezco un regalo sorpresa si se meten en el papel y lo estudian con dedicación. Elisa, al enterarse de mi ofrecimiento, duplica la oferta y les dice: “Ya son dos los regalos porque yo también les doy su recompensa”. Y surte efecto, pues empiezan a trabajar mejor. En reunión grupal por las mañanas se les motiva a todos los estudiantes a apoyar el proceso y se les dice que esto es un trabajo en equipo y aunque no todos pueden ser actores, ellos apoyan los

procesos con su buen desempeño en las clases cuando las profes estamos en el ensayo.

Las madres de los actores nos abordan a las profesoras angustiadas para preguntarnos: “profe ¿y mi hijo (o mi hija) cómo van a hacer para desatrasarse en los cuadernos?” A lo que respondíamos para tranquilizarlas: ayúdenos en casa para que se aprendan su papel, que nosotras les damos copias y les damos las explicaciones para que se pongan al día con sus estudios.

En las casas papá y mamá asumían el papel de uno de los personajes para que su hijo le respondiera, es el caso de David, Liney, Brayan y Leider que en las tardes practicaban en familia, no obstante, el día de bajar al teatro a hacer el ensayo, el profesor Luis nos sugiere que una de las docentes esté tras bambalinas pendiente por si alguno olvida su parte del papel porque este año los ve más nerviosos. Estando en el parque educativo se acercan dos niños del pueblo y les gritan: “ya están acá estos campesinos montañeros”, mi reacción fue contestarle que a mucho honor y les pedí que no se igualaran con ellos, que vieran lo maluco que era que a uno lo trataran mal, que aprendieran de esa experiencia para no hacer sentir mal a nadie en la escuela.

De nuevo en el bus, la comunidad se prepara para ver a sus actores, los camerinos, el olor a miedo, Brayan me dice: “y si nos equivocamos y nos empiezan a hacer BUUUUU”; pero, David que ya tiene experiencia contesta: “tranquilo, hermano, que no nos vamos a equivocar, todo va a salir bien” y le da una palmada en el hombro. Doy gracias a Dios por las palabras de David porque a mí el corazón se me agolpa en el pecho pensando que a Emmanuel le va a dar un ataque de nervios, está a reventar.

Se abre el telón y que comience la acción. Para mi grata sorpresa no fue necesario intervenir, nadie olvidó su papel y en una o dos ocasiones David asume la vocería y dice unas cuantas líneas que le corresponden a Emmanuel y Natalia por lo bajo va diciéndole algunas líneas, pero esto solo lo notamos las docentes tras bambalinas.

En medio de la obra y en el momento que tengo que usar mi celular para que a Alberto le suene una llamada, la compañera Cristina ve que el niño que hace de Paco tiene el casco empañado por la respiración y empieza a enviarme mensajes para que intervenga, pero no puedo responderle que el niño ya está acostumbrado porque en los ensayos estuvimos tanto en el sol inclemente del patio, como en la sombra del salón de clases, para que él se adaptase.

Termina la obra y nos fundimos en un abrazo fraterno, el profesor Luis es el primero en felicitarlos y les dice que son unos verdaderos héroes, los demás docentes del CER no se cansan de preguntarnos cómo lo logramos, y felicitan a nuestros actores que lo han hecho de maravilla, el profesor Willintong sugiere que llevemos la obra a las once sedes restantes, para que los niños se conviertan en ejemplo para sus compañeros, doña Carmenza los agasaja con un delicioso almuerzo y nos vamos al parque a relajarnos y entrar a la segunda función.

Todo es fiesta y felicidad, somos invitados a la gala de clausura, donde la Secretaria de Educación se deshace en elogios para todos los actores, pero, en especial, para nuestros niños de la sede Pío XII.

Se cierra el telón y quedamos a la espera de nuestro próximo encuentro en la X versión del festival, que esperamos con alegría y regocijo.

UN PARTO LENTO Y DOLOROSO

Mauricio Alejandro Agudelo Villegas

Luisa es una mujer joven que, además de ser mamá de una linda niña de ocho años, es educadora de ciencias naturales en una institución educativa y está emocionada porque dentro de poco tiempo tendrá su segundo hijo. Alejandro es un docente coordinador que labora en el mismo lugar que Luisa y que se alegra cuando ella le expresa con emoción su deseo de ser nuevamente mamá.

"Don Alejandro", dice, "si Dios quiere, en abril daré a luz a mi nuevo hijo, así que espero dejar todo listo para terminar bien el primer periodo y no dejar nada pendiente que afecte a los estudiantes o a la Institución Educativa". Ese deseo contrasta con la dura experiencia que, frente a una licencia de maternidad, licencia no remunerada, incapacidad o permisos se viven en los colegios, realidades de las cuales pocas veces se habla o son desconocidas por quienes administran la educación.

Luisa, a pesar de su deseo, no tuvo en cuenta que su pequeño bebé no pensaba esperar hasta abril para verla por primera vez y para conocer a su hermana.

Todos estamos felices, Luisa ya es mamá, y el mejor regalo que puede recibir ella de parte de la Institución es que se le respete su licencia de maternidad para que se desconecte de las dinámicas propias de la vida escolar y pueda concentrarse en su bebé esperado y prematuro.

En este punto, es donde se inicia una larga espera del docente que la reemplazará, lo que se convierte en un parto lento y doloroso, donde Luisa ya no es la protagonista, sino que don Alejandro entra a encarnar la otra responsabilidad que el Estado, por tantos trámites, no realiza oportunamente.

"¿Don Alejandro y qué vamos a hacer?, la profe Luisa no alcanzó a recoger todas las notas y por eso vamos a perder", dicen los estudiantes que están preocupados por su proceso formativo; entretanto, los que iban perdiendo la materia aprovechan la situación para tratar de pescar en río revuelto.

"Don Alejandro yo me alegro por la profesora Luisa, pero dígame qué van a hacer con nuestros hijos, pues ya llevan un mes sin la profesora y no hay respuesta, nos va a tocar hablar con el jefe de núcleo, con la Alcaldesa o incluso estamos pensando en interponer una acción de tutela […]" dicen preocupados algunos padres de familia.

Estas preguntas se asocian al manejo de los estudiantes durante la jornada escolar, ¿qué hacer con ellos?, ¿mandarlos para la casa?, ¿dejarlos en el patio?, ¿hacer horarios especiales? Por ahora se puede decir que se han hecho las gestiones legales, se han enviado y radicado oficios a la secretaría, se han enviado correos, se ha llamado, y todos los funcionarios, como si se hubieran puesto de acuerdo dicen, "está en proceso", pero el proceso es tan, pero tan lento, que entretanto los estudiantes son los más afectados por los trámites administrativos que el mismo Estado orienta; por ello, don Alejandro se cuestiona constantemente: ¿dónde queda la calidad de la educación?, ¿Dónde queda lo que dice el decreto 1850 que establece que los estudiantes deben ver treinta horas efectivas de clase en bachillerato durante una semana?, ¿cómo certificar la aprobación de un grado

cuando estos no han visto la intensidad reglamentaria? Esta es una muestra de las tantas preguntas que surgen durante esta ausencia.

"Bueno, así ha sido y es el sistema educativo y se ha sostenido igual en el tiempo, pero ¿qué hacer?" se pregunta don Alejandro, "Ya sé, le diré a un compañero docente muy colaborador que acompañé los grupos y les asigne actividades para no correr el riesgo de mandarlos a la calle"; pero luego recuerda que la misma ley 734 indica como una prohibición a los docentes, laborar más del tiempo reglamentario semanalmente, es decir 22 horas de clase. "Entonces haré gestión con el INDER para que nos facilite un monitor en esas clases"; sin embargo, el director de dicha dependencia le informa que lo puede facilitar para una o dos horas, pero no para 22 horas ni mucho menos de manera semanal por tiempo indefinido. Situación similar ocurre cuando toca puerta de la dirección local de salud, de la Casa de la Juventud, de la Casa de la Cultura, de la policía de infancia y adolescencia, entre otros, pero todos ellos, aunque pueden aportar, no lo hacen con el ritmo y la intensidad que se requiere. Ahora bien, si lo hicieran queda la pregunta quién evalúa, quién sistematiza las notas, cómo, cuándo […]

"Don Alejandro, llevamos dos meses y no tenemos la profesora de ciencias, ¿eso nos va afectar los grados?, ¿vamos a perder el año?, ¿nos van a poner a estudiar los sábados? ¿qué vamos a hacer?" indagan los estudiantes preocupados.

Ahora tocará llevar el caso al Consejo Académico para ver cómo internamente se maneja el caso, pues desde los agentes externos aún no hay respuesta; por lo tanto, este Consejo tendrá que pensar en qué estrategias o que magia hacer para no afectar la promoción de los estudiantes.

Entre tanto, es preciso volver a llamar, volver a escribir, volver a radicar, volver a esperar el parto de un docente que está en proceso, pero que, por más gestiones que se hacen, no quiere dar a luz.

Estamos a la espera de la aprobación de la hoja de vida por parte del Banco de la Excelencia, hay que esperar que se convoque un proceso de selección interna, hay que esperar que el escalafón certifique idoneidad, la niña que elabora los decretos está incapacitada, el que maneja la planta de cargos está de permiso, aún no está el jefe para que firme el acto administrativo, en fin, son tantos los argumentos de la secretaría encargada del nombramiento del personal, que justo cuando por fin sale a flote el decreto o acto administrativo de nombramiento, cuando está a punto de nacer el docente, la funcionaria encargada de notificar el acto de administrativo al docente perfilado informa que este ya no acepta. Y la verdad es que este no quiere salir al ruedo porque simple y llanamente se cansó de esperar o le salió otra oferta laboral, o dice que ya no estará en el cargo porque era para tres meses y ya no le justifica irse para un pueblo donde no tiene conocidos o familiares solo por un mes, pues lo que se ganaría no sería suficiente para pagar el hotel y el restaurante.

Luisa sigue feliz con su bebé y debe seguir así al lado de su nuevo hijo.

Don Alejandro sigue pensando "¿Y ahora qué más hacer?, ¿hasta dónde llega mi responsabilidad como coordinador? ¡Será desistir! Pero, luego, el sentido de pertenencia con la Institución le lleva a insistir de nuevo ante la secretaría de educación.

"Doctora Teresa, ¿qué vamos a hacer?" y al explicarle el proceso que se ha llevado hasta el momento, ella le responde que solicite unas horas extras debido a

que el profesor no aceptó el nombramiento. Es en este punto donde vuelve y juega todo como desde el principio, elaborar el oficio a radicar por el sistema de atención al ciudadano, por correo y luego a esperar si se cuenta con la suerte de unas horas extras.

Ya han pasado diez días hábiles y no hay respuesta, vuelve y juega, la auxiliar encargada de tramitar las horas extras fue reubicada en otro cargo y se está a la espera del nombramiento de una nueva funcionaria; finalmente, nombran a su reemplazo, sin embargo, de las trecientas veinte horas requeridas para cubrir la ausencia de Luisa durante toda su licencia, solo aprobaron ochenta horas porque, según el oficio, no se pueden asignar horas por meses ya pasados, sino por los días que falta de la licencia o de la incapacidad.

Bueno, trecientas veinte horas de ciencias se tienen que resumir en ochenta horas y desde esta minucia valorar el proceso para que los estudiantes no se afecten por la falta de docente durante dos períodos. Don Alejandro vuelve y se cuestiona: “¿eso es calidad”, pero, finalmente, eso poco interesa. Incluso, el estudiante o el padre de familia solo quieren la nota, pues no se interesan tanto por aprender, sino por no reprobar un grado a causa de la falta de una nota en un área.

Pongámosle optimismo y en ochenta horas trataremos de hacer algo, dice don Alejandro.

Nuevo reto: conseguir los docentes para cubrir las horas extras. “No, don Alejandro, a mí no me gusta tomar horas extras, pues eso me implica más trabajo y con el que tengo es suficiente”, dice Lisandro; “yo sí le cojo 4 horas, pero sepa que yo no sé nada de ciencias, pues soy Licenciado en Artística”, dice Yohana; “yo le colaboro con dos horas extras, eso sí, si no me las pagan, se las cobró a usted”, dice Josefina.

Bueno, finalmente, se asignan las ochenta horas extras y se cumple con el acompañamiento a los estudiantes, ¿pero ello sí garantiza calidad educativa, calidad en el proceso formativo, o solo se cumplirá con el no dejar los estudiantes solos?

Ahora bien, el parto lento y doloroso se repite constantemente cuando se da la licencia no remunerada o en las incapacidades que son recurrentes, en los paros docentes, etc., eventos todos en los que, en atención al derecho de unos, se ven afectados los derechos de los otros por los trámites lentos que hacen que quienes están al frente de las instituciones educativas, en este caso don Alejandro, lleguen al punto de reventarse de pujar, de hacer fuerza para tratar de dar a luz al docente.

Ya para concluir esta historia, Luisa, finalmente, regresa al colegio feliz de ser mamá por segunda vez y se encuentra con unos estudiantes que también se alegran mucho de verla y le preguntan emocionados por su nuevo hijo, al tiempo del saludo también le expresan su preocupación, pues están a punto de presentar las pruebas Saber. Se lee en ellos su angustia: “profe, nosotros no hemos aprendido casi nada de ciencias, vamos a sacar un mal puntaje y su materia es muy importante”, “Profe Luisa, no nos va a dar el puntaje para ser beneficiarios del programa Ser pilo paga”, dicen algunos de sus estudiantes; entretanto, otros más tranquilos expresan que “Yo no necesito un buen puntaje en las pruebas saber para irme a ordeñar las vacas de mi papá”, “yo voy a ser conductor de carro”, incluso de manera sarcástica dicen: “para irme al Sena no necesito un puntaje, solo presentarlas”... Sin embargo, en este punto, Luisa, la docente que llega feliz de ser

mamá, entra en un estado de preocupación profunda, en el que se indaga sobre qué hacer con los estudiantes en las dos semanas previas a la aplicación de la prueba Saber, preocupación que también llega hasta donde don Alejandro, en tanto que los logros de sus estudiantes también son sus logros y sus resultados cuando no son buenos, son como un fracaso para quienes, por todos los medios, han tratado de que el colegio marche bien y que el parto del docente no hubiese sido tan lento y doloroso.

Qué ocurre si a estos estudiantes no les hubiese faltado solo a Luisa por el tema de su licencia de maternidad, sino que también les hubiese faltado el profesor de matemáticas por lesión en un pie, el de lengua castellana por haber sacado su licencia no remunerada para tratar de terminar sus estudios de maestría, el de inglés a causa de alguna licencia por ley Mariana o el de sociales por licencia de luto o, simplemente, un permiso. ¿Dónde queda el tiempo reglamentario para la aprobación de un grado?, ¿realmente vale la pena seguir pujando y haciendo fuerza para tratar de parir al profesor?

Dicho escrito posee, a su vez, una tendencia que refleja un aspecto crítico de la vivencia personal y profesional de la función docente, a la vez, que reclama una política clara y coherente con la calidad y la normatividad vigente en torno a la prontitud del nombramiento del docente.

EL ACOMPAÑAMIENTO Y LA ESCUCHA

un acto de amor a la vocación del ser maestro

Johana Andrea Córdoba Mira

Nuestros niños, niñas y jóvenes de hoy están permeados por un mundo cambiante y superficial, que, de alguna u otra manera, influye en sus comportamientos y emociones a nivel relacional en la familia, la escuela y la sociedad. Esta condición exige que tanto padres, madres de familia, maestros y maestras se piensen desde su rol como agentes transformadores de vida, que acompañen, escuchen y enriquezcan la formación a partir de la vivencia de valores, principios y experiencias significativas que trasciendan al plano espiritual, y que conlleve a la reflexión de la persona como un ser de virtudes, habilidades y conflictos, que, a su vez, fortalezca la existencia para construir su proyecto y plan de vida.

En el quehacer pedagógico y cotidiano, desde nuestra profesión docente, nos encontramos dentro y fuera del aula. En mi caso, me encuentro con jóvenes que tienen sed de afecto, de ser escuchados y acompañados en su proceso formativo y existencial, ya que se encuentran en la etapa de la adolescencia, un ciclo de vida complejo que requiere orientación y compañía permanente; que precisan de una guía, que cuando se equivoquen cuenten con una voz de aliento, que cuando necesiten ser escuchados haya un adulto que aconseje, que cuando ellos tengan preguntas tengan un padre, una madre o un maestro que ofrezca una respuesta pertinente.

Todo lo anterior, nos lleva a pensar que como familia y escuela tenemos un reto difícil, pero no imposible: educar, como decía don Bosco, “es cuestión del corazón”, un corazón misericordioso, una escucha y un acompañamiento dialógico que propenda por el bienestar personal, social, espiritual e intelectual de la persona, teniendo en cuenta el reconocimiento del maestro y del estudiante como agentes educativos con diferentes roles, pero como personas, que son el centro de la educación y de un currículo institucional.

Debido a lo anterior, la experiencia pedagógica y significativa que pretendo narrar es acerca de la importancia de la escucha y del acompañamiento del maestro en el proceso formativo de los estudiantes. Desde mi ser y quehacer de maestra, considero que brindarles a los jóvenes de hoy un espacio de diálogo para ser escuchados ha permitido identificar ciertas situaciones y conflictos de mis estudiantes en cuanto a lo emocional, familiar, escolar y social, puesto que mi función de maestra no se agota en un contenido o una materia, es también el estar ahí, como lo expresa el Sistema Preventivo Salesiano, una presencia amiga que no desconoce mi rol de maestra ante los jóvenes. Se trata de una presencia pensada desde la confianza de orientar la vida de ellos, y que, de alguna u otra manera, me ha permitido crecer como persona y como profesional, me lleva a reflexionar y preguntarme continuamente a quién sirve y para qué sirve lo que estoy haciendo

Pensar la escucha y el acompañamiento desde el ámbito pedagógico invita a reflexionar sobre las prácticas pedagógicas dentro y fuera del aula, como un escenario que fortalece la relación dialógica entre maestro y estudiante, y que tiene honda incidencia en la formación y en el proyecto de vida de los jóvenes.

El Papa Francisco convoca a la familia, a la escuela y a la sociedad a que, en este año, se fortalezca la escucha y acompañamiento en las relaciones interpersonales, ya que todos y todas estamos llamados, desde nuestros roles, a vivenciar esta experiencia de fraternidad, amor y confianza dentro de la convivencia. Por tanto, el Papa define el acompañamiento enmarcado en “un acompañamiento paciente para situaciones difíciles y adversas que impone el dinamismo de la realidad (cf. EG 223)”.

Por ello, es necesario escuchar a los jóvenes, dado que no solo es una misión evangelizadora y pastoral, sino un llamado espiritual que contribuye a que, cuando el joven es escuchado, sea capaz de darse al otro, tener la plena confianza de contar; además, es un encuentro con el otro desde la fraternidad, para generar lazos de afecto, con un amor compasivo y misericordioso.

Desde el plano espiritual, esto ha posibilitado a los jóvenes de la Institución un acercamiento a mí como maestra, ya que, específicamente, cuando ellos se encuentran tristes, con problemas o angustiados, saben que pueden encontrar en mí una mano amiga, esto se visibiliza específicamente en las siguientes estrategias:

La escucha, por ejemplo, la ejercito desde varios aspectos como la reflexión al inicio de clase en los distintos grados, en los cuales oriento el área de pedagogía. Es de aclarar que las reflexiones abarcan diferentes asuntos de rango cultural, político, social, religioso, intelectual, personal y escolar, lo cual conlleva luego a conversatorios y debates sobre las diversas posturas de los jóvenes. Además, se resuelven inquietudes, se orientan temáticas y se fortalece el pensamiento crítico. Otro aspecto en el que se ve reflejada la escucha es que cuando ocurren situaciones de conflicto del estudiante con los demás, las resuelvo inmediatamente; mientras que los otros están en trabajo grupal o individual, llamo aparte a las personas implicadas, escucho la situación, diálogo con ellos y se establecen compromisos con él, ella o los estudiantes para mejorar aspectos de convivencia y brindar mayor tranquilidad a nivel individual.

En cuanto al acompañamiento, se hace específicamente a través del permanente seguimiento a aquellos estudiantes que presentan dificultad disciplinaria, académica, personal o de convivencia. Dentro de las estrategias que ejecuto en este aspecto es necesario remitir a coordinación o a psicología los casos más urgentes o delicados, gestiono la atención, ya que me interesa mucho el bienestar de los estudiantes, dado que es mi deber como maestra velar por su formación.

Las estrategias anteriormente mencionadas han posibilitado avances en el proceso formativo tanto a nivel personal y profesional en los estudiantes, puesto que ellos han tenido un mayor acercamiento hacia mí, cuando tienen dificultades buscan mi escucha, confianza, prudencia y consejo, dado que, me he dado cuenta de ciertas soledades, tristezas, depresiones y conflictos familiares y escolares que afectan el aspecto emocional de los jóvenes. Puedo decir que lo anterior se debe a factores de descuido, soledad y falta de confianza en los padres y madres de familia. Noto que a los estudiantes que he atendido y les he ofrecido mi escucha y acompañamiento solucionan rápidamente sus conflictos y se observa mayor conciencia en los actos.

A nivel personal y profesional, he recibido bastante influencia de la Pedagogía Salesiana y del Sistema Preventivo de Don Bosco, lo cual me ha servido

para resignificar mis prácticas pedagógicas y reflexionar sobre mi ser y quehacer como maestra; y, lo más importante, considero que lo que he hecho ha sido por amor a mi vocación, amo ser maestra.

Para continuar con este proceso, las actividades que pueden fortalecer la formación de los estudiantes y que le den continuidad a la escucha y acompañamiento son las siguientes:

- Brindar confianza de maestra y orientadora a los estudiantes para que, cuando tengan alguna dificultad, puedan acudir al maestro para pedir un consejo, una voz de aliento o un abrazo.
- Hacer seguimiento a los procesos de los estudiantes tanto a nivel académico como personal.
- Tener permanente diálogo con las madres y padres de familia, haciéndolos parte de la formación de sus hijos, que la función de la escuela no solo sea en esos cuatro muros, que también sea una responsabilidad social y compromiso con la comunidad educativa.
- Brindar un apoyo, acompañamiento y escucha cuando sea necesario, siempre en una actitud vigilante de asistencia y presencia.

En conclusión, se puede decir que ser maestro es ir más allá de un contenido o materia. Es hacer de nuestra labor una vocación del corazón que deje huella en los estudiantes y que permee la vida y la formación de ellos, porque es a través del tacto en el trato, del diálogo, la escucha y el afecto que nuestros jóvenes de hoy encuentran una paz espiritual, pues es esto lo que permite que ellos continúen con su proyecto de vida y puedan construir sus sueños, pensándose como futuros profesionales, pero, sobre todo, formándose como personas integras y humanas.

De igual forma, esto es una invitación a que todos los maestros dentro de sus clases acudan a ese llamado que hacen los niños, niñas y jóvenes a partir de sus comportamientos, acciones y pensamientos que reflejan muchas situaciones emocionales que normalmente son vacíos a nivel familiar, escolar o social. Es mejor un minuto de clase invertido en la formación de un niño o joven, que una hora agotada en un contenido, que tal vez se olvida o no atraviesa la vida de la persona, porque los saberes nos los enseña la academia, pero aprender a vivir solo la misma vida, he aquí la labor del maestro, del padre y de la madre.

ILUSIONES Y DESILUSIONES

Marta Cecilia Rodríguez Múnera

Cuando se es niño la mente se codea con sueños y expectativas, los sentimientos van en torno a lo que se desea ser cuando grande, se tiene toda la vitalidad para comerse el mundo. A medida que se va creciendo, estos sueños y expectativas se van materializando y la pregunta ¿qué quiero ser cuando sea grande? va cobrando sentido, ya no es una simple pregunta, se convierte en LA PREGUNTA, la angustia se hace presente porque no se tiene una respuesta.

Empiezo mi etapa escolar en 1981, en la escuela integrada La China de la vereda del mismo nombre en el municipio de Bello. Tengo miedo, es mi primer día de clase, para llegar allí tuve que caminar una hora, sin zapatos, porque eran un artículo de lujo que ni mis hermanos ni yo nos podíamos dar.

Estoy afuera junto a una reja de hierro con barrotes delgados de color negro. De pronto llega una señora muy bonita con las uñas pintadas de rojo y cabello negro largo, saca una llave, abre el candado y con una inolvidable sonrisa nos pide entrar, quedo aturdida, no es una simple maestra, es mi tía Marta Emma. No sé qué decir, ni cómo actuar, mis hermanos se ubican en una fila con sus compañeros, yo me hago en un rincón, no sé dónde hacerme, mi hermana me coge de la mano y me indica el lugar del grado primero. Un niño se hace al frente, nos saluda y empieza a cantar: “sal de ahí chivito, chivito sal de ahí de ese lugar, vamos a llamar al palo para que le pegue al chivo […]”, los demás lo siguen hasta terminar la canción, y me limito a imaginarme al pequeño animal peleando con el palo, al palo con el fuego, el fuego con el agua […]

La maestra empieza a orar, al terminar nos conduce al salón, recuerdo que me toca en un puesto verde de tapa café al lado de un niño más pequeño que yo, de cabello ondulado rubio. Observo como los demás se acomodan, mi hermana saca unos libros muy grandes y se los entrega a algunos niños que están sacando sus cuadernos, la maestra está en un tablero escribiendo con tiza blanca, de pronto veo que se acerca a mí, me sonríe y en tono muy bajo me dice: “No tengas miedo, aquí vas a aprender mucho y vas a conseguir amigos”. Yo me limito a observarla, solo quiero estar en casa correteando por la huerta y ayudándole a la mamá a lavar las papas para hacer el almuerzo.

Mi compañero me entrega unas figuras hechas en madera muy coloridas, él empieza a armar cosas, lo observo y empiezo a entender, hago una casa, un sol y dos árboles. La maestra se me acerca y me pregunta qué fue lo que hice, empiezo a temblar, quiero llorar, mis palabras se ahogan, no quieren salir, me muero de miedo. La maestra me da miedo.

Pasan los días, todo trascurre normal.

Una tarde veo a mi hermana discutir con una de sus compañeras que de forma despectiva la trata de pobre cosa. Le dice: “Yo voy a estudiar en la Normal, voy a ser maestra, en cambio tú te quedarás aquí y serás una simple campesina”. Mi hermana se pone a llorar y con voz temblorosa le grita: “Yo también voy a estudiar y voy a ser una profesional”; la otra niña se limita a reír y la empuja.

No entiendo nada, solo veo frustración en la cara de mi hermana. Esta me coge de la mano y a grandes pasos empezamos a subir la falda rumbo a la casa de la abuela Emma, sin previo aviso sentimos un dolor en la espalda; las *avionetas*,

apodo dado a algunos compañeros, nos estaban tirando papas de la huerta de la abuela, empezamos a correr y a gritar, en unos minutos veo aparecer a mi tía Nubia con un balde de agua fría bañándolos a todos. Entramos a la casa a toda prisa. Mi hermana se sienta en la banca de la cocina y le dice a mi tía con la voz entrecortada: "¿Cómo me gustaría salir de aquí, seguir estudiando, graduarme y mostrarles a ellos (los avionetos) mi diploma de bachiller?"

Y es que por aquella época ser bachiller era para muchos niños de mi vereda algo imposible, era una utopía.

Un año después nos encontramos estudiando en el pueblo. Mis papás le vendieron su finquita a los Ochoa, que estaban comprando las fincas de todos los vecinos para crear una gran hacienda, que años más tarde se conocería como San Esteban.

Mi hermana entró a cursar el grado quinto y yo al grado primero en la Anexa Señor de los Milagros del municipio de San Pedro de los Milagros, pareciera como si Dios hubiera escuchado las súplicas de esta pequeña, su sueño de seguir estudiando se haría realidad. Mi hermana terminó sus estudios graduándose como bachiller pedagógico y luego hizo dos años de comercio obteniendo el título de bachiller comercial. En cuanto a mí, me marcó tanto el sufrimiento de mi hermana que lo único en lo que pensaba era en aprovechar cualquier oportunidad para estudiar, no quería solo ser bachiller, quería ser algo más.

El 27 de noviembre de 1993 obtuve mi título de bachiller pedagógico, un día lleno de sentimientos encontrados, por un lado, la alegría de recibir mi primer título y, por el otro, la angustia de no saber qué hacer con mi vida. La pregunta ¿qué quiero ser cuando grande? se hace más latente. Había estudiado pedagogía, pero no me veía en un salón de clase. ¿Entonces qué hacer?

No tenía trabajo, me sentía una carga en mi casa, debía aportar con algo, mi mamá no podía seguir costeándome el estudio. Ella había sido muy clara con nosotros: "Mis hijos, la mejor herencia que les puedo dejar es el estudio, pero solo el bachillerato; mis hijitos, si quieren ir a la universidad tiene que ser por sus propios medios".

La angustia era en mi compañera, solo deseaba tener un trabajo, lo único claro que tenía era que había estudiado trece años y que no recordaba nada, lo más frustraste era saber que no sabía hacer nada.

Vengo de una familia muy creyente, mi mamá nos enseñó a amar y a respetar todo lo relacionado con la religión católica, por lo que, a mis dieciocho años, perdida, sin un rumbo claro, me arrodillo frente a la imagen del Señor de los Milagros y humildemente le pido que me muestre el camino que se haga su voluntad y no la mía.

Así que con ayuda económica de dos tíos estudio una técnica en sistemas por dos años dedicándole dieciocho horas al día, ya que no tenía nada más que hacer.

En enero de 1995 presento una entrevista de trabajo en el colegio Santa Inés del municipio de Entrerríos, mis conocimientos en sistemas convencieron a la rectora, la señora Resfa, quien me contrata por medio tiempo para dar el área de Tecnología e informática a los grados de sexto, séptimo y octavo.

La respuesta a la pregunta se me ponía en mi camino: Quiero ser maestra. Desde ese año empieza mi aventura.

Me sentía extraña en un salón de clase con seis estudiantes. Mi estómago sentía un hormigueo, empecé a evocar a los maestros que me habían dado clase en la Normal, quería escuchar una vez más sus concejos de cómo cautivar a los estudiantes, y ahí estaba yo sin saber qué hacer.

Eran seis niñas en el grado sexto, una de ellas afrontaba la separación de sus padres, otra estaba pasando por el duelo de la muerte de su hermano y de su padre, las demás lo tenían todo, económicamente, no les faltaba nada.

¿Cómo cautivarlas? tenía a mi favor los computadores que en aquella época apenas estaban entrando al mundo escolar, así que sin pensarlo las llevé a la sala de sistemas y les permití tener contacto con estos aparatos. Cogí uno, lo abrí y les mostré, uno a uno, cada componente. Todo aquello era nuevo para ellas, desde ese día me tomaron cariño y la clase de informática se convirtió en la novedad. Me empezó a gustar este cuento de la pedagogía.

Entre 1998 y el 2002 hice la Licenciatura en Educación Básica con énfasis en inglés en la Universidad Luis Amigó, una experiencia en la que aprendí la importancia de preparar a los estudiantes de décimo y de undécimo para entrar a la universidad, por lo que me convertí para ellos en un referente. Les ponía a hacer ensayos, relatorías y protocolos para que cuando les pusieran a hacer este tipo de trabajos tuvieran indicios de cómo hacerlo y no se llevaran una sorpresa desagradable como la que me ocurrió a mí. Aún recuerdo las palabras del docente de la universidad cuando me devolvió el ensayo que había pedido: “¿qué es esto? Vea, señorita, la invito a que estudie el documento diez pasos para hacer un ensayo, por el momento tiene uno”. Yo me quedé de una sola pieza, y discutía en mi interior “cómo así, si en la Normal yo era la mejor en hacer ensayos, si hasta mis profesoras me felicitaban”, no lo podía creer.

Al estudiar el documento comprendí que yo sí era muy buena, pero para escribir composiciones. Me di cuenta, entonces, de la importancia de no engañar a un estudiante y de encaminarlo hacia el mundo de la academia.

El Colegio Santa Inés fue mi escuela, allí aprendí a manejar un grupo, a tomarle cariño a la profesión docente, a valorar el trabajo en equipo y a tener sentido de pertenencia por el lugar en dónde se labora. Sin embargo, mi anhelo de vincularme se iba acrecentando cada día más, puesto que todos los meses de octubre se convertían en una tortura debido a que por esa época entregaban a mí y a mis compañeros la carta de despido, en dónde agradecían nuestros servicios sin darnos esperanzas de continuidad laboral. Y siempre, un día antes de empezar las clases, recibía la llamada del párroco de turno para informar que mi contrato había sido renovado y que me esperaba sin falta al día siguiente. Me parecía algo denigrante y humillante. Gracias a Dios la tortura se acabó cuando presenté el concurso docente afrocolombiano en 2006, no tenía ni idea que era eso, pero lo pasé. Me sentía tranquila, por fin iba a tener un trabajo estable y la oportunidad de hacer realidad mis sueños, más aún no tendría que salir del municipio donde ya había conformado mi familia, porque había una plaza ofertada con las características de dicho concurso. Era la escuela rural más alejada, pero eso no me importaba.

En diciembre de 2007 fui a conocer la escuela cuyo nombre es Centro Educativo Rural Potrero Grande, menuda sorpresa me llevé cuando le preguntaba a la gente, y esta me contestaba que no conocían dicho lugar, hasta que llegué a

una fonda y la dueña me dijo: “Profe, es la escuela del Filo, vea, queda a media hora de aquí, caminando, pero, para usted, que va en moto, está a cinco minutos. Métase por ese desvío, siga derecho que no tiene pierde y no se preocupe que no necesita llevar machete, allá le dan. Ah y bienvenida”. Y soltó la carcajada. Yo no le entendí el chiste, le di las gracias y continúe mi camino. Me encontré con una escuela muy linda, solo que me pareció muy lejos y más porque no sabía manejar moto, por lo que me puse en esa tarea, mi esposo se convirtió en mi tutor porque en menos de un mes debía no solo aprender a conducir sino también a vencer el miedo.

Fue una ardua tarea, en la que el susto siempre prevalecía y las caídas eran el pan de cada día. Solo recordaba las palabras de una de mis estudiantes: “Profe, si se cae, vuelva a coger la moto y siga, porque de lo contrario el miedo no la dejará aprender. Véame a mí, persona más nerviosa que yo no creo que conozca, y ahí voy, ya no me caigo en la moto. Hágale que usted es capaz, mi profe”.

Y así fue. Mi mayor motivación para aprender fue la necesidad, puesto que era eso o renunciar, o pagar diez mil pesos diarios al único bus que transitaba por esa ruta y llegar diario a mi casa a las 8:00 de la noche.

El 21 de enero de 2008 firmé mi acta de posesión en la Alpujarra y al día siguiente muy temprano me encontraba en la oficina del Señor Alcalde Jairo Ruiz, presentándome como la nueva profesora de la vereda *El Filo*. Él me dio la bienvenida y me expresó alegría de saber que podía seguir prestando mis servicios en el municipio, luego me presentó con la Secretaria de Educación Municipal, la señora Martha María Ruiz, que me puso en contexto y me pidió que me presentara al día siguiente que ya la profe estaba al tanto para que me entregará y empezara a trabajar.

El 23 de enero me madrugué, mi esposo me llevó en la moto, gesto que le agradezco infinitamente porque aún no me encontraba preparada para utilizar ese aparato. Al llegar a la escuela me encontré con un montón de niños que me saludaron con una sonrisa en sus labios y la profe, la señora María de la Luz Carrión, corriendo de lado a lado, dejando todo organizado, me saludó con un fuerte apretón de manos. Dejó a los niños jugando y me condujo al apartamento en donde me entregó los libros reglamentarios: libro de matrícula, certificados, observador del estudiante, el libro de calificaciones, en fin. Luego me presentó a los niños y los envió para la casa explicándoles que debía entregarme para ella poderse ir. Los niños lloraron, la abrazaron y salieron para sus casas.

Ella me explicaba acerca del trabajo con los padres de familia, cómo se trabajaba en la huerta, el manejo del restaurante escolar, mientras yo la escuchaba atenta. Fue un día extraño, me sentía como quitándole el puesto a la señora, pues esta me expresó que nunca se había imaginado que pedirían esa plaza, ya que llevaba cuatro años como provisional allí, y sus compañeros le habían dicho que esa escuela era muy lejos y que nadie se atrevería a irse para allá. Yo no sabía qué decirle, me limité a callar, a eso de la 1:30 salimos a coger el bus que pasaba por las partidas a las 2:00 o 2:15, y si no lo alcanzábamos nos tocaba esperar hasta las 5:30 de la tarde que pasara el otro. Por lo que debimos caminar rápido.

Esa noche no dormí, la ansiedad de iniciar en la escuela y el susto de tener que coger esa moto para poderme desplazar no me dejaron pegar el ojo. Me levanté a las cuatro de la mañana y a las cinco estaba cogiendo la moto, todo me temblaba,

me demoré diez minutos prendiéndola y tres horas y media en llegar a la escuela, pues el miedo, mi seguridad y la falta de equilibrio me mantenían en el suelo, cada caída más ánimos me daban de continuar, en las subidas la dejaba apagar y me iba al suelo, como no sabía prenderla la arrastraba hasta llegar al plan, allí volvía a prenderla y continuaba mi camino. Eran las 8:30 de la mañana, cuando estaba entrando a la cancha, los niños me miraban de arriba abajo, no entendían porque la nueva profe había llegado tarde y en esas fachas (con pantano hasta las orejas). Dije buenos días, me quité el impermeable, me lavé el pantano de la cara y pedí a los niños que hicieran formación. Les conté mi aventura para llegar allí con algo de humor; los niños no paraban de reír, ese sonido me tranquilizó, oraron, cantaron, me dijeron sus nombres, el grado en el que estaban y cuánto se demoraban para llegar a la escuela. Yo me sentía en otro mundo. Era increíble que hubiera niños tan pequeños caminando solitos por hora u hora y media para ir a estudiar, que en vez de zapatos utilizaran botas e irradiaran alegría por estar allí.

Al entrar a las aulas, me empezó un hormigueo por todo el cuerpo, pues los niños me hablaban de guías, de con quiénes iban a trabajar, en fin. No tenía ni idea de lo que me estaban hablando, por lo que les pedí a los estudiantes de quinto, unos niños de trece y catorce años que me dijeran cómo trabajaba la otra profe. Ellos repartieron los grupos, entregaron las guías y empezaron a trabajar, yo me sentía perdida, pues nunca había trabajado con la metodología de Escuela Nueva y más aún con seis grados a la vez. Sentí que los doce años trabajados en el Santa Inés no me habían servido para nada. Me tocó empezar de nuevo.

A la semana siguiente cité a primera reunión de padres de familia, organicé el salón, llevé dulces con una tarjeta de bienvenida, los papás fueron llegando uno a uno, muy expectantes, fueron tomando asiento, mientras los niños que no se habían ido para la casa jugaban pelota en la cancha. Iba a empezar la reunión cuando de un momento a otro una señora se levanta de su silla se dirige hacia otra señora, empieza a insultarla, la coge del pelo y la tira al suelo, yo de inmediato le pido el favor a dos padres de familia que me ayuden a separarlas. La señora agredida se acerca a mí, me pide disculpas por el incidente y se va. La agresora es conducida por un padre de familia hacia el apartamento y se queda con ella, no la deja ir ya que ambas señoras viven por el mismo sector y no queríamos que se agredieran por el camino. Continué la reunión, los papás apenados pedían disculpas, yo en tono de charla les dije: “tranquilos, a mí ya me habían dicho que no trajera machete que aquí me daban” y solté la risa. Los papás se miraron y al ver mi actitud también se empezaron a reír.

Trascurrió la jornada normal, les expresé mi desconocimiento con respeto a la metodología que allí se llevaba y les pedí mucha colaboración y paciencia. Ese día se conformaron los grupos de apoyo y me explicaron cómo era el trabajo con ellos, ese día hubo empatía, comprensión y admiración. A pesar del susto me sentí apoyada y aceptada por los padres de familia.

Terminada la reunión, me dirigí hacia la señora agresora, me le presenté y ella con una disculpa me dijo que se llamaba Marta Reina y que era la mamá de Yamile, la niña que estaba en quinto, de Jorge el de segundo y de Santiago el de primero. “Profe, discúlpeme por haber actuado así, pero es que esa señora me tiene cansada, diario me dice cosas, se ríe de mí y me humilla, hoy no aguanté más y por eso la cogí de esas greñas. Profe ella me vuelve a molestar y no respondo”. Yo, con

tono calmado, pero con el corazón en la mano, le dije: “Vea, mi señora, a mí no me tiene que pedir disculpas, con los que se tiene que disculpar es con sus hijos por el mal momento que les hizo pasar y con los padres de familia a quienes hizo achantar por su comportamiento. Doña Reina, así no se solucionan las cosas, usted está aumentando el problema, busque el diálogo y no coja la escuela como escenario de boxeo. Este no es el espacio para descargar su rabia”. La señora me mira, me sonríe, me da la bienvenida, me vuelve a pedir disculpas, se despide y se va.

Yo me quedo, ahí, sin saber si entendió lo que le dije o si perdí mi tiempo. Me quedé con un sin sabor.

El primer mes fue un verdadero reto, aprender a controlar la moto, conocer el método de Escuela Nueva, devorarme los módulos de aprendizaje, identificar los logros y los vacíos de cada estudiante y adecuarme al nuevo ritmo de vida. Fueron tiempos duros pero muy significativos, llenos de retos que me llevaron a madurar y a enamorarme más y más de esta profesión.

Todo marchaba muy bien, los papás muy colaboradores, los niños me iban enseñando poco a poco la vida del campo. Las visitas domiciliarias fueron el pan de cada día y la oportunidad de conocer cómo vivían mis estudiantes. Me sentía plena y realizada.

En 2010 llega la oportunidad de estudiar la especialización con la Universidad de Santander, sin pensarlo me inscribo y con algunos compañeros emprendo esta misión. Fue interesante, afiancé mis conocimientos en el manejo de programas informáticos y consolidé amistades. Estaba feliz porque iba por un logro más. En marzo de 2012, recibía en la puerta de mi casa el diploma que me acreditaba como especialista en gestión de la informática educativa.

Todo iba a flor de piel, hasta que […]

En mayo de 2012, como todas las mañanas, llego a la escuela, ya está la manipuladora de alimentos preparando el desayuno para los niños, cuando Bairon y Juan José se me acercan y me dicen: “Profe, nos robaron”. Como la manipuladora no me dijo nada yo continúe normal, como todos los días hicimos la formación, recordamos las normas de convivencia en el aula y en el descanso, pasamos al salón e iniciamos las clases. Luego de tanta insistencia de parte de estos dos estudiantes, durante el descanso los llamo para que me expliquen lo del famoso robo. Me llevan a uno de los salones del piso y me encuentro con que no está ni la grabadora ni el televisor. Reviso y en el armario está el DVD, en medio de mi desconcierto, les digo a los estudiantes: si esto fue un robo por qué no se llevaron el DVD que estaba a la mano. Los niños se miran con cierta picardía. ¿No será que ustedes saben algo?, “No, profe, (me dicen) cuando nosotros llegamos vimos el salón abierto y no estaba el televisor, por eso le dijimos que nos habían robado, nada más”.

Esa respuesta no me convenció, sin embargo, llamo al Jefe de Núcleo y le cuento lo sucedido, este me dice que le cuente a la comunidad y que ponga el denuncio.

Le cuento a todos los estudiantes lo sucedido y les pido que les informen a sus padres.

En las horas de la tarde nos desplazamos a la capilla para hacer la novena a la Virgen de nuestra señora de Fátima, patrona de la vereda, recuerdo que estaba lloviendo y hacía mucho frío. Al terminar les informo a los asistentes sobre el famoso

robo. El señor Alberto Monsalve alza la voz y dice: “Profe, es que usted es sino elevada, por salir a la carrera, diario deja los salones abiertos”. Yo, en medio de mi indignación, le respondo: ¿Si eso es así por qué la manipuladora, que es la primera en llegar, no me ha dicho que dejo las puertas abiertas? […] y bueno supongamos que usted tenga la razón, ¿cómo hicieron los supuestos ladrones para abrir la reja y entrar a la escuela? Porque la reja siempre la dejo cerrada. Hay un silencio, de pronto la esposa del señor dice: “No, profe, es que yo cogí la grabadora y el televisor y los escondí para darle un escarmiento a usted”.

Esas palabras me dolieron tanto, y más porque la señora era incondicional conmigo y muy colaboradora. Entonces le digo: Muy bien, doña Noelia, si yo dejé el salón abierto por qué no me llamó para yo avisarle a la manipuladora para que ella me hiciera el favor de cerrar la puerta del salón. Eso quiere decir que si yo paso por su casa y veo la puerta abierta estoy en mi derecho de esconderle algo para que usted escarmiente y deje la puerta cerrada.

La señora me abre sus ojos, y me dice: “no, profe, es que las cosas no son así”.

Entonces como son doña Noelia, eso es deslealtad, eso no se hace (le dije). Es más, voy a ir a poner el denuncio. En ese momento, don Alberto, el esposo de la señora, me dice: “hágale, profe, vaya. Es más, si quiere la llevo en el carro para que no se moje”.

Don Alberto, si no tuviera que venir mañana a trabajar le tomaba la palabra (le contesté), pero necesito la moto, a no ser que usted vaya por mí y me traiga.

En esas, la gente me pide disculpas, le expresan su inconformismo a la pareja y salen de la capilla.

Yo, en medio de la ira y la desilusión, me dirijo hacia la escuela para prepararme para irme a mi casa.

Desde ese día sentí que mi ciclo en esta escuela se estaba culminando. Mi desmotivación se fue incrementando y solo le pedía a Dios que me permitiera irme para otro lugar.

El señor escucha mis plegarias y sale un nuevo concurso docente, no pierdo oportunidad y lo presento, pues el hecho de ser docente afro implicaba quedarme en Potrero Grande para siempre o pedir traslado a otra escuela con las mismas características, escuelas que quedaban en otros municipios y en lugares muy apartados.

El año 2015 estuvo lleno de sorpresas, me presenté para la primera convocatoria que había de la Gobernación sobre becas de maestrías para los docentes. Fui una de las afortunadas en ganarme una de ellas, ese mismo año, el 25 de julio, mi historia cambia y gracias al concurso paso a laborar a la vereda *Las Brisas* del mismo municipio, dejando atrás una comunidad que me llenó de gratos recuerdos y de algunos sinsabores.

El 14 de diciembre de 2016 obtengo mi título cómo Magister en tecnologías de la información y la comunicación.

A la fecha, mi profesión docente me llena de satisfacciones. Es un placer ver cómo los niños aprenden a juntar sus primeras letras, aprenden a leer y a escribir, cuentan, suman y restan. Es muy grato ver la sonrisa de los niños al reconocer su nombre y aprenderlo a escribir o cuando cogen su cartilla y me dicen: “profe, yo ya se leer” y empiezan a hacerlo. Me siento honrada de ser parte de la historia de todos

aquellos niños que pasan por mis manos y luego se vuelven hombres y mujeres útiles a la sociedad.

Con mi trabajo le aporto un granito de arena al futuro de mi país.

Gracias Señor por mostrarme el camino y permitirme ser maestra de Escuela Nueva.

¡QUIÉN DIJO UN MAESTRO!

Jader Arbey Ospina Vanegas

Recordar mi época de estudiante, hace más de dieciséis años, me llena de nostalgia. En esos momentos mis pensamientos estaban encaminados a vivir el presente: jugar, chacotiar, mmmm […] Para la época, ¡quién dijo un maestro! Eso nunca lo pensé hasta después de un año de haberme graduado como Normalista Académico. En ese momento decidí enlistarme en un ejército de jóvenes en busca de un sueño, un sueño que no era militar, sino de servicio a la sociedad desde la educación. El Ciclo Complementario o Programa de Formación en la Escuela Normal fue la mejor oportunidad.

Y cómo no recordar la sensación en mi cuerpo meses antes de mi graduación como Normalista Superior, cuando me dieron la oportunidad por primera vez como docente, eso no les pasa a todos […] Cuántos maestros hay graduados desde hace varios años y aún no ejercen […] Algo bueno tuvieron que haber visto en mí, pensé. La Universidad Católica del Norte, en su programa de cobertura educativa para formación de adultos, fue mi hada madrina.

Dicha sensación no la había sentido en las tantas clases de práctica que realicé y ejecuté durante mi proceso de formación como Normalista. Pienso que esto sucedía porque mi realidad de estudiante quedaba a un lado e iniciaba la realidad de maestro. Con dieciocho años recién cumplidos y temblor en todo mi cuerpo, me arriesgué a ingresar en un aula de clase en la escuela de básica primaria del corregimiento de *Hoyorrico*, donde se encontraban treinta y ocho estudiantes preparados para afrontar sus estudios primarios.

Estudiantes con características muy particulares y bien interesantes, así no supieran leer o escribir, o muy poco sobre operaciones básicas. A punta de experiencia me podían hacer pedazos, menos mal siempre me han gustado los desafíos y, quién dijo miedo, ahí estaba con toda la disposición de generar un ambiente camaleónico, donde marcar un referente de transformación en mis estudiantes y en esta comunidad era una meta. No había ningún estudiante que tuviera menos de cuarenta años, ahora podrán entender todo mi temblor, no se sabía quién estaba más impactado, si yo, al cambiar de estudiantes que no superaban los diez años, o ellos, al ver un maestro que tenía la edad de uno de sus hijos menores.

Pensar en esos momentos es volver a sentir esa emoción. Una experiencia única y creería que una de las más importantes en mi profesión. La hermandad y fraternidad que fuimos construyendo entre todos en el aula de clase hacía del proceso de enseñanza aprendizaje un asunto exitoso, o al menos eso pensaba en el momento, ahora me doy cuenta de que fueron tantas las clases fracasadas como fueron tantas las clases exitosas. Con el fracaso buscas otras formas, con el éxito te quedas con lo mismo, cada fracaso se debe convertir en nuevas oportunidades. Grandes retroalimentaciones tanto en conocimientos teóricos como en el aprovechamiento de los conocimientos empíricos, para comprobar a personas que se consideraban analfabetas o *brutas* como me lo manifestaron don Raúl, doña Sara, doña Olga y otros estudiantes más en conversaciones que sosteníamos en los momentos de descanso. Y es que algo tan sencillo como saludar de mano,

práctica a la que no estaba acostumbrado me sirvió para ir generando esos espacios de amistad.

Al poco tiempo, me gradué de Normalista Superior y continué con mis estudios superiores, en la Licenciatura en Ciencias Sociales en la Universidad de Antioquia, nuevas metas alcanzadas que celebraban mis estudiantes como suyas. Mediante el trabajo colaborativo se construyeron espacios de estudio muy familiares, todos nos alegrábamos cuando alguno alcanzaba una meta, todos colaborábamos cuando alguno necesitaba algo, en esos momentos fue donde aprendí el verdadero trabajo en grupo. Cada meta alcanzada era la excusa perfecta para mostrar por medio del ejemplo que cada uno de ellos sin importar la edad podía alcanzar lo que se propusieran. Pero nadie dijo que era sencillo, con cada clase que pasaba comprobaba que cada realidad es un mundo pequeño, donde se desdibujaban todas las teorías pedagógicas estudiadas, ahí no estaban los pedagogos, ahí estaba yo, muy joven pero comprometido, cada día era un desafío de preparación y planeación, ellos merecían lo mejor de mí porque las prácticas pedagógicas se deben pensar día a día.

Recuerdo que estudiaba en el Ciclo Complementario de lunes a viernes de 8:00 a.m. a 5:00 p.m., en la Normal. Salía con paso ligero en la tarde para cambiarme mi ropa de estudiante de color gris por mi vestimenta de maestro, tomaba mi otro morral, ya no el de estudiante sino el de maestro, mi portafolio con todos los materiales para la clase (aún lo conservo de recuerdo), para estar faltando un cuarto para la seis en la terminal de transporte del municipio, la mayoría de las veces lloviendo, para desplazarme hasta *Hoyorrico*, un recorrido de diez a doce minutos. Allí las clases para los estudiantes adultos iniciaban a las 6:00 pm y yo era el responsable; siempre llegaba a una tienda al frente de la escuela, la tienda de doña Sara, una de mis estudiantes, tenía más o menos cuarenta y cinco años para la época; siempre me brindaba un Tampico de bolsa y un rollo o una gala, sería que me veía cara de hambre, pues desde el almuerzo no comía nada. Con el paso de los minutos, mis estudiantes iban llegando de todas direcciones. Nos agrupábamos en la acera de la escuela, una construcción en tapia vieja con una puerta muy grande en madera pintada de color naranja y un sócalo del mismo color.

A los pocos minutos, llegaba doña Rubiela, una señora muy bajita, con un problema en una pierna que le impedía caminar adecuadamente. Ella era la encargada de las llaves para abrir la escuela, porque, a pesar de que muchas veces solicité una copia de esa llave al rector, siempre me dijo que no porque no era un maestro que pertenecía a la escuela, por encima se veía que me prestaba un salón obligado, como si los padres de familia de su comunidad solo pudieran entrar a la escuela a recibir los reportes de sus hijos y no a disfrutar de la época de estudio que por cantidad de situaciones no pudieron vivir en su niñez y juventud.

Por ejemplo, don Nicolás me dijo que no pudo estudiar en su niñez porque su papá no lo veía importante y, aunque su mamá insistía mucho en lo contrario, él siempre estuvo ayudando a su padre en la finca. Cuando salió de allí fue para casarse y ya la responsabilidad en sus hombros por su familia lo hacía trabajar desde temprano hasta oscurito en la tarde. Hugo sí me manifestó que él no estudió porque en esos momentos no le interesó y fue expulsado a los diez años de la misma escuela donde nos encontrábamos, “desde ese día no regresé, hasta ahora; me dediqué a trabajar en construcción” me dijo él con un tono de voz fuerte y

arrebatada. Don Raúl, mi estudiante más longevo, no tuvo la oportunidad de ir a la escuela, su familia era muy humilde o pobre, como él me argumentaba, para disfrutar de ese servicio. Siempre se dedicó al trabajo en el campo, así pudo ayudar a sus padres durante su juventud y luego de sacar adelante sus hijos a quien les brindó la oportunidad de estudiar todo el bachillerato, “Lo poco que sé, durante toda mi vida lo aprendí viendo” me decía. Y ahí estaba don Raúl, a sus setenta y dos años, con muchos regaños de su esposa: “usted fue que se embobó a estas alturas, como está de viejo y pensado en la escuela”. Esto me lo contaba él con una pequeña sonrisa y es que a pesar de su edad tenía una energía y una motivación envidiables. Siempre era el primero en llegar a la escuela, su saludo de fraternidad y de mano inspiraba respeto en toda la comunidad y es que, aunque no había estudiado, desde hace varios años, era el presidente de la acción comunal del corregimiento, sin duda un líder para todos ellos. Siempre muy puntual, con su cachucha puesta un poco de lado y sus manos y dedos muy gruesos de ordeñar todos los días, porque se levantaba diario a ordeñar a las 2:00 a.m., y trabajaba durante todo el día hasta las 5:00 p.m., luego se bañaba y tomaba algo rápidamente para estar a tiempo en la escuela sin mostrar ningún signo de cansancio.

Cada uno tenía su historia, todas muy importantes, pero ahí estaban buscando una nueva oportunidad. Por ese motivo, así lloviera o estuviera resfriado, yo siempre llegaba antes de las seis, y cómo llegar tarde cuando sabía todos los esfuerzos que hacían mis estudiantes para estar puntuales. Aprendí que educar desde el ejemplo es una buena opción. Como era educación de adultos, en los primeros niveles de primaria, se privilegia el trabajo en lenguaje y matemáticas. De 6:00 p.m. a 7:50 p.m. trabajábamos matemáticas, 20 minutos de descanso donde la mayoría sacaban su termo con chocolate caliente y un pan para tomar la merienda. Al principio, cada uno más bien solitario, consumían sus alimentos, después de pocos días nos sentábamos todos juntos a conversar y compartíamos todo. Luego de 8:10 p.m. a 10:00 p.m., trabajábamos lenguaje. A esa hora terminaba la jornada escolar bajo un inclemente frío y una soledad en las calles de piedras acompañada de niebla. Salíamos todos para la casa, ya agotados de un largo día, pero felices pensando en lo que nos esperaba en el próximo día. Que más ejemplo de responsabilidad podía tener yo para ir a cada encuentro motivado, dispuesto a provocar y promover un espacio de socialización adecuado. Esto me llevó a pensar que la verdadera educación debe buscar desestabilizar, salir de lo cotidiano, mover lo que se congeló en el tiempo; escuchar en silencio por unos cuantos minutos a un estudiante es más productivo que hablarle durante una hora completa, y más aún cuando han pasado toda su vida sin ser escuchados.

Al principio me daba mucho temor de que mis estudiantes me preguntaran sobre algún tema, miedo a no poder responder adecuadamente y que ellos pensaran que yo no estaba bien preparado; con el pasar de cada clase ese temor se fue convirtiendo en oportunidades, ya que de cada pregunta que mis estudiantes me hacían podía partir para continuar con mi clase, me imagino que a esa habilidad se le puede llamar experiencia, aprendí que, en ocasiones, hay que decir “mmm […] La verdad no sé, pero puedo averiguar y luego discutimos sobre el tema, o mejor porque no todos investigamos y en la próxima clase hacemos un debate […]” Aprendí que el maestro debe ser como un etnógrafo internado en una comunidad a disposición de todos; me sentía el segundo hombre más importante después del

sacerdote, algo bueno tengo que estar haciendo pensaba en silencio, pues en comunidades cercanas habían muchas deserciones, eso me decían mis compañeros maestros y yo no sufrí ninguna en tres años.

Fueron tres años de muchas enseñanzas donde con mis estudiantes se construyeron lazos de amistad que hasta el día de hoy siguen vigentes. Todas esas mojadas, todas esas esperadas de carro en la autopista después de las 10:00 p.m., en medio de la oscuridad, pero siempre acompañado por uno de mis estudiantes: **Jorge**. No se iba para su casa hasta que no me embarcaba. Todas estas situaciones valieron la pena, me transformé y evolucioné en mi ser; me di cuenta de que lo que no se entiende no se aprende y con el paso de los días se olvida, que la familia se debe rescatar como el escenario principal para la educación y socialización de una persona.

Después de tanto esfuerzo de todos durante los tres años, un día muy esperado llegó. Era el momento de entregar en ceremonia el diploma a cada uno de mis estudiantes, donde decía que habían terminado sus estudios de básica primaria. Allí me alegró mucho ver a todos muy contentos con sus familiares acompañándolos, hasta la esposa de don Raúl fue, a pesar de lo que le decía casi todos los días, estuvo ahí. Para el fin de semana siguiente organizamos un paseo para el peñol como celebración del grado. Todo estaba listo, pero no los pude acompañar, a última hora me programaron un seminario en la universidad y no podía faltar. Todos ellos fueron, disfrutaron mucho, eso me dijeron en medio de carcajadas, cada uno me trajo algo de recuerdo como agradecimiento por todos los momentos.

Ahora, la siguiente meta era continuar con el bachillerato. Este ya sería todos los domingos, empecé en el proceso ya con más estudiantes y con otros profes, todos muy animados, pero después de dos meses me informaron que no podía continuar con el programa de formación de adultos; cambio de administradores del programa y mi perfil no fue tomado en cuenta. Ante la ley aún no era licenciado y no podía trabajar en bachillerato, con tristeza me hice a un lado, con la convicción de que enseñar es supremamente difícil y ser un obrero cumplidor es simplemente fácil.

No puedo decir que mis estudiantes tuvieron un cambio radical en su vida, la mayoría siguieron siendo amas de casa, los que trabajaban en empresas con el pasar de los años y al tener sus estudios fueron ascendiendo, eso me han dicho varios. Lo que sí puedo decir es que así siguieran haciendo lo mismo algo cambió y ya lo hacen diferente. Por eso, enseñar no consiste en llevar problemas inventados, sino plantear soluciones para todos los problemas encontrados en el contexto. Es por esto que la práctica pedagógica la considero como una telaraña inacabada, llena de atajos facilistas, caminos largos, desafiantes y zonas de confort; esta no puede ser una reproducción de lo ya exitoso, debe ser una construcción continua desde lo atípico.

Ahora me doy cuenta de que en esos tres años el que más aprendió fui yo y es que cultura escolar no es hablar de lo teórico, es hablar de lo cotidianidad de la escuela, como, por ejemplo, hablar de un grupo de adultos divirtiéndose con juegos tradicionales al igual que lo hacen los niños. Recuerdo que jugábamos *chucha*, y terminaban agotados de correr y reírse y algunos con dolor en las rodillas o en la espalda. Cada maestro debe tener su originalidad y la mía me la dio haber iniciado

mi carrera desde la andragogía así en algún momento haya dicho *¡QUIÉN DIJO UN MAESTRO!*

YO DECIDÍ SER MAESTRO

Henry David Uribe Londoño

Transitar, caminar y construir caminos dejando impregnada una huella personal, posibilita no solo contarles a los demás quiénes somos, sino encontrar el momento perfecto para darse un lugar con el pasado y el presente.

La vida de los seres humanos está llena de antagonismos y realidades que cotidianamente nos permite tejer un proyecto personal, con una mirada holística. Reconocerse como ser social, cultural, político, dinámico y trascendente es otorgarle legitimidad a nuestro ser de *estar en el mundo*.

Cuando se es pequeño nos encontramos frente a la magistral pregunta ¿qué quieres ser cuando grande? Miles de respuestas atraviesan nuestro ideal imaginario y, seguramente, la respuesta estará orientada al gusto o inclinación de nuestros padres. En mi caso, yo decidí ser maestro.

Este camino lo comienzo a recorrer desde muy pequeño cuando en el aula de clase solicitaba a mis primeras maestras me dieran la posibilidad de *enseñarle* a los más pequeños. Al ir creciendo también creció en mí el deseo latente de servir a los demás desde un acto tan sublime como es educar. Tuve los mejores referentes y, aunque el tren de camino me posibilitaba varias estaciones y la ruta se tornaba difícil, lenta y con altibajos, pude llegar al lugar de destino.

Pienso que el ser maestro exige una preparación constante, lejos de la premisa de ser más y muy cerca de la intención de servir mejor. Por ello, busco una actualización permanente, de tal forma que me permita realizar un trabajo eficaz y dignificar en el aula el arte de enseñar desde el convencimiento de lo que hacemos.

Los maestros podemos abrir puertas y ventanas, conspirar en proyectos de vida exitosos; todo depende de nuestra sinergia e identidad con lo que somos y hacemos. Los maestros llevamos unas gafas mágicas que nos permiten ver mucho más allá de la realidad instantánea que viven nuestros estudiantes, y podemos transformar cada situación en una posibilidad de aprendizaje y crecimiento.

No podemos olvidar nunca que, si queremos enseñar y hacerlo de la mejor manera, los maestros debemos adentrarnos en un aprendizaje continuo. Bien sé que los títulos se convierten en un historial de archivo, los conocimientos adquiridos y la lectura de la academia en sí misma es realmente lo valioso y lo que permite a diario reconstruir un estilo pedagógico que nos identifique y fragüe en cada uno de nosotros una vocación para el servicio y, además, nos permita participar de la formación de las presentes y futuras generaciones.

Me he esforzado por cualificar mi perfil profesional, primero fui normalista de la Normal Superior Señor de los Milagros, luego de licenciado en educación básica con énfasis en humanidades: lengua castellana de la Universidad de San Buenaventura y, posteriormente, me convertí en magister en educación de la Universidad de Medellín.

Profe, yo no quiero que se vuelva viejito

Los maestros somos unos afortunados, pues cada día tenemos la oportunidad de sumergirnos en un mundo de infinita imaginación, de ilusiones y de inspiración de la cual todos y cada uno de nosotros se vigoriza y alimenta.

Ingresar a la escuela por primera vez es para casi todos los niños y las niñas una aventura donde desean encontrar héroes y personajes fantásticos que les

permitan soñar y seguir conservando su instinto innato de imaginación y fantasía. Resulta algo difícil para un maestro del modelo de Escuela Nueva, que atiende no solo el nivel de preescolar, sino también cinco grados del nivel de educación de básica primaria, cumplir con este meritorio interés. No obstante, uno se encuentra con personajes pequeños de grandes ideas, que le permiten a uno, como maestro, refirmar que es posible en un mundo cotidiano, llamar la atención de alguno de sus pequeños por algo que ellos ven extraordinario.

Uno de esos personajes es Emanuel, el único estudiante del nivel de preescolar que este año tengo en la sede educativa. Es un niño de cinco años con ideas brillantes. Yo desearía como maestro tener unos tantos más como él para salir al patio y realizar la dinámica del lobo, ponchado, saltar lazos y muchas más actividades que no se pueden hacer porque si entre los dos tomamos el lazo no hay quien lo pueda saltar. Claro está que con el tema de la inclusión y la interdisciplinariedad pudiese tener estudiantes de otros grados participando de estas actividades, pero yo siempre aspiro a que cada uno esté en su cuento. Hay momentos en los que todos podemos jugar y es muy significativo ver que los más grandes conspiran para cuidar los más pequeños.

Es la escuela un lugar no solo para aprender sino también para fortalecer la esencia del ser humano en todas sus dimensiones. Mucha gente dice que ser maestro es abrir un libro, mandar a los estudiantes a realizar ejercicios y después revisar. Se trata de esas expresiones que uno dice con mucha frecuencia y sin ningún esfuerzo, sin ser responsable de lo que se dice. Me atrevo a invitar a alguien que piense de ese modo para que acompañe un día entero la matutina tarea de ser mono-docente rural. Tener en las aulas seis grados, estar pendiente del restaurante escolar, los grupos de apoyo, la atención a los padres de familia, incentivar el trabajo en equipo de la comunidad y aparte de eso responder por todos los compromisos y responsabilidades que nos asignan nuestros pares. Solo unas horas me basta, después podrán apreciar conociendo bien la tarea. Pero bueno, al que le gusta le sabe y a mí me encanta. Soy un maestro convencido de que en la educación está la clave y el progreso de los pueblos, soy feliz disfrutando de la tarea de educar y asumiendo cada día el reto de transformar vidas.

Otras de esas cosas que me apasiona de ser maestro, es precisamente ser maestro rural. El olor a montaña, el sonido de los riachuelos que se entrelaza con las sonrisas generosas de los estudiantes, la paz y el silencio que encuentran un pretexto para concordar en el espacio escolar, la nobleza de la gente y la identidad de los niños con el olor a campo, es una magia y un tesoro que desean muchos.

Algunas personas con frecuencia me preguntan “¿Profe, y usted por qué no pide traslado para el pueblo?” Y mi respuesta siempre es la misma – “Porque en el campo también hay derechos”. Lo que desconocen esas personas es que uno como maestro rural encuentra una verdadera identidad con su profesión, no se trabaja mirando el reloj, el tiempo se hace fugaz y se disfruta de las pequeñas cosas como tomarse una aromática natural con las plantas que se producen en la huerta escolar. Y qué decir de las tortas de chócolo, la arepa con tajadas de papa, el fiambre en hojas de achira y otras delicias que empacan las madres de familia en el bolso de los estudiantes, advirtiéndolos: “Se lo entrega al profesor cuando llegue”.

La escuela en la multiplicidad de aprendizajes que se adquieren también tiene un tinte gastronómico. Es precisamente Emanuel el estudiante de preescolar

el que sueña con que su profe no se vuelva viejito. Y quien creería que este loable sueño lo inspira un tema de alimentación y no precisamente porque comer sea su mayor pasión. Yo pensaría que la mayor preocupación de él y su familia al ingresarlo a la escuela era este crucial tema. A Emanuel no le gusta comer carne, huevo, frijoles y agua de panela con leche, las ensaladas tampoco son de su agrado.

Comienza entonces la historia entre desear el bienestar para el estudiante y un verdadero viacrucis para él al ingresar al comedor. Yo soy de esos maestros que no permito que se desperdicie la comida. Pero a Emanuel el solo olor le produce nauseas. Todos los días es una tarea sentarse a cucharearle y a conversar de lo importante que es comer, a preguntarle por los animales de la finca, la tía Diana y otras de sus pasiones para disimuladamente ganar la conquista de comer todos los días un poco más. Diría yo que la batalla la estamos venciendo.

Pasa, entonces, el tiempo y un día lunes, después del encuentro de los buenos días en el patio de la escuela y de dar las orientaciones para la semana, están allí los padres de Emanuel esperando hablar conmigo y, por supuesto, él con su rostro malicioso haciendo piruetas alrededor de las piernas de la mamá.

- Buenos días, profe.
- Buenos días, ¿Cómo están?
- Muy bien, profe. Emanuel le quería decir una cosa. (Él se reía y le decía a la mamá, “yo no, dígale usted”).
- Cuénteme, Emanuel.
- No, profe, yo no.
- A bueno, Emanuel, entonces, no le diga nada yo me voy.
- Mami, dígale usted.
- Mmmm, profe, que usted viera Emanuel como nos puso a pensar este fin de semana. Estábamos conversando en la casa cuando nos va diciendo que él no quiere que usted se vuelva viejito, porque él nunca se quiere ir de la escuela. (Emanuel se reía y se tapaba la cara)
- Emanuel ¡qué felicidad saber que no te quieres ir de la escuela! ¡Qué bueno que disfrutes estar acá!

Yo me sentía muy feliz, pues los niños son expresivos y, generalmente, dicen la verdad, y que esto lo dijera un niño de cinco años es una verdadera reflexión pedagógica.

Los padres de familia se despidieron y se fueron y yo quería saber más de ese fantástico deseo. Entonces, como de costumbre, comenzamos el trabajo en cada una de las aulas y cuando todos estaban muy dispuestos y en pleno orden, llamé a Emanuel al corredor donde hay unas mesas y unas sillas para sentarse. Allí comenzamos a platicar.

- Emanuel, ¿y por qué no quieres que me vuelva viejito?
- Porque usted me da la comida y la comida de la escuela es la única que me gusta.
- Pero tu mamá hace cosas muy ricas.
- Sí, pero no me gustan.
- Y ¿Por qué te quieres quedar en la escuela?
- Acá es muy divertido. Además, me falta estudiar en los otros tres salones.

Así, con la expresividad de la inocencia, conversamos un poco más. Qué satisfacción se siente que, con actos tan cotidianos, los maestros toquemos la vida de nuestros estudiantes. Yo no puedo cumplir ese sueño de no volverme viejito lo que sí sé es que mientras Emanuel siga en la escuela podrá estudiar en los otros tres salones que le restan y cumplir al menos uno de sus deseos.

DE LA CIUDAD AL PUEBLO

José Gregorio Echavarría

Corre el año 2009 y trabajo como docente de filosofía en la institución de Belén Altavista (comuna trece de Medellín). Aquí el ambiente es tenso, aunque de camaradería, con la preocupación por el otro que solamente se siente cuando se comparten las mismas necesidades y los mismos infortunios. En este contexto ser docente de filosofía es difícil, los estudiantes no quieren estudiar y además la filosofía no es comprendida, ni apreciada, ni necesaria […] Los pelaos dicen: "Aquí es sin mente, profe".

Son jóvenes de la acción, de respuestas rápidas; no de la reflexión ni de los análisis profundos.

Mis primeras clases fueron un desastre […] nadie quería escuchar, había desorden, ¿para qué la filosofía? Aquí funciona la ley del más fuerte o de lo que más me conviene. ¿Qué puedo hacer?, adaptarme.

Al día siguiente busqué al más grande y fuerte del salón, Camilo Aguirre *el ñato*, entro a clase y, como siempre, había desorden, nadie se apresta a escuchar, llamo a Camilo:

- Mijo ¿Ya desayunó?
- Nada, profe.
- Vaya y pida café con pastel y vuelve rápido.

A su regreso Camilo me dice:

- Gracias, profe.

Le digo:

- Hágame un favor.
- Hable profe.
- Siente a todos y que hagan silencio.
- De una profe (me contesta).

El muchacho avanza por el salón sentando a los empujones a sus compañeros, luego les dice:

- Hacen silencio, el que hable le doy un *calvazo*.

Se produjo un silencio absoluto y yo comencé la clase […]

Días después cuando pasaba por la cancha, los muchachos se me acercan y me dicen:

- Profe, qué pereza la clase, nos vamos a quedar jugando un partido ¿nos va a invitar a gaseosa?

Yo contesto:

- Listo, la gaseosa está en el salón, el que entre a clase de filosofía toma gaseosa. Jugaron el partido una hora antes y entraron todos a tomar gaseosa; yo pude dar mi clase.

En otra ocasión después de revisar un taller, le pongo 1.0 a Julián, el hijo del duro del barrio; el muchacho entra en cólera y me dice:

- Este cucho se va a ganar un pepazo.

Yo le respondo:

- Mijo, a mí no me charle así.

Todos soltaron una risotada, incluso Julián que me contestó:

- ¡Que cucho tan charro!

En el 2010 mi vida da un vuelco de 180°, me casé y me trasladé de Belén Alta Vista al municipio antioqueño de Entrerríos, ubicado a 55 kilómetros de la capital. Aquí la ética del trabajo es sumamente valorada y en los jóvenes se observa una curiosidad y un deseo de conocer que hasta entonces no había visto. Tal vez por su lejanía de Medellín y su problemática social, este municipio ha estado resguardado y protegido.

Mi labor cambió, aquí doy clases de sociales y filosofía y pasé de tratar de remediar los conflictos que la sociedad le ha impuesto a los más desfavorecidos, en donde el trabajo de docente es más motivacional que académico, a un contexto en donde se exige al profesor entregar sus conocimientos a una población deseosa de progreso, con proyectos y un futuro en el horizonte.

Desde mis primeras clases noté en mis estudiantes el asombro y el deseo de aprender. Es maravilloso ver ese brillo en sus ojos al conocer, cada día encontraba entre ellos, personas con buenos valores y podía ver su potencial para convertirse en excelentes profesionales. Esto se convirtió en un aliciente y una fuerza motivacional que me empujaba a estudiar para darles más y más contenidos.

Santiago es uno de muchos que reflejan ese deseo de conocimiento. Hijo de una profesora y con un carácter fuerte, contestatario y que terminaba siendo un problema para los profesores que él consideraba que no daban buenas clases, decía:

- Esos profes no saben nada.

El niño terminó siendo remitido a la psicóloga a quien le confesó que solo le gustaban las clases de sociales, que no asistía los miércoles porque no había esa clase y que, si durante toda la semana solo le dieran sociales, él vendría siempre.

He pensado la labor docente como una especie de técnica […] se aprende haciendo […] creo que no existe la fórmula para ser un buen docente, pero creo que cada uno debe encontrar su estilo propio; y si este estilo agrada, entretiene e inspira a los estudiantes, esa es una fórmula ganadora. Entre los paisas hay un dicho que reza “a donde fueres, haz lo que vieres”; que aplicado a la educación podría resumirse en *educa en contexto*. Diría que este es mi mayor aprendizaje en el paso de Alta Vista a Entrerríos, en el primero era motivar, pero entonces ¿qué hacer cuando ya hay motivación?

Supongo que el camino más acertado es mantener viva esa motivación, renovándose, transformándose, sin perder el estilo. Esta es una tarea del día a día, haciendo de la clase un espacio íntimo, y con esto no me refiero a que el docente se convierta en el *parcero* del estudiante; insinúo el hecho de pensar el conocimiento como magia, como aquelarre, donde acercarse a él es un privilegio. Pero al mismo tiempo quitándole al mencionado conocimiento la rigidez de la educación tradicional y memorística, transformando la lección de una repetición a una experiencia vital. Lo que sugiero es transformar la práctica de la clase en una experiencia similar a la del teatro. En donde el salón es el escenario y tanto el estudiante como el docente son los actores de una obra llamada conocimiento; una obra no acabada siempre en desarrollo, siempre en proceso y que continuará […] en la próxima clase.

¿QUÉ SITUACIONES RESOLVERÉ HOY?

Carmen Cecilia Angarita

Eran las 10:00 de la noche, me preparaba para ir a dormir, pero algo me inquietaba. ¡Estaba lloviendo! Era probable que al día siguiente los niños no pudieran bajar a la cancha que pertenece al Seminario Diocesano a realizar su descanso, lo cual era un problema. Nunca se sabía qué podía suceder, el espacio tan reducido del patio de la escuela no permitía que los niños pudieran hacer su descanso como lo hacían en la cancha; por lo tanto, debían limitarse a estar sentados, lo que les costaba mucho, y aunque se les prohibía correr, siempre buscaban la manera de hacerlo. Esto generaba accidentes o conflictos debido a lo reducido del espacio disponible para el número de estudiantes. La situación era bastante desgastante, pues exigía permanente vigilancia. Al fin me dormí con la esperanza de que saliera pronto el sol y, a la hora del descanso, ya estuviera todo seco.

El día siguiente llegué a la escuela. Aún lloviznaba y, por supuesto, la cancha estaba llena de pantano. ¡Nada qué hacer! Debía disponerme para las situaciones que se presentaran. Saludé a mis compañeros de trabajo, acordamos algunos asuntos del día y me dirigí al grado quinto. Los estudiantes estaban inquietos, reacción acostumbrada cuando sabían que no podían bajar a la cancha. Noté que Nicolás estaba serio, aislado, con una posición de desgano. Generalmente, él se mostraba alegre, con pocas ganas de trabajar, pero dinámico y amistoso. Hoy, como en algunos días, se mostraba apático. Me acerqué y le dirigí algunas palabras procurando un cambio de actitud. No lo logré.

Empecé la clase, saludando y haciendo la oración. Luego continué con actividades del momento del encuentro, me percaté de que Nicolás aún no abría el cuaderno. Lo animé a empezar el trabajo, pero continuó con su actitud de enojo y desgano. Mientras indiqué una actividad a los compañeros para el momento del encuentro y del actuar, me acerqué nuevamente, le pregunté qué le había sucedido, me contestó que nada y que no quería trabajar. A pesar de los nuevos intentos no logré que se interesara por el trabajo de la clase. Continué con las actividades y Nicolás se cansó de su inactividad y empezó a proferir palabras soeces a algunos compañeros que lo invitaban a trabajar. Ante estas ofensas reaccioné llamándole la atención:

- ¡Nicolás! ¡Haga el favor de respetar a sus compañeros! ¡Ya es hora que empiece a trabajar!

Hizo algunos *pucheros* y gritó:

- ¡Usted es una zorra!

Todos los estudiantes dejaron de trabajar, se irguieron, abrieron los ojos, me miraron esperando mi reacción. Él mismo se paralizó luego de emitir esta expresión. En segundos pasaron por mi mente ideas que ya he pensado sobre el por qué un estudiante ofende a un docente: un niño cuando lanza expresiones peyorativas, muchas veces no lo hace con conciencia, quizás, porque está acostumbrado a resolver de esta manera las situaciones que exigen una capacidad que aún no ha desarrollado y que la escuela debe propiciar espacios para desarrollarlas y, por tanto, recurre a la expresión más cotidiana según su contexto.

Ante la espera general de una respuesta, sonreí.

- ¿Zorra? A ver Nicolás (le dije). Analicemos un poco esta palabra. Conozco dos significados de ella. El primero se refiere a un animal carnívoro de cola larga y ese significado no me cae porque soy una persona humana. El segundo significado es el que se le suele atribuir comúnmente a una mujer que tiene muchos novios. Este hábito (en esa época era religiosa) indica que vivo en un convento disponible permanentemente a la comunicación con Dios, que es mi único novio, por tanto, ese significado tampoco me cae. Lo que creo es que estás muy enojado y esa es una forma de sacar tu enojo.

Ante esta respuesta, los demás estudiantes se rieron y continuaron trabajando; mientras tanto, me acerqué nuevamente a Nicolás y ya después de haberse desahogado con esta expresión y ante mi reacción pacífica, pudimos entablar una conversación más en confianza. Me contó su situación conflictiva en la casa por la separación de sus padres, las relaciones tensas, lo poco atendido en sus necesidades. Le hice ver que todas las personas tienen problemas, pero lo importante era saberlas enfrentar y superarlas. Continuamos dialogando por unos momentos. Nicolás ya estaba un poco más tranquilo. Después de este incidente, me di cuenta de que él se sintió comprendido, y, en adelante, algunas veces, me contaba las situaciones que lo afectaban, esperando un consejo o simplemente que lo escuchara. He tratado de practicar esta estrategia pacífica, pero con autoridad en diferentes situaciones conflictivas y académicas de los estudiantes y esto ha posibilitado un ambiente de confianza y de mayor apertura.

Llegó la hora del descanso. Los docentes nos dispusimos para acompañar en el pequeño patio de la escuela. Fue un caos. Gritos, tensiones, quejas, insistiendo continuamente a los niños que no corrieran porque podían aporrear tanto los de preescolar como los estudiantes de los demás grados.

Al fin, terminó el descanso. Se presentaron algunas quejas de Nicolás, con quien dialogué nuevamente, cité a su acudiente. Se hicieron algunos acuerdos.

Unas semanas después, en un día muy soleado, los niños bajaron a la cancha donde podían correr y elegir diversos juegos. Me senté con dos compañeras docentes a acompañar el descanso y una de ellas, docente de tercer grado, muy entregada y querida por estudiantes y padres de familia, estaba muy enojada. Al preguntarle el motivo, nos contó que una estudiante la había insultado diciéndole que era una marihuanera. Me llamó la atención esta situación por ser similar a la que se me había presentado semanas anteriores. Se la compartí y le expresé mi punto de vista, pero ella seguía muy ofendida. Hizo el proceso disciplinario según lo indicaba el manual de convivencia, lo cual posibilitó una corrección en el estudiante. Esta situación mejoró y se fortalecieron las relaciones de respeto; sin embargo, he pensado que un docente no se debe ofender por estas reacciones de los estudiantes. Creo que es una oportunidad para acercarse a la realidad del niño y a partir de allí construir conjuntamente conocimientos más significativos.

Terminó el año, Nicolás pasó con nivel básico al grado sexto y en el transcurrir del mismo, me enteré de que estaba presentando muchas situaciones conflictivas con los docentes. En cierta ocasión, la mamá me contó que un día al llegar a casa le dijo:

- Me quiero salir del Colegio y me quiero regresar a la escuela con la profesora Lucía, era mejor con ella.

Estas palabras me llevaron a pensar en la importancia de lograr un verdadero encuentro con la realidad del estudiante. En la actualidad, Nicolás se encuentra haciendo séptimo en la nocturna, mientras que sus excompañeros están en noveno, jornada diurna.

Regresando nuevamente a la realidad de la escuela, han llegado nuevos estudiantes que no han recibido en otras sedes y, por no quedarse sin estudiar, optaron por matricularse con cierta inconformidad en esta sede. Al preguntarles a ellos y a sus familias por el porqué de esta inconformidad, responden que uno de los motivos es que les da miedo que los niños bajen a la cancha que le corresponde al Seminario Diocesano.

La anterior situación me ha llevado a cuestionarme ¿Por qué la escuela tiene que recurrir al Seminario para que haga el favor de prestar la cancha, si el gobierno tiene el deber de dotar lo necesario para el desarrollo de las actividades escolares? Al ser una sede de primaria, ¿no debería contar con espacio suficiente para la recreación? Aunque a los niños les gusta ese espacio por ser una cancha muy amplia, con terreno arenoso, donde no solo pueden correr, sino hacer figuras con arena, dibujar, representar ríos, entre otros; con árboles, pastos y otras plantas en sus alrededores con los cuales pueden simular casitas y otras imaginaciones propias de su edad, no siempre se puede contar con está porque en algunos casos la lluvia no lo permite, en otros, los sacerdotes y seminaristas la necesitan para sus actividades. Sin contar los peligros que se presentan en algunas ocasiones: aparición de animales como vacas, chivos, perros, carros que van a dejar algún cargamento, entre otros. Situaciones que se deben resolver de manera inmediata para proteger la integridad de los estudiantes.

Ante la constante incertidumbre, un día me reuní con mis compañeros docentes y les planteé la búsqueda de estrategias para abordar diferentes situaciones con mayor asertividad. Después de dialogar, acordamos crear un proyecto “Creciendo con mi escuela” con el cual involucráramos a los estudiantes, especialmente a los del grado quinto en el aporte de soluciones.

Inicialmente presentamos el problema a todos los estudiantes y ellos propusieron varias ideas que se tuvieron en cuenta en el proyecto.

En la ejecución de este, los estudiantes de quinto, con la debida asesoría, lideraban y acompañaban el proceso del restaurante, algunos descansos y otras actividades significativas, con lo cual se logró construir un ambiente con mayor bienestar.

En el momento actual, trabajo en la sede de secundaria, enfrentando nuevos retos que exigen situaciones propias de la etapa de la adolescencia. Me ha llamado la atención en esta sede de secundaria que también hay espacios como el patio, el patio salón y otros, que siguen con la misma infraestructura antigua, lo cual me recuerda mi sede anterior.

He pensado nuevamente: ¿qué hacer para que se realice una mayor inversión en la construcción de lugares más apropiados y atrayentes que cualifiquen la educación?

RECORRIDOS, TIEMPOS Y MIEDOS

Duglar Diego Patiño Salazar

Pedro Nel Gómez fue un pacifista y un referente para el desarrollo de Antioquia, así lo muestran las acuarelas y murales que son una oda al trabajo, y, además, se refleja en *Las barequeras*, obra que hace manifiesta la capacidad laboral de las personas. Así mismo, el artista en *Multimaternidades*, otra de sus obras, rinde honor a la vida y a la capacidad maternal de las mujeres.

En ese mismo *pueblito* de Antioquia donde nació el maestro Pedro Nel, vivió por más de una década Duglar Diego Patiño Salazar, un directivo docente, que experimentó los horrores de la guerra y el dolor que genera observar las pérdidas humanas de muchos anoriseños, sin renunciar a su profesión y asumiendo una posición activa en medio del conflicto.

A sus veintiocho años y, al final de la década de los 90, Duglar vivió en medio de la violencia que azotaba al departamento y al país. Esta situación fue para él otra de las escuelas donde aprendió que el amor por su profesión y por su propia vida se construye en cada paso de los caminos recorridos y que va más allá de la academia.

Varias son las escuelas donde Duglar ha ejercido su profesión como docente y como directivo; sin embargo, no olvida el lustro comprendido entre 1995 y 2000, que lo puso en medio de los fusiles, las balas y todos los factores de la violencia que se vivieron en las encumbradas montañas y en el área urbana de Anorí, municipio ubicado al nordeste de Antioquia.

Desde su corta edad (veintiocho años), Duglar ya era rector del colegio Jesús María Urrea, en Anorí. Antes fue docente en la zona rural de este municipio (vereda Santiago), que está a diez horas a pie, o, cuando el presidente de acción comunal de la vereda prestaba el semoviente equino, a cinco horas a caballo del casco urbano.

En dicha vereda, la escuela era de tablas, techo de zinc y amplio corredor. Como única novedad en su construcción, una cocina con fogón de barro donde doña Nélida cocinaba el almuerzo para los estudiantes y la *bogadera* para la soldadesca conformada por más de doscientos guerrilleros de las Farc, que, cada quince días, se apropiaban de la escuela para descansar de sus batallas libradas en otros municipios del nordeste y del norte de Antioquia. Cuando llegaban, saludaban muy amablemente a los niños más grandes (recuerdo al niño Alejandro Hernández, del grado quinto de primaria, con el que yo practiqué la cacería en los bosques de la vereda y, que, posteriormente, engrosaría las filas del movimiento guerrillero […] Tres años más tarde lo mataron en una incursión de dicho grupo al municipio de Zaragoza).

La escuelita quedaba en la parte baja de dos grandes montañas. A su alrededor se vislumbraban unos claros que correspondían a la planta más cuidada y muchas veces venerada por los pocos campesinos de dicha región, la coca, cuya hoja se cosechaba cada cuatro meses por parte de las familias, por considerarlo el mejor negocio y labor. El apogeo de este producto se tradujo, posteriormente, en la violencia más vil y más injusta contra los campesinos inocentes.

Hasta aquí, es importante significar la labor del maestro, siempre dinámico, quien con ayuda de la comunidad hizo posible que se construyera el puesto de salud, el puente sobre la quebrada la plancha, la empalizada del camino en algunos canalones, la cancha de fútbol (donde se practicaba polígono con la guerrilla, el profe tenía mala puntería, pero en los partidos de fútbol metía muchos goles. Todos jugaban con botas igual que los guerrilleros).

En la escuela, y con el liderazgo del profe, se realizaba, con las pocas familias de la vereda, constantes actos culturales los días sábados y los domingos, cada quince días, almuerzos comunales con festejos precedidos por un acto espiritual. En muchas ocasiones las clases eran en la quebrada que pasaba al lado de la escuela (era cristalina, tenía piedras al rededor y al único que no tapaba era a Alejandro, que era más alto que el profesor). Con los estudiantes se construyó una huerta muy grande para complementar el restaurante escolar. En ella se cosechaba yuca, plátano, naranjas, limones, cidras, guayabas, entre otras. Se conformó el grupo de alfabetización para adultos, que funcionaba en cada una de las familias y se acompañaba de suculentos *algos* y meriendas. Por estrategia de seguridad casi nunca se estaba solo.

Muchas cosas ocurrían en los caminos hacia la vereda. Al recorrerla era posible encontrarse con pájaros, serpientes y, obviamente, con cuadrillas de hombres, muy bien armados con fusiles, que conformaban el frente 36 de las FARC. Cuando Duglar se encontraba con estos hombres lo saludaban con tono afable, y lo reconocían como el profe con postura política caracterizada por la participación comunitaria, como posición crítica para proteger la comunidad y contribuir a la paz.

Al profesor Duglar siempre le gustó escribir y grabar sus vivencias en la vereda. De hecho, aún se conservan algunos casetes de las tonadas, coplas y trovas de quienes participaban en diferentes actividades comunales, donde el raspado de la coca y la pisada de la misma no fueron la excepción (de ello sé). Todo esto siempre facilitó el encuentro. Después de toda esta vida formativa como maestro, el profesor Duglar fue trasladado a la zona urbana de Anorí, donde continúo con sus prácticas, inclusive después de ejercer el cargo de directivo en dicha localidad.

El lunes 9 de marzo de 1998, cuando Duglar era rector del colegio urbano de Anorí, como de costumbre, caminó hacia el colegio muy por la mañana (6:30 a.m.), abrió la puerta principal del colegio que mantenía aspecto campestre y ¡cual sorpresa y susto se llevó!, cuando, al pretender abrir su oficina, lo increparon tres hombres con pasamontañas muy bien armados con brazaletes que indicaban las letras AUC (Auto Defensas Unidas de Colombia); lo obligaron a abrir la puerta y a que avisara a las autoridades la presencia de estos en el colegio y en los alrededores del pueblo.

A pesar de lo anterior, y al darse cuenta de que al interior del colegio había no menos de cincuenta hombres con las mismas características, la orden fue que dejara ingresar normalmente a todos los estudiantes y maestros, muchos de ellos sorprendidos rompieron en llanto y sus rostros solo representaban temor.

El llamado comandante no dudó en tomar las llaves de las puertas del colegio y cerrarlas cuando los seiscientos estudiantes y los veinticinco maestros ya estaban dentro. A las 9:00 a.m., del mismo día, el comandante dio la orden de reunir a todos

los maestros en un aula, quienes dominados por el miedo siguieron las órdenes dadas.

Una vez en el interior del aula, el comandante acompañado por cinco de sus hombres saludó con un: “Buenos días, profesores hijueputas, sapos”. Después de su saludo varias profes se desmayaron. Los desmayos de las profesoras fueron insignificantes al compararlos con lo vivido por el profesor chocoano José Nelio, al que el comandante obligó a ponerse de rodillas y al mismo tiempo dio la orden a uno de sus hombres que le disparase. El comandante dio la orden, “Mátelo […] pero ya”. En ese momento, el rector se paró al frente del comandante y le dijo: “Por favor, no mate al profesor” […] Después de muchas amenazas no existió el disparo advertido...

Después del rector ver las paredes del colegio llenas de grafitis, le dieron la orden de dejar ir solo a los estudiantes, (Queda el recuerdo de la estampida de jóvenes y niños). A las 3:00 p.m., dieron la orden de dejar salir a todos los profesores, menos al rector.

Media hora después aterrizó un helicóptero del que bajaron refuerzos para los hombres de las AUC que permanecían dentro del colegio.

A las seis de la tarde, le dieron la salida al rector y el comandante se refirió a él diciendo: “Cuídese que va a haber mucha sangre”.

Esa noche el rector decidió cambiarse de aposento, pero recuerda que a las 7:00 de la noche, escuchó el primer estallido de las ráfagas de fusil que se hicieron infinitas […]

En medio de la violencia incesante, y hasta el año 2004, el rector en mención escribió una monografía del municipio, con características de participación comunitaria, que trajo como consecuencia la instauración del programa “Recuperación de la Memoria Cultural de Anorí”. Así mismo, lideró el consejo municipal de cultura, gestionó los recursos para la conformación de la banda de músicos, en la que ejecutó el barítono. Creó los festivales municipales de danza, teatro y pintura. Nunca se desligó de la actividad deportiva, por ello, instauró los torneos deportivos en el colegio. Allí construyó con los estudiantes una granja donde estos realizaban sus prácticas en diferentes procesos productivos. Al rector particularmente el atletismo le ha generado algunas medallas y reconocimientos en el orden departamental.

Hoy el rector en mención ejerce su labor en Santa Rosa de Osos, en la Institución Educativa Cardenal Aníbal Muñoz Duque. En este lugar, en muchas oportunidades, algunos maestros le han preguntado sobre el tiempo y el miedo para ejercer la profesión docente. La respuesta del rector es: “El tiempo no existe, el miedo tal vez […]”.

YO NO PIENSO IR POR ALLÁ

Arcadio Ocampo Flórez

Si bien es cierto que la literatura no es plenamente realidad, también es cierto que su punto de partida es la naturaleza y la condición humana, prueba de esta afirmación es lo que contaré a continuación.

En un paraje recóndito de nuestro departamento, se erige un pequeño poblado de pequeñas casas, donde la comodidad y los lujos serían parte de una historia de ciencia ficción. Las casuchas son elaboradas en rústicas tablas y los techos de palma de iraca, los pisos no conocen el cemento y mucho menos la cerámica italiana. El área de construcción total de la mayoría de los inmuebles (si se pueden llamar así) no suman más de 30 metros cuadrados, al punto que es difícil diferenciar dónde inician los dormitorios, dónde la cocina y *sala de star*, y ni modo mencionar la batería sanitaria, pues esta es un objeto extraño, cada quien a la hora de sentarse en el *trono sanitario* se las arregla como mejor puede para no ser sorprendido en ese encuentro consigo mismo. En pocas palabras, no se cuenta con servicio de energía, agua potable, alcantarillado y, para alcanzar comunicación vía celular, había que hacer cualquier cantidad de peripecias circenses para logar ubicar una leve señal.

Recuerdo esa vez que decidí viajar al mencionado poblado, era un 23 de abril.

Ya llevaba no menos de diez horas de carretera desde Medellín, cuando a la altura del corregimiento el *Totumo* le pregunté al señor que atendía una rudimentaria gasolinera

- Mi señor, buenas tardes, ¿falta mucho para llegar a la vereda *Tulapita*?

- Uff […] todavía le falta, compadrito.

- Y […] ¿usted me podría ubicar, más o menos por dónde cojo?

- Vea, mijo (dijo el bombero), váyase derechito unos diez kilómetros, antes de llegar, hay una hacienda grande que se llama “La Virgen del Cobre”, ahí gira a la derecha y encuentra la carretera.

De ese modo, seguí las instrucciones del buen hombre.

Cuando llegué a las partidas para la vereda, me encontré con un quiosco donde atendía una señora, no muy alta de estatura, con desconfiada mirada y una actitud escrutadora.

- Mi señora, buenas tardes.

- Buenas […] ¿En qué le puedo servir?

- Tan amable me da una Coca-Cola fría.

La mujer, sin despegar la mirada del forastero, abre una nevera, cuyo color había perdido por el óxido.

Mientras que limpiaba los vestigios que deja la tapa de la gaseosa, le pregunto a la tendera

- ¿Esta es la vía para la vereda *Tulapita*?

- Sí, esta es.

- ¿Y falta mucho para llegar?

- ¡Ay, mijo! Siempre le falta un poquito […]

- ¿Usted me podría indicar cómo llegar?

- ¿Y usted qué va a hacer por allá?

- Yo soy el profesor nombrado para la Institución Educativa Rural Tulapita.

-Pues, vea […] siga la carretera, más adelante, se va a encontrar con unas partidas, a la izquierda, lo lleva a la vereda la *Comarca*, pero usted sigue por la derecha hasta llegar al corregimiento *Pueblo Nuevo* (Aquí he de aclarar que, ese corregimiento de nuevo no tenía sino el nombre) y siga carretera arriba.

- Mil gracias, señora.

Dejando unos metros atrás el pavimento, inicio mi travesía hacia la lejana *Tulapita*, por una escarpada, angosta y agreste carretera, donde los huecos viales y la polvera no permitían avanzar más de ocho a diez kilómetros por hora (he de mencionar que me desplazaba en una pequeña motocicleta de bajo cilindraje, y no muy apta para tan desafiante geografía).

Luego por diversos parajes: potreros, cultivos de plátano, lagunas, puentes y cañadas; y, siguiendo al pie de la letra las instrucciones de la tendera, llego a la distante institución educativa.

A pesar de lo alejada de la civilización, la institución contaba con una reciente construcción en adobe de barro cocido y tejado de Eternit, al no contar con energía eléctrica, tenía instalados dos pequeños paneles solares, que, a fuerza de lidias, surtía los cargadores de celulares, las linternas; y cuando la secretaria encendía el computador, dejaba los demás artefactos sin poder energético. El agua se obtenía de unos tanques que almacenaban agua lluvia que se obtenía del tejado; ahí se pueden imaginar lo potable y saludable que pudiera llegar a ser ese líquido vital.

Al ingresar pregunto por el rector, el cual era un hombre de escasos cabellos, barba rala, moreno y con un acento costeño y poco entendible, le tiendo la mano a modo de formal saludo:

- Buenas tardes (con decreto de nombramiento en mano me presento).

- Mucho gusto, yo soy Uriel Hernández, rector de la institución, le estábamos esperando desde la semana pasada, como puede ver esta es la institución para donde fue nombrado […] entonces lo espero el lunes, aquí comenzamos clase desde las ocho de la mañana hasta las dos de la tarde.

- Muchas gracias don Uriel, la verdad no creí que esto fuera tan lejos […] de todos modos yo lo voy a pensar y el sábado le aviso […]

Con la intención de no volver ni a deshacer los pasos a tan lejana institución educativa, tomé de nuevo carretera con destino al municipio de Chigorodó, donde vive mi hermana, con tan fabulosa aventura.

- ¿Cómo le fue? Cuente.

- No, mija, eso es tan lejos y desolador, que pareciera donde el diablo perdió el tenedor […] la verdad yo no me pienso ir por allá […]

Continúa […]